

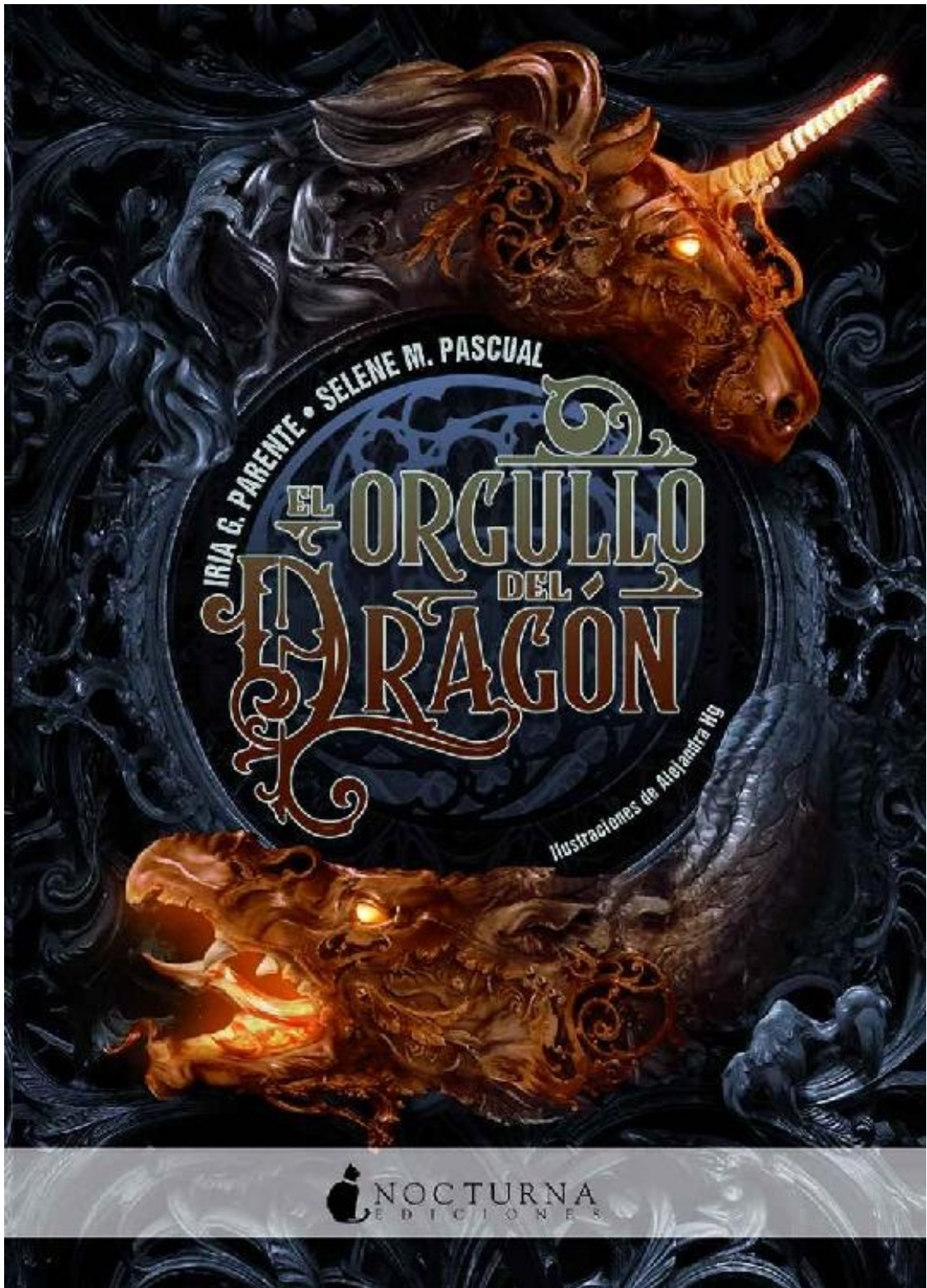
IRIA G. PARENTE • SELENE M. PASCUAL

# EL ORGULLO DEL DRAGÓN

Ilustraciones de Alejandra Rg

D.J.57

 NOCTURNA  
EDICIONES



IRIA G. PARENTE • SELENE M. PASCUAL

# EL ORGULLO DEL DRAGÓN

Ilustraciones de Alejandra Hg

 NOCTURNA  
EDICIONES



IRIA G. PARENTE  
SELENE M. PASCUAL

EL  
ORGULLO DEL DRAGÓN

Ilustraciones  
Alejandra Hg

NOCTURNA  
DE FANTASÍA

© de la obra: Iria G. Parente y Selene M. Pascual, 2019

© de las ilustraciones: Alejandra Hg, 2019

© de los diseños de Viria y Gineyka: Me Gusta la Idea; Elena Díaz, 2019

© de las guardas, las portadillas y las capitulares:

Vera Petruk, Shutterstock

toriru, Shutterstock

EV-DA, Shutterstock

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

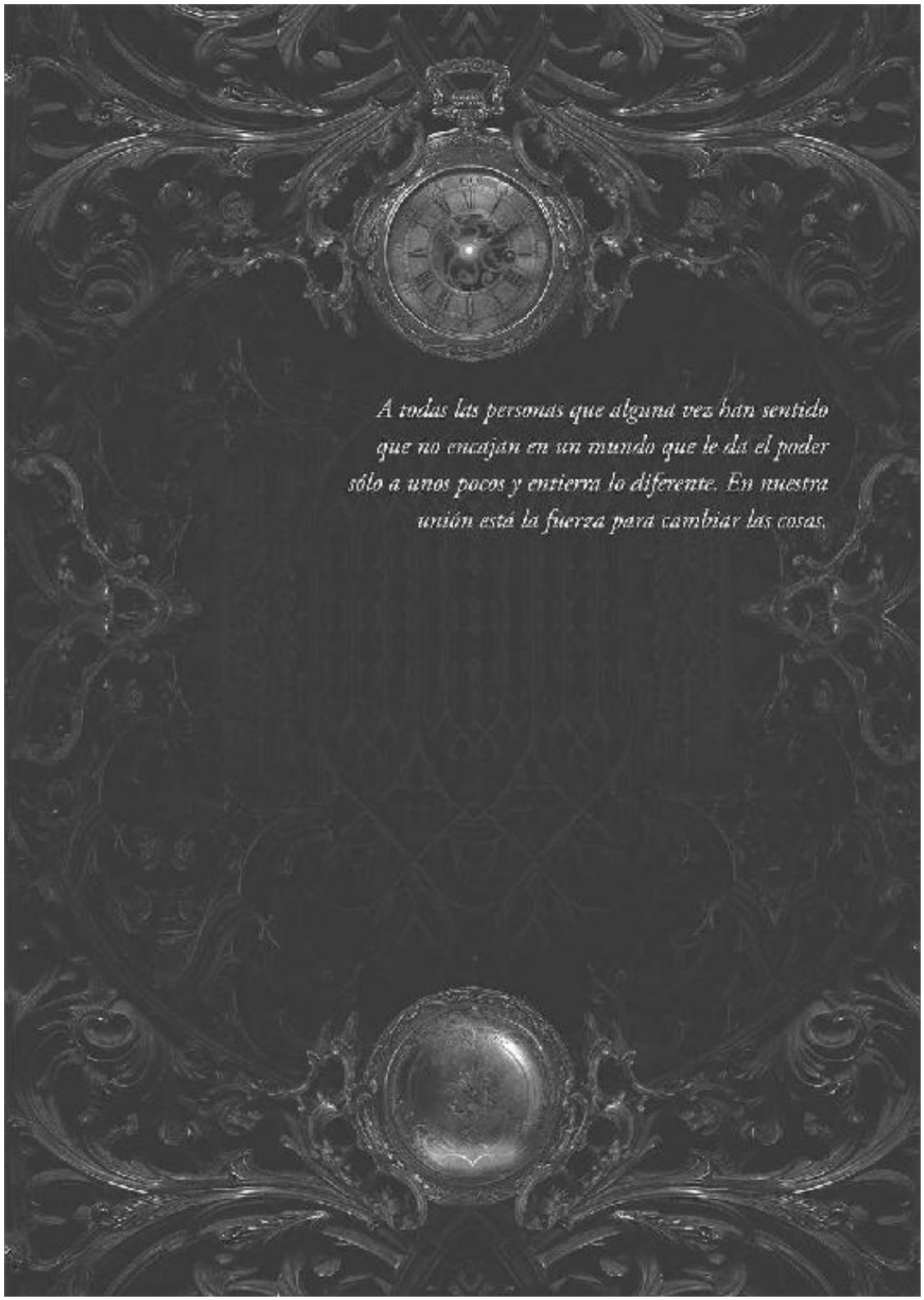
Primera edición en Nocturna Ediciones: Junio de 2019

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

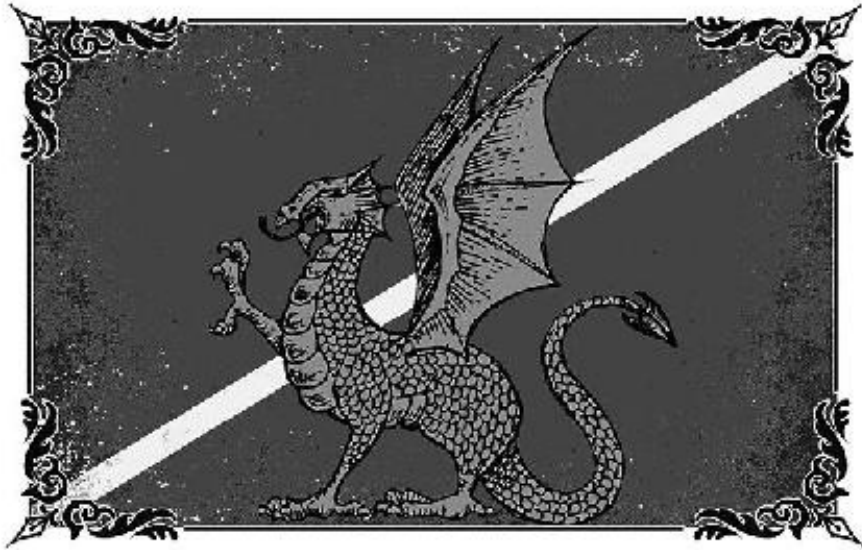
ISBN: 978-84-17834-28-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

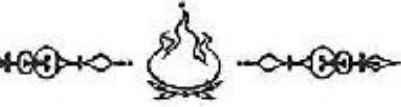




*A todas las personas que alguna vez han sentido  
que no encajan en un mundo que le da el poder  
sólo a unos pocos y entierra lo diferente. En nuestra  
unión está la fuerza para cambiar las cosas.*



*Bandera de Virica*



# Calendario

- 1852 d.ñ. -

## ATA Andrai ATA

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	32	33	34	35
36	37	38	39	40	41	42

## ATA Pyria ATA

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	32	33	34	35
36	37	38	39	40	41	42

## ATA Endai ATA

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	32	33	34	35
36	37	38	39	40	41	42

## ATA Alter ATA

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	32	33	34	35
36	37	38	39	40	41	42

## ATA Crinea ATA

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	32	33	34	35
36	37	38	39	40	41	42

## ATA Gali ATA

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	32	33	34	35
36	37	38	39	40	41	42

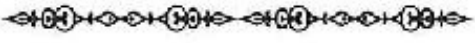
## ATA Milie ATA

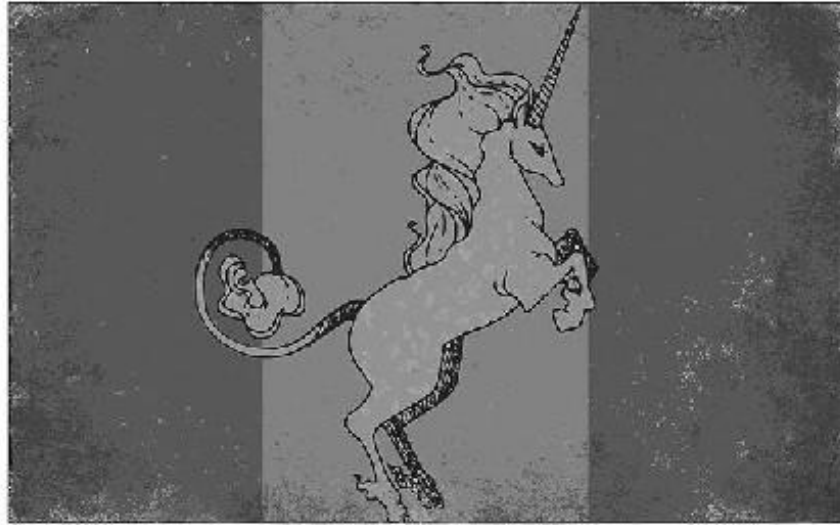
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	32	33	34	35
36	37	38	39	40	41	42

## ATA Brug ATA

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	32	33	34	35
36	37	38	39	40	41	42

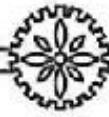
Calendario de Uria





*Bandera de Gineyka*





# CALENDARIO

3704 D.C.

## BAT — BI — HIRU

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

## LAU — BOST — SEI

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

## ZAZPI — ZORTZI — BEDERATZI

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

## HAMAR — HAMAIIKA — HAMABI

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28





PRIMERA PARTE:  
HISTORIA DE DOS CIUDADES

# *Capítulo 1*

*20 de Alter de 1852 d. S.*

*Arxia, Viria*

Era el mejor de los lugares; era el peor de los lugares.

Nadie en su sano juicio habría considerado jamás los bajos fondos de Arxia un posible paraíso, a excepción de Vianney Lavallo. Lo que otros creían una bajada a los infiernos, en su caso se percibía como un peligroso pero agradable paseo por el Purgatorio. A Via, que consideraba que no dejaba de transitar de un lado a otro, perteneciendo a todo y a la vez a nada, los lugares a medio camino siempre le habían resultado atrayentes.

Por eso adoraba las tardes como aquella, en las que sólo tenía que enfundarse en ropas más pobres de lo que le correspondían y perderse en aquellos callejones en los que jamás debería haberse metido.

Aunque, si aquel día no lo hubiera hecho, quizás alguien se hubiera consumido de verdad para siempre en el Infierno.

Por supuesto, Via no pensaba en salvar a nadie aquel 20 de Alter de 1852. A sus dieciséis años ya había comprendido que lo más importante en Viria era salvarse a uno mismo. Tal vez el mes de Alter fuera el dedicado al altruismo y en teoría todos los habitantes del imperio debieran honrar al Santo haciendo alarde de esa virtud, pero Via era muy consciente de que los preceptos religiosos nunca habían sido más que teoría puesta sobre hermosas escrituras y obras de arte. No: Lavallo no descendía a los bajos fondos para ayudar. A veces de sus manos caía limosna para quien mendigaba, en otras ocasiones llevaba restos de una comida que sabía que ya nadie más aprovecharía en casa. Pero nunca acudía a aquel

lugar por piedad ni por sentimiento de responsabilidad ni por asomo de deber.

Lo único que quería de los bajos fondos eran piezas mecánicas. Las más raras, pequeñas, extravagantes, antiguas, en desuso o aparentemente inútiles que hubiera. Las que no se podían encontrar en otro lado. Las que sólo existían porque alguien se había deshecho antes de ellas. A Via le gustaba redescubrir aquello en lo que nadie más creía: a sus ojos, nada estaba perdido, sólo a la espera de la posibilidad de convertirse en algo mejor.

En esa ocasión, necesitaba las piezas para arreglar un reloj. Un reloj antiguo, regalado mucho tiempo atrás, y quizá por eso uno de los relojes más importantes del mundo. Al menos, de su mundo.

Una vez que las hubo conseguido, comenzó a llover.

Ya se marchaba cuando oyó los gritos.

Podía haberlos ignorado. Lo había hecho en anteriores ocasiones: en los bajos fondos se oían muchas cosas, la mayoría de ellas no demasiado agradables. Hasta entonces, ignorar los insultos que sonaban de unas calles a otras, las carreras por los robos o los gemidos de placer en los rincones había resultado, por lo habitual, sencillo. Incluso cuando había habido alaridos de dolor, estos siempre habían sonado demasiado lejanos, lo suficiente para fingir que no eran de su incumbencia.

Pero esa vez sonaron demasiado cerca. Y también las risas.

—¡Así aprenderás la lección, sucio *thyraio*!

Las carcajadas volvieron a sonar, más fuertes que la tibia llovizna que susurraba contra los adoquines. Una vez más, demasiado cerca. Tanto que Via pudo ver a las personas a las que pertenecían las risas saliendo de uno de los callejones. Eran dos, mal vestidos, altos, de expresiones partidas por cicatrices y golpes. Se marchaban celebrando, como si en aquel pequeño espacio entre edificios retorcidos hubieran llevado a cabo una gran proeza.

Eso fue lo que evitó que Vianney Lavallo pasara de largo aquella tarde. Ignorar lo que se oía podía ser fácil; lo que *se veía*, quizá no tanto. Supo, mientras observaba marchar a aquellos dos tipos, que si se desentendía de lo que

había ocurrido en aquella calleja, volvería de su paseo por el Purgatorio con un fantasma persiguiéndole. Y ni siquiera podía tener la convicción de que fuera en un sentido metafórico.

Así que guardó las piezas en el fondo de su abrigo, respiró hondo, apretó la mano en torno a la pistola que siempre le robaba a su hermano para sus escapadas y se asomó al callejón.

Al principio no vio nada. En aquel pasillo angosto y sin salida sólo se arremolinaban la oscuridad y la lluvia que había comenzado a caer con más fuerza. Pero, cuando se fijó, un bulto se movió en el suelo. Podría haberse tratado de una culebra, de no ser por su tamaño. Se arrastraba de la misma manera, con el cuerpo replegado sobre sí mismo. Incluso bajo el creciente aguacero, que golpeaba el suelo y las paredes, oyó su gemido.

Tal vez Vianney Lavallo no fuera la mejor persona del mundo. Pensaba demasiado en sus propias circunstancias, en todo lo que podía ganar y en todo lo que podía perder.

Pero al menos no era alguien sin corazón.

Por eso se movió rápido. Cuando se arrodilló, descubrió a un muchacho que rondaría su edad. Su cara molida a golpes estaba empapada de sangre y sus párpados habían caído. Si había tenido posesiones hasta el momento, sus atacantes debían de habérselas llevado todas, porque ni siquiera llevaba calzado. Su cuerpo, demasiado delgado, hablaba de desnutrición y supervivencia, aunque eso no era una sorpresa en el lugar en el que se encontraban.

El color de su piel —un marrón claro que bastaba para que no se le considerase como un hijo de Aión— le dio la pista de que, si no quería buscarse problemas, debía dejarlo allí. Olvidarlo o vivir con su fantasma en los talones, pero no ayudarlo. Dedicarle una sola palabra ya era suficiente para meterse en problemas.

Aquel pensamiento no duró más de medio segundo en su cabeza. En realidad, Via nunca podría haber dejado allí a aquel chico. Quizá porque comprendió qué ocurría. Quizá porque le dio rabia la situación. Quizás, incluso, porque de



repente Endai, Santa de la Piedad, había decidido iluminar sus acciones.

O quizá tan sólo consideró a aquel joven otra pieza rota, de la que nadie esperaba nada, y que lo único que necesitaba era una nueva oportunidad. Alguien que lo recogiese.

Por eso sus brazos tiraron de él hacia arriba. El movimiento puso en tensión al herido, que emitió una nueva queja y abrió los ojos. Apenas consiguió enfocar.

—Déjame.

Su voz era un hilo. Lavallo tuvo que resoplar.

—Trato de ayudarte.

—No he pedido tu ayuda —gruñó el otro.

Via tuvo ganas de soltarlo, pero se limitó a alzar una ceja.

—Bien, porque yo no he pedido tu permiso para ayudarte. Te vienes conmigo. Necesitas un médico.

Hubo otro quejido, pero fue más soñado que realizado. El muchacho casi no podía sostenerse a sí mismo y perdió por completo la consciencia cuando Via apenas había conseguido ponerlo en pie. En el fondo, se alegró. Así no lo tendría protestando todo el camino.

Como le había dicho, necesitaba un médico. Y sabía bien dónde encontrar uno.



Después de toda la vida conviviendo juntos, León Lavallo todavía se negaba a ponerse en lo peor cuando se trataba de Via. Quizá porque una parte de él aún se aferraba a la idea de que su familia sólo podía estar formada por personas responsables que podían cuidarse sin ayuda. Quizá porque tenía la esperanza de que, después de trabajar todo el día, su casa debía ser un puerto seguro, un refugio de silencio y calma.

Lo único que siempre había deseado era una vida tranquila.

Y sabía de sobra que eso sería lo último que tendría. Se lo repetía a sí mismo más veces de las que creía necesarias, y aquella noche tuvo que volver a hacerlo, después de consultar el reloj por décima vez y darse cuenta de lo tarde que se estaba haciendo. Se asomó de nuevo a la ventana y pensó en salir en su búsqueda, a sabiendas de lo inútil que sería peinar la ciudad él solo. Su preocupación no hizo más que incrementarse cuando las dos figuras se acercaron renqueantes por las calles mojadas, llenas de destellos ambarinos procedentes de los charcos y la luz de las farolas. Cuando reconoció la silueta que se había calado la gorra hasta las cejas, no sabía si en un intento de esconder su cara o de protegerse de la lluvia, logró volver a respirar con tranquilidad.

León corrió a abrirle la puerta, antes de que Via pudiese hacer sonar la campana y atraer la atención de algún vecino. Ni siquiera pudo enfadarse. Sólo necesitaba saber lo que había ocurrido.

—Dime que no te has metido en una pelea, Via.

Un resoplido. Un paso vacilante. León estiró los brazos y agarró al joven herido con cuidado, aunque antes miró de un lado al otro de la calle para asegurarse de que estaba desierta y nadie veía qué tipo de persona estaba a punto de entrar en su hogar. Se asombró de lo poco que pesaba el chico, pero su examen fue más allá. Tenía al menos un ojo morado y el labio partido. La nariz se le había hinchado, aunque no parecía rota. El pómulo lo tenía magullado.

—¿Dónde...?

—Le han dado una paliza. Estaba en el suelo, en un callejón, y...

Calló y apartó la mirada. León quiso decirle muchas cosas. Que no debió meterse. Que no debió llevarlo a casa. Que podían meterse en más de un problema. Que aquello, a ojos de muchos, estaba *mal*. Pero, cuando hundió los dedos en el torso del chico y sintió lo que había debajo, tuvo que morderse la lengua.

—Vete a cambiarte esa ropa mojada —murmuró—. Yo me encargo.

No dejó que protestara. Via sabía cuándo no quejarse, y cuando su hermano

ponía esa cara, con los labios apretados y los ojos entornados, era mejor hacerle caso. León, por su parte, se llevó al herido con toda la delicadeza que fue capaz. Subirlo por las escaleras quedó descartado porque era mejor inmovilizarlo cuanto antes, de modo que le hizo sitio en la habitación de invitados que había en la planta baja, junto al pequeño taller donde Via solía trabajar en sus proyectos.

Lo tumbó en la cama con cuidado y le quitó la camisa, palpando su pecho huesudo para comprobar que, en efecto, tenía una costilla rota. Su paciente se quejó, pero no llegó a despertarse. León lo prefería inconsciente. Era más fácil así, para él y para el convaleciente. Y, de todas formas, no había mucho que pudiera hacer por él. Se aseguró de que no había sangre en ninguna otra parte del cuerpo y lo puso lo más cómodo que pudo, en una posición en la que la costilla partida no le impidiese respirar con normalidad. Le limpió la cara, le puso paños fríos y le hizo tragar, pese a estar dormido, una cucharada de paregórico. Lo vigiló hasta que su sueño se tornó más profundo.

Via entró en la habitación cuando ya había acabado y se estaba limpiando las manos. Llevaba ropa limpia y seca y parecía haber probado algo de cena, pues sabía que a su hermano no le gustaba que lo observaran trabajar.

—Una costilla rota y la cara magullada —anunció el doctor Lavallo sin ceremonias—. Pero se recuperará. Si guarda reposo y la costilla cura bien, no creo que haya problema.

—¿Cuánto tardará?

—Mes o mes y medio. —Empezó a recoger, como si estuviera en una de sus visitas profesionales en una casa de la zona alta—. A menos, claro, que vuelva a meterse en una pelea. ¿De qué lo conoces?

—No lo conozco. Vi a dos hombres salir de un callejón y supe que le habían dado una paliza. Sólo quería ayudar. No podía dejarlo allí.

León Lavallo suspiró. Estaba seguro de que, si él hubiera estado en esa situación, tampoco podría haber dejado al chico en el suelo.

—Si alguien te ha visto traerlo...

—Las calles están casi vacías a estas horas. Un carruaje nos dejó cerca del hospital de San Alter, pero luego lo traje hasta aquí caminando. —Apartó la vista—. Con mucho cuidado de no dejar que nos viesan.

Sus palabras destilaban amargura y por eso León no se atrevió a decirle que podría haber dejado a aquel desconocido en San Alter; que para eso estaban los hospitales. Al volver la vista al herido, además, se dio cuenta de que un muchacho como aquel jamás sería su prioridad. Y que Via, en cualquier caso, habría tenido que dar demasiadas explicaciones.

—Ten cuidado, Via —dijo al fin—. Las buenas personas son las que más acaban sufriendo por los demás.

Sus ojos azules lo observaron con una quietud que no casaba con los dieciséis años que tenían, pero León se negó a hundirse en ellos más de lo necesario. Sabía que, si lo hacía, amenazaría con ahogarse.

—Volveré a verlo en un par de horas. Puedes irte a la cama.

Con un suspiro de cansancio, se dio la vuelta y abandonó el cuarto. Sabía perfectamente que Via no lo haría.



Neith Sinagra despertó en una habitación en penumbra, iluminada sólo por una lámpara encima de la mesilla a su lado. La luz amarillenta de la llama había atraído a una polilla que danzaba a su alrededor y se asemejaba a un ave gigante cuando su sombra se dibujaba en la pared. Al lado de la luz alguien había dejado un vaso con agua y el muchacho alargó el brazo para cogerlo.

Se arrepintió tan pronto como estalló el latigazo de dolor por todo su torso. Su respiración se volvió más superficial y las lágrimas le anegaron los ojos. Estaba seguro de que jamás se había sentido tan mal. A la sed, el hambre y cualquier malestar los sustituyó ese dolor sordo que lo llenaba todo, que le palpitaba en el pecho y en la sien. Quería gritar. Quizás así se sentiría mejor,

pensó una parte de él. Una parte muy equivocada, le recordó la lógica oculta tras los puntos de colores que se cruzaban ante sus ojos.

—¿Estás bien?

Neith parpadeó con fuerza e intentó enfocar. Sobre él se inclinaba un joven salido de la estampa de un Santo, con cortos rizos rubios y rostro anguloso. A lo mejor se había muerto. A lo mejor ese era el Purgatorio. O el Infierno. De ser así, la perspectiva de haber dejado Viria atrás no se antojaba tan desagradable.

—Agua...

No supo de dónde sacó las fuerzas para hablar, pero el chico lo entendió y le acercó el vaso a los labios. Aunque beber también era una agonía, apuró la mitad del líquido antes de apartar la cara. Con la cabeza un poco más despejada, miró alrededor, intentando controlar su respiración. El papel de pared era sobrio y los muebles, sencillos; aun así, esa habitación ya era mejor que ninguna que hubiera tenido nunca. La cama era enorme, como para albergar a tres como él. La ventana abierta dejaba entrar una brisa fresca que movía las cortinas y le acariciaba la cara. Podía ver las lámparas de gas encendidas en la calle, lo que le dio la pista de que no sólo estaba en un barrio de bien, sino que, por el brillo de la luz de las farolas en la piedra de los edificios, había estado lloviendo. Lamentablemente, sentía la nariz taponada y entumecida. Supuso que para entonces tendría el tamaño de una patata grande. Toda la cara, en realidad, le dolía como si le hubiesen dejado la carne al descubierto.

Si estaba en una casa de ricos, por lo menos esperaba que le dieran drogas para acallar el dolor.

—Me llamo Vianney.

El nombre del muchacho le importaba bien poco. Lo vio comenzar el asomo de una sonrisa, como si se estuviera dirigiendo a él *como a un igual*, y sintió ganas de vomitar. Así que sólo rescató un sonidito indefinido del fondo de su garganta, que parecía el único sitio de su cuerpo que seguía de una pieza.

—Vianney Lavallo —aclaró el ricachón.

Neith lo miró sin expresión. Si no hubiera estado tan dolorido, se habría



levantado y se habría ido sin más.

—¿Qué quieres de mí?

La simple pregunta encendió otro fuego en sus pulmones, como si cada palabra estuviera cargada con un trozo de carbón en llamas.

—No quiero nada de ti. —El Santo que había visto en la suave cara del muchacho se convirtió en un niño incrédulo—. Fui yo quien te recogió en el callejón. ¿Recuerdas eso?

—No recuerdo haberte pedido ayuda.

—Lo hice porque creí que era lo que debía hacer.

—Tampoco quiero tu pena.

Vianney frunció el ceño, como si no pudiera creerse que alguien estuviera rechazando su bondad. A veces era así, con la gente como él. Se pensaban que uno no podía tener su orgullo. Que estaban en el mundo para ser obras de caridad. Para ser salvados.

Neith Sinagra tuvo claro que aquel chico no entendía absolutamente nada del mundo. No, al menos, de su mundo.

—Así que nuestro invitado ya ha despertado.

Un hombre mayor había entrado. Tendría como mínimo diez años más que él, pero era difícil decirlo con los ricos, porque parecía que en las zonas bajas todo el mundo envejeciera más deprisa.

A Neith no le gustó cómo pronunció la palabra «invitado», pero prefirió guardar silencio porque era mucho más fácil dejar que fueran otros los que actuaran primero. El recién llegado, de hecho, no dudó en acercarse a su cama. Le puso la mano en la frente, a pesar de que el chico intentó esquivarlo, y asintió conforme al ver que no tenía fiebre. Algo que *claramente* podría haberle preguntado sin necesidad de tocarlo. Le pasó el vaso de agua y dejó en su mano una pastilla. Aunque ya las había visto antes, nunca se había tomado ninguna. Parecía un caramelo, sólo que blanco y mucho más arenoso. Se la metió en la boca y masticó. El sabor era repugnante, así que intentó borrarlo con un trago.

Podría haberse resistido a tomarla, pero eran dos contra uno y, de todas

formas, le dolía lo suficiente como para decidir que merecía la pena el riesgo.

—¿Cómo te llamas?

Dudó si responder, pero al final decidió que su nombre era lo que menos importaba de él:

—Neith.

—¿Qué más? Me gustaría avisar a tu familia.

El chico no respondió. Se quedó tumbado, muy quieto, con la expresión entre incrédula y divertida. Los de la clase alta siempre le habían parecido especialmente graciosos, pero estos dos eran de una nueva especie. Se presentaban, se creían que podían conversar, se preocupaban por *su familia*.

—Tengo hambre —dijo por toda respuesta. Ya que estaba allí, al menos aprovecharía su suerte. Y parecía que estaba en racha, porque sus anfitriones se miraron como si estuviesen decidiendo quién iría a por el plato más sabroso. Y si bien Neith no iba a ponerse puntilloso, esperaba que le dieran algo más que sobras.

—Voy a ver qué podemos ofrecerte.

Fue el mayor quien habló. Pareció lanzarle una mirada de advertencia a su compañero, pero se marchó sin más ceremonias. Dejando la puerta abierta, eso sí, como si temiera que Neith estuviera en plenas facultades para lanzarse sobre el angelito rubio. Este dio un paso hacia la cama antes de dejarse caer sentado en una silla.

—¿Sabes quiénes fueron los que te hicieron esto?

Encogerse de hombros no era una opción, por el dolor en su torso, de modo que se conformó con quedarse mirando al rubio con expresión vacía.

—Si me lo dices, podríamos ayudarte.

—¿Es tu problema? Porque pensé que era el mío.

—Te ha ocurrido a ti, pero puede que mañana le ocurra a...

—A ti no te ocurrirá. Puedes estar tranquilo.

Vianney frunció el ceño.

—Eso no lo sabes.

—Oh, lo sé; desde luego, no te pegarán por lo mismo que a mí. —Neith Sinagra hizo un ademán a aquella otra piel que le parecía insultantemente blanca—. Y no te cruzarás con gente así en tu bonita parte de la ciudad, donde deberías quedarte en vez de deambular por los rincones más oscuros de Arxia. ¿O es que no sabes lo que les hacemos allí a los chicos guapos como tú?

Neith sonrió al darse cuenta de que su acompañante no sólo se había tensado, sino que se había ruborizado. Pensó que con eso sería suficiente. Que se marcharía, asqueado, o le daría una charla sobre Santa Pyria y cómo esta se había mostrado impasible ante los avances de quienes intentaban seducirla.

Si lo hubiera hecho, seguro que habría acabado por matarlo de verdad, pero de hastío.

Aunque Vianney no se marchó, permaneció callado, observándolo. Neith quiso pensar que se había dado cuenta de lo poco receptivo que estaba a dejarse ayudar.

Fue en aquel momento cuando decidió que, aunque tuviera que salir arrastrándose de dolor por la ventana, se iría de allí antes de la noche siguiente.

## **Capítulo 2**

**7 de bost de 3704 d. G.**

***Kiteria, Gineyka***

Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, sin nada que aportar a su familia, necesita una adoptante. Sin embargo, poco se sabe de los sentimientos u opiniones de un hombre de tales condiciones, excepto cuando se vive en su misma familia.

Irati Burgoa ya había visto a uno de sus hermanos ser adoptado tres años atrás. Itzal tuvo la suerte de embarazar a la primera mujer que se interesó por él, sin dificultades, con sólo acostarse una vez con ella. Su adopción por parte de Arrate Erdi había sido casi inmediata una vez que se supo que estaba en estado. Ahora ya era padre de dos niñas preciosas y sólo tenía que preocuparse de cuidarlas y educarlas adecuadamente mientras Arrate dirigía su fábrica. Para él, todo había salido bien. Es más, mejor que bien. Con diecinueve años, Itzal tenía su futuro resuelto e Irati no podía negar que la rapidez con la que todo había ocurrido había sido un alivio al resultar en una boca menos que alimentar en casa. La madre de Irati había estado exultante: era fácil recordar cómo había presumido de la celeridad con la que el embarazo se había dado y cómo se regodeó también cuando primero nació una niña y, después, la otra. Maialen Burgoa era una abuela orgullosa de las nietas que, estaba segura, en un futuro serían brillantes mujeres dignas de la sociedad gineykana.

Ahora que Saroi cumplía los dieciséis años, Irati se preguntaba si todo saldría igual de bien para él. Se preguntaba, por otro lado, qué pensaba de lo que le esperaba. Itzal siempre había sido un muchacho consciente de su lugar, deseoso

de cumplir con su deber, siempre soñando con la familia que debía ayudar a traer al mundo. Sin embargo, Saroi no era como él: su cabeza a menudo estaba en las nubes, en poemas que escribía cada tarde bajo el árbol familiar o en los bocetos que dibujaba en los márgenes de su ejemplar de *La Gaiea*, cuando el resto de la gente creía que se dedicaba a estudiar el culto a la diosa y a la naturaleza. A menudo Saroi parecía vivir al margen del mundo o, al menos, querer hacerlo. Irati ni siquiera tenía claro que estuviera al tanto de que, con la mayoría de edad, su tiempo dedicado sólo a los versos y a la contemplación había acabado.

Quizá por eso cuando llegó de trabajar esa tarde y lo vio bajo el árbol, como si nada hubiese cambiado y el mundo no pudiera tocarlo de verdad, se sentó a su lado.

—Irati. Estás manchada, como siempre.

La muchacha carraspeó. Se pasó una mano por la mejilla, como su hermano le indicaba, y se limpió el rastro de grasa. Se concentraba tanto en su trabajo que a menudo llegaba a casa con el rostro sucio. Tampoco es que pudiera permitirse no esforzarse al máximo: pasara lo que pasara, no debía perder el puesto que le acababan de dar. Al fin y al cabo, sólo estaban ella y su madre para sacar adelante a aquella familia. Irati era la única hija que había tenido Maialen Burgoa, algo por lo que la mujer nunca se había lamentado lo suficiente. Si Saroi era adoptado pronto, las facturas apretarían un poco menos, pero aun así todavía quedarían los gemelos en casa, y Danel y Gure tenían sólo once años.

Y si no todo salía tan rápido con Saroi o, peor todavía, si Saroi no conseguía embarazar a nadie...

Irati prefirió no pensarlo.

—Feliz cumpleaños, enano.

De uno de los grandes bolsillos de su pantalón sacó un paquete. Saroi abrió mucho los ojos, con su característica inocencia, e Irati sintió un poco de amargura al pensar en que aquella candidez estaba a punto de desaparecer.

—¡Irati! ¡No tenías que comprarme nada!

Pero eso no evitó que se echara sobre el paquete con ansias. Sus ojos



brillaban cuando se deshizo del torpe envoltorio que Irati había realizado y descubrió el último poemario de Udane Koplari. Hubo una exclamación de alegría y, antes de que Irati pudiera preverlo, Saroi ya la estaba abrazando con fuerza. La muchacha no pudo evitar sonreír, contagiada de la alegría. Sus labios le tocaron con ternura la frente.

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? Es maravilloso. Pero no era necesario. Sé que no nos sobra el dinero.

—Uno no se hace mayor de edad todos los días, ¿verdad? ¿Estás emocionado?

Fue una manera sutil de interrogarlo, pero la pregunta estaba cargada de intención. Irati se fijó bien en cómo las palabras caían sobre su hermano y transformaban su expresión. La sonrisa, amplia, se deshizo un poco en las comisuras. La mirada perdió un toque de su brillo.

—Claro. Es magnífico.

Irati se habría creído antes que la diosa Gaia estaba a punto de aparecer venida de la nada, abriendo una brecha en la realidad como había hecho cuando había creado aquel mundo en el que vivían. Saroi debió de ver en la expresión de su hermana que sus palabras no habían sonado lo bastante confiadas, porque se obligó a apartar la vista al suelo.

—¿Tienes miedo?

Él se encogió de hombros.

—No quiero ser padre todavía. No creo estar preparado. Y ni siquiera sé cómo haré para... —Tragó saliva, pero la vergüenza le pudo y calló—. No importa. Sé cuál es mi deber.

Irati habría querido decirle que no. Que podía ser todo lo que él quisiera, no sólo el padre de unos niños. Pero no era una mentirosa, de manera que sólo le acarició los cabellos. Le pasó el brazo por los hombros y lo hizo apoyarse contra su pecho.

—¿Crees que alguna mujer se interesará por mí ya esta noche? A madre le

encantaría eso.

De nuevo, la muchacha quiso decirle que no. Que todavía tenía tiempo para no preocuparse por esas cosas. Que su fiesta de cumpleaños era un acontecimiento social, desde luego, pero que era improbable que una mujer se fijara en él aquella misma noche.

Claro que eso había sido justo lo que había pasado con Itzal.

Por eso calló. Dejó otro beso en su cabeza y le tendió el libro que le había regalado.

—Léeme un rato. Veamos qué tiene que decir la señora Koplari.

Saroi se fijó un segundo de más en su hermana, pero al final sonrió, asintió y comenzó a leer con voz clara.

Irati le permitiría seguir siendo un niño unas cuantas horas más.



Saroi Burgoa hubiera preferido quedarse bajo el árbol, leyendo a su hermana con voz pausada. Hubiera preferido ascender a su habitación en el ático y sentarse en el suelo para escribir en su cuaderno o leer poesía o incluso para acostarse temprano, pese a que era un día especial. Saroi Burgoa hubiera querido estar en cualquier otra parte, pero no había ningún lugar para él más allá de su fiesta de cumpleaños.

La certeza de que todo el mundo estaba allí por él lo abrumaba. Nunca le había gustado la atención. Ni siquiera estaba seguro de que le gustara demasiado la gente, a excepción de los miembros de su familia. Desde luego, adoraba a Irati. Quería con locura a los gemelos, incluso, aunque a veces se encontraran ranas en su cama o le llenasen los bolsillos de polvo de gea para que las manos se le quedasen verdes durante el resto del día. Respetaba a su madre, que hablaba mucho y siempre soñaba con el mejor futuro para sus hijos. Y, por supuesto, admiraba a su padre por todo lo que hacía en la casa y por la paciencia infinita

que demostraba. Creía que era un hombre magnífico y se alegraba de pertenecer a la misma familia que él.

Pero no quería ser como él.

En cualquier otro mundo, si le hubieran dado la oportunidad, Saroi habría querido ser poeta. Pero sabía que los hombres, por lo general, no escribían y que, cuando lo hacían, era para hablar de «asuntos masculinos», como decía la crítica. Para narrar sus días en la casa, sus tareas, la carga de los niños. Pero él aspiraba un poco más allá. Él quería hablar de la naturaleza, de la experiencia misma de ser humano, de los miedos y las dudas y el amor y...

En lugar de eso, estaba allí de pie, en una esquina de la concurrida sala, recibiendo las felicitaciones de una familia tras otra. Por lo menos estaba seguro de que podría utilizar todo lo que veía para escribir algo después. Algo sobre los colores de la ropa, del aletear de faldas y vestidos y chaquetas engalanadas con botones dorados. De cómo la piel de todas parecía brillar bajo la luz titilante de las lámparas o de cómo las sombras en las paredes cuchicheaban y bailaban y se mezclaban.

—Ha venido la familia Logale. —El aliento de su madre olía a sidra caliente y especiada, y su mano en el hombro lo hacía sentirse más pequeño que valiente—. Su hija mayor, Ohiana, está a punto de cumplir los veintidós. Deberías hacer lo imposible por bailar con ella; dicen que está buscando a alguien a quien adoptar.

Saroi sintió que, a su otro lado, Irati se tensaba. Después de la pequeña charla en el jardín, su hermana parecía preocupada y él lamentaba haberla dejado inquieta. Tenía que haberse callado. Tenía que haber parecido más confiado. Como Itzal, cuando había cumplido los dieciséis. Aquella noche Saroi había visto a su hermano mayor desde el rellano del piso superior, riendo y bailando y siendo encantador. En comparación, él se veía torpe y poco preparado. Ni siquiera estaba seguro de que quisiera ser adoptado, pero eso no podía decirlo en voz alta. Como tampoco el hecho de que la idea de llegar a ciertos niveles de intimidad le parecía... desagradable.

—Tampoco es necesario que conquiste a nadie esta noche, madre —murmuró Irati.

—Cuanto antes, mejor —fue la escueta respuesta.

A eso ni Irati ni Saroi podían replicar. Así que, pese a que no se sentía como él mismo, pese a que era lo último que tenía ganas de hacer, el muchacho se puso su mejor sonrisa. Se mostró encantador ante la familia Logale. Trató de pensar en lo contenta que había estado su madre cuando llegaron los papeles de adopción de Itzal. Cuando nacieron las niñas, sus sobrinas. Respiró hondo e ignoró el agujero en su estómago. Su adopción era lo que su familia necesitaba y no debía ser egoísta: lo que pasase después de que se fuera de casa era lo de menos, porque su primer deber era hacerle la vida más fácil a su madre y a su hermana.

El primer deber de un hombre era siempre para con las mujeres de su familia.

Por eso, cuando Ohiana le pidió el primer baile que tuviese libre, él aceptó. Le dijo que le había prometido el primero a su hermana, pero que el segundo sería suyo. Su madre todavía tenía la mano sobre su hombro y, cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, casi le clavó las uñas en la chaqueta. Sabía que, en cuanto le diesen la oportunidad, le contaría lo que había ocurrido al resto de la sala.

Tras recibir todas las felicitaciones posibles y algunos regalos bien elegidos, Saroi utilizó el baile con su hermana para mentalizarse de que pasaría el resto de la noche hablando con extrañas. Algunas chicas le habían pedido el honor de una pieza de su mano.

—Todo irá bien.

Irati lo miró con una pequeña sonrisa que quería ser reconfortante.

—¿Y si no le gusto a nadie? —La pregunta le salió suave y ronca de una garganta seca como un desierto—. ¿Y si no acabo siendo más que un estorbo en casa y...?

Su hermana lo acalló con un beso en la frente y un abrazo que lo sorprendió, porque normalmente eran él y los gemelos los que iban a pedir su atención y su

cariño, nunca al revés. No era que Irati fuese fría, pero siempre estaba demasiado ocupada. Siempre tenía cosas más importantes en la cabeza.

—Estoy segura de que hay alguien ahí fuera para quien serás perfecto, Saroi. E incluso si no la encuentras a la primera ni a la segunda, tarde o temprano...

Su cabeza le advirtió que era una mentira. Que las cosas no funcionaban así. Que el mundo era cruel e injusto. Alguna gente lo había entendido. Sabía que el padre de Irati, por ejemplo, se había marchado. Una mañana, de pronto, Maialen Burgoa se dio cuenta de que ya no estaba. Aunque Saroi nunca preguntaba por ese suceso, porque sabía que no estaba bien, no podía evitar cuestionarse muchas veces qué llevaba a un hombre a escapar de su familia.

—Gracias.

Se soltaron las manos con la sonrisa de Saroi intentando ser sincera y él se apartó un poco. Su siguiente pareja ya lo estaba esperando para entonces, pero, en cuanto puso su mano sobre la suya, supo que no funcionaría. Ohiana Logale le apretó los dedos con demasiada fuerza, o tal vez fue la forma en que dio el primer paso, arrastrándolo en vez de bailar junto a él. Estaba claro quién dirigía, pero no encontró en ella nada que lo reconfortara o que lo hiciera sentir en el lugar adecuado. Ella le habló un poco de su trabajo como supervisora en la producción de zepelines y él intentó hacer las preguntas correctas. Cuando ella le dijo que había oído hablar a su madre sobre que escribía poesía, Saroi sintió que el calor inundaba su rostro.



—No son gran cosa, por supuesto. Son versos sin importancia. Seguro que no tienen ningún interés.

Ella le sonrió y el gesto, de alguna manera, lo hizo sentirse un poco más valiente. A lo mejor no iba tan desencaminado en lo que a conquistarla se refería,

aunque nadie le había dicho que pudiera hacerse por medio de la poesía.

—Estoy segura de que serán encantadores. Quizá podría recitarme algo la próxima vez que coincidamos.

Saroi se puso tan nervioso que casi tropezó con sus propios pies.

—Eso sería un auténtico placer. —Aunque no hubiera recitado nunca para nadie más que Irati—. Es decir, si es lo que desea.

Al escucharse tartamudear se dio cuenta de lo estúpido que sonaba, pero Ohiana no se apartó. Por el contrario, cogió su mano con un poco más de fuerza y plantó su mirada en un punto por encima del hombro de Saroi.

—Lo cierto es que estoy buscando a alguien a quien adoptar. Mi madre insiste en que quiere nietas pronto y yo tengo un trabajo con el que puedo permitírmelo. Por supuesto, nuestras madres ya han hablado y consideran que la unión sería satisfactoria para ambas partes.

El chico no esperaba que la conversación se volviera tan seria de pronto. Lo único que pudo hacer fue observarla, atónito, con los labios entreabiertos. No se le ocurría qué responder a eso. Sabía que a Itzal también le habían pedido algo así la noche en que cumplió los dieciséis, pero no esperaba que...

—Podríamos probar, si te parece bien.

Saroi sintió un ramalazo de pánico. Supo que lo era, por más que nunca hubiera tenido ninguno. Su estómago se contrajo y, pese a la presión de los dedos de su acompañante, apartó sus manos de las de ella todo lo rápido que pudo. La pieza de baile acabó unos segundos después y nadie pareció darse cuenta de la súbita separación, pero él dio un par de pasos atrás. Lejos de sentirse ofendida, Ohiana parecía simplemente incrédula. El chico no pudo culparla, ni siquiera cuando la vio girar sobre sus talones y alejarse de él sin decir una palabra.

Había dejado pasar su primera oportunidad de ser adoptado y, cuando aquello llegara a oídos de otras personas, quizá la última.

## *Capítulo 3*

*35 de Alter de 1852 d. S.*

*Arxia, Viria*

Todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada. El motivo de los Solari llegó el 37 de un mes de Alter de 1852, un día caluroso en el que la única hija del presidente de la república de Viria acudió a la catedral de Aión para rezar.

Aurora era una muchacha muy joven todavía, pero a sus catorce años ya sabía que la imagen de su padre era demasiado importante y se esforzaba a diario por estar a la altura de su apellido. Algún día, cuando fuese mayor, se presentaría ante todos en su baile de debutante con el orgullo de saber que nadie podría tachar de incorrecta ninguna de sus acciones. Sabía cómo sería su vida y la aceptaba, porque la idea de tenerla planeada, de saber lo que se avecinaba, la reconfortaba un poco: conocería a un hombre que su padre aprobaría, se comprometería con él, se casaría y tendría a sus hijos. Viviría una existencia acomodada y pacífica, no muy diferente de la que llevaba ahora, honrando con ella a los Santos, acordándose de la gente con menos suerte, como hacía cada vez que traspasaba la puerta de la catedral y dejaba en las manos de los que allí se cobijaban monedas pequeñas y relucientes.

Una vez dentro de la fresca iglesia, siempre seguía la misma rutina: iba a presentarle sus respetos al sacerdote, dejaba limosna junto a los altares de los ocho Santos y se arrodillaba en una de las capillas privadas, a las puertas de la que dejaba a su doncella, pues no soportaba la idea de que otra persona pudiera interrumpir sus oraciones. Oraciones que nunca incluían peticiones para ella,



sino para otros: rogaba que su padre tuviera suerte en su mandato, que el imperio de Viria floreciese, que aquellos que la rodeaban fueran felices. Recitaba de memoria tantos rezos como sabía y luego leía en murmullos un capítulo del *Libro de Aión* o alguna historia del *Santoral*.

Cuando consideraba que había sido suficiente, dejaba el libro en el banco forrado de terciopelo, se acercaba al portavelas y encendía todas una vez más, porque le parecía que el brillo del fuego les daba a los Santos un poder nuevo. De alguna forma, no sólo parecían más vivos, sino que sentía que la miraban con cierta aprobación.

Aquella tarde, cuando se levantó, miró su reloj de bolsillo. Quería estar en casa para recibir a su padre, que volvía ese día de viaje; y al comprobar que se le había hecho tarde, se apresuró a acabar con sus tareas. Cogió una de las cerillas de la caja junto al portavelas y la encendió, utilizándola para dar luz a varios de los cirios que se habían apagado. La catedral estaba llena de corrientes de aire provocadas por la antigüedad de su construcción. En invierno era un problema, sobre todo en las tardes en que buscaba algo de calor al resguardo de la lluvia y sólo encontraba frío que se colaba en sus huesos. En verano la temperatura se agradecía, aunque al atardecer empezaban a castañearle los dientes.

Había conseguido prender una mecha y usarla para encender otras dos velas cuando la puerta se abrió. El chasqueo de la cerradura la sorprendió y le hizo darse la vuelta, pero sólo era su sirvienta.

—Señorita Solari, deberíamos marcharnos. Se está haciendo de noche.

Aurora asintió justo antes de sentir la cera deslizándose hasta sus dedos. Se había quitado los guantes y el calor de las gotas derretidas sobre la piel hizo que soltase un quejido. Su mano se abrió a modo de acto reflejo y la vela cayó, todavía encendida, sobre la falda de su vestido.

Fue sólo un segundo. El segundo en el que tardó en entender lo que había pasado. El fuego únicamente necesitó de ese titubeo para prender sobre el algodón.

Sus gritos se hicieron eco por toda la catedral.



A Iulius Solari no le gustaba que lo interrumpiesen. Si un político como él había llegado a presidente de la república de Viria con sólo treinta y ocho años no había sido por haber trabajado poco ni haberse permitido distracciones de ningún tipo durante toda su carrera. Ahora que acababa de ser elegido como el futuro de la nación, no podía dejar que nadie pusiera en duda su lugar. Bajo su mandato, Viria debía avanzar y florecer, extender sus territorios más allá de las tierras conocidas, conseguir que la verdadera fe se extendiese por lugares todavía paganos, desarrollar la ciencia y traspasar los límites imaginables.

Iulius Solari era ambicioso. Quería que se lo recordara como el mejor presidente de todos los que había habido en la historia viriana. Sabía que desear ser Santo era osado y que iba contra los principios de humildad de San Milie, de modo que no aspiraba a tanto. Con que se lo considerase un hombre iluminado por Aión podía bastar.

Pero aquello no pasaría si era menos que brillante. Y no podía ser brillante si alguien decía cortar sus pensamientos con golpes en la puerta tan urgentes como los que sonaron entonces en su despacho.

Tenía ya preparado el ceño fruncido y una protesta en la punta de la lengua cuando el sirviente entró, apurado. Ni siquiera hizo ademán de apartar la pluma. No lo habría hecho, no habría dejado atrás ninguno de los documentos que tenía frente a sí, de no ser porque el criado habló más rápido:

—Señor presidente, disculpe la intromisión, pero se trata de su hija.

Aquello lo cambió todo. Iulius Solari podía tener ocho regiones bajo sus órdenes, la vida de millones de personas casi a sus pies, pero nada de ello valía nada si algo le pasaba a Aurora. Fue entonces cuando se puso en pie como el cuco de un reloj en hora punta y se permitió recordar por un instante que no sólo era presidente, sino también padre.

—¿Qué ha ocurrido?

El criado balbuceó. Iulius Solari le habría gritado por su incompetencia de no haber estado tan preocupado. Casi lo apartó de un empujón cuando salió de su despacho. Sus pasos sonaron a la carrera por toda la casa presidencial cuando se aventuró escaleras abajo.

En la entrada estaba el revuelo. Y allí, sobre una camilla que dos operarios cargaban con cuidado, su hija.

Lo primero que vio fue el vestido abrasado. Después, su rostro inconsciente, demasiado joven como para haber caído.

No preguntó cómo había ocurrido. No le interesaba. Ni siquiera pudo maldecir a los Santos por haberle castigado de esa manera después de toda una vida honrándolos.

Lo único que hizo fue exigir que los mejores médicos de Viria se presentasen de inmediato ante él, bajo pena de traición si alguno se atrevía a negarse.

El presidente estaba dispuesto a remover cielo y todas sus tierras, y las que no eran suyas también si era necesario, para salvar a su hija.



La habitación de Aurora Solari estaba casi vacía cuando León Lavalle entró en ella. Se le había avisado, junto a varios doctores más, de que se le necesitaba en la mansión presidencial y no había perdido ni un momento. Pese a que estaba cenando, había abandonado la mesa disculpándose con Via y había corrido a por su maletín. El carruaje había volado sobre los adoquines.

Por supuesto, Medici había llegado antes que él. Vio al viejo doctor del presidente antes que a la muchacha: el médico dejaba una jeringa sobre las manos de un sirviente que parecía a punto de desmayarse. Al lado de Medici, León se sintió demasiado joven, demasiado inexperto. Aunque había visto bastante en los seis años desde que había conseguido su licencia e incluso antes

de eso, como aprendiz de un doctor en su pueblo natal, lo cierto era que había cosas para las que no se sentía preparado, por mucho que supiera la teoría tan bien como cualquiera de los presentes.

No hubo tiempo para cortesías. El doctor Lavallo pidió un informe de lo sucedido y del estado de la muchacha, y los allí congregados unieron esfuerzos para ayudarla. Las quemaduras eran lo bastante graves y hondas como para que no sintiera dolor. Aun así, la sedaron. El procedimiento no era fácil y, de todas formas, no toda la superficie quemada presentaba el mismo aspecto. En algunas zonas, la ropa se había adherido a su piel. En otras, ya no quedaba mucho más que carne y hueso.

El presidente Solari había pedido que, pasara lo que pasase, salvaran a su hija. Les había dicho que estaba dispuesto a darles cualquier cosa si la mantenían con vida, pero mientras quitaban el tejido perdido de sus piernas, León no pudo evitar preguntarse qué precio estaba dispuesto a pagar y en qué medida quería recobrar a su hija.

Cuando acabaron, eran cinco médicos en el cuarto. El ambiente estaba cargado y Aurora yacía sobre el lecho pálida como la sábana que cubría la mitad inferior de su cuerpo. La habían vendado con telas húmedas y frías. La mano que descansaba por encima de la manta también estaba envuelta: León se estaba encargando de ella. Parecía que había intentado apagar el fuego de su falda de aquella manera al principio, en un ataque de pánico.

Con la mano de Aurora todavía entre las suyas, el doctor Lavallo dio un respingo cuando la puerta se cerró a sus espaldas. Su concentración había impedido que se diera cuenta de que el resto, a excepción de Medici y Julius Solari, el mismísimo presidente, habían salido de la estancia. Con cuidado, el doctor Lavallo soltó los dedos vendados de la joven Aurora y se levantó, haciendo una reverencia. Su intención era marcharse, pero el presidente lo detuvo antes de que pudiera disculparse.

—¿Cómo está? —Solari no se dirigía a su médico personal, sino a él, y León sintió que quería hacerse invisible.

—Viva —dijo, con la voz más neutra posible—. Pero muy grave. El resto del cuerpo se curará, aunque queden cicatrices. Pero las piernas...

El silencio llenó la estancia. León no quiso acabar el diagnóstico. No creía que hiciese falta, en realidad, pero el hombre ante él estaba acostumbrado a recibir los golpes con entereza tras escuchar todo lo que alguien tuviera que decir. Así que, al ver que la quietud se extendía en una muda petición de que terminase de hablar, León Lavalle decidió que aquel padre merecía saber la verdad de sus propios labios:

—Lo lamento, señor presidente, pero es probable que la señorita Solari no pueda volver a caminar.

## Capítulo 4

*22 de bost de 3704 d. G.*

*Kiteria, Gineyka*

Lo que se dice de las personas, sea esto verdadero o falso, al final ocupa tanto lugar en su destino como lo que hacen. Eider Haizea lo sabía muy bien, porque llevaba una vida entera escuchando lo que se decía de todo el mundo a su alrededor. Sus oídos eran, al fin y al cabo, uno de los mejores recursos que tenía. Hay quien podría haber dicho que Eider era una persona observadora, de no haber sido algo así irónico: lo único que no podía hacer Eider era, de hecho, *observar*.

Por eso siempre escuchaba.

A lo largo de sus casi quince años, Eider había decidido que ver estaba sobrevalorado: la realidad que lo rodeaba se construía en torno a palabras y a sensaciones, al roce de sus dedos sobre lo tangible y a las imágenes de su mente sobre lo intocable. Nunca había conocido las formas exactas del mundo ni sus colores, pero a cambio había aprendido a construir todo aquello de mil maneras que podían superar lo que sólo se podía percibir con los ojos. Quizá por eso su mente era inquieta y siempre estaba trabajando. Por ejemplo, esa tarde, mientras su hermana Gadea se reía en medio de una conversación con su madre, su cabeza reconstruía a su manera un baile que de ningún modo podría haber visto, como tampoco lo habían visto su madre o su hermana.

Una vez más, sólo se preservaba lo que se decía, lo que se contaba; las palabras, no la imagen.

—Ohiana no daba crédito. Dijo que el pobre muchacho parecía un corderito.

Eider no necesitaba ver para saber que a su madre la historia de un joven asustado evitando su deber con la sociedad no le hacía tanta gracia como a su hermana.

—¿No fue a esa familia porque el primer hijo había resultado ser un muchacho cumplidor y efectivo? Cabría esperar la misma educación para todos.

—Aparentemente no todo se hereda, madre. Este colapsó ante la simple mención de ser adoptado.

Cuando Eider oyó cómo su madre chasqueaba la lengua, pudo imaginar que sacudía su cabeza. En ocasiones, cuando era más joven, le gustaba enredar los dedos en las trenzas de aquella mujer, las pocas veces que ella se lo permitía. Se imaginó que esas mismas trenzas se movían al ritmo de la decepción.

—La madre estará enfadada. Un lazo con los Logale les habría venido bien. Son una familia bien posicionada. Ohiana es de tus mejores compañeras.

—Por lo menos les queda su hija. Dicen que esa muchacha es un portento, en realidad.

—Está en nuestro equipo de investigación y desarrollo, ¿no es cierto?

Eider oyó a su hermana coger una pasta y mordisquearla.

—Así es. Y parece que con razones. Ohiana me dijo que sus estudios sobre la gea y su potenciación como combustible son brillantes. Y todo el mundo dice que trabaja con ahínco.

—Entonces su familia no tiene demasiado de lo que preocuparse. Ahora que ya está en el equipo del Gobierno, si es tan brillante, será cuestión de tiempo que crezca dentro de él.

—A lo mejor me paso por los talleres para conocerla...

Arama Haizea lanzó un resoplido de diversión. Eider supo que había bebido un sorbo de té porque se produjo un silencio y después la taza repiqueteó contra el plato.

—En los talleres hay demasiado trabajo para tus flirteos, muchacha. No distraigas al personal.

—Sí, señora vicepresidenta.

Lo cierto es que Eider no sabía si las sonrisas eran algo habitual en su madre, pero a veces le gustaba imaginar ese tipo de gesto en su boca. Como ahora. Hubo otro silencio. A Eider le pareció que era un poco más incómodo que los anteriores. Le pareció, de hecho, que había ojos sobre su cuerpo. Era una sensación extraña, inexplicable, pero habría jurado que su madre y su hermana habían fijado la mirada en su rostro.

—¿Dices que esa muchacha es brillante?

—Sí.

—¿Crees que podría...?

—No lo creo, madre.

Eider supo qué pasaba. No quiso imaginar la expresión de frustración ni de pena, pero tenía la convicción de que allí estaban aquellos sentimientos, tomando por completo las facciones de la vicepresidenta de Gineyka. Había sido paciente de suficientes tratamientos e inventos como para saber qué pregunta se había quedado por el camino:

¿Crees que podría devolverle la vista?

Claro que «devolver» no era la palabra correcta. No se podía devolver lo que nunca se había tenido.

Hubo un suspiro de resignación. Después, unos dedos sobre su cabeza, jugando con sus propios rizos.

—Al menos sabemos que tú no serás tan asustadizo como ese muchacho, ¿verdad?

Eider no dijo nada. Esbozó una sonrisa divertida, más confiada de lo que la sentía siempre, y sacudió la cabeza.

Después, se llevó su chocolate a los labios y pensó en el chico del que su madre y su hermana habían estado hablando. Como había sido lo primero que había oído de él, se lo imaginó como un corderito y se preguntó cuánto tardaría aquel mundo en devorarlo.



## Capítulo 5

*40 de Alter de 1852 d. S.*

*Arxia, Viria*

Una tarde extremadamente calurosa de finales de Alter, Neith Sinagra salió de la pequeña habitación que tenía alquilada en una de las callejuelas de los bajos fondos de Arxia y enfiló por los pasajes adoquinados, que tan bien conocía, sin un rumbo fijo. Su intención sólo era alejarse de su cuarto, porque no había dejado de sudar pese a la ventana abierta y porque la costilla no le daba tregua. Esperaba distraerse con un paseo y luego dirigirse a una de las casas públicas que solía frecuentar y donde cualquier persona con monedas en los bolsillos sería bien recibida. Pretendía beber hasta quedarse sin sentido o, como mínimo, hasta que el dolor se convirtiese en un palpito sordo en su pecho.

Normalmente Neith no podía permitirse más de uno o dos tragos del brebaje más asqueroso que tuvieran en la taberna, pero aquel día, sin que sirviera de precedente, tenía ingresos más que de sobra. El dinero solía escasear para él, porque nadie quería darle trabajo estable a un *thyraino* y lo que podía robar de cualquier persona o lugar por lo general se iba en pagar el alquiler y en poco que llevarse a la boca. Sin embargo, la pelea que le había roto la costilla casi había resultado valer la pena. Al marcharse de casa de la familia Lavallo, había echado la mano a dos candelabros de plata que descansaban sobre la coqueta de la habitación. Estaba seguro de que no los echarían de menos. Por el gusto con el que estaba decorado todo, al fin y al cabo, era obvio que no tendrían problemas para comprar otro par de candelabros, más bonitos y más nuevos.

Una pequeña parte de él sabía que no debía haberlo hecho, porque aquella

gente lo había ayudado. Pero se había convencido de que esa extraña familia lo había secuestrado y había forzado su ayuda sobre él. Y ya que tenían tantísimas ganas de serle útiles, suponía que darle un poco de dinero para comer y aguantar el dolor de las heridas era lo mínimo que podían hacer. Si San Alter promulgaba la necesidad de compartir con los más necesitados, él sólo había seguido sus preceptos.

Planteado así, con esas palabras, podría decirse que era un héroe. Aunque tampoco le importaba no serlo, como no le importaba no sentir ningún ápice de culpabilidad. La supervivencia era mucho más importante que la ética.

Sus pasos lo llevaron a unas calles en las que el olor a desperdicios era tan fuerte que hubiera llenado de lágrimas los ojos de cualquiera que no estuviese acostumbrado, pero él se había criado en aquella zona, jugando en las calles, envuelto en la niebla que se levantaba del río cada mañana y cada noche. Aun así, en los días de calor como aquel parecía que el tufo fuera aún más putrefacto, como si los cadáveres que todo el mundo sabía que dormían bajo las aguas hubieran sido arrastrados finalmente a la orilla.

Tras unos instantes de duda, dio media vuelta y se metió en uno de los estrechos callejones entre las casas, donde había algo de sombra. El calor le oprimía el pecho, lo dejaba mareado y sudoroso. Por eso al principio creyó que las voces eran producto de su imaginación. Se detuvo un segundo para secarse la frente y aguzó el oído. Las palabras tomaron para él un sentido que conocía muy bien entonces: se convirtieron en amenazas, en voces ladrando órdenes; en burlas.

—¡Apartaos! ¡Ahora! —Quien respondió lo hizo con vehemencia, pero el temblor en la voz delataba su preocupación.

Neith se cuidó de no hacer ruido y se asomó a otro de los callejones que cruzaban el que estaba atravesando. Esa parte de la ciudad, aparte de sucia y tortuosa, era laberíntica, llena de recodos oscuros en los que, de noche y de día, se ocultaban monstruos. Monstruos de verdad, de los humanos, de los que hieren y roban y asesinan, no de los que se esconden bajo la cama en historias para

asustar a los niños.

Él conocía muy bien a los monstruos porque se consideraba uno de ellos, así que no le resultaba difícil averiguar cuándo iban a atacar. Y sabía que estaban acechando al muchacho que, con la espalda contra la pared, apuntaba con la pistola a sus dos atacantes. Lo primero en lo que se fijó fue en que las manos le temblaban. Lo segundo, en que, pese a que tenía la cara manchada de carbón en un gesto descuidado y la gorra la llevaba calada hasta las cejas, lo que veía del rostro le resultó familiar. Los rizos rubios, limpios, delataban que la camisa raída y la chaqueta vieja eran sólo un disfraz.

Tardó un segundo más en reconocerlo. Se había olvidado del rostro, de la forma de su cuerpo, pero estuvo seguro de que se trataba del mismo chico que lo salvó aquella tarde. Vianney Lavalle había vuelto a los bajos fondos, a pesar de ser un niño rico. A pesar de que los muchachos de buena cuna no bajaban al Infierno. Habitualmente coqueteaban con sus límites, con los prostíbulos y algunos fumaderos, e incluso con algunas casas públicas que ofrecían actividades... alternativas. Pero esa zona, sucia y maloliente, no ocultaba ningún tesoro. Sólo a tipos como él o peores, que habían cazado al muchacho y lo habían arrinconado para quitarle todo lo que tuviera de valor.

Incluso su vida, si les daba la oportunidad.

—*Sorde.*

La maldición se le escapó entre los dientes, consciente de lo que iba a hacer a continuación. Incrédulo porque fuera a ir contra su naturaleza misma y contra lo que vivir en Viria le había enseñado, porque había una lección que le había golpeado por todas partes y se había grabado a fuego con cicatrices en su carne: «Preocúpate únicamente de ti mismo». Era una regla que había aprendido a base de que se burlaran de él por el color de su piel, de que lo dejaran de lado, de que hicieran que se sintiese raro. Una regla que había tenido que aprender a base de insultos y golpes, y sangre en los nudillos y en la cara.

Y, por primera vez en toda su existencia, supo que iba a romperla.



Vianney Lavallo siempre había vivido, hasta aquel momento, en una apacible seguridad. Su vida quizá no había sido muy fácil, pero nunca se había peleado con nadie. León tampoco le habría permitido nunca ser una persona conflictiva, de todos modos; si le dejaba hacer ejercicio en casa y tener un saco de boxeo, era por motivos muy diferentes a que creyese que algún día terminaría pegando a alguien. Eso era una cuestión de necesidad para Via, no de preparación.

Por eso, cuando aquellos hombres empezaron a seguir sus pasos, al principio no creyó que fuera a pasar nada malo. Pensó, de hecho, que tenían el mismo rumbo. Sólo se percató de lo que pasaba cuando, dos calles después, uno comenzó a acelerar el paso. Fue entonces cuando echó a correr.

Pero le dieron alcance.

Usaron su poco conocimiento de aquel lugar para guiar sus pasos hasta un callejón sin salida en el que la opción lógica le pareció dar todo el dinero que podía llevar encima y levantar la pistola si seguían intentando algo más. Había hecho ya las dos cosas: les había tirado su cartera y ahora sostenía el arma porque lo único que quería era que no se acercaran ni un paso más.

—Ya os he dado todo lo que tengo. Cogedlo y marchaos. No hay necesidad de que esto acabe peor.

Su voz trataba de sonar segura, pero sentía el terror agarrado a la garganta, enredando las palabras en su mente. Los dos tipos que le cortaban el paso se miraron entre sí. Apestaban y sus ropas estaban hechas un asco. No parecían haberse lavado en semanas. Uno de ellos apenas tenía dientes y los que le quedaban estaban destrozados. El otro, más compuesto, sonrió. Había cogido la cartera y se la habían pasado a su compañero.

—En realidad, sentimos mucha curiosidad por saber qué hace un niño rico en estas calles... Y esas ropas tuyas parecen buenas. Las nuestras están un poco

jodidas, así que estaría bien intercambiárnoslas. Por no hablar de la pistola. No vas a disparar. —Una risita—. Así que deberías dársela a alguien que la necesite más. Como nosotros. Nos vendría muy bien.

Via tragó saliva. Les habría dado la pistola sin dudar si no hubiera sabido que así su desprotección sería absoluta. Trató de agarrarla con más fuerza. Intentó que pareciese que sabía lo que hacía, aunque el arma entre sus dedos se asemejaba a la última hoja del otoño a punto de desprenderse de su árbol: temblaba casi de la misma manera. No podía permitir que aquellos tipos se acercasen más.

—¿Queréis más dinero? Os lo traeré. Pero dejadme en paz.

Lo que fuera con tal de que se mantuvieran lejos.

Los hombres se rieron, pero el más alto no sólo no retrocedió, sino que se acercó. La espalda de Lavallo encontró la pared. Sentía la ansiedad apretando su pecho. Las lágrimas quemando sus ojos.

—He dicho que os alejéis o...

No pudo terminar la frase. El golpe llegó de manera inesperada, justo en la boca del estómago. Via agradeció haber fortalecido su abdomen a base de ejercicio durante años, pero aun así aquello no evitó que el dolor le arrebatara la respiración. Se dobló por la mitad; la pistola cayó al suelo. El pánico se convirtió en absoluto cuando el hombre agarró las solapas de su chaqueta.

—¿Por qué esperar a que vuelvas con más dinero cuando nos podemos quedar con todo lo que llevas ahora? Incluso contigo. ¿Quién es tu familia? ¿Cuánto crees que pagarán por ti...?

Vianney se revolvió. Lo hizo con la desesperación de quien tiene demasiado que perder. Lanzó un puño hacia la cara de su atacante, pero él fue más rápido: empujó el cuerpo hacia atrás y la cabeza de Via golpeó la piedra con dureza. Sintió el mareo justo antes de perder el equilibrio y caer al suelo. Después, las manos del tipo sobre su ropa. Con la vista nublada, volvió a alzar los puños para defenderse. Quería llorar. Quería gritar. Quería que aquella persona se alejase todo lo posible de su cuerpo. Habría dado todo por ello.

—Yo dejaría a ese.

La voz sonó de fondo, como música durante una reunión social. Fue suficiente, sin embargo, para que dejaran de intentar sacarle la chaqueta.

—Sinagra. —El tipo habló con tanto reconocimiento como repulsión—. ¿Tú también quieres cobrar? Lárgate, esto no es de tu incumbencia.

—Seguro que sólo quiere ver qué puede sacar él —comentó el otro. Había cogido la pistola del suelo y la miraba por todos lados—. A lo mejor un poco de pólvora entre ceja y ceja. ¿Qué crees, Sinagra? ¿Alguien te echaría de menos?

—Tan agradables siempre, muchachos... —Neith chasqueó la lengua mientras se acercaba a ellos. Su postura era relajada.

Via lo reconoció de inmediato. Cuando a la mañana siguiente de rescatarlo no lo encontró en la cama, pensó que nunca volvería a verlo. Por supuesto, se enfadó cuando descubrió que faltaban dos candelabros sobre la coqueta del cuarto de invitados. Había jurado no volver a ayudar a nadie, porque parecía que ni siquiera cuando era amable con los demás recibía amabilidad a cambio.

Quizá se hubiera equivocado, después de todo. Si no hubiera tenido tanto miedo, habría sonreído con cierta esperanza.

—Vuelve por donde has venido, Sinagra. Vamos, Carlo, acabemos con esto.

Lavalle trató de levantarse, pero, ante el movimiento, una patada cayó sobre su cuerpo, que volvió a chocar contra el suelo.

—Y tú quédate donde estás.

—Lo cierto es que yo no me puedo marchar. Quiero decir, ahora que ya he visto lo que está pasando, soy un testigo. —Los asaltantes se giraron hacia Neith Sinagra con el ceño fruncido—. ¿Por qué me miráis así? Soy un ciudadano preocupado que cree en la justicia de nuestra nación. A fin de cuentas, si hubiera juicio, sería estúpido si no declarase y me pusiera en el bando ganador.

—¿Bando ganador? ¿Te parece este crío el bando ganador?

—Bueno, él no. Es más bien poca cosa. Pero tendrá mejor pinta en comparación con vosotros cuando os cuelguen. Con suerte os partiréis el cuello antes de ahogaros del todo. Si los censores no os torturan antes para vengar al

hijo de un congresista... Está bien aspirar a grandes recompensas, pero creo que esta se os va de las manos. Os vais a meter en un buen lío.

Vianney frunció el ceño con confusión. Por un momento, creyó que el golpe que se había dado en la cabeza había sido demasiado fuerte. Eso le habría dado más sentido a que ese chico estuviera tratando de salvar su pellejo inventándose una historia así.

—El hijo de un congresista nunca pasaría por aquí.

—Oh, vamos, Carlo, ¿has visto su cara? La única manera que tiene ese pipiolo de conseguir a una mujer es pagando por ella. Pregunta por él en el prostíbulo: lo conocen seguro.

Via ni siquiera pudo ofenderse. No entendía nada de lo que estaba pasando. Carlo, sin embargo, dudó y tiró de su chaqueta de nuevo.

—¿Dice la verdad? ¿Quién es tu padre?

Lo cierto es que Lavallo no tenía ni idea de a quién le debía su apellido. Cuando hubo crecido lo suficiente para empezar a tener consciencia de lo que ocurría a su alrededor, su padre ya se había marchado de su casa. León nunca hablaba de él. Aunque tenía la seguridad de que no era un congresista.

Pero eso aquel tipo no tenía por qué saberlo. Hizo acopio de todo el valor que pudo reunir.

—Lo descubrirás cuando vengan a buscaros por vuestro atrevimiento.

Carlo apretó los dientes. Via creyó que por fin soltaría su ropa y todo acabaría, pero entonces una sonrisa curvó la boca de su captor y una navaja apareció en su mano.

—Eso si alguien sabe lo que ha pasado aquí. Encárgate de Sinagra, Silas.

Lo siguiente ocurrió muy rápido. Vianney alzó las manos para parar el filo que se dirigía a su cuello. Sólo pudo concentrarse en eso, así que no vio cómo Neith se echaba sobre Silas antes de que este pudiera siquiera pensar en alzar la pistola. No es que Neith Sinagra fuera gran cosa, pero por lo menos podía mantenerse en pie y parecía saber defenderse por sí mismo. No le costó demasiado tirarlo al suelo.

El sonido de un tiro heló la sangre de los presentes. Fue lo que hizo que Carlo soltase a Vianney, alarmado. El humo de la pólvora salía del revólver, pero no había ningún herido. Silas sólo se había encogido sobre sí mismo. El arma ahora apuntaba al otro asaltante.

—Deja al chico. Las manos donde pueda verlas.

—¿Qué esperas, Sinagra? ¿Una recompensa por salvarle la vida?

—Espero que me dejéis seguir con mi día en paz y, de paso, quedarme con esta pistola, que parece que me va a venir de perlas. Te he dicho que te muevas. Ya.

—No vas a disparar. —Pero las manos se alejaron. El tipo se puso en pie—. Eres un asqueroso *thyratio* que se cree muy listo, pero los dos sabemos que sólo eres un crío.

No fue un reto. Pero quizá Neith Sinagra se lo tomó como tal. O quizá tan sólo estaba harto de que todo el mundo juzgase lo que era capaz y lo que no era capaz de hacer.

Por eso volvió a disparar.

El grito llegó cuando la bala impactó contra la pierna. El hombre cayó y, por primera vez, Neith Sinagra vio el terror apoderándose de la cara de alguien por su culpa, cuando solía ser al revés.

Habría mentido si hubiera dicho que no lo disfrutó un poco. Que no se sintió con poder después de toda una vida sin tenerlo.

—Fuera de aquí o te remataré —gruñó—. ¿O sigues pensando que no seré capaz de disparar?

Esos tipos podían ser mayores que él, pero un arma de fuego en unas manos que no tenían nada que perder contaba mucho más. Por eso Silas ayudó a levantar a su compañero mientras este mascullaba y trataba de frenar la hemorragia. El rostro de Lavallo, todavía en el suelo, se había quedado sumamente pálido. Creyó que aquello no podía ser el final. Que tomarían venganza, que se lanzarían sobre el chico, que él no podría evitarlos y que morirían los dos. Al fin y al cabo, Via había tenido la pistola primero. Los había



amenazado primero.

Pero no se había atrevido a disparar y Neith Sinagra parecía dispuesto a volver a hacerlo. No bajó el brazo mientras los tipos se movían.

—Pagarás por esto, *thyraio*.

No hubo respuesta. La mirada del aludido era serena y fría. Sólo pareció volver a tener vida cuando los dos hombres se marcharon. Cuando se permitió bajar el arma y sus miradas se cruzaron.

—Eres un verdadero estúpido, niño rico. ¿Quién lleva un arma si no está dispuesto a dispararla? Debería haber dejado que hicieran contigo lo que quisieran.

Via reaccionó entonces. Sentía que todas sus emociones se habían parado en el momento en que aquel muchacho había aparecido, apagadas por la incomprensión y el bloqueo, pero entonces emergieron todas de una sola vez. Se preguntó qué habría pasado si esos tipos hubieran seguido. Se respondió, también, y el temblor volvió. Las lágrimas, que habían estado esperando su momento, corrieron con premura hasta sus ojos. Se tapó con fuerza con su chaqueta, como si así pudiera protegerse de cualquier cosa, y se encogió sobre su propio cuerpo.

Neith Sinagra vio cómo se derrumbaba. Cuando se acercó, lo hizo porque para él también había habido una primera vez. Una primera paliza. Un primer robo. Una primera ocasión de sentirse totalmente desprotegido, con la Muerte aferrándole del pescuezo para que la mirase a los ojos y tuviera claro que podía atraparlo cuando ella quisiera.

Podía entender que las agresiones que había sufrido él y la que acababa de sufrir aquel muchacho no tenían nada que ver: del rubio sus atacantes sólo habían buscado su dinero. Los golpes que él podía recibir a menudo no pretendían más que arrebatarse cualquier ápice de dignidad.

Neith pensó que tenía que alejarse del niño rico y fingir que nunca se habían conocido o vuelto a coincidir. Pensó que no debía sentir lástima por él, que no había nada que los uniese en absoluto.

En su lugar, mientras escuchaba su llanto desesperado y errático, le tendió la mano. Via todavía sollozaba cuando se fijó en esos dedos y luego en él, con mil miedos y una pregunta en la mirada.

—Vamos. Hoy eres tú quien necesita un médico.

## ***Capítulo 6***

***40 de Alter de 1852 d. S.***

***Arxia, Viria***

Desde luego, León Lavalle no fingía estar asombrado ante el hecho de que el caso de Aurora Solari hubiera suscitado tanta discusión. El presidente había intentado ocultar lo que había pasado y las consecuencias del fuego en el cuerpo de su única hija, pero Arxia era una ciudad muy curiosa y las noticias volaban. Y lo que era peor: los rumores volaban. Eso significaba que, allá adonde fuera, la gente le preguntaba por el estado de la muchacha o le contaba las historias más fantásticas. Una de sus pacientes habituales lo había hecho llamar con una excusa que se había convertido en un interrogatorio sobre la salud de la joven Solari. Porque todo el mundo sabía que el doctor Lavalle había sido uno de los primeros en verla después del accidente, pero también que ahora, por alguna razón, se había convertido en el médico privado de la convaleciente. León no entendía por qué se le había concedido el honor, pero suponía que estaba relacionado con la intervención del doctor Medici. El hombre tenía que haber dicho algo de él que le había gustado al presidente, quizás a modo de favor por la amistad que lo había unido a sus padres hacía muchos años. La misma amistad que le había hecho preocuparse por él y Via cuando llegaron a Arxia seis años atrás. La misma amistad que había hecho que lo incluyese en sus círculos, que lo recomendase y que le ofreciera toda la ayuda que León podía haber deseado.

Pero León no sabía si estaba preparado para aquella labor que tanto Medici como Solari esperaban de él. Desde que lo convocaran a la mansión presidencial la primera noche, el médico había estado acudiendo allí a diario, a veces incluso

varias veces en una misma jornada, para atender a la muchacha. Le cambiaba las vendas, la acomodaba en la cama, le daba sedantes cuando las quemaduras más superficiales le dolían y hacía todo lo posible para evitar las infecciones. Las doncellas que atendían a Aurora y pasaban el tiempo con ella seguían sus peticiones al pie de la letra, pero la muchacha no ponía mucho de su parte. Aunque León habría querido reconfortarla y le hablaba cuando estaba despierta, ella contestaba a sus preguntas con monosílabos y miraba al techo mientras los calmantes no hacían efecto, negándose a mantener conversación alguna con él. Tenía los ojos rojos de llorar todo el tiempo.

El doctor no podía evitar que la imagen de ese rostro desconsolado lo acompañara allá a donde fuera. Incluso cuando estaba en casa, trabajando en su estudio, a veces detenía la pluma sobre el papel, pensaba en la joven Solari y se preguntaba qué podía hacer él para ayudarla. Había escrito unas cuantas cartas a compañeros de profesión que habían atendido casos similares y ahora esperaba su respuesta sin demasiadas esperanzas.

El sonido de la campana de la puerta llegó para salvarlo de aquella espiral de pensamientos. Se sorprendió, en cuanto ojeó el reloj del pasillo, de que se hubiera hecho tan tarde. Un nudo de preocupación se instaló en su estómago al advertir que Via todavía no había vuelto, pese a que la noche ya había caído. Esperaba ver su sonrisa de disculpa al abrir la puerta, pero en la entrada había dos figuras, no sólo una: por un lado, la del muchacho que, unas semanas atrás, había atendido en su habitación de invitados, embozado con la clara intención de que sus rasgos pasaran desapercibidos. Por otro lado...

—¡Via! —Bajo la luz de la entrada no le costó distinguir la sangre entre sus cabellos y la mejilla amoratada. Los ojos enrojecidos y los rastros de lágrimas entre la suciedad de su cara—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

El más leve de los asentimientos fue suficiente para que León pudiera volver a respirar. Para que sus brazos arroparan a su familiar con fuerza. Por supuesto, oyó el sollozo aterrorizado contra su hombro y no dudó en sostener aquel cuerpo con todas sus fuerzas, con la certeza de que Vianney se deshacía por las costuras.

—Está bien —susurró—. Vamos dentro. Hablaremos.

El mayor de los hermanos se separó para limpiar el rostro sucio y empapado con su pañuelo y le pasó el brazo por los hombros, a punto de guiar a Via al interior de la casa. Fue entonces cuando reparó verdaderamente en Neith, que cambiaba, inquieto, el peso de un pie a otro.

—Yo ya...

—Tú primero, Neith —le indicó León—. A menos que quieras llevarte otro candelabro, en cuyo caso tendré que avisar a la policía.

El doctor Lavallo vio cómo el muchacho se tensaba, inconsciente de que, en realidad, él nunca haría eso. Para los chicos como él, una acusación de cualquier crimen podía ser fatal y el cadalso era un destino casi benevolente en comparación con los mercados de esclavos.

Aunque los ojos del joven intentaron buscar una vía de escape, cuando León le hizo un gesto con la cabeza para que entrase, acabó arrastrando los pies dentro de la casa. El mayor de los Lavallo los llevó hasta la salita donde recibían a los pocos invitados que solían tener.

Neith vio el cuadro de una mujer sentada en un prado sobre la chimenea apagada. Mientras el señor Lavallo ayudaba a Via a acomodarse en uno de los sillones, el chico se dedicó a observarlo todo. Estaba tan enfrascado en la sala que ni siquiera se dio cuenta de que se quedaba a solas con el muchacho herido. La estancia olía a las flores silvestres que alguien había puesto sobre una mesilla auxiliar, al lado de una pequeña montaña de libros y papeles sueltos llenos de anotaciones. Un gato que había estado durmiendo plácidamente hasta entonces lo miró desde un segundo sillón. No se atrevió a acercarse, pues no parecía de muy buen humor porque hubieran interrumpido su siesta.

—Yo no he hecho nada —se oyó murmurar. Aunque tenía los ojos puestos en el animal, que empezó a pasarse la lengua por el fino pelaje, su cabeza estaba pendiente del joven rubio—. Díselo a tu hermano. En bastantes problemas me he metido ya ayudándote como para acabar en la cárcel o algo peor.

Vianney Lavallo no respondió, por lo que su invitado acabó teniendo que

volverse hacia él para saber al menos si lo había escuchado. Supo que lo había hecho cuando lo vio bajar la cabeza después de que sus ojos se encontraran.

Estaba seguro de que iba a decir algo, pero entonces su hermano volvió, con un maletín de médico en la mano, además de un pequeño barreño con agua y un trapo.

—Vamos a ver esa herida.

Hizo que Vianney agachara más la cabeza y empezó a limpiarle la sangre que se le había quedado pegada a los rizos y se había secado en su nuca. Neith no se atrevió a abrir la boca. Se sentó en un escabel, intentando encogerse lo máximo posible, y dio un respingo cuando el gato empezó a restregarse contra sus piernas en busca de cariño. Estaba seguro de que aquel animal vivía mejor que él. De hecho, estaba más limpio de lo que recordaba haberlo estado nunca. Hundió los dedos en su pelaje para acariciarle el lomo y sintió el ronroneo agradado bajo su palma.

Al menos alguien agradecía algo allí.

—Gracias por acompañarlo a casa, Neith.

Como si le hubiese leído el pensamiento, el doctor Lavallo se había vuelto hacia él mientras extendía un unguento sobre la mejilla herida de Vianney, quien, a su vez, aguantaba un paño contra la herida en su cabeza. Neith se encogió de hombros, tratando de quitarle importancia.

—A lo mejor sólo quiero asegurarme de si aquí hay algo más valioso que candelabros.

Esperaba horrorizarles o, como mínimo, escandalizarlos. No obstante, ninguno de los Lavallo hizo una mueca o amenazó con echarlo de una patada.

—No me lo parece. —León se humedeció los labios—. Pero ya que estás aquí, quizá podría echarle un ojo a esa costilla. ¿Te duele mucho?

Neith bufó.

—Hace falta algo más que una costilla rota para detenerme. Es más, nunca me había encontrado mejor. Claro que cambiaré mi testimonio por una cena como la de la otra vez. Mataría por unas patatas asadas así todos los días.

—Espero que no literalmente. —La voz de Vianney fue un susurro. Un intento de broma que no llegó a ser tal, porque sus ojos azules acabaron en su cadera, donde sabía que se había guardado la pistola.

Neith se llevó una mano a la cinturilla de los pantalones. Los hermanos Lavallo siguieron el gesto y se preguntó si iban a obligarlo a devolverla. El peso del arma no le reconfortaba tanto como había esperado, pero tampoco le reconfortaban muchas cosas de su día a día que necesitaba.

El momento pasó. Nadie le reclamó nada. Al contrario, el doctor abrió la boca y le hizo una única pregunta:

—¿Te meterá esto en un lío, Neith?

El chico intentó hacer ver que la pregunta no le sorprendía.

—No en más de los habituales. Sólo se pensarán que soy más peligroso y que tengo un arma. A lo mejor me gano un apodo como «el *thyraio* loco», lo que tampoco me parece del todo mal. Me asegura más respeto del que me tienen ahora, así que...

León suspiró. No podía creerse que algo así estuviera sucediendo en su propia casa. Después de eso, Via lo iba a escuchar y recibiría como castigo una temporada sin salidas. Al fin y al cabo, tenían un acuerdo tácito según el cual se le permitía bajar hasta ciertas zonas de la ciudad siempre y cuando se asegurase de cubrirse bien las espaldas. Y aquellas heridas eran todo menos eso. Aunque sabía que no lo volvería a intentar pronto, porque se había llevado un buen susto. Esa situación le había puesto los nervios a flor de piel.

—Iré a ver qué hay de cena para que comáis algo —dijo—. No os mováis de ahí, todavía quiero echar un vistazo a esa costilla.

Sabía que Via obedecería, porque era consciente de que necesitaba un descanso, pero no sabía cuál sería la decisión de Neith. No parecía alguien dispuesto a aceptar ni órdenes ni consejos, pero necesitaba saber un poco más antes de juzgar su comportamiento. Porque lo cierto era que estaba un poco confuso en lo que a él se refería: no entendía sus intenciones ni qué se le pasaba por la cabeza.

Y eso lo ponía nervioso, aunque no fuera a confesarlo en voz alta.



Hubo un silencio que a Via le pareció durar años, incómodo y tenso, antes de que Neith se pusiera en pie.

—Creo que lo he pensado mejor. Será mejor que me marche.

Vianney se sobresaltó casi tanto como *Tigre*, que saltó al sillón preferido de su hermano cuando el chico que lo estaba acariciando decidió moverse.

—¿Qué? Ibas a cenar.

—Sí, ya, bueno, ya encontraré algo. No debería estar aquí.

Lavalle frunció el ceño. Se puso en pie de inmediato y, aunque sentía el cuerpo dolorido y la precipitación del movimiento hizo que la cabeza le diese vueltas, se obligó a atrapar el brazo del chico antes de que se alejara demasiado. Neith miró su mano pálida contra su ropa raída y sucia y se detuvo.

—Me has ayudado. Deja que te lo paguemos. No sólo con la cena, podríamos...

—¿Puedo quedarme con la pistola?

Via parpadeó y lo soltó. Las miradas de ambos bajaron hacia el arma. Para ser justos, no tenía derecho a elegir sobre aquel objeto: era de su hermano, no suyo. Pero asintió de todos modos.

—Claro. Es tuya, pero...

—Pues me doy por pagado. Que te recuperes.

Sinagra alzó la mano como toda despedida y volvió a girarse. Via casi sintió la frustración suficiente como para permitírsele y ponerse a rezar a los Santos para no toparse con un tipo tan extraño nunca más, pero en lugar de eso decidió cortarle el camino al situarse frente a él. Casi tropezaron. Neith no parecía dar crédito.

—Y ahora, ¿qué?



—Has hecho más por mí de lo que piensas —murmuró—. Y te he metido en problemas, más de los que pudieras tener, así que quiero compensarte. Podrías haberme dejado tirado. Podrías no haberme ayudado y...

—Podría decirte lo mismo.

Hubo otro silencio. Esta vez no fue tan extraño e incómodo como el anterior. El chico nunca le había llegado a agradecer su ayuda antes de desaparecer con los candelabros, pero allí estaba el sentimiento de deuda, en el fondo de aquellos ojos marrones. También estaba la incompreensión.

Frente a frente, ambos se preguntaron sin palabras por qué se habían ayudado en vez de seguir adelante con sus vidas sin más.

—No me gustan las injusticias —susurró Via tras el instante de quietud, como si aquello lo explicara todo.

A Neith casi le dieron ganas de reír.

—Entonces probablemente te mates intentando ponerles fin y, aun así, no conseguirás cambiar nada. No sabes nada del mundo, niño rico. —Via frunció el ceño con disgusto. Sabía bastante del mundo. Había tenido tiempo de sobra para aprender. Neith, por el contrario, no sabía nada de quién era o qué había vivido—. Y no deberías juntarte con gente como yo. Hagamos útil este reencuentro y hazme caso en algo: evita los bajos fondos o acabarás mal.

Vianney respiró hondo para no decirle que podía defenderse, más por orgullo que por convicción. Después de todo, aún temblaba. Había estado a punto de perder demasiado y llevaba años sin sentir un pánico tan intenso.

—Si tan peligrosos son los bajos fondos, a lo mejor tú también deberías evitarlos.

Neith resopló.

—Algunos no tenemos otra opción. Esa es la diferencia entre tú y yo: quién puede y quién no puede hacer elecciones.

—¿Y si te dieran una opción?

Hubo un parpadeo de incredulidad.

—¿Qué?

—Podrías trabajar aquí. Para nosotros. Puedo convencer a León, estoy convencido de ello: podrías formar parte del servicio o ser el cochero de mi hermano. Siempre necesita moverse de un lado a otro para atender a sus pacientes.

Sinagra tenía un aspecto que pretendía ser amenazador. Su ceño solía estar fruncido y sus labios, apretados en una mueca defensiva. Tenía una cicatriz en la ceja que hablaba de alguna de las peleas en las que se había metido o en las que más bien le habían metido. Pero, cuando se sorprendía, lo cierto era que parecía sólo un niño, quizás el joven que no le estaba permitido ser a diario. Lavalle casi sintió vergüenza por cómo aquellos ojos se fijaban en su rostro, como si hubiera algo apasionante en su piel. Tuvo que evitar la tentación de llevarse una mano a la cara y asegurarse de que no tenía nada raro en ella.

Y entonces, de pronto, nació la sonrisa. Fue un gesto breve, de sólo un segundo, que estalló en una carcajada. Via sí enrojeció entonces, pues no parecía una risa llena de ilusión, sino de pura burla.

—De modo que no sólo pareces un Santo, sino que quieres serlo.

—¿Qué...?

—No, gracias —Neith cortó su pregunta con sus palabras y otra risita—. Me marchó.

—¡Estabas quejándote de no tener opciones hace sólo un segundo!

El muchacho puso los ojos en blanco.

—Y tú me has dado una y yo he optado por rechazarla. Ha sido una experiencia innovadora y apasionante —ironizó—. Pero elijo seguir con mi vida en vez de ponerla al servicio de otros y ser poco más que parte del decorado de vuestra bonita casa. Ahora, si me permites, niño rico...

Via apenas pudo reaccionar cuando el chico pasó por su lado, hundiendo las manos en los bolsillos. No lo comprendió. Le estaba ofreciendo un techo, comida caliente a diario, dinero, seguridad. Y sabía bien que la opción segura siempre era la más conveniente y la que había que escoger si era posible. Lo contrario, a sus ojos, era estúpido e innecesario, y una pérdida de oportunidades.

—León quería verte las costillas.

Neith lo miró por encima del hombro.

—Dile que no se ofenda, pero que es demasiado mayor para mí y preferiría que fuera su hermano el que me quitase la camisa. —Al notar los colores subiendo a las mejillas de Via, el chico volvió a reírse. Lavallo sólo sentía que estaba recibiendo una burla tras otra—. ¡Y que no vuelva a verte por mi territorio o la próxima vez no seré tan amable!

Vianney abrió y cerró las manos con frustración mientras veía a aquel chico alejarse hacia la puerta.

—¡Pues voy a menudo por tu territorio y no es como si pudieras prohibírmelo!

Eso hizo que Neith se detuviera. No sólo eso, sino que se giró hacia ese muchacho que le parecía tan extraño.

—¿Por qué lo haces?

—¿Qué?

—Entrar en mi territorio. Aquel día. Y hoy. Y por tus palabras, diría que otras muchas veces más.

Via titubeó, pero supuso que no había nada de malo en decirle la verdad:

—Voy a por piezas. Piezas mecánicas. Me gusta construir inventos y arreglar cosas, y la gente tira un montón de objetos valiosos que no saben que pueden ser reaprovechados. —Se encogió de hombros—. Los mercadillos están llenos de reliquias, por no hablar del propio vertedero.

Neith titubeó. Sus pasos volvieron atrás.

—Piezas mecánicas.

—Eso he dicho.

—Como... clavijas, engranajes, motores y esas cosas.

De nuevo, un asentimiento. Via no entendía por qué el súbito interés, pero estaba logrando que Neith se quedara y, con suerte, León volvería y él podría detenerlo antes de que se marchara sin cenar y sin aceptar ningún agradecimiento de verdad.

Volvieron a quedar frente a frente.

—¿Y si yo te las consiguiera?

—¿Disculpa?

—Tú quieres ofrecerme un trabajo, ¿verdad? Y yo estoy acostumbrado a hacer recados para alguna gente, aunque nadie suele ser tan honrado como tú. — Nadie, en realidad, quería tener tratos con un *thyraio* más allá de lo estrictamente necesario, pero había trabajos que sólo gente desesperada como él consentía en aceptar—. Seré tu proveedor. Yo te consigo las piezas... y me quedo con una pequeña bonificación a cambio. Tú no vuelves a meterte en ese lugar y yo obtengo algo de dinero extra. Los dos ganamos. ¿Qué te parece?

Vianney abrió la boca, pero la cerró casi de inmediato. Podía haberle dicho que no. Podía haber decidido que le gustaba pasearse por esas calles o incluso que no le daría el gusto de decidir qué podía hacer él y qué no. Y Via sabía qué necesitaba cuando lo necesitaba o dónde podía encontrar una joya en medio de un objeto tirado de cualquier manera, y no tenía ninguna confianza en que aquel muchacho supiera hacer lo mismo.

Pero recordó a los asaltantes de horas atrás. Le pareció que esas manos aún seguían sobre su chaqueta, intentando quitársela. Sintió una náusea sólo de pensarlo.

Por otro lado, esa era, aparentemente, toda la ayuda que Neith Sinagra iba a acceder a recibir. Y él tenía razón. Los dos ganaban.

Por eso, con duda, le ofreció la mano al chico, como este se la había ofrecido en el callejón, antes de acompañarlo por toda la ciudad hasta su puerta.

—Si me timas, lo sabré —amenazó.

La sonrisa de Neith reapareció mientras le apretaba la mano. Via no pudo evitar fijarse en el contraste entre sus pieles, en la sensación de los callos de sus dedos o en sus nudillos desgastados.

—No, no lo sabrás.

Abrió la boca para protestar, pero para entonces Neith ya se había apartado.

León no llegó a tiempo de evitar que aquel joven tan raro desapareciese una

vez más.

## **Capítulo 7**

**27 de bost de 3704 d. G.**

***Kiteria, Gineyka***

Todas las verdaderas historias contienen una enseñanza, aunque en algunas sea difícil de encontrar. Saroi Burgoa no estaba muy seguro de cuál era la moraleja de su historia y, en cualquier caso, se sentía demasiado abatido para buscarla. Al fin de cuentas, como temía, la noticia de su pobre rechazo a Ohiana Logale se había extendido como la pólvora y había causado el mismo daño a su reputación. Y, por supuesto, a la de su familia. No en vano su madre estaba enfadadísima. Le había alzado la voz y le había preguntado en qué había estado pensando. Saroi se había sentido muy tentado de decir que en nada y que ese era el problema, pero al final había optado por recibir la reprimenda en silencio. Maialen Burgoa nunca le había dado tanto miedo como en ese momento.

Por suerte, no todo el mundo en su familia lo había tratado igual. Su padre había suspirado y había intentado tener una conversación con él. Una muy incómoda, de la que Saroi se había librado por designios de Gaia cuando empezó a llover y tuvo que salir corriendo al jardín para recoger la colada. Itzal, que había ido de visita hacía una semana, le había preguntado si había algo de lo que quisiera hablar, pero Saroi, avergonzado, sólo pudo negar con la cabeza. A él menos que a nadie quería contarle todo lo que se le pasaba por la cabeza. Y no era porque Itzal fuese desagradable, sino porque creía que él, con quien todo el mundo lo comparaba, que simbolizaba todo lo que un hombre debía ser en Gineyka, jamás comprendería sus problemas.

Al final, se había armado de valor para hablar con Irati. Para asomarse a su

cuarto, antes de que se metiera en la cama. Se la había encontrado en camisa de dormir, delante del tocador, arreglándose para irse a la cama, y ella lo había mirado a través del espejo.

—¿Qué pasa, enano? —había dicho. Y lo había dicho como siempre, sin tratarlo de forma diferente, por lo que Saroi casi había sentido ganas de llorar. Estaba harto de las formas condescendientes.

Se sentaron juntos en el alféizar de la ventana, viendo cómo la lluvia golpeaba el cristal. Las nubes habían dejado el cielo nocturno sin estrellas, aunque la luz de las farolas iluminaba la calle y convertía las grietas entre los adoquines en ríos dorados. Una mujer pasó caminando ante la casa de los Burgoa, oculta bajo su paraguas. Las sombras de los edificios parecían recortes de papel oscuro pegados contra el horizonte, demasiado quietas en una ciudad que siempre se movía cuando era de día. Los recuadros de algunas ventanas estaban pintados de amarillo y se veían siluetas danzando tras ellos.

Saroi, envuelto en una chaqueta de lana que le había hecho su padre al comenzar el invierno, había elegido aquella atmósfera para contarle lo frustrado que estaba. No esperaba que Irati entendiese muy bien por lo que estaba pasando, porque sus destinos eran muy diferentes, pero sabía que, si alguien podía llegar a escucharlo sin juzgarlo, era ella.

—No es miedo, como todo el mundo piensa. —Se había oído decir, como desde lejos—. Es decir, sí que lo es un poco, pero creo que simplemente porque... la gente espera cosas de mí que no va a conseguir. Madre, padre, Itzal... Y tú, claro.

Irati lo había mirado entonces, con el brazo aún alrededor de sus hombros y una fijeza que había hecho sentir a Saroi muy pequeño.

—Yo no espero mucho más que felicidad para ti.

—¿Y si nada de esto me hace feliz? ¿Y si no quiero una esposa o hijos o... que me adopten?

—¿Y qué harías entonces?

Saroi había cogido aire y le había enseñado su cuaderno, que Irati había

examinado. Estaba lleno de poemas, por supuesto: cubierto de líneas y líneas, rectas, escritas con una impecable caligrafía y sin apenas tachones. Se notaba el trabajo que su hermano había puesto en cada una de las páginas, que estaban numeradas en el borde exterior.

—Saroi... —Su nombre había sonado como una advertencia, pero él parecía más decidido que nunca.

—Sé que no me van a hacer caso. Sé que los chicos no escriben, que está mal visto. Que no es aceptable. Pero creo que puedo hacerlo, Irati. Sólo necesito que alguien los lea y me diga si valen la pena. Si tú crees que no voy a llegar a ningún lado, dímelo. Lo dejaré para siempre. Me... Me centraré. Encontraré a alguien que me adopte. Pero si existe una oportunidad, por diminuta que sea, de que tenga talento y de que pueda conseguir algo...

—Nadie te va a publicar. En cuanto vean tu nombre...

—Me presentaré a un premio. Los poemas se envían de forma anónima, así que sería lo más justo, ¿no? Y si consiguiera el premio, madre estaría contenta conmigo y dejaría de intentar buscarme una adoptante.

Saroi lo tenía todo preparado. Llevaba la página del periódico donde se anunciaba el concurso de poesía y se la mostró a su hermana, quien, aun sin seguir convencida, no pudo más que suspirar. Incluso si no quería ceder.

—No sé tanto de poesía como tú —había anunciado—. Pero, ya que mi opinión es tan importante para ti, leeré lo que has escrito.

Saroi tenía muy claro que su hermana quería decirle que no. Quería que lo dejase estar, porque si algo era Irati, era práctica. Por eso estaba tan contenta con su trabajo, con el que podía ayudar a todo el mundo desarrollando máquinas que hicieran la vida en Gineyka más fácil. Y quizá era, por tanto, un poco injusto que le preguntase a ella sobre qué debía hacer con su futuro. Pero justo porque conocía a su hermana, y porque las probabilidades le decían que lo más seguro era que le recomendase encontrar a una mujer que lo mantuviese, si ella llegaba a decir que veía talento en sus poemas, Saroi sabría que debía ir a por todas las oportunidades que pudiera encontrar.



De modo que esperó. Durante los siguientes días, observó a su hermana desde la distancia, con anhelo, pero sin atreverse a preguntar cuánto llevaba leído o cuánto le faltaba o qué le estaba pareciendo. Evitaba pensar, también, en el hecho de que enseñarle sus escritos a Irati era como desnudar una parte muy importante de él. Una parte que siempre había llevado escondida, cubierta con un velo. Una parte que nadie más conocía. Era vergonzoso y emocionante al mismo tiempo.

Y sabía que lo estaba matando por dentro.

Por fin, una noche, cuando habían pasado veinte días desde su cumpleaños, Irati entró en su cuarto y puso el pequeño cuaderno sobre la colcha, a su lado. Saroi dejó todo de lado y apretó el librito con los poemas de toda una vida contra su pecho.

—¿Y bien? —preguntó con voz ahogada.

Irati estaba jugando con una de sus rastas, como si no hubiera decidido todavía lo que iba a decirle. Como si todavía no tuviera claro qué esperaba de ella.

—Los he leído todos, Saroi —anunció como si no fuera obvio—. Y lo cierto es que no sé qué quieres que te diga.

«Que son buenos —pensó él—. Que valen la pena. Que soy más de lo que esperan de mí».

Pero Irati estaba seria y su ceño, fruncido, así que tuvo que tragarse todas las esperanzas que había puesto en aquel ridículo plan. Pensó que, si su hermana hubiera estado de su parte, habría sido capaz de cualquier cosa, pero en aquel momento...

—Son horribles —dijo, para detener el impacto del golpe que, sabía, Irati le iba a propinar con sus palabras.

—Son fantásticos —suspiró ella en respuesta. Con obvio pesar, por alguna razón—. Son muy buenos, Saroi. Pero por eso me cuesta más decírtelo. Todo sería mucho más fácil si no tuvieras ningún tipo de talento. Entonces, te podría decir sin miedo a equivocarme que dejaras los sueños para otros y te centrases en

vencer tus miedos.

Saroi se deslizó fuera de la comodidad de sus mantas, aunque no sabía qué quería hacer. Quizá saltar y gritar y correr escaleras abajo.

—¿De verdad te han gustado?

—Saroi...

—¿Incluso el del mercado en el que los duendes intercambian sueños por memorias? ¿No es demasiado fantástico?

—¡Saroi!

Irati estaba tan seria que daba miedo. Tenía los labios apretados y lo miraba con cierta pena, como si tuviera que darle una mala noticia. Como si estuviera a punto de romper la burbuja de felicidad que Saroi había creado.

—Escúchame —le dijo—. Aun así, sabes que no va a ser fácil. ¿Sabes cuántas poetas hay sólo en Kiteria? ¿Sabes lo que es el rechazo?

No, claro que no lo sabía. Ambos eran conscientes de ello. Pero quizá no hiciera falta pensar en eso. Quizá se estaban adelantando. A lo mejor él ganaba y hacía sentir orgullosa a su familia y...

No. No. Tenía que dejar de crearse expectativas.

—Te ofrezco un trato, Saroi. Una contraoferta a la petición que me hiciste cuando me diste el cuaderno. Sólo una oportunidad, porque no está en mi mano darte más. El resto vas a tener que conseguirlo tú solo.

Él se sentó, un poco desinflado, junto a su hermana. Asintió, casi con timidez.

—Probarás con ese premio. Envía tu obra. Si sales elegido, creo que tus méritos hablarán por sí solos. Si no lo haces... —Si no conociera a Irati, esa frase podría haber sonado a amenaza, pero Saroi sabía que no era su intención—. Hablaré con madre. Le diré que necesitas algo de tiempo. Sólo hasta que el fallo del premio se haga público. Después, no habrá mucho más que pueda hacer.

—No se lo vas a decir, ¿verdad? —susurró. Para su madre y su padre, aquello era una distracción. La escritura no era un asunto relevante para ellos, tan apegados como estaban a la mecánica. Y, de todas formas, lo que realmente querían era «deshacerse» de él. No querían que perdiera el tiempo con algo que

fuese a dejarlo inadoptable para toda la vida.

—No se lo diré, quédate tranquilo. Tú sólo... ocúpate de ser el mejor poeta de Gineyka.

Saroi la miró con agradecimiento infinito. Algunos meses más de libertad era todo lo que necesitaba. Incluso si ahora lo veían mal, incluso si se reían de él y pensaban que era un mal ejemplo, pronto su nombre se susurraría por razones diferentes.

Y quizás entonces pudiera vivir su vida siendo fiel a sí mismo.

## **Capítulo 8**

**28 de bost de 3704 d. G.**

**Kiteria, Gineyka**

Aquel día no fue posible salir de paseo. Ni siquiera llegar pronto a casa. Ni, en general, tener tiempo de nada que no fuera trabajar. Irati sentía el cansancio, pero no podía ni pensar en retirarse cuando los últimos experimentos en el desarrollo de un nuevo motor que aprovechase mucho más las propiedades de la gea habían comenzado a dar sus frutos y todas en el equipo de investigación estaban emocionadas. Ella también, por supuesto. Ver cómo el automóvil en pruebas cuyo motor habían tocado para cambiar su ciclo de combustión arrancaba con un ruido perezoso fue lo que hizo que cada una de las presentes estallara en un grito de alegría que resonó por el taller de altos techos donde se habían reunido.

Apenas duró un segundo antes de que sonara la pequeña explosión debida a un intento fallido, pero aunque aquello acalló la celebración durante un breve instante, por el susto, todas rieron después. Estaban acostumbradas a que los prototipos diesen error. Al fracaso, incluso en trabajos e inventos que se llevaban años de sus vidas. A Irati Burgoa eso no le importaba: adoraba cada segundo que podía volcar en crear. En intentar desarrollar. En pensar más allá de lo que nadie había pensado.

—Buen trabajo, Burgoa. Creo que estamos en vías de descubrir algo importante.

Irati se había acercado a comprobar el motor para averiguar dónde podía estar el fallo y empezar a pensar en las soluciones, pero se giró para mirar a la doctora Dogartze. Había sido ella quien la había escogido para formar parte del equipo

de investigación del Gobierno, de entre una cantidad de candidatas abrumadora. Recordaba cómo la había intimidado desde el primer día: aunque ahora le sonreía, su rostro era serio e inquisitivo durante la entrevista para conseguir el puesto. Su brazo mecánico no ayudaba a considerarla menos peligrosa. Con el tiempo, sin embargo, había aprendido que aquella mujer era casi una nueva madre para todas las que estaban allí. Quizá demasiado exigente, pero porque siempre quería y buscaba los mejores resultados. Y cuando había resultados no dudaba en felicitar a las responsables, como ahora. No en vano, si aquel nuevo motor se estaba desarrollando había sido gracias a los estudios de Irati sobre la gea.

—Gracias, doctora. Creo que pronto podremos tener prototipos totalmente funcionales si seguimos así.

—No tengo ninguna duda. Y es sólo el principio. Tus estudios pueden llevar a multitud de posibilidades, Irati. Parece, de hecho, que la noticia de tus éxitos ha llegado a oídos de la presidencia.

Irati Burgoa parpadeó con incredulidad. No supo qué decir al respecto, pero no hizo falta: con un movimiento de cabeza, Dogartze le indicó que la siguiera. Pronto alcanzaron su despacho, de paredes tan desnudas como el resto del recinto, todo piedra cruzada de vigas de metal. Era una estancia poco personal, con un escritorio enorme y un banco de herramientas donde se veían modelos a medio trazar y medio construir.

Contra los tonos de grises y cobres del despacho, la impecable chaqueta verde de la mujer que las esperaba allí parecía fuera de lugar. Su sonrisa era confiada cuando se levantó de la sencilla banqueta que había estado ocupando. Irati no pudo evitar fijarse un segundo de más en ella, porque su presencia parecía llenar la estancia: era alta, pero más allá de aquello, parecía que su cuerpo pudiera estirarse para resultar aún más grande de lo que era. Sus manos estaban entrelazadas tras su espalda. Su cabello, cortado a la altura de los hombros, estaba adornado con algunos abalorios de cobre que reflejaban la luz de la habitación.

—Irati, te presento a Gadea Haizea, hija de la vicepresidenta Haizea y una de las más excelentes desarrolladoras de la industria aérea de nuestra nación. Seguro que has oído hablar de ella.

—Me honras, Astere. —Gadea Haizea sonrió. Después, se giró hacia Irati y le tendió la mano. Ella apenas pudo reaccionar por un segundo, pero luego apretó la palma ofrecida. No esperaba el beso que cayó sobre su dorso cuando lo hizo—. Es un honor conocerla, señora Burgoa. He escuchado mucho de usted.

Irati alzó una ceja, en cierta manera divertida por el descaro de la muchacha.

—Me siento halagada, señora Haizea.

—Oh, por favor, llámeme Gadea. Odio las formalidades. Y más con las personas que pueden ayudarme.

—¿Ayudarla? No sé cómo podría. Sólo soy una mecánica.

—Ah, pero una mecánica muy capaz y estudiosa, según me han contado.

Irati no lo negó. La falsa humildad nunca le había gustado y sabía que la joven estaba en lo cierto: era buena en su trabajo. Se merecía que sus esfuerzos fueran apreciados y reconocidos.

—La industria aérea está haciendo prototipos para nuevas máquinas de vuelo —explicó la doctora Dogartze—. Las aeronaves que se han podido desarrollar hasta ahora son tan sólo planeadoras, pero se pretende ir mucho más allá. Creemos que el empleo de la gea como combustible podría ser la solución. Si alimenta automóviles, quizá también podría alimentar vehículos.

—Nuestro deseo, señora Burgoa...

—Irati —cortó ella, antes siquiera de darse cuenta de lo que hacía. Ante el parpadeo de Gadea, tuvo que carraspear—. Si quieres que te llame Gadea, me parece justo que el trato sea recíproco.

Hubo una media sonrisa por parte de la ingeniera.

—Nuestro deseo, Irati, es gobernar los cielos. Los vientos de Eo siempre han soplado para darnos libertad, como dice *La Gaiea*, pero no hemos sabido aprovecharlos todavía lo suficiente. Los zepelines están bien, desde luego, pero son máquinas pesadas, grandes y lentas. Si pudiéramos desarrollar móviles para

transportarnos por los aires, igual que tenemos los automóviles para la tierra... Bueno, eso sería apasionante, ¿no crees?

Lo cierto es que Irati lo creía. Tuvo que luchar por contener su emoción ante las posibilidades y limitarse a asentir.

—Pero sigo sin saber cómo podría yo ayudar...

—Quiero encargarte el desarrollo de un nuevo motor, Irati. Uno que pueda propulsar naves aéreas, si crees que es posible hacerlo: sabes cómo explotar la gea para llevarla a su máximo rendimiento y tus conocimientos en mecánica son excelentes. Creo que lo que propone Gadea es interesante y merece la pena probar. Por supuesto, contarás con todos los medios para investigar y con tu propio equipo. Irías y vendrías entre estos talleres y la fábrica. Visto lo que has desarrollado aquí en tan poco tiempo, estamos convencidas de que eres la persona adecuada.

—Esto, por supuesto, aumentará tu sueldo —apoyó Gadea—. Al fin y al cabo, estarás apoyando al crecimiento de la nación.

Irati habría aceptado incluso si no le hubieran dicho nada del dinero, pero aquello la motivó todavía más. Tenía que cubrir a Saroi durante unos meses, al menos hasta que se fallara el concurso, y más dinero entrando en casa aplacaría a su madre.

—Para mí será un honor poner todos mis esfuerzos al servicio de Gineyka.



Al día siguiente, Irati Burgoa visitó por primera vez la fábrica aérea de Kiteria, a las afueras de la capital. Un terreno de, como mínimo, diez *midais* de longitud que estaba segura de que era imposible ver al completo y sin perderse, aunque Gadea se ofreció a enseñarle lo más importante. Irati vio los zepelines más cerca de los que los había visto nunca, así como los planeadores que no dejaban de probarse en el largo espacio descampado sobre el que se había creado la fábrica.

—¿Quieres probar? —le ofreció la hija de la vicepresidenta cuando Irati se quedó contemplando el vuelo de uno de ellos—. No estoy aquí por nada. Sé cómo funcionan.

Irati la miró con una ceja alzada. Era lo bastante avispada para darse cuenta de las intenciones en esa media sonrisa. Cualquiera se hubiese percatado, en realidad, del aire de conquistadora en Gadea Haizea. Era obvio que estaba acostumbrada a aquel juego.

—Por más tentador que sea volar, he venido a trabajar y me gusta tener siempre los pies en el suelo. En todos los sentidos posibles.

—Cielos, ¿y no te aburres...?

Irati contuvo la risa por la incredulidad fingida de aquel tono y dejó que Gadea le siguiera explicando el funcionamiento de aquel lugar, lo que habían conseguido hasta el momento y todo lo que esperaban poder llegar a conquistar. La idea de surcar los cielos había estado en la mente de las gineykanas durante siglos. Con el globo y el zepelín lo habían conseguido, pero querían ir más allá. Gadea parecía una persona demasiado transparente y, al igual que sus intentos de coqueteo habían resultado evidentes para Irati desde el primer momento, también se lo pareció la pasión con la que hablaba de volar: el aire era algo que esa mujer adoraba.

La mecánica se limitó a escuchar durante horas y horas. Habría escuchado, en realidad, durante días enteros, y mientras lo hacía su cabeza trataba de generar todas las posibilidades que tenía de desarrollar algo útil. Por supuesto, necesitaba cálculos, encerrarse en su despacho y pensar, pero su mente no dejaba de intentar imaginar.

Tras un tiempo, se sentaron en la cafetería de la fábrica —una sala con una pared acristalada con vistas al cielo y a las pistas de prueba y con plantas en los rincones, como si alguien hubiera querido traer la presencia de Gaia a esa aséptica nave industrial— para descansar y tomar un té. Irati había comenzado a hablar sobre los nuevos motores que estaban ultimando en el equipo de investigación cuando una tercera persona se acercó a ellas. Ambas la



reconocieron: una con alegría, la otra con cierta vergüenza. Después de todo, la última vez que Irati había visto a Ohiana Logale había sido en la fiesta de cumpleaños de Saroi y no había sido la situación más cómoda de todas. Por suerte, la supervisora sólo pasó a saludar y se marchó tan pronto como había llegado.

Hubo un silencio mientras las dos muchachas la veían alejarse. E Irati supo, sin duda, qué sería lo siguiente que diría Gadea:

—Y pensar que ahora podríais ser de la misma familia.

Irati carraspeó. No iba a hablar de su hermano. Desde luego, no para burlarse de algo que sabía que le torturaba. Sus manos tomaron la taza que tenía frente a ella y bebió con calma.

—¿Te habría gustado? —insistió Gadea—. Que tu hermano fuese...

—A mi hermano lo adoptarán cuando se sienta preparado, gracias por la preocupación.

El corte sorprendió a Gadea e Irati se obligó a recordarse que esa muchacha era la hija de la vicepresidenta y su nueva compañera de trabajo. Creyó que insistiría. Que despreciaría a su hermano por cobarde o por inocente, como sabía que aseguraban los rumores. Eso no le gustaba. Ninguna de esas personas conocía a Saroi como para hablar de él.

—Yo también tengo un hermano —dijo entonces su acompañante—. En un año será mayor de edad, aunque me pregunto si alguien se interesará por él siquiera.

Irati miró de reojo a la muchacha a su lado.

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—Es ciego de nacimiento.

La mecánica abrió la boca un segundo, sólo para cerrarla después y asentir. Gadea se había quedado pensativa, con la vista clavada en el contenido de su propia taza. Cuando volvió a alzar la cabeza, sus ojos se fijaron en ella.

—¿Crees que es posible curar algo así? Tenemos prótesis para sustituir partes del cuerpo, pero ¿qué podemos hacer para arreglar algo como los ojos de una

persona?

A Irati le dio pena la mirada que la muchacha le dedicó: como si estuviera frustrada porque el cielo parecía más alcanzable que darle visión a su hermano.

—Me temo que no sé de ningún invento que pudiese realizar algo así, Gadea.

—Eso me temía.

Un titubeo. Irati apretó los dedos en torno a su taza y echó un vistazo de soslayo a la muchacha junto a ella, que apuraba su bebida caliente.

—Quizá con otras ciencias. Hay lugares que están más avanzados que nosotras en ciertas materias. Por supuesto, su tecnología no tiene nada que ver con la nuestra, pero a nivel químico o médico...

—¿Lugares...? —Gadea frunció el ceño—. ¿De qué estás hablando?

Irati apretó los labios. Para la mayoría de las personas de Giney-ka, lo que estaba más allá del océano no importaba demasiado, pero Irati no se había convertido en alguien tan inteligente sin motivo.

Su padre, tiempo atrás, había huido dejando tras de sí pruebas de adónde se había marchado. Los libros que hablaban de Viria se habían quedado en casa, escondidos, y ella los había encontrado y los había guardado a espaldas incluso de su madre, como la tapa del reloj que siempre llevaba como abalorio en la banda con la que se recogía las rastas. Entre los ejemplares que su padre había dejado atrás había hallado crónicas gineykanas de mujeres que habían conseguido escapar, de donde sacó la mayor parte de la información para hacerse una idea de qué clase de lugar eran las tierras más allá del mar. Según había leído, era un lugar imposible donde los hombres tenían el poder y donde a las mujeres se las recluía en sus casas para que cuidaran de sí mismas y de sus niñas. Esa era, básicamente, la misión más importante de una mujer en Viria: dar a luz a las hijas de su «marido», una palabra que a Irati le había parecido que no era sino otra forma de decir «dueño». Porque las mujeres no tenían libertad y no se les permitía estudiar u optar a un trabajo, en muchos casos. Porque se las forzaba a tener relaciones sexuales para el placer de *los hombres*, cuando todo el mundo en Gineyka sabía que el único placer válido era el de ellas.

Esas historias eran las que más la habían impresionado, pero también había otros volúmenes, entre los libros de su padre, que al principio no había conseguido entender. Eran textos provenientes de aquel lugar que sonaba tan extraño; en su idioma, que se parecía tan poco al de Gineyka que ni siquiera tenía el mismo alfabeto. Entre todos aquellos tomos había aparecido también una gramática y así fue como Irati había comenzado, a escondidas y en su tiempo libre, a estudiar esa lengua como había podido. Así era como había descubierto los artículos científicos, que mencionaban sustancias de las que nunca había oído hablar, operaciones, experimentos con vidas humanas y animales que en Gineyka jamás se hubieran tolerado.

—Yo no puedo ayudaros —concluyó—. Pero quizá pueda daros algunos libros que, en las manos adecuadas, sí sirvan de algo.

## ***Capítulo 9***

***1 de Crineo de 1852 d. S.***

***Arxia, Viria***

Arabella Medici, hermosa, inteligente y rica, de buena familia y buen carácter, parecía reunir en su persona los mejores dones de la existencia; y había vivido casi veinticuatro años sin que casi nada la afligiera o la enojase. Casi nada, por supuesto, a excepción de haber nacido mujer en una sociedad de hombres. Una sociedad, creía, que no iba a dejar nunca que alcanzase todo su potencial.

Las injusticias no habían aparecido al principio. Había sido una niña feliz, aunque sin madre, en Mons, una de las provincias montañosas de Viria. Cuando cumplió los siete años, su padre decidió que estarían mejor en la capital, donde le habían ofrecido un trabajo, de manera que Arabella se había visto arrastrada a un lugar completamente nuevo, a un colegio completamente nuevo, a una vida completamente nueva. Eso tampoco le había supuesto un problema: pese a todo, la niña tenía un gran poder de adaptación. Por eso hizo amigas. Se acostumbró a su nuevo hogar. A no jugar fuera, porque la ciudad no era como el pueblo y las chicas no estaban a salvo en las calles. Ni siquiera le importó que su padre se volviera a casar: con el tiempo, aprendió a ver a Bianca como la madre que nunca había conocido.

Lo que no había podido soportar de esa vida que iba cambiando según crecía era la condescendencia. El hecho de que se la dejara de lado y se la tratara de forma diferente por ser mujer. Los prejuicios. Arabella se consideraba brillante e ingeniosa. No era una cuestión de tenerse en demasiada alta estima: es que se había esforzado mucho para serlo. Había estudiado por su cuenta todos los

clásicos de la literatura. Había trabajado sobre el *Libro de Aión* y el *Santoral* como nadie de su edad que conociera. Pero nada bastaba para ganarse un lugar en un círculo de sabios. Sí, algunos habían dicho que sus consideraciones eran interesantes, que sus ideas eran dignas de admiración. Incluso habían insinuado en una ocasión, estando ella delante, que sus razonamientos parecían los de un hombre. Un paternalismo, comprendió, que sólo le recordaba que era una mujer y que lo máximo a lo que podía aspirar era a ser distinta a las demás: es decir, «como un hombre».

—¡Como un hombre! —se había reído su padre cuando Arabella le había dicho, indignada, lo que aquellos gañanes habían escrito sobre una de sus cartas a la revista *Philosophiae Naturalis*, una de las más importantes sobre temas humanísticos—. Ahora entiendo por qué me cuesta tanto encontrarte un marido.

Arabella había respirado hondo y se había negado a responder a eso. Porque su padre era un médico brillante y un padre cariñoso, pero estaba obsesionado con casarla y pensaba, para colmo, que ella *quería* hacerlo. Y con cada año que pasaba sin un prometido, el doctor Medici se impacientaba más.

Sabía, de hecho, que esa noche del primer día de Crineo, con el comienzo del otoño, su padre quería presentarle a otro candidato. Aunque quizá presentarlos no era la palabra que buscaba: ella ya conocía a León Lavalle. Habían sido compañeros de juegos hacía mucho tiempo, antes de que se hubiera mudado a la ciudad. De él tenía el recuerdo difuso de un muchachito rubio, más interesado en los libros polvorientos de la biblioteca de su padre que en correr y mancharse, escondido entre las faldas de su madre, con una expresión demasiado seria para una criatura tan joven. Arabella, por su parte, sabía que si él la recordaba, tampoco tendría una muy buena impresión: de pequeña había sido una metomentodo y bastante mandona, con muy poca tolerancia hacia aquellos que le caían mal y bastante bocazas.

Valeria habría dicho, con relación a esos dos últimos puntos, que eran un ejemplo perfecto de que había cosas que no cambiarían nunca.

—Allí está, Bella.

Su padre tiró suavemente de su brazo y ella suspiró y volvió los ojos hacia donde le indicaba. El doctor Lavalle acababa de entrar en el salón de baile, hablando en voz baja con un muchacho adolescente que no parecía muy contento de estar allí. La joven sintió una simpatía inmediata.

—Su hermano, Vianney, estudia en la Academia de Ingeniería. Por lo que tengo entendido, es un muchacho con mucho talento.

Arabella sabía que era mejor mantenerse en silencio y con una sonrisa en la cara. Por lo menos, así se aseguraba de que acabara rápido. Delante de su padre no podía hacer mucho más, aunque se encargaría de dejarle claro al doctor Lavalle dónde estaban sus intereses, si intentaba algo con ella. Por eso apretó un poco más el brazo alrededor del de su padre y aceptó, de aparente buena gana, ser arrastrada hasta donde estaban los recién llegados.

—Doctor Medici. —León los saludó primero e hizo una inclinación de cabeza. A su lado, su hermano hizo otro tanto. El parecido era indiscutible en los ojos azules, en el cabello rubio y hasta en la forma del rostro—. ¿Conoce ya a mi hermano, Vianney?

El aludido extendió la mano y su padre se la estrechó.

—Todavía no había tenido el gusto, aunque tu hermano me había hablado de ti. Ambos os parecéis muchísimo a Ada, que Aión la tenga en su gloria.

—Es muy amable, doctor Medici. Mi hermano me ha dicho que era un buen amigo de nuestros padres.

—Ada y yo nos criamos juntos. Sentí mucho su pérdida y no haber podido estar en el entierro. Me temo que me enteré demasiado tarde: a veces las noticias tardan en llegar. Arabella también la recordaba con mucho cariño. —Un suave apretón en el brazo de la muchacha—. No sé si os acordaréis de ella, doctor Lavalle.

León la miró, pero no *realmente*. Arabella era muy consciente de cuándo alguien reparaba por primera vez en su figura, pero su compañero de la infancia no se distrajo en observarla más de un segundo. Después, hizo una inclinación de cabeza.

—Señorita Medici. Es un placer volver a verla.

Ella no se había esperado tanta formalidad y no sabía si le gustaba o la odiaba.

—Cuando mi padre me dijo que vendría al baile, no podía creerme que hubiéramos vivido seis años en la misma ciudad y no hubiéramos coincidido, doctor. ¿Dónde estabais escondido?

Vianney alzó las cejas hasta que casi rozaron sus rizos, pero la expresión de León apenas cambió. Por suerte, Arabella sabía reconocer una muralla cuando la veía y no se sintió personalmente insultada.

—Lo más probable es que trabajando, señorita Medici. O en casa, aprovechando mi poco tiempo libre con mi hermano. —La más leve de las sonrisas, un poco forzada, con la mano sobre el hombro del joven—. Me temo que no soy muy dado a las reuniones sociales, y no hubiera venido si el presidente y vuestro padre no hubieran insistido.

—Las reuniones sociales son un gran lugar para establecer contactos y... otros vínculos. No sólo podemos vivir de relacionarnos con otros médicos.

León Lavalle parecía dispuesto a discrepar, pero tuvo el buen juicio de dejarlo pasar. O quizá no exactamente buen juicio, porque, si hubiera hablado o se hubiera disculpado, Arabella no tendría que haber rellenado el silencio:

—Tened cuidado, doctor Lavalle, o mi padre os buscará una esposa en una de estas reuniones sociales. Aunque no lo parezca, se lo considera un gran casamentero entre los médicos de Arxia.

El más joven de los hermanos se llevó una mano a la boca, divertido, mientras el mayor perdía la compostura. Dos manchas carmesíes tiñeron sus mejillas. Como si considerara que su rubor podía contrarrestarse con una buena postura, cuadró los hombros y enderezó un poco más la espalda.

—Me temo, señorita Medici, que la única esposa que necesito es mi trabajo.

—Todos decimos eso en algún momento, doctor Lavalle —se rio el padre de Arabella—. Y entonces caemos en las garras de una mujer y ya no hay vuelta atrás.

El comentario provocó dos cosas en Arabella: rechazo inmediato por la forma en la que lo había enunciado, incluso aunque fuera una broma, y un secreto placer cuando vio que los hermanos Lavallo se miraban con una especie de media mueca.

—Si encontrase una mujer con garras, doctor Medici, le aseguro que más bien querría investigar cómo ha cambiado sus manos por ellas, y no pedirle matrimonio. Hasta que aparezca una mujer con la que desee casarme, no obstante, creo que soy feliz viendo crecer a mi hermano y ocupándome tanto de mis pacientes como de mis investigaciones.

Aquello acabó de convencerla. Se humedeció los labios y se soltó del brazo de su padre, estirando su mano hacia delante, hacia León. Él la miró desconcertado. Por supuesto, Arabella sabía que su actuación estaba fuera de lugar, pero, dado que la mayoría de la gente ya la consideraba una dama excéntrica por escribir artículos para revistas de filosofía y literatura y porque pensaban que daba demasiadas opiniones propias y que era «como un hombre», un desafío más a la cortesía de la sociedad viriana no supondría una excesiva diferencia.

El mayor de los Lavallo cogió aquella mano en su palma con una incógnita en los ojos, pero ella simplemente sonrió.

—¿Vais a sacarme ya a bailar, doctor?



León Lavallo estaba viviendo uno de los momentos más incómodos de toda su existencia, ya que no había sabido cómo decirle a Arabella Medici que el baile no formaba parte de sus talentos. Había jugado, cuando su madre aún vivía, a bailar con ella por la habitación, pero no era nada ni remotamente parecido a aquello. En primer lugar porque el cuarto había estado vacío y, en segundo lugar,



porque él había sido lo bastante joven como para subirse encima de los zapatos de Ada Lavallo y dejarse llevar.

Y aunque aquellos juegos habían servido para que nunca se olvidara de la teoría, no era tan fácil ponerla en práctica como había esperado.

—Doctor Lavallo, se supone que tiene que mirar a su pareja: esa es la gracia del baile.

León apartó los ojos de sus pies a regañadientes.

—Como le he dicho, señorita Medici, me temo que no estoy demasiado acostumbrado a...

Se calló a mitad de frase. Aunque los ojos de Arabella estaban puestos en su rostro, León no sentía que estuviese prestándole atención.

—Creo que usted y yo, doctor, podríamos llevarnos bien.

—Eso espero —contestó él con cautela.

—Lo que quiero decir es que no se parece usted... ¿Podría tutearle? Al fin y al cabo, jugamos juntos de niños, aunque no sé si lo recordará.

—No sé si en público...

—Está bien, dejémoslo en «doctor», entonces. —La joven parecía tener un gusto desmedido por interrumpirlo y León pensó que quizá le gustase demasiado su propia voz—. Mi padre lo considera un... buen partido. No sé si se ha dado cuenta de cómo le han brillado los ojos cuando le he pedido que baile conmigo.

León se había dado cuenta.

—No es mi intención... —comenzó.

—Tampoco la mía.

—Entonces, señorita Medici, quizá no debería haberme pedido este baile. Es obvio que está dándole alas.

—Quizá porque si le doy alas, si le *damos* alas, me deje un poco más de libertad.

León estuvo tentado de clavar los talones en el suelo, pero le detuvo que ella lo empujara con suavidad, como si intuyera sus intenciones.

—No creo poder comprender lo que me está diciendo.

—Que me siga el juego durante algunos meses. Baile conmigo en estas reuniones sociales. Me ha parecido entender que no estaba muy a gusto en ellas. Yo soy una compañía muy agradable, ¿sabe? Y puedo darle conversación si la gente le abruma. En fin, ahora es uno de los médicos de la casa presidencial, según tengo entendido. Habrá mucha gente deseosa de sonsacarle información. Yo, en cambio, le aseguro que no tengo el más mínimo interés.

León no se sintió muy reconfortado por su comentario, como creía que ella esperaba.

—¿Y qué cree que pensará su padre de mí cuando vea que le presto atención, pero no le pido la mano, señorita Medici?

—Los planes a largo plazo nunca funcionan, así que prefiero no pensar en ellos. Estoy convencida de que algo se nos ocurrirá sobre la marcha.

—¿No sería más fácil que fuera sincera con él? Es obvio que es un buen hombre.

—Y, como todo buen hombre en este buen país, considera que una mujer soltera es una mujer con posibilidades de descarriarse. —Arabella puso los ojos en blanco—. Tengo veinticuatro años. Dentro de un par, con suerte, se rendirá. Y hasta entonces...

Una última vuelta. La canción concluyó con un fuerte aplauso de todos los que se congregaban en la pista. Los músicos anunciaron que se iban a tomar un descanso corto y los pies de León lo agradecieron. Estaba claro que no iba a sacar a bailar a nadie más si podía evitarlo.

—Señorita Medici —dijo una vez que las parejas empezaron a despejar el centro de la habitación—, ¿por qué me está contando todo esto? Apenas nos conocemos. No hay nada que nos una. De hecho, si tuviera que elegir un bando, probablemente sería el de su padre; ¿es consciente de ello?

Arabella se había levantado el bajo del vestido para caminar de su brazo. Los bordados de hojas marrones y anaranjadas, en tributo al otoño que empezaba ese día en Viria, parecían cobrar vida con cada uno de sus pasos. León observó que, contra el fondo gris de la falda, era como si el viento moviese las hojas contra un

cielo encapotado.

—No, no lo haría. —La muchacha parecía demasiado segura de sí misma, como si hubiera visto quién era León Lavalle y sus secretos nada más entrar este por la puerta—. Lo cierto es que suelo tener bastante intuición para juzgar a la gente a la primera. Llamémoslo instinto femenino, si quiere. Y creo sinceramente que es usted un buen hombre, doctor Lavalle.

»Piense en mi petición. A mí me parece que podríamos llegar a un trato justo para los dos.



—Esa muchacha te está mirando, Lavalle.

Vianney se encogió cuando Renzo Strauss le dio un codazo que pretendía ser cómplice. Si alguien en esa sala odiaba las reuniones como aquella, esa persona era Via. No entendía por qué tenía que estar en medio de un baile en vez de en el pequeño taller que tenía en su casa y que siempre le servía de refugio. Con gusto se habría quedado haciéndole pequeñas reparaciones y mejoras a *Aracne*, o desmontando y volviendo a montar objetos para estudiar su funcionamiento, o tratando de desarrollar alguna idea brillante. Pero no, en vez de eso, allí estaba porque León lo había arrastrado: en un baile que ni siquiera se había enterado de por qué se hacía, con sus compañeros de la Academia queriendo congraciarse con el hermano del médico de la hija del presidente. Porque sabía muy bien que si Strauss y compañía se le acercaban no era por simple amabilidad: hasta pocas semanas atrás, a Vianney Lavalle la mayoría de la gente lo trataba como a un empollón, siempre en su mundo, siempre demasiado lejos del resto del alumnado, como si en el fondo no formara parte de aquel ambiente.

Como no formaba parte del ambiente en el que ahora le obligaban a estar.

—Venga, invítala a bailar —intervino Adrian Malone, a su otro lado.

Vianney puso los ojos en blanco. Sólo por asegurarse de que no le tomaban el

pelo, echó un vistazo hacia donde ellos miraban entre risitas absurdas. En efecto, una muchacha lo observaba en grupo con otras damas. Se ruborizó, y Vianney lo hizo también un poco, cuando sus miradas se cruzaron. Fue Via quien apartó primero los ojos y hundió las manos en los bolsillos de su traje mientras la muchacha se escondía tras un abanico.

—No voy a invitar a nadie a bailar —masculló.

Tenía claro que además, si lo hiciera, nadie sacaría nada de ello.

—¿Eres idiota? —preguntó Strauss, frunciendo el ceño—. Lo tienes hecho.

—Con suerte, será de las que sólo fingen esperar al matrimonio —apoyó Malone.

—Que no de las que sólo fingen —volvió a reír Strauss.

Via no se molestó en disimular su desagrado. A veces se preguntaba por qué aguantaba a ese par de imbéciles, aunque pronto recordaba la respuesta: porque eran hijos de familias importantes de Arxia y ponerse en su contra era buscarse problemas innecesarios. La familia Strauss era una de las principales financiadoras de la Academia, el único lugar del mundo que Lavallo amaba por encima de su propio taller y que no podía permitirse perder. Malone no era tan importante, sólo un idiota que seguía a Strauss a todas partes.

Por otro lado, tal vez a Via no le importasen demasiado los problemas; quizá, de hecho, tuviera sed de problemas la mayor parte del tiempo, pero la contenía por su hermano. Su reputación era la de los Lavallo, y no quería buscarle un conflicto a la única persona que siempre se había preocupado por proporcionarle un buen futuro.

—Sois un dechado de caballerosidad, hablando así de las damas presentes —murmuró al final con sarcasmo y los ojos clavados en sus impolutos zapatos.

—Y tú, un dechado de aburrimiento, Lavallo —respondió Malone, enarcando las cejas—. No vayas de digno: seguro que tú también piensas en cómo podrías llevarte alguna al catre.

—Puede que no, después de todo. A lo mejor es demasiado marica para eso.

Via chasqueó la lengua con desagrado. Sus ojos se alzaron, iracundos, para

observar a sus compañeros. Se obligó a respirar hondo. No pudo evitar pensar en los bajos fondos, donde se suponía que estaba lo peor de la ciudad: en momentos como aquel tenía claro que la basura estaba en todos lados, y podía ser que incluso se concentrara más en las altas esferas que en cualquier otro lugar.

Buscó con la mirada a León. Estaba deseando marcharse de allí y dejar de fingir que tenía algo que ver con esa gente. No soportaba el ambiente. Lo sentía apretándole las costillas, tratando de quitarle el aire. Pero, aunque su hermano dejaba de bailar en ese momento con la señorita Medici, pronto se unió a una conversación con otros hombres. Tuvo, pues, que respirar hondo y armarse de paciencia. Podía ser una noche muy larga.

—Quizá deberíamos llevarle un día al *Molino Rojo* —se rio Malone entre dientes—. Allí se encargarían de quitarte todas las vergüenzas, Lavallo.

Via se puso todavía más en tensión. Los puños se apretaron dentro de sus bolsillos. Cualquier otra persona habría notado su incomodidad, su creciente mal humor, pero Malone y Strauss consideraban todo aquello demasiado divertido.

—Lo bueno de que esas mujeres sean unas muertas de hambre es que comen todo lo que les pongas delante —apoyó Strauss.

Si esas mujeres estaban muertas de hambre y dispuestas a todo a cambio de unas monedas debía de ser porque Viria no les dejaba muchas más opciones, y ellos no hacían otra cosa que aprovecharse de ello. Eso fue lo que Vianney pensó, pero no se atrevió a decirlo. No allí, delante de todo el mundo, con León tan cerca con sus compañeros.

Pero tampoco se quedaría con aquel par de idiotas para escuchar una sola palabra más.

Le dolían los nudillos de apretarlos dentro de los bolsillos cuando echó a andar.

—¡Eh, Lavallo! ¿Adónde vas?

Ni siquiera se giró para mirarlos.

—A invitar a la dama a bailar.

No tenía ninguna duda de que una muchacha sería mejor compañía que dos

cerdos.

## Capítulo 10

6 de sei de 3704 d. G.

*Kiteria, Gineyka*

Aún había luz fuera, pero el salón, con las cortinas corridas y el fuego de la chimenea lanzando un brillo tenue e incierto, estaba lleno de profundas sombras. Udane estaba sentada en una de aquellas sombras, como si la hubieran capturado, pero no parecía importarle demasiado. Arama Haizea sentía sus ojos sobre ella mientras trabajaba junto al fuego, y no le cupo duda de que estaba escribiendo poesía en su cabeza, como siempre que se sumergía en uno de esos silencios que ninguna de las dos quería romper.

Por fin, tras unos minutos de quietud, Udane Koplari se levantó del diván, se acercó a Arama y dejó caer un beso sobre su cabeza. Ni siquiera la había saludado. Sólo había entrado, se había sentado y la había estado observando hasta entonces. La vicepresidenta no supo si lo había hecho para no molestarla o porque de verdad necesitaba un tiempo para pensar.

—Trabajas demasiado —le dijo al fin, con los labios muy cerca de su oído. Estiró un brazo, enredándolo en el suyo, y le cubrió el dorso de la mano con la palma.

—No todas podemos ser artistas que trabajan sólo cuando tienen inspiración.

—Si esperase a la inspiración, no habría escrito ni la mitad de lo que he hecho —masculló antes de quitarle un papel de la mano. Lo observó con concentración, pero el texto se le antojó un galimatías. No como las operaciones complejas en las que a veces veía enfrascada a Gadea, sino algo *realmente* incomprensible, signos sin sentido—. ¿Qué es esto?

—Te hablé de que había... un país al otro lado del mar que nos llevaba años de ventaja en cuestión de medicina. La mujer que se lo dijo a Gadea, Irati Burgoa, cree que quizá podrían ayudar a Eider.

Arama sintió el peso reconfortante y la calidez de Udane contra su espalda, y se echó con suavidad hacia atrás para apoyarse en ella. Supo, de alguna manera, que su *kide* estaba sonriendo cuando lo hizo. Le pasó los brazos por debajo del pecho y le besó la oreja.

—No me digas que entiendes su idioma.

—No. Pero quería ver los papeles con mis propios ojos. Gadea me ha prometido que si Burgoa descubre algo revelador nos lo hará saber; le ha pedido que investigue un poco como favor personal. Creo que también se ha convertido en una excusa para verla a menudo.

Udane se rio bajito, respirando contra su cuello.

—¿Llegará el día en que tu hija decida sentar cabeza con una buena chica o seguirá yendo de flor en flor indefinidamente?

—No creo que Gadea sea de las que se conforman con una compañera para toda la vida...

—Tú tampoco me parecías de esas cuando te conocí.

Arama se giró hacia su *kide*. Con un dedo, le empujó las gafas sobre el puente de la nariz para ajustárselas en su sitio. Con el fuego delante de ellas, las sombras daban la impresión de moverse y jugaban con el rostro de su compañera: con la nariz ancha, con los ojos castaños, con sus labios pintados de rojo. Incluso había dedos que acariciaban sus rizos espesos, que creaban un halo alrededor de su cabeza.

—Supongo que aún no había encontrado a la mujer adecuada.

Udane amplió su sonrisa y se echó hacia delante al tiempo que la puerta de la sala se abría. Se detuvo a un suspiro de un beso y ambas miraron hacia Gadea, que parecía falta de aliento pero triunfante.

—Siento interrumpir, pero esto es muy importante.

Arama vio, para su decepción, cómo su compañera se apartaba. Quitó los



brazos de alrededor de su cuerpo y su boca se volvió inalcanzable. Su hija, con paso firme, se adelantó hacia ellas. Se quedó de pie ante Arama con unos papeles extendidos que ella no dudó en coger.

Había varios folios: por un lado, escritas en las grafías retorcidas del alfabeto viriano, descubrió una sucesión de líneas impresas. Parecían unas hojas que hubieran sido arrancadas de un libro, con los bordes irregulares allí donde las páginas debían de haber ido cosidas. Por otro lado había, en un alfabeto reconocible, lo que Arama consideró que era un intento de traducción. Fue a ese texto al que prestó más atención: leyó con avidez lo que se contaba, los extraños nombres de compuestos y plantas de las que nunca había oído hablar. Algunas seguían en la caligrafía del otro país, probablemente porque la traductora había sido incapaz de deducir a qué se refería. De todas formas, estaba claro de qué hablaba aquel artículo: de la posibilidad de mejorar la vista de alguien. Aparte de notas en la preparación de un compuesto cuyo nombre no se había transcrito, parecía que el autor estaba convencido de cómo el nuevo medicamento podía ayudar en el tratamiento de una enfermedad ocular y otras dolencias que se habían escrito en un lenguaje demasiado complicado para que pudiera entenderlas.

—¿Y dices que esto proviene de Viria? —preguntó Udane, que había estado leyendo por encima del hombro de su compañera.

—Sí. Dice que, si consiguiéramos a alguien que entendiese mejor el idioma, quizá podríamos obtener una traducción más acertada, aunque yo creo que tenemos toda la información que necesitamos, por el momento.

Arama pasó las páginas. Alguien había hecho unos dibujos para acompañar el texto donde se observaban hojas y estos se habían impreso junto al resto.

—Si se tradujera mejor, a lo mejor nosotras podríamos reproducir ese medicamento, aunque Irati no está convencida de que nuestra tierra cuente con todos los componentes necesarios.

—O podríamos invitar a quien lo creó. —Arama se humedeció los labios—. Podríamos hacer que viera a Eider. Ofrecerle un empleo aquí. Estoy segura de

que, con un poco de ayuda, podríamos mejorar nuestra medicación. Nuestros hospitales lo agradecerían.

Gadea se había cruzado de brazos. Parecía un poco contrariada.

—Se trata de un hombre, por lo que Irati me ha dicho. De hecho, todos los grandes científicos allí son hombres. Ese lugar no es como este. Allí las mujeres no estudian ni trabajan.

Udane hizo un sonidito en el fondo de su garganta que Arama no fue capaz de interpretar. De disgusto, probablemente.

—Si ese hombre puede hacer algo por Eider, se le pagará. Y todo el mundo tiene un precio. ¿Cómo se llama? ¿Tenemos forma de contactar con él?

—El doctor Tulio Lavallo. —El nombre sonaba extraño, sobre todo con el título delante. Gadea cogió la última de las páginas de las manos de su madre—. Irati dice que lo ha sacado de una revista y que tal vez podríamos contactar con él a través del editor. Ya había pensado en ello.

Arama se puso en pie. Se sentía eufórica, nerviosa como nunca. Las implicaciones de semejante descubrimiento podrían ayudar no sólo a su hijo, sino a las mujeres de Gineyka por completo. A toda la población. Si su ciencia médica era mejor que la de ellas, ¿por qué no utilizarla? Asintió, más para sí misma que para sus acompañantes.

Había tomado una decisión.

—Encuentra a una de esas mujeres que me dijiste que habían venido aquí huyendo de ese lugar. Tráeme a una y yo le dictaré esa carta y la enviaré de vuelta allí. Ofrece lo que haga falta: vamos a traer a ese hombre a Gineyka.

## Capítulo 11

*7 de Crineo de 1852 d. S.*

*Arxia, Viria*

Eran las ocho de la tarde del día 7 de Crineo del año 1852, en Arxia, cuando en la iglesia de San Milie esperaba, no lejos de la puerta de entrada, Vianney Lavalle. Tenía que admitirle a Neith Sinagra que aquel era un sitio inteligente para hacer sus intercambios: el lugar marcaba el final de la zona residencial o el principio de los bajos fondos, según desde qué perspectiva se viera. Era adecuado, por supuesto: San Milie no dejaba de ser el Santo que simbolizaba que todos eran iguales a los ojos de Aión, por lo que aquel espacio sagrado parecía ser el último de sus intentos por acabar con las diferencias y dar cabida a cualquier persona, sin importar de dónde viniera.

Por supuesto, Via sabía que eso era tan sólo la teoría. Lo cierto era que, por ser aquella iglesia la concurrida por personas más marginadas, era la que los aristócratas apenas pisaban. Aparentemente, algunos preceptos de su dios podían olvidarse con más o menos facilidad según en qué escalafón de la cadena se estuviera.

Fuera como fuese, Neith le había hecho llegar una nota al día siguiente de aceptar su trato y habían determinado que aquel sería el lugar idóneo para encontrarse. De esa manera, Vianney no tendría que volver a pisar del todo los bajos fondos y Neith no estaría obligado a entrar en la zona residencial, donde atraería más miradas de las que convenía. Eso era, en palabras de Neith, mejor también para los Lavalle y su reputación: cuanto menos se arriesgaran a que se los relacionara con un *thyraio*, mejor para ellos.

Aunque Via no quería pensar de esa manera y odiaba que las cosas tuvieran que ser así. Odiaba que a sus compañeros se los respetara pese a ser unos imbéciles y a aquel chico, que se había arriesgado por prestarle ayuda, se lo despreciara sólo por el color de su piel. Se odiaba, también, por no revolverse. Por adaptarse sin más al mundo tal y como lo conocía, como había hecho durante toda su vida. Siempre amoldándose a lo establecido, sin intentar cambiar nada.

Pero Neith Sinagra se lo había dicho también: si trataba de terminar con las injusticias, al final se mataría en el intento. Y, de todos modos, sus esfuerzos no servirían de nada.

De manera que había aceptado el punto de encuentro. La iglesia de San Milie quedaba a medio camino de ambos, y a Via se le ocurrió que aquello mismo eran ambos: personas a medio camino. San Milie era el lugar en el que dos mundos se cruzaban, y eso era lo que parecía haber ocurrido desde la tarde en que lo había encontrado por primera vez.

Lo que interrumpió sus pensamientos fue una figura sentándose a su lado en el último banco. O más bien, dejándose caer. Neith Sinagra todo lo hacía igual: como si cada acción fuera una gran falta de respeto al mundo que lo rodeaba. Ni siquiera pensaba sentarse apropiadamente en aquel sitio. Se repantingó con los brazos sobre el respaldo.

—He estado pensando y quizá no sea tan buena idea vernos aquí, después de todo.

Vianney alzó las cejas.

—¿Y eso por qué?

—¿Te has visto? En cualquier momento los creyentes se fijarán en ti y empezarán a rezarte por tu cara de santurrón.

Via puso los ojos en blanco ante la burla. O ante el piropo, no lo tenía muy claro. Por alguna razón, el joven disfrutaba intentando dejarlo en evidencia, pero había llegado a la conclusión de que lo mejor en esos casos era ignorarlo, por mucha vergüenza que le hiciera sentir.

—Qué ingenioso. ¿Tienes lo que te pedí o has fallado estrepitosamente en tu primera misión y tendré que ir a por las piezas yo mismo?

Neith Sinagra resopló.

—¿Por quién me tomas, niño rico? Tengo más recursos en ese lugar de los que tú tendrás nunca.

Una pequeña bolsa cayó sobre el regazo de Vianney. Los ojos le brillaron mientras la abría para vaciar su contenido. Una cuerda, algunos engranajes y varias piezas finas de metal cayeron en sus manos.

—Sinceramente, no sé de qué te va a servir toda esa basura por separado, pero ahí lo tienes todo. Y por bastante menos de lo que lo habrías conseguido tú. Aunque si esperas que te dé las vueltas...

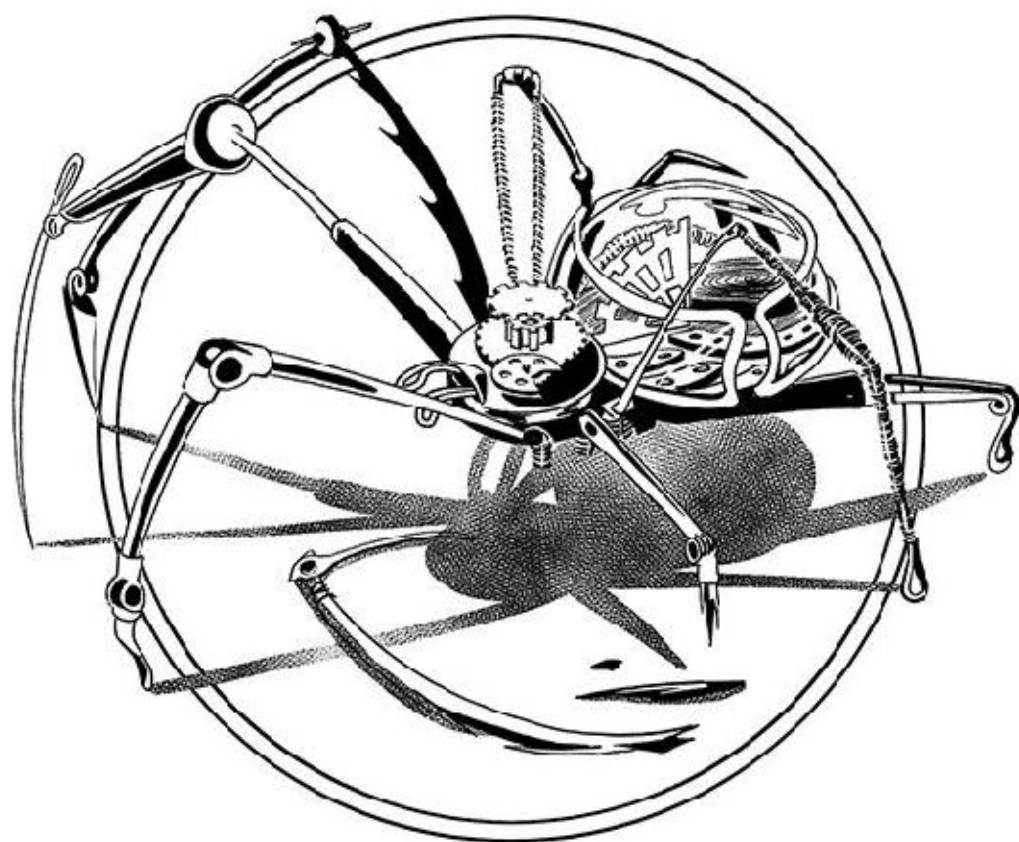
—Quédatelas —dijo Vianney con un gesto despreocupado. Al fin y al cabo, habían acordado que siempre se quedaría con una comisión. Se giró hacia él, y en su boca había una sonrisa—. Buen trabajo.

Neith Sinagra apoyó su cara en una mano, mirando a aquel muchacho como si realmente fuera tan extraño como un Santo apareciéndose ante sus ojos. Nunca había visto a nadie tan feliz por un montón de desechos. Aunque también se sentía útil y se le hinchó un poco el pecho al saber que había cumplido su objetivo.

—Por supuesto que he hecho un buen trabajo, descreído. Ahora quiero saber para qué lo he hecho, no vaya a ser que estés creando una nueva arma especialmente peligrosa y yo esté siendo cómplice. Aunque, si así fuera, debes compartir tus recursos. La pistola me ha venido muy bien en mis calles.

Via dudó un segundo, pero en el fondo sentía un poco de emoción porque el chico se interesase. Se metió la mano en el bolsillo y atrapó la figura de *Aracne* para mostrársela a su acompañante.

—¿Una... araña?



Eso era, en efecto. Una araña de metal, hecha con un montón de piezas sacadas de otros objetos o encontradas en cualquier lugar. Cabía en la palma de su mano, pero sus patas eran largas, al menos todas las que tenía: una de ellas se había roto, y aquello era lo que más atención precisaba.

—La empecé a hacer cuando tenía ocho años como un regalo para mi hermano. Era muy distinta, claro. Sólo una maqueta, por aquel entonces...

Neith Sinagra parpadeó. Con duda, levantó su mano y tocó el cuerpo del insecto, formado por un montón de engranajes encajados con maestría.

—¿Hacías maquetas con ocho años? ¿Eres algún tipo de genio de la mecánica o algo así?

Via tuvo que contener la sonrisa.

—Era una tontería. Y no algo demasiado bonito por aquel entonces. Sólo fue un regalo absurdo, hecho con piezas de relojes y poco más. Pero mi hermano pasaba mucho tiempo trabajando y apenas nos veíamos: cuando él llegaba a casa, la mayoría de ocasiones yo ya me había quedado dormido. Muchas veces quería acompañarlo, pero no podía, así que pensé en crear algo que pudiera ir con él todo el tiempo. Y así nació *Aracne*.

Neith observó la sonrisa tierna que había en los labios del muchacho. Era un gesto que parecía estar de más en aquel ambiente de penumbra, o quizás en aquel mundo en general. El tipo de sonrisa que Neith Sinagra creía que no podía existir en su realidad, por ser demasiado cándida y dulce. Una sonrisa injusta, casi, porque hacía pensar en que las cosas ahí fuera podían ser buenas.

—Así que eres un sentimental.

Vianney enrojeció un poco y carraspeó.

—Prefería lo de genio de la mecánica, si no te importa.

Neith sonrió de medio lado.

—Un sentimental genio de la mecánica, entonces. —Cuando Vianney frunció el ceño e hizo amago de guardar a *Aracne*, Neith se adelantó—: ¿Has ido haciéndole mejoras todo este tiempo? ¿Hasta dónde pretendes llegar? Si lo sé, quizá pueda conseguir más piezas que te sean útiles, suponiendo que las vea.

Via titubeó. Ambos miraron la pequeña araña en sus manos y se encogió de hombros.

—Me gustaría que se moviera. Ahora lo hace, bueno, pero sólo con cuerda, como un autómata más: es todo lo que he conseguido. He probado a fabricar algunos motores de vapor, pero al ser tan pequeña es complicado llegar a tener éxito. De todos modos, el otro día a mi hermano se le cayó al suelo y ahora, hasta que no arregle su pierna, no podrá volver a andar. Algo que, gracias a que has cumplido, pasará pronto.

Ambos volvieron a fijarse en la araña. Via cogió una de las piezas que tenía entre las manos y le enseñó dónde la colocaría para que *Aracne* volviera a tener

sus ocho patas funcionales. Sólo necesitaba eso. Un arreglo artificial, un apoyo, y volvería a caminar.

Volvería a caminar.

Aquel pensamiento permaneció un segundo más en su cabeza. La sonrisa se perdió un poco en sus labios. Su cabeza, de repente, se fue muy lejos de allí.

—Eh, niño rico, ¿te encuentras bien?

Vianney dio un respingo. Neith frunció el ceño e, inclinado hacia él, chasqueó los dedos frente a su cara.

En respuesta, sólo asintió.

Se le había ocurrido algo, y quizá podía llegar a ser algo importante.



—¿Me habéis mandado llamar, señor presidente?

Iulius Solari se giró para encarar al hombre que acababa de entrar en su despacho y se dio cuenta de dos cosas al examinarlo: la primera era que no sabía su nombre real. Se hacía llamar Eneas y, por lo que había entendido, ni siquiera él tenía autoridad para preguntarle su verdadero nombre, aunque era muy improbable que su interlocutor fuese a decírselo, de todos modos. En Viria había una clase de hombres que no era más que una palabra en un papel. Que no existía más que a nivel institucional. Eran los espías y los asesinos del Gobierno, los que se encargaban de las tareas que no se podían dejar en manos de ninguna otra persona. Hombres a los que se les citaba al alba o al atardecer, en esos momentos de transición en los que los más estúpidos o los más devotos creían que uno podría ver moverse las estatuas de los Santos o comunicarse con el propio Aión.

La segunda cosa en la que el presidente de Viria se fijó fue en que aquel individuo, aunque se lo hubiera imaginado de mil formas diferentes, era tan común como él. Tenía un rostro de los que pasan desapercibidos entre la



multitud, una complexión normal, una altura media. Vestía como alguien de las zonas bajas, como un peón de fábrica, con la gorra en la mano y coderas en la chaqueta. Tenía el cabello corto, los ojos castaños, la postura de quien pasa muchas horas trabajando. Era un montón de gente que Solari había conocido en su día a día y, al mismo tiempo, eso lo hacía ser alguien completamente indefinido.

Era justo la clase de hombre que buscaba.

Iulius le ofreció asiento, pero Eneas hizo un gesto de rechazo, así que solamente él se acomodó en una de las butacas del amplio cuarto.

—Lo he hecho llamar, señor... Eneas, porque me han asegurado que es usted el mejor de su profesión. —Calló un momento, pero el hombre enfrente de él no hizo ni un solo movimiento, así que continuó—: Como sabrá, mi hija está muy mal. Fue herida de gravedad en un accidente y los médicos creen que no podrá volver a andar.

Ese mismo día había ido a verla, pero ella se había negado a hablarle. El nuevo doctor, Lavalle, le había dicho que eran momentos muy duros para ella. Y entonces, contra todo pronóstico, le había pedido una reunión en privado. Le había dicho que tenía un hermano brillante que estudiaba Mecánica y que, al enterarse de la desgracia de Aurora, había llegado a la conclusión de que lo que la hija del presidente necesitaba eran unas piernas nuevas. Y de que se hablaba de que, en algunos lugares, las prótesis mecánicas eran una realidad. Lavalle incluso le había llevado un grabado de una mujer con extrañas prendas y un brazo mecánico. En opinión del médico, aquello no era demasiado natural (de hecho, era todo lo contrario), pero su hermano había insistido en que le hablase de la posibilidad, porque con algo semejante tal vez la niña podría volver a caminar.

Lavalle había dicho que quizá fuera su única opción.

E Iulius Solari estaba dispuesto a agarrarse a ella.

—Su médico ha oído noticias de un país en el que la tecnología está lo bastante adelantada como para sustituir una extremidad por otra mecánica. Y yo

sé de sobra a qué lugar se refiere. Y usted también, según tengo entendido.

—Gineyka. —Fue la escueta respuesta. Al presidente ese nombre empezaba a sonarle como un sueño.

—Le daré todos los recursos necesarios. Contrataremos a los hombres que usted me diga. —Los pagaría de su bolsillo, si fuera necesario—. Pero quiero saber más sobre ese lugar. Averigüe lo que pueda sobre su desarrollo. Quiero información sobre las posibilidades de mercado. Quiero saber si accederían a compartir conocimientos.

—Sabe que es un lugar de mujeres, ¿verdad? Allí los hombres son poco más que esclavos, vapuleados y ninguneados. Es hogar de *thyraios*, un continente al que los Santos jamás han llegado.

Iulius contempló la ventana cerrada. A pesar de que la chimenea estaba encendida, el frío le calaba los huesos. El sol, en el este, empezaba a asomar. Pronto tendría que despedirse de aquel hombre para que nadie se enterase de que había estado en la casa.

—Esta es sólo una misión de reconocimiento —le aclaró sin mirarlo. En realidad, una vez que dejó de prestarle atención, el recuerdo de su cara comenzó a desvanecerse—. Consiga toda la información que le he pedido por los medios que considere oportunos. Cuando vuelva, quiero que me diga qué pueden hacer esas mujeres, pero también lo que no pueden hacer. Los Santos aprueban que nos dediquemos a difundir su palabra y a civilizar a otros pueblos, por lo que esta podría tratarse de una buena forma de expandir el imperio y además ganar recursos. Estoy seguro de que Aión estaría orgulloso de nosotros.

Iulius Solari se volvió hacia Eneas a tiempo de verlo sonreír.

—Se hará como usted diga, señor presidente.



SEGUNDA PARTE:  
ORGULLO Y PREJUICIO

## **Capítulo 12**

**1 de hamabi de 3704 d. G.**

***Kiteria, Gineyka***

Las nubes, amontonadas y de un gris amoratado, como de tinta desleída, fueron juntándose, juntándose, sin duda a cónclave, en las alturas del cielo, deliberando sobre si se desharían o no se desharían en chubasco. Saroi Burgoa las observaba desde la ventana, esperando a que algo ocurriese. Aunque sus manos estaban ocupadas cosiendo, sus movimientos eran los de un autómeta que hubiera sido diseñado para su tarea, mientras que su mente se hallaba muy lejos, en esas nubes, en las gotas que empezaron a salpicar el cristal. No hacía frío todavía, pero el otoño se adivinaba en los desvaídos amarillos que empezaban a colorear los árboles y en el aroma a año nuevo, que iba a comenzar en un mes, pero ya se percibía en el olor a pasteles con las últimas moras del año y en las galletas de manzana y canela que su padre había preparado por la mañana.

—Son para Irati, que está trabajando mucho estos días —les había advertido a los gemelos mientras ellos practicaban su caligrafía. Pero en cuanto se había dado la vuelta, por supuesto, Danel y Gure se habían llenado los carrillos con dos cada uno, por más que luego se quejaron de que se habían quemado la boca.

Saroi no había cogido ninguna. En realidad, no tenía hambre. Estaba esperando a ver aparecer en bicicleta a la muchacha que repartía los periódicos donde, en primera plana, saldría la noticia que tanto tiempo había estado esperando. Porque era el primer día del último mes, y eso significaba que al fin se sabría quién había ganado el premio literario más importante de toda Gineyka.

La incertidumbre lo estaba matando; la noticia, fuese cual fuese, decidiría su

futuro.

Su hermana se encargaba de recordárselo. Por supuesto, Irati era demasiado buena para decir nada como tal, pero a veces sus ojos se encontraban y Saroi sabía que estaba pensando en que se le acababa el tiempo. Había conseguido aplacar a su madre diciéndole que no estaba preparado y después hablándole del nuevo trabajo que le habían dado desde la vicepresidencia: uno muy interesante, del que Saroi no entendía más que lo mínimo, que había conseguido que el rostro de Maialen Burgoa brillase de orgullo y satisfacción.

Por supuesto, se había encargado de que media ciudad supiese a qué se dedicaba ahora Irati, para fastidio de esta, y eso también había hecho que el percance del cumpleaños de Saroi pasara a un segundo plano.

Ahora, con suerte, podría demostrarles a todos que no era la oveja negra que imaginaban. Que podía hacer grandes cosas sin necesidad de que lo adoptaran. Aunque no quería hacerse ilusiones, aunque se había dicho que no *debía* hacerse ilusiones, la esperanza había crecido dentro de él a raíz de la desesperación, y en ese momento batallaban la una contra la otra: había días, como ese, en que creía que su mundo cambiaría en cualquier instante para bien. Otros días, en cambio, se sentía estúpido por permitirse soñar, cuando lo que debería estar haciendo era asegurarse un futuro y, así, asegurar también el de su familia.

La campana de la puerta principal sonó y Saroi se puso en pie como si tuviera un resorte en las piernas. La camisa de los gemelos que había estado zurciendo se le cayó al suelo, pero ni siquiera se preocupó de ello, pese a que su padre dijo su nombre como una advertencia. El joven saltó por encima de la prenda caída y atravesó corriendo la casa. Llegó al recibidor sin aliento, con un hormigueo de expectación recorriéndole el cuerpo. Cogió las monedas del cuenco que había junto al paragüero para pagar el periódico y abrió la puerta de un tirón. Tardó sólo un instante en intercambiar el periódico por el dinero.

—¡Buen día! —dijo como único saludo. Y cerró tras él.

—¡Saroi!

Su padre lo estaba llamando desde la puerta de la cocina, al fondo del pasillo.

El chico podía ver su figura recortada contra la luz y las cabezas de los gemelos asomados para presenciar cómo iba a recibir una reprimenda. Aunque no había forma de que pudiera distinguirlas a contraluz, era consciente de sus sonrisas malintencionadas, como siempre que no eran ellos los culpables de algo.

—Será un momento, padre. Sólo...

Calló. Acababa de abrir el periódico con devoción, como si fuera un ejemplar de la *Gaiea*. Sus dedos temblaron un poco al hacerlo. Sus ojos se entornaron para leer a la poca luz. El corazón le latía tan rápido que parecía que se iba a asomar a su garganta en cualquier momento, dando bandazos en su pecho.

Una parte de él quería ver su nombre. *Esperaba* que su nombre estuviera allí impreso, en aquella página. Que se le llenasen los ojos de lágrimas y el pecho de orgullo. Deseaba enseñarle a Irati lo que había logrado. Deseaba decirle a su madre que no necesitaba a una adoptante, que podía vivir por sus propios medios, que una hija no era lo único que un hombre podía crear. Quería seguir escribiendo, seguir soñando. Quería formar parte de algo que en teoría estaba vedado para él, porque se suponía que los hombres no hacían obras de arte.

Quería pasar a la historia.

Pero la historia no lo abrazaría. El aire que había estado conteniendo se le escapó de los labios. Se desinfló como un zepelín que hubiera estallado, como si hubiera caído en picado y se hubiera estrellado contra el suelo. Se quedó quieto, mirando a la página sin llegar a verla. Se sintió, de pronto, solo en el mundo. Podía oír la voz de su padre, que se dirigía a sus hermanos pequeños, pero no sabía qué les estaba diciendo. Sus palabras, como el resto del universo, se perdieron cuando le empezaron a zumbiar los oídos. Podía sentir la textura del papel bajo las yemas de sus dedos, pero no comprendía ya por qué había corrido hasta la puerta o qué estaba buscando en aquel trozo de texto.

Claro que no había ganado. ¿Quién lo iba a premiar a él? Su poesía no estaba a la altura. Lo más probable era que Irati hubiese dicho que le gustaba, que estaba bien, por no hacerlo sentir mal. Por no romper sus sueños. A lo mejor incluso había preferido que se enterara así, de forma impersonal, que por ella.

Así no le quedaría más remedio que resignarse y comportarse como todo el mundo esperaba de él.

Se le escapó una lágrima que fue a estamparse contra el titular. Sólo una, tan amarga como todo lo que sentía por dentro. Como las ruinas de sus sueños, que sabía que ahora tenía que dejar atrás.

—¿Saroi?

Su padre se había acercado a él en algún momento. Lo notó poner una mano sobre su hombro y el chico emergió apenas de su pesadilla para mirar el rostro que, de pronto, parecía preocupado por él. Pero aquel hombre no podía entenderlo. Aquella persona, de pie ante él, sin cara en la penumbra, no sabía la extraña quietud que se había adueñado de él.

—Estoy... bien.

Había mentiras que eran más fáciles de pronunciar si intentaba convencerse de ellas, por lo que fingió que así era. Se concentró con todas sus fuerzas en el sentimiento de cansancio que había dejado en su interior la noticia. Se dijo que lloraría después, si era lo que hacía falta, pero en ese momento simplemente estaba muy vacío. Muy... decepcionado. Agotado por el peso de la realidad.

Saroi dejó el periódico en manos de su padre y pasó por su lado sin una palabra más. Cuando los gemelos le preguntaron en la cocina qué había pasado, al verlo con el rostro tan serio, él no respondió. Se volvió a sentar junto a la ventana y siguió con la costura.

No volvió a abrir la boca ni levantó la vista de sus tareas durante el resto del día.



Irati llegó a casa agotada, como de costumbre, pero ni el cansancio más mortal podría haber impedido que se apresurase hacia el cuarto de su hermano. Por supuesto, había estado esperando el periódico todo el día en la fábrica. Gadea le

había dicho, cuando había visto su cara al leer la noticia, que parecía que acabara de ver un fantasma, y no tenía ninguna duda de que así habría sido. De alguna manera, en los últimos meses se había permitido pensar que saldría bien. Ella no entendía mucho de poesía, pero le había parecido que su hermano podía ser muy bueno. Casi tanto, al menos, como cualquier mujer.

Pero en los concursos no bastaba con ser igual de bueno. Había que ser mejor.

Cuando se asomó a la habitación, él apartó la mirada de la ventana. Fuera, la lluvia repiqueteaba contra el cristal y ese era el único sonido que llenaba la estancia. Hasta ese momento, Irati sólo había podido imaginar lo triste que debía de estar su hermano. Suponía, además, lo que tenía que haber sido para él pasar todo el día a solas, callado, conteniendo el secreto, la sensación de fracaso, impidiendo que alguien viera su derrota porque nadie en la casa, a excepción de ella, sabía lo que había intentado conseguir.

En el momento en que sus miradas se encontraron, Irati dejó de imaginar y vio, con total claridad, la pena que pesaba sobre el cuerpo de Saroi. La misma pena que le pudo al tener que afrontarla. Ese sentimiento subió a los ojos del muchacho y comenzó a derramarse por sus mejillas como un torrente.

—Lo siento, hermana.

La mecánica apretó los labios. No tardó ni un segundo en acercarse a él para estrecharle entre sus brazos y apretar la boca contra sus cabellos. El llanto llenó el cuarto, sumado a la tormenta de fuera. No supo qué decirle. Él era quien tenía poder sobre las palabras, no ella. Ella sólo entendía de números y ensambles.

—Creía que lo conseguiría. Creía que era bueno. Ha sido una estupidez —sollozó—. Te has tomado tantas molestias y yo sólo te he decepcionado, y...

—No me has decepcionado —susurró Irati, y apretó los labios contra sus cabellos—. Eres bueno. Quizá no lo que estaban buscando. Pero no te habría animado a hacer algo así si no hubiera creído de verdad que tienes talento.

Aquella fue la primera vez que Irati Burgoa pensó que quizá su mundo no era justo. Nunca se lo había planteado: el orden de las cosas siempre había sido el mismo y no entendía por qué debía cambiar en nada, pero en aquel momento le



habría gustado poder decirle a Saroi que sus palabras verían la luz de una manera u otra y que su futuro dependería tan sólo de escribir si era lo que quería.

Pero lo cierto era que no conocía a ningún hombre al que se valorase realmente por escribir. Ninguno al que se tomara en serio. Ninguno del que pudiera decirse que hiciera literatura de verdad.

Por no hablar de que su madre jamás le permitiría ni siquiera pensarlo.

Saroi lo sabía. Él ya se había resignado a qué sería lo siguiente que tenía que ocurrir:

—Iré al siguiente baile que haya. Seré un buen adoptado y después un buen padre, Irati. Al menos, seré eso.

Irati Burgoa apretó los labios. Nunca hasta aquel momento había pensado que aquel destino fuera cruel, pero entonces se lo pareció. Como mínimo, era limitado, y si Saroi no quería que su destino fuera ser sólo el padre de los hijos de alguna mujer, nadie debía obligarlo a ello. A ella, a fin de cuentas, nadie la obligaría a ser madre si no deseaba serlo. Podría dedicarse toda su vida a la mecánica y nada más, si esa era su aspiración.

—Podrías publicar tus poemas de igual manera, aunque no hayas ganado. Siguen siendo buenos. Podrías... usar un seudónimo. Si te hicieras pasar por una mujer, a lo mejor entonces...

Pero Saroi se había pasado seis meses creyendo en una única esperanza, aferrándose a ella como a un bote salvavidas en mar abierto. Había creído en ese concurso más que en ninguna otra cosa en su vida. Por una vez se había permitido soñar y el resultado no había sido el que había deseado, y aquello, al menos por ese día, bastaba para hundirlo.

—Los hombres de verdad saben cuál es su lugar —susurró—. Yo ya he recordado cuál es el mío.

A Irati se le rompió el corazón, pero supo que sería inútil decir nada más.

Volvió a abrazar a su hermano. Había cumplido la mayoría de edad medio año atrás, pero aquel día fue cuando Saroi Burgoa entendió el mundo y, de repente, creció.

## ***Capítulo 13***

***1 de Andrai de 1853 d. S.***

***Arxia, Viria***

Neith Sinagra se había quedado huérfano cuando era muy joven y no había tenido la oportunidad de disfrutar de una Cosmogénesis en familia desde hacía años. Por eso cuando Vianney Lavallo le había ofrecido pasar el día con él y su hermano no había sabido muy bien qué responder. Se había hecho el interesante y le había dicho que tenía que pensárselo, pero al final, por supuesto, había accedido. Neith no era de los que le decía que no a una comida caliente y le parecía que hacía siglos que no probaba un buen guiso de vino. Lo más probable era que no estuviese tan bueno como el que su madre había hecho en otros tiempos, pero estaba dispuesto a no ser prejuicioso y darle una oportunidad antes de criticarlo.

Por tanto, el primer día del año, el muchacho se puso su mejor ropa (que, en realidad, no podía considerarse verdaderamente buena) y atravesó la invisible barrera que separaba a la clase alta de la clase baja. Subió hasta los barrios de bien y, lanzando suspiros helados al aire y con cuidado de no resbalar en la nieve sucia que se había convertido en una capa de hielo embarrado, caminó hasta la casa de los Lavallo. Lo hizo tomando todas las precauciones para ser visto por la mínima gente posible: guantes en las manos, un abrigo con el cuello bien alto en el que esconder la cara y una gorra calada hasta las cejas. A medida que se acercaba a la casa, no pudo evitar sentirse más y más nervioso, y los últimos pasos los dio casi corriendo para que nadie reparase en él. Por suerte, las calles estaban vacías porque la Cosmogénesis era un momento de hogar y familia, así

que consiguió llegar a su destino sin ser visto. Cuando llamó a la puerta, lo hizo mirando constantemente alrededor, temiendo que alguien apareciese de repente o, peor todavía, que un censor se descubriese en una esquina y lo arrastrara hasta el Seminario, donde quizá lo torturarían por el simple atrevimiento de llamar a la casa de unos verdaderos hijos de Aión.

Eso no sucedió. Por el contrario, le abrió Vianney, un instante después de que tirara de la campana, y lo invitó a entrar con una sonrisa amplia que hizo que Neith se sintiera bienvenido incluso en un lugar que tenía claro que no era el suyo.

—¡Feliz Cosmogénesis! —lo saludó el chico ayudándole a sacarse el abrigo. Parecía radiante. Tenía los rizos dorados despeinados y Neith tuvo que luchar contra el súbito deseo de pasar los dedos por ellos.

—Feliz Cosmogénesis —murmuró en respuesta—. No esperaba que fueras tan... devoto.

El joven Lavallo sonrió de medio lado, pero no respondió. En lugar de eso, le hizo un gesto con la cabeza para que lo acompañase hasta el pequeño salón en el que solían recibir a las visitas. La chimenea estaba encendida y *Tigre*, el gato, dormía cerca de ella, disfrutando del calor. Habían adornado los muebles con las flores de papel de todos los colores que solían hacer los niños de la casa, aunque en este caso, al ver cómo le brillaban los ojos a Vianney, supo que las había hecho él.

El doctor Lavallo también estaba allí, leyendo en el sillón con una taza de té a su lado. Estaba en mangas de camisa, sin formalidades.

—Feliz Cosmogénesis —coreó él también—. ¿Cómo estás, Neith?

—Bien, eeh..., señor Lavallo.

—León está bien. Si vas a pasar una fiesta tan importante con nosotros, creo que podemos llamarnos por los nombres de pila. —Volvió la vista a su libro—. Comemos a las dos, Via. No os entretengáis.

Neith no entendió la naturaleza de ese comentario hasta que Via lo cogió del brazo. El gesto le sorprendió porque en el tiempo que llevaba conociéndolo

había aprendido que Vianney Lavallo no era dado al contacto físico. Sin embargo, ahora sus dedos estaban cerrándose en torno a su muñeca y tiraban de él.

—Ven conmigo.

Lo condujo hasta un nuevo cuarto y cerró la puerta en cuanto estuvieron dentro. Neith parpadeó al mirar alrededor.

—No soy la persona más devota del mundo, pero te doy la bienvenida a mi verdadero templo —anunció Vianney.

Los ojos de Neith no pudieron evitar beber de todo lo que le rodeaba al comprobar que lo había llevado hasta su taller, del que tanto había oído hablar. Durante los últimos cuatro meses, aún no había tenido la oportunidad de verlo, ya que sólo acompañaba a Lavallo a casa cuando era muy de noche y las sombras le servían de amparo, y nunca más allá de la puerta.

—Este sitio es... impresionante.

No lo decía sólo por cumplir. Neith se sintió fascinado por el desorden, que tan poco había asociado con el mecánico hasta ese momento, quizá porque siempre le había parecido alguien meticuloso. Había supuesto que eso era indispensable para trabajar con eficiencia, pero el taller era un caos de piezas y herramientas. Había papeles y libros repartidos por la habitación, en las mesas de madera recia e incluso en los diferentes taburetes. En una esquina, abandonada, estaba la bolsa que debía de llevar a la Academia, de cuero, abierta y con mil trastos y libros esparcidos por el suelo. Pero lo más interesante eran los proyectos a medio terminar, brillantes o llenos de grasa. Neith se acercó a una de las mesas, donde se repartía una serie de planchas de metal y engranajes, tornillos y roscas. Reconocía algunas de las piezas porque él mismo se las había conseguido, a veces por medios no muy legales. Por supuesto, el mecánico no tenía por qué saber eso. No tenía claro que fuera a gustarle.

Cuando se giró, Vianney estaba detrás de él con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa orgullosa. Neith se pasó una mano por la nuca. Estaba acostumbrado a tenerlo cerca, aunque por lo general siempre había más gente

alrededor. Hablaban como si estuvieran solos, pero lo cierto era que había un goteo constante de feligreses en San Milie. Nadie se fijaba en ellos, claro, porque todo el mundo tenía suficiente con preocuparse de hablarle y rezarle a los Santos, y eso hacía que, de alguna manera, Neith se sintiera seguro: estaba mucho más cómodo cuando no había ojos sobre él, porque cuando era muy joven había aprendido los beneficios de ser invisible para los demás.

Aunque no tenía muy claro cuándo Vianney Lavallo había empezado a ser la excepción a aquella regla. Quizá desde el primer momento en el que había demostrado que no lo miraba de un modo diferente por ser como era, al contrario que otras personas.

—¿Qué vas a hacer con todo ese material?

—Estoy pensando en ese brazo mecánico del que te he hablado. Empezaré poco a poco, creo yo, y le haré cuantas mejoras pueda. Primero será como un guante. —Vianney le mostró su mano, como si ya pudiera sentirla embutida en metal, y la abrió y la cerró. Tenía pequeños rasguños en los nudillos de golpear aquel saco de boxeo que colgaba al fondo de la estancia—. Y luego veré qué puedo hacer. Pero no te he traído aquí sólo para presumir, en realidad. Aunque, bueno, quizás un poco sí.

Vianney comenzó a moverse. Neith ya había tenido tiempo de fijarse en cómo solía hacerlo: con la espalda siempre muy recta y cierta altanería en su barbilla alta, como si bajar un solo momento la guardia fuera un error que no podía permitirse. Aquella aparente seguridad hacía que resultase mucho más fácil notar cuándo se sentía incómodo: tendía a encogerse o a jugar con los dedos, moviéndolos casi como si tocara teclas invisibles en el aire. Ese era uno de esos momentos, aunque Neith no entendía por qué estaba nervioso: si Vianney Lavallo tenía algún territorio propio, sin duda era ese cuarto.

—Si no es para presumir, sólo se me ocurre que este sea el sitio al que traes a quienes quieres seducir. Seguro que lo haces con todo el mundo...

Via le dio la espalda mientras abría uno de los cajones de su escritorio, pero Neith no necesitaba verle la cara para saber que había color en sus mejillas.

—No he traído a nadie *jamás*. Ya te he dicho que es mi templo. No puede entrar cualquiera.

Neith sintió ganas de sonreír, aunque no supo si hacerlo con altanería o con la certeza de que Vianney le estaba demostrando que confiaba en él. Que, de la manera más extraña posible, estaba invitado a su mundo.

Pero el muchacho no se sentía demasiado seguro hablando de sentimientos o agradeciendo un gesto semejante, por lo que al final hizo lo que creía que mejor se le daba: bromear.

—Así que soy el primero al que intentas seducir... Es un gran honor, Lavalle, pero déjame decirte que no son las maneras adecuadas. Entiendo que a ti la mecánica te pueda parecer apasionante, pero yo me inclino por... vicios más terrenales.

Vianney se giró hacia él con un paquete entre las manos y las mejillas tan rojas como si las tuviera en carne viva.

—¿Sabes qué? Me lo he pensado mejor. Sal de mi taller.

—¿Qué tienes ahí?

Neith no lo preguntó sólo para cambiar de tema. Su tono reflejaba incredulidad. El paquete estaba envuelto con cuidado, con un lazo atado de forma tan meticulosa que parecía que lo hubieran medido.

Vianney también bajó la vista al paquete, aunque tenía el ceño fruncido.

—Tu regalo, pero sinceramente, dado que en realidad llevas burlándote de mí medio año, no sé si te mereces nada.

El chico boqueó. Hacía mucho tiempo que nadie se acordaba de él en esos términos. La Cosmogénesis era tiempo de agradecer el año anterior y saludar al nuevo, y la mayoría de la gente hacía regalos a sus familiares y amigos, por humildes que fuesen, para demostrar su cariño. A los niños, además, se les solía asustar diciéndoles que, si no se portaban bien, no habría nada para ellos.

Desde que habían muerto sus padres, Neith no había hecho ni recibido ningún regalo.

—¿Regalo? Pero yo no... Es decir, no tenías quedarme nada. —Dio un paso

atrás y bajó la cabeza para intentar esconder su expresión—. ¿Qué te ha hecho pensar que yo merezco un regalo, Lavallo?

Via observó al muchacho frente a sí. Quizá su relación no había empezado de la manera más convencional, pero podía ser que justo por eso se hubiera asentado con rapidez. Desde que se conocieron, Via había descubierto algunas cosas de Neith Sinagra, y no todas porque él las hubiera dicho. Al principio, las ocasiones en que se veían en San Milie eran apenas una cada dos semanas, para hacer encargos puntuales. Después, una cada semana. Y después, dos veces por semana. La excusa había venido con los conocimientos de Neith sobre Gineyka: cuando Vianney le contó su idea de ayudar a Aurora Solari con prótesis mecánicas, él le dijo que su padre solía contarle historias de mujeres con inventos similares. Fue así como supo que el padre de Neith no había nacido en Viria, sino en aquella tierra lejana que parecía de leyenda imposible y que, como muchos antes que él, había llegado a tierras virianas huyendo de aquel lugar. También de esa forma descubrió que Neith lo echaba inmensamente de menos. Por supuesto, no se lo dijo, pero esa había sido una de las cosas que había aprendido del chico en esos meses: él nunca hablaba demasiado de sus emociones.

Lo cual no significaba que fuera imposible adivinar lo que sentía. Y en ese momento vio sus sentimientos con la misma claridad con la que vio la añoranza cuando le había hablado de su padre.

Quizá por eso dio el paso que él había retrocedido en su dirección. Y después, un par más. Le tendió el paquete. Había una sonrisa ligera en su boca.

—A lo mejor mereces más cosas de las que piensas, Neith Sinagra. No eres tan mal tipo como intentas hacer creer a todo el mundo, incluido a ti mismo.

—¿De veras? Hagamos un listado rápido: he robado, he estafado, me he metido en más peleas de las que puedas contar, me has visto disparar a bocajarro sin pensármelo... ¿Para ti los malos tipos son sólo los que matan? Porque, aunque todavía no se ha dado la situación, si en algún momento fuera mi vida o la de otro...

Vianney sacudió la cabeza. Neith se fijó en que su sonrisa desaparecía un poco y que su rostro se tornaba, por un segundo, más adulto. A veces pasaba. A veces parecía que dentro de Vianney Lavallo vivieran muchas personas que se iban turnando para hacer uso de aquel cuerpo, y en esos momentos Neith se preguntaba si se podía llegar a conocer de verdad a quien tenía delante.

—No seré yo quien te culpe por sobrevivir adaptándote como has podido al mundo que te ha tocado vivir.

Sonó amargo, y quizá por eso Neith decidió no responder. Además, una pequeña parte de él quería abrir aquel regalo y volver a días más felices, en los que se ilusionaba como un crío y se sentía seguro en su hogar, entre brazos conocidos. Tal vez esos brazos ya no existieran y la idea de un hogar hubiese perdido sentido para él, pero quería creer que, por una vez al año, podía sentirse seguro. Y quizás un poco querido.

Así que aceptó el paquete y lo desenvolvió, con dedos algo titubeantes. Abrió el papel sin romperlo, como si los detalles que Vianney había puesto allí para él fueran tan importantes como su contenido. Un contenido con forma de caja de madera oscura con un solo enganche que, tras la más leve duda, abrió.

Miró dentro con cierta ilusión, con un poco del niño que había sido. Como era el primer regalo que recibía de Vianney Lavallo, no estaba seguro de qué le había preparado, pero cuando descubrió por completo el presente, se dio cuenta de que no podría haber sido ninguna otra cosa: sobre la cubierta de terciopelo de la caja descansaba una libélula de metal, con las alas cobrizas y el cuerpo alargado. Sus dedos se cerraron en torno al insecto con suavidad y probó a repasar con las yemas la estructura de las alas, como si la estuviera acariciando. Al tacto, el metal se sentía un poco rugoso, como si hubiera sido maltratado. Los ojos eran dos pequeños trocitos de cristal tintado.

Estaba asombrado y emocionado y, cuando alzó la vista y vio la expresión expectante de Vianney, que tenía que saber que era el regalo más perfecto de toda la Creación, se le hizo un nudo en el pecho.

—Definitivamente no me merezco esto, Lavallo. Has tenido que ocupar



muchísimo tiempo en este regalo. Es... perfecto. Si lo vendieras...

Vianney sacudió la cabeza, cortándole sólo con eso.

—Es una tontería. No estaba seguro de si te gustaría. Pero me he esforzado para que sea algo que también tenga alguna utilidad y no sea tan sólo... una ridiculez.

Neith iba a protestar. Casi se sintió, de hecho, insultado porque llamara a aquel objeto *ridiculez*. Pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta cuando la mano de Vianney llegó a la de él, que seguía sobre las extremidades de cobre. Al principio no lo entendió. Sólo pudo tensarse, sorprendido por el contacto. Su mirada, algo inquieta, se fijó en el muchacho, pero él sólo tenía ojos para su invento.

Y fue su invento el que, con la presión de los dedos de ambos alrededor de las alas, se quejó con un ligero clic. Eso fue lo que consiguió que Neith Sinagra volviera la vista al insecto de metal. Un pequeño filo salía desde el abdomen.

—Una pistola llama mucho la atención —le explicó Via, levantando la mirada, con su media sonrisa confiada, la del genio que disfrutaba de crear nuevas ideas—. Pero quizás esto no lo haga tanto, en caso de que lo necesites.

Neith comprendió que ese no era un regalo casual. Era un invento con su nombre grabado, pensado especialmente para él.

Era algo que sabía que podía protegerlo, no sólo algo bonito.

—Gracias —murmuró, consciente de que no lo había dicho. Consciente de que los dedos de su amigo seguían sobre los suyos, cálidos—. Lo cuidaré como a un tesoro, Vianney.

Lavalle sonrió entonces. Lo hizo con la sonrisa que mostraba en algunas ocasiones, la de Santo, la demasiado inocente.

—Más te vale. Y tienes que ponerle un nombre, pero no tiene por qué ser ya. Ahora vamos a comer, que es por lo que habrás venido en realidad...

—No, espera.

Neith dejó, con el máximo de los cuidados, su regalo sobre la mesa que tenía cerca. Se alegraba todavía más de lo que había hecho. Si Vianney le hubiera

hecho aquel presente y él no hubiera tenido nada a cambio, se habría pasado días intentando convencerse de que eso no lo convertía en el peor amigo del mundo. Aunque era obvio que el chico no esperaba nada, dada la cara que puso cuando lo vio sacar su paquete del bolsillo. En comparación, era fino, envuelto en papel de periódico y atado con un cordel.

—¿Qué es...?

—Es Cosmogénesis, ¿no? —Neith apartó la mirada al techo, con la mano extendida—. Se supone que se hacen regalos a la familia y los amigos y...

—Pero no era...

—Necesario —lo interrumpió él—. Eso no te ha detenido a ti, y me alegra que a mí tampoco. Aunque, si no lo quieres, me lo quedo. De todas formas, no creo que te gustase saber las cosas horribles que he tenido que hacer para conseguirlo.

Era mentira: lo había comprado. Quizá no en el mejor de los lugares, porque el mercado al que iba no era demasiado legal, pero había pagado con dinero que había ahorrado de sus pequeños trabajos y sus hurtos. Sabía que los censores no aprobaban ese tipo de material y que, de hecho, estaba prohibido tenerlo en casa, pero confiaba en que Lavallo no se pusiera quisquilloso cuando lo desenvolviese.

Vianney titubeó, pero al final aceptó el paquete con ojos curiosos. Los dedos se le mancharon de tinta cuando rompió el papel de periódico, pero pareció darle igual, sobre todo cuando el libro quedó al descubierto. Las tapas estaban bastante desgastadas y con los bordes doblados hacia dentro, pero Neith sabía que el interior se conservaba en buen estado. Los ojos azules examinaron la cubierta. Las grafías que indicaban el título estaban bastante borradas, pero aún se distinguía que el idioma en el que estaban escritas era claramente distinto.

—¿Es esto un libro... de fuera? —preguntó Via, sin aliento.

—De Gineyka, sí. Un libro de mecánica. El pobre idiota que me lo vendió creía que era una novela pagana. Te aseguro que hay gente que...

Vianney alzó la vista y la clavó en él y, por un instante, Neith creyó que iba a abrazarlo. Habría jurado, de hecho, que el chico daba un paso hacia él.

Tragó saliva, pero el momento pasó y su amigo apartó la vista de nuevo.

El pecho de Neith dolía como si se le hubiera vuelto a romper una costilla.

—No tenías que haberlo hecho. Si te encontraran con algo así... No puedo creer que hayas... —El silencio fue seguido por un revoloteo de páginas—. ¿Es esta tu letra?

Vianney había visto las páginas escritas. La pequeña caligrafía, apretada, entre las líneas impresas o en los márgenes. Si bien el texto gineykano le parecía un galimatías, la traducción, escrita en tinta roja, era comprensible. Había algunas interrogaciones donde Neith no había estado seguro de alguna palabra, pero las frases eran fluidas y lo bastante claras, incluso cuando los términos técnicos había que inferirlos.

—Pensé que no te serviría de mucho si no sabías lo que ponía.

Via no podía calcular cuánto tiempo había necesitado para hacer algo así. Sabía que debía de haber sido un proceso lento, recordando un idioma que no había hablado durante años, desde que su padre había muerto. Le había contado que le había enseñado a escribirlo y hablarlo en la mesa de la cocina de la pequeña casa en la que había vivido su familia. Le había dicho que su padre había insistido en hacerlo porque le recordaba a otra vida que no quería olvidar para no cometer los mismos errores en Viria. El esfuerzo, por supuesto, hacía que aquel regalo fuera todavía más importante. Sus ojos pasaron sobre dibujos de prótesis y consejos sobre cómo mejorar el movimiento. Era una auténtica joya. Y era toda suya.

Cuando terminó de hojear el libro, Vianney cerró las tapas con tanta delicadeza como si le estuviera prodigando una caricia a un amante. Neith casi se sintió avergonzado, porque había demasiada emoción en aquel gesto por algo que él había hecho. Sus ojos se reencontraron y Vianney Lavallo volvió a sonreír a su manera.

—Me alegro de haberte conocido, Neith Sinagra.

Neith no hablaba de lo que sentía, así que no respondió. Esperaba que no hiciera falta. Que, de alguna manera, aquel chico lo mirase y supiera sin más lo

que pensaba, como si hubiera inventado también algo para saber qué había en su mente.

«Me alegro de haberte conocido, Vianney Lavallo».

## Capítulo 14

*3 de hamabi de 3704 d. G.*

*Kiteria, Gineyka*

El intenso perfume de las rosas embargaba el estudio y, cuando la ligera brisa agitaba los árboles del jardín, por la puerta abierta entraba un profundo olor a hortensias y el aroma a tierra mojada. Eider disfrutaba de aquellos días. Tanto que solía sentarse muy quieto, con *Zakur* cerca de sus piernas, y dejar que el tiempo pasara tan sólo respirando y aislando todos esos olores en su cabeza, jugando a reconocerlos todos. Quizás a otra persona algo así le habría parecido aburrido, pero a Eider le gustaba. Le hacía sentir, además, que la gente a su alrededor no se daba cuenta de las mil sensaciones que cabían en una inspiración, pero él sí podía.

Del jardín llegaban también sonidos. Por lo general, solían ser los del aire moviéndose entre las hojas, la lluvia al caer, los pájaros cantando o los ladridos de *Zakur* cuando se alejaba de él para perseguir mariposas. En otras ocasiones llegaban incluso voces, como en aquel momento. Alzó la cabeza, ladeando el oído hacia la puerta. Le sorprendió reconocer la voz de su madre. Por el sonido del cuco pocos minutos antes, no debían de ser más de las seis de la tarde, así que era raro que Arama Haizea estuviera en casa.

—No he pedido tu opinión, Unai. Esta es mi casa y yo tomo las decisiones aquí, por si tienes problemas para recordarlo.

—¡Eider también es mi hijo!

—Y como tal lo has criado y eso es lo único que tienes que hacer. Estoy buscando soluciones para él.

—A lo mejor sería una solución aceptar sin más su falta de visión, en vez de dejarlo en manos de un extranjero de cuyos métodos no sabemos nada.

—¡La decisión está tomada y la respetarás! —Arama Haizea alzó la voz—. No he buscado a ese tipo durante medio año para ahora, cuando por fin lo encuentran y me lo traen, no darle ni una oportunidad. ¿Crees que me hace gracia dejar a mi hijo en manos de un hombre, de un *zuri*? Pero, al contrario que vosotros, las mujeres sabemos asumir riesgos cuando las situaciones lo exigen.

No hubo protestas. Eider pudo imaginar a su padre demasiado intimidado como para responder. A él, por supuesto, nadie le había pedido opinión, aunque eran sus ojos de lo que se estaba hablando. A veces desearía que, como decía su padre, todo el mundo aceptara su ceguera como él lo hacía, sin considerarlo menos válido o capaz por ello. Pese a que fuera él quien llevaba toda la vida sin ver, parecía que al resto de la sociedad le costaba mucho más asumirlo. Para ser sinceros, Eider Haizea no odiaba ser ciego: lo que odiaba era que se le considerase una pieza defectuosa por ello.

Y ahora estaban intentando mandarlo a un nuevo taller de reparaciones.

Los pasos de la vicepresidenta de Gineyka sonaron por la piedra del jardín, fuertes e impetuosos. *Zakur* emitió un ladrido de reconocimiento cuando la mujer entró en la estancia. Eider mantuvo serena su expresión.

—Eider, querido.

Las manos de Arama tomaron las suyas, primero con suavidad, como si creyera que el tacto repentino le asustaría, y después con certeza cuando él las apretó a su vez. Oyó un suspiro y supo que su padre también había entrado en la habitación.

—Madre —dijo Eider como seca respuesta.

—¿Recuerdas el médico del que te hablé? ¿El que quizá tuviera un remedio para ti?

*Remedio*. Eider se mordió la lengua para no decir lo poco que le gustaba esa palabra.

—Sí.

—Lo han encontrado. Me han avisado en cuanto lo han hecho y he venido tan pronto como he podido. Está aquí, debemos verlo y quiero que estés conmigo cuando lo haga. Cuanto antes estudie tu caso, antes podremos saber si tiene una solución.

*Solución.*

En ocasiones, Eider quería gritar. Había algo que le quemaba en el pecho, dispuesto a estallar en cualquier momento. Una ira de las que se cocía a fuego lento, burbujeando como aceite caliente. Por lo general sólo se mantenía en silencio, escuchando y sintiendo, dejando que todo ocurriese a su alrededor. Porque, de todos modos, así era como tenían que ser los hombres: sumisos y callados, aceptando que las mujeres montaran y desmontaran a su antojo los escenarios de los que se les permitía formar parte. Pero a veces quería desafiar eso. Quería plantarse en medio del pequeño espacio en el que siempre le tocaba quedarse como elemento de decoración, abrir la boca y empezar a hablar saliéndose del guion.

Nunca lo hacía. Y aquel día tampoco fue distinto.

Eider se limitó a asentir.



Tulio Lavallo no era como ningún hombre que la vicepresidenta Haizea hubiera visto antes. En primer lugar, porque era blanco. Tenía la tez del color de la leche, con las venas azules marcándose en el dorso de su mano como finos trazos de tinta. Sus ojos eran verdes, de un color desvaído que parecía querer recordar que el otoño empezaría pronto. Sus cabellos eran excesivamente claros, de un rubio que parecía brillante al mismo tiempo que perdido. Su mirada lo registraba todo en el cuarto, como si estuviera pensando en las diferencias entre su mundo y el que en ese momento ocupaba, y Arama no tuvo duda alguna de que a sus países los debía de separar algo más que un océano.

Al lado del hombre, una mujer de pelo castaño y piel también blanca, pero vestida a la moda de Gineyka, le hizo una inclinación cuando entró seguida de su hijo y su adoptado. Gadea ya estaba allí, sentada en un sillón, pero se puso en pie en cuanto la vio llegar.

—Vicepresidenta —murmuró la mujer con un fuerte acento extranjero. Se llamaba Laetitia y había sido la encargada de traducir la carta para Lavallo y hacérsela llegar en persona—. Es un placer volver a verla.

—Así que ha aceptado venir y trabajar para nosotras —dijo Arama. No iba a andarse con rodeos.

—Ha dicho que necesita ver al paciente, pero parece bastante confiado en sus capacidades.

Arama volvió a fijarse en el *zuri*. Vestía chaleco y pantalones; tenía las mangas de la camisa remangadas y zapatos pequeños en vez de las botas características de la zona. No le pasó desapercibida la mirada que le lanzaron aquellos ojos verdes cuando se acercó a él, sus manos tras la espalda. Fue analítica, llena de preguntas y con afán de obtener información.

—¿Serías tan amable de traducirnos, Laetitia? —La joven agachó la cabeza de nuevo como respuesta y Arama empezó a hablar—: Le damos la bienvenida a Gineyka, señor Lavallo. Hemos leído mucho sobre usted.

Arama le tendió la mano a aquel hombre. Los susurros de la traducción sonaban fluidos, extraños pero rápidos. Sin embargo, el choque real vino cuando el hombre hizo ademán de tomar su palma y, en vez de estrecharla, tratar de llevársela a los labios. La vicepresidenta la apartó de inmediato, con desagrado, y frunció el ceño. Tulio Lavallo dio un respingo y la observó parpadeando, sin saber qué podía haber hecho mal. Pero aquello a Arama Haizea le pareció definitivamente de más. Aquellos gestos estaban reservados, si acaso, entre mujeres: Gadea lo hacía a menudo cuando le gustaba una muchacha. Fue ella quien hizo un mohín de disgusto.

—No sé cómo serán vuestros saludos en Viria, señor Lavallo, pero aquí estrechamos las manos.



La traducción volvió a sonar rápida. Tulio Lavallo tragó saliva, pero esbozó una sonrisa de disculpa. Cuando habló, el acento era más fuerte que el de Laetitia y sus palabras sonaban todavía más irreconocibles.

—Lo lamenta profundamente, vicepresidenta: es costumbre en Viria que los hombres besen los nudillos de las damas al conocerlas.

Eso no tenía ningún sentido para las presentes, pero Arama decidió ignorarlo. Si quería que aquello saliera bien, tenía que poner de su parte.

—Supongo que iremos amoldándonos a las... costumbres ajenas — reflexionó sin demasiada convicción—. Deje que le presente a mi hijo, señor Lavallo. Él es la verdadera razón por la que está aquí.

Arama se acercó a Eider y puso una mano sobre su hombro para indicarle que diera unos pasos hacia él. Tulio Lavallo observó cómo se movía antes de volver a hablar.

—Pregunta su nombre.

—Eider Haizea —respondió Arama, antes incluso de que su propio hijo pudiera contestarle.

—Ave, Eider —dijo el extranjero, acercando una mano a la del chico para poder estrecharla. La vicepresidenta no necesitó traducción para inferir que aquel era el saludo en Viria. Después continuó hablando y en ese momento Arama sí volvió a girarse hacia la traductora.

—Le pregunta si su condición es de nacimiento.

—Lo es —respondió Eider en un susurro quedo.

—¿Supone eso algún problema? —preguntó Arama.

Ante la traducción, Tulio Lavallo se encogió de hombros y respondió.

—Dice que habrá que estudiar el caso a fondo. Necesitará tiempo.

—Tendrá todo el que precise, no tiene de qué preocuparse. Supongo que el señor Lavallo querrá instalarse y descansar del largo viaje, pero mañana mismo podrá empezar con sus estudios. Eider estará a su disposición siempre que lo necesite.

Arama no se dio cuenta de cómo su hijo apretaba los puños. Tulio Lavallo

sonrió cuando Laetitia le comunicó las palabras de la vicepresidenta y bajó la cabeza con elegancia.

—Os agradece vuestra amabilidad, vicepresidenta.

—Tendrá toda la que Gineyka pueda ofrecer mientras cumpla con su trabajo. Confiamos en usted, señor Lavallo. —Su voz se tornó una advertencia—. Aunque no toleramos bien las decepciones, así que procure no defraudarnos.

Tulio Lavallo entendió la mirada de Arama Haizea antes de que le tradujeran las palabras. La sonrisa menguó un poco en su boca, pero sólo fue un segundo antes de que asintiera.

—No os decepcionaré, vicepresidenta.

Eso esperaba.



Cuando Arama volvió a casa después de cenar con la presidenta Idoia para explicarle los avances en el caso de Tulio Lavallo y lo que el hombre había prometido que podía traer a Gineyka, Udane Koplari todavía la esperaba despierta. Estaba sentada junto a la ventana, en un sillón, con la lámpara a medio gas iluminando su figura vestida con su camisa de dormir. Tenía en el regazo el papel en el que sabía que estaba escrito aquel poema que tanto la había fascinado, el del premio anual que el Gobierno otorgaba a la mejor obra en verso. Su *kide* había sido parte del jurado y había disfrutado cada línea, como todo lo que tenía que ver con la literatura, pero a veces tendía a vivir demasiado su papel. Arama se preguntaba muchas veces cómo alguien como la poeta, tan soñadora, con una mente que era un huracán de ideas, se había acabado enamorando de una mujer como ella, práctica y realista, con los pies demasiado anclados a la tierra.

Fuera como fuese, había pasado, y Udane amaba a la vicepresidenta como amaba el resto de las cosas: con una pasión y un arrebató que a veces la dejaban sin respiración.

—¿Cómo ha ido? —preguntó la mujer desde el sillón, en cuanto oyó caer con pesadez a su *kide* sobre la cama.

—La presidenta está complacida. Espera grandes cosas de este trato.

—Y tú también, claro.

Udane se levantó de su asiento dejando la hoja de papel atrás y se inclinó para besar los labios de su compañera, que sonrió cuando su boca se apretó contra la suya. Las manos de la poeta se deslizaron por sus hombros y tironeó de su chaqueta para ayudarla a quitársela. La dobló con pulcritud mientras Arama se descalzaba.

—A lo mejor es la oportunidad para que Eider pueda ver. No sé si sabes lo importante que sería eso.

—¿Para ti o para él, mi *kide*?

La vicepresidenta se detuvo con los cordones de sus botas enredados entre los dedos. Sus ojos se posaron sobre el único otro par que había en la habitación.

—¿Tú también, Udane? Su padre ha dicho algo parecido —siseó—. ¿De verdad creéis que lo hago por *mí*?

—Quizá deberías preguntarle al chico lo que quiere. Es él quien tendrá que soportar el tratamiento.

—Y quien disfrute de sus beneficios, cuando todo salga bien. Nadie lógico elegiría vivir enfermo existiendo la posibilidad de estar sano. Sólo quiero lo mejor para él. Por otro lado, quizá deberías plantearte lo que significa tener mi posición y a un hijo inútil para la sociedad.

Arama apartó la vista y dejó caer sus botas al suelo, como si intentara sentenciar el comentario o como si quisiera retar a Udane a llevarle la contraria.

—Quizá deberías tú plantearte que llevo años a tu lado. Sé de sobra lo que significa tener tu posición. Y sé, además, que Eider no ha supuesto ninguna diferencia en lo que has podido o no has podido conseguir. Por otro lado, tal vez no sea su falta de visión lo que lo convierta en inútil, sino tu falta de confianza en él.

En la penumbra, se midieron con la mirada. Ninguna de las dos se movió

durante una eternidad. Udane parecía guardar tras sus ojos una tormenta, mientras que Arama se mantuvo inamovible, como si creyera que no tenía nada por lo que pedir perdón.

—Si algún día tienes hijos, Udane —dijo la vicepresidenta con mucha calma—, podrás decidir sobre ellos. Pero ni aun así tendrías derecho a decirme cómo llevar a los míos.

Ese fue el fin de la conversación. Arama se levantó y se encerró en el baño. Udane se metió en la cama.

Aunque seguía despierta cuando su *kide* se deslizó a su lado entre las sábanas, ninguna de las dos volvió a hablar.

## *Capítulo 15*

*4 de Andrai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

Aurora Solari empezaba a cansarse de estar sentada en el diván bajo la atenta mirada del doctor Lavallo, que revisaba sus piernas en una de sus visitas semanales. No había dejado de venir desde hacía cuatro meses, pero ella no se acostumbraba a sus visitas. A veces, cuando no tenía clase, lo acompañaba su hermano pequeño, que al principio se quedaba muy quieto en un taburete, si bien con el tiempo habían acabado por entablar conversación. Vianney Lavallo le parecía a Aurora un muchacho encantador, aunque eso podía deberse a que no conocía muchos chicos que se acercaran a su edad y la primera impresión había sido bastante positiva.

Aquel día, después de que el doctor Lavallo pareciese conforme con lo que veía y los dejara con una de las sirvientas de Aurora para ir a hablar con el presidente, Vianney se acercó a ella y se sentó enfrente. Tenía un paquetito en las manos, que le tendió.

—Sé que Cosmogénesis ya ha pasado, pero te he traído una cosa.

No había muchas formalidades entre ellos. Aurora había considerado que no importaba, porque le gustaba que Vianney la tutease, pero no esperaba que considerase que el vínculo que compartían fuera lo bastante fuerte como para entregarle un regalo.

Ella, por supuesto, no le había comprado nada, por eso titubeó. No salía de casa. A veces lo echaba de menos, pero había decidido que no tenía sentido abandonar la seguridad de su hogar si no iba a poder disfrutar de la calle. Si no

iba a poder usar sus propios pies para caminar e iban a tener que llevarla sentada en una silla todo el tiempo. Consideraba que estaba mejor dentro, donde nadie más que la gente de siempre pudiera verla y sentir pena por ella. Incluso si el doctor Lavallo la había animado a sentarse en el jardín en otoño o a que la llevaran al porche a ver la nieve caer cuando habían llegado las primeras nevadas. Ella había rechazado todas sus ideas, aunque tuvieran buena intención. Aunque supiese que tenía mucha suerte y pocos médicos se preocuparían tanto por su estado como él. Reconocía que era muy amable, más que simplemente por cumplir con su padre, pero ella no quería tampoco ver la lástima en sus ojos. No necesitaba su atención.

—Yo no tengo nada para ti —murmuró, mirando a Vianney. Considerando que su atención quizá no fuera tan mala.

—Ni falta que hace. En realidad, a lo mejor ni siquiera te gusta. Sólo es... algo que he hecho.

Aurora se ruborizó, aunque esperaba que haber tenido ya las mejillas arreboladas por el calor de la habitación bastara para ocultarlo.

—Seguro que me gusta si lo has hecho tú. —Cogió el paquete, con cuidado—. Muchas gracias, Vianney.

El chico sonrió y miró, expectante, cómo desenvolvía el papel con torpeza. La mano ya no le dolía, como no lo hacía la parte superior de las piernas, pero las marcas seguían allí y por eso se cubría siempre con un guante para tapar las cicatrices. No había mucho que se pudiera hacer por ellas, a excepción de eso. Como no había mucho que se pudiera hacer por sus extremidades, por más que los Lavallo insistieran en que tal vez fuera posible recuperarlas de alguna manera.

Aurora también se había negado a escucharlos a ese respecto. No iba a dejar que le llenaran el corazón de esperanza para luego arrebatársela.

Cuando abrió el paquete, dos pequeños objetos cayeron sobre su regazo. Los cogió sobre la palma de la mano y se los acercó a la cara, con curiosidad. Eran dos horquillas para el cabello, del color de la plata (aunque Aurora sabía que no

podía ser plata), que resaltarían contra sus cabellos castaños. Una era una flor, con una perla en el centro alrededor de la que salían los pétalos, curvados y tan delicados que parecían hechos de papel. La otra era una mariposa, con las alas levantadas como si en cualquier momento fuera a echar a volar.

—¿De verdad las has hecho tú?

Vianney sonrió. Para ella siempre tenía una sonrisa que le iluminaba el rostro como si todo en él fuera amabilidad.

—Pensabas que yo sólo trabajaba con grandes motores y engranajes del tamaño de mi mano, ¿verdad?

Aurora no lo negó, avergonzada, porque así era. Ahora se daba cuenta de que había dado por hecho que los mecánicos sólo trabajaban con herramientas enormes y pesadas, y que las cosas que hacían sólo podían ser útiles, no bonitas. Pero aquellas horquillas eran preciosas, y no dudó ni un segundo en ponérselas. Lo hizo con algo de torpeza, acostumbrada a que la peinasen, pero consiguió sujetar, de todas formas, algunos mechones que habían escapado de sus trenzas.

—Gracias, Vianney. Son perfectas.

El chico sonrió y Aurora, en un arrebato, extendió su mano para coger su muñeca. Hizo que se inclinara, tratando de ignorar el calor en sus cara y las preguntas en los ojos de él, y se incorporó un poco para darle un beso en la mejilla. Como esperaba, el rostro del joven se transformó en uno de sorpresa. Pero fue un gesto que duró apenas un segundo. Luego, la sonrisa volvió.

Aurora pensó, contra todo pronóstico, que si aquellas miniaturas que decoraban las pinzas eran tan bonitas, tan perfectas, tal vez Vianney Lavalle sí pudiera, después de todo, hacer unas piernas para ella.



—¿Qué piensas?

Via cabeceó ante la pregunta de su hermano. Sabía que llevaba horas

deseando hacérsela, pero sólo se atrevía ahora que abandonaban la casa presidencial. Se pensó muy bien la respuesta.

—Tengo que hacer prototipos. Las medidas que has tomado hoy me servirán. Pero no tengo claro que vaya a conseguir nada, ni siquiera con el libro que me regaló Neith. Ellas no..., no hacen las cosas como tú quieres, León.

El doctor apretó los labios, volviendo la vista al frente. Ya habían tenido esa conversación. A León le apasionaba la idea de que la mecánica se pudiese implementar a la curación, desde luego, pero no a costa de lo natural. Durante los últimos meses, los hermanos habían estado intentando trabajar juntos, ver si biología y mecánica podían unirse y crear algo nuevo, algo útil que ayudase a personas como Aurora Solari. Sin embargo, habían sido meses infructíferos. Ni siquiera con todo lo que sabían ambos habían conseguido que las piernas de Aurora respondiesen a objetos que pretendían estimularlas.

Y León no quería sustituir carne por metal.

Via había estado estudiando el libro de Neith. El mismo día que se lo había regalado, se había sentado frente a la chimenea y había comenzado a leer a su lado, mientras Sinagra acariciaba a *Tigre* y le explicaba las palabras que no conseguía descifrar por su letra o los conceptos que había sustituido por interrogantes, hablando a su vez de algunas anécdotas de su difunto padre. De todo aquello, lo único que había sacado en claro era que, por más adelantadas tecnológicamente que estuvieran, no habían encontrado una manera de unir la vida con lo artificial. En un caso como el de Aurora Solari, habrían cortado sus piernas desde el primer momento, en vez de intentar recuperar su movimiento como había tratado —en vano— de hacer León. Para Via la idea de sustituir unas piernas humanas por unas mecánicas no suponía ningún tipo de conflicto. En su opinión, todo el mundo era artificial, y lo natural era tan sólo un conjunto de conceptos aprendidos y repetidos una y otra vez. Aquello podía ser un ejemplo más.

—Averiguaremos la manera. Sólo tenemos que estudiar el caso un poco más.

Via esbozó una media sonrisa. León no era de los que se rendían con



facilidad. Y, además, le encantaba estudiar. Le encantaba ir más allá de lo que nadie había ido y por eso siempre estaba intentando descubrir nuevas fórmulas, nuevos métodos, nuevos hallazgos, y estar al tanto de cada pequeño paso que la ciencia daba a lo largo y ancho de toda Viria.

Los dos hermanos podían ser muy diferentes en algunas cosas, pero en el fondo estaban cortados por el mismo patrón.

—Supongo que cuando llegue a casa te encontraré con la nariz metida en uno de tus libros, entonces.

—¿Cuando llegues a casa?

La sonrisa de Via se convirtió en un gesto inocente mientras se paraba en la calle, daba un paso atrás y luego otro hacia la izquierda.

—Yo estudiaré mi parte del caso con Neith. Quizá pueda darme alguna nueva idea.

León suspiró. Via sabía que a su hermano le preocupaba la amistad que guardaba con Neith Sinagra (porque seguía siendo un *thyraio*, porque seguía siendo poco menos que un vagabundo, porque a veces parecían pertenecer a mundos distintos), pero procuraba no pensar demasiado en ello. Al menos nunca había hecho nada por evitar que se vieran, y eso le parecía suficiente.

—Ese muchacho me está quitando a mi hermano. Vivimos en la misma casa y casi te ve más él que yo.

—León Lavalle, médico de profesión y escritor de dramas en su tiempo libre —ironizó Vianney.

León tuvo que sonreír.

—Fuera de aquí. A las nueve en casa para cenar. Ni un minuto más, Via, o te prohibiré quedar con ese chico en lo que queda de mes.

Via sabía que era mentira. En realidad, por muy preocupado que León estuviera, sabía que le hacía feliz que pudiera tener un amigo. Desde que habían llegado a Arxia, años atrás, Vianney no había tenido nada semejante, y había dado por hecho que nunca llegaría a tener una relación cercana con nadie más que con su hermano. El día que rescató a Neith Sinagra no pensó que fuera a

poder desarrollar ningún lazo con él, pero así habían sido las cosas y no había palabras para expresar lo feliz que se sentía al respecto. Via no creía que ni siquiera Neith fuera consciente de que junto a él había encontrado un remanso de paz, que durante el tiempo a su lado se sentía casi libre de las mil cosas que constreñían su vida. Quizá porque Neith era imperfecto, como se sentía Vianney. Quizá porque le hablaba con pasión de cosas que sólo podía imaginar o porque le hacía sonreír como nadie antes. Quizá porque no parecía pertenecer a ningún lado. Porque vivía su vida como podía, y nada más, y eso a Via le parecía lo más valiente que se podía hacer en determinadas circunstancias.

Por todo eso, echó a correr tras despedirse de su hermano con un gesto de su mano. Tenía muchas ganas de reunirse con su amigo.

## *Capítulo 16*

*6 de Andrai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

A juicio de Arabella Medici, no se podía crear personajes sin haber estudiado antes mucho a las personas. Eso la había hecho desarrollar un gusto especial por observar a la gente que se cruzaba por la calle o incluso a la que veía en la iglesia. Tal vez por eso no faltaba a su cita semanal para ir a rezar, si bien no era muy amiga de las muestras de fe en público. En el fondo, ni siquiera estaba segura de ser especialmente creyente, pero le reconfortaba un poco pensar que todavía quedaba algo en lo que creer. No obstante, Aión en su mente no era el dios que había creado a los virianos por encima de los demás y les había dado la perfección. Aión no había nombrado a nadie Santo por su poder o sus actos bárbaros. Si existía, Aión debía de ser una criatura misericordiosa, que presenciaba con horror los actos encabezados por Viria en los últimos siglos, incluyendo las guerras, la colonización, la separación de clases y la forma en que se dejaba de lado y se consideraba inferior a, como mínimo, la mitad de la población.

Valeria solía burlarse de aquella extraña fe que Arabella no sabía de dónde provenía y le decía que estaba proyectando sus deseos de un mundo mejor en una figura a la que rezarle, como si eso fuera suficiente para cambiar el orden que las manos humanas habían puesto sobre su sociedad.

Por supuesto, Valeria era una rebelde y, para más inri, una atea devota sólo de lo que ella consideraba la razón, motivo por el cual no era demasiado bien vista en sociedad. Arabella, en cambio, seguía aferrándose a ese puesto que se había

ganado en los círculos de las clases altas con la esperanza de que, si algo se transformaba en algún momento, ella estuviera justo en primera fila, donde la función siempre se vivía con más intensidad.

Pero aquel día la idea de enfrentarse a la gente no le atraía demasiado, por lo que le pidió al cochero, al salir de casa, que la llevase a la iglesia más apartada de los buenos barrios. Sabía que sus conocidos no frecuentaban San Milie porque ya había estado allí con anterioridad. La idea de tener una tarde tranquila, a solas con su conciencia, era lo único que deseaba, pero también necesitaba salir de casa. Necesitaba... ver el mundo, sin llegar a participar en él. Además, la iglesia era el único lugar al que su padre le permitía ir sin compañía. Por eso se había vestido con ropas sencillas y oscuras, se había puesto el velo y los guantes y, cuando había llegado a la iglesia, se había sentado en el último banco, con la cabeza agachada y las manos entrelazadas, pero no por ello menos al tanto de lo que pasaba a su alrededor.

Porque Arabella había aprendido desde muy joven el valor que podía tener enterarse de cómo se movía el mundo, así que siempre tenía los ojos y los oídos abiertos.

Fue así como se dio cuenta de que estaban allí. Al principio, sólo había visto al joven de piel de arena. Se repantingaba en el banco de una forma casi blasfema, dejando claro que no estaba rezando: tenía las manos en los bolsillos y las piernas abiertas, y sobre la cabeza todavía llevaba la gorra que debería haberse quitado al entrar. Arabella lo observó porque había en él algo que le gustaba; además, había muy pocas personas y el velo le permitía, si lo hacía con cuidado, ver y pasar inadvertida.

Pese a su pose despreocupada, el chico no dejaba de mirar a la puerta y, tras varias desilusiones, algo cambió en su rostro cuando una nueva persona entró. Solamente en ese momento se quitó la gorra. Se aplastó el pelo ensortijado y dejó el sombrero sobre su regazo, antes de volver la vista al frente. Recogió las piernas, que había tenido estiradas, y trató de parecer un poco más piadoso. No lo consiguió, pero un chico se sentó a su lado. Al principio, Arabella no lo

reconoció. Su cabeza simplemente se negó a hacerlo, porque estaban en la frontera y nadie de buena familia iría hasta allí para verse con alguien como aquel muchacho.

Pero allí estaba Vianney Lavalle, no cabía duda. Lo había visto ya las suficientes veces en los bailes, acompañando a su hermano, de quien Arabella siempre conseguía un par de bailes. Un día incluso se lo había encontrado por la calle, probablemente volviendo a casa de la Academia, y se había parado a hablar con él para preguntarle sobre sus proyectos. Era bastante... interesante, por lo que le había parecido percibir, y su hermano siempre hablaba de él con un orgullo que no podía esconder.

No pudo evitar preguntarse si León Lavalle sabía que su hermano menor coqueteaba con un muchacho de las clases bajas.

A decir verdad, no podía asegurar que estuvieran coqueteando. Sólo se sentaban muy juntos en el banco, hablando bajo y sonriéndose. Pero estaba segura de que no había visto en muchas ocasiones a dos hombres virianos tan juntos y, en definitiva, el muchacho de cabellos morenos lo miraba con un poco de mal disimulada devoción.

Arabella los estuvo estudiando un buen rato, consciente de que ellos no se habían dado cuenta porque estaban perdidos en su mundo. En un determinado momento, Vianney sacó un libro de su chaqueta y ambos se inclinaron sobre él, estudiando su contenido con más concentración de la que ella había dedicado nunca al *Santoral*.

Por fin, sin poder aguantar más la escena, Arabella se levantó y caminó hacia ellos. Ninguno se percató de su presencia hasta que la mujer se aclaró la garganta.

—¿Vianney Lavalle?

El joven casi se cayó del banco. Cerró el libro y lo deslizó dentro de su chaqueta como si tuviera en las manos algún tipo de droga prohibida. De inmediato, compuso su expresión más serena. Arabella se apartó entonces el velo de la cara por unos segundos.

—Señorita Medici. Qué... sorpresa. —Se puso en pie, como si acabara de recordar que no estaba siendo demasiado educado—. No esperaba... Es decir, no suponía que fuera usted feligresa de San Milie.

Arabella le dedicó su sonrisa más dulce, aunque él sólo podía adivinarla bajo el velo negro.

—Vengo aquí cuando me siento abrumada por las multitudes. Es un buen sitio para reflexionar y... encontrarse a una misma. Además, me gusta la sencillez de los ritos en este lugar. Y veo que no soy la única. ¿No ha venido su hermano con usted?

Vianney parecía un poco tenso, pero ella no supo si era por la mención de su hermano o por su simple presencia en aquel lugar que, de pronto, Arabella supo que era su santuario.

—Mi hermano tenía trabajo —murmuró el chico con la boca pequeña—. Pero le ofreceré sus respetos.

—Oh, sí, por favor. Hágaselos llegar.

La mujer no se retiró, aunque en otras circunstancias se habría dado por aludida por el intento de despedida. En su lugar, entrelazó las manos sobre su vestido. Lavallo miró de ella a su compañero, que parecía profundamente incómodo. De hecho, él también se levantó.

—Será mejor que me vaya. Gracias por... la conversación, señor Lavallo. Su visión de la vida de los Santos ha sido muy enriquecedora.

Arabella advirtió el tono amargo en los labios del joven, pero no pidió perdón. Le podía la curiosidad. Saber qué iba a decir y a hacer Vianney. Si tendría lo que había que tener o no era un alma tan afín como había esperado.

Un instante después, sin embargo, los hombros del muchacho se cuadraron. Agarró a su acompañante por la manga de su chaqueta y lo obligó a quedarse a su lado, ante la mujer.

—Creo que no ha tenido el placer de conocer a mi amigo, señorita Medici. Es Neith Sinagra. Señor Sinagra, esta es la señorita Arabella Medici, una amiga de la infancia de mi hermano.

Arabella alzó las cejas, pero extendió la mano hacia el chico, que la cogió con un titubeo antes de llevarse los nudillos a los labios. Apenas los rozó, dejando que lo único que acariciase el guante negro fuese su aliento.

—Es un honor, señor Sinagra. Espero no haberlos molestado, pero los Lavallo no dejan de fascinarme y me resulta imposible ver a uno de ellos sin aprovechar unos minutos de conversación.

Neith Sinagra parecía profundamente turbado. Miraba de reojo a Vianney, sin saber qué esperar de él o de la mujer que le acababa de presentar.

—Es... un placer, señorita Medici —consiguió decir tras un codazo no demasiado sutil de su compañero.

Arabella dio entonces un paso atrás. No podían ver que estaba sonriendo, pero sí la suave inclinación de cabeza que les dedicó.

—Recuerde ofrecerle mis respetos a su hermano. Que disfruten de... los rezos.

Se dio la vuelta, alzando apenas la falda del suelo, y se marchó con parsimonia, sin volver la vista atrás. Fue más que consciente de sus susurros mientras se alejaba, pero no se molestó. En cinco minutos seguro que volverían a su mundo, donde su interrupción no había significado nada o tal vez lo había significado todo.

Mientras regresaba a casa, Arabella Medici pensó en el privilegio que había en poder pronunciar en voz alta el nombre del ser amado.



Via contuvo la respiración mientras la señorita Medici se alejaba. Sus dedos se movieron sobre su reloj de bolsillo, el que su madre le había regalado antes de morir y que siempre llevaba encima como un amuleto. Repasó las formas de la tapa con las yemas, suavemente, mientras se preguntaba por qué aquella dama se

había acercado y qué pretendía con ello. Antes de que pudiera llegar a una conclusión, surgió la voz de Neith a su lado:

—Lo siento.

Casi se sobresaltó. Se giró hacia el muchacho, que se había vuelto a sentar y ahora apretaba las uñas sobre sus pantalones y tenía la mirada puesta en el suelo. Había frustración en su cara. Le pareció ver al niño enfadado que había hallado en un callejón. Esta vez, no obstante, no parecía enfadado con Vianney, sino consigo mismo, lo que a Via le pareció inmensamente peor. Como en otras ocasiones, no necesitó que él hablase para saber lo que se le pasaba por la cabeza. Y entonces fue Lavalle quien sintió el enfado, apretando sus entrañas, pero se obligó a contenerlo. Se dejó caer sentado a su lado y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Deberías sentirlo. ¿Cómo te atreves a llamarme señor Lavalle? Ese es mi hermano, no yo.

Algo de la molestia de Neith pareció disolverse, pero sólo para ser sustituida por pura incompreensión.

—Pero esa mujer... Lavalle, ¿tienes idea de lo que ha pasado aquí?

—Sinceramente, no. León dice que Arabella Medici es una mujer extraña y que nunca sabe muy bien qué esperar de ella. Quizá sólo estaba siendo encantadora. Debajo de ese velo es bastante bonita. Y tiene mucha clase.

Via sabía que Neith Sinagra no se refería a eso. No le importaba ni quién fuera Arabella Medici. Todo su enojo pareció regresar, y si no alzó la voz fue sólo porque estaban en una iglesia y habría llamado demasiado la atención.

—Tenemos que dejar de vernos tan a menudo. Y en un lugar tan público. Creía que aquí no habría peligro de que alguien nos reconociera a alguno de los dos, pero es obvio que me equivoqué.

A Via le dolió la simple posibilidad de dejar de ver a su amigo, pero le dolió todavía más que sugiriese que debían esconderse como criminales. Como si estuvieran haciendo algo prohibido, aunque en el fondo sabía que eso era justo lo que muchas personas pensarían. De hecho, sabía también que esa discusión



había estado destinada a llegar en algún momento, y casi parecía un milagro que se hubiera retrasado medio año. En aquel tiempo, en esos encuentros en la iglesia, casi podían haber fingido que no estaban haciendo nada que, según qué miradas, se habría considerado herejía.

Las personas como Neith existían para ser marginadas o esclavizadas, no para relacionarse con las personas como Vianney.

Por mucho que ambos hubieran querido aislarse del mundo y crear el suyo propio en un banco al fondo de un lugar de fe, no podían huir para siempre del resto de la sociedad, y ahora esta les acababa de dar alcance bajo la figura de Arabella Medici.

El problema era que a Via, como le había advertido a Neith meses atrás, no le gustaban las injusticias. Cada día le daban más rabia y cada día se sentía más hipócrita por no hacer todo lo posible por luchar contra ellas en vez de quedarse en la cómoda estabilidad.

Por eso se había negado a fingir que no conocía a Neith Sinagra, aunque este hubiera intentado aquello mismo. Por eso también frunció el ceño y clavó sus ojos en los de su compañero.

—No voy a dejar de verte. Y este es nuestro sitio: lo ha sido durante medio año. No voy a esconderme más que esto.

Neith apretó los dientes. Su voz tembló cuando salió como un siseo de sus labios:

—Que quieras ser un Santo no significa que *puedas* serlo, Lavalle. Que te relacionen con alguien como yo, que se diga por ahí que llamas *amigo* a un *thyraino*, te puede arruinar la vida. O la reputación, que para el caso es lo mismo.

Via apretó todavía más la mano sobre el reloj de bolsillo de su madre, hasta que le pareció que las marcas de la tapa se le grababan en la piel de la palma.

—Deja que yo me preocupe de mi vida y de mi reputación. Sé que crees que no tengo ni idea del mundo, pero te aseguro que sé arreglármelas. —Neith abrió la boca para protestar, pero no se lo permitió—: No voy a fingir que no te conozco. Nunca. Eres mi amigo, y no dejaré que nadie me quite eso. Si quieres

que sea diferente, que sea porque sientes miedo por ti, no por mí.

Neith Sinagra se quedó un segundo sin palabras. No supo si lo hizo por el fuego que parecía arder, de repente, en los ojos de Vianney, o por lo sincero que sonaba. En momentos como aquel, Neith pensaba que en el fondo no sabía nada de aquel chico; que por muy inocente que le creyese, quizá no lo fuera tanto. Quizás había algo que se le estaba escapando.

Al final, tuvo que apartar la vista.

—Yo ya he aprendido a convivir con el miedo, Lavallo, pero tú no y no tendrías por qué hacerlo. Eres demasiado leal. Un tonto que no tiene el más mínimo sentido de la supervivencia. Esta sociedad va a devorarte.

Via miró al muchacho a su lado. Sus dedos se relajaron un poco sobre su reloj cuando descubrió su rendición. Después, su mirada se alzó al techo, donde encontró un fresco de San Milie con los brazos extendidos, dando la bienvenida a su amparo a cualquier persona, sin importar de dónde viniera o cómo fuera.

—Que lo haga.

A Neith Sinagra le sonó a desafío. Quizás había sido exactamente eso.



Lo vio desde la galería, nada más apoyarse en la barandilla. Desde luego, los ojos de Arabella Medici no habían estado buscando al joven Lavallo, pero distinguió sus rizos rubios entre la multitud con facilidad. Bailaba con la más mayor de las hermanas Bautista, la única que se había presentado en sociedad y, para Arabella, la más anodina de todas. Supuso que no estarían manteniendo una conversación demasiado profunda, pero lo cierto era que una no solía ir a un baile con la intención de hacerlo. O no se esperaba que lo hiciera.

Unos brazos se apoyaron a su lado en la baranda.

—Veo que hoy no ha intentado encandilar a ninguna pareja para bailar.

Arabella abrió su abanico. Aunque fuera seguía haciendo frío, en el interior

del salón se condensaba el calor de decenas de cuerpos.

—Doctor Lavallo. —Sonrió, sin volverse hacia él—. Me temo que mi pareja preferida estaba enzarzada en una discusión sobre la naturaleza de los miasmas cuando llegué. He tenido la mala idea de elegir a alguien con una profesión y que, además, le gusta. Como si no hubiera aprendido nada de vivir bajo el techo de mi padre durante tantos años.

León Lavallo alzó las cejas y sus ojos se centraron en la reunión a sus pies, como si tratase de averiguar qué había tan interesante entre la multitud (o de la multitud) como para mantener la atención de su acompañante.

—Seguro que había más caballeros disponibles que habrían estado encantados de convertirse en sus devotos servidores, señorita Medici.

—Pero soy una caprichosa. —Ahora sí, se volvió. Apoyó la espalda contra la balaustrada y sus ojos oscuros se posaron sobre él. No parecía arrepentida en lo más mínimo de confesar sus faltas—. Y me temo que, si las cosas no se hacen a mi manera, prefiero que no se hagan. Yo había venido con la idea de bailar con usted y, ya que no estaba disponible, prefiero no bailar.

—Ahora soy todo suyo.

—Ah, pero ahora prefiero hablar. —Dejó de mover su abanico y lo cerró súbitamente—. Por ejemplo, sobre si le dio su hermano mis saludos.

Arabella vio con claridad cómo la tensión se acumulaba en los hombros del doctor. Sabía que había estado esperando aquel comentario en cualquier momento, pero, por supuesto, no la conocía lo suficiente como para saber cuándo iba a sacar el tema a colación.

—No sé qué es lo que quiere de mí, señorita Medici. —León apartó la mirada a la pista de baile, donde su hermano había cambiado de pareja—. Pero le puedo asegurar que no voy a permitir que le haga el más mínimo daño a mi familia.

—Su preocupación es enternecedora, pero no es mi intención hacerle mal a Vianney. Sólo pretendo... conocer un poco mejor a los Lavallo. Saber con quién estoy tratando.

León entornó los ojos y pareció hacerse más alto. Más serio, aunque por lo

general tampoco parecía especialmente risueño en sociedad. Arabella había advertido que no era un hombre de grandes carcajadas o de sonrisa brillante y abierta, sino reservado, dado a aislarse, a aferrarse a la gente que ya conocía. Curiosamente, por lo que le había escuchado decir a su padre, le había dado la sensación de que en el trabajo se transformaba y estaba abierto a mejoras, a la novedad, a arriesgarse si creía que algo podía funcionar.

—A lo mejor los Lavalle no deseamos que nos conozca. Puede que ni siquiera queramos tratar con usted, si va a seguir insistiendo en comportarse como lo hace. Quizá, señorita Medici, preferimos alejarnos de las personas caprichosas.

Arabella entreabrió los labios al escuchar su respuesta, pero no supo qué responder. Antes había llegado a la conclusión de que León Lavalle no hacía ningún tipo de honor a su nombre de pila, pero de golpe se percató de que podía haber estado equivocada. A lo mejor lo había infravalorado porque durante los últimos meses había formado parte de su juego sin protestar, bailando y charlando y permitiéndole un respiro en los actos sociales donde habían coincidido.

No supo reaccionar hasta que el doctor Lavalle se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—¡No, espere!

León notó el tirón cuando ella cerró los dedos en torno a su chaqueta, con una expresión de sorpresa y tal vez algo de acusación.

—Suélteme, señorita Medici. No puedo permitirme formar parte de una escena de este tipo en una reunión social.

Ella apretó los labios hasta convertirlos en un mohín de disgusto. Sus ojos se entornaron y, como si lo estuviese retando, se aferró a él con más fuerza y lo obligó a retroceder un paso en su dirección. Él se giró para volver a encararla.

—Le demostraré lo que es una escena si no cierra la boca y me escucha —masculló ella, soltándolo sólo para dar un paso atrás—. No sé quién se piensa que soy, pero le repito que no deseo hacerle daño a su hermano. Ni a usted, para

el caso, aunque haya sido bastante desagradable.

—No lo suficiente si no he conseguido espantarla.

Ella sonrió. Un gesto ladino, burlón, creado para molestar. Como molesto podía resultar que ignorase sus palabras.

—No diré nada sobre lo de su hermano. No sé por quién me ha tomado, pero no me parece mal que se haya hecho *amigo* de un joven como el señor Sinagra. De hecho, lo aplaudo. Pero quizá no deberían verse en lugares tan públicos. Si yo los encontré por casualidad, ¿quién dice que otros no puedan hacer lo mismo? —Sacudió la cabeza—. Pero no tengo derecho a meterme en eso, por supuesto. Son sus vidas y ellos sabrán cómo vivirlas.

León no se movió. No dijo nada porque no entendía nada.

—Pero estará de acuerdo conmigo en que es difícil encontrar chicos como su hermano en las altas esferas. U hombres como usted, a decir verdad. La clase de personas que me gustaría tener como amigos.

Él dio un paso atrás y cruzó los brazos sobre el pecho, alzando una barrera entre los dos. La midió, tan perdido como siempre en lo que a su naturaleza se refería.

—Le dije en nuestro primer baile que creía sinceramente que podríamos llevarnos bien —le recordó Arabella.

—Me lo pone muy difícil, porque no entiendo nada de lo que ha hecho durante los últimos meses.

—Las mujeres como yo tenemos que aprender a confiar en la gente poco a poco. Es muy difícil descubrirse y no sufrir las consecuencias en este mundo.

—¿Las mujeres como usted? —El doctor Lavalle frunció el ceño—. ¿De qué está hablando?

Ella se humedeció los labios. Como el primer día que se encontraron, en aquel baile meses atrás, ella le ofreció su mano. Permaneció extendida, en el aire, esperando a que él la tomase, aunque era obvio que ahora no quería arrastrarlo a la pista mientras los músicos tocaban. Ahora se trataba de un gesto muy diferente, y tal vez eso fuera lo más confuso de todo.

—Permítame que volvamos a empezar, doctor Lavalle, y le prometo que no se arrepentirá. Como mínimo, le aseguro que descubrirá un lado de esta sociedad que no esperaba encontrar.

Ella siguió con su mano en el aire entre ellos, pero la movió. Él comprendió que no estaba ahí para que la besara, sino para que la apretase entre sus dedos.

Durante los días siguientes, León Lavalle se preguntaría una y mil veces qué fue lo que le llevó a aceptar el gesto de Arabella Medici.

## *Capítulo 17*

*8 de hamabi de 3704 d. G.*

*Kiteria, Gineyka*

Irati Burgoa salió de los limbos del sueño con un dolor semejante al que hubiera tenido si le perforasen las sienes de parte a parte con un barreno finísimo. Su quejido sonó mientras se encogía y se escondía bajo las sábanas. Su rostro encontró un pecho contra el que apoyarse y un brazo se apretó alrededor de su cintura, y sólo entonces se permitió abrir los ojos.

Gadea Haizea debía de estar en tan mal estado como ella, pero al menos se las apañó para sonreír cuando sus miradas coincidieron.

—Buenos días.

Irati gruñó. Su humor solía ser templado, excepto cuando se despertaba. Y si despertar significaba, además, hacerlo con resaca, todos los Desastres podían palidecer ante su carácter. A Gadea no le asustó, sino que le provocó una carcajada y le dieron ganas de besarla, lo que hizo. Sus labios encontraron la cabeza de la mecánica, después sus mejillas y finalmente su boca. Irati volvió a gruñir, pero pronto su gruñido se convirtió en un suspiro de rendición. Decidió ignorar el dolor de cabeza y alzar las manos para enredar los dedos en los cabellos de su compañera. Sus cuerpos se acercaron hasta estar tan pegados como unas horas antes. Sus piernas se enredaron y el despertar fue así un poco más dulce.

Cuando sus labios se separaron, Irati suspiró, mirando a la muchacha frente a ella con el ceño fruncido.

—No voy a beber contigo nunca más.

Gadea dejó escapar una risita.

—Ayer no parecías desagradada. De hecho, descubrí que puedes ser bastante divertida, cuando dejas de ser la fría y profesional Irati Burgoa. Fue una sorpresa.

Un golpe cayó sobre el brazo de Gadea, con el puño cerrado.

—Por desgracia para ti, ya se me ha pasado la borrachera y vuelvo a ser esa. ¿Se puede saber qué tenía ese alcohol de tu madre? Tomamos dos copas y siento que tengo un pájaro carpintero en la cabeza.

Se incorporó y se pasó la mano por el pelo. Al menos no había sido el alcohol lo que la había llevado a la cama de Gadea Haizea. Bueno, quizá sí a su cama literalmente hablando, porque nunca había estado en ella hasta esa noche, pero los besos y las caricias ya habían ocurrido en otros lugares de vez en cuando. Todavía recordaba el primero. No pasó mucho después de conocerse, como si fuera inevitable. En realidad, Gadea le había parecido atractiva desde el principio, y esta no disimulaba en absoluto que pensaba lo mismo de Irati. Un día se habían quedado en la fábrica hasta tarde, cuando ya todo el mundo se había marchado. Ella había estado concentrada en revisar los planos que había estado diseñando y Gadea se había puesto justo a su lado. Habían estado hablando hasta que sus manos se habían encontrado sobre el papel y habían empezado a jugar. Al principio la caricia fue sólo un dedo tocando el otro. Después, subió por su palma. Por su muñeca. A Irati, que siempre disfrutaba de su trabajo, le dejó de parecer tan interesante lo que estaba haciendo en el momento en que la caricia pasó por el interior de su brazo.

Cuando se miraron, no hubo vuelta atrás.

Con todo, esas ocasiones se basaban sólo en la atracción física que tiraba de ellas. Para Irati, el amor era algo absurdo, poco práctico y de lo que no quería preocuparse. Por otro lado, los juegos de seducción eran habituales para Gadea Haizea. A ambas les parecía bien que las ocasiones en las que se acostaban fueran algo puntual, sin ataduras, sin demasiados pensamientos al respecto. Sólo algo que hacían cuando querían y se sentían libres para ello.



O cuando había demasiado alcohol de por medio, como la noche anterior. Irati lanzó un vistazo despistado al reloj de la habitación, que dejó de ser tan despistado cuando se dio cuenta de la hora que era. Casi saltó de la cama.

—¡Gor! —maldijo—. ¡Es tardísimo!

Gadea resopló y se dejó caer en la cama, envuelta en las sábanas, mientras se tapaba los ojos con el antebrazo.

—Trabajas demasiado, Irati.

—No, lo haría si dejara de fiarme de ti. Se suponía que venía a tu casa a conocer al *zuri* y a seguir trabajando en los planos del motor del *Eo Bat*, no a beber y terminar enredada en tus sábanas.

Gadea sonrió, moviendo la cabeza para ver cómo Irati se ponía su ropa a toda prisa. Se incorporó aprovechando que su amiga se sentaba en la cama para calzarse las botas. Sus manos alcanzaron su cintura, rodeándola desde atrás, y su boca, la curva de su cuello. Sintió el estremecimiento que ocupó aquel cuerpo.

—Si el problema es que te hayas enredado en mis sábanas, puedes enredarte sólo en mí...

Irati puso los ojos en blanco.

—Ni en sueños. —Hizo un gesto como si espantara una mosca—. Hoy es la prueba de verdad para el motor gael, así que me enredaré sólo en mis nervios, si no te importa.

Gadea sabía cuándo dar una batalla por perdida. Y aunque le habría encantado arrastrarla a sus brazos y comérsela a besos, sabía que nada haría que Irati Burgoa se retrasara ni un segundo más. De manera que la soltó, justo en el momento en el que la joven terminaba de atarse las botas, y se echó hacia atrás, apoyada en las palmas de las manos.

—Suerte.

Irati sonrió. Lo cierto es que Gadea podía ser, aparte de una buena amante, una amiga magnífica. Era divertida (mucho más que ella), original y no le tenía miedo a nada. También era pasional, y quizá por eso, aunque siempre le echaba en cara que trabajaba demasiado, nunca le prohibía hacerlo: sabía que ella vivía

sus propias pasiones con la misma intensidad con la que Irati vivía su oficio.

Tras despedirse, la muchacha salió de la habitación con prisas. Las suficientes como para que no fuera extraño que, al girar la esquina, tropezase con alguien. Lo primero que hizo fue morderse la lengua para no soltar otra maldición; no quería llamar la atención cuando se marchase de la mansión vicepresidencial, aunque al parecer ya lo había hecho. Lo siguiente fue alzar la vista y abrir la boca para disculparse por su torpeza. Fue entonces cuando vio quién estaba enfrente, por suerte habiéndose mantenido en pie.

Supo quién era porque su hermano le había hablado mil veces de ella. Sólo la había visto en dibujos de la prensa, en los artículos que Saroi había ido recopilando en un intento de, quizá, llegar a ser como esa mujer en un futuro. Recordó, de golpe, haber leído una crítica mordaz que hablaba de que Udane Koplari exaltaba al Gobierno por su sin duda estrecha relación con el mismo. Una relación dada porque su *kide* era la vicepresidenta.

—¡Lo lamento! —se apresuró a decir, avergonzada, en cuanto pudo reaccionar.

Udane Koplari se pasaba las manos por su vestido verde, no demasiado molesta por el choque. Alzó la mirada hacia ella y la observó, intrigada, con las dudas de alguien que no reconoce a personas en su propia casa. Irati se sintió muy apurada. Dio un paso atrás y pensó en retirarse deprisa para no tener que decir nada más. Y, de todos modos, iba a llegar tarde. De hecho, eso fue lo que hizo al principio. Agachó la cabeza y le dio la espalda para seguir avanzando.

Pero entonces recordó a Saroi. Recordó su tristeza, tan profunda que lo mantenía más callado de lo habitual en los últimos días. Desde el fallo del concurso ni siquiera había vuelto a coger el cuaderno en el que siempre escribía, como si de pronto creyese que plasmar versos sobre el papel era una pérdida de tiempo en su caso.

Él admiraba por encima de todo a aquella persona.

Irati se detuvo de golpe. Se tragó la vergüenza, cuadró los hombros y dio media vuelta.

—¡Disculpe!

Udane Koplari había retomado su camino, pero se giró, con un parpadeo, cuando Irati llamó su atención. Había algo de diversión en su cara.

—¿Sí?

Irati carraspeó.

—Es Udane Koplari, ¿verdad?

—La misma. ¿Y usted? —Udane sonrió, como si en el fondo lo supiera muy bien.

Irati volvió a carraspear.

—Soy una amiga de Gadea Haizea.

—Sí, lo que suponía.

—Mi nombre es Irati Burgoa.

Eso hizo que la diversión de Udane se transformara en reconocimiento.

—La muchacha que recomendó los estudios del *zuri*, ¿no es cierto? ¿Ha venido a conocerlo?

Irati titubeó, pero asintió.

—Lo hice ayer mismo, señora Koplari. Me interesaba ver cómo se estaba desarrollando y si hacía avances. No deseo haber conducido a la vicepresidenta a esperanzas vanas.

—¿Y qué opina?

—Supongo que todavía es pronto para saberlo, ¿no?

—Supongo que sí —suspiró Udane—. Pero sé que la vicepresidenta le está agradecida por el intento, al margen del resultado.

Irati sonrió levemente. Cambió el peso de un pie a otro y, al final, se atrevió a adelantarse.

—Es un honor conocerla, señora Koplari. No le mentaré: no soy lectora asidua de su poesía, porque no lo soy de ninguna poesía, pero he escuchado sus versos incontables veces de labios de mi hermano. Es... Es un gran admirador suyo.

Udane Koplari sonrió. Lo hizo con sinceridad, sin artificios, como si que

alguien apreciara su poesía, por irrelevante que fuera la persona, fuera motivo para sentirse halagada.

—Si vuelve por aquí, señora Burgoa, no dude en traerme uno de mis poemarios. Estaré encantada de dedicárselo a su hermano.

—Eso sería muy amable por su parte. Aunque lo cierto es que... iba a pedirle un favor un poco más osado.

La mirada de Udane Koplari brilló con cierta intriga. Irati calculó muy bien sus siguientes palabras. Esperaba no estar siendo demasiado atrevida, aunque quizá no le importaba serlo si era por Saroi. Por sacarlo de aquella nube oscura que parecía que se lo había tragado hacía días y que nunca más le dejaría salir, por más que sus ojos lloviesen.

—Mi hermano desea escribir. Creo que lo hace bien. Es obvio que sólo las mujeres podemos llevar a cabo como es debido la tarea de crear arte bajo los dones de Gaia, pero créame cuando le digo que tiene verdadero talento. Sin embargo, últimamente ha perdido la ilusión. —Una pausa. Una duda. Burgoa volvió a respirar hondo—. Se presentó al concurso en el que participó como jurado. No ganó, por supuesto, y eso ha hecho que le pueda la desesperanza. Quizá... si recordase su poema y pudiera darle unas palabras de aliento...

Irati vio cómo los labios de Udane se entreabrían. Le pareció, entonces, que había sido demasiado atrevida. Que esa mujer frunciría el ceño, le preguntaría con incredulidad si pensaba que no tenía nada mejor que hacer o le espetaría que debía decirle a su hermano que dejara de soñar con absurdos.

En cambio, Udane entrecerró los ojos.

—¿Cómo se llama su hermano?

La más joven tragó saliva.

—Saroi Burgoa, señora Koplari.

Otro segundo de silencio. Pensativo, alargado.

Y de la manera más inesperada, una sonrisa.

—Me temo que no haré lo que me pide. No creo que sirviera de nada. Pero también he cambiado de opinión respecto a la dedicatoria: en vez de un

poemario, tráigalo a él la próxima vez que venga. Estaré encantada de conocerlo.

## Capítulo 18

*11 de hamabi de 3704 d. G.  
Kiteria, Gineyka*

Había estado lloviendo toda la mañana y aún lo hacía, de esa forma suave e intermitente que presagia un cambio de alguna clase. Saroi Burgoa estaba nervioso mientras caminaba al lado de su hermana, no tanto por la lluvia, que estaba mojando el bajo de sus pantalones y caía suavemente sobre su paraguas, sino por la inminente reunión con la señora Koplari. Desde que Irati le había contado su encuentro, Saroi no había dejado de hacerle preguntas: «¿Cómo es su voz?», «¿Se parece a aquella ilustración que vimos en el periódico?», «¿Fue amable? Seguro que fue amable».

Pero, con diferencia, la pregunta que más había repetido— y que Irati debía de empezar a estar harta de oír— era una que estaba cargada de un miedo casi infantil:

—¿Estás segura de que te dijo que quería verme *a mí*?

Su hermana, que estaba de un magnífico humor porque los experimentos con el motor de gea en el que llevaba tanto tiempo trabajando habían dado sus frutos, le sonrió y le revolvió el cabello.

—Estoy segura. Quiere verte y creo que quiere hablar sobre tu poema.

El estómago de Saroi se revolvió. A decir verdad, tenía la sospecha de que Irati había convencido a Udane Koplari de que hablara con él y no sabía cómo se sentía al respecto. Porque, aunque agradecía los esfuerzos de su hermana, no quería que nadie le dijera nada por cumplir. Pero a la vez no sabía qué pensar, porque Irati nunca permitiría que guardase ilusiones de algo en vano, y la señora

Koplari no le mentiría a la cara, ¿no era cierto? Aunque ni siquiera lo conocía. No sería demasiado difícil fingir que le había gustado algo. A la vez, sin embargo...

—Estoy escuchando tus engranajes girar desde aquí, enano —le dijo Irati, dejando caer la mano sobre su hombro—. Deja de adelantarte a los acontecimientos, ¿de acuerdo?

Saroi asintió, pero fue un gesto más mecánico que deliberado. Aun así, y para contentar a su hermana, centró la mente en el camino. En cada paso que lo separaba de la mansión a la que se dirigían.

Pensó que el camino sería mucho más largo, pero el tranvía los llevó durante un buen trecho y el paisaje de casas y negocios que iban pasando le ayudó a mantener la mente ocupada. La gente subía y bajaba en cada parada en la que se detenían con un chirrido y las ruedas traqueteaban mientras recorrían la ciudad, con el viento siguiéndoles a la zaga y las gotas de lluvia golpeteando contra los cristales. Se apearon en uno de los barrios residenciales que Saroi nunca había visitado y, en cuanto se quiso dar cuenta, estaban ante una puerta con un engranaje por aldaba. Y después, en un cálido recibidor donde los ayudaron a sacarse los abrigos mojados. Y luego ya estaban atravesando un corredor oscuro con retratos colgados de las paredes y de ahí los guiaron a una sala de estar con vistas al jardín trasero. Una salita pequeña pero acogedora, con sillones mullidos y un reloj de cuco que iba con diez minutos de adelanto. Había plantas encima de la repisa de la chimenea y sobre los muebles, y una enredadera subía por una de las cortinas. Había también una jaula de cobre, de las de cuerda, que Saroi había visto muchas veces en los escaparates de las jugueterías: tenían un resorte que conectaba con un pájaro de metal que, al darle cuerda, empezaba a cantar. Él siempre había creído que eran muy bonitas, pero su familia, demasiado práctica, pensaba que era una pérdida de recursos.

La señora Koplari ya estaba allí cuando entraron. Aguardaba en uno de los sillones, junto a la ventana, pero se levantó al verlos entrar. Llevaba un vestido naranja, con un estampado de flores rojas que recordaba al otoño, y los labios los

tenía pintados de escarlata.

Saroi sintió que se le olvidaban todas las palabras que conocía, a pesar de que había estado preparando un discurso de saludo.

—Me alegra que haya venido, señora Burgoa. Este debe de ser Saroi.

El muchacho sintió que todos sus músculos dejaban de responder. Se convirtió en una estatua, o acaso en un soldadito de plomo o un autómatas al que no le hubieran dado cuerda. Las articulaciones se le quedaron rígidas y se sintió incapaz de moverse, pese a que Irati había puesto una mano en su espalda y lo empujaba con suavidad hacia delante. Cuando miró hacia ella, en busca de algo de reafirmación, sólo consiguió sentirse más nervioso, porque estaba claro que su hermana no entendía qué estaba haciendo o por qué.

—Creo que Saroi está un poco nervioso. Como le dije el otro día, es un gran admirador de su trabajo.

La señora Koplari extendió la mano y Saroi abrió mucho los ojos. No podía creerse que le estuviese ofreciendo estrecharla. Casi entró en pánico al pensar en tocarla, pero al final alzó el brazo. Sus dedos le apretaron con torpeza la mano; ella respondió de manera fuerte y decidida.

—Bueno, yo también soy una admiradora de *su* trabajo.

El joven Burgoa sintió que el corazón le iba a estallar en cualquier momento, como un motor defectuoso. Pensó que eso era todo, que ya había alcanzado la mayor meta posible. Que nada más importaría a partir de entonces. Ni siquiera se dio cuenta de que la poeta les ofrecía asiento hasta que su hermana le empujó hacia abajo y lo obligó a sentarse. Pero Irati parecía divertida y Udane Koplari estaba sonriendo. Todo iba bien.

—¿De verdad ha... leído mi poema y le ha gustado?

Ella asintió.

—En realidad, Saroi, creo que tienes mucho talento. Que, de hecho, tienes madera para esto. Me gustaría leer más, si fuera posible.

Saroi sintió que la sangre se le iba a la cabeza.

—¿Leer más? ¿Usted? ¿De mí?



Esperaba que la señora Koplari no juzgase su locuacidad sobre el papel por la que tenía cuando hablaba o que no pensara que el poema que le había gustado era un hecho irrepitable. Pero lo único que hizo ella fue reírse con suavidad.

—¿Qué es tan difícil de creer? Me gusta leer a artistas que están empezando.

Saroi sintió esa declaración como si le hubieran echado un jarro de agua fría por encima. Miró a Irati, pero ella no parecía dispuesta a encontrarse con sus ojos, como si de pronto se sintiera incómoda. El silencio, pasados unos segundos, se volvió algo agobiante.

—No voy a escribir más, señora Koplari.

Udane no parecía sorprendida, pero sí interesada.

—¿Por qué no?

El joven Burgoa se hundió en su silla y la poeta pensó que parecía muy joven.

—Tengo dieciséis años. Es hora de que busque a una adoptante. La poesía no es para... mí. —Iba a decir «para los hombres», pero quizá fuera para alguno, ahí fuera, con las suficientes agallas o incluso con el apoyo de una familia que pudiese permitirse esos caprichos—. Así que esa es mi última creación. Puede usted leer el resto de lo que he escrito en estos años, si lo desea. Se lo haré llegar. Pero no voy a seguir escribiendo. Hay otras cosas más importantes en la vida.

Udane había empezado a fruncir el ceño. Saroi no supo decir si estaba enfadada, pero su expresión se volvió más cruda, en cierto modo. No obstante, cuando miró a Irati, vestía una sonrisa cortés.

—¿Podría hablar a solas con su hermano, señora Burgoa? Creo que Gadea se alegrará al saber que está aquí, de todas formas. Está arriba, en su despacho. ¿Lo conoce?

El muchacho vio que su hermana dudaba, pero luego, cuando él asintió, se levantó. Le dio un suave apretón en el hombro y salió con paso tranquilo, haciendo una inclinación hacia la poeta que, una vez que la puerta se hubo cerrado, se echó hacia delante en el asiento y apoyó la cara en una mano.

—Así que prefieres ser adoptado. Eres un muchacho muy solícito. Seguro que tu madre está muy orgullosa de ti. ¿Sabe ella que escribes?

Saroi sacudió la cabeza. Sus rodillas casi se tocaban y eso lo hizo sentir súbitamente incómodo. Se acomodó en el sillón.

—Mi madre piensa que sólo es una fase. Que, a medida que crezca, me olvidaré de la escritura. Cree que es una afición buena para un niño, pero yo ya no lo soy y debería dejarla. Y supongo que tiene razón. Le dije a Irati que quería una oportunidad y... ya la he tenido. Es hora de que deje de ser una carga para mi familia.

Dos líneas aparecieron entre las cejas de Udane. Saroi, que apenas se atrevía a mirarla a los ojos, no entendió si en ellos había enfado o frustración. Quizás un poco de las dos cosas, aunque no entendía del todo por qué.

—Y pensaste que el premio literario te permitiría hacer eso.

Él asintió, aunque no se atrevió a hacer otra cosa que mirar al suelo. Entretuvo su mente en seguir el patrón de flores y hojas de la alfombra bajo sus pies, hasta que, al cabo de unos segundos, oyó el largo suspiro de la poeta.

—Lo siento, Saroi, pero puede que hayas sido demasiado inocente poniendo tus esperanzas en cosas sobre las que no tienes control.

En su campo de visión apareció un papel arrugado. Lo habían leído muchas veces, era obvio, y doblado y desdoblado otras tantas. Lo cogió cuando notó que esa era su letra. Que esos eran sus versos. Los habría reconocido en cualquier papel, en boca de cualquier persona. Suponía que los poemas se destruían una vez que se fallaba el premio, pero allí estaba aquel, guardado por la señora Koplari, repasado con los ojos más veces de las que el papel podía contar.

—¿Por qué...?

—Los poemas de hombres no los suele leer nadie. Por lo general quedan descartados antes de que empiece el concurso: las plicas se abren antes para asegurar que ninguno participa y así no perder el tiempo. Este se coló, supongo, en mi montón para leer como jurado. Pero nadie habría permitido que ganaras nunca, por muy bueno que fuera.

Saroi sintió que temblaba. Lo vio en la mano que todavía guardaba sus sueños. Su fe, que empezaba a resquebrajarse.

—No entiendo —susurró—. ¿Por qué...?

—Lo siento.

Esa fue su única respuesta. Y de veras parecía arrepentida, aunque eso no lo consolara. Su pena no calmaba la decepción o la furia que, sin saber de dónde había salido, ahora ardía en su pecho. Quiso gritar, quiso levantarse e irse de la habitación. Quiso llorar, incluso, como había llorado contra el hombro de su hermana el día que había leído la noticia. De modo que las cosas eran así. Lo había retrasado todo haciéndose esperanzas, construyendo castillos en el aire para nada. Sólo había retrasado lo inevitable, pues su destino había estado decidido desde el primer momento. Desde el instante en que pensó que podía compararse con las mejores voces de Gineyka.

Pero nadie lo iba a escuchar jamás. Porque ese no era su papel. Porque se lo silenciaba desde el momento en que sabían... ¿qué? ¿Que tenía nombre de chico? No creía que pudieran descubrir que lo era por su forma de escribir. Había pasado toda su vida leyendo a mujeres, por supuesto, así que sus palabras no podían ser muy diferentes. ¿O habría algo que lo delatase en sus descripciones, en la elección de palabras, en los temas que le interesaban? ¿Qué les causaba tanto pánico de que un joven cualquiera pudiera hacer frente a unas cuantas escritoras y salir victorioso?

La respuesta, por supuesto, estaba clara: todo. Construía con las mismas herramientas que una poeta, pero que llegara a dominarlas mejor que ellas era algo que debía silenciarse. El talento, a fin de cuentas, sólo se les había dado a ellas. Gaia se lo había otorgado, como el resto de sus dones, dejándolos a ellos inferiores, con una única labor.

Y si alguien se rebelaba ante esa labor, había que volver a encauzarlo de alguna manera.

Saroi se pasó la mano por la cara. Se puso de pie, para sorpresa de Udane, e hizo una inclinación de cabeza.

—Gracias por su amabilidad, señora Koplari. —Le tendió el poema—. Si lo quiere, puede quedárselo.

Ella lo cogió con suavidad y volvió a guardárselo en el bolsillo de su vestido. Al ver que él se había levantado, ella hizo otro tanto.

—Siento que hayas tenido que enterarte así.

Él sacudió la cabeza. Seguía sin querer mirarla, pero ella le rozó el mentón con los dedos y él, sorprendido, tuvo que hacerlo.

—Me gusta de verdad lo que has escrito, Saroi. Y quiero que sigas creando. Aunque sólo sea para ti si el mundo no lo entiende. Y para mí. ¿Te gustaría eso?

El chico sintió que le ardía la cara de vergüenza. Ella se había inclinado un poco hacia él, porque era mucho más alta y así podía mirarlo a los ojos. Y aunque lo único que él quería era desasirse y apartarse y librarse de ese creciente pánico que le estaba oprimiendo el pecho, era consciente de que no podía moverse siquiera.

—No puedo. Mi familia...

—Necesitas una adoptante, ¿verdad? Eso es lo que dijiste antes. —Udane sonrió y, aunque él sabía que no había nada de malo en su sonrisa, no pudo evitar que un escalofrío le recorriese la columna—. Que tenías que dejar de ser una carga para tu familia. Y quizá yo pueda ayudarte con eso. En fin, todavía no he adoptado a nadie.

Saroi no sabía qué decir. Tampoco hizo falta. Su cuerpo rechazó por completo su razonamiento y acabó dando un paso atrás. Como aquella noche en el baile.

—Lo siento, yo no...

La señora Koplari, por suerte, no se molestó. Su sonrisa seguía en sus labios y su mirada franca era casi maternal. Le tendió la mano con cuidado, como si estuviera alimentando a un animal salvaje, y él la miró con precaución.

—Puede que en algún momento quiera tener hijas. No ahora, desde luego. No este año ni el que viene, probablemente. Cuando ocurra, por supuesto, acudiré a ti. Ahora lo que deseo de ti es otra cosa, Saroi. Quiero que me ayudes a crear de otra forma. A cambio, te adoptaré. Vivirás en esta casa, conmigo. Tendrás tareas, pero también tiempo para la poesía.

El chico no supo qué contestar a eso. Durante un instante, dudó. Porque

parecía demasiado perfecto y porque no podía creerse su propia suerte. Supo lo que diría su madre, su rostro de felicidad. Supo lo que significaría recobrar su confianza. Supo que Irati se sorprendería cuando se lo dijera, pero también que incluso ella respiraría un poco más aliviada. Hasta la buena disposición que había tenido su hermano mayor podía quedar empañada por esta propuesta.

Lo que no sabía muy bien era lo que dirían los demás. Las adopciones sin un embarazo de por medio eran raras, aunque alguna vez se habían dado. Porque el adoptado era especialmente hábil en alguna tarea o porque había dos familias que habían decidido que debían unirse y habían prometido que su primera hija tomaría como adoptado a uno de los hijos de la otra familia. A veces incluso se hacía por caridad, para que una familia sin recursos tuviera una boca menos que alimentar. Pero Saroi no esperaba que algo así le sucediese a él. Ni siquiera sabía si estaba feliz o no al respecto.

Al final, no obstante, sólo había una cosa que pudiera hacer: Saroi Burgoa aceptó la oferta.

## *Capítulo 19*

*11 de Andrai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

Las sombras de una noche gélida caían con lentitud. Todavía quedaban algunas mujeres en la iglesia, pero la mayoría se había ido a casa tras la misa. Los cirios, después de que la mayoría de los feligreses rezaran por sus familias y su propia paz, seguían encendidos, y Neith Sinagra tenía la sospecha de que las llamas de las velas eran lo único que lo salvaba de morir congelado mientras esperaba. Allí dentro parecía hacer más frío que en la calle, y estuvo tentado de salir hasta que Vianney apareciera. Por otro lado, no le gustaba la idea de que lo vieran. El encuentro con Arabella Medici aún lo torturaba un poco. Todavía recordaba el miedo y la expresión decidida de Lavallo cuando aceptó, como si fuera inevitable, que el mundo se lo iba a comer.

Trató de olvidar esa imagen y hundió las manos en los bolsillos. Ese día había removido algo muy dentro de él que no estaba preparado para afrontar, aunque sabía que era lo mismo que se debatía en su interior cada vez que veía a Vianney Lavallo.

Un sentimiento que anhelaba y a la vez odiaba con todas sus fuerzas.

Le pareció que el muchacho se materializaba a su lado, como si respondiese a sus pensamientos. Se dejó caer pesadamente en el banco, frotándose las manos, con las mejillas rojas por el frío. Ese año el invierno se estaba alargando más de la cuenta.

—Estaba pensando en hasta qué punto se consideraría blasfemo hacer una hoguera con unos cuantos bancos para entrar en calor —masculló Neith a modo

de saludo.

Vianney no pareció considerarlo lo bastante atrevido, si bien llegó a reírse bajito. Era una tontería. Era casi enfermizo. Pero Neith había echado de menos esa suave risa, porque habían pasado más días de lo normal sin verse. Las vacaciones de Cosmogénesis habían terminado para los estudiantes de la Academia y, por lo visto, los profesores les habían cargado de trabajo, así que el chico no había tenido tiempo de escaparse para reunirse con él.

—Lo siguiente que te regalaré será un pequeño dragón que escupa fuego de alguna manera. Lo tendré en cuenta.

Neith jugó a enredar los dedos en las alas de la libélula que Vianney le había regalado, metida en su bolsillo. Le había puesto *Lula*, cosa que había encantado a Lavallo y le había hecho burlarse de él por su falta de originalidad a partes iguales.

—Perfecto. Me dará calor en invierno y, además, me ayudará a calcinar a mis enemigos.

—¿Algún día vas a dejar de intentar convencerme de que eres un tipo duro?

—Eso lo preguntas porque aún no has entendido lo duro que puedo llegar a ser, de modo que seguiré repitiéndotelo hasta que te enteres. —Se echó hacia atrás en el banco y apoyó los brazos en el respaldo, pasando uno por detrás de la espalda de Vianney—. El problema es que te tengo encandilado y sólo sabes ver las cosas buenas de mí, por eso te niegas a aceptar lo evidente.

Lavallo apoyó el codo en una pierna y la cara en el puño. Parecía escéptico.

—Lo que tú digas. Estoy completamente encandilado por tu arrebatadora personalidad. —Alzó las cejas—. Y, al parecer, no soy el único.

Neith parpadeó, sorprendido.

—¿De qué hablas?

—Por lo que tengo entendido, debiste de causarle una buena primera impresión a Arabella Medici.

La idea le provocó tanta inquietud como incredulidad.

—¿Por qué? —preguntó, aunque con sarcasmo—. ¿Te ha preguntado si estoy

disponible? Si es así, ya te he dicho alguna vez que mi tipo son más los santurrones rubios.

Las mejillas de Vianney ganaron un poco de color, pese a que puso los ojos en blanco; cuando fue a abrir la boca, sin embargo, dudó. Fue un instante, pero a su compañero le pareció ver un rastro de incertidumbre en su expresión, como si no tuviera claro si debía hacer aquel comentario o no.

—La señorita Medici habló con mi hermano y le... extendió una invitación. No le dio muchos detalles, sólo un día, un lugar y una hora. —Una pausa. Sus ojos claros sobre los de Neith—. Dijo que tú y yo estábamos invitados también. Que, si íbamos, no nos arrepentiríamos.





Sinagra no estaba seguro de las intenciones de Arabella Medici, pero lo que sí tenía claro era que eso no sonaba bien. No podía imaginarse por qué iba alguien a invitarlo a él a unirse a una reunión o lo que fuera que la mujer estuviera tramando.

—¿Vais a aceptar la invitación? —preguntó, intentando sonar despreocupado—. Francamente, he leído emboscadas más sutiles en novelas por entregas.

Y había leído las suficientes como para saber que era una mala idea acudir cuando alguien te invitaba a un lugar, pero no te decía para qué. Eso siempre acababa en desastre.

—Es una buena pregunta —le concedió Via—. ¿Vamos a aceptar la invitación?

No, por supuesto que no. Por más que Vianney no lo entendiera, había tantas cosas mal en aquella pregunta que ni siquiera se iba a molestar en corregirlo.

—Yo no voy a ir, Lavallo. —Neith miró al frente, al altar lleno de flores y velas encendidas cuyas llamas danzaban ante sus ojos de forma hipnótica—. No sé por qué esa señorita me ha invitado, pero no formo parte de vuestro mundo.

—Ya hemos hablado de esto —protestó su amigo.

Sí, claro que lo habían hecho. Pero seguía sin aceptarlo del todo. Porque Neith Sinagra, después de todo, había vivido toda su vida pensando que era el diferente, el extraño, el que estaba de más. Y eso no era algo que fuese a cambiar de un día para otro, igual que no iba a cambiar la forma en que lo miraban por la calle. Igual que era sospechoso siempre a ojos de los censores por su color de piel. Había aprendido la lección a base de miedo y de rechazo. Suponía, también, que eso era algo que Vianney no podía llegar a entender.

—Y tú tienes un punto de vista y yo tengo otro. Y supongo que puedo... querer formar parte de *tu* mundo, pero ahí acaba mi deseo de codearme con la clase alta. —Bajó la vista—. Ve tú si quieres, averigua de qué se trata y, si hay comida y bebida gratis, me lo dices.

Intentó que su último comentario sonara despreocupado, pero cuando se giró, con la sonrisa preparada, se dio cuenta de que Vianney no se la estaba devolviendo. Por supuesto que no. Habían llegado a ese punto en su vínculo en el que Lavallo podía descifrarle con facilidad. Al cabo de medio año, sorprendentemente, seguía habiendo secretos, pero no demasiados lugares en los que esconderse.

—Me sentiría de más —confesó, con pesar, al ver que su compañero se negaba a despegar los labios—. ¿Sabes lo que es eso? ¿Ser consciente de que estás de fuera de lugar? ¿De que estás desafiando el orden establecido y las consecuencias llegarán en cualquier momento? ¿Sabes lo que es sentirte un extraño entre la gente? ¿Al margen de todo, incluso cuando no anhelas nada más que encajar? ¿Sabes lo que es ser diferente? Todo el tiempo, Lavallo... Toda la maldita vida...

La quietud los envolvió. Fue un silencio cargado de significados, de palabras que ninguno de los dos quería decir. Desde luego, Vianney Lavallo parecía querer luchar contra algo dentro de él, pero al final sacudió la cabeza. Neith se echó hacia delante, apoyando las manos sobre sus propias piernas. Las de su amigo estaban cerradas en puños, un poco temblorosas. Todo él parecía a punto de cerrarse, como cuando se sentía vulnerable. Quizá también fuera una señal de que no sabía qué hacer. De que no era capaz de enfrentarse a la situación.

Neith se sintió repentinamente mal. Se preguntó si lo habría herido con sus palabras. Se preguntó si lo habría incomodado. No entendía por qué en ocasiones no lograba saber lo que se le pasaba por la cabeza, y aquel era uno de esos momentos.

—Ni siquiera sabes si es un encuentro de la clase alta —dijo Lavallo de pronto, con la voz ronca—. No puede ser algo convencional o no te habría invitado a ti. Creo que tiene que haber algo más, Neith. Esa mujer no nos juzgó a ninguno de los dos. Le dijo a mi hermano algo sobre otro lado de la sociedad. Le dijo que no quería hacernos daño.

—¿Y de verdad te fías de ella?

Él no lo hacía. Neith Sinagra no se fiaba de nadie. Si hubiera tenido otra vida, podría haberse permitido el lujo, pero había vivido lo suficiente como para saber que uno no debía fiarse ni de su propia sombra. Había tardado semanas enteras en confiar en el chico que se sentaba a su lado, y para ello antes se habían salvado la vida mutuamente.

—No lo sé —respondió Lavallo, sin comprometerse—. Creo que León lo

hace. Pero para León... es más fácil, supongo. Y yo... quizá sólo quiera pensar que tiene que haber otras personas buenas ahí fuera, Neith. Pero a lo mejor tú tienes razón. Puede que sólo sea un idiota que no sabe nada.

Aquello le dolió. Lo hizo como si lo hubiera golpeado o como si lo hubiera insultado a él, pese a que sólo estaba repitiendo lo que Neith le había dicho mil veces: que era demasiado inocente, que el mundo se lo comería, que no podía ser tan bueno. No había habido verdadera maldad en sus palabras en esas ocasiones, sólo burla, pero de pronto se arrepintió de cada vez que había mencionado una palabra que hubiera podido, de alguna manera, calar en la mente de Vianney de forma negativa.

Y así también, con esa facilidad, consiguió desarmarlo y que sus argumentos dejaran de tener sentido.

—No eres idiota —murmuró—. Sólo eres... demasiado bueno para estar en cualquier otro sitio en este mundo que no sea el altar de una capilla.

—Dices eso porque no me conoces.

Neith pensó que aquello era más cruel incluso que lo anterior, porque nada le hubiera gustado más que conocerlo todo de él. Pero Vianney no dejaba de apartarse en cuanto pensaba que iba a descubrir algo nuevo, que iba a poder atisbar esa parte de él que mantenía oculta. De hecho, justo en ese momento, lo volvía a hacer: se levantó y abrió la boca, sin duda con la idea de despedirse.

—Iré a tu estúpida reunión —se adelantó Neith. Probablemente tendría tiempo de arrepentirse.

Vianney no respondió de inmediato. Al principio sólo lo miró, quizá planteándose que había oído mal.

—¿Irás? ¿Vendrás con nosotros?

—Y si me matan, que caiga sobre tu conciencia.

Su amigo titubeó, pero al final tuvo que sonreír ante el tono de su voz.

—Eres un dramático, Neith Sinagra.

Neith no se dio por aludido. De hecho, se dejó caer hacia la izquierda hasta acabar tumbado en el banco como una pobre imitación de las ilustraciones de

damas desmayadas en las novelas góticas.

—¿Qué vamos a hacer si es una de esas sectas que se dedican sacrificar a jóvenes hermosos y puros?

—Oh, entonces tú no deberías preocuparte. Lo más puro que hay en ti es el mes en que naciste.

Un golpe bajo. Vianney se había burlado sin piedad cuando descubrió que había nacido a mediados de Pyria, el mes dedicado a la Santa del decoro.

—Pero si no estoy preocupado por mí, sino por ti. No hay forma humana de ocultar que eres un santurrón de arriba abajo.

Vianney volvió a ruborizarse, aunque había recuperado la sonrisa. Se volvió hacia él del todo y se inclinó, desde arriba, con una mano en el respaldo del banco. Con las luces de la iglesia encendidas, Neith tenía la sensación de que realmente estaba viendo algo divino, con el cabello rubio como un halo dorado alrededor de su cabeza.

—Si pasa algo malo, saldremos corriendo. Te ayudaré a robar todos los candelabros que haya, de hecho.

Neith sintió ganas de echarse a reír, pero aprovechó el momento para levantar un dedo.

—Y me invitarás a una copa de aliento de dragón. Por las molestias.

—Te invitaré a una botella entera si quieres. —Sus ojos brillaban como ascuas.

—Puede que necesite ayuda para acabármela. Y ya que tendrás el honor de invitarme...

Vianney torció la sonrisa, pero no dejó de reflejar felicidad. En realidad, parecía más que encantado con el ofrecimiento.

—¿Es así como planeas aprovecharte finalmente de mí? ¿Emborrachándome?

—Oh, no: si algún día consigo aprovecharme de ti, prefiero que no haya alcohol de por medio. Te prefiero consciente para lo que tengo en mente hacerte...

Como era de esperar, la cara de Vianney Lavallo se encendió de nuevo como

si estuviera en llamas. Aun así, en esa ocasión ni siquiera la vergüenza aplacó la alegría de su rostro. Su risa profanó la pequeña iglesia, ahora casi vacía. Neith no sabía qué imagen darían desde fuera, si es que alguien se estaba fijando: un chico mestizo acostado en un banco y un joven rubio, de clase alta, acuclillándose ante él, entre las hileras de asientos, mirándose como si hubieran encontrado un vínculo que desconocían que pudieran forjar.

Hubo un extraño segundo de duda. A Neith le pareció que Vianney se iba a acercar más a él. A veces le daba la impresión de que, aunque por lo general Via no tocaba a la gente, eran muchas las ocasiones en que en realidad deseaba hacerlo. Esa fue una de ellas, por eso no pudo evitar sorprenderse cuando sintió la mano del chico cayendo con suavidad sobre la suya, en un leve apretón. Le pareció un gesto un poco torpe, pero también cálido pese al frío de sus pieles.

—Gracias —susurró Vianney. Todavía lo miraba. Todavía sonreía.

El muchacho giró la mano para sentir palma contra palma. Ignoró el latido de más en su pecho.

—¿Lavalle? —susurró.

—¿Sí?

Dedos apretándose suavemente. Su respuesta, en la punta de la lengua y en la de sus yemas.

—Sólo yo puedo llamarte idiota, por lo que más te vale no volver a decir nada así de ti mismo delante de mí.

Neith vio crecer la sonrisa en los labios de su amigo antes de que él pudiese sentir el leve tirón. Casi le pareció que contenía el aliento. Puede que los dos estuviesen haciéndolo mientras se negaban a apartar la vista el uno del otro.

—Entendido.

## ***Capítulo 20***

***21 de Andrai de 1853 d. S.***

***Villa Áurea, Viria***

Cuando León Lavalle les dijo a Vianney y a Neith que su cita sería en Villa Áurea, a las afueras de la ciudad, este último dijo que ir era una gran necedad, pues todo el mundo sabía que la finca estaba embrujada. Y aunque Via se rio y le contestó que no le tomaba por alguien supersticioso, el muchacho al parecer había leído las suficientes historias ambientadas en aquel lugar. Se suponía que, años atrás, se había producido un crimen entre aquellas paredes, un caso sin resolver que había terminado con toda una familia asesinada. La casona estuvo en venta, sin que nadie quisiera poner un pie en ella, hasta que la heredera de una gran fortuna había decidido quedársela al margen de malos augurios. En palabras de Neith, se decía de la actual dueña de Villa Áurea que había escogido aquel lugar por ser, como poco, una excéntrica.

Aunque Vianney le preguntó por la mujer, Neith no supo darle más datos sobre ella; aparentemente, al muchacho le habían interesado mucho más las historias macabras relacionadas con la muerte en aquel sitio que la vida que pudiera haber allí ahora.

Durante todo el camino hacia la cita, Via no dejó de imaginar a la dama sin nombre y de preguntarse qué tipo de relación tendría con Arabella Medici. Comenzó a sentir inquietud, una que no tenía nada que ver con difuntos o fantasmas, sino con lo que podían hacer los vivos. A medida que se acercaban a su destino, la ansiedad se agarró a su estómago. La presión en el pecho con la que había aprendido a vivir se convertía en momentos así en algo que percibía

mucho más de lo que le habría gustado. Su mano jugaba nerviosamente con su reloj, abriendo y cerrando la tapa. El leve sonido que hacía, constante, era tranquilizador para sus oídos, aunque no así para los de su hermano, que puso una mano sobre la suya.

—Por favor, me estás volviendo loco. Estoy seguro de que no será para tanto, relájate: tengo la sensación de que Arabella Medici tiende a hacer las cosas demasiado dramáticas. En el fondo, seguro que acabaremos decepcionados después de tanto secretismo.

Neith hizo una mueca de desacuerdo. Estaba sentado justo enfrente de Vianney en el carruaje; su pie había estado moviéndose al ritmo que marcaba la tapa del reloj de su amigo al abrirse y cerrarse.

—Pues yo creo que todavía estamos a tiempo de dar media vuelta. No quiero que me sacrifiquen.

—Nadie va a sacrificar a nadie, Neith —resopló el mayor de los Lavalles—. La señorita Medici es inofensiva.

Neith volvió a no estar de acuerdo. Los ojos de Vianney se toparon con los de él. Via se obligó a sonreír y a tomarse la situación con humor, aunque tenía un montón de miedos entre los que destacaba el haberse equivocado y estar dirigiendo a Neith Sinagra a otro problema, como si en su vida no hubiera tenido ya suficientes.

—¿Crees que si saltamos con el coche en marcha tendremos posibilidades de sobrevivir?

La expresión de Neith se destensó cuando esbozó su media sonrisa burlona.

—Tal vez más que si entramos en esa casa.

Via notó un poco menos la opresión en el pecho cuando se permitió reír. Su hermano dejó los ojos en blanco, y habría murmurado lo largo que se le estaba haciendo el viaje, en compañía de un par de terribles agoreros, de no haber sido porque justo en ese momento el carruaje se adentró en las inmediaciones de una finca cuyo portal estaba abierto.

León fue el primero en salir y los otros dos lo siguieron tras compartir una



última mirada de duda. Pero la vacilación dejó lugar al asombro cuando pudieron observar la casa. Era una impresionante mansión en lo alto de un pequeño promontorio, delimitada por un anillo de árboles y, por lo que se podía atisbar, un amplio jardín en la parte trasera. Rodeada de parterres de flores y con las enredaderas jóvenes que habían empezado a trepar por la fachada, la residencia tenía al menos tres pisos en su parte más alta y estaba coronada por un tejado de pizarra.

Pese a lo grande que parecía, era una vivienda relativamente sencilla, con grandes ventanales. Las escaleras de entrada, tres anchos peldaños de madera, daban a un porche donde había una mesa de forja con sus sillas a juego para los días de verano, pero el frío con el que había dado comienzo la primavera imposibilitaba sentarse a disfrutar del aire libre.

Via creyó percibir que una cortina se movía tras una ventana en la planta baja y, no mucho después, Arabella Medici, vestida con un sencillo vestido violeta y con el pelo semirrecogido salió a recibirlos a la entrada. Sintió a Neith tensarse justo a su lado y casi quiso extender la mano para tomar la suya y recordarle que le había prometido salir corriendo con él si algo salía mal.

No lo hizo.

—Señorita Medici —saludó León.

La joven sonrió con ganas.

—No estaba segura de que fueran a venir, doctor Lavallo. Mis amigos han insistido en que debería haber sido menos críptica, pero soy de la opinión de que quien no tenga un poco de fe no tiene derecho a estar aquí. —Extendió su mano y León se la besó. Después, se giró hacia los más jóvenes—. Joven Lavallo. Señor Sinagra. Es un placer volver a verlos.

—Señorita Medici —respondió Vianney a su vez, inclinándose sobre sus nudillos igual que había hecho su hermano—. Veníamos hablando precisamente de lo intrigados que estábamos por todo el misterio en torno a su invitación.

Neith no tomó la mano de la muchacha para besársela y a Via no le pareció que fuera un acto inconsciente o despistado. Sin embargo, el muchacho sí se

esforzó en sonreír de manera despreocupada.

—Pasemos dentro y entenderán todo, caballeros. Los demás ya están aquí, y la señorita Barnei en particular está deseando conocerlos. —La mujer empezó a andar con los dedos entrelazados sobre la falda—. Es su casa, aunque tiene la amabilidad de prestarla para que todo el mundo pueda sentirse a gusto. Y el lugar es bastante... tranquilo.

—Desolado —murmuró Neith.

La señorita Medici lo oyó, dado que lo observó por encima del hombro.

—Discreto, estimado Sinagra. A nadie le gusta que se aireen ciertas cosas, ¿no cree?

Via no supo cómo interpretar eso y, cuando se miró con Neith, supo que su amigo tampoco. Decidió tomárselo con buen humor e inclinarse un poco hacia él.

—Sobre todo si lo que se termina aireando son crímenes...

Sinagra ahogó una risa y Via lo sintió como una victoria. Una de sus mayores preocupaciones, al fin y al cabo, era él. Sabía que el muchacho nunca habría ido a una cita semejante si no se lo hubiera pedido. Necesitaba que aquello resultara ser bueno. De hecho, de todas las cosas que deseaba para esa noche, quizá la más importante era poder demostrarle a Neith que pertenecía a algún sitio y que podían compartir más mundos de los que creía.

Quería que, pasara lo que pasara tras la puerta, su amigo se sintiera a salvo.

Una vez dentro, Arabella Medici los condujo hasta una puerta doble que daba a un imponente salón. Las paredes estaban recubiertas de madera noble y llenas de cuadros: paisajes, retratos e incluso una imagen de Santa Endai que en ningún caso los censores habrían aceptado como digna debido a su desnudez. Además de un fuego que ardía al fondo de la estancia y daba calor, la habitación estaba iluminada por una gran cantidad de lámparas de distintas formas y tamaños. Varias estanterías altas daban cabida a una cantidad ingente de libros. Algunas baldas estaban adornadas con pequeños juguetes de cuerda u objetos metálicos en los que Via no pudo evitar fijarse.

Pero lo que más llamó su atención fue la gente.

Las personas eran de todo tipo y se distribuían en pequeños grupos a lo largo de la habitación. No había un género predominante (y, de haberlo, Vianney habría dicho que se veían más mujeres que hombres) ni tampoco un único color de piel. Eso hizo que se fijara de inmediato en Neith: él parecía tan incrédulo o más que Via, y aunque había desconfianza en su postura y en su rostro, esta se sustituyó ligeramente por la curiosidad y el reconocimiento de personas entre las que podía sentirse identificado. Lavallo estuvo a punto de sonreír. Quería decirle a su amigo que, después de todo, sí podía tener un lugar en aquel sitio, pese a que todavía no comprendía qué estaba sucediendo mientras seguían a la señorita Medici hacia uno de los divanes cercanos a la chimenea. Dio un paso más hacia su acompañante. Alargó la mano, dispuesto a cogerla y apretarla, pero no para huir, sino para quedarse muy cerca. Sus dedos casi rozaron los de él.

Pero entonces la vio *a ella*.

Y se quedó sin palabras.

—Así que estos son los famosos Lavallo y su amigo Sinagra.

Arabella Medici sonrió cuando la dueña de aquella voz se levantó. Había estado sentada hasta el momento, como hacían otras personas. Pero Via ya no vio a nadie más. Fue como si, de repente, la única figura que importase fuera aquella. No era como se le había dicho siempre que las mujeres debían ser. Para empezar, no llevaba vestido: sus ropas eran unos pantalones y una camisa arremangada, sobre la que se ponía un chaleco cuyos primeros botones estaban abiertos de manera desenfadada. Su cabello largo, larguísimo a ojos de Vianney, era de un color rubio pajizo que parecía brillar con las llamas a su espalda, y estaba completamente suelto, cayendo sobre su espalda y hasta casi su cintura en un montón de rizos desordenados.

Había algo en su expresión.

No. Algo en toda ella.

Via era incapaz de apartar la mirada.

Le gustó tanto mirarla como le dolió.

—Permitid que os presente a Valeria Barnei, caballeros. Nuestra querida anfitriona.

Y algo más que anfitriona para Arabella Medici, por la manera en que Valeria pasó su brazo por los hombros de la muchacha y se inclinó para dejar un beso en sus labios. León Lavalle entreabrió la boca. Neith Sinagra dio un ligero respingo antes de relajarse por fin, como si en ese gesto hubiera visto la señal definitiva de bajada de armas.

Vianney contuvo la respiración y permaneció un segundo de más mirando ese brazo sobre aquellos hombros, la manera en que los dedos lanzaron una caricia sobre la manga de la señorita Medici o la cercanía casi abrumadora que había entre sus cuerpos, como si fueran dos existencias que no pudieran vivir demasiado tiempo lejos de la otra.

—Menos mal que han venido —dijo Valeria Barnei. Su voz era fuerte, rebotante de la misma personalidad con la que parecía llenar la habitación—. Empezaba a pensar que eran personajes salidos de su cabeza que había comenzado a creer reales.

Via apartó los ojos de la pareja con dificultad, intentando recuperar el aliento, para mirar a su hermano. León tardó un par de segundos en recomponerse por la sorpresa de descubrir una parte de Arabella Medici que, tenían que admitirlo, nunca habrían podido imaginar. Vianney ni siquiera se tuvo que preguntar si le dedicaría un pensamiento de más al tipo de relación que parecían tener las dos mujeres. Sabía perfectamente quién era su hermano. Sabía qué tipo de cosas no podían serle más indiferentes.

Los Lavalle podían parecer demasiado inocentes e ingenuos, desconocedores de todo lo que había en el mundo, bueno o malo.

Ninguno de los dos lo era.

—Señorita Barnei, es un placer —retomó el doctor, como si nada hubiera pasado—. Pero me temo que la señorita Medici no nos ha explicado demasiado sobre por qué se nos ha invitado a su casa.

—Bueno, no os veo ni a usted ni a sus compañeros escandalizados, pese a

que dudo que hayan estado nunca en un lugar con gente tan... diversa como quienes estamos aquí. Esa ya es una buena razón —respondió la señorita Medici.

Via quiso alegrarse, aunque sólo sintió que se tensaba más. Fue todavía más consciente que nunca de la presión en su pecho. Le costaba respirar, pero nadie se dio cuenta. Tampoco se percataron del paso que dio hacia atrás.

—Es alguna clase de hermandad, ¿no es así? —Fue Neith quien habló entonces. Sus ojos repasaron el resto de la estancia con avidez. Si Vianney hubiera podido fijarse en él, se habría dado cuenta de que en su boca asomaba el principio de una sonrisa—. Como las de los artistas que se reúnen y crean juntos. ¿Sois eso?

Los ojos de Valeria Barnei, verdes e intensos, llenos de una vida que Via envidió de inmediato, brillaron.

—La mayoría de aquí somos artistas, sí, aunque no todos, y sin duda a una gran mayoría de *las* presentes no las conoceréis por sus nombres de pila. — Arabella y ella compartieron una mirada con la que parecieron burlarse, en cierto modo, de toda Viria—. ¿No es cierto, Leandro, *querido*?

Neith Sinagra dejó escapar una exclamación de incredulidad mientras la señorita Medici adoptaba su expresión más inocente. Las obras de Leandro (tan sólo Leandro, sin apellido, sin demasiados datos) le eran familiares. De hecho, le parecían bastante brillantes y entretenidas. Mordaces. Leandro era un autor popular entre las gentes comunes, y las entregas de sus novelas se recibían cada semana con emoción.

León tuvo que volver a parpadear.

Via sintió náuseas.

—¿Qué puedo decir? La novela que no aprueban los censores siempre es una gran fuente de ingresos.

—¿Es escritora de novelas? ¿Publica bajo otro nombre?

—Espero que esto no llegue a oídos de mi padre o sabré que ha sido usted, doctor Lavallo.

No había verdadero reto en esas palabras.

—Pero nosotros no somos artistas —murmuró León con cierta confusión.

—Oh, no somos *sólo* artistas —dijo Valeria Barnei con esa gracia que parecía natural en ella. Con un ademán, se giró hacia las otras personas con las que estaba sentada antes de que los demás llegaran—. El señor Dante Manuzio lo es, por ejemplo: se dedica a la ilustración, pero por lo que es verdaderamente conocido es por sus sátiras políticas para varios periódicos.

El artista al que se refería la señorita Barnei era un hombre que debía de rozar la treintena, blanco como la leche y con el rostro lleno de pecas. Sus rizos pelirrojos parecían rollos de cobre y su ropa, impecable, estaba salpicada de color como si él mismo fuera una obra de arte. Les hizo un exagerado gesto de saludo con una sonrisa agradable.

—Caballeros —dijo simplemente.

Valeria Barnei dirigió su atención hacia dos gemelas que se sentaban juntas. Era imposible ignorar su piel azabache, mucho más oscura que la de Neith.

—Carola y Marina viven conmigo, aquí, y les aseguro que nadie escribe música como ellas: himnos como *Contra el fuego del dragón* o *La hija del capitán* no son bien recibidos en según qué lugares y el simple hecho de silbar sus melodías puede conllevar más de un aprieto con los censores, pero estoy segura de que, como mínimo, al joven Sinagra le sonarán.

Le sonaban. Neith Sinagra conocía muy bien los rincones en los que se cantaban esas canciones: antros en los que la gente ya no tenía nada que perder y se brindaba al son de versos de ánimo revolucionario; sitios en los que los censores no ponían los pies por simple desconocimiento de su existencia. Se fijó en las jóvenes con un sentimiento extraño en su pecho. Fue casi como si se sintiera orgulloso, aunque no las conociera de nada. Carola fue la que sonrió con más confianza, mientras que Marina, mucho más tímida, se limitó a acomodarse una trenza tras la oreja al tiempo que murmuraba un saludo.

Por último, Valeria se giró hacia una mujer mayor que se acomodaba junto al ilustrador:

—Y luego están quienes no tienen nada que ver con el arte. Déjenme que les

presente a la señora Belmonte: una científica extraordinaria, si me lo permiten. Arabella me ha contado, señor Lavalle, que es usted un hombre ávido de conocimiento y que suele rebuscar todo lo que tenga que ver con la ciencia, venga de donde venga, así que quizás haya leído algunos de los artículos de Andrés Timoteo. Es ella quien está detrás de ellos en realidad.

La señora Belmonte era una mujer mayor, más que León o cualquiera de los presentes. Sus cabellos eran morenos, puntuados por algunas canas. Había arrugas en su expresión y hubo más alrededor de sus ojos cuando sonrió. A León se le encendieron los ojos, como cada vez que surgía la posibilidad de descubrir algo nuevo.

Vianney se quedó mirando la figura de la señora Belmonte un rato más que el resto. La forma de su cara. La de sus manos. Escuchó con atención su tono de voz cuando habló. Nadie más lo hizo, pero Via no pudo evitarlo. Sintió ganas de dar otro paso atrás cuando los ojos azules de Belmonte se fijaron en los suyos.

Creyó que bajo aquella mirada se quedaría sin secretos en un segundo.

Tuvo que apartar la vista. Tuvo que coger aire.

—En general, aquí encontrarán personas de todo tipo, caballeros. —Via se estremeció cuando Valeria volvió a hablar. Se volvió a fijar en ella. Parecía imposible dejar de hacerlo y, al mismo tiempo, habría querido no haberla visto nunca—. Eruditos, artistas, estudiantes, científicos... No importa. Lo único que importa es que no estamos de acuerdo con Viria, cada uno por sus propios motivos. Este es nuestro refugio. La Sociedad del Fénix, donde cualquiera puede resurgir de las cenizas en las que este mundo pretende convertirnos.

Neith Sinagra sonrió con cierto entusiasmo. Se giró hacia Vianney con la mirada encendida, con el deseo de saber lo que se le pasaba por la cabeza a su amigo. Quizás incluso con el deseo de decirle que había estado equivocado y que se alegraba de que le hubiera obligado a ver su error.

Pero Lavalle se había quedado sin aire. Lo hizo por todas las veces en las que se había adaptado a lo que había alrededor. Por todas las ocasiones en las que no se había atrevido a desafiar nada. Por cada día que se había dicho que no le

gustaban las injusticias, pero no había hecho nada por cambiarlas.

«¿Sabes lo que es sentirte un extraño entre la gente? —le había preguntado Neith días atrás—. ¿Al margen de todo, incluso cuando no anhelas nada más que encajar?».

Vía no le quiso decir entonces que sabía lo que era aquello.

Y en aquel momento volvió a tener esa misma sensación, con una intensidad abrumadora, y fue demasiado. Mientras sentía que las costillas se le clavaban en los pulmones, que su cuerpo no respondía como debía, salió corriendo de allí.



## *Capítulo 21*

*21 de Andrai de 1853 d. S.*

*Villa Áurea, Viria*

Las ideas tienen el poder tiránico de insistir en que se piense en ellas, incluso cuando uno teme que puedan estar llevándole por un camino ya transitado. Neith Sinagra había caminado por ese sendero ya demasiadas veces. Había una idea, una intuición sobre Vianney Lavallo, que había aparecido en su mente una y otra vez durante los últimos cinco meses, casi desde que lo conociera. Un pensamiento que, cuando lo vio salir corriendo del salón de Valeria Barnei en Villa Áurea, volvió a surgir. Pero la sospecha no eclipsó a la preocupación que sentía, que lo hizo dar un paso hacia las puertas que su amigo acababa de atravesar. Quería ir tras él, quería saber qué ocurría o simplemente quedarse a su lado en silencio, si era lo único que podía permitirse hacer.

Una mano en su hombro, sin embargo, lo detuvo.

—Está bien.

León Lavallo estaba a su lado, con los ojos azules apagados y expresión tan preocupada como la que él mismo debía de tener. Cuando sus miradas se encontraron, Neith estuvo seguro de que el mayor de los Lavallo comprendía lo que deseaba hacer y quería lo mismo; aun así, cuando intentó zafarse, los dedos se apretaron un poco más sobre su hombro.

—No está bien —siseó, consciente de que parte de la sala había enmudecido—. No sé qué le pasa, pero es obvio que...

—Quiere estar solo —murmuró el doctor, que parecía hacer grandes esfuerzos para contener su expresión—. Tienes que darle tiempo. —Neith abrió

la boca para responder, pero León se adelantó—: Hazme caso. Sé de lo que hablo.

Algo en su tono lo disuadió de seguir insistiendo. Al menos, por el momento. Podía concederle un rato a solas, aunque su mente no dejase de dar vueltas. Por eso se dejó arrastrar hasta un par de sillas vacías, cerca del diván donde Valeria y Arabella se sentaban con similares expresiones de inquietud.

—¿Está bien su hermano, doctor? —preguntó la señorita Medici. Sus ojos volaron un instante hacia las puertas dobles, como si pudiera ver más allá de ellas.

León se dedicó a sacudir la cabeza y todo el mundo pareció entender que sabría mejor que nadie en aquella habitación lo que su hermano necesitaba. Neith era uno de ellos, pero sólo porque a veces tenía la sensación de que la familia Lavallo compartía un secreto que les pertenecía únicamente a ellos y en el que nadie más tenía derecho a entrometerse. Por eso a veces Vianney se le antojaba un poco inalcanzable. Por eso en ocasiones sentía que, por muy amigos que fueran, por mucho que pasaran el tiempo juntos, había un muro invisible contra el que él siempre se chocaría, una y otra vez, sin llegar a hacer la más mínima mella en la piedra.

—Hay personas a las que les cuesta más verse entre iguales —suspiró Valeria Barnei con una mano enredada en los cabellos de su pareja. Arabella Medici apoyó la cabeza en el hombro de la anfitriona—. Si su proceso de negación fue tortuoso, pueden llegar a agobiarse al descubrir que no estaban tan solos como habían pensado siempre. —Neith frunció el ceño antes de que la señorita Barnei se volviese hacia él—. Supongo que no ha debido de ser fácil para ustedes. Dos muchachos de distinta clase, distinto color de piel... No tienen muchas cosas a favor, desde luego. Son muy valientes.

El silencio que siguió fue uno de los más incómodos en la vida de Neith, en especial porque cuando comprendió las implicaciones de aquel comentario, contra su voluntad, sintió que la sangre le subía a las mejillas. El golpe de calor en su rostro lo dejó mareado y boqueando. Sintió los ojos del doctor Lavallo

taladrándolo mientras Arabella Medici esbozaba una sonrisa que parecía informarle de que conocía todos sus secretos.

Aunque era obvio que estaba equivocada en al menos uno de ellos.

—¿Qué? —Fue lo único que consiguió decir en un momento de lucidez.

—Si los hubieras visto en la iglesia, Valeria, con las cabezas tan juntas...

—¿Qué? —Fue León Lavalle quien lo dijo esta vez.

—Seguro que vas a hacer algo con esto, ¿verdad? ¿Aparecerá una escena así en tu próximo libro?

—Será un escándalo —se rio la aludida—. Imagínate como llegue a manos de los censores. Le pondrán precio a mi cabeza.

—Para ello primero tendrían que identificarte, querida —se rio el señor Manuzio junto a ellas.

—Y pasar por encima del cadáver de Valeria, probablemente —apuntó Carola. Su hermana la apoyó con una risita.

—Vianney y yo no... —comenzó Neith, rezándole a los Santos por primera vez en mucho tiempo para que le dieran la oportunidad de desaparecer cuando varios pares de ojos se volvieron hacia él—. N-no tenemos ese tipo de relación. Somos amigos. —Amigos. Nada más—. Teníamos las cabezas juntas porque estábamos leyendo un libro.

Las anfitrionas de Villa Áurea parecieron igual de decepcionadas cuando se miraron. A Neith le pareció oír al doctor Lavalle resoplar a su lado, aunque no supo si fue porque no podía creerse lo que estaba pasando o porque le resultaba absurdo que aquella gente hubiera pensado que a su hermano le pudieran gustar los hombres. Tuvo que contenerse para no hacer una mueca, pero al final decidió aprovechar la desilusión en los rostros de las dos mujeres para cambiar de tema. Después de todo, no le parecía bien que estuvieran hablando de Vianney cuando ni siquiera estaba en la habitación. Aunque eso no evitó que las palabras de los presentes se quedaran en algún lugar de su mente.

Porque una parte de él quería creer que a lo mejor en otro mundo, en otra vida, podía haber lugar para... la posibilidad. Por mínima que fuera.

—Creo que nos iban a hablar de la Sociedad del Fénix —dijo—. ¿Qué hacen aquí, exactamente?

Valeria se enderezó. Cuando sonrió, lo hizo de manera amplia, como si aquella conversación fuese todo para lo que hubiese vivido hasta ese día.

—De las reuniones de grandes mentes surgen las mejores ideas. Así que el diálogo entre todo tipo de personas, sobre todo cuando las personas que hablan son las acalladas durante mucho tiempo, es especialmente fructífero —comenzó—. Nos reunimos, pero no es sólo lo que se ve. Nuestro deseo es el de crear contracultura e ir contra el sistema mediante la unión de todos aquellos que a Viria le gustaría poder eliminar.

El doctor Lavallo se echó hacia delante en su silla. Aunque había otras voces en la habitación, en los otros grupos, ambos tenían sólo oídos para la señorita Barnei, que hablaba con la pasión de una oradora en el Congreso. Al menos, Neith la vio así, resuelta y reivindicativa, creando con sus palabras un mundo al que no le habría importado pertenecer.

O así fue durante el rato en que pudo prestar atención. Porque su mente, al cabo de unos minutos, empezó a divagar. E hiciese lo que hiciese, lo cierto era que no podía quitarse de la cabeza a Vianney. En consecuencia, tras asegurarse de que su compañero estaba entretenido en una discusión sobre revoluciones, derechos y privilegios con sus anfitrionas, se levantó. Lo hizo con sutileza, yendo hacia uno de los cuadros que colgaban de la pared, como si hubiera algo en Santa Endai y su desnudez que le hubiera llamado la atención. Tras lo que creyó un tiempo adecuado, se volvió hacia la estantería. Cogió uno de los juguetes mecánicos (que estaba seguro de que Lavallo hubiera adorado) y volvió a dejarlo en el sitio tras examinarlo. Su siguiente paso fue hacia la puerta y, si alguien se dio cuenta de que salía al recibidor, no lo detuvo.

Encontrarlo no fue difícil. Estaba sentado en las escaleras de entrada y lo vio nada más salir al frío de la tarde. Ostentaba la pose de indefensión que Neith tan bien conocía, con la cabeza caída hacia delante y las rodillas recogidas contra el pecho, como si quisiera hacerse lo más pequeño posible, con la esperanza de que

el siguiente paso sólo pudiese ser desaparecer por completo. Neith dudó sobre si acercarse o cómo hacerlo. Pero si había salido de la casa había sido para verlo a él y ahora no iba a echarse atrás. No si podía llegar a necesitarlo.

Por eso se acercó con cuidado y, en la misma quietud, se sentó a su lado. Guardó toda la distancia que le fue posible, eligiendo el otro extremo de los escalones. Vianney ni siquiera pareció reparar en su presencia, perdido en sus propios pensamientos, hasta que se animó a hablar:

—Es un grupo curioso, ¿eh?

El efecto fue inmediato: la tensión apareció en los hombros y en la espalda. Su expresión pensativa cambió a una de sorpresa y, cuando vio que sólo se trataba de Neith, a una que él no supo leer. Lo vio relajarse un poco y creyó que eso podría considerarse una pequeña victoria, porque significaba que todavía estaba invitado a su mundo.

La respuesta a su comentario fue un simple asentimiento, pero él interpretó aquello como una invitación a seguir hablando. A lo mejor así, con sus bromas y su conversación insustancial, podría sacarle una sonrisa. Se acomodó y entrelazó las manos sobre sus rodillas.

—Al parecer, Arabella Medici había dado por hecho que teníamos una relación romántica —dijo con la intención de causar una impresión. No creía que fuera a enfadarlo, pero quizá sí a hacerlo reír—. Una idea que me seduce bastante, pero... he tenido que desmentirla: creo que tu hermano me mataría si así fuera.

Como mínimo, consiguió que Vianney volviera los ojos hacia él.

—¿Qué?

El más leve rubor en su rostro pálido. Confusión en sus ojos claros, ganándole la batalla a la angustia.

—Te adora y tiene instrumentos médicos que cortan mucho —dijo Neith con cierto aire de desilusión, aunque sabía que la pregunta no tenía nada que ver con eso—. No tentaré a mi suerte.

Vianney lo observó como si no entendiera ni una palabra de lo que estaba

diciendo, pero al final entornó los ojos. A Neith casi le pareció oír cómo los engranajes que parecía tener dentro de la cabeza volvían a la vida y chirriaban los unos contra los otros.

—¿Por eso se acercó a nosotros en la iglesia? ¿Por eso nos ha invitado aquí? ¿Porque pensaba que tú y yo...?

Neith Sinagra se encogió de hombros.

—Tal vez en parte, pero no creo que sólo por eso. Supongo que se reduce más a que tú y tu hermano no parecéis estar muy de acuerdo con cómo funcionan las cosas por defecto, y quizá verte conmigo en la iglesia fue algo que se lo demostró. La señorita Barnei ha dicho que quieren crear un refugio. —Se fijó con atención en el cielo plomizo—. Un sitio donde todo el mundo se pueda sentir cómodo con su forma de ser.

Cuando volvió el rostro hacia su compañero, lo vio apretar los labios y apartar la vista. No entendía nada. Habría jurado, antes de llegar, que la existencia de un lugar donde las diferencias de raza, clase o género no existieran era un sueño sacado de la cabeza de aquel chico. Pensaba que le encantaría un sitio donde nadie se sintiera marginado. Y, sin embargo, allí estaba, solo, con aspecto ansioso y muy, muy abatido.

—Entonces yo tenía razón —dijo con voz ronca—. Son buena gente. Lamento no haberme apostado nada.

—¿Seguro que te parece un buen lugar? Parece que estuvieras deseando salir de aquí, Vianney.

Su amigo lo miró con ojos ausentes.

—Necesitaba tomar el aire. Eso es todo.

Su tono dejaba claro que no debía volver sobre el tema, pero Neith no podía dejarlo estar. No cuando estaba claro que el muro entre ellos era cada vez más grande y Lavallo no dejaba de poner más y más piedras.

Pronto Neith no lo podría saltar. Ni siquiera podría asomarse al otro lado. Y temió que eso terminase por romper lo que fuera que habían creado.

—Escucha, Vianney... —Se humedeció los labios. Titubeó—. Si hay algo

que te preocupe, cualquier cosa, sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? Sé que en ocasiones parezco un payaso o que no soy de fiar o que... —Silencio—. No sé. No sé cómo decir las cosas, a veces. Puede que no sea el hombre más honrado que hayas conocido. Pero te aseguro que seré tu amigo más leal si tú me quieres a tu lado.

Esperaba que Vianney lo mirase, entonces. Que le dijera que lo sabía. Que le contase, al fin, todo lo que le preocupaba. Como mínimo, que alcanzase su mano y le dijese que sí, que sabía que lo tenía a su lado, pero que no le apetecía hablar. Incluso habría estado bien que simplemente se hubieran quedado en silencio, mirando juntos al cielo. Que hubiera aceptado su compañía y nada más. Podían fingir que, en cierto modo, todo estaba bien.

Aunque nada lo estuviera.

Pero Lavallo mintió:

—No hay nada que contar.

Su amigo supo, en ese momento, que la distancia era insalvable. Eso le dolió más que la mentira. Porque la mentira podía llegar a entenderla, pero saber que lo había perdido, que todo lo que era Vianney Lavallo se le estaba escapando entre los dedos... , eso era más de lo que podía soportar.

—No me mientas. —Se puso en pie—. Por lo menos, no me mientas.

No dijo nada más. No supo si Via lo miraba o prefería ignorarlo. No supo cómo era su expresión cuando decidió alejarse, pero sí que llegó a oír su voz:

—¿Adónde vas?

No se volvió. Supuso que tampoco importaba si lo hacía.

—Yo también necesito estar solo —mintió, quizá para demostrarse lo sencillo que era—. No es nada.

Supo que le estaba haciendo daño. Había descubierto, cuando era muy pequeño y no comprendía por qué los otros niños no jugaban con él, que las palabras tenían un filo escondido. Que no importaba que fueran efímeras y se desvaneciesen en el aire: las heridas que dejaban dolían igual.

Las palabras de Vianney habían serrado piel y carne a su paso, aunque él no

lo supiera. Lo descubrió mientras avanzaba pesadamente, con las manos en los bolsillos, acariciando las alas de la libélula que le había hecho con sus propias manos.

—Espera. —Fue una petición débil, pero bastó para detenerlo. Como si una palabra de aquel muchacho fuera suficiente para atarlo a la tierra—. Lo siento, Neith. —No sonaba como una disculpa real, pero esa era una mentira que estaba dispuesto a aceptar—. ¿Puedes hacer algo por mí?

Aunque apretó los labios, Neith Sinagra se dio la vuelta para encarar a su amigo. Pero este seguía sin atreverse a mirarlo. Seguía escondiéndose tras el muro, y no parecía que hubiese dejado ninguna piedra suelta que pudiese descolocar para estirar el brazo y alcanzarlo.

—Lo que haga falta —dijo. Y sabía que Vianney no sabía de verdad el alcance que tenían esas palabras.

Incómodo, su interlocutor se revolvió en su asiento. Pareció costarle, pero al final se puso en pie y levantó la vista. Le pareció más perdido que nunca, más niño que nunca, más incomprensible que nunca.

—Necesito salir de aquí. Invéntate cualquier excusa, pero dile a mi hermano que nos tenemos que marchar. *Por favor.*

Sintió un tirón en el pecho cuando entendió que era una súplica. Que, con los ojos secos pero llenos de ansiedad, esa era la única manera que tenía Lavallo de pedir ayuda.

Y Neith Sinagra nunca jamás le habría dicho que no, aunque eso significase sentarse al otro lado del muro a esperar que le permitiese traspasarlo.



## Capítulo 22

*26 de hamabi de 3704 d. G.*

*Kiteria, Gineyka*

El ser humano no puede hacer nada sin la fantasía de un comienzo. Quizá por eso Eider Haizea nunca había hecho nada en toda su vida. Nada reseñable, al menos, aparte de existir. Era como un junco hueco que se resignaba a dejar que el resto del mundo le moviese, inalterable pasara lo que pasase a su alrededor. Eider no tenía fantasías y, si las tenía, no sabía cómo empezar a llevarlas a cabo. Quería algo más de su vida, pero no sabía qué. Eider anhelaba lo intangible, lo impensable, lo que no tenía forma ni nombre. Anhelaba un futuro, uno que no fuera la repetitiva vida que había pasado años y años teniendo como el hijo ciego de Arama Haizea, pero no sabía dónde podía estar ese futuro ni cómo alcanzarlo.

Así que vivía como le había tocado. Un día más. Y otro. Y otros tantos.

Aquella existencia sólo se vio levemente trastocada por la llegada de Tulio Lavalle. Sus tardes, que por lo general pasaba en casa o en el jardín, sin mucha más compañía que su padre o *Zakur*, de pronto pasaron a tenerle a él como un personaje habitual que le hablaba con un extraño acento y palabras que las primeras semanas le costó entender, pero a las que poco a poco se acostumbró. Laetitia siempre estaba junto a ellos traduciendo todo y, como a Eider lo que se le daba bien era escuchar, había comenzado a recordar algunas palabras habituales y su significado. Eso era lo único que le gustaba de las visitas de Lavalle: la entrada de algo nuevo.

Lo que no le gustaba en absoluto era lo que representaba ese hombre: el recordatorio constante de que su falta de visión era algo que no se podía permitir.

Por eso la mayoría del tiempo intentaba no pensar en él como un científico enviado para arreglar una terrible tara en su cuerpo, sino como un aventurero venido de tierras más allá de un inmenso océano, con muchas historias bajo el brazo por las que le preguntaba cada tarde en la que se acercaba a su mansión para revisar sus ojos. Siempre hacía lo mismo: llegaba, le saludaba, tocaba su cara, rasgaba algo sobre un papel, le planteaba algunas preguntas sobre su estado (cuya respuesta nunca variaba), le hacía probar una nueva sustancia en la que había estado trabajando (cuyo resultado nunca llegaba tampoco) y después respondía de buen humor a todo lo que Eider consintiese en preguntar.

Lo bueno de no poder ver era que eso le había convertido en alguien con una capacidad imaginativa encomiable, pues debía construir todo lo que ocurría a su alrededor a partir de sonidos, olores o relatos de personas que sí podían ver las escenas; por eso le fue tan sencillo comenzar a hacerse una idea de Viria a raíz de las palabras de Tulio Lavallo. Un lugar muy distinto a Gineyka, eso estaba claro.

—¿Cree usted que es mejor?

Esa fue la pregunta de aquella tarde. Sin embargo, aunque Laetitia solía ser rápida traduciendo, con la fluidez que le daba el conocer las dos lenguas tras mucho tiempo viviendo en los distintos lugares, en esa ocasión no escuchó la interpretación en el momento.

—¿Laetitia? —La voz de Tulio Lavallo era fuerte, llena de confianza en sí mismo. Todavía no controlaba el gineykano para atreverse a empezar a hablar con sus palabras, así que siguió hablando en viriano. Eider supuso que le preguntaba qué había dicho y por qué no lo estaba traduciendo.

Laetitia no respondió al hombre, sino que se dirigió a Eider en su lengua:

—Señorito Eider, no tengo claro que esa sea una pregunta que deba hacer.

Eider Haizea alzó una de sus cejas. No se movió lo más mínimo.

—Hasta donde yo sé, Laetitia, no se te ha mandado a estas reuniones para discutir sobre lo que hablamos o no, sólo para traducirlo.

Sonó brusco, pero Eider Haizea no podía hacer muchas cosas en su vida, así

que no permitiría que una completa desconocida se las limitase todavía más. Esa mujer, de hecho, ni siquiera era gineykana de nacimiento. Era una *zuri*, tanto como el propio Lavallo.

Laetitia cogió aire.

—Pero no debería dudar de la superioridad de la nación de Gineyka.

—Bien, puedes responderme tú si no quieres que lo haga Lavallo. ¿Crees que Gineyka es mejor que Viria, Laetitia?

Eider Haizea era un muchacho inteligente. Sabía que aquella mujer no respondería a la pregunta, quizá porque ni siquiera tuviese clara una respuesta. Porque sí, no cabía duda de que había ganado algunos privilegios al llegar a ese trozo de tierra en el que las mujeres tenían más derechos que los hombres, al contrario que en su país de origen. Pero era blanca, y eso no dejaría de marcarla como ajena y extraña durante el resto de su vida.

Sin embargo, no se arriesgaría a responder que Gineyka no había resultado un lugar tan ideal como debió de pensar cuando se exilió. No, sobre todo, al hijo de la vicepresidenta. Ella misma lo había dicho: no debería dudarse de la superioridad de la nación.

De manera que tradujo, por supuesto que tradujo. Lo hizo en apenas un susurro, pero las palabras volvieron a su boca en viriano. Eider esperó con atención los sonidos que vendrían en respuesta. No atendió sólo a las palabras: percibió a la perfección el crujido del asiento de Tulio Lavallo cuando cambió de postura, incómodo. Unas uñas rascaron piel en un gesto nervioso. Eider escuchó el silencio de su respuesta. Contó los segundos.

Aquel hombre tenía miedo. Quizá pudo disimularlo en su expresión, pero Eider no veía, así que no le podían engañar con imágenes. Con él no servían las falsas sonrisas, como la que suponía que debía de adornar en aquel momento la boca del científico, porque el sonido de su risa rebotó contra las paredes.

Su respuesta llegó en viriano y Laetitia la tradujo tras un segundo de duda:

—Gineyka y Viria son lugares demasiado diferentes como compararlos en términos de mejor o peor, señorito Eider.

A Eider Haizea le pareció una respuesta tan vaga como conveniente. No daba la espalda a su imperio, pero tampoco faltaba el respeto al país que le estaba dando asilo y trabajo.

Eider no se había fiado en ningún momento de Tulio Lavallo, por más que disfrutara de escuchar sus historias. Pero fue con esa respuesta con la que tuvo la certeza de que aquel hombre no le gustaba. Le pareció que no tenía valores. Alguien que sólo daba respuestas que podían contentar a todo el mundo jamás podría contentar por completo a nadie.

No dijo nada. Eider era una persona que había crecido escuchando, no hablando.

De modo que oyó el silencio incómodo que se produjo a continuación e intentó adivinar cuánto tiempo tardaría aquel día Tulio Lavallo en marcharse.

Acertó. No tardó ni un minuto.



Hubo otra cosa más que cambió en la vida de Eider Haizea. Llegó con el comienzo del año 3705 después de Gaia, justo en el inicio de un nuevo ciclo, como un presagio de todo lo diferente que podía venir durante los siguientes meses. El propio 1 de bat, Saroi Burgoa, desde aquel día y en adelante Saroi Koplari, pasaba a formar parte de la familia vicepresidencial de Gineyka.

Los presentaron, por supuesto. Eider no supo por qué Udane había adoptado a un muchacho y mucho menos sin estar encinta, pero poco importaba; a lo mejor había sido sólo una más de las excentricidades de la *kide* de su madre, que, desde la perspectiva de Eider, en ocasiones disfrutaba demasiado de la atención ajena. Podía ser, también, que sólo quisiera un asistente, y aquella era una manera rápida y simple de conseguir uno de por vida.

Arama le había dicho que, debido a la cercanía de sus edades (por lo visto, el muchacho sólo tenía un año y medio más que él), seguro que se llevarían bien.

Lo cierto es que en un principio la situación no le pudo parecer más indiferente. Pero, como a Eider le gustaba escuchar, prestó mucha atención a la voz de aquel muchacho.

Era dulce. Como un canto. Demasiado suave.

—Es un placer conocerlos a todos. Estoy muy agradecido por formar parte de este nuevo hogar.

Era dulce.

Y cargada de mentiras.

Si alguien más lo notó, tampoco era su problema. Si acaso, le dio pena, porque supuso que nadie se preocuparía de lo que aquel chiquillo fuera a sentir entre esas paredes. Como nadie se preocupaba nunca de lo que él sentía.

Aquel fue su primer encuentro. Pero no fue hasta el día 2 cuando lo conoció.

Tocar el piano era de las pocas cosas que Eider sabía y podía hacer sin que nadie lo interrumpiera. Estaba bien visto que los hombres fueran músicos virtuosos, dado que así podían aportar entretenimiento en las reuniones sociales, aunque Eider no tocaba por eso; lo hacía porque era sencillo y porque creaba sonido. Al principio, Arama había creído que su hijo ni siquiera podría hacer eso sin visión, pero quizá por ello Eider se había volcado en el instrumento. Tal vez, inconscientemente, era la manera de probarle al mundo que no era menos válido que otros.

Nadie interrumpía a Eider cuando practicaba, pero alguien lo hizo aquel día. Fue sutil. Fue algo que con las notas del piano cualquier otra persona no habría percibido.

Pero la puerta del pequeño salón se abrió, y Eider paró de tocar casi de inmediato. Alzó la cabeza hacia la entrada.

—Lo siento. —La disculpa llegó tan pronto como el músico interrumpió la pieza. Por supuesto, reconoció la voz: Saroi Koplari sonaba abochornado—. Oí a alguien tocando y no pude resistirme a asomarme, pero no quería interrumpir.

Eider no dijo nada. Lo suyo era escuchar, no hablar. Siguió con la cabeza alzada hacia la puerta, el lugar en que sabía que aquel muchacho se había

quedado plantado como un pasmarote. Se mantuvo así, en silencio, porque quería oír qué haría a continuación.

—Soy Saroi —lo saludó como si él no lo supiera—. El... adoptado de la señora Koplari. Tú debes de ser Eider. Es decir, sé que eres Eider, pero no habíamos tenido oportunidad de conocernos. Es un placer. —Un segundo de duda—. Tu música es realmente hermosa.

El muchacho casi se sintió divertido por los titubeos que reflejaba aquella voz. ¿Por qué Udane Koplari habría elegido a un muchacho como él, de entre todos? Una mujer como ella, con el carácter suficiente como para medirse con su propia madre, ¿por qué adoptaría a semejante cachorrito?

Giró la cara hacia su piano.

—Gracias —fue su única respuesta.

Creyó que eso haría que se marchase, pero, por el contrario, oyó los pasos inseguros que se adentraban en la habitación.

—¿Te molestaría mucho si me sentase a escucharte, Eider?

Eider alzó una ceja. Levantó la cabeza de nuevo en su dirección, con las manos todavía sobre las teclas.

—¿No tienes nada que hacer?

No era del todo una acusación. En el fondo, era una pregunta curiosa. Si Udane Koplari no lo había adoptado para cargarlo de trabajo, ¿para qué había sido?

—Oh, ya no. —Su comentario revelaba cierto orgullo, como si haber sido útil hubiera sido algo satisfactorio—. La señora Koplari quería que la ayudase con su correspondencia, pero he terminado. Y como no está, no sé si se supone que tengo que hacer algo más. Había pensado en salir al jardín cuando oí tu melodía y... Si no te gusta que te escuchan, está bien. A mí tampoco me gusta que me miren cuando estoy escribiendo.

Los dedos de Eider se escurrieron sobre las teclas y cayeron de ellas. Hasta entonces los había dejado ahí porque era más importante el piano que una intromisión que esperaba que fuera breve, pero en esas palabras por fin captó

algo que le llamó la atención.

—¿Escribiendo?

—Nada importante. Poesía —murmuró—. Sólo es una afición, pero la señora Koplari me anima a que continúe con ella. Dice que le gusta lo que hago.

Eider Haizea creyó no haber oído nada más interesante en toda su monótona vida. Irguió un poco la espalda.

—¿Y por eso te ha adoptado?

Un corto silencio. Un sonidito desde el fondo de su garganta. Aquel chico parecía estar lleno de preguntas.

—Yo tampoco me lo creí al principio. No esperaba que nadie me adoptase, y entonces llegó ella y lo hizo porque me dijo que le había gustado muchísimo un poema que envié a un concurso. Supongo que soy muy afortunado. En cualquier otra casa habría tenido que dejar mi escritura de lado: ninguna adoptante habría permitido que dedicase algo de mi tiempo a ello.

Fue en aquel preciso segundo cuando Eider sintió simpatía por el muchacho. Quizá porque no le parecía posible que fuera mayor que él, con ese tono tierno. Quizá porque sonaba muy resignado.

O quizá porque vio que tenía algo que él quería para sí: un propósito.

Aquel joven se había presentado a un concurso de escritura cuando era obvio que no ganaría, porque *ellos* nunca ganaban. Creaba, cuando *ellos* no creaban a la altura de las mujeres. Anhelaba algo más que lo que le había tocado, y ese anhelo se percibía en cada nota de sus palabras, por más que él no se diera cuenta.

Eider sí podía diferenciarlo. Su virtud era escuchar.

Tenía ante sí a un soñador con voz de melodía.

Se humedeció los labios. Volvió a girar el rostro hacia su piano, con los dedos despertando para encontrar las teclas.

—Puedes quedarte con una condición.

—¿Condición?

—La siguiente vez, me leerás una de tus poesías.

Hubo otra duda que llenó el aire, pero, más allá de eso, hubo una inspiración. Como si no acabase de creerse lo que le acababa de pedir. Que alguien, aparte de Udane Koplari, quisiese escuchar uno de sus poemas.

—Si tocas algo tan bonito como la canción de antes —susurró, y Eider lo escuchó tomar asiento—, tal vez incluso pueda componer uno sólo para ti.

Eider entreabrió los labios, sorprendido, y pensó que nadie le dedicaba nunca demasiados pensamientos, mucho menos para llenar poemas. Pero no dijo nada.

Era más de sonidos que de palabras.

Así que, sencillamente, empezó a tocar.





## ***Capítulo 23***

***4 de bat de 3705 d. G.***

***Kiteria, Gineyka***

La vida es mucho más extraña que cualquier otra cosa que la mente del ser humano pueda inventar. Eneas, por ejemplo, no se hubiera atrevido a concebir las cosas que eran comunes en la existencia de los gineykanos; él, que había oído hablar de aquella nación, pero no había estado allí, en ese momento veía por la ventana de su alojamiento un sinfín de escenas que jamás habría imaginado: mujeres con pantalones caminando solas por la calle, mujeres propietarias de negocios, mujeres trabajando en multitud de establecimientos, mujeres gritando y riendo e incluso bebiendo en las entradas a casas públicas. La habitación que había alquilado era propiedad de una mujer y, de hecho, había puesto bastantes pegas a permitirle quedarse allí, como si un hombre solo y blanco no fuera algo fiable, aunque al final hasta sus escrúpulos habían cedido bajo el peso del dinero.

Era como ver el mundo del revés. Un mundo de pieles negras, cabellos negros y ojos negros.

Todavía no sabía cómo sentirse al respecto, pero después de cuánto le había costado entrar en el país, después del esfuerzo que había puesto en reunir a un par de hombres de confianza y planear el viaje, lo que sí sabía era que iba a cumplir con éxito su misión para Iulius Solari. Sus acompañantes estaban en diferentes puntos de la vasta nación, pero él había elegido la capital. Ya había escrito al presidente al respecto, pero sabía que su correspondencia tardaría en llegar, en parte porque la lentitud del correo era un precio ridículo a cambio de la seguridad que le daban sus contactos.

Eso también le ofrecía tiempo para ponerse a investigar. En su camino allí ya había visto las impresionantes máquinas que se movían por el aire. La primera lo pilló por sorpresa, cubriendo el sol como una nube, mucho más grande que un globo aerostático y, por lo que pudo comprobar, mucho más ligera en sus movimientos. Aparte de eso, había visto los escaparates de las tiendas, donde se anunciaban toda clase de objetos que él nunca había visto. Tenía que admitir que hasta las lámparas de su habitación eran distintas y eso lo inquietaba un poco. Averiguar hasta qué punto habían llegado aquellas mujeres en la evolución mecánica iba a ser fácil, pero suponía que hacerse con esos mismos principios para que los ingenieros de Viria los aplicaran a sus propios objetos iba a ser más complicado. Sobre todo teniendo en cuenta que, allá donde iba, llamaba la atención por ser un hombre blanco yendo a solas. Tal vez tendría que pagar a alguien para que lo acompañara; a ser posible, una mujer. Al fin y al cabo, las gineykanas tendrían el poder que quisiesen y los principios que les diese la gana; podrían, incluso, hablar un idioma diferente..., pero Eneas estaba seguro de que había un lenguaje universal que atravesaba todas las barreras: el del oro, que había traído en lingotes, listo para cambiar por dinero gineykano o lo que hiciese falta.

Se apoyó en el marco de la ventana y siguió observando. Los primeros días, eso sería lo único que haría. Las costumbres se aprendían así y aún tenía mucho que asimilar de aquella sociedad. Con el rostro inexpresivo, contempló a un hombre ataviado con una falda caminar tranquilamente, con un niño de cada mano, hacia los puestos del mercado. Al otro lado de la calle, una tendera vestida con pantalones marrones y un mandil a rayas se encargaba de que la fruta de la tienda resultase brillante y apetecible a ojos de sus compradores. Llevaba una gorra que tocó para saludar a una mujer y luego volvió a entrar en el establecimiento, cuyos ventanales se estaba encargando de limpiar un hombre. En la tienda de al lado, una pequeña floristería, las cestas con ramos y las macetas parecían haberse desbordado por las puertas abiertas, ante las que un grupo de hombres parecían hablar. Observó a dos mujeres de la mano, hablando

quietas en una esquina hasta que se despidieron con un beso en los labios y cada una continuó su camino. Sus ojos se entornaron cuando presenció a una mujer claramente encinta discutiendo con un hombre cabizbajo. Unas niñas jugaban sin supervisión en la entrada de un callejón flanqueado por cubos de basura y parecieron negarle a un chiquillo que se uniera a ellas.

Un hombre blanco pasó, con confianza, por debajo de su ventana. No miraba alrededor, como hacen las personas a las que un lugar ya les resulta familiar, aunque sí que siguió con la vista al automóvil que, sin caballos que tirasen de él y conducido por una mujer, pasó por el centro de la calle. A su lado, aunque no de su brazo, caminaba una mujer de cabellos castaños y expresión resuelta. A ellos (y en especial a él) los siguió con la mirada hasta que desaparecieron calle abajo, preguntándose si sería una ruta habitual y si tendría la oportunidad de fingir coincidir con ellos por casualidad.

Al fin y al cabo, para aquella misión iba a necesitar toda la ayuda que pudiera conseguir.



TERCERA PARTE:  
LOS MISERABLES DE VIRIA

## **Capítulo 24**

***41 de Andrai de 1853 d. S.***

***Arxia, Viria***

Cada corazón conoce su propia amargura; cada alma tiene su propio dolor.

A Vianney Lavalle no le era ajena ninguna de las dos cosas, aunque a menudo las escondiera y nadie pudiera verlas a través de su trabajado disfraz, diseñado con cuidado a lo largo de muchos años para ser perfecto e impenetrable. Sin embargo, durante las últimas semanas, su amargura y su dolor habían aumentado mucho; habían abierto sus bocas, de grandes fauces y de oscuridad espesa, y cuando se lo habían tragado, se había perdido.

Allí había desaparecido.

Lo hizo para todo el mundo. Ni siquiera su hermano, aquel con quien convivía y la única persona para la que no tenía secretos de ningún tipo, pudo darle alcance. Después de visitar Villa Áurea se había encerrado en su taller tanto como se había encerrado en el silencio, un silencio que el doctor Lavalle ya había conocido muchos años atrás. León sabía, por tanto, que de nada serviría luchar con todas sus fuerzas contra aquello. No hasta que su familiar decidiera que había acabado.

Vianney era una fortaleza. Una llena de secretos, pero también armada hasta los dientes para defenderlos. Una fortaleza que escondía, en su corazón, a personas asustadas y que se hacían mil reproches por replegarse ahí, protegidas, temerosas del mundo más allá de las murallas. Como toda fortaleza, sólo abriría sus puertas cuando considerase que no había peligro.

El problema era que nadie podía sentir que no había peligro si vivía con el

miedo constante a un asedio inminente.

Durante aquel tiempo de repliegue, Via había optado por mantenerse al margen del mundo cuanto pudiera. No podía dejar las clases, y estas ayudaban a que su cabeza se mantuviera ocupada, así que la asistencia a la Academia fue lo único que mantuvo. Todo lo demás lo apartó. Todo lo que podía acercarse demasiado a sus barreras lo dejó a un lado.

Eso incluía a Neith Sinagra, a quien no había vuelto a ver desde que lo dejaron en el límite de los bajos fondos la noche en que conocieran a la Sociedad del Fénix. No había vuelto a pasar por San Milie ni cerca. Llegaron notas a la casa, intentos de cita, pero faltó a todas.

Lo hizo, en parte, por él.

La misión de una fortaleza es proteger a quien se resguarda dentro, no dañar a quien pretende ver qué hay tras sus muros y ofrecer ayuda.

Y Via había llegado a la conclusión de que sólo podía hacer daño a Neith Sinagra. En realidad, durante todos aquellos días en los que se perdió, llegó a la conclusión de que podía hacer daño a todo el mundo.

Quizá no fuese una fortaleza.

Quizá fuese un maldito campo de minas.

Y no sabía cuánto tiempo más aguantaría sin explotar.



Neith Sinagra también conocía la amargura y el dolor. Eran dos sentimientos con los que tuvo que aprender a convivir mientras crecía, desde el momento en que alguien lo miró a los ojos y lo llamó *thyraio*, pese a que había nacido en Viria y toda la familia de su madre tenía raíces virianas. Eran dos sentimientos que se tuvo que tragar cuando unos niños le tiraron piedras debido a su color de piel y a pertenecer a las clases bajas. O cuando sus padres habían muerto con dos días de diferencia. O cuando tuvo que aprender a enfrentarse al mundo sin ayuda,

recibiendo los golpes que este guardaba para él con la mayor entereza posible. O cuando había perdido lo único parecido a un amigo que había tenido unos años atrás...

La amargura y el dolor eran dos sentimientos que se habían convertido en parte de él, se habían adherido a sus huesos y ya nunca más, pasara lo que pasase, se podría desprender de ellos. Pero también había aprendido que no podías mostrarte afectado ni aunque estuvieras condenado a que te fuesen haciendo trizas por dentro.

Sin embargo, con la desaparición de Vianney Lavalle de su vida en los últimos tiempos, se dio cuenta de que, por muy hondo que hubiera enterrado aquellas emociones, estas estaban destinadas a volver siempre a la superficie. No había heridas en la piel, pero sentía el palpito sordo de un golpe, el escozor de un corte que le iba desde la cabeza a los pies. O puede que fueran veinte grandes cortes, uno por cada día en el que se le había ignorado. Uno por cada día que se había sentado a pensar en él, preocupado, en el último banco de San Milie, por si decidía aparecer. Uno por cada día en el que había recogido una pieza del suelo o se la había metido en el bolsillo cuando nadie miraba o simplemente había creído ver algo que hubiera provocado que esos ojos azules brillasen emocionados.

Al cabo de veinte días, se negó a seguir esperando. Se negó a seguir ahogándose en el silencio y en la soledad. Se lamió las heridas abiertas, como había hecho siempre, y decidió que no podía continuar así. Si Vianney Lavalle lo quería fuera de su vida, tendría que decírselo a la cara. Por eso se metió a *Lula* en el bolsillo de la chaqueta, se puso la gorra y se embozó hasta que se aseguró de que nadie pudiera reconocerlo. Después, se encaminó a un lugar en el que nunca había estado: la Academia de Mecánica donde Via estudiaba.

Tuvo que esperar un buen rato a que la campana sonase, anunciando el final de las clases. Se entretuvo mirando su reloj de bolsillo, una de las pocas cosas que su padre había dejado atrás al morir y lo único de lo que no pudo deshacerse. Concentrado en el incansable paseo del segundero, incapaz de hacer mucho más,

se quedó en la entrada a uno de los callejones, escondido entre las sombras que la go-rra lanzaba sobre su cara para que nadie se fijara en él o, por lo menos, para que nadie le causara problemas. No estaba allí para ser objeto de burlas e insultos. Aquel día, al menos, no. Vería a Via, lo llamaría y saldrían de allí rápido, antes de que nadie se fijase en él. Ese era el plan.

En cuanto el riachuelo de estudiantes comenzó a fluir por las escaleras de la entrada, prestó especial atención. Vianney tardó en salir, pero cuando lo hizo estaba solo; llevaba el uniforme de la Academia impoluto, como siempre. Caminaba cabizbajo, encogido, de una manera que delataba su vulnerabilidad. Neith anhelaba encontrarse con sus ojos, pero Lavallo no apartaba la mirada del suelo, así que se acercó poco a poco con el cuerpo pegado a la pared. Cada paso le parecía una hazaña, porque no sabía qué era lo que lo animaba a seguir adelante, con todas las cosas malas que podían llegar a pasar.

Como si el destino se riese de él, dos muchachos alcanzaron a Vianney antes de que Neith pudiera hacerlo: lo rodearon, uno por cada lado, y empezaron a hablar. Llevaban el mismo uniforme y las mismas sonrisas aduladoras. Consiguieron que el joven Lavallo alzase la vista, pero su rostro estaba inexpresivo y no parecía querer hablarles.

Y lo cierto era que Via no quería. Strauss y Malone no eran santos de su devoción, y no quería tener que soportarlos. Sólo quería llegar a su casa, meterse en su taller un día más y olvidarse de todo.

—Eh, Lavallo, no le habías dicho a nadie que hoy era tu cumpleaños — exclamó Malone. Via maldijo, en silencio, la fea costumbre de los profesores de hablar de qué Santo había iluminado a qué alumno cada día que este cumplía años—. ¿No vas a hacer una celebración adecuada? ¡Cumple diecisiete! ¡Ya eres casi todo un hombre!

—Aunque no lo pareces demasiado, pero nosotros podemos ayudarte en eso —se burló Strauss—. Una buena fiesta esta noche y mañana se te habrá quitado la cara de nenaza.

Lavallo se detuvo entonces.



Lo hizo de golpe, sin pensar. Igual que su mirada se levantó sin ser consciente de todo lo que dejaba ver en ella.

Los ojos azules eran una mecha. Habían empezado a prender y, cuando lo hicieran por completo, ese cuerpo se consumiría en llamas y no le importaría lo que tuviera que arrasar a su paso. Strauss lo vio. Malone lo vio. Sus sonrisas titubearon.

—Eh, ¿se puede saber qué te pasa, Lavallo?

Strauss levantó el brazo para rodearle los hombros en un gesto de confianza y camaradería.

Intentó tocar a Vianney. Pero aquel tipo no tenía derecho a hacer tal cosa.

Antes de que el chico llegase siquiera a rozarle, su mano se alzó y lo detuvo. Lo miró sin decir nada. Sólo con aquellos ojos. Con las ascuas. Con la advertencia de incendio. Strauss se quedó tan sorprendido, con el brazo sostenido por esa mano que le parecía más fuerte de lo que había calculado, que apenas reaccionó al principio. Cuando pudo hacerlo, su ceño se frunció y se desembarazó de un tirón. Incluso entonces, Via no dejó de mirarle.

Estaba deseando estallar. Estaba deseando que le dieran la excusa.

—¿Cuál es tu problema?

—¿Y el tuyo, Strauss? —siseó—. ¿Qué pasa? ¿En tu familia te ignoran y dártelas de experimentado es lo único que cubre tus ganas de que te hagan caso? Yo tendré cara de nenaza, pero tú eres bastante patético.

—¿Disculpa...?

Lavallo sonrió, pero no fue una sonrisa alegre. Ni siquiera una que fingiera ser encantadora. Lo hizo con lentitud, pasándose la lengua por los labios.

—Si ser un hombre de verdad significa ser alguien como tú, creo que optaré por ser otra cosa.

Neith no podía haberlo oído todo, pero sí lo vio. Tragó saliva. Mientras el pequeño grupo hablaba, los demás estudiantes habían pasado por delante del callejón en el que se escondía sin reparar en su presencia. Quedaban algunos rezagados que aún salían entonces y algunos, de hecho, observaron sin llegar a

detenerse la pelea que se estaba fraguando.

Porque él sabía algo de batallas, y le pareció que esa estaba a punto de estallar cuando uno de los chicos, al que Vianney había insultado, dio un paso al frente y lo miró desde arriba.

—¿Cómo has dicho, Lavallo?

Neith Sinagra consideró que era su momento. Aunque no había pensado en meterse, sino en esperar a que su amigo se quedase solo para poder hablar con él, cambió de idea en cuanto se dio cuenta de que, aunque Vianney tuviera agallas, seguían siendo dos contra uno. Por otro lado, pensó que tal vez lo mejor sería que no lo relacionasen con él, o el joven Lavallo tendría más problemas.

Así que cogió aire, cuadró los hombros y se adelantó, con paso rápido y la gorra calada hasta las cejas.

El choque no fue casual. El empujón, por supuesto, desestabilizó al muchacho y casi lo hizo caer. En cualquier otra situación, Neith habría aprovechado ese momento para robarle la cartera pero, en ese caso, se contuvo. Buscaba pelea, no dinero. Aunque, en función de cómo acabara el asunto, si tenía la oportunidad igual se quedaba con algún dragón que le sobrase al chico rico.

—¡Eh! ¡Mira por dónde vas! —Su voz sonó un poco ronca, pero no estaba nervioso. Estaba seguro de que, si había llamado la atención por menos, ese caso no iba a ser diferente—. ¿Es que no os enseñan en esa academia vuestra a no ocupar toda la calle?

Fue entonces cuando las miradas de los dos amigos se encontraron. Fue sólo un segundo, muy breve, porque Neith no permitió que durase más. De todos modos, ni aunque hubieran querido alargar aquel instante habrían podido, porque en cuanto Strauss se estabilizó, se fijó en Sinagra tal y como este había querido. Malone, que sólo había parecido confundido con Vianney, sí frunció el ceño ante Neith.

—¿Un *thyratio* por aquí? —escupió Strauss—. Creía que limpiaban nuestras calles todas las mañanas, pero parece que hoy se han olvidado un saco de basura.

—Yo veo al menos dos, en realidad.

Neith le dedicó al muchacho una sonrisa burlona y siguió andando. Quería llevárselos de allí. Que se olvidaran de Vianney, que seguro que lo harían. Al fin y al cabo, el más débil, el inferior, siempre era una víctima más succulenta que quien podía medirse con ellos, aunque sólo fuese porque las consecuencias si se metían en una pelea con Via serían mucho más desagradables que si hacían lo mismo con un *thyraio* de los bajos fondos: nadie iba a echar de menos a alguien así, mientras que Lavallo no era tan sólo un compañero de clase al que tenían que ver todos los días, sino también el hermano menor de uno de los médicos que trabajaban en la casa presidencial.

Estaba seguro de que tomarían la elección que él deseaba incluso antes de que llegase el golpe. Y, aunque estaba convencido de que iba a llegar, dolió igual. Se lo dieron en la cabeza, probablemente con una de las bolsas en las que llevaban los libros y el material. Neith se inclinó hacia delante y dio varios pasos en falso, pero no llegó a caer, aunque el suelo mismo pareció volverse inestable bajo sus pies. Pequeños puntos de luz aparecieron en su campo de visión, junto a una niebla que se disipó con un parpadeo. Esperaba no estar sangrando: las heridas en la cabeza eran difíciles de coser por uno mismo.

Con un gesto torpe, poco fluido, sacó a *Lula* de su bolsillo y accionó el mecanismo para que el filo quedase a la vista.

—¿Estás seguro de que quieres pelea, niño rico?

El tipo apretó los dientes, pero compartió una mirada con su compañero. Sabían que eran dos, más fuertes que aquel *thyraio* y con demasiado orgullo como para que un simple filo los parase. Así que no dudaron en echarse hacia delante para ir a por él, los dos al mismo tiempo.

No obstante, sólo uno llegó a alcanzarlo.

Porque Neith Sinagra había olvidado una cosa.

Una única cosa.

«No voy a fingir que no te conozco. Nunca».

Via se lo había jurado en la iglesia semanas atrás. Quizá si hubiera sido en

cualquier otra iglesia, cualquier otro juramento, a cualquier otra persona, Lavallo habría roto su promesa, habría aprovechado la oportunidad de pasar desapercibido que Neith le brindaba y tan sólo se habría dado la vuelta para continuar con su aislamiento y su vida.

Pero las fortalezas protegen todo el tiempo. No tienen otra razón de ser.

Neith cayó al suelo, sí, y fue por culpa de un ataque lo bastante rápido y lo bastante ágil como para hacer que con el golpe el arma se escurriese de los dedos del muchacho. Pero al menos fue sólo un atacante, no dos. A Strauss lo agarró Vianney del brazo. Tiró de él, con fuerza, y su puño encontró su mandíbula sin miedo, arrastrándolo hacia atrás por el impacto y la sorpresa. Tanto Neith como Malone encima de él y el propio Strauss, tuvieron que alzar la vista hacia Lavallo, que tenía aquella mirada extraña y encendida, y abría y cerraba los dedos. No parecía haberse hecho daño o, desde luego, no más que el que Strauss debía de estar lamentando cuando se tocó la cara.

Pasado el primer instante de incredulidad, el odio en los ojos de Renzo Strauss brilló:

—¿Estás defendiendo a un *thyraio*, Lavallo?

Via apretó los dientes. Si hubiera podido pararse un segundo a pensar, habría sabido que aquello no era sensato, que sus decisiones podían estar a punto de arruinarlo todo. Pero no podía pararse a pensar, porque lo único que ocupaba su mente eran recuerdos de todas las veces que se había adaptado. Todas las veces que se había protegido egoístamente, dejando que el mundo pasara a su alrededor sin hacer nada.

—Estoy limpiando la calle de la única basura que yo veo aquí.

Fue el estallido que faltaba. Strauss gruñó y se levantó como un resorte para tirarse sobre Vianney, quien de pronto no sólo era un niño engreído, sino también un traidor a la nación.

Via apenas vio venir el puñetazo, pero tampoco pudo lamentarlo demasiado, ni siquiera cuando su cuerpo impactó en el suelo con dureza. Después de todo, estaba deseando explotar. Y aquella le pareció una magnífica manera de hacerlo.

Neith Sinagra, por su parte, decidió no desperdiciar la oportunidad para quitarse a su atacante de encima. Puede que no supiera el nombre de tantos huesos como el chico que lo aplastaba, pero sabía bien dónde pegar para romper los necesarios. Su puño, aunque con menos fuerza de la que hubiera querido, se estrelló contra la nariz de Malone. Ni siquiera se lo olió venir. Su rodilla encontró su entrepierna casi al mismo tiempo y después fue tan sencillo como empujarlo. En cualquier otra escaramuza, habría sonreído, orgulloso de su hazaña, pero no ahora. No, desde luego, cuando era consciente de que estaba en los barrios altos, delante de las escaleras de la Academia, donde cualquiera podía verlo. De hecho, seguramente los estaban viendo. En el momento menos pensado, podría aparecer la policía o, peor aún, los censores. Y entonces no quería ni imaginar qué pasaría con ellos.

Actuó lo más rápido que pudo. Sólo se paró a recuperar su navaja, ahora dañada, antes de girarse hacia Vianney. El muchacho había vuelto a conseguir tumbar a su compañero. Su brazo se levantaba en ese instante. Sus ojos estaban inyectados en sangre; su mandíbula, más apretada que nunca.

Neith Sinagra alcanzó su muñeca antes de que diera otro golpe.

Via alzó la mirada tan rápido como una fiera salvaje que temía que la fuesen a encerrar en cautividad.

Pero sus ojos sólo encontraron los de Neith.

Sólo eso.

Neith Sinagra se dio cuenta entonces de qué pasaba con Vianney Lavallo.

Estaba enfadado.

Estaba muy, muy, muy enfadado, y muy, muy, muy triste, y no sabía cómo podía haberlo conocido durante tanto tiempo y no haberse dado cuenta antes. Él, que había vivido rodeado por la amargura y el dolor, ¿cómo era posible que no las hubiera reconocido comiéndose aquel cuerpo?

«No me gustan las injusticias», había sido de las primeras cosas que le había dicho. Y lo que él había decidido tomar por una muestra de ingenuidad, de un pretencioso deseo de salvador, de repente se le antojó algo que debía de tener

una historia detrás. Una en la que aquel amigo suyo, que siempre le pareció que tendría que haber llevado una vida sencilla y feliz, no lo había hecho.

Quizá Via vio su comprensión. O quizá no.

Pero su enfado se deshizo un poco en sus ojos.

No dijeron nada. Sinagra tiró de aquel brazo. Lavallo se puso en pie.

Echaron a correr.

## *Capítulo 25*

*41 de Andrai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

La voluntad es una fuerza motriz de incalculables proporciones. La mayor fuerza motriz, en opinión de Via, que las había estudiado todas en la misma academia de la que salieron huyendo. Fue precisamente por voluntad por lo que encontraron la resistencia para correr durante tanto tiempo; ni siquiera habrían sabido calcular cuánto. Tampoco miraban adónde se dirigían.

Sólo corrían, por pura ansia de sobrevivir. De escapar.

De alejarse de todo, aunque aquello ni la voluntad más férrea lo podría haber conseguido.

Al final, tal vez por eso, porque sabían que no podían correr toda la vida y que, aunque lo consiguieran, el mundo siempre les daría alcance, pararon.

Lo hicieron en un callejón, Neith antes que Vianney. El cuerpo de Lavallo estaba más acostumbrado al deporte y, de hecho, durante las últimas semanas se había volcado más en este, apaleando una y otra vez el saco de boxeo que había en el fondo de su taller. Pese a ello, sentía su aliento arrebatado, el calambre en las piernas, la cabeza embotada, la deshidratación. Iban a desfallecer y, aun así, Via habría seguido corriendo de no haberse detenido su amigo.

Neith también estaba mareado. Su cabeza, además, le dolía por los varios golpes que había recibido allí. Se llevó una mano al costado, donde sentía un punto y el abdomen todavía dolorido por culpa del puño de Malone, e intentó tragar saliva mientras se apoyaba en la pared. Se dejó escurrir por ella, apretando los párpados.

Sus jadeos fueron lo único que llenó el silencio durante un buen rato.

Cuando se sintió capaz, cuando creyó que volver a mirarlo no le quitaría todavía más el aliento, Neith Sinagra alzó la vista desde el suelo para observar a su amigo. Vianney, por su lado, ni siquiera tenía los ojos abiertos. Se había apoyado en la pared de enfrente, de pie, como si sentarse fuera un símbolo de debilidad que no podía permitirse o como si creyera que al tocar el suelo ya no sería capaz de volver a levantarse. Su cara estaba alzada hacia el cielo plomizo; los rizos rubios se le habían pegado a la cara por el sudor.

—¿Qué has hecho? —le preguntó entonces Neith, con el aire que había logrado recuperar.

Eso consiguió que Lavallo abriera los ojos. Al principio lo hizo con un parpadeo confuso, más propio de la inocencia infantil que mostraba a veces, pero entonces su ceño se frunció y, cuando sus ojos se cruzaron con los de su amigo, volvían a ser centellas.

—¿Qué he hecho yo? ¿Qué has hecho tú, provocando a Renzo Strauss?

Neith apretó los dientes, pero esbozó una sonrisa mordaz.

—Es gracioso que lo preguntes, porque habría dicho que un segundo antes de que yo me metiera eras tú el que estaba provocando a ese chico. Aparentemente tienes muchas ganas de que te partan la cara.

Los ojos de Via brillaron, aunque no de satisfacción. En un movimiento rápido, se acercó a Neith y lo cogió de la camisa. Sinagra no pudo evitar coger aire con sorpresa, pero apretó los labios y alzó la barbilla.

—Parece que eres tú el que busca que le revienten, acercándote por la zona alta y metiéndote en peleas que no te incumben.

—En realidad estaba buscando a mi mejor amigo —rebatía Neith—. Ha desaparecido últimamente. ¿No lo habrás visto? Tiene cara de Santo, pero al parecer es sólo un imbécil.

Vianney apretó la mandíbula. Su puño se alzó de nuevo. Neith respiró hondo por la nariz y levantó más la cara si cabía. La mano tembló entre ambos, sosteniendo todo el tiempo del mundo en aquella suspensión. Sus miradas se



habían encontrado y se medían.

Neith Sinagra no podía comprender cómo unos ojos azules podían reflejar el rojo de las llamas.

Al final, los hombros de Lavallo se destensaron. Sólo un punto. Sólo un instante. Lo justo para que Neith aprovechara ese mismo segundo para alzar sus propios dedos y encerrar con ellos aquel puño todavía alzado. Sintió su estremecimiento. Vio el fuego fluctuar.

—Basta, Via —susurró mientras apretaba la mano bajo la suya—. Ya está.



No estaba. Vianney Lavalle era un campo de minas esperando a que las activaran. Creía que eso había pasado cuando se lanzó sobre Strauss, pero se había equivocado.

Explotó con aquella mano sobre la suya. Con esa voz suave y esos ojos que

intentaban decirle que todo iba bien. Con la seguridad de que el muchacho al que había intentado ignorar, poner a salvo al alejarlo, se había involucrado en una nueva pelea por su culpa. Con la certeza, también, de que el hecho de que sus puños hubieran encontrado la cara de Renzo Strauss no quedaría sin castigo y ni siquiera quería pararse a imaginar cuáles serían las dimensiones de este.

No estalló arrasándolo todo en su paso. Lo hizo con una tormenta cuyo primer trueno fue el sonido estrangulado de un sollozo en su garganta. La primera lágrima cayó como una gota tentativa que quería asegurarse de que por fin había llegado su momento.

Y después, sencillamente, su cielo se rompió.

Via hacía demasiados años que no abrazaba a nadie. Pero en aquel momento no pudo evitarlo. Cuando comenzó a llorar, se echó hacia delante para esconderse contra el hombro de Neith Sinagra y ahogar el llanto contra su camisa.

Neith podría haberse asustado. De hecho, lo hizo. Se sintió completamente aterrado porque no sabía cómo actuar. Porque no supo qué estaba ocurriendo o cómo ayudar a su amigo. Tuvo miedo porque era incapaz de comprender aquel lamento, tal vez porque él mismo había dejado de llorar hacía mucho. Era una de esas cosas que no podía permitirse. Una de esas cosas que ensanchaban las grietas y podían llegar a derruir un muro si no tenías cuidado. Y quizá por eso, porque sabía el efecto del llanto, comprendió que las murallas de Vianney estaban cediendo. Se estaban desmoronando y, de alguna manera extraña y cruel, se sentía agradecido de que lo estuvieran haciendo en ese momento, delante de él, porque eso significaba que todavía quedaba la suficiente confianza. Significaba también que podía ayudarlo a reconstruir el muro si lo necesitaba. Significaba que, aunque estuviera fuera, aunque siguiese al otro lado de la pared, podría tenderle la mano por encima de las ruinas y ver si la aceptaba. Y si no lo hacía..., bien, podía vivir con eso si no lo volvía a apartar de él.

Su abrazo, cuando se obligó a reaccionar, fue apretado y reconfortante. Esperaba que fuese lo bastante fuerte para mantener los trozos de su amigo

juntos y lo bastante cálido para que recordase que estaba allí con él.

Durante una eternidad, se quedaron así, pegados, con el joven Lavallo escondido contra su pecho y los brazos de Neith a su alrededor. Le dijo palabras de consuelo, que no sabía si él podría escuchar por encima de sus sollozos ahogados, y le recordó que no estaba solo. Que nunca lo estaría mientras lo quisiese a su lado. Por primera vez desde que se conocieran, meses atrás, Neith Sinagra se permitió enredar los dedos entre esos rizos dorados y apoyó los labios contra ellos también.

Vianney tardó en calmarse. Cuando lo consiguió, las manos de Neith seguían en torno a su cuerpo, rozándolo, y no supo si sentir miedo por ello o por el hecho de que no le incomodaban tanto como había esperado. Tampoco sabía cómo alejarse ni si quería, ya que, aunque dejó de llorar, tenía la cara empapada de lágrimas y sentía demasiada vergüenza por haberse deshecho de aquella manera tan ridícula, delante de él...

Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para alejarse. Para apoyar las manos en aquellos hombros y apartarse, evitando mirar el rostro de Neith. Sabía que ahí descubriría lástima y confusión, y no necesitaba ninguna de las dos cosas.

—No vuelvas a hacer algo así —intentó decir. Porque era más fácil de esa manera. Dar un paso atrás, cargar contra él, aunque fuera una acusación suave—. Sé lo que intentabas. Si iban a por ti, no me tocarían a mí. Pero yo nunca podría darte la espalda cuando me necesites, Neith Sinagra.

Sabía que era cierto. Que por aquel muchacho se lo habría jugado todo.

A lo mejor ya lo había hecho.

Neith rozó su cara. A Lavallo le sorprendió tanto el contacto que Sinagra consiguió lo que quería: que sus ojos se encontraran.

—Yo tampoco puedo darte la espalda a ti. Así que no vuelvas a alejarte sin más y esperes que me quede de brazos cruzados viéndote marchar.

Via tragó saliva. Tuvo que contener las ganas de volver a echarse a llorar. Se dio cuenta de lo injusto que había sido desaparecer sin explicaciones. Por primera vez, quiso dárselas. En realidad, había sentido el impulso ya en otras

ocasiones, pero el miedo siempre ganaba la batalla. En esta ocasión, el terror no era más pequeño, pero quizá su valor sí fuera el suficiente.

—Me dijiste que serías el más leal de los amigos —dijo con la boca pequeña. A Neith le hizo feliz saber que ese día en Villa Áurea, pese a que le había parecido estar lanzando piedras contra un muro, su voz había conseguido traspasar la barrera—. Que podía confiar en ti.

Neith no apartó la mirada. No lo habría hecho por nada del mundo.

—Siempre.

Via trató de ignorar tanto el escalofrío que le bajó por la espalda como la presión en el pecho y el pavor mordiéndole el estómago. Hubo un segundo de silencio demasiado largo, lleno de posibilidades, hasta que apartó la vista. Sus dedos seguían sobre la camisa del muchacho y la soltaron con cuidado.

—¿Podemos ir a otro lugar más privado? Hay algo que quiero contarte.

## *Capítulo 26*

*41 de Andrai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

En una de las callejas más oscuras y tortuosas de la ciudad, empotrada y casi escondida, tenía su habitación, raquítica, tenebrosa y miserable, Neith Sinagra.

Nunca había llevado a Vianney a aquel cuarto. Si habían empezado a verse en San Milie, había sido precisamente para que ninguno de los dos tuviera que pasar al mundo del otro más de lo estrictamente necesario. Pero él había traspasado ya la barrera al dirigirse a la Academia aquel día, así que Vianney tenía permiso para hacer lo propio. Por otro lado, si nunca había invitado a Lavalle a pasarse por allí era porque, para ser sinceros, no creía que estuviera a su altura. Via, al fin y al cabo, vivía en una hermosa casa de dos pisos, con chimeneas en varias habitaciones que los mantenían calientes en invierno y vistas a una calle arbolada donde cada adoquín tenía su lugar. Era un barrio blanco, inmaculado, con viviendas que parecían casas de muñecas en la habitación de una niña de bien.

Neith, en cambio, vivía en un callejón oscuro y sucio, con los adoquines húmedos y desgastados por el tiempo. No era el mejor lugar de toda Arxia y, de hecho, lo único que parecía alegrar la estrecha calle eran los tiestos con flores que una familia había puesto en la ventana del primer piso.

Aun así, Sinagra abrió la puerta destartalada del edificio y guio la marcha, a tientas, por unas escaleras carcomidas por los ratones que hacían ruido cuando alguien subía por ellas. Cada paso era un chasquido o un chirrido, y la baranda llevaba tanto tiempo suelta que no parecía buena idea apoyarse en ella para subir.

Así se lo avisó, en voz baja, a su acompañante, demostrándole que era mejor poner una mano contra la pared, incluso si el papel pintado se caía a pedazos y olía a humedad.

En el segundo piso, Neith sacó de debajo de su camisa la llave que abría la cerradura de su cuarto, que no podía ser más parco: sólo tenía una cama, una mesilla con un cajón que no cerraba y, en una esquina, una mesa con una jofaina encima que servía de lavabo, de mesa de comedor y de escritorio, todo a un tiempo. En una esquina había algunos libros desgastados de tanto leerlos, con los lomos abiertos y las páginas a punto de salirse. Un armario de madera oscura terminaba de adornar aquel espacio. Sólo tenía una silla. En otro tiempo el papel de la pared había tenido un estampado, pero ahora era de un gris desvaído con manchones aquí y allá.

—Estancias dignas de un rey —declamó, intentando bromear pese a que se sentía insuficiente. Se dio la vuelta para mirarlo una vez que hubo cerrado la puerta tras ellos—. Aunque yo me hubiera conformado con menos.

Vianney, en realidad, no parecía estar prestando casi atención a su alrededor. Dio un respingo cuando le llegó la voz de Neith y sus miradas se cruzaron. Sólo entonces se fijó en la habitación, aunque pareció un acto despistado. Neith vio tan abiertamente sus nervios que se olvidó de la vergüenza por su humilde casa.

—¿Te encuentras bien? —susurró.

Via tomó aire. Con duda, se movió por el cuarto hasta acercarse al incómodo catre en el que Neith dormía todas las noches. Sus dedos repasaron por un segundo las mantas raídas antes de volver a fijarse en su amigo.

—Perdona. No sé..., no sé cómo hacer esto, Neith.

Sinagra se pasó la mano por la nuca. Tras un titubeo, fue a su lado, aunque se sentó a un buen palmo de distancia por miedo a invadir su espacio. Lo cierto era que tenía sus sospechas, como ya las había tenido el día de la reunión de Villa Áurea, pero no sabía si estaba bien empujar sus palabras.

—Escucha... —Otra duda. Vianney le estaba mirando de reojo y él tragó saliva—. Valeria Barnei dijo, cuando te marchaste, que había personas a las que

les resultaba complicado verse entre iguales, pero si es eso no tienes nada de lo que preocuparte. Qui..., quiero decir, entiendo que Viria no es el mejor lugar del mundo para asumir que te puedan gustar los hombres cuando eres uno, pero...

—¿Qué?

Neith levantó la mirada y advirtió que Vianney había enrojecido. En otro momento se habría reído, pero en aquel sólo sentía las mejillas picándole.

—Supongo que es eso, ¿no? Sé que habrá sido más difícil para ti que para mí, porque en las clases altas estáis más constreñidos, mientras que aquí abajo siempre se ha visto de todo si sabes dónde mirar, pero...

—¡Estás equivocado! ¡No es eso!

La voz de Vianney sonaba tremendamente azorada. Y eso, junto con la negación, cayó como un jarro de agua fría sobre Neith.

No se había dado cuenta hasta ese momento de que tenía *esperanzas*. Como si algo entre ellos dos fuera posible con todo lo que les separaba.

—¿No lo es?

—¡No! —Lavalle se llevó una mano a la cara—. Quiero decir, sí, me gustan los hombres, pero eso no tiene nada que ver.

Lo dijo como si no tuviera ninguna importancia, pero el corazón de Neith dio un vuelco.

—¿Te gustan los hombres?

Vianney se llevó las manos a la cara. Le ardían las mejillas, pero sobre todo no podía creerse que esa conversación estuviese ocurriendo de verdad.

—¡Sí! Aunque supongo que en realidad *qué* sea la persona me es indiferente y... ¡Da igual, porque *no es eso*!

Neith Sinagra tragó saliva, sintiendo el pulso todavía latiéndole con fuerza. Una parte muy pequeña de él se preguntó si sería muy atrevido preguntarle si le gustaba *él*, pero no era el momento y, de todos modos, nunca habría reunido el valor para algo así. Se esforzó en apartar la vista, en no evidenciar demasiado los sentimientos que habían nacido dentro de él y que estaban escapándose de todo control, e hizo un sonido de asentimiento con la garganta. Sonó ahogado.



Hubo un silencio muy incómodo en el que ambos miraron hacia otro lado: Via, al suelo; Neith, al techo.

Al final fue este último quien rompió la quietud:

—Entonces, ¿de qué se trata...?

Lavalle suspiró. Lo hizo con una exhalación muy honda. Neith no entendía nada. Miraba a su amigo, que parecía muy perdido y superado por un peso que no podía comprender, pero que quería quitarle de encima. Sus dedos se movieron, con cuidado pero seguridad, sobre la cama. Al principio sólo tocó la punta de esa otra mano con las yemas de los dedos. Via observó el gesto de reojo en cuanto lo notó. Sus dedos respondieron también inquietos. Fue el empujón que Neith necesitaba para lanzar una caricia por su palma.

Se miraron. Ya no parecía que Vianney Lavalle fuera a estallar en cualquier momento, pero sus ojos sí revelaban cansancio. Neith pensó que era una mirada increíblemente adulta para una persona tan joven.

—Dime que nada va a cambiar —pidió Lavalle entonces. Quizá decir que fue una súplica sería más acertado.

Neith tragó saliva. De alguna manera, supo que nunca habían estado tan cerca como ahora, ni siquiera cuando se habían abrazado en el callejón. Su mano apretó la de su compañero.

—Te lo juro.

Via decidió creerle como jamás había creído a nadie.

Se humedeció los labios. Creía haber dado con las palabras adecuadas.

—¿Sabes que hoy es mi cumpleaños?

Neith Sinagra no podía haber estado más confundido, pero asintió.

—Por eso tampoco podía esperar más para verte, yo...

—Lo cierto es que a veces no siento que naciera un 41 de Andrai.

Un silencio. Neith cerró la boca. Via tragó saliva.

Volvieron a mirarse. Neith quería preguntar, pero al mismo tiempo no sentía que tuviera derecho a romper el silencio que sobrevino.

—El Vianney Lavalle que tú conoces nació el 20 de Alter de 1845.

El chico frunció el ceño con confusión. Eso había sido casi ocho años atrás, por lo que estuvo tentado de decir que era imposible.

Via, sin embargo, no le dio tiempo:

—Quien nació el 41 de Andrai de 1836 fue Vianna Lavallo.



—Mi hermano me dijo al principio que todo sería un juego.

El tiempo pareció replegarse mientras Via hablaba. Mientras recordaba.

Su madre había muerto meses antes después de una enfermedad mucho más larga de lo que había sido consciente la joven Vianna Lavallo. Ella, demasiado inocente, demasiado cándida, sobreprotegida, ni siquiera se había dado cuenta de la lentitud con la que Ada Lavallo había ido consumiéndose. Para esa niña que desconocía la palabra *muerte*, y más aún su significado, su madre tan sólo estaba cansada la mayor parte del tiempo, así que ella, que la adoraba, ayudaba en todo lo que podía mientras León se esforzaba por convertirse en un buen médico. Era aplicada. Estudiaba lo que podía, limpiaba, cosía, llevaba a cabo todas las labores en las que podía colaborar con poco menos que excelencia.

Aunque lo que más le gustaba era arreglar cosas.

Había comenzado a hacerlo siendo muy pequeña, desde que la asaltara una malsana obsesión con los relojes la primera vez que había ido a la relojería del señor Alberti para acompañar a su hermano a reparar su reloj roto. Aquel día había visto las pequeñas piezas por primera vez, los engranajes, cómo todo encajaba y se movía y funcionaba. Le pareció magia. Y quiso hacerla.

Cuando Ada Lavallo murió, la niña se preguntó si no podría también reparar aquello, si no habría en algún lugar las piezas y herramientas suficientes para hacer que su madre volviera a la vida. Y cuando comprendió que no, comprendió la muerte, y no le quedó más remedio que afrontar la vida.

Ella y su hermano mayor siguieron adelante, aunque no fue fácil, pues se

quedaron solos. Si una vez habían tenido padre, Vianna no lo recordaba: cuando él se había marchado, ella apenas contaba un par de años. León Lavallo trabajaba día y noche, día y noche, día y noche, como aprendiz del médico del pueblo, sin el suficiente dinero para ir a una escuela especializada. Sin posibles para ello, tampoco, porque Vianna era muy pequeña y él no podía irse sin más a la capital y dejarla sola. Y Vianna lo miraba, y sabía que llegaba tarde siempre, y que se levantaba temprano, y que sus ojeras eran excesivas, y en secreto estaba aterrada porque su madre también se había cansado mucho y al final había muerto. Y no quería que León se cansara tanto como se había cansado ella.

Para evitarlo, ella trabajaba en la casa todas las horas que no estaba en la escuela, que eran la mayoría. Asumió que ese sería su sitio. Un día, las propias monjas de la escuela a la que iba se lo dijeron: «Serás una gran esposa».

Y Vianna Lavallo aceptó que eso sería justo lo que debería ser: una gran esposa. Nada más.

Vianna sólo tenía ocho años en ese momento, pero parecía tener el doble cuando, aquella noche, se plantó ante su hermano y le dijo:

—Si me caso pronto y bien, ya no tendrás que cuidar de mí y no estarás cansado.

Via todavía recordaba lo horrorizado que había estado León. Cómo había visto su cara ganar todavía más agotamiento. A Vianna le pareció que decía lo que tenía que decir, pero la expresión desolada de León hizo que tuviera miedo de haber cometido algún tipo de herejía.

Entonces pasaron dos cosas: la primera de ellas, *Aracne*. La segunda, la herencia.

Quizá sin *Aracne* la decisión de León habría sido la misma, pero aquella araña mecánica convenció al doctor de que cualquier destino que desaprovechase el potencial de su hermana sería un destino injusto. Así que cuando recibieron la noticia de que León era el único heredero varón de un pariente lo suficientemente lejano como para que Vianna no tuviera ni idea de quién era, León Lavallo se plantó ante ella y le dijo que se marchaban.

—¿Marcharnos? ¿De vacaciones?

—No. Marcharnos del todo. Del pueblo. Nos vamos a la capital. Creo que ambos necesitamos nuevas oportunidades, Via, y en otro lugar podríamos tenerlas.

—¿Nuevas oportunidades?

—Creo que puedo conseguir un trabajo mejor en otro sitio. Y así tendré más tiempo para estar contigo. Y tú... Tú tienes mucho que ofrecer y aquí nadie te va a dejar hacerlo.

Vianna no entendió entonces a lo que se refería. Era demasiado pequeña. No tanto como para no saber todo lo que diferenciaba a las damas y a los caballeros, pero sí lo suficiente como para no haberse ni permitido pensar que quizá fuera injusto que todo lo que le esperase allí fuera un matrimonio, cuando podía hacer figuras de metal y arreglar relojes. Pero Vianna Lavallo adoraba a su hermano y, si él le hubiera dicho que tenían que caminar al Infierno, habría asentido y le habría preguntado cuál era la dirección para llegar.

Por eso también escuchó con atención cuando le dijo:

—Otra cosa más: tú y yo vamos a jugar a un juego.

—¿Un juego?

—Va a ser un juego un poco complicado al principio, pero estoy seguro de que sabrás pillarle el tranquillo pronto. Confía en mí.

Y Vianna lo hizo.

## Capítulo 27

*41 de Andrai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

Cuando uno tiene una historia que contar, siempre existe la duda de por dónde empezar. Via nunca se había planteado contar su historia a nadie, así que le costó encontrar un comienzo; pero, en cuanto lo consiguió, ya no supo cómo parar. Las palabras, durante largo tiempo acalladas, salieron entonces a borbotones de sus labios, en una corriente que parecía imposible de detenerse:

—Las reglas eran sencillas: desde el momento en el que me subiera al tren que nos traería a Arxia, sería *un niño*. Si hablaba como una niña, perdía. Si alguien descubría que era una niña, perdía. Si alguien no se creía que era un niño, perdía. Si lo hacía bien, mi hermano me iría dando piezas cada poco tiempo para que yo montase mi propio reloj. Por cada vez que lo hiciera mal, en cambio, me quitaría una pieza. El juego sólo se paraba si León me llamaba *Vianna*. El resto del tiempo, hasta que él no lo hiciera, mi nombre sería *Vianney*.

»Si quería conseguir ganar aquel juego, yo también tenía que convencerme de que era un muchacho.

Neith miraba, callado, al suelo. Sentía el rostro frío, pese a que hacía algo de calor en la habitación, como si el ambiente se hubiera cargado. Sintió el nudo en el estómago, la cabeza que le daba vueltas por toda la información que tenía que confrontar de pronto. La historia le parecía parte de una de las novelas por entregas que le gustaba leer, demasiado increíble. Pero allí estaba Lavalle, hablando entre titubeos, como si no fuera fácil gestionar su propio pasado. No debía de serlo. Se preguntaba si vería todos aquellos acontecimientos desde

fuera, como parte de un público invisible, o si aún sentiría sobre su persona cada suceso que había vivido: la primera vez que se había puesto ropa de niño, el posible corte de pelo que tendría que haber recibido, las mil equivocaciones antes de olvidar quién era y acostumbrarse a esa nueva identidad.

Con el corazón encogido, Neith apretó la mano que todavía tenía bajo la suya.

—Y así te convertiste en Vianney. —Tragó saliva—. Imagino que no fue fácil. Que... no era un juego tan divertido como a tu hermano le hubiera gustado.

Via apretó los labios. Sus ojos también estaban clavados en el suelo, como si pudiera ver las imágenes de su propia vida grabadas en los tablones desgastados.

—Fue fácil al principio. Quizás eso fue lo más... extraño de todo. Si León lo convirtió en un juego, en vez de decirme qué estaba pasando desde el principio, fue para hacerlo más sencillo. Como un reto: uno en el que me acomodé en cuanto empezaron los privilegios, supongo. Empezó a ser fácil ser Vianney porque siendo él podía hacer cosas que no podría haber hecho jamás de otra manera: la comodidad de los pantalones; las carreras en la calle con otros muchachos, sin tener que controlar las formas; incluso podía hablar más alto que nunca o jugar a la pelota. Para cuando comenzó el nuevo curso académico, yo ya estaba dentro de aquella dinámica: mi hermano se había asegurado de ello, como se había asegurado de que todo el mundo a nuestro alrededor supiera que tenía un hermano. Me dijo que convencer a mis compañeros sería la prueba de fuego. Aquel día sí fue aterrador. Creí que todo el mundo me descubriría. Que lo sabrían nada más verme y que quedaría como un mentiroso. Pero no pasó. Nadie..., nadie sospechó siquiera. Me esforcé, y lo hice todavía más cuando me di cuenta de que las clases de los niños y las niñas no tienen nada que ver. Allí no sólo se cosía o se hablaba de las virtudes de los Santos. Había matemáticas, mucho más complicadas de las que yo conocía. Ciencias de todo tipo. Historia. Conocimiento que no había tenido hasta entonces. El precio de todo aquello sólo era... adaptarme. Tenía que fijarme en el resto de muchachos, e imitarles al principio fue cuestión de hacer todo de manera muy deliberada, pero con el paso del tiempo... supongo que lo interioricé. La manera de caminar. La de hablar. Lo

que debía y lo que no debía hacer para ser *todo un hombrecito*, uno de los respetados. No me disgustaba. Fue peor... cuando crecí un poco más. Cuando empecé a darme cuenta de todo lo que significaba el juego.

—¿Qué significaba? —preguntó Neith en un susurro.

Via tragó saliva. Su mirada se alzó y sus ojos parecieron más claros que nunca. Había mil miedos en ellos; Neith ya los había visto antes, pero no los había comprendido porque no pensaba que la persona frente a él tuviera nada que temer.

—Significaba que podía perderlo todo en cualquier momento.

Neith no sabía mucho de privilegios o, al menos, de lo que significaba tenerlos. Pero sí sabía lo que era vivir sin ellos y lo horrible que debía de ser pasar de tenerlo todo a no tener nada. El miedo era comprensible. Al fin y al cabo, las mujeres no estudiaban mecánica ni ninguna otra cosa. Las mujeres virianas, como la pequeña Vianna había dicho mucho tiempo atrás, buscaban marido para dejar de ser una carga para sus familias, no arreglaban relojes o inventaban armas escondidas en libélulas ni prótesis mecánicas que pudiesen ayudar al mundo.

Lavalle volvió a bajar la vista y continuó:

—El verdadero terror vino con el cambio del cuerpo. Cuando nuestros cuerpos son pequeños, no son tan diferentes, al menos de manera notable, y es la ropa sobre todo lo que marca la diferencia, pero cuando crecemos... —Cogió aire. Sentía que se quedaba sin él. Que, de nuevo, notaba la presión en su pecho—. ¿Sabes lo que fue despertar una mañana y descubrir que sangraba, cuando los chicos no? ¿Sabes lo que es creer que tu propio cuerpo va a traicionarte? Lo odié. Odié mirarme al espejo y de pronto ser consciente de todo lo que me diferenciaba de cualquier otro chico. El..., el pecho había empezado a crecerme. Nadie más lo habría notado, pero yo lo noté.

Recordaba la ansiedad, mordiéndole el estómago con más fuerza que nunca. El horror. La manera en que retrocedió frente al espejo ante el que se miraba. Cómo gritó, con una frustración que reverberó en las paredes del baño. Cómo,

justo después, salió corriendo para exigirle unas vendas a León y cómo le chilló cuando él le dijo que era demasiado pronto, que se haría daño, que no eran necesarias. Pero Via quería taparlo. Quería mantenerlo todo a raya desde el primer momento. Cómo lloró aquel día, después de revolverse, después de que su enfado llegase al límite. Estalló igual que había estallado a la salida de la Academia: con un incendio que lo quemó todo. No hubo palizas, pero León Lavalle fue el blanco de las llamas cuando Via le dijo que no tenía derecho sobre su cuerpo, que todo era culpa suya por cambiar las cosas. Luego se echó a llorar.

Días después le pidió perdón, pero Via sospechaba que esas palabras habían permanecido dentro de León, como quemaduras imborrables.

—Lo odié —repitió, apretando los párpados. Su mano libre, la que no sostenía la de Neith, se alzó hasta su pecho, cubierto por la camisa, el chaleco y la chaqueta de la Academia—. Lo odié muchísimo, Neith. Lo sigo odiando, porque si alguien lo ve, si alguien siente que no es como se supone que debería ser, me va a arrebatarse todo. —La carcajada que sonó entonces fue la más amarga, la más hueca—. Me preguntaste si alguna vez me había sentido fuera de lugar. No sabes hasta qué punto quise responderte que sí. Que cada día lo hago, incluso dentro de mi propio cuerpo.

Neith sólo podía comprenderlo en parte. Aunque a veces había deseado salir de su piel, ser más adecuado a lo que Viria deseaba, lo cierto es que era una característica que no podía ocultar y de la que se había acabado sintiendo orgulloso. Podía sentirse a medio camino, podía sentirse marginado, pero estaba dispuesto a aferrarse a ello. Sin embargo, mientras que él había tenido claro su lugar desde siempre y sabía que no había forma posible de engañar a la sociedad, Via de alguna manera lo había conseguido.

—Lo siento —se oyó decir casi sin voz—. Siento que hayas... No: que tengas que pasar por todo eso. No es justo que nadie tenga que hacerlo. Que no pueda ser quien es sin... que se lo trate de un modo distinto. Siento que este mundo no sea justo.

Via cabeceó. Sentía mucho cansancio de repente, y eso mismo dejaba claro la



manera en que cayeron sus párpados.

—Yo también lo siento. Aunque para ser tú mismo tienes que tener claro quién eres, y yo apenas sé ya quién soy, aparte de un... hipócrita.

Casi escupió la última palabra. Sus párpados se entrecerraron entonces, y Neith temió que no fuera sólo su cuerpo lo que Lavallo odiaba de sí.

—¿Hipócrita?

La risa sonó estrangulada. No era en absoluto feliz.

—¿Cómo llamas a alguien que dice que quiere que se acaben las injusticias, pero que lo único que ha hecho en toda su vida ha sido amoldarse a ellas? Por eso desaparecí. Porque recordé lo hipócrita que soy. Ese día yo no... Yo no merezco estar en algo como la Sociedad del Fénix. Podría haber hecho muchas cosas, Neith. Muchísimas. Pero sólo creé a un personaje que podía tenerlo todo. Nada más.

Neith frunció el ceño. Él, que hubiera dado cualquier cosa por tener herramientas para luchar en vez de para sobrevivir, no creyó estar entendiendo las preguntas. Por eso sacudió la cabeza.

—Pero tú no has creado un personaje para tenerlo todo. No estás haciendo esto sólo por ti. ¿Es que no has visto lo que veo yo? Cómo trabajas, cómo te esfuerzas. Lavallo, estás creando cosas asombrosas. ¡Mira a *Aracne*! O a *Lula*. O..., o las ganas que tienes de avanzar en esas prótesis para Aurora Solari. Yo no veo a alguien egoísta. Alguien egoísta jamás me habría dedicado una mirada de más. No veo a alguien hipócrita. Te comparas con la gente de Villa Áurea, pero ¿cuál es la diferencia entre lo que haces tú y lo que hace Arabella Medici, por ejemplo, que usa un seudónimo de hombre para escribir?

Se levantó. La habitación era pequeña y no había demasiado espacio para caminar, pero, aun así, fue hasta la mesa. Se apoyó en ella y miró por la ventana, al callejón oscuro. Quizá Via se sentía así, en un lugar sin luz, sin saber qué hacer o hacia dónde ir. Sin salida. Esa comparación podía entenderla, porque él llevaba mucho tiempo en la oscuridad, atrapado. León Lavallo había sacado a su hermana de entre esas cuatro paredes y, aunque a lo mejor de la forma

equivocada, le había dado un futuro brillante y había evitado que su don se echara a perder.

Y esa niña, convertida en Vianney, había aprovechado la oportunidad.

—Creo —continuó tras un breve silencio— que lo que estás haciendo es muy valiente. Aquí, en estas calles, Via, o te adaptas o mueres. O buscas estrategias para sobrevivir o estás perdido. ¿Dirías que yo soy un hipócrita también? —Se volvió—. Porque adaptarme a la situación es lo único que he hecho durante toda mi vida.

Via tragó saliva. Su mano se había cerrado, sintiéndola vacía y extraña después de que él la soltara para levantarse.

—No es lo mismo —susurró—. No tenías muchas más opciones.

—¿Y tú sí?

—La Sociedad del Fénix es la prueba de que sí. Arabella Medici firma sus obras como un hombre porque de otra manera no la escucharían, pero vive su vida como mujer. Valeria Barnei parecía totalmente indiferente a lo que se supone que debe ser una joven: su propia casa, sin haberse casado, ¡ni siquiera llevaba vestido! No creo que su vida hasta llegar a ese punto haya sido fácil, y es obvio que se la considera una excéntrica y que deben de criticarla, pero ahí estaba. Flamante. Irreal. ¿Sabes cómo la envidié? —La náusea subió a su garganta cuando la recordó y se permitió poner en palabras aquel sentimiento—. ¿Sabes cómo deseé ser ella en cuanto la vi? Vivir tan... al margen de todo. Ser sólo yo, sin renunciar a nada, sin rechazar nada. —Apretó los párpados, de nuevo sin aire—. Te he dicho que a veces no siento que naciese un 41 de Andrai porque siempre he creído que la persona que soy ahora jamás podría haber sido Vianna, con la Academia, con la libertad para ir donde quiero, mis inventos, incluso con mi forma de hablar o caminar. Quien me ha dado todo lo que soy ahora es Vianney.

Por eso ver a Valeria Barnei había sido especialmente doloroso. Porque esa mujer podía tener la influencia, el poder e incluso la ropa de un chico, pero seguía hablando como una muchacha, seguía llevando sus cabellos largos e

insultantemente sueltos, las curvas de su cuerpo no estaban escondidas y no había ningún indicio de odio hacia sí misma.

Valeria Barnei le había parecido hermosa, pero sobre todo le había parecido un sueño y un doloroso recordatorio.

—No.

Via dio un respingo, alzando la vista con confusión. Neith apretaba los labios y en aquel momento negó con la cabeza.

—No, todo lo que tienes te lo has dado tú, Lavallo. Lo que ha cambiado son las circunstancias a tu alrededor. Sí, esas circunstancias dependen de si te ven como un chico o como una chica, pero... eres tú quien decide qué hacer y quién ser con esas condiciones.

Via habría querido estar de acuerdo. Habría querido no sentir toda la confusión, todas las preguntas, la incompreensión.

—Pero hace mucho que ya no sé hasta qué punto las circunstancias lo son todo, Neith. Hace mucho que no entiendo nada, ni de mí ni del mundo. Para empezar, ¿qué es ser hombre y qué es ser mujer? ¿Lo que otras personas han dicho? ¿Eso es todo? ¿Comportamiento? Porque yo me he comportado como un hombre y durante *ocho años* nadie se ha cuestionado siquiera que no lo fuese. Sólo tuve que cambiar algunas cosas. La ropa. El lenguaje. La manera de moverme. ¿En eso consiste ser un chico? Todo está tan dentro de mí, después de tantos años, que ¿lo soy ahora? ¿Soy Vianney? Pero sigo siendo Vianna también. Sigo siendo la misma persona que, cuando era una niña, reparaba objetos rotos porque se lo pasaba bien. Cuando estamos a solas, León no me habla como a un muchacho, y cuando se enfada conmigo me llama por ese nombre completo, con todas las letras, tan propio y tan raro al mismo tiempo. *Vi-a-nna*. Como si separase mucho las sílabas. Y entonces no me molesta, ni me duele ni me preocupa, porque no hay peligro, aunque en ocasiones siento pena porque ese nombre hace ya mucho que sólo surge como una amonestación. Toda Vianna es una amonestación. Algo que es mejor ocultar y vigilar. Pero sigue estando dentro de mí. He odiado muchas cosas de mí, Neith, pero nunca a la niña que fui.

—¿Y por qué no podrías ser los dos? Vianna y Vianney. —Neith había contestado de forma automática, pero al escucharse, frunció el ceño. No sabía bien cómo continuar—. Igual has... sido las dos personas todo este tiempo. ¿Tiene eso sentido? ¿O es que acaso eres capaz de separar a Vianney de Vianna, como dos personas completamente distintas? —Se frotó la sien, algo confundido—. No sé. A lo mejor al final eres sólo Via. Una... tercera persona nueva, que no tiene nada que ver con las otras dos y al mismo tiempo es la suma de todo.

No, no tenía mucho sentido. Seguro que Lavallo se iba a reír de él.

Pero no hubo ninguna carcajada. Sólo un gran silencio.

Cuando se atrevió a mirar a Via, se encontró con sus labios entreabiertos y una expresión que le costó leer.

—¿Crees eso de verdad? ¿Que puedo ser esa tercera persona? ¿Sólo Via, sin que importe nada más? ¿Te da todo igual?

Parecía que se iba a echar a llorar, y lo cierto era que tenía ganas. Via se dio cuenta, entonces, de todo lo que estaba conteniendo y de que por mucho que confiara en Neith Sinagra, por mucho que le hubiera hecho jurar que nada cambiaría antes de empezar a hablar, hasta aquel momento se había resignado a que todo fuera diferente en cuanto callase, porque eso era lo que siempre se había dicho que pasaría.

Todo cambiaría en cuanto alguien que no fuera León lo supiera.

Pero él le estaba diciendo que daba igual. Le estaba diciendo que nada importaba, porque pasara lo que pasase seguía siendo Via.

Neith vio su expresión. Lo vio todo, en realidad. Allí seguía estando quien había conocido hacía más de medio año, con la única diferencia de que ahora los bordes que a veces le costaba definir se habían vuelto más nítidos. Aquella persona siempre se había mostrado igual ante él, y la información, si bien lo cambiaba todo, no cambiaba nada. Darse cuenta de las contradicciones era un suplicio, pero es que Lavallo nunca había sido fácil de entender, desde el momento en que se había detenido en un callejón de mala muerte para ayudar a un *thyraio* al que le habían dado una paliza.

Neith Sinagra se percató de que ese muchacho (o esa muchacha, o ambos, tanto daba cuando Via acababa de decir que algo así ya ni siquiera tenía sentido) tenía más profundidad de la que nunca habría esperado, pero si le hubieran pedido que lo describiera habría seguido utilizando los mismos términos en los que había estado pensando en él durante los últimos meses: que era una persona amable, trabajadora e inteligente.

Una persona que le gustaba muchísimo.

Por eso se volvió a acercar.

—Sí. Me da lo mismo, porque sigues siendo tú. La misma persona que me salvó aquel día y a la que yo salvé después. La misma con la que me veo en el último banco de una iglesia. La misma que me hizo una libélula con piezas de basura. La misma a la que siempre le ha dado igual qué soy yo, ¿verdad? Sólo te importaba que fuera Neith. Tu amigo. ¿Creías que sería distinto para mí?

Via lloraba a veces, pero las lágrimas de alivio o felicidad no le eran familiares, por eso casi se sorprendió cuando cayó la primera. La mano de Neith se alzó, tras un segundo, para limpiar su mejilla, y se quedó allí.

—Sólo dime cómo quieres que te llame —susurró, observando sus ojos brillantes—. El resto... El resto no importa.

Una sonrisa. La más breve, mojada por un par de lágrimas más, antes de que su rostro se escondiera contra el hombro de Neith. En el fondo, daba igual. Si nada iba a cambiar, podía ser Vianna o Vianney o Via o Lavallo o santurrón o cualquier cosa que quisiera llamarle. Pero le había pedido un nombre, y se dio cuenta de que había algo mágico en poder decidirlo:

—Via —dijo su voz, convertida en un sollozo—. Via está bien.

## Capítulo 28

*41 de Andrai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

Via había llorado con el rostro oculto contra la camisa de Neith; había llorado sin hacer ruido, y las lágrimas habían corrido silenciosas a lo largo de sus mejillas. Después, como si aquel llanto nunca hubiera existido, se había calmado. Durante un buen rato, estuvieron en silencio.

Lavalle no habría sabido decir durante cuánto tiempo había necesitado aquello (hablar, tener alguien que escuchase sin juzgar) hasta que lo había conseguido. Estuvo a punto de echarse a dormir, como si no lo hubiera hecho en años, porque estar siempre alerta, en tensión, esperando el descubrimiento, era demasiado y ni siquiera le permitía conciliar el sueño adecuadamente. Las pesadillas habían estado ahí. Alguien descubría sus pechos o los paños con sangre de menstruación, o venía de su pueblo a negar que León Lavalle hubiera tenido jamás un hermano, o cualquier otra posibilidad de las tantas en las que su secreto podía quedar truncado, y de pronto toda su vida, construida con mucho cuidado a lo largo de los últimos ocho años, se rompía como un juguete y no había manera de repararla.

Al final, pese al cansancio que habían dejado tras de sí el enfado, la carrera, el llanto, y todas las emociones que habían golpeado su cuerpo en unas horas, resistió. Aún sentía los dedos de Neith sobre sus cabellos, jugando con los rizos que él decía que eran de Santo. No le apartó. Y quizá porque ya había dicho mucho, y no perdía nada por decir nada más, habló:

—Es agradable.

—¿El qué?

—Que te toquen.

Neith contuvo un poco la respiración, pero apretó el brazo alrededor de la espalda de Via. En otro momento, el hecho de que sus pechos se pegaran un poco más le habría resultado alarmante, pero entonces ya le dio lo mismo. Para Neith, después de todo, ya no había secretos.

—A veces me daba la impresión de que no querías mantener las distancias tanto como lo hacías. Supongo que soy un chico muy inteligente y tenía razón.

Via contuvo una risa.

—En Cosmogénesis quería haberte abrazado cuando me diste el libro —respondió, casi con culpa—. Pero a lo mejor te habría parecido demasiado delgado. O demasiado pequeño. O habrías notado las cintas bajo la ropa, aunque llevase cuatro capas encima de ellas. No es lógico. El pensamiento sólo... está ahí.

—Puedes abrazarme ahora, entonces —susurró Neith con cierta inseguridad.

Via dudó. Durante su infancia había sido una niña lo suficientemente alegre y cariñosa como para disfrutar bastante de regalar gestos así a su alrededor. Pero entonces había llegado Vianney, y una de las primeras cosas que había aprendido era que los hombres no se tocaban, o no demasiado, así que había aceptado imponer cierta distancia física con el resto del mundo. Al principio su hermano estaba fuera de eso, pero después ni siquiera él se había salvado. Con el miedo al descubrimiento por culpa de las formas de su cuerpo, aquello sólo había ido a más.

Por eso no tenía demasiado claro si recordaría cómo se abrazaba, pero lo intentó. Hasta el momento, sus manos se habían mantenido sobre la camisa de Neith, pero ahora acariciaron su cuerpo, muy suavemente, y viajaron hacia su espalda. Apretó con suavidad. Su rostro se escondió contra su cuello.

Casi suspiró. Ignoró, o trató de hacerlo, el latido de más contra su pecho cuando los brazos a su alrededor estrecharon su cintura con más firmeza.

—Perdóname... por desaparecer. Y gracias... por escucharme.

Neith cabeceó.

—Perdóname. Por darte más problemas. Y gracias. Por confiar en mí.

Via sonrió. Fue un gesto ligero, pero el más real que había esbozado en semanas. Sus labios casi parecieron extrañarse de volver a tironear hacia arriba. La presión de sus brazos alrededor del cuerpo de Neith desapareció un poco, sólo para poder mirarlo. Él también movió la cabeza para comprobar su expresión.

El choque de sus miradas los sorprendió a ambos. Pero ninguno apartó los ojos.

Cuando dos personas están tan juntas como lo estuvieron ellos entonces, más allá incluso de lo físico, es complicado encontrar la fuerza para volver a alejarse. Neith Sinagra se convenció de que él carecía de aquella fortaleza, y le habría gustado que la persona que tenía entre sus brazos tampoco la tuviera. Pero al final, tras un instante demasiado largo, lleno de posibilidades perdidas, Via bajó la cabeza.

—Debería irme. León estará preocupado... y temo que ya le hayan llegado las noticias de la pelea.

Hacía calor en el cuarto y, aun así, a los dos les pareció que volvía el frío cuando el abrazo que compartían desapareció. Via se puso en pie, dando un paso hacia atrás innecesariamente largo. Culpó a las vendas alrededor de su pecho de su repentina falta de respiración.

Neith Sinagra cogió una gran bocanada de aire. Echó un vistazo por la ventana, al cielo que había empezado a oscurecer.

—¿Quieres que te acompañe? —sugirió—. Quizá si estoy yo sea más sencillo que su ira se vuelque sobre mí, no sobre ti.

Via sacudió la cabeza, pasándose una mano por los rizos, que sentía apelmazados por el sudor o quizá demasiado extraños sin las caricias que habían estado atusándolos un rato antes.

—No. Con que uno de nosotros sufra será suficiente. Recuérdate como a un héroe si muero —bromeó.



Era más cómodo seguir hablando como Vianney, en masculino. Además de por la costumbre y por la precaución, eso le hacía sentir que todo seguía igual que antes y le daba cierta calma. De todos modos, el femenino parecía desde hacía años algo reservado para breves momentos con su hermano.

Neith, por su lado, recuperó la sonrisa. Tras las bromas sí podía volver a sentirse cómodo.

—Me emborracharé en tu funeral.

—No tenía ninguna duda.

Rieron. Via dio un paso más hacia atrás, aunque no supo por qué no se giraba sin más. Habría sido mucho más sencillo. Retrocedió así hasta la entrada y Neith, de pronto, se puso de pie. Lo vio acercarse y apoyar la mano sobre el pomo de la puerta, pero no llegó a abrirla.

—¿Via?

Cuando se giró para volver a mirar sus ojos, una vez más, lo hizo como si esperase que algo hubiera cambiado en sus profundidades. Quizá lo habían hecho. Quizás ahora fuesen más claros, con menos secretos.

—¿Sí?

—No se te ocurra volver a desaparecer.

Via no contestó, aunque su sonrisa fue suficiente para que Neith entendiera que no lo haría. Le abrió la puerta y vio cómo se escabullía fuera de la habitación. Escuchó su caminar en el oscuro corredor y después la cadencia de sus pasos sobre los peldaños de la escalera. Cuando dejó de percibirlos, cerró y se asomó a la ventana. Desde abajo, antes de alejarse, le llegó una despedida con la mano.

Fue en ese instante, al apretar los dedos contra el cristal en un torpe saludo, cuando Neith Sinagra se dio cuenta de que el muro entre los dos había caído y de que al fin había conseguido alcanzar a Via Lavallo.



Cuando llegó a casa, él estaba esperando.

—Vianna Lavalle. —León pronunció su nombre con el tono de voz que evidenciaba que tenía problemas. Y con su apellido detrás, además—. Ven aquí.

Se oyó un suspiro exagerado desde el recibidor. El doctor Lavalle se puso en pie y encaró la puerta. Sólo tenía una lámpara encendida, pero no le hizo falta mucho más para ver el estado en que estaba su hermana, con el cabello y el uniforme sucios y desarreglados, y un moratón en la mejilla que empezaba a aparecer, si bien no había sangre. A su pesar, se percató de que no le sorprendía: se había esperado algo peor, en las horas que llevaba allí sentado, después de que le hubiera llegado el mensaje de la Academia citándolo al día siguiente. En el papel, el director había dejado muy claro que debía llevar al joven Vianney Lavalle. Según decía, las peleas eran cosas de animales, de clases inferiores, y no se iba a consentir que un alumno de la Academia imitase semejantes comportamientos, tan alejados de las virtudes que los Santos promulgaban.

Leer la nota lo había dejado preocupado y enfadado a partes iguales, pero, durante la tarde, a medida que pasaba el tiempo y Via no aparecía, el enfado había ido ganando la batalla, ardiendo a fuego lento como llevaba mucho tiempo sin suceder. Normalmente no tenía razones para enfadarse con su hermana. Claro que por lo general tampoco había razones para que se metiese en una pelea. La había creído más lista que eso.

Ahora que la tenía delante, el enfado perdió fuelle. La preocupación y el alivio vencieron, incluso si decidió que no iba a dejar que se le notara. Así que siguió con los brazos cruzados y le hizo un gesto con la cabeza para que tomara asiento, prestando mucha atención a cómo se movía. Por muy bien que Via actuase, no podía ocultarle una cojera o algún dolor. Pero, como ella no hizo ninguna mueca, supuso que sólo estaba magullada.

—¿Sabes qué hora es? ¿Sabes lo preocupado que estaba? ¿Qué se te pasó por la cabeza, Vianna? O quizá debería preguntar qué no se te pasó, porque es obvio que no estabas pensando con claridad cuando decidiste que era buena idea meterte en una pelea.

La muchacha resopló, dejándose caer sentada en el sillón. La vio cruzar los brazos sobre el pecho. Sus ojos no encontraron los suyos: ella apartó la vista al techo en cuanto estuvo acomodada.

—Me imaginaba que Strauss lo contaría en cuanto pudiese, como buena rata que es —respondió, ignorando la pregunta—. Se ha quejado a la dirección, ¿verdad?

León se llevó una mano al puente de la nariz, masajeándose. Suponía que aquella noche iba a irse a la cama con un buen dolor de cabeza. Empezaba a notar los pinchazos tras los ojos, como un latido sordo. Recordaba días mejores, más fáciles, en los que la pequeña Vianna Lavallo había sido una niña encantadora, trabajadora y complaciente. No es que hubiera preferido que su hermana fuese así siempre, porque adoraba cada cosa de ella tal y como era, pero a veces tenía la sensación de que, al menos, todo sería mucho más sencillo si no tuviera tanto carácter.

—Te han expulsado.

Vio venir la tormenta. Vio el enfado en su rostro, que abría la boca, que iba a indignarse. Gritaría y maldeciría a aquel muchacho, Strauss. Y si bien León suponía que tendría razón al hacerlo, también consideraba que el tal Strauss estaba en su derecho a protestar. Aunque no era tan inocente para pensar que los castigos fuesen a ser equitativos si ambos tenían la misma culpa.

Alzó una mano, con la vana esperanza de detener el trueno que estaba a punto desencadenarse.

—Dicen que será sólo una semana, en principio. Nos han citado mañana. Y espero que no les des razones para alargar el castigo.

—¡Espero que él y Malone también sean expulsados, entonces! —Los ojos de su hermana se entrecerraron. Se puso en pie con la fuerza de una tempestad—. ¡Strauss también me pegó a mí! ¡Y, de todas formas, ambos se merecían que alguien les callase la boca de una maldita vez!

—No me alces la voz. Yo no he hecho que expulsaran a nadie. —Los labios de León se comprimieron en una fina línea—. Ahora mismo vas a calmarte y me

vas a contar qué ha pasado. No puedo defenderte si no sé lo que has hecho.

Se sentó. Via lo miró con frustración, como si odiase su calma cuando ella estaba tan fuera de sí. Parecía que quería volver a pegar a alguien, con los ojos encendidos. Al menos ya no estaba sumida en el silencio que había mantenido las últimas semanas, ni tampoco daba la impresión de querer que la dejaran sola. Él no tuvo muy claro si eso era una buena o una mala señal. Hacía mucho que había dejado de saber lo que su hermana pensaba cuando se apartaba de él. Todavía se apenaba por ese vínculo perdido.

Un vínculo, por otra parte, que sentía que él mismo había destruido con las decisiones que había tomado años atrás. En ocasiones todavía se quedaba pensando, por las noches, qué habría pasado si hubiera actuado de otra forma. Si habría habido un mundo en el que su hermana hubiera podido hacer grandes cosas sin necesidad de aquel juego que se le ocurrió un día y le pareció inocente, pero que con el tiempo demostró ser una manzana envenenada.

Era frustrante no llegar a una conclusión. Era frustrante saber que en algún momento había dejado de conocer bien a la persona que tenía delante.

—Me estaban molestando. Me llamaron nenaza, me dijeron que no parecía un hombre de verdad y les respondí.

Via podía engañar a mucha gente. A todo el mundo si se lo proponía.

Pero no a él.

—¿Y qué más?

—¿Te parece eso poco?

—No, entiendo por qué te molestaría algo así, pero hay algo que no me estás contando.

Vianna apretó la mandíbula. Un silencio, demasiado largo y tenso como respuesta.

—Via —comenzó él—, quiero creer que no pegarías a alguien sólo por eso, porque esa no es la manera en que solucionamos las cosas en esta casa. Y no creo que seas una persona violenta. Hay algo más y, si te conozco al menos un poco, supongo que probablemente lo hiciste por otra persona.

Ella guardó silencio, mirándolo con la fijeza de la precaución. Ni siquiera se le ocurrió negarlo. León apoyó el codo en el reposabrazos y se pasó los dedos por la barbilla.

—¿Dónde has estado hasta ahora, Vianna?

Más silencio. Eso lo dijo todo.

—Neith —declaró León. Y no fue una pregunta, aunque Via había supuesto que no podría adivinarlo.

La vio apretar los dientes y volver a apartar la mirada.

—En realidad, él se metió primero a ayudarme a mí. Yo estaba... enfadada. Les estaba provocando a propósito. A lo mejor soy una persona más violenta de lo que esperas, León, porque tenía ganas de que uno de ellos me pegara para darme la excusa y devolvérsela. Neith lo vio. Supongo que no quiso que me reventaran entre dos y sólo se le ocurrió llamar su atención. —Hizo una mueca—. Tampoco es que le costase mucho conseguirlo.

El doctor Lavallo suspiró y se frotó el cuello, pensativo. A partir de ahí, él mismo podía unir las pistas: Neith los provocó, los chicos se echaron sobre él y Via arremetió contra ellos en respuesta. No supo si era una perspectiva demasiado reconfortante, pero por lo menos había pegado a aquel chico para defender a alguien importante para ella. Para salvarlo de algo peor que unos cuantos moratones y una costilla rota.

Si esos chicos eran influyentes, Neith Sinagra podría haber acabado entre rejas. O en algún lugar mucho peor.

Via lo estaba mirando con la expresión frustrada de cuando sabía que algo estaba fuera de su alcance. Él se levantó y apretó su hombro con cuidado, pues no sabía si ella iba a aceptar que la tocara. A veces, aunque sin maldad, se apartaba cuando estaba a punto de hacerlo.

—Está bien, veremos qué podemos hacer. Desde luego, no voy a dejar que te expulsen de la Academia.

Ella se destensó un poco. Clavó los ojos en el suelo, hablando con la boca pequeña:

—Lo siento.

—No, no es así —suspiró el mayor de los Lavalle—. Así que ni lo menciones: crees que has hecho lo único que podías hacer por Neith. Y puede, sólo puede, que esta vez tengas razón. Las consecuencias para él habrían sido bastante malas.

Vianna suspiró y él le revolvió los cabellos.

—Ve a cambiarte y a cenar. Te dejaré algo para bajar la hinchazón de la cara. Mañana te quiero lista y mentalizada para ir a la Academia.

Ella simplemente asintió. Se dio la vuelta y arrastró los pies hacia la puerta.

—Y... ¿Via?

Una pausa. Algo parecido a un titubeo.

—¿Sí?

—Estás castigada. La violencia nunca ha sido la solución.

Ella lo miró por encima del hombro y abrió la boca, sin duda para protestar, pero se lo pensó mejor. León la vio salir de la estancia con sentimientos encontrados, preguntándose una noche más si todo era culpa suya.

## Capítulo 29

*42 de Andrai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

Desde luego, hay una cosa de la que estamos bien seguros, y es que mi hijo no ha tenido nada que ver en este enredo: ha sido enteramente culpa de este chico.

Via apretó los puños sobre las piernas. No daba crédito a lo que estaba sucediendo y había comenzado a pensar, de hecho, que aquella mañana no había ido a una simple reunión con el director de la Academia de Ingeniería Mecánica de Arxia, sino a toda una emboscada.

Una de la que no tenía claro cómo salir con la cabeza sobre los hombros.

En primer lugar, porque era evidente que no estaba allí para que nadie escuchase su versión de los hechos. En segundo lugar, porque Ciro Strauss, el padre del joven Strauss, un hombre con una gran carrera política y muchos *dracos* en su cuenta corriente, estaba allí, justo al lado de su hijo, que mantenía una sonrisa llena del placer que da la certeza de una victoria ganada de antemano.

Y en tercer lugar y más importante de todos: porque también había un censor.

A él Via intentaba no mirarlo. Los censores, con sus sotanas de color morado, siempre habían conseguido poner al límite sus alarmas y su miedo al descubrimiento. Ellos eran los mayores vigilantes de la fe viriana: el presidente podía tener el poder de la nación, pero incluso ese poder respondía al que tenían las personas que llevaban las riendas de la Iglesia de Aión. Los censores vigilaban el arte y las ideas que se extendían; estudiaban el comportamiento de los ciudadanos y sus posibilidades de salirse —aunque fuera ligeramente— de

las escrituras tal y como la Iglesia las entendía; sólo ellos tenían la posibilidad de juzgar a las personas de fe, saltándose la justicia común.

Y de ellos dependían, también, los castigos a quienes fueran considerados herejes.

Puesto que Via no tenía ninguna duda de qué ocurriría si uno de ellos descubría su secreto, en aquel momento tenía que ser más Vianney de lo que había sido en toda su vida. Se preguntó, en su inquietud, si tener cara de Santo, como Neith siempre le decía, le serviría de algo a la hora de la verdad.

Sabía cuál era la respuesta.

A su lado, León puso una mano sobre su brazo, con suavidad, como si hubiera visto sus puños cerrados y su tensión. Fue sólo un segundo, un recordatorio de que estaba a su lado. Si bien debía de estar tan preocupado como él, como se adivinaba en su pose rígida, sus ojos miraban al frente, al director y al censor tras la silla de este, como si no le tuviera miedo a nada. Via se preguntó si ser médico en la casa presidencial le serviría para algo.

Y a esa pregunta también tenía respuesta, sobre todo a sabiendas de que Ciro Strauss era uno de los mayores benefactores de la Academia.

—Estoy seguro de que un juicio justo empieza permitiendo que los chicos expliquen lo que pasó, no haciendo aseveraciones y creyendo ciegamente en ellas. Al fin y al cabo, el joven Strauss y mi hermano son ya lo bastante mayores como para hablar por sí mismos y explicar sus actos.

—No hay mucho que explicar: vuestro hermano, doctor Lavalle, aparentemente no es tan civilizado como usted —respondió el señor Strauss con las cejas alzadas—. Debería atarlo en corto.

Vianney trató de respirar hondo.

—Creo que mi cara es prueba de que, si quien levanta el puño es incivilizado, su hijo quizá no lo sea tanto tampoco, señor Strauss.

—Por lo menos yo levanto el puño para defender a mis compatriotas de bestias, no para proteger a *thyraios* —escupió Strauss.

Via se tensó más en su asiento. Aquel muchacho se atrevía a llamar *bestia* a



Neith, y sintió que la ira que se había ido calmando desde la tarde anterior volvía a su cuerpo con todas las fuerzas. Los nudillos se le volvieron blancos de tanto apretarlos. Sintió la mano de León, encima de su hombro, pidiéndole calma. Y sabía, *sabía* que no podía permitirse saltar y responder. Sabía que si se dejaba llevar por la rabia estaría todo perdido. Eso era lo más complicado de todo. Sentir que estaba traicionando a su amigo con su silencio.

También sabía que Neith no habría querido que hiciera otra cosa. Habían sido muchas ya las veces en las que él había intentado dar un paso atrás y decirle a Via que no se la jugase por él. Y eso era tan injusto... Tan cruel...

Pero, por primera vez, sintiendo que las palabras que contenía le apretaban el pecho tanto como las vendas, calló.

—¿Es eso cierto, muchacho?

Fue el director quien se lo preguntó, pero no se atrevió a mirarle. Aunque sabía actuar bien, temía haber perdido cualquier capacidad. Temía no poder disimular toda la frustración.

—Te han hecho una pregunta, chico.

La voz del censor sonó helada. El corazón se disparó contra sus costillas. Se atrevió a alzar la vista y tragar saliva. Aquel hombre le estaba mirando. La mano de León se apretó un poco más contra su hombro.

—No, señor —mintió, y se sorprendió de lo contenida que sonó su voz—. Fue casualidad. Lo cierto es que Strauss y yo ya estábamos metidos en una discusión antes.

—¿Una discusión? —preguntó el director, apoyando los codos sobre la mesa—. ¿Y sobre qué, si puede saberse, para que respondieras de esa forma? Aquí, en la Academia, no nos gustan los muchachos violentos, Vianney. Somos hombres civilizados de Viria.

—Los hombres civilizados tampoco insultan —dijo León con una tranquilidad envidiable—. Y si bien los Santos dicen que pongamos la otra mejilla, también nos han enseñado a protegernos de injurias contra nosotros y los nuestros. —Sus ojos cayeron sobre los del censor, pero no de manera desafiante,

sino como si esperase una reafirmación.

Vianney había deseado muchas veces ser como su hermano. Probablemente, más de las que él se había imaginado. En aquel momento volvió a desearlo, al ver la templanza con la que se dirigía al censor y usaba las escrituras a su favor. Su carácter siempre había sido más sereno y nunca hacía nada sin pensar; lo que frustraba a Via a veces, porque era complicado saber si sentía algo de verdad o sólo seguía todo el tiempo un guion muy planificado.

El censor no pudo replicarle, aunque su rostro no se había relajado. Era difícil saber si lo haría en algún momento. Strauss hijo, de todos modos, no le dio tiempo. Él tenía el privilegio de poder mostrarse ofendido:

—¡Y las escrituras dicen, ante todo, que sólo los hijos de Aión serán bienvenidos y bien tratados! Los *thyraios* no son hijos de Aión y este muchacho está burlándose de todos. No importa si habíamos discutido antes o no: él dio el primer golpe, y lo hizo en cuanto saltamos a por el tipo que nos provocó. Lo defendió, señor, aunque Adrian y yo sólo pretendíamos seguir los mandatos de los Santos y recordar a los impíos cuál es su lugar. Después salió corriendo con él. Hay testigos.

Strauss miró a Vianney. Sus ojos se fijaban en él, con insistencia, y Via deseó romperle de un puñetazo el asomo de sonrisa que había en su boca. El único consuelo era que el día anterior había conseguido partirle la nariz.

—Le digo que es un malentendido —dijo al final, volviendo a girarse hacia el director. Deseaba desesperadamente sonar convincente—. Las dos peleas se juntaron. Eso fue todo. Asumo mi culpa por dar el primer golpe a Strauss: no hay nada que pueda decir al respecto a mi favor. —Aunque el orgullo se le rompió a pedazos, agachó la cabeza, consciente de que era lo único que podía hacer—. El señor Strauss tiene razón: no fue digno de un caballero civilizado. Me temo que me cegaron los Demonios.

—¿Presentas tus disculpas, entonces, muchacho?

Via no quería. La mera posibilidad hacía que le ardiese el estómago. En cualquier momento se haría sangre en las palmas de apretar las uñas contra las

manos al cerrar los puños. Strauss era despreciable y quizá darle una paliza no solucionaba nada, pero él desde luego no se disculparía por sus ideas. Nadie, tampoco, le pediría perdón a Neith. Pensar en disculparse con las personas que consideraban que él era simple basura le daba náuseas.

Pero no había otra manera de salir de allí. Por muy injusto que fuera, aquellas eran las reglas de un juego en el que siempre ganaban los mismos.

—Sí —dijo por tanto, casi sin voz—. Lo lamento.

Vio a la perfección la sonrisa satisfecha de Strauss. El padre de este tenía una parecida cuando cuadró los hombros.

—Eso está mejor. No ha sido tan complicado, ¿verdad, chico?

Había sido complicadísimo, porque significaba traicionar todo lo que era. Incluso las promesas que le había hecho a Neith en San Milie. Todos los momentos en que se había jurado que jamás le daría la espalda a su amigo, sin importar cuáles fueran las circunstancias. Había sido otra cosa más que le recordaba que volvía a adaptarse al sistema para conseguir mantenerlo todo.

—Encantador —murmuró el censor—. Pero una disculpa no soluciona nada.

Via palideció. Levantó la cabeza de golpe, sintiendo un sudor frío caer por su cuello. El director cabeceó, echándose hacia atrás en su asiento, las manos entrelazadas sobre la mesa.

—¿Qué...?

—¿Creen, señores, que los censores perdemos el tiempo con peleas de colegio? Me es indiferente quién pegó a quién primero; las peleas ocurren, son cosas de chicos. Pero lo que ha llegado a nosotros es que esta escuela tiene entre sus muros a gente que se relaciona con thyraios hasta el punto de defenderlos.

—Ya le he dicho...

—Lo cierto es que no importa lo que diga, señor Vianney —murmuró el director—. Ha comprometido usted la imagen de la escuela. Como bien ha dicho el señor Renzo, hay testigos que aseguran que defendió al hereje y salió corriendo con él.

A Via nunca le había faltado tanto el aire como en esos segundos. Pero

entonces la mano de León se apretó más sobre su hombro. Cuando lo miró, casi con el rostro desencajado, pareció hacerse más alto, como si estirase la espalda, aunque no era posible estar más erguido que él. Sus ojos se entornaron y su tono, cuando habló, no tuvo nada de amable:

—Espero que no esté insinuando que mi hermano se codea con gente con la que no debe, señor director. —El azul de sus ojos, que era calmado como un día de verano, se volvió un cielo de invierno—. Lo he educado para que sólo se junte con aquellas personas dignas de su confianza. La imagen de la escuela no se ha visto comprometida en modo alguno. Es *obvio* que alguien ha cometido un error muy grande. Y no ha sido Vianney. —Aunque no se volvió hacia su acompañante, sólo podía estar dirigiéndose a Via—: ¿Le dirigiste acaso una palabra al *thyraio*, hermano? ¿Hablaste con él antes de echar a correr, en algún momento?

Via, con el corazón latiéndole en las sienes, en el pecho, en las muñecas, en todos lados, negó con la cabeza con seguridad. Y eso, al menos, era cierto. No habían empezado a hablar hasta que se habían refugiado en algún callejón.

—Discúlpeme, doctor Lavalle —respondió el censor con voz fría—. Pero esto no es asunto suyo. Hay actos que van más allá de las palabras y usted ni siquiera estaba presente en el momento de la pelea, ¿no es cierto? ¿O es que trata de encubrir algo?

Via palideció hasta tal punto que su rostro se tornó blanco como la nieve recién caída.

—Mi hermano no tiene nada que ver con esto.

Lo dijo rápido. Quizá demasiado. Pero consiguió que la atención de todo el mundo volviera sobre su cuerpo y aquello fue lo último que necesitó para despertar. Se irguió en su asiento. Trató de hacerse más grande, como el propio León. Pasara lo que pasase, no podía permitir que las consecuencias de sus actos afectasen a su hermano: León había trabajado demasiado durante toda su vida. Seguía trabajando a destajo, esforzándose cada día por sacarlos adelante. Sin León nunca habría nacido Vianney. Y quizá Vianney fuera a veces algo

complicado y extraño y duro, pero también era un montón de oportunidades y libertad.

—Estoy de acuerdo —convino el censor, lanzándole una mirada de advertencia a León—. De modo que hablaré con usted, señor Vianney. Sólo haré una pregunta, y espero que recuerde que mentir a los censores es herejía. —Via tomó aire, pero alzó la barbilla y asintió—. ¿Jura usted que no era su deseo defender a un impío por encima de un hijo de Aión?

Via Lavallo llevaba los suficientes años blasfemando sobre toda la sociedad de Viria como para poder mirar a aquel hombre a los ojos y decir:

—Lo juro.

El censor miró en sus ojos. Los del hombre eran oscuros, negros como un vacío que te arrastraba a ellos. Pero aunque Via estaba a punto de echarse a temblar, aunque creyó de verdad que aquellas pupilas serían capaces de desnudar todos sus secretos, mantuvo la barbilla alzada y el rostro serio. No le pidió perdón a los Santos por mentir a uno de sus representantes. Si acaso, su pensamiento de disculpa fue hacia Neith Sinagra, allá donde estuviera.

El hombre, tras un instante demasiado largo, asintió con la cabeza. Todo el mundo pareció volver a respirar.

—¿Eso es todo? —preguntó Strauss con un chasqueo de lengua de obvio fastidio—. ¿Un juramento?

El censor miró entonces a Renzo Strauss con los mismos ojos que había mirado a Via. Strauss debió de arrepentirse de inmediato.

—¿Cree, señor Renzo, que es posible mentir a los censores? ¿Que no es un delito de máxima gravedad al que nadie se arriesgaría?

Renzo Strauss bajó la cabeza. Su padre lo miraba sin sonrisa de repente.

—Lo siento, señor —susurró—. Está usted en lo cierto.

—Eso suponía.

El censor se irguió de nuevo. Via volvió a sentir su mirada sobre su cuerpo, pero no se movió lo más mínimo. No cambió de expresión. Si había aprendido actuar a la perfección durante tantos años, podía fingir ahora que no sentía un

completo y absoluto terror.

—He de marcharme. Hay asuntos más importantes en esta ciudad.

Todos los presentes agacharon la cabeza ante él. La puerta del despacho del director sonó con un golpe seco cuando se cerró. A Via le pareció que aquel sonido reverberaba por cada centímetro de su ser.

—Tomadas nuestras disculpas, nos retiraremos también —anunció el señor Strauss—. Aunque espero que se adopten las medidas adecuadas tras esta terrible afrenta.

Via lo vio entonces. Quedó claro. La mirada que Strauss echó al director, casi de advertencia. La sonrisa en su boca, torcida.

Supo en ese instante que ya estaba todo hecho. Que lo más probable era que nadie en la sala hubiera pensado en ningún momento en darle ninguna otra oportunidad.

Cuando los Strauss salieron, Via se giró hacia el director, pero ya sabía lo que iba a oír.

Ciro Strauss debía de haberse asegurado de que todo saliera según sus deseos. Se preguntó cuánto dinero le habría prometido a la Academia.

—Lo lamento, señor Vianney, porque es usted uno de nuestros alumnos más brillantes y aventajados. Pero, como le he dicho, ha comprometido la imagen de la escuela. No podemos permitirnos este tipo de escándalos, y la gente ya habla de lo sucedido. Cuando los cité a usted y a su hermano ayer no estaba midiendo la situación con la justa gravedad. Se lo relaciona con peleas a las puertas de nuestra Academia y con defender a *thyraios* conflictivos, en vez de proteger los valores de nuestra Viria.

Hubo una pausa. Via ni siquiera sintió el incendio. Sólo un gran cansancio. Sólo muchas ganas de rendirse por completo. Sólo una grandísima tristeza, porque de pronto incluso el futuro que había intentado darle León se había echado a perder, y al final del día ni siquiera le quedaban sus valores ni las promesas que había hecho.

Había vivido muchas cosas desde que comenzó a ser Vianney. Había días

buenos, días malos, días absolutamente horribles. Pero nunca había tenido un sentimiento de derrota tan fuerte como aquel. El sentimiento de que nada merecía la pena.

—No me queda más remedio que informarle de que queda expulsado. Permanentemente.

## *Capítulo 30*

*1 de Pyria de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

Algunas personas nacen con suerte: todo lo que hacen o intentan hacer sale bien. Neith Sinagra, sin embargo, no era así. En primer lugar, porque no creía demasiado en la suerte pero, si lo hubiera hecho, lo más probable es que hubiera pensado que, cuando nació, los Santos estaban mirando en otra dirección. Sí, sabía que no todo le salía mal, pero por lo general, y sólo para mantener las expectativas controladas, la mitad de las veces que tenía una misión se mentalizaba antes de empezar de que era probable que cada paso del camino fuera a llevarle a un final terrible.

Eso pensó aquella templada noche del primero de Pyria, tras la casa de los Lavalle. Al menos, en el jardín trasero no había luz y estaba a salvo de ojos indiscretos, siempre y cuando los vecinos estuvieran dormidos y no vieran una sombra sospechosa plantada como un árbol junto a la fachada de la casa. Pero le consolaba saber que había llegado tan lejos, teniendo en cuenta que había tenido que saltar varias vallas y había despertado, por error, a un perro que había empezado a ladrar como loco. El corazón le había latido tan fuerte en ese momento, mientras corría y pensaba que lo iban a descubrir, que llegó a sentir que se le saldría por la boca.

Aunque no había luz en las ventanas, Neith logró distinguir dónde estaban por el destello de la luna menguante en los cristales. Su puntería siempre había sido buena, pero aun así sonrió cuando oyó el golpeteo de la piedrecita contra uno de ellos. Lanzó otra, con un poco más de fuerza. Y luego otra. Y otra más.



Después, esperó. No sabía si Via tenía un sueño profundo, pero, a decir verdad, ni siquiera estaba seguro de que aquel fuera el dormitorio del más joven de los Lavalle y no el de su hermano mayor.

Aun así, había decidido correr el riesgo.

Una luz se encendió y, unos instantes después, una cara fantasmal apareció entre las cortinas. Se llevó un buen susto al ver la sombra de pie en su jardín, pero, con una curiosidad que sólo podía pertenecer a Via, abrió la ventana y sacó el brazo, con la lámpara colgando de la mano, para ver mejor.

—¡Soy yo! —exclamó Neith, intentando no alzar demasiado la voz—. ¡Baja!

—¿Neith? —Un titubeo. Una mirada rápida hacia atrás, probablemente a la puerta del cuarto, y luego sus ojos atravesándolo incluso en la distancia—. Espérame ahí.

La puerta de atrás tardó en abrirse sesenta segundos exactos de reloj. Neith se aseguró de contar cada uno de ellos mientras vigilaba el jardín desde cerca de la casa.

—¿Qué haces aquí? ¡Es más de medianoche!

—Hola, Lavalle. Siempre es un placer verte. ¿Puedo pasar?

Se giró hacia él para comprobar que se había puesto una bata y que todavía llevaba la lámpara en la mano, como si fuera el héroe de alguna novela recorriendo los pasillos desolados de un castillo.

Via resopló.

—Debería dejarte ahí, a ver cómo te las apañabas para volver a casa.

—Por el camino contrario que he seguido hasta aquí —sonrió.

Hubo el asomo de una sonrisa en labios de Via antes de que este sacudiese la cabeza. Sin embargo, a Neith se le antojó un gesto pequeño, demasiado débil, algo extraño, y eso le preocupó. Se encontraba allí porque quería ver qué tal estaba y si se había metido en muchos líos por la pelea a las puertas de la Academia, pero al ver su rostro, en ese momento, entendió que no había logrado ponerse en lo *peor*. Al menos Via no lo echó. Abrió la puerta para que pasase a la cocina y dejó la lámpara en la amplia mesa de madera. Allí había taburetes,

aunque dudaba que los Lavalles comieran alguna vez en ese espacio, teniendo un acogedor comedor. Ese debía de ser el lugar donde pasaba la mayor parte de su tiempo la única empleada que tenían en la casa, que les cocinaba casi todos los días y hacía un poco de limpieza. No había mucho más que los hermanos Lavalles necesitaran, después de todo, así que trabajaba unas horas por la mañana y por la tarde, y luego volvía a su casa, lo que además les daba la intimidad que necesitaban. Via había hablado un par de veces de ella, pero cuando Neith pasaba por allí nunca estaba.

—Necesitaremos unos vasos —dijo, mirando alrededor mientras dejaba la botella sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

—Un regalo de cumpleaños atrasado. —El chico se sacó la gorra y la chaqueta y las dejó sobre un taburete, antes de escoger otro para él—. Y sí, he pagado por él.

Via titubeó, pero luego cogió dos vasos y dejó que el ladronzuelo que tenía por amigo escanciara un líquido rojo en ellos. Los llenó poco, con sólo una capa que cubrió el fondo, y alzó su bebida en un brindis.

—Por Via Lavalles —dijo con más solemnidad de la esperada.

Ambos apuraron el alcohol. Sinagra paladeó el regusto agrisado que le quedó sobre la lengua mientras veía, divertido, la expresión de horror de Lavalles cuando sintió el fuego abrasándole la garganta y cayendo como brasas en su estómago. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Esto es repugnante —dijo, con voz estrangulada.

—Al menos he conseguido quitarte la expresión de ido que tenías. ¿Qué ha pasado?

Esperaba que Via dijera algo, pero se topó con un muro de silencio hasta que se echó un poco más de fuego de dragón en el vaso. Neith se lo permitió, porque supuso que ya era lo suficientemente mayor como para saber cuánto quería beber, pero no pudo evitar preguntarse cuánto tardaría, a ese paso, en pillar la primera borrachera de su vida.

—¿Bebes de esto a menudo? ¿Y tu garganta sigue entera?

—Sólo es una sensación, no es como si te estuvieras tragando un trozo de carbón ardiendo. ¿Estás intentando cambiar de tema?

Sí. La respuesta no salió de boca de su amigo, pero se la dio igualmente cuando se revolvió en su asiento y se tragó el contenido de su vaso de un solo trago. Su expresión fue de auténtico sufrimiento cuando lo hizo, como si estuviera engullendo veneno, y Neith puso los ojos en blanco.

—¿Te ha gritado mucho tu hermano?

A eso Via negó, aunque siguió sin separar los labios. Extendió la mano hacia la botella una tercera vez, pero Neith le rodeó los dedos con los suyos antes de que llegase a cogerla.

—¿Te han molestado esos dos imbéciles en la Academia hoy? —murmuró, pasando el pulgar por el dorso de su mano con cuidado—. ¿Te han hecho algo?

Casi se puso a buscar por su rostro algún signo de pelea, aparte de la marca en la mejilla, morada contra su piel nívea.

Via no alzó la mirada de inmediato, aunque Neith no podía quitarle la vista de encima. Por el contrario, volvió toda su atención a los dedos sobre los suyos y después, con mucho cuidado, giró su mano para entrelazarlos. Le dio el más suave de los apretones, como para indicarle que todo iba bien, pero Sinagra sabía, justo porque hacía aquello, que *nada* iba bien.

Con precaución, casi con miedo, Lavallo alzó los ojos, algo tristes, algo lejanos, y Neith sintió el imperioso deseo de asegurarse de que no había vuelto a reconstruir el muro que los había tenido separados durante casi medio mes.

—Me dijiste que nada de alejarme. Pero si te conozco un poco, creo que serás tú el que quiera alejarse en cuanto sepa qué ha ocurrido —murmuró Via.

—También te dije que sería el más leal de tus amigos. Y que estaría junto a ti. Así que puedes creer en tu instinto y llamarme mentiroso o confiar en mi palabra, que te sorprenderá saber que rara vez rompo.

—Si no confiara en tu palabra, Neith, nunca te habría contado... —Un suspiro en vez del final de la frase. El rubio sacudió la cabeza—. Me han

expulsado. Para siempre —añadió.

Lo dijo en un susurro, con la boca pequeña, como si en realidad no importase. Como si fuese un comentario más, uno un poco hiriente, pero al que prefería no darle más vueltas. Sus ojos, en cambio, analizaron con cuidado la expresión del muchacho que tenía delante. Neith abrió mucho los ojos y apartó sus dedos, alejándose tal y como Via había temido, cerrando la mano en un firme puño. Sinagra repitió la noticia en su mente, sorprendido, notando el disgusto, la desilusión, la frustración. Y si esos eran sus sentimientos, no imaginaba lo devastado que tenía que sentirse su amigo. Lo cansado y... perdido. Porque la Academia lo era todo para él. Lo había visto esforzarse todos los días para dar lo mejor de sí mismo. La mecánica era parte de él, parte de la razón por la que Vianney Lavallo existía y, si le quitaban eso, ¿qué iba a hacer?

Y entonces, con un tirón de estómago, supo que todo había sido por su culpa. Supo que había sido porque él se había metido. ¿Una pelea entre estudiantes? Seguro que pasaba a menudo. Tantos chicos metidos en una clase... Era sólo cuestión de tiempo que dos gallitos llegaran a los puños. Pero su intervención lo había cambiado todo. Porque los *thyraios* siempre lo cambiaban todo con su presencia: hablarles si no era para tenerlos como esclavos era poco menos que mancharse el espíritu, y no se concebía que nadie tocara a uno si no era para hacer que la letra de Aión entrara en su cabeza, muchas veces a costa de su sangre vertida.

Neith tragó saliva y bajó la vista, sintiendo que su estómago se contraía por el disgusto.

—Neith, escucha... —comenzó Via.

—Lo siento —Neith apretó los dientes—. Lo siento, Via.

A Lavallo se le rompió un poco el corazón mientras miraba su expresión. Su mandíbula apretada, la misma rabia que sentía en su propio pecho asomando a aquellos ojos marrones. Su taburete se acercó al de él. Sus dedos trataron de estrechar aquella mano, aunque fuera sólo poniendo la suya encima.

—No eres tú quien tiene que pedir perdón. No es..., no es justo. No es justo

que sientas que *tú* eres el problema. Yo no tenía que haber provocado a Strauss.

—Pero si yo no me hubiera metido, sólo habría sido una pelea más. Lo sabes, Lavallo. Sabes qué te ha condenado, ¿verdad?

—¡Sí, lo sé! —Via ni siquiera pareció reparar en cómo alzaba la voz, pero cuando lo hizo trató de respirar y volver a bajarla—. Sé muy bien qué me ha condenado: que el padre de Strauss es uno de los principales financiadores de la Academia. Han usado tu aparición, pero quizá me habrían metido drogas en el maletín en otro momento con tal de tener una excusa para una expulsión irrevocable. Y lo habrían conseguido de igual manera, porque él tiene el dinero y, por tanto, el poder para hacerlo.

Había rabia en su voz, pero más que eso: había desesperanza. Neith recordó todo el desafío que mostraba su expresión el día que hablaron en San Milie, cuando Arabella Medici los descubrió juntos, pero ya no se veía ni rastro en sus rasgos. Era como si, por fin, se hubiera rendido.

Y, sin embargo, su mano seguía apretando la de él. Sus ojos seguían en los suyos. Como si hubiera claudicado con todo, excepto con lo que les unía.

—Dime qué puedo hacer —le pidió. En realidad, sabía la respuesta ya antes de que Via respondiese.

—Nada. Esto no es...

—¿Mi problema? —se apresuró a decir Neith—. Yo diría que un poco sí.

—Neith...

—Escucha, seguro que puedo...

—¿Es que quieres acabar en manos de los censores?

Neith, que había alzado la mano para ponerla sobre su hombro, se detuvo a mitad del movimiento. Se quedó palpando el aire, con expresión confundida, sin saber qué decir. Sin saber qué se había perdido, porque era obvio que aquella pregunta no era casual.

—¿Los...? ¿Qué tienen que ver los censores con esto, Lavallo?

Via bajó la cabeza e inspiró antes de reunir el valor para hablar.

—Había uno, ayer, en el despacho del director. Al parecer, le llegaron

rumores de que un alumno de la Academia había defendido a un *thyraio*. — Neith abrió la boca, pero no lo interrumpió. No hubiera podido, aunque fuese su intención, pues en su acompañante parecía haberse roto al empezar a hablar algún tipo de contención, y ya no podía detenerse—: Lo siento. Te prometí que nunca iba a darte de lado, pero tuve que jurar que no sabía quién eras. Que si me pegué con Strauss no fue para defenderte, sino porque estaba enfadado con él. — Se encogió, vulnerable, y pareció aún más menudo de lo que era—. Tenía miedo. Nunca había tenido a uno tan cerca. Pensé que me descubrirían. Parecía que iba a poder ver a través de mí, a través de Vianney, y...

Calló, casi jadeante, cubriéndose un poco más con su bata, como si se sintiera demasiado expuesto. Se había quedado todavía más pálido, algo tembloroso, y Neith tuvo la tentación de abrazarlo. De susurrarle que todo saldría bien. Pero era de los censores de quienes estaban hablando y una de las primeras cosas que había interiorizado era que tenía que apartarse del camino de sus sotanas moradas.

El sabor agridulce de su bebida le subió por la garganta y se levantó, dando un paso atrás. Poniendo distancia entre él y Lavalle. Él también se sentía expuesto, aunque sabía que no había nadie más que ellos dos en la cocina. Aunque sabía que Via jamás lo habría delatado.

Pero el miedo no provenía de la razón.

—¡*Sorde!* —blasfemó, al borde del pánico. Se sentía haciendo equilibrios sobre una cuerda floja, a punto de caer al vacío, y el vértigo estaba haciendo estragos—. Tengo que salir de aquí.

Via lo miraba con consternación.

—Está bien, no pasa nada. Ya...

—¿Crees que cuando alguien es sospechoso de herejía hace un juramento y todo se acaba? —lo interrumpió él—. Los censores hacen su trabajo a conciencia, Lavalle. Y si tienen que marcharse una vez para que bajes la guardia, lo harán. No vamos a darle la oportunidad *a nadie* de que me vuelvan a ver cerca de ti.

Su interlocutor también se levantó. Lo hizo con la intención de coger sus manos, de pedirle así tranquilidad, pero Neith no podía permitir que lo hiciese. No podía permitir que se ensuciase más de él. Sabía que no estaba siendo lógico, que no estaba sucio, pero había un lugar de su mente donde todos los años de opresión, de decirle que era inferior, habían hecho mella. Se sentía insuficiente. Pero lo que más sentía, por encima de todo, era la certeza de que, hiciera lo que hiciera, estar cerca de él no hacía sino causarle problemas a Via.

—Neith, tranquilo —oyó que le decía—. Sólo necesitamos tener cuidado durante unos días. Los censores tienen problemas mucho más importantes que un rumor sobre un adolescente, ¿no crees? Se olvidarán, si es que no lo han hecho ya.

No. No funcionaba así.

—Esos hombres piensan que una manzana podrida puede estropear todo el cesto. ¿Has conocido a alguien que fuera condenado por ellos? No hablo de una noticia impersonal en un periódico. Hablo de *conocer*.

Sus ojos se encontraron y Via debió de temer lo que vio en ellos, porque aspiró con fuerza antes de negar con suavidad.

—No —concedió.

—Pues yo sí. Fue alguien a quien durante un tiempo llegué a considerar amigo. —Neith apretó los dientes. Había pasado hacía años, cuando apenas era un muchacho que tenía que aprender a sobrevivir solo. Era algo que prefería olvidar. Algo que también lo había mantenido alejado de la gente hasta que Via Lavalle se cruzó en su camino e insistió en quedarse—. ¿Sabes cuál fue su crimen? Ninguno. Simplemente ser negro y estar demasiado cerca de la escena de un robo que había cometido otra persona. Así es como funciona: si los censores te consideran sospechoso de algo, tienen el poder para declararte culpable sin más.

Se dio la vuelta. Se puso la gorra y luego la chaqueta. Las palabras le quemaban en la boca tanto como el recuerdo en el corazón. No sabía en qué momento se había permitido la oportunidad de olvidar cómo funcionaban las

cosas, pero ahora tenía la certeza de que había sido un error.

—Me dijiste que no ibas a alejarte de mi lado.

Las palabras de Via sonaron tan desesperadas que Neith tuvo que detenerse con el brazo a mitad de manga. Cogió aire, aunque le daba la espalda.

—No te estoy abandonando. Sólo... necesito salir de aquí esta noche. No he debido despertarte. —Se sentía miserable, como si estuviera rompiendo una promesa. Como si todo se estuviera rompiendo, en realidad—. Pero no vuelvas por San Milie. —Se arregló la chaqueta, aún sin atreverse a mirarlo—. Buscaré un sitio nuevo en el que podamos vernos. Te avisaré.

No esperaba una respuesta y, de hecho, no iba a quedarse a escucharla. Estaba decidido a hacer el camino de vuelta a su cuarto al amparo de la noche. Pero entonces sintió la mano de Via en su muñeca. Y un segundo después, paralizado, notó cómo apoyaba la frente en su espalda. Cuando sus brazos se cerraron a su alrededor, desde atrás, Neith se quedó sin respiración.

—¿Via? —Su nombre salió de sus labios sólo con pensarlo, aunque su corazón latía tan rápido y fuerte que el susurro apenas lo escuchó.

No entendía qué estaba haciendo. No entendía cómo se podía haber sentado ante ese improvisado tribunal en la Academia, donde lo juzgaban por haberlo visto con él, y aun así abrazarlo.

—Pase lo que pase —susurró Lavallo, aferrándose a él con más fuerza— y diga lo que diga el resto del mundo, sigues siendo una de las mejores cosas que me han ocurrido en la vida, Neith Sinagra. Por favor, no... No lo olvides.

Él tragó saliva. Le resultó un esfuerzo titánico, pero alzó los brazos lentamente y, con cuidado, casi temiendo que la noche misma pudiera romperse si hacía un movimiento brusco, posó las manos sobre las de Via.

No respondió. No creyó que hiciera falta. A fin de cuentas, ambos sabían todo lo que los unía en aquel momento.

Y también todo lo que los podía separar.







CUARTA PARTE:  
LOS MISERABLES DE GINEYKA

## ***Capítulo 31***

***17 de bat de 3705 d. G.***

***Kiteria, Gineyka***

Eran rosas, rosas hasta el final, con algunos arbustos de mirto mezclados en el camino que, suponía, en verano florecerían y mancharían de blanco el jardín. Ahora, sin embargo, sólo eran manchas verdes, perennes, que resistían al frío que el segundo mes del otoño había traído consigo. Saroi Koplari arrancaba algunas de las hojas al pasar y se las restregaba contra los dedos, queriendo grabarse su textura en las yemas. Desde que había conocido a Eider, que no podía ver pero que usaba los otros sentidos de una forma en la que Saroi no había sido consciente de que se podía hacer, tendía a hacer esas cosas: a tocar como si fuera la primera vez o a cerrar los ojos y escuchar como nunca se había permitido hacer. Había empezado a pensar que había estado dependiendo demasiado de la vista y que, de hecho, eso se podía comprobar en sus poemas, donde hablaba de colores y de formas, pero no de aromas ni de la sensación de los rayos de sol contra su piel ni del sonido de las hojas cuando pasaba un soplo de brisa entre los arbustos.

Si era posible, su amistad con Eider (a él le gustaba pensar en esos términos, aunque a veces sentía que su amigo se limitaba a tolerarlo) le estaba dando una perspectiva de la vida diferente y agradable, y creía poder empezar a ver sus frutos. A Udane, al menos, parecía gustarle lo que escribía últimamente, y él se sentía feliz por ello. Le agradaba estar avanzando y que alguien lo apreciara, pese a que sabía que sólo unas pocas personas disfrutarían de sus poemas. En realidad, suponía que el tamaño de su público era lo de menos, porque nunca se

había sentido tan lleno como cuando leía en voz alta para Eider o Udane y ellos sonreían.

Quizá su nueva vida no estuviese tan mal, pese a todo el miedo que el cambio había plantado en él.

Dio la vuelta sobre sus talones y desanduvo el camino por el jardín. Sólo estaba haciendo tiempo hasta que el doctor Lavallo acabara con Eider, como cada día. Durante los casi veinte días que llevaba allí, había visto al *zuri* llegar e irse, acompañado de su traductora, pero prefería no estar demasiado cerca cuando él se encontraba en la casa. No porque le tuviera miedo, pero había algo en él que no le gustaba. Eider le había dicho que no le agradaba especialmente, aunque no le había dado más explicaciones, y Saroi había decidido que tampoco iba a preguntar. Le bastaba con saber que el hombre estaba allí con una buena razón: no sólo iba a devolverle la vista al hijo de la vicepresidenta, sino que, además, iba a traer remedios para más enfermedades y curas que harían que la gente viviese más y mejor. Eso había dicho Udane un día mientras trabajaban en su despacho, al menos, y él no tenía ningún motivo para ponerlo en duda. Su adoptante no tenía razones para mentirle.

Pese a sus deseos de evitarlo, se tropezó con el extranjero cuando este salía de la salita donde solía reunirse con su paciente. La mujer, Laetitia, iba justo detrás con la expresión neutra de siempre. Nunca la había visto sonreír, mientras que el hombre sonreía demasiado, todo el tiempo, como si pensase que eso lo hacía más agradable a ojos de todos. Saroi tenía la sensación de que por eso, porque siempre la esgrimía, su sonrisa no podía ser real.

—Buen día —lo saludó el hombre aquella mañana, tocándose el ala del sombrero que se estaba poniendo para salir a la calle. Tenía un fuerte acento que no se parecía a nada que Saroi hubiese escuchado antes, pero lo había saludado en gineykano—. Hace una mañana preciosa, ¿verdad?

Eider le había advertido que empezaba a hablar en su idioma y que procuraba practicar siempre que podía, algo que el muchacho tenía que halagar. No debía de ser fácil acostumbrarse a un país nuevo, pero más difícil tenía que ser

aprender el idioma y pasar a pensar con palabras que hasta hacía unos meses no sabía que existían.

—Sí, señor —respondió él, con una sonrisa tímida, tratando de hablar claro y despacio para ponérselo un poco más fácil—. Que tenga un buen día.

Tampoco tenía mucho más que decirle, así que se escabulló entre los *zuris* y la pared y camino con un poco más de brío hasta la sala, donde encontró a Eider sentado delante de la ventana abierta, con *Zakur* a sus pies. El perro ladró al verlo y movió la cola, y Saroi dejó escapar una risa cantarina antes de decidir que lo primero de todo era saludarlo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó a su amigo, mientras el animal se revolvía bajo su mano e intentaba estirarse para lamerle la cara. El resultado fue el de siempre: acabó tirando a Saroi y pasándole la lengua por la mejilla mientras él protestaba, aunque no muy en serio.

Eider se encogió de hombros, como de costumbre. Después de las visitas del médico, no solía estar muy receptivo, pero Saroi se había habituado a ir a verlo después de ellas y hacerle una infinidad de preguntas. Lo vio ponerse en pie, con seguridad, y supo que se dirigía hacia el piano.

No lo interrumpió: se quedó allí sentado, con los brazos alrededor del cuello de *Zakur*, que había acomodado la cabeza en su regazo. Cuando Eider se sentó en la banqueta y abrió la tapa del piano, él ya estaba preparado para dejarlo todo atrás. Se sentía emocionado por saber adónde lo transportaría aquel día la música, porque cada día visitaba un lugar nuevo: un campo de flores, un valle nevado, una ciudad llena de gente en la que nunca había estado, el coche de un tren vacío.

Aunque cerró los ojos, no ocurrió nada. Saroi lo miró con precaución, extrañado, pero el chico se había quedado allí inmóvil, con las manos a punto de caer sobre las teclas del piano. Parecía una estatua de ébano, con la cabeza inclinada hacia delante, como si escuchase a alguien que estuviera a punto de darle la entrada a un compás.

—¿Eider? —murmuró—. ¿Te encuentras bien...?

Él no se movió. Lo vio humedecerse los labios y se preguntó si estaría sopesando una pregunta. Parecía, desde luego, a punto de decir algo. A punto de hablar.

Pero el momento pasó. Fueron sólo unos segundos de duda y entonces, como un trueno resonando en un día de verano, las notas, terribles y profundas, empezaron a sonar. Partieron la calma de la habitación en dos y después continuaron haciendo trizas esas dos partes, hasta que los añicos se fueron acumulando en el suelo. No era una canción hermosa. O, más bien, no era una canción que hablase de cosas hermosas. Era pura frustración. Pura agonía, que inundó a Saroi en aquel sentimiento y le impidió respirar. Parecía una discusión, un grito al que no podía ponerle palabras. Sintió ganas de levantarse e ir junto a Eider y abrazarlo como sólo había abrazado a los miembros de su familia. Supuso que estaba escuchando la tempestad que había tras el silencio del joven Haizea y se sintió privilegiado de que la desatase ante él y, al mismo tiempo, devastado por ella. Pensó que no era más que un intruso, que lo había sido desde el primer día, entrando en esa habitación casi sin permiso. Pero pensó, también, que no podía llamarse intruso cuando era obvio que nunca se le había echado de allí. Aun así, quiso pedir perdón. Aun así, deseó poder hacer algo por él. Mas sólo podía presenciar la escena y sentir que el corazón le iba a estallar de pena. Lo único que podía hacer, mientras Eider gritaba en silencio y se mostraba ante él sin disfraces, era apartar la mirada y seguir escuchando.



Una hora después, Saroi estaba en su cuarto, al que se había acostumbrado con el paso de los días. Era más grande que el que había tenido en casa de su madre, pero también era menos especial, porque en él había menos recuerdos suyos y más de otros habitantes, de gente que ni siquiera había conocido, con otros apellidos y otra familia, que le recordaban que no pertenecía originalmente allí.

Que era un intruso, como cada vez que escuchaba a Eider tocar. Como se había sentido aquel día, desplazado y abrumado, tratando de protegerse de la lluvia sin paraguas, mientras esta no dejaba de caer sobre él. Había sentido las gotas, estaba seguro, y le habían dolido todas y cada una de ellas.

Y ahora estaba intentando pasar ese sentimiento a papel. Con el corazón todavía encogido y la sensación de que estaba poniendo en esas palabras más de sí mismo de lo que debería dejar entrever, el muchacho se convirtió en sonido y se deshizo como la tinta sobre el papel.

Cuando pensó que estaba hecho, que ya no había vuelta atrás, que se sentía tan desnudo sobre sus sentimientos como había visto a Eider mientras tocaba, relejó una y otra vez sus propias palabras y se levantó. La señora Koplari solía decirle que escribir no siempre tenía que ser un acto de felicidad o para sentirse bien. Más bien, le explicó, había veces en las que la escritura tenía que revolver algo dentro de él y hacerlo sentir cosas que ni siquiera sabía que estaban ahí. Con aquel poema había entendido mejor aquel comentario, porque se sentía expuesto e incómodo y descubierta, pero también como si se hubiera quitado una gran losa de encima. Como si se hubiera vaciado un poco.



Era, probablemente, lo más duro que había escrito nunca. Lo más oscuro.

Y era, sin ninguna duda para él, lo mejor que había hecho. Al menos, hasta que lo volviese a leer al día siguiente y dejara de estar seguro de nada.

Pero aquel día, en aquel instante, sentía el orgullo suficiente como para salir de su habitación, con los dedos aún manchados de tinta, y apresurarse a enseñárselo a la mejor poeta que conocía, que lo vio entrar en su despacho y recibió su nueva obra con una sonrisa. El gesto, sin embargo, no le duró mucho. En cuanto empezó a leer, su expresión también comenzó a cambiar. Su ceño se frunció y sus comisuras fueron cayendo despacio.

Saroi supo que había terminado porque lo miró sobre el borde del papel con



una expresión que todavía no había visto en ella. No parecía triste, sino pensativa, pero, sobre todo, distinguió la fascinación en sus ojos.

—Esto es... extraordinario —dijo con voz suave—. No es en absoluto como lo que habías hecho hasta ahora, y no sé si felicitarte o preocuparme por ti. Es mucho más maduro que tus otros poemas.

El muchacho sintió el calor en las mejillas y la vergüenza le hizo bajar la vista.

—Yo... —titubeó. Aunque iba a decirle de dónde había salido, no se vio capaz. Era algo muy personal. Ni siquiera estaba seguro de que fuera del todo suyo. Había mucho de Eider en las palabras que había elegido y en la musicalidad de los versos, pero eso no podía decírselo—. Ha sido un momento de inspiración, supongo.

Udane entornó los ojos, pero, por suerte, no le hizo preguntas al respecto. Sin duda, ella tenía que saber de sobra cuándo no quería hablar de un tema. A veces, de hecho, lo sorprendía averiguando cómo se sentía, como si supiese qué se le pasaba por la cabeza, y Saroi no sabía si se trataba de que él era transparente o de que ella conocía bien a las personas.

—Ya me gustaría a mí tener momentos de inspiración como estos —bromeó la señora Koplari, mirando a su adoptado por encima del borde de sus gafas.

—Estoy seguro de que no es para tanto... —Saroi se revolvió en su asiento—. Sus poemas son infinitamente mejores.

Ella sonrió aún más.

—Pero tú eres mucho más joven. Estoy segura de que todavía tienes mucho que mostrarle al mundo. —La vio ladear la cabeza y echarse hacia delante, pasando los dedos sobre el papel, como si estuviese sintiendo la hoja y las líneas de tinta—. ¿Se lo has enseñado a alguien más?

Él sacudió la cabeza. Bastante complicado había sido ya mostrárselo a ella. De hecho, no sabía si sería capaz de leérselo a Eider. Aunque lo estaba deseando, la perspectiva también lo aterraba. ¿Y si podía verse en aquellas líneas? ¿Y si le molestaba? ¿Y si había cogido demasiado de él como inspiración? ¿Y si había

demasiado de *sí mismo*? Eider era muy perspicaz. Podía ver a través de las personas incluso con más certeza que Udane Koplari, eso era algo que había descubierto de él. Era como si ningún secreto estuviera a salvo en su presencia.

—¿Me lo regalarías, Saroi? Creo que, de ti, es mi poesía favorita.

El muchacho abrió la boca. La miró, sin saber que contestar, y estuvo a punto de decir que no. Que era suyo, demasiado personal, y no podía regalárselo a nadie. No, por lo menos, a *ella*. Quizá sí a Eider, porque él había sido quien lo había inspirado.

Pero ella era su adoptante y no podía negarse a una de sus peticiones sin más, sobre todo cuando por lo general no le pedía nada. Le había dado un hogar. Le había dado una nueva familia y, a cambio, había librado de un problema a su madre y su hermana. Era gracias a esa mujer que comía y tenía una cama cómoda en la que dormir cada noche. Ni siquiera lo había tocado todavía, pese a que podría pedirle hijas. Pese a que estaba en su derecho.

Y gracias a ella, también había hecho un amigo.

Por eso se tragó las palabras que deseaba decir y, saboreando algo amargo que no sabía que se le había posado sobre la lengua, asintió.

—Claro, señora Koplari. Al fin y al cabo, ese poema no existiría si no fuese por usted.

## Capítulo 32

*18 de bat de 3705 d. G.*

*Kiteria, Gineyka*

Eider Haizea siempre había tenido muy claro que no sería el héroe de su propia historia. Más bien, suponía, era un personaje secundario de las historias de otros. Los ciegos nunca son los protagonistas, así que a veces tan sólo se preguntaba a qué papel servía su vida en otras existencias. Existen personajes secundarios que tienen una misión verdaderamente importante, aunque sea durante unos breves momentos, y otros que son simple escenario; por lo general, él se consideraba de los segundos. Por ejemplo, en la historia de Tulio Lavallo, él era la excusa, lo que movía al protagonista: de no haber sido por Eider, Tulio jamás habría llegado a Gineyka, porque Arama Haizea no habría contactado con él para que *solucionase* la ceguera de su hijo. En la historia de Arama Haizea, él era sólo una de las desgracias de una gran heroína, una de las vicisitudes que tenía que pasar. En la de su padre quizá fuese algo más, breves momentos de alegría para contrastar con los de inmensa pena. En la de Gadea probablemente no era más que una mención a pie de página.

Eider se preguntaba qué papel tendría en la historia de Saroi Burgoa. Se había negado a pensar en él como Saroi Koplari, en primer lugar porque le resultaba extraño que tuviera algún tipo de relación con Udane y en segundo lugar porque una parte de su espíritu, muy pequeña, se revolvía ante la idea de que los hombres tuvieran siempre que dejarlo todo atrás, desde sus sueños hasta sus apellidos.

El joven Haizea había llegado a la conclusión de que su papel en la historia

de Saroi era el más importante que se le había otorgado hasta la fecha. Comenzaba a pensar que le había tocado, ni más ni menos, ser el mejor amigo del protagonista. Aunque, para ser sinceros, Eider dudaba que alguien como Saroi pudiera considerarse a sí mismo protagonista de nada. Respecto a su misión de mejor amigo, quizá sólo fuera el deseo de ser eso mismo. Eider, siempre apartado en la casa, siempre aislado del mundo, no había podido tener nunca nada semejante a un amigo, así que había decidido que, si aquel muchacho seguía visitándolo y hablando con él todos los días, debía de ser aquello.

Durante todas las tardes desde que se conocieran, Saroi aparecía y, cuando Eider no tocaba el piano, hablaba. Hablaba muchísimo. Hablaba más de lo que Eider pensaba que se podía hablar. Siempre lo hacía con aquella voz de melodía, con su aire ensoñador. A veces le leía, sus poesías o las de otros; en otras ocasiones le hablaba de su familia, de su hermana Irati o de sus hermanos, el mayor y los gemelos, y de cómo era la vida en su anterior casa o de anécdotas de una infancia simple, sin lujos y con algún aprieto, pero feliz la mayoría del tiempo. En ocasiones, incluso describía el jardín tal y como lo veía (más soleado, más lluvioso, con mariposas, sin ellas) y a Eider le gustaba *ver* a través de sus palabras. Su voz siempre era limpia, como el sonido de un riachuelo fluyendo siempre a su ritmo natural.

Aquel día, sin embargo, era como si una gran piedra bloquease el fluir del río y este fuera más intermitente en su manar.

—¿Qué ocurre?

Por lo general Eider no tenía que preguntar nada. Saroi hablaba tanto, todo el tiempo, con aquella sencillez y aquella inocencia incorruptible, que siempre le había parecido que decía sólo lo que pensaba. Por supuesto, no era idiota y sabía bien que a las personas se las conoce mejor por sus silencios, por lo que no dicen.

Hubo un silencio, de hecho, lleno de sorpresa. Oyó con claridad cómo el platito de té de su acompañante repiqueteaba cuando este dejó su taza sobre él.

—¿A qué te refieres?

La voz de Saroi siempre era un claro reflejo de sus emociones. Eso le gustaba a Eider: no trataba de esconder nada. Y si lo intentaba, le salía terriblemente mal. En ese momento, sus palabras rebosaban nervios.

—Tu voz está llena de dudas y de distracción hoy. Has dicho ya tres veces que parece que va a llover, y no creo que sea porque pienses que no me he enterado a la primera. ¿Qué ocurre?

Escuchó cómo Saroi tragaba saliva. Ladeó la cabeza para atender al silencio que sobrevino después. Contó cuánto duró.

Uno.

Dos.

Tres segundos.

—No tiene importancia. —Las patas de la silla rasgando el suelo cuando su compañero se revolvió en el asiento—. Quiero decir, no tienes de qué preocuparte. —El platito, cuando Saroi lo movió, como si tuviera que comprobar que estaba en perfecto estado—. No es nada.

Eider Haizea se había autoproclamado mejor amigo del protagonista en la historia de Saroi Burgoa y estaba convencido de que alguien con ese papel no permitiría que tal conversación quedara así. De modo que, con el rostro serio y las cejas alzadas, dijo:

—Habla, Saroi.

Y Saroi suspiró, porque Eider era experto en escuchar y Saroi, experto en hablar, aunque ahora las palabras parecieran negarse a acudir a él con la misma facilidad que siempre.

—Es sólo que... ¿Recuerdas la melodía que tocaste ayer, después de que se fuera el *zuri*?

—¿Qué pasa con ella?

Otro silencio. La silla. La taza. El plato. Un suspiro.

—Es... Bueno, puede que me resultase inspiradora. —Eider abrió la boca, pero no pudo decir nada, porque entonces fue como si la piedra en el riachuelo

se moviera y todo el agua contenida se convirtiese en una cascada—: Escribí un poema justo después, sobre lo que me transmitió. No sabía cómo decírtelo. Ahora pienso que fue algo estúpido. No debí haberlo hecho, porque eran tus sentimientos, en parte, y yo siento que los cogí y los robé, y a lo mejor eso te molesta, pero es que no podía dejar de pensar en la música y luego, cuando acabé, me sentía muy orgulloso y...

—¿Escribiste sobre mí?

Eider no solía interrumpir nunca a nadie, pero entonces lo hizo. No había malestar en su voz, pero sí una gran sorpresa. Y de veras la sentía: no creía que nada en él pudiera resultar inspirador.

—Bueno, más que sobre ti, sobre mi... perspectiva de ti y de tu música.

El hijo de la vicepresidenta Arama no era alguien acostumbrado a dudar. Tampoco es que tuviera sobre qué dudar, habitualmente. Nadie esperaba nada de él ni solía meterse demasiado en los sucesos a su alrededor; cuando actuaba y hablaba, lo hacía con bastante seguridad porque siempre eran cosas muy calculadas a partir de lo que ya había analizado previamente.

Pero entonces dudó, porque no creyó poder entender del todo las palabras que Saroi le estaba dirigiendo.

—¿Y qué perspectiva es esa? —preguntó—. Sólo soy yo. Sólo es mi música. *Sólo.*

La taza de té tintineó cuando Saroi la dejó con brusquedad sobre el plato.

—¿Bromeas? —Eider alzó las cejas ante aquel tono de voz tan incrédulo—. ¡Tú no eres *sólo* tú! ¡Y tu música no es *sólo* tu música! No sé si te das cuenta, pero es obvio que pones muchísimo en ella. Y a mí me pareces alguien muy interesante. —La voz de Saroi de repente era ventisca, un aire apasionado que soplaba fuerte y rápido y lo sacudía todo—. Creo que tienes mucho que decir y que sabes muchísimo de las personas, aunque lamento que no hables más. A veces te quedas ahí, escuchándome, y lo cierto es que impones un poco y no puedo dejar de pensar en si te pareceré tonto o si lo que digo tiene algún tipo de sentido.

La vergüenza no era un sentimiento que Eider acusara demasiado, por eso quizás le llegó con más fuerza. Fue él entonces quien se removió en su sitio y quien tuvo que coger su taza de té. Una cosa que no le gustaba de no ver era no saber cómo le estarían mirando los demás: eso era algo que siempre se tenía que imaginar. En aquel momento le habría gustado saber a ciencia cierta que Saroi no estaba observando su cara y dándose cuenta de su azoro, pero, por si lo hacía, se dedicó a beber un sorbo del líquido con calma, esperando que la tacita fuera suficiente para cubrir su rostro. Después de aquel trago, recobró la compostura y su expresión neutra y decidió que, por mucho que él no fuese el que solía hablar, tenía que decir algo:

—Lo único sin sentido que creo que has dicho desde que te conozco es que yo te pueda considerar tonto.

No mentía. Opinaba que hablaba lo bastante poco como para perder el tiempo en escoger palabras para mentir.

Supuso que en el siguiente silencio fue el turno de Saroi de sentirse avergonzado. Al final, cuando su voz resurgió, era apenas un susurro diminuto, como una nota musical tocada con duda:

—Te debo de parecer un niño. Tú eres mucho más listo y maduro que yo. A veces me parece bastante increíble que me dejes hacerte compañía. No sé si estoy a la altura.

—Bien, aparentemente *hoy* es tu día de decir tonterías —rebatía Eider de inmediato—. ¿Eres consciente siquiera de que tú eres mayor que yo?

—Eso no tiene nada que ver con ser maduro o ser más listo. A veces me siento... bastante crío, en realidad. Tu parece llevarlo todo con más... entereza.

Probablemente la intención de Saroi era decir algo halagador, pero a Eider aquellas palabras sólo le llegaron como una bofetada. Sabía que era así como se lo veía desde fuera y siempre le había parecido bien: si quienes estaban a su alrededor no sabían lo que sentía y pensaba, si creían que era inflexible y templado, capaz de asumirlo y superarlo todo, todavía tendría una ventaja sobre ellos.

Pero los mejores amigos de los protagonistas no deben tener ventaja sobre ellos. Y menos una ventaja basada en una imagen incierta.

Se sintió un fraude.

—No es verdad.

—¡Sí que lo es! Eres serio y contenido, y seguro que si mañana una mujer viniese a verte serías el perfecto adoptado y...

—Escúchame —lo interrumpió con cierta sequedad—; eso es lo único que sé hacer yo mejor que tú, escuchar, así que aprende un poco. He dicho que no es verdad. No es modestia. Es sólo que no es verdad. No llevo nada con entereza. En realidad, estoy enfadado. Estoy muy enfadado todo el tiempo.

Las razones del enfado de Eider Haizea eran muchas. Habían empezado tanto tiempo atrás que ya había perdido de vista en qué momento había comenzado. Al principio sólo era pena. Un deseo de ser algo más, de sentirse querido y apreciado. Pero después, con cada comentario que le había hecho sentir inútil, con cada ocasión en la que se había visto sin un futuro, cada vez en la que le habían hecho creer que ni siquiera serviría para lo poco que servían los hombres, la pena se había ido convirtiendo en un sentimiento que a veces se le antojaba un monstruo ansioso esperando en la boca de su estómago, deseando siempre saltar, en estado de alerta, vigilante y calculador y lleno de hambre porque nunca se le había dejado devorar a nadie y destrozarlo con sus fauces.

Eider tendía a imaginarse sus propios sentimientos con forma de canción y sabía muy bien cómo había ido evolucionando aquella pieza dentro de él: había comenzado anhelante y suave, pequeña, de notas largas y distraídas, y en algún momento la longitud de las notas había ido menguando, los golpes eran más bruscos, la velocidad había aumentado, y todo en general se había convertido en un caos que no sabía cómo seguía conteniendo.

Para su sorpresa, parecía que Saroi había oído perfectamente esa música:

—Lo sé, sé que estás enfadado —dijo tras un titubeo—. Y triste. Y frustrado. —Conocer a Eider Haizea pasaba por conocer sus silencios, y aquel que siguió fue una confirmación—. Pero nunca te he visto actuar dejándote llevar por todo



eso. No gritas a la gente. No te he visto llorar ni ser violento. Eso también es entereza.

—No. —Su ceño se frunció levemente—. Eso es cobardía, Saroi. Apatía, si lo prefieres. Porque siempre que estoy a punto de hacerlo, a punto de romper, de mostrarlo todo, al final pienso: ¿para qué? Y nunca encuentro una razón lo bastante buena para responderme.

—Pero sí que demuestras esos sentimientos. Con tu canción, por ejemplo...

Eider suspiró.

—Eres la única persona que ha querido ver algo más en mi música que sólo notas, Saroi. Para el resto del mundo es ruido de fondo. —La voz de Eider solía ser siempre segura y firme, porque no podía permitirse otra cosa y porque consideraba que para lo poco que hablaba tenía que dejar muy marcado todo lo que dijese. Sin embargo, sonó casi como un susurro cuando continuó—: Sólo soy ruido de fondo. Según para quién, uno bastante molesto.

—¡Eso no puede ser cierto!

Eider casi dio un brinco en su sitio. Supo que Saroi se había levantado porque la silla se arrastró contra el suelo y sus palabras fueron subrayadas por sus pies encontrando el suelo. Otro tintineo de la vajilla cuando sus manos casi chocaron contra la mesa. El hijo de la vicepresidenta alzó una ceja, preguntándose desde cuándo Saroi Burgoa tenía tanto carácter. Le pareció interesante, porque creyó ver que aquel muchacho también tenía algún animal dentro de él. Quizá no fuera una bestia sedienta de sangre, como el suyo, sino un ave deseando echar a volar.

—No eres ruido para nada. No... No puedo creerte. Estoy seguro de que tu madre te adora y de que se te quiere mucho más de lo que piensas.

La carcajada en respuesta fue sarcástica.

—Para mi madre en especial soy una pieza defectuosa, Saroi. Gadea es la brillante: la mujer, la ingeniera, la capaz de hacer lo que sea. Yo sólo fui... el intento fallido de repetirla.

—No te permito que hables así. —Eider llegó a levantar la cabeza, con incredulidad, ante la exigencia—. Es muy injusto. Tú eres tú y tu hermana es

otra persona diferente. No puedes compararte. *Nadie* debería compararse con otra persona.

Quizá fue por la sorpresa o quizá porque muy en el fondo Eider sabía que su amigo tenía razón, pero su decisión en cualquier caso fue callar. Ni siquiera tenía claro cómo la conversación había pasado a ser sobre él, cuando por lo general nunca se hablaba de él. Las historias hablan del protagonista, no del personaje secundario. Así que decidió que lo mejor que podía hacer era redirigir la conversación a donde siempre debía haberse mantenido:

—¿Me vas a leer la poesía?

Prestó mucha atención a los sonidos que siguieron a continuación: el peso de la persona que tenía al lado se cambió de un pie a otro y un sonido estrangulado nació del fondo de su garganta. La silla volvió a sonar cuando se deshizo sobre ella como si acabara de perder toda la vigorosidad que había tenido hasta ese mismo momento.

—No... No puedo. No la tengo.

Eider frunció el ceño.

—¿La has perdido? —Meneó la cabeza—. Quizá sí seas un poco tonto, después de todo.

—No es eso —respondió Saroi, avergonzado—. Es... Se la enseñé a la señora Koplari y me pidió que se la regalase.

El joven Haizea fingió que no se sentía decepcionado. Pero lo hacía. Le habría gustado saber con qué palabras había explicado Saroi la música que llevaba dentro.

—Oh. Debía de ser muy buena, entonces. Felicidades.

—Lo siento. No supe decirle que no. No creo que pueda hacerlo...

El muchacho se encogió de hombros.

—¿Por qué me pides perdón a mí? Es tu poesía. Puedes hacer lo que quieras con ella. —Se permitió dudar durante un segundo y después apoyó la cara en una mano—. Eso incluye negarte a darla, si no es lo que quieres, para próximas ocasiones. Udane Koplari puede ser tu adoptante, pero eso no significa que

debas hacer todo lo que ella te diga sin pensar en lo que tú deseas.

La voz de Saroi siguió bajando de volumen como si el momento en el que se había alzado hubiera sido sólo una ilusión:

—En realidad, la poesía también es un poco tuya. Al fin y al cabo, no la habría escrito de no ser por ti.

Una vez más, los silencios revelaban más que las palabras y Eider se fijó en que no hubo una respuesta sobre lo que Saroi estaba dispuesto a negarle a Udane o no. Sintió a la bestia en su estómago darle una dentellada al aire ante la perspectiva de que esa mujer tuviera todo el poder del mundo sobre su amigo.

Pero no dijo nada al respecto, porque ¿para qué?

—Me habría gustado escucharla.

Un titubeo.

—Creo que podría recitártela. Puede que no sean todas las palabras iguales, pero... podría hacer un intento. Todavía la tengo bastante reciente.

Eider dio un ligero respingo. Aunque siempre era contenido, no pudo evitar que su rostro se transformase. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había emocionado con algo, pero en ese instante lo hizo.

—¿De verdad?

Los nervios de Saroi resultaron evidentes:

—¡Pero no es nada del otro mundo! No sé si te hará justicia, y es probable que ni siquiera te guste, y...

—Sí, puede que seas tonto, después de todo.

—¡Eider!

El muchacho casi se sorprendió de oír su propia risa. Era un sonido al que no estaba acostumbrado y, cuando surgió de sus labios, le pareció extraño. Quiso creer que, pese a su voz quejicosa, Saroi al menos sonreía a su vez.

Escuchó el silencio una vez más, entre ellos, y le pareció el más cómodo y agradable del mundo. Después, comenzó la poesía, en la que se vio reconocido, y tan sólo cerró los ojos como si fuera a dormir y se dejó llevar.

Las palabras le parecieron más música que nunca.

## **Capítulo 33**

**19 de bat de 3705 d. G.**

***Kiteria, Gineyka***

La casa en la que había vivido Udane Koplari desde que nació hasta que tuvo doce años se había construido en una de las verdes laderas de un risco sin árboles desde el que se veían las claras aguas del océano. Udane había adorado correr por aquellos anchos prados y desafiar a sus hermanas a asomarse al amplio acantilado. Había visto la superficie del mar calmada como un embalse y también revuelta bajo una tormenta que iluminaba el cielo de rayos y donde el viento tempestuoso parecía hacer temblar los cimientos de la casa.

El poema de Saroi le había hecho recordar eso. Aun en ese momento, mientras lo leía en voz alta para Arama, creía poder sentir el miedo en la boca del estómago, el frío y el retumbar del trueno, que no tenía nada que envidiar a lo que imaginaba que sería el fragor de una batalla. Podía oler la lluvia suspendida en el aire, a punto de caer contra la tierra. Porque aquellos versos eran bruscos y punzantes, puro sentimiento desencadenado, enfado a flor de piel. No entendía cómo habían salido de aquel chico que había visto tan cándido, a veces melancólico pero sobre todo simple y sincero. Y no podía evitar preguntarse qué guardaría en su alma para haber creado con semejante pasión.

Cuando al fin terminó de leer, cuando sus propias palabras cayeron al suelo, tan sólidas como ella misma, alzó la vista del papel. Como en el caso del primer poema que había visto de él, la hoja estaba ya doblada y agrietada, con las puntas deshechas y las líneas indefinidas bajo su tacto. Lo había llevado consigo todo el tiempo y lo había revisado una y mil veces, hasta que al final podría

haberlo recitado de memoria. No sabía qué buscaba en él, quizá comprender al chico o, a lo mejor, encontrar un hilo del que tirar. Porque si él, que había pasado toda la vida admirando su literatura, había escrito eso, ¿no debía de estar ella en alguna parte, escondida entre las líneas? ¿No tenía que haber algo de su espíritu en las rimas, en la puntuación? Creía que sí y, sin embargo, el único lugar en el que se había encontrado era en su propio cuerpo, en su corazón, en un sentimiento que el poema había despertado y que no sabía que llevaba tanto tiempo ahí, relegado, a la espera de que lo apartasen de su letargo.

Envidia.

Envidia de que le resultase tan sencillo escribir, de que fluyese tan bien, de que pareciera tener ese talento innato. Envidia de que crease tanto y de tanta calidad cuando nadie lo iba a leer, mientras que ella sentía que le costaba más que nunca, a pesar de que estaba en la cima de su carrera. No se lo había dicho a nadie, pero cada día se sentía más torpe. Esperaba con el corazón encogido a que alguien, en algún lugar, la mirase a los ojos y le dijera que ya no sonaba igual, que había perdido la frescura, que todo lo que escribía era lo mismo una y otra vez. Que era una farsante, que no entendía cómo podían haberla admirado, a ella y a su obra. Cada vez que pensaba en las posibilidades de que eso pasara, el nudo en la garganta le quitaba el aire y se planteaba renunciar. No quería decepcionar a nadie, pero, más allá de eso, no quería decepcionarse a sí misma. No estaba preparada para ser una vieja gloria. No estaba preparada para perder lo que más había amado en el mundo, más incluso que a Arama: la poesía.

Se negaba a dejar que nadie se la arrebatase.

—Vaya...

Udane enfocó a su *kide*. Se había ido muy lejos, pensando en ese muchacho y en todo lo que implicaba, pero se esforzó por volver a la realidad. La mano en la que sostenía el poema le temblaba ligeramente, así que volvió a doblar la hoja y la estrujó entre los dedos.

—¿Qué opinas?

La vicepresidenta parecía pensativa. Estaban sentadas en el alféizar de la

ventana de su dormitorio y Arama miraba hacia afuera, donde una tarde dorada de otoño había dejado paso a un ocaso lleno de una densa niebla. Las sombras de los árboles en el jardín parecían gigantes con los brazos alzados.

—Sabes que no soy ninguna experta.

—Pero también sé que tienes criterio.

Arama sonrió y al hacerlo pequeñas líneas aparecieron en los límites de sus ojos. Muy atrás parecía que hubiera quedado la última discusión que habían tenido, sobre el *zuri* y Eider. De hecho, ninguna de las dos volvió a mencionar aquel día y prefirieron hacer como si nada hubiera ocurrido. Si hubo algo parecido a una disculpa por parte de Udane, se materializó en una flor sobre la almohada de Arama. Si hubo algo parecido a una disculpa por parte de la vicepresidenta, fue un beso, una cabeza gacha y un abrazo que pareció enderezar lo que se había torcido.

—La única cosa en la que creo haber tenido criterio es pidiéndote que fueras mi *kide*, Udane. —Al ver que la poeta alzaba las cejas, pero no se azoraba por el comentario, la mujer suspiró y apoyó el hombro contra el cristal de la ventana—. Es crudo. Como...

—Como una tormenta.

—Sí. —Arama parecía a punto de reír—. No sé para qué me preguntas, cuando tú sabes mejor que yo lo que hay detrás.

—¿Crees que es bueno?

—Creo que es *visceral*. Lo que no tiene por qué ser malo. —Se humedeció los labios—. No parece tuyo. Pero me gusta. Nunca te había escuchado nada así. Es diferente, pero la novedad siempre es atractiva, ¿verdad?

Udane abrió la boca. Quiso decirle que no era suyo, que lo había escrito el chico.

—¿Crees que está a *mi altura*?

Arama se levantó y se acercó a la mesa en la que había dejado un escanciador con vino. Se llenó una copa y bebió, paladeándola antes de responder:

—Por supuesto que sí. Es casi... hipnótico. El ritmo, las imágenes. Evocan

algo furioso y a punto de estallar. Creo que es una faceta tuya que no habías puesto aún sobre el papel. ¿Vas a escribir otro poemario?

Una parte de Udane quería gritar que se diese cuenta de que no parecía suyo porque no era suyo. Se preguntó si su *kide* no podía distinguir lo que había escrito de lo que no. Y si ella no podía, no sabía quién podría hacerlo. Porque lo cierto era que Arama la conocía de la cabeza a los pies, de dentro para afuera. Y la había visto, de alguna forma, en algo que ni siquiera había escrito. No sabía si sentirse insultada. Si enfadarse porque no supiera ver la diferencia entre ella y un niño que apenas iba a cumplir los diecisiete años. Un *hombre* que ni siquiera debía haber recibido los dones de Gaia.

—¿Una faceta mía? —preguntó en cambio.

—Cuando te enfadas, puedes ser más peligrosa que cualquier tormenta. ¿Cuándo lo has escrito? —Arama se acercó—. ¿Tengo que disculparme por algo?

La poeta sacudió la cabeza. Forzó una sonrisa.

—Tú sabrás.

Su compañera rio y se inclinó. Sus labios se encontraron, pero fue un beso corto.

—Así que ¿otro poemario? —insistió Arama—. ¿O vas a recitarlo?

Udane nunca había estado tan tensa con su acompañante como en ese momento. De hecho, nunca se había sentido tan agarrotada. Estaba segura de que era la verdad, que quería que la expresara. Que necesitaba escapar de sus labios para hacerla sentir más ligera.

Pero la poeta cerró la boca y se negó a que saliera.

—Creo que voy a recitarlo, por el momento —dijo, soportando el embiste de los pensamientos que querían salir a la luz—. Comprobemos si a mi público le gusta tanto como a ti.

Arama sonrió y le dio otro beso, más largo, que sabía a vino afrutado. A Udane, en cambio, sólo le supo a la farsa en la que sabía que ya estaba hundida hasta los tobillos.



Asistir a los recitales de Udane Koplari era una tradición que las Haizea no podían romper. Arama y Udane se habían conocido en uno de ellos cuando la vicepresidenta era tan sólo una política prometedora que consideraba que las reuniones sociales eran oportunidades extraordinarias para hacer contactos útiles. Había ocurrido hacía ya diez años, cuando Gadea apenas tenía trece, pero ella conocía esa historia a la perfección porque su madre se la había contado: a la vicepresidenta no le interesaba en absoluto la poesía, pero una vez que Udane había empezado a recitar, Arama se había sentido embargada por sus palabras con una intensidad nueva. Pese a que la política era una oradora impecable, aquel día ni siquiera pudo formular un saludo apropiado para presentarse. Así que su siguiente movimiento fue ir a otro de sus recitales, acompañada de su hija, aprovechando que esta ya conocía la poesía de la mujer, e intentar ser más elocuente en ese segundo encuentro.

En palabras de Gadea, no había funcionado demasiado, pero algo había mejorado.

A partir de entonces, recital que Udane daba, recital al que la familia Haizea iba. Eider incluido. Al fin y al cabo, para asistir a recitales sólo hace falta saber escuchar; Arama siempre había considerado que aquella era una de las pocas actividades lúdicas que su hijo podía permitirse y de esa manera, además, la imagen de la familia se traducía en una de estabilidad y unión.

A Gadea le gustaban esos momentos no sólo porque adorase los actos sociales, en los que siempre encontraba alguien con quien hablar y que le permitían alejarse del trabajo en la fábrica, sino porque le daban la oportunidad de estar con su hermano. No era que el resto del tiempo no *pudiese* estar con él, pero lo cierto era que no sabía cómo acercarse. En los últimos tiempos se había fijado en la relación que Irati tenía con el joven Saroi, por ejemplo, y la había



envidiado un poco. Pero relacionarse con Saroi parecía mucho más sencillo que relacionarse con Eider: el hermano de Irati era abierto y dulce, y parecía siempre dispuesto a ser educado y amable, como se esperaba de un buen muchacho. Sin embargo, Eider era mucho más complicado. Lo había sido siempre. Gadea nunca sabía cómo hablarle para conseguir respuestas que durasen más de un minuto y aquello frustraba demasiado a una muchacha como ella, siempre con una conversación preparada, activa y dinámica. A ojos de Gadea, su hermano era un ser extraño e inexplicable, y en muchas ocasiones habría querido ayudarlo, decirle que podía contar con ella, pero nunca lo conseguía. Había una distancia entre ambos que se había convencido de que ya nunca más podría salvarse.

Estaba en lo cierto. Los hermanos Haizea vivían en órbitas diferentes, en velocidades diferentes, en tiempos diferentes. No todas las familias podían ser como las Burgoa, por más rabia que le diera a Gadea.

Por eso aquel día, con toda la distancia y el desconocimiento que los dividía, a la ingeniera le sorprendió que su hermano le preguntase:

—¿Por qué no han traído a Saroi? ¿Tú lo sabes?

Gadea parpadeó. Al principio estaba tan confusa porque su hermano le hablase, porque le dijera algo, que tuvo que mirarlo para asegurarse de que había sido su boca la que se había movido. Observó también a la gente a su alrededor, como si creyese que se había dirigido a otra persona cercana. Todo el mundo había comenzado a ocupar sus asientos en el templete en el que se celebraba el recital; en Gineyka, era costumbre que los actos relacionados con el arte tuvieran lugar en espacios sagrados como aquel, siempre en el mayor contacto posible con Gaia, pues a ella se debían los dones y a ella debían ofrecerse.

—¿Hablas conmigo?

Eider alzó una ceja. Su cara no se giró: estaba dirigida al frente, sin más, como de costumbre.

—No soy como tú: no conozco a mucha más gente aquí como para ponerme a hablar con cualquiera.

Gadea intentó ignorar que eso sonaba a reproche y contuvo las ganas de

poner los ojos en blanco.

—Los adoptados no suelen venir a estas cosas. ¿Ha acudido padre alguna vez a un recital, al fin y al cabo?

—Saroi es un gran admirador de Udane. Le habría gustado mucho estar aquí. ¿No es ahora un Koplari, después de todo? ¿Qué ocurre? ¿Reniega de él?

Gadea sonrió con cierta incredulidad.

—Por mucho que admire a Udane, tiene que recordar su lugar. Es sólo un...

La cara de Eider se giró hacia ella. Gadea casi tragó saliva por un momento, pues esos dos ojos vacíos estaban vueltos en su dirección como si pudieran *verla*. Durante un tiempo, tanto su madre como ella habían intentado convencer a Eider de que era conveniente que llevase lentes oscuras para disimular lo perturbadora que era su mirada, pero él siempre se había negado.

—¿Sólo un hombre? —terminó Eider. A Gadea le pareció que su voz, siempre controlada, temblaba un punto.

Ella frunció el ceño, pero cruzó los brazos sobre el pecho.

—Y sólo un adoptado. Udane ha sido muy amable haciéndose cargo de él, sobre todo después de su desastre con las Logale, así que debe agradecer su lugar y hacer lo que se espere de él. Ni menos ni más.

A Gadea le sorprendió lo que vio a continuación en el rostro de su hermano: él, que siempre hacía gala de una expresión contenida e inescrutable, tensó la mandíbula y frunció el ceño. Sus manos, sobre sus piernas, se apretaron. Creyó que respondería, que estaba a punto de hablar más de lo que le había oído hablar en su vida; creyó incluso que alzaría la voz y diría que no estaba de acuerdo. Aunque eso no era posible. Eider era un muchacho listo y sabía lo que había.

Fuera como fuese, si de verdad Eider estuvo a punto de decir algo, si Gadea estuvo a punto de ver una parte de su familiar que ni siquiera se había planteado, no hubo tiempo: justo entonces, Udane Koplari apareció en el altar y todo el mundo se calló.



Eider era el experto en escuchar.

Siempre el experto en escuchar.

Y como buen experto en escuchar, nunca olvidaba lo que escuchaba.

Habían pasado dos semanas desde que Saroi le había recitado su poesía. Dos semanas en las que algunos de los versos se habían quedado en su cabeza, dando vueltas, revolviendo su estómago, convirtiéndose en estacas en el corazón. Las palabras de Saroi no se habían marchado quizá precisamente porque le habían incomodado. Porque, aunque siempre había considerado que era invisible, que nadie se fijaba en él y por tanto nadie podía saber de verdad cómo se sentía, ese muchacho aparecido de la nada había conseguido entenderlo a través de unas notas de piano. Quizá también por eso había sido tan especial.

Porque Saroi lo había descubierto, sí, pero lo había hecho *escuchando*. Había pasado por alto sus expresiones contenidas, su aspecto templado, todo lo que fingía ser, y había atendido a lo que no se podía ver, y así era como le había desnudado el alma para desangrarla sobre su papel.

Eider había sentido rabia al pensar que aquella poesía, que debía haber sido sólo de ellos dos, había pasado a pertenecer a Udane Koplari, aunque no se lo había dicho a Saroi porque podía respetar su decisión de mostrarla y regalarla a quien hubiera deseado.

Pero esa rabia no tuvo ni punto de comparación con la que sintió la tarde del 1 de bi de 3705, cuando las palabras que había atesorado en algún lugar de su memoria nacieron de unos labios ajenos, de una voz ajena, de una persona ajena, y se convirtieron en una reliquia robada.

Al principio ni siquiera pudo reaccionar. Una parte de su mente se negó a aceptarlo porque le parecía que no tenía ningún sentido que esa poesía, esos sentimientos, estuvieran allí, mostrándose a un público para el que jamás habían sido concebidos. Cuando acabó, se quedó esperando a volver a una realidad en la que aquello no estaba pasando o, al menos, una en la que Udane Koplari acallaba

los aplausos para hacer la actuación más brillante de su vida diciendo que el poema era, en realidad, del joven muchacho que había adoptado. Desataría un escándalo, pues todo el mundo había aplaudido con pasión aquellos versos que *un chico* había hecho, y dejaría así en ridículo los prejuicios de la sociedad.

Quiso pensar así.

Pero no pasó así.

El recital acabó con la poesía y los aplausos, y lo siguiente que supo Eider fue que la gente se levantaba a su alrededor para ir a felicitar a la poeta.

Todo el mundo se movió.

Excepto él.

No se quedó quieto porque no tuviera lazarillo. No se quedó quieto porque le diera miedo caerse o chocar. Se quedó quieto porque de pronto su cuerpo parecía haberse congelado, incapaz de asumir la velocidad a la que ocurría todo a su alrededor y adaptarse a ella.

Se sintió profanado, pese a que nadie allí supiera que el poema hablaba de él. Se sintió avergonzado y descubierto, a pecho abierto bajo un montón de ojos que no podía saber si se fijaban en él.

Pero sobre todo se sintió enfadado. Tan enfadado como decía la poesía.

No.

Más.

La bestia que vivía en el fondo de su estómago abrió los ojos de golpe. Durante la conversación con Gadea había comenzado a merodear, a aplanar las patas, preparándose para dar un gran salto, pero al final se había vuelto a relajar y su hambre parecía haberse calmado. Sin embargo, de pronto su apetito rugió, voraz, más ansioso que nunca, y Eider supo que ya no había manera de detenerlo.

Agarró el bastón con el que solía guiarse y, cuando se levantó, dejó que la bestia asumiese el mando.

Gineyka entera hablaría de la tarde en que el hijo ciego de la vicepresidenta Haizea perdió la cabeza cuando empezó a golpear todo a su alrededor.



## Capítulo 34

*1 de bi de 3705 d. G.*

*Kiteria, Gineyka*

El pobre muchacho dudó y procrastinó: le costaba una barbaridad aludir el tema en cuestión, pero no quería dejar pasar la oportunidad. Al fin y al cabo, no había tenido ocasión de hablar mucho a solas con Unai Haizea y, ahora que los habían dejado a los dos atrás mientras la familia se iba al recital en el templo, reafirmándoles que su papel estaba en la casa, parecía que les habían recordado que tenían un vínculo y Saroi Koplari estaba dispuesto a aprovecharlo. Por eso había empezado a hablar, dando rodeos, preguntando o comentando cosas insustanciales. El otro hombre lo había mirado con cierta diversión, como si le pareciese enternecedora su actitud, y había accedido a darle conversación.

Y veinte minutos más tarde, al fin, había podido preguntar lo que había pretendido desde el principio: sobre Eider.

No quería saber un dato en concreto. Sólo quería *saber*. Aunque le gustaba hablar con el chico y pasaban mucho más tiempo juntos del esperado, lo cierto era que apenas conocía nada de él. Eider no hablaba mucho de su infancia y Saroi se sentía un poco amedrentado cada vez que iba a hacerle una pregunta porque todas las cuestiones que podía querer saber eran banales e inadecuadas. Después de todo, quería enterarse de cosas insustanciales como cuál era su comida favorita o el olor que más le gustaba. A veces Eider decía cosas como que el aire que llegaba del jardín olía a rosas, pero su amigo nunca lograba descifrar si eso le parecía bien o mal. En realidad, quizás incluso no le parecía nada y sólo recalcaba un hecho irrefutable. A lo mejor, pensaba, le daba

demasiadas vueltas y se empeñaba en ver cosas que no estaban ahí.

Aunque había algo de lo que no cabía duda: a Eider Haizea él le caía bien.

Ya no era sólo que pasasen las tardes juntos, sino que el hijo de la vicepresidenta Arama parecía a gusto cuando estaba con él. Y eso le había provocado a Saroi una extraña felicidad. Un respiro amistoso en su nueva vida, que a veces no sabía cómo encarar. Y a él, por supuesto, Eider también le encantaba. Porque no se reía de él ni lo llamaba soñador. Por el contrario, al igual que la propia Udane, lo animaba a continuar. Así que él lo hacía, sin pensar, porque no quería defraudarlos y, además, porque era lo que realmente le gustaba hacer.

Por primera vez en mucho tiempo, Saroi se sentía arropado.

Era casi, *casi* como estar en casa.

Pero, mientras mantenía esa conversación sobre Eider con Unai, Saroi se dio cuenta de que el muchacho no se mostraba ante todo el mundo como lo había hecho con él. El padre del chico no parecía saber mucho más de su propio hijo. De hecho, Saroi llegó a pensar que él estaba al tanto de más, por todas las pausas que se producían tras sus preguntas o todos los «no sé» y los «supongo». Y a medida que seguía con el interrogatorio, se dio cuenta de que el propio Unai se percataba de sus carencias, de todas las preguntas que no tenían respuesta y, con ello, empezó a crecer su enfado.

—Si no quieres coser y prefieres hablar, puedes marcharte —acabó por decirle, harto—. Me estás entreteniendo.

Saroi estaba acostumbrado a que le hablaran con dureza, pero no por ello el comentario dolió menos, sobre todo porque era consciente de lo que había desencadenado sin querer. Por eso tomó la decisión de irse, sin hacer ruido, y dejarlo solo.

Salió al jardín, donde el día estaba frío y nublado pero sin lluvia, y para su asombro los vio llegar. El coche tomaba el camino principal en ese momento. Le había sorprendido mucho la primera vez que había visto uno, unos años atrás, porque su familia no tenía y era aún algo que sólo algunas personas podían

permitirse. Tampoco hacía falta: era un lujo, ya que en Kiteria era sencillo moverse a pie o, acaso, se podía tomar el tranvía, cuyos raíles atravesaban de lado a lado la ciudad. Así que, cuando llegó a casa de las Haizea, por fin pudo observar un automóvil de cerca y se sintió fascinado, si bien no había montado nunca: le encantaba el brillo de la carrocería, sus formas, la manera en que parecía subir y bajar sobre las ruedas como un balancín cuando se movía. Aunque no entendía nada de mecánica (esa era Irati), le pareció que era un gran avance, y no podía esperar a ver qué sería lo próximo que Gineyka crearía. Probablemente, con la ayuda de su hermana, aeroplanos con los que podrían dominar no sólo la tierra y el agua, sino también el aire.

Dudó sobre si acercarse para recibirlos, para preguntarles qué tal el recital, pero finalmente decidió no hacerlo. Después interrogaría a Eider y se conformaría con sus escuetas respuestas. Por tanto, observó desde un banco en el que se sentó, a la sombra del árbol familiar de las Haizea, cómo el coche paraba junto a la entrada. Vio salir a la conductora, pero, antes de que abriera las puertas traseras, Gadea ya había saltado a tierra. Arama lo hizo sólo un segundo después, arrastrando consigo a Eider. No llevaba su bastón, pero tampoco le hacía falta: su madre lo agarraba por un brazo con tanta fuerza que Saroi se levantó de su asiento, dispuesto a proteger a su amigo, aunque no sabía de qué.

—¡¡... vergüenza!! —oyó que la vicepresidenta decía. Estaba furiosa, con la cara convertida en una máscara de ira, y zarandeaba el brazo de Eider como si se lo fuese a quitar del sitio—. ¿Sabes en qué te has convertido con esa actuación?

Saroi frunció el ceño. Gadea dio un paso hacia delante.

—Madre...

La voz de Gadea sonó como una súplica, pero Arama alzó una mano y la hizo callar.

—Ni una palabra —siseó.

—¡Pregúntale a tu *kide* por qué lo he hecho! —gritó Eider en respuesta, sorprendiendo a Saroi con su vehemencia. No lo había visto nunca enfadado, pero ahora, definitivamente, lo estaba—. ¡Pregúntale en qué se ha convertido



ella en ese recital!

—Suficiente —gruñó Arama—. Tu conducta de hoy ha sido inaceptable. No voy a pasarte ni un insulto más.

—¡La única que ha insultado a alguien aquí es Udane! ¡Una ladrona y una mentirosa, eso es lo que es! —Eider apretó los dientes con fuerza—. ¿Por qué no le preguntas de quién era ese poema? ¿Por qué no le preguntas si...?

Saroi no pudo escuchar el final de la cuestión, pues la bofetada resonó en el aire con más fuerza que cualquier palabra. Él mismo se llevó una mano a la mejilla, como si sintiera el golpe en su propia piel. Sin embargo, Eider no se movió. Permaneció desafiante, con el rostro hacia el frente, ya liberado de la mano de su madre en su brazo.

—¡No insultarás a ninguna mujer en mi presencia, Eider! Y ten claro que aquí no se acaba esta conversación. La seguiremos más tarde, cuando te hayas calmado.

La voz de Arama se había convertido en un enfado contenido a duras penas. Sus ojos pasaron por encima de su hijo y se encontraron con los de su heredera.

—Llévatelo fuera de mi vista. No saldrá de su cuarto para nada hasta que yo lo diga.

Gadea Haizea no parecía muy conforme, pero debía de saber que no era buena idea molestar a su madre más de lo que ya lo estaba, porque no protestó. En su lugar, agarró a su hermano de la mano y, pese a su obvia reticencia, convertida en un intento de apartarse, lo arrastró con ella dentro de la casa.

Desde su sitio, Saroi vio a Arama levantar la cara hacia el cielo y luego pasarse las manos por el rostro. Parecía cansada y enfadada, y por eso decidió que no quería acercarse. No importó: de todas formas, ella acabó por descubrirlo, aunque todo lo que su expresión mostró en ese momento fue indiferencia por el adoptado de su *kide*. Como si no existiera, como si no fuera importante, le dio la espalda y se marchó, sin darle muchas más pistas de lo que había ocurrido durante el recital.



Saroi esperó a que todo estuviera despejado y que la casa quedara en silencio para ir hasta la habitación de Eider. Había visto salir a Gadea un poco antes y sabía que Arama estaba en su despacho, así que se atrevió a llamar a la puerta despacio. Cuando intentó girar el pomo, sin embargo, se dio cuenta de que no podía: lo habían encerrado, aunque no entendía del todo por qué. Sabía que algo había pasado, que Eider había montado una escena, según lo que había podido sacar en claro de la conversación, pero eso no sonaba a él. El propio Eider le había dicho que no mostraba su enfado porque no le encontraba el sentido. Entonces, ¿qué lo había hecho cambiar de opinión? Y sobre todo, ¿qué había hecho para ganarse la ira de la vicepresidenta y un castigo semejante?

—¿Eider? —susurró, volviendo a llamar con cuidado—. No puedo entrar, está cerrado.

Percibió unos pasos titubeantes dentro del cuarto cuando apretó la oreja contra la madera. Cerró los ojos. Estaba seguro de que alguien se había parado delante de la puerta.

—¿Eider? —repitió.

—Saroi. —Su voz sonaba un poco forzada y todavía iracunda, llena del mismo enfado que su música, sólo que ahora estaba desatado.

Deseó poder llegar hasta él, pero lo único que podía hacer era poner las manos sobre la madera, como si así pudiese tocarlo con los dedos.

—Os vi llegar. Lo oí todo. ¿Qué ha pasado en el recital? ¿Qué... ha pasado con la señora Koplari?

Saroi no sabía si su voz llegaba con claridad. Llegó a suponer que no cuando un tenso silencio se hizo entre los dos lados de la puerta. No sabía si era uno de los momentos reflexivos de su amigo o que no lo había oído. Pero, si no lo hubiera hecho, al menos podría haber entendido que había hablado y preguntar

qué había dicho. No lo hizo. Sólo callaba.

Estuvo a punto de repetir su nombre cuando oyó su respuesta, cargada de dudas y de una angustia que Saroi al principio no entendió:

—La leyó —dijo—. Tu poesía. La leyó.

El chico en el pasillo dio un respingo. ¿Su poesía? ¿La que había escrito tras escuchar la canción de Eider? No. Tenía que estar equivocado. La señora Koplari nunca leería algo así en un recital. No podía estar a la altura. Pero, sobre todo, no era... adecuado. La poesía de los hombres no honraba a Gaia. No era algo que saliera de sus dones.

Además, era *su* poesía, suya y de Eider. Udane debió haber pedido permiso, por lo menos. Era lo justo. No se la había regalado para que fuera mostrándola por ahí. No estaba bien.

Antes de que sus pensamientos avanzaran, no obstante, recordó lo que había dicho Eider cuando discutía con su madre. Conectó las piezas. Inseguro. Sin poder llegar a creerlo. Porque Udane Koplari no podía haber hecho eso. No sólo porque era desleal, una trampa para todas las que leían sus poemarios, para quienes la adoraban, sino porque él había dejado su confianza ciega en ella. Lo había ayudado cuando nadie más lo hacía. Le había gustado aquel poema y lo había animado a seguir, a continuar mejorando, escribiendo, creando.

Sintió las piernas débiles y el calor abandonando su cuerpo.

—¿Saroi? —El susurro de Eider sólo lo devolvió a medias a la consciencia, como si pasease por un limbo—. Lo siento, Saroi.

—Hablaré con ella —se oyó decir. Se negó a dejar de aferrarse a la esperanza, porque no sabía qué más podía esperar del mundo si también tenía que renunciar eso—. Tiene que haber sido todo un terrible error.

Eider no respondió y eso sí supo lo que significaba: que no creía que tuviera razón. No creía que hablar con Udane fuese a solucionar nada. Pero tenía que intentarlo. Tenía que hacer cualquier cosa que no fuese quedarse allí, quieto y callado. Cogió aire y apoyó la frente sobre la madera, sintiendo su frescor e imaginando que Eider estaba al otro lado y que así podía mirarlo de frente.

—Solucionaré esto. Cuando ella sepa que todo es un malentendido, hablará con tu madre para que te saque de ahí. —Titubeó. No quería decirle que lo que hizo estaba bien, porque supuso que había causado toda una conmoción. Además, no le gustaba que hubiera decidido actuar por *su* causa en vez de por su propio beneficio. Por otro lado, pese a lo malo, saber que alguien estaba dispuesto a luchar por él le llenó el pecho de calidez—. Gracias por preocuparte por mí, Eider. Ahora yo haré algo por ti.



Cuando volvió a la casa vicepresidencial, ya era de noche. Las luces estaban apagadas y el silencio era casi opresivo, así que decidió moverse en la penumbra, sin encender las lámparas. Se descalzó nada más entrar y caminó por los largos corredores sintiendo el frío del mármol atravesar sus medias. Le gustaban aquellas sensaciones, pero ya no tenía muchas oportunidades de disfrutarlas: andar descalza, tumbarse en la hierba a tomar el sol, sentarse en las ramas recias de un árbol a leer... Sonrió con placidez. Puede que estuviera un poco bebida, pero no sólo por el alcohol: el éxito, a veces, los halagos y las palabras de adoración le suscitaban ese sentimiento, parecido a una borrachera, de estar flotando varios *cidais* por encima del suelo. Todo el mundo la había felicitado. Todo el mundo hablaba de la fuerza con la que había recitado, de la pasión que se veía en sus versos. Todo había salido a la perfección, a pesar de que cuando le ofrecieron desde el templo honrar a Gaia con su arte no había estado demasiado segura.

Pero ahora estaba aliviada y satisfecha.

Excepto por una cosa.

El berrinche de Eider, su ataque de ira, había sido una mancha negra en el día. Incluso cuando la atención al finalizar se había volcado en ella, había oído los susurros de quienes no podían evitar chismorrear al respecto. Udane había

escuchado sus palabras, había captado partes de lo que comentaban las presentes. «Loco». «Enfermo». Algunas sentían pena de la presidenta. Otras aseguraban que nunca encontraría adoptante. Las menos consideraban que quizá deberían dejar de salir a la calle con él y que había lugares más apropiados para chicos problemáticos.

De todas formas, al final hasta el incidente había quedado relegado a un segundo plano cuando un grupo de amigas literatas se habían aproximado para felicitarla y se la habían llevado de allí para tratar temas más felices.

Udane Koplari se detuvo en mitad del pasillo cuando vio una luz encendida rompiendo la penumbra. Le costó un segundo reconocer que aquel cuarto era su salita, donde recibía a sus invitados y leía. La puerta estaba entreabierta y, por un instante, pensó que se trataba de Arama. Pero la vicepresidenta no estaría contenta con la actitud de su hijo, y eso significaba que se habría ido pronto a la cama. Al menos, esa era la idea que había tenido y por eso había decidido también esperar a volver a casa. No quería tener que enfrentarse a ella.

Cuando entró en la sala, sin embargo, la figura que estaba en uno de los sillones no era la de su *kide*, sino la de su adoptado. La poeta entrecerró los ojos. Saroi se había quedado dormido en su asiento, con la cabeza contra el respaldo. Tenía la boca entreabierta y roncaba suavemente. La felicidad y el éxtasis se convirtieron dentro del pecho de Udane en enfado. Todas las felicitaciones que había recibido, todos los halagos, volvieron a su mente para que su conciencia pudiera recordarle que, en realidad, él era el verdadero artífice de todo. A él debía ir dirigida la admiración. A él el cariño del público, la maravilla que había podido distinguir en los ojos de las presentes.

Ella había disfrutado de cada una de esas cosas, de cada palabra y cada sentimiento, pero ahora que estaba frente a él, fue como si algo helado se deslizase entre sus entrañas. Algo ponzoñoso, corrosivo como el ácido, que hizo un agujero en su interior y lo llenó de una negrura que no había conocido hasta entonces.

Se inclinó sobre él y lo zarandeó.

—¿Qué haces aquí?

Saroi se despertó de pronto, con los ojos muy abiertos y obvia confusión en el rostro. La miró y luego hizo otro tanto con lo que tenía alrededor, enderezándose cuando comprendió dónde estaba y que se había quedado dormido esperando a su adoptante. Intentó recordar qué hacía allí, qué quería de ella, qué deseaba decirle... y, cuando lo hizo, cuando los recuerdos de la tarde lo abofetearon, fue tan osado como para poner su mano sobre su brazo.

—El poema —dijo con la voz ronca por el sueño.

Udane dio un paso hacia atrás, como si su roce a través de la camisa hubiera sido suficiente para que le pasase una corriente eléctrica.

—¿Qué dices, chico? ¿De qué poema estás hablando?

Saroi se levantó para encararla mejor, aunque en realidad ella le sacaba una cabeza.

—El que yo escribí. El que hoy ha recitado, señora Koplari. Eider me ha dicho que eran el mismo, pero debe de haber una confusión. No es posible que usted haya...

—¿Me estás acusando de algo, Saroi?

Udane se cruzó de brazos, alzando una muralla más alta que él, y él se quedó quieto y callado, mirándola, sin entender por qué se ponía a la defensiva. Sentía la acusación (pues sí, claro que era una acusación) atrapada en la garganta, esperando a que reuniera el valor para pronunciarla.

—No, señora —susurró amedrentado—. Claro que no.

—Eso espero. Porque te recuerdo que te lo he dado todo. Un nuevo hogar, una nueva familia. Un problema menos para las tuyas. ¿Tienes alguna queja de cómo te trato, acaso?

Sus ojos lo estaban quemando en la distancia. Podía sentir el calor, el deseo de salir corriendo de allí.

—No, señora. Pero Eider...

—Eider no te concierne. Ni a mí tampoco. Es el hijo de la vicepresidenta, y no tiene por qué haber ninguna relación entre vosotros más allá de la cordialidad.

No, sobre todo, si va a meterte ideas extrañas en la cabeza. Yo diría que el destino de ese chico se decidirá en los siguientes días. Al fin y al cabo, hoy ha cruzado una línea que nunca debió haber pisado. Antes de que te meta en problemas, recuerda mantenerte bien alejado de él.

Saroi la miró sin entender. ¿Cómo iba a mantenerse alejado de él cuando lo necesitaba? Cuando él había alzado la voz por Saroi y este le había prometido liberarlo de la habitación... No le habían dejado salir de allí en toda la tarde. No le habían permitido ni cenar en el comedor: lo habían mantenido en aquel cuarto, solo, sin nada que hacer, porque no tenía su piano ni a *Zakur*, ni a nadie que le leyese o le describiese lo que pasaba en el jardín.

Saroi sintió que le entraban ganas de llorar, pero ni siquiera se atrevió a eso.

—Ahora, vete a la cama —le ordenó Udane, todavía fijando sus ojos oscuros en él. Mantenía los brazos cruzados sobre el pecho.

Pero su adoptado no se movió. Siguió allí, de pie como una estatua, con el corazón encogido, sintiendo que la respiración empezaba a acelerársele. No se negó, no logró pronunciar el desafío, pero era obvio que estaba allí, en su postura recta, en su deseo de desobedecer.

—¿Me has oído? —gruñó la mujer.

—Quiero mi poema de vuelta.

Hubo un silencio sorprendido en la estancia, de esos que Eider habría saboreado y analizado. Para Saroi, sin embargo, fue un momento incómodo. Se estremeció, cuando ella dio un paso hacia delante, pero usó toda su fuerza de voluntad para clavar los talones en el suelo y no moverse.

—¿Qué has dicho?

—Mi poema. Sé que se lo regalé, pero es mío. No iba a ser para usted. No... En realidad, no es todo mío. Eider lo inspiró con su música.

No supo por qué lo dijo. De todas las cosas que deseaba que salieran de sus labios, esa era la de menos. Únicamente serviría para meterlos en problemas a ambos. Lo supo, de hecho, ya antes de que Udane diera el último paso que los separaba.

—*Tuyo* —dijo ella con cierto retintín en la palabra.

—Y de Eider.

La poeta entrecerró los ojos. Y, contra todo pronóstico, sonrió.

—Te equivocas, Saroi. Te equivocas en tantas cosas... —Udane ladeó la cabeza—. Empezando por el hecho de que crees que hay algo *tuyo*. Los hombres no tienen posesiones, al fin y al cabo. Todo es de tu adoptante. Incluidas tus creaciones.

Sacó un papel arrugado del bolsillo de su vestido y él supo que se trataba de su poesía. Alargó la mano para cogerlo, pero ella le atrapó la muñeca con fuerza. Saroi dejó escapar un quejido cuando las uñas comenzaron a punzarle. Pronto tuvo medialunas trazadas en la piel.

—Démelo —pidió.

—Esto ya no es tuyo. Ahora pertenece a Gineyka. Ha sido recitado en un templo y pasará a la historia con *mi* nombre. No con el tuyo. Los muchachos, por si aún no te habías dado cuenta, no aparecen en ningún libro de literatura. No se los recuerda sino por sus adoptantes y sus hijas. ¿Y sabes por qué, Saroi? Porque no hacéis nada más importante.

—Entonces, ¿por qué me ha robado mi escrito? Si no soy importante para el país, ¿por qué no escribe su propia obra?

Udane pareció regodearse. Todavía llevaba en la mano la poesía y no tuvo ningún reparo en agitarla delante de su rostro. Se sentía fuerte, más fuerte que él, que no dejaba de ser un niño. Se sentía imparable y quiso creer que no lo necesitaba. No iba a volver a utilizar ni uno más de sus versos. Sólo había sido una emergencia porque no había conseguido sacar nada de su mente durante varios días y necesitaba algo nuevo, algo diferente.

Pero la misión de aquel trozo de papel ya se había cumplido.

Por eso soltó la mano del chico y puso la hoja fuera de su alcance, por encima de su cabeza.

—Deja que te diga algo, Saroi. Y que esta sea la última vez que tenemos esta conversación. Que esta sea la última vez en la que me pides cualquier cosa,



porque debes comprender que no tienes ningún poder en este lugar.

El muchacho se quedó quieto al fin y Udane caminó con pasos silenciosos alrededor del sillón hasta llegar a la chimenea.

—La única verdad es que sin mí y sin mis oportunidades no serías un Koplari. No habrías escrito este poema. —Miró la hoja doblada a contraluz y la abrió, con parsimonia, para examinar la caligrafía redondeada de su adoptado—. Sin mí no tendrías nada. En consecuencia, tengo todo el derecho a quitarte lo que desee.

La poeta extendió el brazo y, con un suave impulso, lanzó el papel a la chimenea. La hoja prendió enseguida y Saroi observó, sin poder reaccionar, cómo las llamas devoraban su trabajo igual que hubieran devorado una ramita. Oyó el sonido estrangulado que hizo en su garganta, pero le pareció que le llegaba desde muy lejos, como un llanto infantil en otra habitación. Los ojos se le anegaron, esa vez sí, de unas lágrimas que había estado conteniendo todo el día. No era simplemente que ella, su ídolo, la mujer a la que más admiraba, hubiera destruido su trabajo. Era todo lo que eso significaba: la servidumbre que le debía, su desamparo ante el mundo. Tenía razón y no lo había comprendido hasta entonces: estaba a su merced.

—Buenas noches, Saroi.

Udane pasó por su lado con tranquilidad. Él ni siquiera pudo moverse. Estaba entumecido, lleno de una tristeza que no había sentido ni siquiera el día que se enteró de que no había ganado el premio.

Una tristeza que seguiría viva incluso cuando las cenizas del poema no fueran más que un recuerdo.

## Capítulo 35

*1 de bi de 3705 d. G.*

*Kiteria, Gineyka*

Estaba en la antesala de su dormitorio cuando entró Udane. Arama no había podido irse a dormir. No después de lo que había pasado, no después de no comprender ni a su hijo ni a su *kide*, que tardaba en regresar más de lo habitual. Se había quedado esperando, pues, trabajando en unos documentos que le hacían mantener la cabeza ocupada y lejos de una familia que ya no le parecía tan perfecta como siempre había querido pensar que era. No creía que nada tuviera sentido: la enfermedad de Eider era una molestia, una fuente de habladurías y lástima innecesarias, pero al menos él nunca había dado problemas. Durante quince años había sido un muchacho callado, más bien sumiso y tranquilo, serio y responsable, no alguien que de repente se ponía en pie y daba golpes a todo lo que encontrara a su alrededor. Había tirado sillas, había causado que varias copas de cristal se rompieran en pedazos. El desastre podría haber sido mayor si no le hubieran detenido de inmediato, e incluso cuando lo hicieron siguió revolviéndose y tratando de morder a las mujeres que lo agarraban.

No parecía su hijo. A duras penas parecía humano.

Y después estaba Udane. Cuando ella abrió la puerta y la vio, todavía en pie, sentada en uno de los sillones, su rostro se transformó de la satisfacción y la tranquilidad a la precaución.

Arama apartó los informes sobre los que estaba trabajando y frunció el ceño con los ojos entrecerrados.

—¿Has bebido?

—Y si lo he hecho, ¿qué?

—No deberías. Y lo sabes de sobra.

—Tú me dijiste que no tenía derecho a decirte cómo criar a tus hijas, ¿verdad? —replicó Udane—. Déjame decirte entonces que tú tampoco tienes derecho a decirme qué debo hacer o no.

Arama respiró hondo. En otro momento se habría molestado, quizá, pero en aquel decidió culpar al alcohol. Sabía que su *kide* era consciente de las malas etapas que había pasado por beber demasiado en el pasado y que por lo general actuaba en consecuencia manteniéndose lejos de ese tipo de sustancias. No obstante, esa noche parecía haber olvidado sus propias reglas. La vicepresidenta se puso en pie, pasándose las manos por los pantalones. Ni siquiera se había cambiado todavía de ropa.

—Creo que tengo cierto derecho a cuidar a la persona que quiero. Aunque esta sea una desagradecida. Y alguien que me debe explicaciones.

—¿Yo te debo explicaciones, Arama? No ha sido mi hijo quien ha estropeado tu recital.

Arama tensó la mandíbula.

—No, no lo ha sido, ese ha sido mi hijo. Pero, ya que sacas el tema, justo por eso me debes explicaciones. Eider jamás se había comportado así. Nunca. ¿Sabes qué me ha dicho cuando le he recriminado su comportamiento? Que te preguntase a ti por qué lo había hecho. Dime, Udane, y quizás el alcohol te haga ser lo más sincera posible: ¿a qué se refiere?

La vicepresidenta observó cómo el ceño de la mujer con la que compartía su vida se fruncía. Su barbilla se alzó. En Gineyka se solía decir que los rostros de sus habitantes siempre debían alzarse con orgullo hacia el cielo, como el cuerno de Adarbak, el unicornio sobre el que Gaia había cabalgado durante veintiocho días enteros creando el mundo a su paso.

En ese instante, el propio cuerno de Adarbak le pareció a Arama poco altivo en comparación con su *kide*.

—¿Y cómo voy a saber yo por qué tu hijo ha hecho algo semejante? No estoy

en su cabeza. A lo mejor intenta ponerte en mi contra. ¿Has notado, acaso, que nuestras discusiones últimamente siempre son por *su* culpa?

La vicepresidenta hizo un mohín de disgusto y desacuerdo, cruzando los brazos sobre el pecho.

—La última vez que discutimos fue, precisamente, porque tú considerabas que yo lo infravaloraba y que debía escuchar más lo que él tuviera que decir. Eso estoy haciendo ahora, Udane. Estoy escuchándolo. Me dijo que te preguntara de quién era la poesía que has leído. ¿Por qué ha dicho eso?

Udane Koplari entrecerró los ojos. No bajó la cabeza en ningún momento.

—¿Tu hijo está insinuando algo sobre mi trabajo, Arama?

—No lo sé, Udane, por eso te estoy preguntando. ¿Hay alguna razón por la que mencionaría algo así? Eider puede ser muchas cosas, pero no alguien que suele hacer comentarios sin sentido.

—A lo mejor está empezando ahora a ser así. A lo mejor ha perdido la cabeza. Eso es lo que decía todo el mundo: el hijo de la vicepresidenta se ha vuelto loco. ¿Puedes describir de otra manera a un joven que empieza a golpear todo a su alrededor, como un histérico?

El golpe fue certero. La vicepresidenta tuvo que apretar los labios, porque era cierto: no podía explicarlo. No creía que pudiera haber ninguna razón lógica para un comportamiento semejante. Y saber que mientras ellos se habían marchado el resto de gineykanas se habían quedado allí, hablando de lo ocurrido en tales términos, la avergonzó demasiado.

Udane vio la brecha. Respiró hondo y, tras unos segundos en los que ambas se midieron con la mirada, decidió acercarse a ella. Fueron pasos cuidadosos, tentativos, pero Arama no se movió.

—Hace días te dije que Eider nunca había supuesto ninguna diferencia en lo que has podido o no has podido conseguir. Creía de verdad que su ceguera no lo era, que lo tomabas por un problema... mayor de lo que podía representar. Pero un número semejante es otra cosa, mi *kide*. Sabes tan bien como yo que no ha sido natural.

Arama lo sabía. Apartó la mirada.

—¿No hay entonces nada que haya podido despertar sus nervios de semejante modo, Udane?

—No por mi parte, Arama. No sé qué pretende. Quizá no pretenda nada, es cierto. Quizá ni siquiera esté pensando con claridad. Quizá se le hayan metido Desastres en la cabeza y lo tengan confundido, envuelto en el caos.

La vicepresidenta no quiso mirar a su *kide* ni siquiera cuando esta se acercó lo suficiente como para quedar frente a frente. A lo mejor era cierto. A lo mejor los Desastres habían mirado a aquel niño desde su nacimiento, le habían quitado la vista y ahora empezaban a quitarle la razón. No quería tener que asumir eso, pero ¿qué otra explicación había? Udane no la habría mentido jamás. No tenía sentido, tampoco, insinuar que sus poesías podían haber sido de otra persona. Era la poeta más grande de toda Gineyka. Durante años, la había visto escribir desde la lejanía, quedándose embelesada por cómo se mordía el labio cuando se concentraba en sus nuevos versos.

Habían hablado de aquel poema y, si hubiera sido de otra persona, se lo habría dicho.

Udane Koplari nunca habría mentido así. Su talento no lo necesitaba.

Era más verosímil que su hijo, por algún motivo, se estuviera volviendo loco. Era un chico, después de todo. Imperfecto como sólo ellos podían serlo.

—Todo saldrá bien, Arama —susurró Udane entonces, alzando las manos para tomar su rostro. La vicepresidenta no tuvo más remedio que afrontar esos ojos que buscaban los suyos—. Quizá sólo haya sido un momento. Pronto todo el mundo lo habrá olvidado. Olvidémoslo nosotras también.

Cuando el beso llegó, exigente, Arama decidió que Udane tenía razón y que olvidar sería lo más fácil para todo el mundo. Durante unas horas, podía fingir que nada de aquello había ocurrido.

Y a la mañana siguiente ya decidiría qué hacer con Eider.



Irati Burgoa oyó los rumores en la fábrica desde primera hora de la mañana. Al principio no prestó atención: era una mujer lo suficientemente centrada en su trabajo como para que los dimes y diretes del día a día nunca llegaran a rozar su interés. Además, el primer prototipo del *Eo Bat* intentaría volar pronto y los últimos retoques necesitaban de toda su atención. Después del éxito del motor gaiel, Irati debería haberse sentido satisfecha, pero sólo quería más dificultad. Más logros. Más resultados. *Más*.

Para Irati nunca nada era suficiente. Aquello podía ser una gran virtud, pero también un terrible defecto, porque el margen que se daba para celebrar sus victorias era ínfimo, por no decir inexistente. En su pensamiento, demasiado autoexigente, contentarse con algo conseguido cuando se podía conseguir mucho más era autocomplacencia. Eso hacía que nunca pudiera estar satisfecha consigo misma.

Sin embargo, a lo largo de la mañana los rumores continuaron. Una y otra vez, oyó el nombre de Eider Haizea. La primera ocasión lo ignoró. La segunda no le dio ningún tipo de importancia. La quinta empezó a fruncir el ceño. Y a la décima comprobó cómo dos trabajadoras que hablaban callaban de repente al ver a Gadea a lo lejos. Se fijó en su amiga. No tenía buena cara. Estaba pálida y aparentaba haber dormido poco la noche anterior.

Eso sí hizo que Irati perdiera la concentración en el trabajo.

Ohiana Logale ya se había acercado a Gadea y hablaban. Pese a lo que había ocurrido entre la muchacha y su hermano meses antes, Irati había descubierto que Ohiana era bastante agradable y en la fábrica solían hablar; ya la consideraba amiga, una inteligente y capaz. Estaba embarazada de cuatro meses: no le había costado mucho tiempo más encontrar a un muchacho que había dado la talla, después de su baile con Saroi. La tripa apenas comenzaba a notársele.

—¿De qué va todo esto?

Ohiana y Gadea alzaron la mirada a la vez. La hija de la vicepresidenta

suspiró y sacudió la cabeza mientras continuaba andando. Irati y Ohiana se miraron, pero la siguieron.

—¿Ha pasado algo con tu hermano, Gadea?

—Dicen que ha perdido la cabeza —susurró Ohiana, encogiéndose de hombros.

—Mi hermano no está loco —protestó Gadea—. Sólo... se puso nervioso.

—¿Nervioso? —repitió Irati—. Nervioso, ¿cómo? ¿Por qué?

Gadea gruñó.

—No importa, Irati. No te hacía de las que escuchaban habladurías.

—Bueno, no lo soy. Hasta que veo a mis amigas afectadas por ellas. Como a ti ahora. ¿Has dormido algo? ¿Me vas a decir qué ocurre?

—No, no te voy a decir qué ocurre porque no ocurre nada, ¿comprendes?

Ohiana hizo una mueca ante el tono de Gadea. Irati sólo pudo enarcar las cejas con cierta incredulidad. La joven Haizea podía ser muchas cosas (irreverente, sarcástica, despreocupada e incluso irrespetuosa dependiendo de a quién se le preguntase), pero no era desagradable ni fría. Burgoa se fijó en Logale, preguntándole a ella con los ojos a la vista de que Gadea no iba a pronunciar palabra.

—Ayer hubo un recital de Udane Koplari. Mi madre estaba allí. Cuando acabó... Bueno, el muchacho por lo visto se puso como una fiera. Se levantó y empezó a destrozarlo todo. Lo pararon antes de que pudiera provocar ninguna catástrofe.

—¿Eider? —repitió Irati, con incredulidad. No lo conocía demasiado, pero por lo que sabía era tranquilo y callado, un ejemplo de buen chico, obediente y educado.

—Ohiana —dijo Gadea, deteniéndose de golpe. Se giró hacia ella, sus ojos en llamas—. ¿Hoy has venido al trabajo a hacer algo de provecho o sólo a cotillear?

—No estoy *cotilleando* —protestó Ohiana—. Estoy explicando la situación, dado que tú pareces decidida a darnos la espalda cuando estamos preocupadas por ti.

Gadea gruñó, pero hundió las manos en los bolsillos y siguió andando. Ohiana apretó los labios con frustración e Irati le puso una mano en el hombro.

—Yo me encargo. Creo que las dos tenéis demasiado carácter y, si seguís, sólo acabaréis gritándoos.

—Envidio tu calma, Irati. De verdad que la envidio.

Con un resoplido, Logale se marchó en dirección contraria. Irati tuvo que dar unos pasos apresurados para volver a alcanzar a Gadea. Cuando lo hizo, la tomó del brazo e, ignorando sus protestas, la apartó hacia uno de los almacenes cercanos, donde nadie pudiera verlas ni escuchar su conversación.

—¿Cómo te encuentras?

La pregunta sorprendió a Gadea, pues todo lo que le habían preguntado a lo largo del día era cómo se encontraba *su hermano*, cuando no la habían mirado con lástima directamente. Pero Irati se había plantado ante ella, los brazos cruzados sobre el pecho, y ahora la miraba con esos ojos inquisitivos, que estudiaban planos y libros tan bien como a las personas.

No estaba preparada para esa pregunta, por lo que tardó un segundo de más en reaccionar antes de resoplar y dejarse apoyar contra una de las estanterías llenas de cajas.

—Agotada. Si tan sólo dejaran de mirarme así... De *hablar*. No entiendo nada, Irati. El de ayer no era mi hermano, pero tampoco creo que haya perdido la cabeza como la gente dice. Sí, tuvo un ataque de... ira, o algo así, y no creía que él, de entre todas las personas, pudiera mostrarse de esa manera, pero...

La otra muchacha se humedeció los labios, precavida.

—¿Tiene motivos para estar enfadado?

—No lo sé, Irati. Lo cierto es que no lo sé. Por lo que dijo..., su enfado era con Udane.

Eso hizo que Irati se tensara. Pocas veces más había visto a Udane Koplari tras haberle presentado a su hermano. La oferta de adopción llegó como una sorpresa para todo el mundo y, cuando lo hizo, Irati se sintió incómoda con ella. No era lo que pretendía ni lo que quería para su hermano cuando le habló de él a



la poeta. Esperaba unas palabras de aliento, un breve encuentro, pero nada más y desde luego *no aquello*. Por supuesto, la madre de Irati había estado encantada: su hijo pasaría a formar parte de la familia vicepresidencial. Viviría entre lujos y traería honra a la familia. No había dudado en aceptar y los trámites se hicieron tan rápido como fue posible. Durante aquel tiempo, Irati había tenido la sensación de haber movido alguna pieza que no debería haber tocado y estar ante una maquinaria que funcionaba de forma extraña. Pero su hermano parecía conforme y había supuesto que, mientras así fuera, todo iría bien.

Ahora, sin embargo, la incomodidad que se había obligado a dejar en el fondo de su pecho volvía con más fuerza. Le pareció percibir el sonido de un motor renqueando, a punto de estallar.

—¿Con Udane Koplari?

Gadea sacudió la cabeza.

—No dejó de repetirle a mi madre que era todo culpa de ella. Que le preguntase a Udane por qué él había actuado así. Que le preguntase por su poesía.

—¿Por su poesía?

La hija de la vicepresidenta suspiró con fuerza.

—Leyó una nueva. Dijo que era una primicia, algo en lo que había estado trabajando recientemente. Fue... bastante buena, supongo. Todas las presentes la aplaudieron y la felicitaron. Excepto mi hermano. De pronto, él estaba golpeándolo todo con su bastón como si se hubiera convertido en Desastre.

El motor que imaginaba Irati se paró de golpe.

Y después comenzó a rugir con fuerza.

—¿Qué dijo exactamente tu hermano sobre la poesía?

Gadea la miró como si fuera ella la que se estaba convirtiendo en Desastre.

—¿Qué más da? Lo importante es que nada de lo que decía ni hacía tenía sentido. Mi madre lo ha encerrado en su cuarto y yo no sé con qué argumentos puedo aplacar su enfado. Toda Kiteria habla de ello, Gadea. La prensa se ha hecho eco. Periodistas contra el Gobierno de Idoia han aprovechado para escribir

que, si la vicepresidenta no puede contener a un niño en su propia familia, qué orden y estabilidad se espera que dé a la nación. Mi madre está furiosa y con motivos.

Irati quería seguir preguntando. Quería insistir, saber qué había dicho Eider. Había una idea en el fondo de su cabeza que se negaba a formarse del todo, pero que al mismo tiempo quería desechar de raíz. No quería sospechar de Udane Koplari. No quería pensar mal de ella. Pero ver a su amiga tan agotada, tan frustrada, hizo que supiera que no tenía ningún derecho a seguir insistiendo.

Sabía, de todos modos, quién sí le contaría cualquier cosa que pudiera saber respecto a lo sucedido.

Y necesitaba ver a su hermano y asegurarse de que Udane Koplari seguía siendo la buena mujer que había parecido en un primer momento.

—Hoy vamos a tomarnos el día libre —dijo, por tanto, mientras le pasaba una mano por los hombros a su amiga y le daba un beso en la cabeza—. Estar aquí, con toda la gente mirando, no te va a ayudar en nada y no vas a ser productiva. Odio a la gente que no es productiva, ¿te lo he dicho alguna vez?

Gadea tuvo que resoplar, pero al menos su boca mostró el indicio de una sonrisa.

—Algo suponía.

—Soy transparente, supongo. Vamos, te acompaño a casa. Conduzco yo.



No tuvo ni que buscarlo.

Lo encontró por los pasillos, en cuanto dejó a Gadea en su cuarto diciéndole que iría a buscarle algo de comer.

Casi chocaron.

Saroi caminaba sin ver adónde se dirigía. Caminaba como si no fuera él.

Cuando sus miradas se cruzaron, los ojos del muchacho se anegaron en

lágrimas e Irati lo supo sin más.

El motor que había estado funcionando a duras penas hasta ese momento tuvo un segundo de silencio que sonó definitivo. Y después estalló.

Mientras abrazaba a su hermano y este se echaba a llorar con la misma desesperación, quizá más, que el día que perdió el concurso, Irati Burgoa tuvo la seguridad de que al presentarle a esa mujer lo había condenado.

No supo si podría perdonárselo.



QUINTA PARTE:  
CRIMEN Y CASTIGO

## Capítulo 36

*3 de bi de 3705 d. G.  
Kiteria, Gineyka*

La doctora Argina era una mujer de semblante rudo que nunca se iluminaba con una sonrisa; fría y parca en palabras. Laetitia la conoció cuando coincidieron en la puerta del dormitorio de Saroi Haizea esa mañana. Arama Haizea les había dicho tanto a Lavalle como a ella que debían esperar porque había otra médica atendiendo a su hijo.

—¿Cómo van sus investigaciones, señor Lavalle? —había preguntado también—. Lleva aquí ya dos de nuestros meses, pero no vemos resultados y temo que, por el contrario, los medicamentos con los que está tratando a mi hijo le estén... causando efectos secundarios.

Tulio Lavalle había disimulado sus nervios con una sonrisa, pero a Laetitia no le pasó desapercibida la manera en la que tragó saliva.

—¿Efectos secundarios, señora Haizea? En absoluto. Es cierto que las fórmulas que hemos desarrollado hasta el momento no están mostrando los resultados deseados, pero tampoco contrarios.

Laetitia, por supuesto, sabía a qué se refería la vicepresidenta. Había leído la noticia en *La Tierra de Gaia*, había escuchado los comentarios por la calle. Suponía que a Arama le habría resultado mucho más sencillo creer que aquel extranjero, aquel hombre *zuri* con sus extraños compuestos, tenía algo que ver en el inesperado comportamiento de su hijo, más que el hecho de que este hubiera perdido la cabeza sin previo aviso.

Arama había mirado a Tulio como si se lo fuera a comer.

—¿Y cuándo veremos los efectos deseados, señor Lavallo? Empiezo a impacientarme.

El hombre había agachado un poco más la cabeza.

—Espero que pronto, señora Haizea. Tengo confianza en los avances y en las nuevas fórmulas que estoy desarrollando.

Laetitia había traducido aquello de manera eficaz, pero las palabras le sonaron a mentira mientras pasaban por su boca.

En realidad, todo en Tulio Lavallo comenzaba a sonarle a mentira.

Aun así, no era su trabajo opinar: su trabajo era tan sólo traducir. Así que cuando Arama les hizo un ademán para que salieran de su despacho y se dirigieran a los aposentos de su hijo, lo hizo, acompañando al hombre como una sombra de la misma manera que había tenido que hacer durante los dos últimos meses, cada vez que tenían aquellas citas en la casa vicepresidencial. El resto del día no lo veía. Nadie le había mandado pasar tiempo con él y ella no lo había hecho porque eso no entraba en el sueldo. Desconocía, por tanto, a qué se dedicaba Tulio Lavallo cuando no tenía que visitar al joven Haizea. Tampoco era que le importase demasiado.

Además, cuando se juntaba con él, notaba esas miradas. Como la de la doctora Argina en aquel momento. Cuando se cruzaron, los observó a ambos de arriba abajo con un desprecio evidente en sus ojos castaños.

—¿Tú eres el doctor *zuri* en el que la vicepresidenta ha confiado?

Tulio entendió aquello sin necesidad de que Laetitia lo tradujera.

—A su servicio, señora.

La doctora Argina no dijo nada en respuesta. Volvió a mirarlo de arriba abajo y se dispuso a alejarse; Laetitia escuchó a la perfección cómo mascullaba que le parecía todo un atrevimiento dejar algo así en las incapaces manos de un *hombre* y, además, un *zuri*. Antes de que pudiera alejarse del todo, Tulio habló:

—¡Disculpe!

Laetitia observó a su compañero con incredulidad. Quiso decirle que no tenían ningún derecho a molestar a aquella mujer y que eso no era Viria, donde

un hombre como él podía hacer lo que se le antojase. Llevaba dos meses allí. Ya debería haberse dado cuenta de ello.

La doctora alzó las cejas y se giró hacia el científico con mala cara. Tulio miró a Laetitia y ella resopló. Estuvo tentada de decirle que no traduciría ni una sola de sus palabras, pero le dio miedo que dijera algo horrible por una mala pronunciación.

—¿Cómo se encuentra mi paciente? No deseo importunarlo si su estado de salud es delicado —dijo Tulio Lavallo.

—¿Cómo se encuentra el señorito Haizea? —tradujo Laetitia. Se negó a que el muchacho fuese considerado el paciente de Lavallo. La doctora Argina, que era doctora de la familia vicepresidencial desde siempre, podría habérselo tomado (y con motivos) como un insulto.

La mujer frunció el ceño y miró a la puerta. Después, de nuevo a Tulio Lavallo.

—Eso no es asunto tuyo, *zuri*. Haz lo que te hayan mandado y vuelve a tu condenado país.

Laetitia apretó los labios. Tulio debía de haber escuchado tantas veces aquella frase («vuelve a tu país») en el tiempo que llevaba allí que no le hizo falta traducírsela. De todos modos, la doctora Argina dio media vuelta y siguió su camino.

Había algo que a Laetitia le molestaba profundamente de Tulio Lavallo: que no parecían importarle en absoluto los insultos. Suponía que era porque se estaba tomando aquello como un tiempo de tránsito antes de regresar a Viria. Pero a veces se preguntaba, incluso, por qué aquel hombre había aceptado ir a Gineyka; por qué había cruzado un océano para llegar a una tierra en la que sólo cabía desprecio para alguien como él, por varón y por blanco. Que la vicepresidenta estuviera desesperada y hubiera aceptado llamar a alguien así no significaba que toda la nación fuera a quererlo, como no habían tardado en demostrarle.

Pero a aquel tipo le daba igual.

En ese momento, sin ir más lejos, volvió a sonreír, se encogió de hombros y

miró a Laetitia antes de entrar en los aposentos de Eider, llamando apenas con los nudillos.

El muchacho estaba allí, sentado en un sillón, completamente solo. Ni siquiera tenía su bastón cerca. Laetitia lanzó un vistazo furtivo a todo el cuarto y recordó que la vicepresidenta había sido clara: no podía salir de allí. Había dejado en sus manos la llave del cuarto y, cuando Lavallo acabase, ella tendría que cerrar a conciencia.

—Buenos días, Eider. ¿Cómo te encuentras hoy?

Laetitia observó a Lavallo mientras este acercaba una silla hacia el chico, con su sonrisa y su buen humor de siempre. Ella se quedó, como de costumbre, cerca por si la necesitaba, pero también prudentemente lejos. Era evidente que al chico no le hacían gracia sus encuentros, por más que Tulio fingiera que no se daba cuenta.

Eider se limitó a resoplar en respuesta. Estaba más arisco de lo habitual.

—Nos han dicho que estás enfermo. —Tulio miró a Laetitia para asegurarse de que había dicho la frase de manera correcta en gineykano. A ella no le quedó otra que asentir—. ¿Qué te ocurre?

Eider frunció el ceño mientras el científico se acercaba a su cara para examinar sus ojos, como si cada día viese algo nuevo, aunque llevaba dos meses ya con aquel procedimiento.

—No estoy enfermo.

—¿Y por qué todo el mundo cree que sí?

—Porque son idiotas. *No estoy enfermo.*

—Lavallo —susurró Laetitia, con precaución, para advertirle de que hiciera lo suyo sin meter más las narices en asuntos que no le incumbían.

—Estoy... ¿Cómo se dice preocupado, Laetitia? —dijo Tulio en cambio, ignorándola. Ella apretó los dientes y respondió—. Eso. Pues estoy preocupado por ti, Eider. No me gusta cómo te tratan.

Laetitia se tensó. Eider, por su lado, pareció dejar por un segundo su pose defensiva para prestarle atención.



—Ah, ¿no?

—No, claro que no. Llevamos dos meses conociéndonos, ¿verdad? Eres un chico muy... ¿Cómo se dice brillante, Laetitia?

—Se dice «deberías callarte», Lavallo.

—Pensé que era más bien «deberías traducir», Laetitia.

La mujer tensó la mandíbula. Ni siquiera la miró cuando pronunció esas palabras. Aquello era justo lo que no le gustaba de Tulio Lavallo. Era un viriano, uno de pies a cabeza. Si no se tomaba en serio los insultos era, desde luego, porque veía todo a su alrededor como algo con lo que se podía permitir ser irrespetuoso. La sociedad gineykana debía de parecerle un chiste. En ningún momento, Laetitia estaba segura, se había planteado todo lo que presenciaba como algo más que una ridiculez. Ella, que había nacido y crecido en un pueblo costero de la región de Orae, que había conocido la pobreza más absoluta y que había tenido que venderse a sí misma para sobrevivir en un lugar en el que las opciones de las mujeres eran más que limitadas, sabía muy bien cómo eran los hombres como él. Había huido hacía ya diez años, y quizá por haber conocido la peor parte del mundo, la desigualdad y la injusticia, cuando había llegado a Gineyka su sociedad tampoco le había parecido justa, aunque le hubiera dado alguna oportunidad más. Y sólo alguna, porque seguía siendo blanca y, si bien la religión de Gaia consideraba que todo lo creado existía porque Gaia así lo había querido y como tal cada hálito de vida alumbrado por ella debía ser respetado, las personas blancas, las *zuris*, seguían siendo extrañas y ajenas a ojos de la mayoría de gineykanas. Tenían fama de bestias irracionales, de seres salvajes que sólo se relacionaban con la destrucción.

Pero Tulio Lavallo no vería eso. No se plantearía que Viria era igual de injusta. Lo había sospechado desde el principio, pero el desprecio, la condescendencia con la que la trataba, la manera en que dejaba claro que ni la consideraba relevante, tan habitual en los hombres virianos, le dio la confirmación que necesitaba: Lavallo pensaba que Gineyka era un lugar absurdo y sus ideas, por más que las disfrazase, seguían siendo las mismas con las que le

habían criado durante toda su vida.

Probablemente pensaba que esa sociedad tenía que ser reeducada según la lógica que imperaba en Viria.

Laetitia se negó a contestar.

Tulio alzó la mirada entonces. Ella apretaba los labios, observándolo con fijeza. Dejándole claro que quizás en Viria una mujer como ella se habría tenido que limitar a responder, pero si había huido de allí era porque no estaba dispuesta a seguir siendo lo que Viria esperaba de las mujeres.

—Te he hecho una pregunta, Laetitia.

—La he oído.

—Estás aquí para...

—Para obedecer las órdenes de la familia Haizea, Lavallo. No las tuyas. Trabajo para ellas, no para ti. Quizá seas tú quien tenga que recordar su lugar.

Fue la primera vez que el rostro de Tulio Lavallo se permitió variar. Quizá fue porque a ella la seguía considerando viriana, después de todo, y le parecía inconcebible que una mujer así le pudiera responder de semejante manera. Laetitia vio con claridad la sombra que le pasó por los ojos; la sonrisa que siempre llevaba le menguó en la boca.

—Lo haré sin ti entonces —respondió con sequedad—. Puedes irte.

—Creo que mi viriano debe de estar oxidado, porque es obvio que no me has entendido: estoy aquí a las órdenes de las Haizea. Me quedaré hasta que el joven Haizea me diga lo contrario. Es el único hombre en este cuarto que tiene algo de poder sobre mí.

Tulio Lavallo respiró hondo. Eider se había quedado muy quieto, escuchando, aunque, dado que la conversación había sido en otro idioma, ni siquiera sus oídos podían haber entendido mucho. Por supuesto, había sentido la tensión, porque los tonos con los que se hablaban revelaban mucho más que cualquier lengua, pero no alcanzaba a inferir el contenido de la disputa.

Tras un segundo demasiado largo, Tulio volvió a girarse hacia Eider.

—Disculpa, Eider. Decía que eres un joven... bueno.

—¿Lo soy?

—Oh, desde luego. Ni siquiera creo que tu ceguera sea importante.

Laetitia frunció el ceño. No podía prohibirle hablar, así que sólo se quedó escuchando. Vio, también, cómo Eider entreabría los labios por un segundo.

—Creo que no te tratan como es debido en este lugar.

—¿En Viria me tratarían mejor?

—No, no lo harían —protestó Laetitia de inmediato. Tulio la miró con ojos fríos—. En Viria sería usted un completo marginado, señorito Eider, considerado un hijo de los Demonios. Todo lo que le esperaría sería la mendicidad, cuando no la esclavitud. Los virianos se creen con ese derecho sobre cualquier persona diferente a ellos.

Eider la escuchó. Giró la cabeza hacia ella con rostro pensativo, pero Tulio volvió a coger su cara con la excusa de continuar mirando sus ojos.

—En Viria ninguna mujer se atrevería a tratarte como lo hacen aquí, muchacho.

—Porque ninguna mujer se atrevería a tratarle —resolvió Laetitia—. Relacionarse demasiado con los *thyraios*, como se les llama allí, es delito, a menos que sea para darles órdenes o torturarlos sólo por existir.

Eider arrugó la nariz con desagrado. Tulio había perdido por completo cualquier asomo de su fingida sonrisa. Observaba a Laetitia como si quisiera hacerla callar a golpes, o eso le pareció a ella. Pero hacía mucho tiempo que se había prometido no volver a temer a los hombres.

—Bueno, en eso... supongo que Laetitia tiene razón. —Lo admitió a regañadientes, pero después el buen humor de su voz trató de regresar—. Supongo que nuestros mundos son muy diferentes.

—Supongo que sí —respondió Eider con desgana.

—No sólo en eso, sino incluso en nuestros recursos. ¡Me sorprende lo poco avanzada que está esta sociedad en cuanto a medicina, chico! Y, sin embargo, vuestra tecnología... Bueno, en Viria ni hemos oído muchos de vuestros inventos y, desde luego, nada sabemos de... prótesis mecánicas, trenes que

circulan por la ciudad u objetos voladores... ¿Cómo los llamáis?

Eider titubeó. Laetitia no tenía claro de qué iba todo aquello.

—¿Zepelines?

—¡Eso, eso! ¡Zepelines! Y he oído rumores de que se está intentando hacer algo aún mejor, ¿verdad?

El joven de los Haizea volvió a fruncir el ceño, pero se encogió de hombros.

—Siempre. Mi hermana sabe más al respecto. Ella siempre está viendo qué es lo siguiente que se puede hacer y trabaja en la fábrica aérea; siempre está estudiando, allí y en casa. ¿Has terminado ya hoy? Quiero estar solo.

Laetitia agradeció que Eider se hartase. No le gustaba nada aquella conversación ni el comportamiento de Tulio Lavallo. Este había recuperado su sonrisa, y eso tampoco le gustó.

—Claro, chico, claro. Déjame ponerte las nuevas gotas que he hecho, por si estas consiguen buenos resultados por fin. Eso contentaría a tu madre, ¿no crees?

Eider resopló otra vez. No creía que nada pudiera contentar a su madre después de lo sucedido en el recital, ni siquiera la desaparición de su ceguera. Aun así, se dejó hacer.

Pocos minutos después, el científico y la intérprete salían de la habitación.

—¿Qué ha sido eso, Lavallo?

El hombre se giró hacia Laetitia. La observó sin sonrisa, con el rostro frío.

—Yo también estoy aquí al servicio de las Haizea, no al tuyo. Lo que significa que tampoco te debo explicaciones.

Y por eso no se las dio y tan sólo echó a andar.



—Señor Lavallo, me alegra volver a verlo.

Tulio Lavallo había abierto la puerta para él y lo había dejado pasar, pero Eneas se percató, como siempre, de la mirada nerviosa que le dedicaba al

exterior, a pesar de que era de noche y la calle estaba desierta, y de la forma en la que se apresuraba a cerrar con premura antes de girarse para estrecharle la mano.

—Señor Eneas, qué gusto ver que está usted bien. Venga, pasemos a la sala.

El espía viriano lo siguió hasta la pequeña habitación que Lavalle había llamado «la sala», aunque en realidad servía tanto para recibir a sus visitas (a Eneas o a su intérprete) como para trabajar. Normalmente él y Lavalle se sentaban alrededor del sencillo escritorio, que era la superficie más despejada del cuarto, y hablaban ante una taza de té que el hombre había hecho de antemano. Eneas tenía por norma no tocar su bebida, pero si su anfitrión se había dado cuenta, había decidido ignorar la decisión y servirle la infusión igualmente. Ese día, además, había un pequeño plato de galletas. Las lámparas estaban encendidas, dándole a la estancia un halo dorado que contrastaba con la oscuridad que se veía tras las ventanas a esas horas.

Eneas pasó por delante de la mesa amplia y práctica, ancha, que le servía al señor Lavalle como un improvisado laboratorio. Observó las mezclas en las probetas, la balanza, el mechero de gas. Comprobó que, como siempre, estaba llena de un montón de objetos más cuya función se le escapaba, pero que estaba seguro de que Lavalle sabía utilizar. De lo que más convencido estaba, sin embargo, era de que todo seguía igual que la semana pasada, cuando había acudido para hablar con él, y probablemente como la semana anterior a esa. Llevaba visitando a su compañero viriano bastante, desde poco después de que lo viera pasear por la calle en compañía de su traductora. Porque la imagen se había repetido varias veces, a la misma hora durante la semana, y al final Eneas había decidido seguirlo con toda su discreción, entre las sombras, haciéndose invisible a ojos de todos, y así había sabido cuál de las casas se había convertido en su hogar.

El hombre no sabía demasiado de Tulio Lavalle. No había tampoco mucha información notable: había estado casado, tal vez incluso en varias ocasiones, y había escrito múltiples artículos que habían alcanzado diferente difusión entre la comunidad científica. Pero Lavalle no era médico. Lo que a él le gustaba era la

química, la farmacéutica. O le había gustado, porque hacía mucho, *muchísimo* tiempo que no escribía para ninguna revista prestigiosa. Era como si se le hubiera acabado la inspiración y hubiera estado ejerciendo otra profesión durante los últimos años. Pero lo que de verdad le importaba a Eneas era que ahora estaba allí, en Gineyka, en una posición muy cercana a los altos cargos del Gobierno. Tan cercana como para entrar y salir de la casa vicepresidencial como mínimo una vez a la semana. Tan cercana como para que permitieran que un hombre blanco tratase al hijo de la mano derecha de la cabeza de la nación.

—Por favor, tome asiento, Eneas. Estaba deseando que viniera porque tengo información.

Eneas se sentó en su lugar de siempre. Lavallo se puso enfrente, tomando un sorbo de la humeante taza antes de continuar. El espía había contactado con él para enterarse de qué lo había traído al otro lado del océano y había llegado a la conclusión de que era un ciudadano leal a Viria que se había visto arrastrado a Gineyka por curiosidad... y puede que un poco de avaricia. Al fin y al cabo, estaba viviendo allí a costa de aquel gobierno de mujeres y, sobre todo, más que por ayudarlas, porque le habían prometido un dinero que podría servirle para retirarse, llegado el momento.

Además, el señor Lavallo consideraba que los separaba una gran distancia de Viria en lo que a biología y química se refería. No creía que un poco de ayuda pudiera considerarse traición a su tierra. Lo había dicho con esas palabras, como si quisiera librarse de toda acusación antes de que se le ocurriese decirlo al espía. Pero Eneas no era tonto: sabía que Lavallo medía sus palabras e intentaba parecer inocente como un corderito.

Y, por supuesto, no se creía nada que proviniese de él.

—¿Información?

—Sé dónde podría localizar planos de algunos de los inventos aéreos que se están desarrollando en Gineyka en estos momentos —dijo Lavallo, bajando la voz como si corrieran el peligro de que alguien los escuchara. También se echó hacia delante sobre la mesa—. La hija de la vicepresidenta se encarga de su

desarrollo en la fábrica y, por lo que tengo entendido, trabaja a menudo en casa. Tal vez podría colarme en su habitación y...

Dejó el resto del comentario en el aire, pero movió la mano, como dándole a entender qué seguiría: entregárselos a él y enviarlos a Viria.

—¿Podría hacer eso? Creía que la intérprete siempre iba con usted a la casa.

Lavalle asintió, pero se llevó los dedos a la barbilla, frotándose la incipiente barba.

—Laetitia es... una mujer, después de todo. Una que conoce Viria y que aún recuerda quiénes tienen el control. Es irascible e impulsiva. Y yo conozco a las mujeres como ella: puedo manejarlas.

Eneas lo dudaba mucho, pero no dijo nada al respecto. Si tenía confianza en lo que podía hacer, no sería él quien se la quitase.

—Si pudiera conseguir tan sólo uno de esos planos, señor Lavalle, yo se lo haría llegar al presidente Solari. Y le aseguro que le estaría muy agradecido al respecto. —El espía entrelazó las manos sobre la mesa—. No me cabe duda de que habría... una recompensa. Al fin y al cabo, en Viria sabemos agradecer la valía de los verdaderos hijos de la patria.

Eneas observó el sutil cambio en la expresión del hombre. Sabía que habría hecho cualquier cosa por el oro, así que esa era, en realidad, la forma más eficaz de tratar con gente como él: hablando de cifras y recompensas, de gloria y honor. Pero, por supuesto, también sabía que si el fin último de hacer algo era el dinero, tendría que andar con cuidado con Lavalle: podría traicionarlo en cualquier momento. Tendría que estar atento y calcular sus pasos y, sobre todo, no darle razones para estar descontento. Aunque dudaba que un hombre como él, que parecía orgulloso de ser quien era y de tener el poder sobre otros, accediese a volverse del lado de las mujeres. Probablemente le parecía una aberración que un país entero se moviese gracias a sus decisiones mientras a los hombres se les oprimía y usaba como poco más que sirvientes. Él mismo estaría subyugado si no fuera por el hecho de que lo necesitaban y, debido a eso, lo habían convertido en una excepción a sus reglas.

—Veré lo que puedo hacer —le dijo Lavallo, intentando no parecer codicioso.

El hombre, concluyó Eneas, no se ganaría la vida como actor. Aunque eso no era lo que le importaba: con que fuese capaz de engañar a las gineykanas y pasarle la información que les permitiese replicar sus zepelines o sus motores, eso era todo lo que Eneas necesitaba de él.

Y una vez que terminase su misión y pudiese volver a Viria, sabía que lo mejor era siempre no dejar atrás nada que pudiese delatar que había estado allí.



## *Capítulo 37*

*17 de Pyria de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

Cerraron sus ojos, que aún tenía abiertos, y taparon su cara con un sudario blanco, lo que dio por terminada la ceremonia. Arabella Medici, que había permanecido estoica durante toda la misa, se permitió bajar entonces la vista y cruzó las manos sobre la falda de su vestido negro. El velo se encargaba de ocultar su pena, aunque lo peor ya había pasado: se había vaciado rápido, de lágrimas y tristeza, y había entrado en una calma que no había experimentado nunca, pero que le había permitido mantener la cabeza fría a lo largo de todo el proceso. A su lado, Bianca, su madrastra, no estaba tan entera. Ella era de las que sollozaban, no de las que guardaban silencio, y Arabella se había percatado de cómo apretaba su pañuelo bordado entre los dedos, con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Le pareció adecuado alargar la mano para coger la suya, para reconfortarla, aunque sintió su piel extrañamente fría.

Sus manos siguieron unidas cuando ambas salieron, a la cabeza de la comitiva tras el féretro, al exterior. Los enterradores se lo llevarían en carruaje al cementerio, pero ni Arabella ni la señora Medici irían a verlo. Aquella era su despedida hasta que fueran a visitarlo: no se creía que dejar el ataúd en el panteón fuera algo que debieran ver las mujeres. Ellas volverían a casa. La muchacha sintió miedo al pensar en la mansión vacía, con los sirvientes vestidos de negro, las pesadas cortinas corridas, los relojes parados a las once y seis minutos y los espejos velados. El luto la obligaría a mantenerse alejada de la sociedad durante meses enteros y Bianca había decidido volver con su familia un

tiempo, así que ni siquiera la tendría a ella.

Si la muerte era terrible, la soledad se lo pareció todavía más.

La señora Medici se apartó de ella una vez que el ataúd estuvo a buen recaudo en el carruaje. Llevaba todavía en la mano su pañuelo, pero lo dejó sobre la tapa del féretro antes de que cerraran la puerta. Antes de que se llevaran a su esposo por última vez, a un lugar en el que ella ya no podría volver a alcanzarlo nunca. Arabella apretó los labios mientras la veía, en medio del camino, tan frágil en el riguroso negro del luto, tan quieta como si estuviera a punto de romperse. Algunas mujeres se adelantaron para consolarla, para ayudarla a salir del trance en el que siguió metida incluso cuando el carruaje dio la vuelta a la esquina y desapareció. Temió que aquel fuera el momento en que se derrumbaran ambas, pero ella se mantuvo en pie y Bianca, como convertida en piedra, no se movió tampoco.

—Señorita Medici, lamento mucho su pérdida.

Arabella se dio la vuelta ante una voz conocida y se topó cara a cara con el doctor Lavallo, que llevaba el sombrero en las manos. A su lado iba su hermano, cabizbajo.

—Se supone que está en un sitio mejor ahora, ¿no es cierto? —susurró ella, sin llegar a creerse sus palabras. Quizá necesitaba que la reconfortasen. A lo mejor él, que era médico, sabía más a ciencia cierta que un sacerdote adónde iba a parar el espíritu cuando el cuerpo ya no podía continuar existiendo—. En la Corte de Aión.

Él apartó los ojos.

—Por supuesto —murmuró sin convencimiento. Aun así, cuando ella extendió su mano enguantada, él la saludó con una gentil caricia en los nudillos—. Siento que le haya pasado a su padre. Si hubiera ocurrido en otro momento, en otro lugar, quizás alguien podría haberlo ayudado.

Ella negó con la cabeza. Recordó, por un instante, cómo lo habían encontrado, desplomado en el suelo de su cuarto, después de que pareciera estar de tan buen ánimo en el desayuno. Todo el mundo creía que se había ido sin

despedirse por alguna urgencia de uno de sus pacientes, pero el maletín seguía en la entrada y se extrañaron de que se lo hubiera olvidado. Llevaba al menos una hora muerto cuando llegó el médico para anunciar la defunción a las once y seis minutos de la mañana.

—Supongo que el mundo no es justo.

León Lavallo todavía apretaba su mano, con cuidado, y sus ojos tristes hablaban de lo que era perder a un ser querido.

—Si necesita cualquier cosa, señorita Medici, mi hermano y yo estamos a su disposición.

Él apartó la mano y la dejó sobre el hombro de Vianney, que alzó la mirada con idéntica tristeza. Arabella había escuchado lo que había pasado con él: lo habían echado de la Academia por una pelea. Por supuesto, también sabía lo que había detrás. Había ido a visitar a los Lavallo unos días después de que ocurriera y se enteró del papel que Neith Sinagra había desempeñado en todo aquello y, más preocupante aún, de que la horrible sombra de los censores había llegado a rozarles por ese asunto.

—Lo mismo decimos nosotras, caballeros.

La joven alzó la vista. Valeria Barnei se había acercado a ellos sin que se hubiera dado cuenta. Sabía que había venido al entierro, le había llegado una nota advirtiéndole de que estaría allí para ella, pero no habían tenido mucho tiempo de hablar. En cuanto estuvo a su lado, sin embargo, Valeria la tomó de la mano y entrelazó sus dedos antes de besar con delicadeza su dorso, sobre el guante negro de encaje. Estaba casi irreconocible, con el pelo recogido y el velo cayendo a sus espaldas, probablemente apartado de su rostro en cuanto había salido de la iglesia. Su vestido negro debía de resultarle incómodo, aparatoso en comparación con la ropa masculina que solía llevar en su día a día. Pero Arabella le había advertido que no podía aparecer vestida como quisiera en el funeral de su padre y, por supuesto, Valeria le había concedido el deseo sin dudar.

—Señorita Barnei —murmuraron los hermanos Lavallo al unísono.

Empezaron su nombre como una pregunta, como si no estuvieran seguros de lo que estaban viendo, pero el rostro no dejaba duda de su identidad y acabaron con una inclinación de cabeza.

—Me alegra verlos bien. Arabella me ha contado lo que les ha ocurrido en los últimos tiempos. Espero que podamos hablarlo en la siguiente reunión, si desean venir. Están invitados y no me cabe duda de que, entre todos, podremos ayudarlos.

León Lavallo no pareció muy seguro ante la petición. En lugar de contestar, miró a su hermano menor con un titubeo. A nadie de la Sociedad se le había escapado lo incómodo que parecía haberse sentido el muchacho, por alguna razón, del mismo modo que todos se habían dado cuenta de que si los Lavallo y Sinagra se habían marchado era porque el joven Vianney no parecía haber querido quedarse allí más de lo necesario.

—Es muy amable, señorita Barnei, pero...

—Aceptamos —lo interrumpió Via, cuadrando los hombros—. Me temo que les debo una disculpa por la premura con la que tuvimos que abandonar la anterior visita. No me encontraba bien, aunque espero que nadie lo tomara como un insulto. Admiro..., admiro mucho lo que ocurre en su casa, señorita Barnei. Sencillamente, no me sentí... a la altura de las circunstancias.

Arabella vio sonreír al mayor de los Lavallo y la mano de Valeria se afianzó alrededor de la suya. Fue un mudo deseo de aliento, porque lo cierto era que Arabella había llegado a pensar que no volverían por allí y se alegraba de no haberlos asustado. De eso y de poder confiar en que las reuniones seguirían adelante, pese a todo, y de que no estaría completamente apartada del mundo durante el luto, aunque nadie *decente* fuese a hacerle una visita o a invitarla a un baile en una buena temporada.

—Arabella no lo habría invitado si no estuviera «a la altura de las circunstancias». —Valeria sonrió—. Por tanto, no se preocupe por eso. Además, estoy segura de que se sentirá... fascinado por algunas de las cosas que hemos estado preparando. Y el señor Sinagra también está invitado, por supuesto. Pero

sé que preferiría recibir el mensaje de sus labios más que de los míos.

Contra todo pronóstico, Vianney Lavallo se puso rojo como la grana ante la insinuación, muy consciente de que la Sociedad pensaba que tenían una relación que iba más allá de la amistad.

—Nosotros no... Creo que está confundida a ese respecto, señorita Barnei.

La sonrisa de Valeria fue tan sutil que podría habérsela imaginado.

—Oh, sí. Por supuesto. Sin duda debo de estar... confundida. Mis disculpas, joven Lavallo.

Arabella casi tuvo ganas de sonreír cuando sus ojos se encontraron y vio en ellos que, por supuesto, no creía haber estado más en lo cierto en toda su vida. La vio encogerse de hombros.

—Será mejor que te acompañe junto a tu madrastra, Bella. —Sonrió a sus acompañantes—. Si nos disculpan, caballeros...

Ellos también se despidieron y, poco después, se alejaron entre los pequeños grupos que se habían formado a la salida de la iglesia. Arabella vio a León Lavallo detenerse brevemente para saludar a sus compañeros de profesión, pero Valeria la cogió del brazo en cuanto pudo y caminó con ella hacia el carruaje que las esperaba a ella y a su madrastra. Bianca Medici continuaba arropada por otras mujeres, que la abrazaban y le daban sus condolencias.

—¿Cómo te encuentras?

Se detuvieron en la entrada al terreno de la iglesia, en un limbo entre lo sagrado y lo mundano.

—Bien —se oyó contestar. Y realmente lo estaba, aunque se sintiera mal al confesarlo. Bajó la vista—. Me encuentro bien, y eso me hace sentir la peor persona de toda Viria. Bianca está devastada y yo...

Calló. Se sorprendió de que hubiera algo que no pudiese expresar ante Valeria en voz alta, pero así era. Ni siquiera a ella, a pesar de que lo sabían todo la una de la otra. Quería hablar, pero no encontraba las palabras, y hubiera dado cualquier cosa por que su acompañante pudiera ver en su mente lo que la atormentaba.

—No está mal —susurró, como si así fuera—. No tienes por qué sentirte mal. Cada cual rinde homenaje a los que ya no están de la manera en que puede o quiere. A veces eso no significa verter lágrimas. A veces sólo tomamos la decisión de seguir adelante.

Arabella Medici sacudió la cabeza. No. No era eso.

—Me siento aliviada —le confesó. Iba a creerla una persona horrible. Sabía que iba a alejarse, y por eso se aferró a su manga como si fuera un salvavidas. Una mano cálida se posó sobre la suya—. Hay pena, claro, pero lo único en lo que podía pensar era en que ahora podré vivir como desee. Nadie intentará casarme.

Bajó la vista, sin atreverse a confrontar los ojos verdes de Valeria a través del velo que aún cubría su expresión.

—No eres la peor persona de Viria. Ni siquiera eres *mala*, Arabella Medici. Lo único que deseas es un poco de libertad. Y nadie puede culparte por eso.

—Lo hará la sociedad.

—La sociedad tratará de enjaularte. No se lo permitas. —Un beso que sintió como una caricia sobre el velo que cubría su frente—. Ven a Villa Áurea a hacerme compañía. Si tu madrastra puede irse con tu familia a pasar su luto, tú puedes quedarte con la tuya.

Arabella sintió que el corazón se le aceleraba. Probablemente no se merecía a Valeria. Esa era la conclusión a la que siempre llegaba cuando esta hacía algo inesperado. Sus manos se deslizaron hasta rodear su cintura. La hubiera besado si no hubiera tanta gente cerca, aunque lo más probable era que, de hacerlo, los demás pensarán que sólo estaban demostrándose el cariño como hacían las mujeres, sin ningún tipo de deseo, porque *ellas* no sentían cosas así.

—¿Estás segura de que quieres eso? La gente...

—Probablemente mancharía tu reputación —atajó Valeria—. La gente hablaría de que tienes las peores amistades y de que no te convienen. Esa mujer que pocas veces se queda callada y a la que se ha visto por ahí con ropas de hombre. —Chasqueó la lengua—. Sería un escándalo para ti. Por eso entiendo

que no quieras hacerlo. Pero mi invitación está sobre la mesa. Sé que la vida en sociedad tiene otro significado para ti, después de todo. Sé que *casi* te gusta.

Arabella se mordió el labio, pero apretó los dedos contra el vestido de Valeria. No era que le gustase. A veces, simplemente, le aterraba estar sola. Además, creía que quedarse al margen de la sociedad era una equivocación. Porque de ella todavía podían aprender muchas cosas. Pero ¿qué importancia tenía eso ahora, cuando la obligaban a apartarse de cualquier encuentro social porque su padre había muerto...?

Si hubiera nacido varón, no le pedirían que dejara su trabajo para guardar luto.

—Iré —murmuró con decisión—. Quiero estar contigo. *Necesito* estar contigo. ¡Santos, esa casa vacía en la que tengo que vivir durante los próximos meses podría hacer que perdiera la cabeza!

Su pareja sonrió. Aunque no fue una sonrisa completa, por respeto a la ceremonia que acababa de celebrarse, los ojos brillaron igualmente.

Además, había otra cosa. Una que no podía decir en voz alta, pero que sabía que Valeria entendería. Porque estaban a punto de ocurrir cosas sin precedentes en Villa Áurea que afectarían, esperaba, a toda Viria.

A fin de cuentas, la Sociedad del Fénix estaba a punto de dar su gran golpe y eso era algo que no se habría perdido por nada del mundo.



León Lavallo tomó aire antes de entrar al despacho presidencial. Había estado un rato con Aurora Solari, comprobando sus avances, y puede que hubiera dilatado el tiempo con ella con la única intención de retrasar aquella entrevista. Al final, no le había quedado otra opción que subir a hablar con el presidente. El miedo brotaba de que sabía lo que le iba a decir: que había encontrado otro médico para la casa y que prefería que él se ocupase de todo, tanto de su salud como la de su

hija, sobre todo teniendo en cuenta que no había conseguido mucho más que mantenerla viva.

Ahora que el doctor Medici no estaba, ya no tenía un apoyo que hablase en su favor y sabía que el rumor de que habían expulsado de la Academia a su hermano había llegado también a oídos de Iulius Solari.

Mas, cuando entró, no supo leer el rostro del hombre más poderoso de toda Viria. Hizo una inclinación, se saludaron y León aceptó el asiento que le ofrecían. Aun así, rechazó la invitación a beber o a comer nada. Si aquello tenía que acabar mal, era mejor que terminasen cuanto antes.

—¿Cómo está mi hija?

León se humedeció los labios. Le hacía esa pregunta todas las semanas y la respuesta siempre era la misma: bien. Bien, por supuesto, dentro de lo que Aurora quería estar. Porque se negaba a salir, todavía. Se encerraba en sí misma y seguía contestando de la forma más escueta posible. Nunca hacía nada por hablar con el doctor Lavallo o por alargar la conversación.

Aunque ese día, sorprendentemente, había preguntado por Vianney y le había pedido, en voz baja, que le dijera que echaba de menos sus conversaciones. Y que llevaba siempre sus horquillas. A él se le había escapado una sonrisa al pensar que Via había conseguido llegar al corazón de la joven señorita Solari. Le prometió, porque eso pareció hacerla feliz, que se lo diría y, si podía, llevaría a su hermano menor con él a su siguiente visita, si es que había alguna más.

—Su hija se recupera poco a poco, señor presidente. Estoy dejando sus piernas vendadas por precaución, pero es obvio que ha pasado el peligro de infección. Ahora sólo queda que Aurora quiera salir. El aire puro le sentaría bien, como les he dicho en otras ocasiones.

Iulius Solari asintió con la cabeza, pero estaba claro que nunca obligaría a su hija a salir al jardín (y mucho menos a la calle) si ella se oponía. Y la joven Solari se negaba rotundamente a que nadie la viese así.

—Aurora está atravesando un mal momento, pero creo que usted está teniendo un impacto favorable en ella. —León ni siquiera se molestó en ocultar



su sorpresa cuando alzó las cejas, pero, si Solari se dio cuenta, no lo hizo ver—. Y parece tenerle aprecio a su hermano menor. Vianney, ¿verdad?

Lavalle asintió, pese a que no entendía demasiado bien hacia dónde se dirigía aquella conversación. Imaginó que quería sacar el tema de la expulsión y, por un instante, no pudo evitar preguntarse si el presidente podía hacer algo por Via. A lo mejor era el empujón que la administración de la Academia necesitaba para volver a admitir a su familiar, aunque sospechaba que en tal caso la ayuda llegaría demasiado tarde. Porque sabía que Via no aceptaría esa resolución, por mucho que amase la mecánica, si tenía que volver a tratar con esos chicos. En especial sabiendo lo corrupto que estaba el sistema.

A pesar de todos los años pagando las facturas de la Academia, él mismo se preguntó si quería ver a su hermana de vuelta en un lugar así.

—Me he enterado de lo ocurrido —continuó el presidente, al ver que no decía nada—. Y no sé qué pensar al respecto, doctor Lavalle.

El doctor meditó sus palabras.

—Su empleado soy yo, no mi hermano. —Cruzó las manos sobre su regazo—. No creo haber cometido ninguna falta que pueda afectarle a usted o a la salud de su hija. Y si así lo he hecho, por favor, hágamelo saber.

Solari lo observó largamente. Se estaba frotando la barbilla en un gesto pensativo, con el codo apoyado en el reposabrazos de su silla. León sabía que no lo insultaría a la cara, pero que tampoco dudaría en meterlo en un aprieto si no lo veía seguro de lo que hacía. Se preguntó si parecía tan confiado como deseaba. Via solía decir que mantendría la serenidad incluso si lo más improbable sucedía, pero lo cierto es que sentía que la presión estaba haciendo mella en él. Se maldijo por no haber aceptado al menos un vaso de agua, porque eso le habría servido como excusa para apartar los ojos del presidente sin resultar débil u ofensivo.

—No, es cierto —concedió este—. No tengo ninguna queja, pero me preocupa que una familia problemática esté relacionada conmigo. O con mi servicio.

—Le aseguro que el apellido Lavalle no está relacionado con nada de lo que pueda imaginar, señor presidente. De hecho, sé que está al tanto de que hubo un censor presente el día que expulsaron a mi hermano y no se le acusó de nada más que de pegar a un joven que lo había provocado. —Se humedeció los labios y se acomodó en la silla—. Le garantizo que Vianney ha aprendido la lección.

Había aprendido a no dejarse llevar demasiado por las emociones y que el mundo era injusto. Que había que pretender ser otra persona. Y a no dejarse ver con *thyraios*. Había aprendido lecciones que León había esperado que no tuviera que llegar a memorizar nunca, porque eran la clase de instrucción que cambiaban a uno para siempre. La clase de enseñanzas que en un mundo razonable no habría encontrado nunca en su camino.

Pero Viria, como había aprendido hacía mucho tiempo, era todo menos justa.

—Es curioso... que mencione lo de su apellido. —Los ojos de Iulius Solari se centraron con más fijeza en su rostro—. Hace poco he oído hablar de un hombre llamado Tulio Lavalle. ¿Es de su familia, por algún casual? ¿Lo conoce?

León se atragantó con los recuerdos que emergieron a la luz después de años acumulando polvo en un rincón de su cabeza. Le vino a la mente una noche hacía muchos años y la voz de una mujer que no quería perdonar a través de una puerta. Los reproches, la sospecha de una amante. Un hombre intentando hacerse perdonar y acabando por marcharse con una bolsa, sin despedidas, sin cartas, sin ningún intento de contacto. Dejándolos solos, a él y a su madre y a su pequeña hermana, que sólo recibió silencios a partir de entonces cuando preguntó por él.

—Es... Era mi padre.

—¿Era? ¿Está muerto?

León juraría que el presidente frunció el ceño, pero negó con la cabeza. Se frotó un brazo, incómodo. No hablaba de su padre. Al principio porque su madre se había negado. Porque estaba dolida, León lo sabía, y porque era más fácil fingir que nunca había existido. Luego ya se había acostumbrado. Se había convencido de que no tenía padre, de que era mejor así.

Había llegado un momento que, de hecho, deseó no haberlo conocido nunca.

—No lo sé. Quizá. Nos abandonó cuando mi hermano era muy pequeño. Nos crio mi madre sin su ayuda.

—Yo sé dónde está.

El propio Solari pareció sorprendido de dejar escapar tal comentario. León creyó que al presidente le hubiera gustado tragárselo, pero era demasiado tarde. Él tampoco podía desoírlo ya. Y quizás eso era lo peor. Le hubiera gustado mucho hacerlo. Pero, a la vez, si estaba en la ciudad, necesitaba saberlo. Porque no sabía lo que pasaría si le decía a alguien que tenía un hijo y una hija. Si mencionaba los nombres de León y Vianna Lavallo.

Al mismo tiempo, se negaba a preguntar por él, así que apretó los labios e hizo lo que llevaba haciendo los últimos quince años de su vida: ignorar su existencia.

—Presidente Solari, agradezco su buena intención. No sé si quiere saber algo de él o simplemente pretende ponernos en contacto. Si es lo primero, puedo asegurarle que no ha venido al hombre adecuado: lo único que sé de él es su nombre y que fue químico, que estuvo casado con mi madre y que tuvo dos hijos. Nada más. Por lo que me consta, podría haber cambiado de profesión, haber tenido otras dos esposas y tal vez varios descendientes más. A decir verdad, no me interesa. Ese hombre decidió abandonar su hogar y a su familia mucho tiempo atrás, y le aseguro que las personas afectadas por esa decisión hemos pasado página.

León Lavallo se levantó con decisión e hizo una inclinación de cabeza, esperando que el presidente lo perdonase por aquella abrupta salida.

—Me alegra saber que no tiene relación con su padre, doctor —dijo entonces Iulius, negándole la retirada—. Me entristecería un poco tener que despedirme de usted. Al fin y al cabo, aunque ha dicho que el apellido Lavallo está limpio, son dos los casos de hombres de su familia que se han involucrado en los últimos tiempos con *thyraios*. Aunque espero que su hermano, por lo menos, decida mantenerse en Viria y no cruzar el mar.

El médico contempló, paralizado, al hombre ante él. Iulius Solari nunca daba

la impresión de bromear, pero ahora le parecía casi amenazante. Contuvo el aliento, pensando en todas las implicaciones de lo que le estaba contando, y no creyó ser capaz de digerirlas. No entendía por qué su padre había ido a otro país. La nación de la que Via y Neith le habían hablado, llena de inventos mecánicos maravillosos, de naves voladoras y carruajes sin caballos. Había escuchado sus historias con interés, pero ahora aquel lugar casi le parecía una amenaza. Y, sobre todo, no entendía cómo el presidente estaba tan seguro de que Tulio Lavalle estaba allí.

Por supuesto, pronto comprendió que eso sólo podía significar que tal vez no fuera el único hombre de Viria que había emprendido ese viaje, aunque no sabía con qué propósito. Después de todo, la única vez que el presidente y él habían tenido una conversación al respecto fue para que considerase cómo los avances mecánicos podrían ayudar a Aurora a caminar de nuevo.

No pudo evitar preguntarse hasta qué punto aquel hombre deseaba que su hija volviese a ponerse de pie.

—Mi hermano es inocente, señor presidente. Puede preguntarle a los censores si no confía en mi palabra.

Solari se echó hacia atrás en su silla. Lo observó durante lo que le pareció una eternidad y por fin, cuando creyó que no lo soportaría más y que empezaría a gritar en cualquier momento, el hombre sonrió. Fue un gesto frío, sin sentimiento, y no un verdadero intento de parecer agradable.

—Por supuesto que confío en su palabra, doctor Lavalle. ¿Cómo no iba a hacerlo, cuando deseo que sea el médico de la casa presidencial? —León abrió la boca, pero el presidente continuó antes de que pudiera decir nada—: Porque, en fin, ¿no es lo que el doctor Medici hubiera querido?

El joven médico agachó la cabeza, esperando que su falta de palabras pasara como sorpresa y agradecimiento, pero no fue tan inocente de tomar aquello por sólo su forma de honrar la memoria de un hombre muerto. Estuvo seguro, en realidad, de que si el presidente lo quería cerca era porque pensaba que su familia, en cierto modo, era una amenaza.

Y Iulius Solari quería asegurarse de tenerla cerca y bien vigilada.

## **Capítulo 38**

**6 de bi de 3705 d. G.**

***Kiteria, Gineyka***

Para Eider, los pensamientos de las personas valían más que sus acciones, quizá por eso también durante toda su vida se había limitado a actuar lo justo y necesario. En su inclinación al silencio, había pensado mucho, pero poco había hecho. No debería, por tanto, haber echado de menos la libertad cuando lo encerraron: para lo poco que hacía de costumbre, entre estar en una sala al lado del jardín o en su cuarto poca diferencia podía haber. Pero en su cuarto no había un piano. No estaba su perro. Nadie le hablaba y las visitas que recibía eran escasas. Sin su bastón ni *Zakur*, se movía a tientos y con más torpeza de lo habitual, aunque al cabo de dos días había comenzado a aprenderse los pocos recorridos que podía hacer: desde su cama, cinco pasos hasta la ventana para sentir los rayos de sol en su cara; ocho pasos hasta la mesa de escritorio en la que le ponían la comida; diez pasos hasta el sillón en el que solía sentarse.

También echaba de menos a Saroi y, más que eso, temía no saber qué era de él. Como mínimo, imaginaba que el muchacho se sentiría perdido, atado a una casa demasiado grande que no era la suya y en la que no se le permitía ni siquiera ver a su único aliado.

Eider empezaba a frustrarse otra vez. Así que el 6 de bi a las diez de la mañana, tras casi toda una semana de enclaustramiento, decidió que dejaría de pensar y volvería a actuar. Por lo menos, que no pudiesen ignorarlo.

Todo el mundo que estaba en la casa oyó cómo empezó a gritar.

Si le iban a creer loco, que fuese con motivos.

Nadie sabía que la voz de Eider Haizea pudiera alzarse tanto. Nadie imaginó nunca que pudiera reverberar, palpitar en las paredes, llegar a cada rincón de la mansión e incluso parecía que de Gineyka. Era como una nota sostenida de su piano, como si alguien golpease las teclas con rabia. Tardó en recibir una respuesta a sus gritos, pero tras un rato sonó la cerradura, la puerta se abrió con brusquedad y se volvió a cerrar de la misma manera.

Sólo entonces calló, con una calma que ningún loco podría haber fingido.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Eider alzó las cejas. Lo cierto es que no había esperado tener la suerte de llamar la atención de Udane Koplari, pero cuando oyó su voz, aquella tonalidad firme y sin dudas, de textura de miel, sonrió.

—Esperaba que fuese mi padre quien viniera, pero supongo que ni siquiera él tiene la llave y por eso tampoco he sabido de él estos días, ¿no es cierto?

—Y sabrás de todavía menos personas como continúes montando números de semejante calibre, Eider.

—Oh, pero al menos mis números son míos, no creo espectáculo con ideas robadas.

Las palabras fueron como dardos. Lanzadas con la misma rapidez, con la misma precisión que alguien que aspira a hacer diana. Eider atendió a la forma del silencio. Estaba sentado en su sillón y desde ahí había gritado, sin moverse. Sin tirar nada. Sin golpear nada. Sin hacer más ruidos. Sabía que no le haría falta.

Intentó calcular en que lado de la habitación estaba Udane. Escuchó con atención sus pasos, cuando volvieron, moviéndose sobre la alfombra. Se acercaba.

—¿Cómo has dicho?

—¿Qué se siente al ser una persona tan ruin como para robarle su trabajo a un muchacho y hacerlo pasar como propio, Udane? ¿Qué se siente al ser una mentirosa y recibir aplausos por algo que no tiene nada que ver contigo? ¿Te resultó satisfactorio?

—Eider, harías bien en callarte, chico. Eres el hijo de Arama, y te guardo respeto y cariño por ello. No me obligues a hacer nada de lo que pueda arrepentirme.

—Oh, ¿sabes lo que es eso? ¿El arrepentimiento? ¿Te arrepientes de algo? ¿Qué es de Saroi? ¿Le has pedido perdón o le has dicho que tienes todo el derecho a hacer lo que quieras con cualquier cosa que le pertenezca porque eres *mujer y su adoptante*? Creo que puedo adivinar...

Los pasos se acercaron más. Eider escuchó el aire. Estaba atento, por eso pudo apartar la cara antes de que la mano llegara a su rostro. Se puso en pie, entonces, pasando por al lado de la mujer, y echó a correr. Desde el sillón, ocho pasos hasta la puerta.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Siete.

El pomo entre sus dedos, cuando casi chocó con él.

El chasquido de la cerradura al abrirse.

Y de pronto, el portazo, cuando ella empujó la madera e impidió que llegara a salir. Eider apretó los dientes, pero forcejeó en un momento desesperado más, antes de que la mano de Udane atrapase su hombro y lo tirase hacia atrás.

Trastabilló.

Cayó.

El golpe contra el suelo no le dolió más que el que sufrió su orgullo.

—Buen intento, Eider. —La voz de Koplari sonaba grave, como si tuviera que hacer grandes esfuerzos por controlarla—. Lamentablemente, los intentos no bastan. Parece que estás cansado de tu encierro, pero puede ser mucho peor, muchacho, si no cierras la boca. No sé en qué momento Saroi y tú habéis



comenzado a consideraros algo más que un par de niños o habéis creído que podéis vivir según vuestras propias reglas y haciendo lo que os venga en gana, pero estáis muy equivocados: lo que os suceda a ambos es cosa de las mujeres que tenemos poder sobre vosotros.

Eider apretó los dientes. A tientas, volvió a levantarse, aunque había perdido cualquier referencia para saber en qué lugar de la habitación estaba parado. Trató de buscar algo, moviéndose hacia la izquierda. Encontró una pared y se apoyó contra ella.

—Dime, Udane, ¿has podido mentir también a mi madre? ¿A la persona que quieres? ¿Con qué valor vas a volver a escribir versos de amor?

Supo que el golpe fue certero porque la oyó tomar aire.

—Tu madre, muchacho, piensa que estás perdiendo la cabeza. Aunque se lo dije por distraer su atención, quizá sea cierto: sólo así se explica este comportamiento. Aun así, te tiene aprecio, y eso es lo único que te mantiene en esta casa en vez de en un manicomio. Pero yo puedo hacer que eso cambie.

—Tú no tienes ningún derecho sobre mí.

—No, eso es cierto. Pero tengo la confianza de Arama. Más que tú.

A Eider le dolió más de lo que esperaba saber que eso era cierto. Los pasos volvieron a sonar cerca de él. Se pegó a la pared. Percibía todo con absoluta claridad: la respiración controlada de ella, sus propios latidos acelerados. Cuando sus manos llegaron, él no las esperaba y se sobresaltó, pero intentó mantenerse entero. Sin embargo, Udane no parecía querer pegarle. En cambio, acomodó su chaqueta, como si la arreglase, y sus cabellos.

—Escúchame, Eider. Olvidarás la poesía. No volverás a mencionar el tema. Tu relación con Saroi, sea la que sea, se detendrá, y no escucharás las historias que te cuente: serás más feliz de esa manera. Y, como te he dicho, tu madre confía en mí: si tu comportamiento vuelve a ser bueno, podré convencerla de que este aislamiento con el que ha decidido castigarte ya no tiene sentido, y todos volveremos a nuestras vidas.

Tal vez habría sido sensato asentir. Tal vez habría tenido sentido.

Pero Eider estaba cansado y enfadado. Eider se había convencido de que era el mejor amigo del protagonista, y los mejores amigos nunca dejaban a su compañero solo ante el peligro.

—Dime, Udane: ¿cómo es?

—¿Qué?

—Intentar escribir. Seguro que has intentado escribir. ¿Cómo es saber que nada de lo que hagas estará a la altura de lo que has fingido que es tuyo?

Fue demasiado. Esta vez no pudo evitar a tiempo la bofetada. Llegó, y lo hizo con tanta fuerza que lo tiró al suelo pese a estar apoyado contra la pared. Sintió el escozor en su mejilla de inmediato, la piel ardiendo, los ojos anegándose en lágrimas que mantuvo a raya con entereza. Volvió a incorporarse a tientas, pero, justo cuando lo hacía, una mano lo agarró por la chaqueta y lo levantó un poco.

—Dime, Eider, ¿cómo es?

Eider apretó los labios, sin querer preguntarle a qué se refería ella. Sabía que era una pregunta retórica. Sabía que sólo trataba de imitar las mismas palabras que él había usado. Sabía que ella continuaría, así que esperó. Los labios de Udane llegaron a su oído para que pudiera oír aún mejor de lo que ya lo hacía habitualmente:

—¿Cómo es saber que, cuando te marches de esta casa para pasar el resto de tus días en un manicomio, nadie te echará de menos?

Aquel golpe fue incluso más certero que la bofetada. Mucho más duro, incluso. Querría haberlo recibido con mucha más entereza. Quería que no le hubiera dolido tanto. Quería haber podido presumir de saber ya que en esa casa su presencia no era más que un añadido irrelevante. Ruido de fondo, como le había dicho un día a Saroi.

Dolió igual.

Udane lo soltó. Él ni siquiera hizo amago de levantarse. Se quedó muy quieto, con el rostro girado hacia el suelo, en una esperanza de que así la mujer no pudiera ver las cicatrices que habían abierto sus palabras.

Las lágrimas sólo comenzaron a correr cuando sintió la puerta volver a

cerrarse y la llave encerrándolo.



Saroi no había conocido lo que era la verdadera tristeza antes de vivir en la casa de las Haizea. Había tenido momentos tristes, había llorado y se había ocultado contra el pecho de su hermana o de su padre en busca de consuelo, pero nunca había probado el sentimiento que, en esos momentos, parecía estar desgarrándolo por dentro. No había sentido, tampoco, la soledad en su estado más puro, porque en la casa donde había crecido siempre había habido alguien. Siempre había tenido a quién acudir. Ahora, no obstante, cuando más necesitaba que lo reconfortaran, Irati estaba demasiado lejos, como lo estaban sus hermanos, su madre o su padre. Ni siquiera podía alcanzar a Eider, su único amigo allí...

Estaba preocupado por él. Estaba aterrado, mejor dicho, porque lo había oído gritar hacía apenas unas horas, tan alto que al principio pensó que no podía ser él, porque nunca lo había oído alzar la voz antes. Nunca lo había oído dejarse llevar así por la ira o la desesperación. Y aunque sabía que eso no haría más que apoyar la extraña teoría que parecía tener todo el mundo de que estaba loco, Saroi sabía que no era así. Que lo único que pasaba era que no podían comprender sus motivaciones. Que los habitantes de la casa vicepresidencial no se habían molestado nunca en entender a Eider y que no iban a empezar a hacerlo ahora.

La puerta de su habitación se abrió. El muchacho dio un respingo y se apresuró a levantarse de la cama, donde había estado tirado, sólo para descubrir que Udane Koplari estaba bajo el dintel de la puerta. Estaba mirándolo todo con interés a su alrededor, y Saroi se dio cuenta de que ella no había entrado en ese cuarto desde su primer día en la casa. No supo lo que eso significaba, pero no le gustó que fuese ella quien lo buscara a él.

—¿Cómo está Eider?

Su adoptante pareció sorprendida por la pregunta, como si ni siquiera hubiera sido consciente de que él estaba allí. La vio humedecerse los labios y se preguntó cuánta verdad podía esperar de su boca. Porque sí, la había visto acudir apresurada al cuarto de su amigo, pero no se había atrevido a acercarse, aunque lo había deseado con todas sus fuerzas.

—Dímelo tú —respondió ella con una sospecha en la voz—. ¿O me dirás que no has hablado con él en cuanto nos hemos dado la vuelta?

Saroi abrió la boca. Le hubiera gustado que fuese cierto, haberse saltado todas las normas y haber podido hablar con él, pero lo máximo que había podido hacer era acercarse de noche a la puerta del cuarto de su amigo y susurrarle las buenas noches, con la mano apoyada en la madera. Le hubiera gustado escuchar sus canciones a cambio, pasar las tardes lluviosas juntos en la sala o recitar de memoria algunos versos mientras él sencillamente escuchaba. Le hubiera gustado pedirle a Udane que lo ayudase, que haría cualquier cosa a cambio, pero «cualquier cosa», después de lo que había hecho con su poesía, sólo podía significar venderse. Y a eso no sabía si estaba dispuesto.

—No he entrado en esa habitación —dijo—. No he sabido de él desde hace días.

—Pero no desde hace lo suficiente como para que no hablase contigo al volver del recital, ¿verdad? —Los ojos de Udane se convirtieron en un par de rendijas oscuras cuando los entrecerró, pero al segundo siguiente habían recuperado su tamaño habitual—. No estoy aquí para hablar de eso, Saroi. No discutamos, por favor.

Lo dijo como si él tuviera la culpa, y él supuso que, en el fondo, tanto daba si ella lo pensaba así mientras no quisiera discutir. Porque no quería volver a verla enfadada, como la noche del recital. No quería volver a sentirse insignificante a su lado, si bien un día, no muy lejano, habría dado cualquier cosa por poder compararse con ella de la manera en que fuera.

Udane se sentó en la cama. Su vestido, con un estampado de mariposas de

alas doradas, destacaba contra la sencilla colcha azul. Le hizo un gesto para que se sentara junto a ella y él obedeció no sin cierta reticencia. Ya no se sentía cómodo cerca, después de que quemara su poema. Después de que lo hiriera más hondo de lo que lo había hecho ninguna otra persona y, en el proceso, hubiera hecho daño también a Eider.

—Me preguntaba si habrías escrito algo más.

Udane Koplari estaba sonriendo, pero Saroi sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda. No fue una sensación agradable. Y no era sólo por la mirada que le echó, sino por la pregunta que había escrito en su comentario:

—No voy a seguir escribiendo, señora Koplari —respondió, entre el desafío y la esperanza de que dejara el tema. Y era cierto: no había vuelto a coger una pluma entre los dedos. No iba a permitir que volviera a tratar su obra como si no tuviese una parte de él en cada línea. No iba a permitir que lo usase. Si así era como lo iba a tratar, prefería no volver a tocar su cuaderno de escritura y, si lo hacía, ella no tenía por qué enterarse.

Udane lo siguió mirando, pero su expresión cambió. La sonrisa se esfumó de sus labios.

—Entiendo.

Se levantó. Saroi pensó que eso sería todo, que se marcharía. De hecho, ya estaba avanzando hacia la puerta. Lo dejaría en paz, por fin, y se iría a seguir con su escritura. Que escribiese sus propios poemas, como siempre había hecho.

A decir verdad, el muchacho ni siquiera creía entender del todo qué la había llevado a necesitar su poema. Ella era muchísimo más talentosa, con muchísima más experiencia. No necesitaba ayuda; no necesitaba más, había dicho en una entrevista, que un brote de inspiración. Se preguntó si eso era lo que había pasado: a lo mejor no había tenido ninguna idea y se había frustrado. Pero seguro de Udane tenía mil poesías en el cajón. Podría haber tomado cualquiera de ellas y volver a encandilar al público...

Y, en su lugar, había decidido utilizar algo que ni siquiera era suyo. Que ni siquiera se parecía a algo suyo, porque no hablaba de sus sentimientos ni era su

forma de escribir. ¿Es que nadie se había dado cuenta de la verdad tras sus palabras? ¿De la otra voz? De las otras voces, más bien: la suya y la de Eider.

Udane no se marchó, sino que sus pasos la llevaron junto al escritorio. Las páginas que allí había estaban en blanco, tal y como Saroi le había advertido. La mancha de tinta que había florecido en una de ellas, por un descuido con la pluma, llevaba días ahí, seca.

—Siempre he pensado quienes poseen un don que mantienen en silencio son un poco egoístas al guardárselo para sí —dijo entonces la mujer, pasando un dedo por la primera de las páginas allí abandonadas—. ¿No te parece que, si sabes escribir, debes mostrárselo al mundo? ¿No crees que, si sabes cantar, debes hacerlo para que te oigan? Es una retribución justa, ya que tienes un talento que podría hacer feliz a otras personas.

Saroi dio un respingo cuando Udane lo miró por encima del hombro.

—Algo que haces porque te gusta no debería convertirse nunca en una obligación.

—Algo que haces porque se te da bien, Saroi, es un justo pago a Gaia por otorgarte sus gracias.

—Entonces deja de ser tuyo, porque no lo estarás haciendo para ti. —Él arrugó la nariz con cierto desagrado. Notaba el peso en el estómago que anticipaba hacia dónde iba a ir la conversación.

—Quizá no fue tuyo nunca. —Udane tamborileó con los dedos sobre la mesa—. En tu caso, no lo es. Nada te pertenece, como ya te expliqué; creí que había quedado claro.

Saroi apretó los dientes.

—No puede obligarme a escribir. Nunca lo haré si sé que va a usar mis poesías para su beneficio. Y no tiene ningún derecho...

—Tengo *todo* el derecho, Saroi —le advirtió ella—. Y, además, creo que puedo convencerte de que de verdad es lo que deseas hacer. Porque verás, tu amigo Eider no está demasiado bien. Lo has oído gritar hoy, ¿verdad?

La mención a Eider lo hizo ponerse en pie. Fue un movimiento automático,

pero Udane amplió su sonrisa al verlo, como si le hubiera dado la última pieza de un rompecabezas. Saroi no reparó en qué había hecho mal hasta que comprendió que sólo lo había estado tanteando. Que había supuesto que Eider le importaba lo suficiente como para preocuparse por él, pero le acababa de confirmar que así era.

—No lo mencione.

—Entonces no digas cosas horribles como que no vas a volver a escribir. — Dio unas palmadas en el respaldo de la silla junto al escritorio—. Ven a sentarte.

Saroi no quería hacerlo. Lo hubiera dado todo por poder haber salido de ese cuarto, de aquella casa. Pero no tenía lugar alguno al que ir, de modo que acabó por alzar la barbilla y, sintiendo un sollozo a punto de salirle de la garganta, se adelantó. No llegó a obedecer, sin embargo, sino que se quedó ante ella, mirándola de frente y retándola sin palabras.

—No puede hacerle nada. Es el hijo de otra mujer: no tiene potestad sobre él.

—¿Crees que me sería muy difícil convencer a todo el mundo de que está lo bastante mal como para necesitar ayuda fuera, en un sitio donde pueda vivir mejor que aquí? ¿Crees que su madre quiere tenerlo encerrado en esta casa, recordándole todo el tiempo que tiene un hijo que nunca podrá presentar en sociedad? Que ha hecho, además, que reciba una reprimenda por parte de la mismísima presidenta por no saber controlar a su hijo... No, Saroi. El destino de Eider parece bastante claro. A menos, claro, que tú decidas hacerme caso. Tengo el suficiente poder para cambiar las tornas si decido ponerme de vuestra parte...

Se hizo un silencio tenso en la habitación. Udane vio que no se movía y suspiró. Pero si Saroi no daba un paso hacia delante era porque los pies le pesaban como si las suelas de sus botas fueran de hierro. Se sentía mareado, a punto de vomitar, y con un cosquilleo en la mano, como si los dedos se le hubieran quedado dormidos sólo de pensar en ponerse a escribir.

—Quizá necesites pensarlo —concedió—. Eso puedo entenderlo. A lo mejor necesitas... algún tiempo para dar con la inspiración.

No le dijo cuánto le iba a conceder. Con una sonrisa, pasó por su lado. Su

vestido le rozó los pantalones. No se despidió. No dijo nada más. Sólo se marchó y cerró la puerta detrás de ella.

Saroi se quedó solo. Las hojas en blanco seguían sobre la mesa, como la pluma. Estaba temblando y los dos pasos que dio hacia su silla casi lo tiraron al suelo. El corazón le latía dolorosamente. Se derrumbó en su asiento sintiendo que no podía respirar y que la culpa de su ahogamiento eran las ansias de llorar. Se sentía enfadado y con ganas de gritar. Quizá, pensó, con las mismas ganas que habían hecho que Eider alzase la voz o hiciera un espectáculo de su presencia en el recital. Puede que fuera la tristeza, que necesitaba un sitio por donde escapar, una salida que había cerrado con llave. Observó el papel de nuevo, comprendiendo que esa había sido siempre su vía de escape, su pequeño gran refugio.

Y se lo habían quitado.

La pluma entre sus dedos le pareció demasiado pesada al cogerla y se sintió torpe, como si fuera la primera vez que la tomaba en mucho tiempo. Sabía que no estaba bien. Que esa no era la razón para ponerse a escribir. Que el arte no debía nacer de las amenazas o el chantaje. Que no lo había hecho nunca así y que no quería que ahora saliera de su interior por esas razones.

Pero quería ayudar a Eider. Quería sacarlo de esa habitación. Y estaba dispuesto a cualquier cosa si con ello le ahorraba más dolor. De eso, precisamente, estaba dispuesto a hablar: de la opresión, de la necesidad, del deseo de ayudar. De lo injusto que ahora le parecía el mundo y de lo mucho que echaba de menos una libertad que, en realidad, nunca había probado.

Escribió.



## ***Capítulo 39***

***21 de Pyria de 1853 d. S.***

***Villa Áurea, Viria***

Qué extraños eran, pensó Neith, esos viejos recuerdos que lo obsesionaban sin que pudiese librarse de ellos, y cómo sabían cuándo atacar. Por lo general no eran una invasión constante en su mente y, cuando los sentía venir hacia él, solía ser suficiente con alzar sus murallas y empujarlos a un rincón en el que no pudiera verlos.

Pero aquel día, mientras caminaba durante una larga hora hasta alcanzar Villa Áurea, los recuerdos hicieron su aparición sin que se diera cuenta de que se habían ido acercando. Eran recuerdos sobre todas las veces que había perdido algo: sus padres, compañeros en las calles, un simple día de felicidad. No pudo pararlos. Lo emboscaron en medio de una cuesta, cuando estaba sin aliento, y amenazaron con hacerle perder el equilibrio.

Esos recuerdos eran como una alarma mientras se dirigía a Villa Áurea. Via le había hecho llegar la información por medio de una nota, aunque no se habían visto porque todavía no había encontrado el lugar. Se habían escrito, durante aquellos días, pero Neith prefería no arriesgarse demasiado, pues el incidente de la pelea aún era demasiado reciente y la sombra de los censores era alargada, si bien no parecía que hubiesen vuelto a molestar a su amigo. El propio Lavalle se lo había dicho en una de sus misivas, cuando le pidió que se vieran una semana después de que fuera a verlo a su casa y se sentaran juntos en la cocina.

El problema era que Neith creía que toda precaución era poca, porque ya había perdido demasiado por el camino y no podía ni imaginar lo que sería

perderlo también a él.

Sacudió la cabeza y se dio cuenta de que había parado cerca de la verja de entrada a la casa para recobrar el aliento, lo que le dio tiempo de adecentarse la ropa y coger aire antes de retomar el último tramo. Pese al miedo a perder una vez más, la promesa de entrar en Villa Áurea no era del todo desagradable. Estaba deseando ver adónde se dirigía la Sociedad del Fénix y conocer un poco más a sus integrantes.

También, por supuesto, estaba deseando ver a Via. Pero eso intentó que no se le notara.

Le abrió la puerta la propia Valeria Barnei, que sonrió al verlo. Estaba tan impresionante como en la última reunión, con su traje de color claro y el exuberante cabello largo y suelto. Le sonrió con confianza. Tenía una taza de humeante té en la mano y los ojos chispeantes, como si acabase de escuchar algo muy divertido.

—Ah, joven Sinagra. Es usted el último en llegar.

—También soy, probablemente, el único que ha caminado desde tan lejos. — Neith suspiró, pero entró en la mansión cuando ella se hizo a un lado y accedió a que le cogiera la chaqueta—. ¿Me estabais esperando?

—No podríamos haber empezado sin usted, en realidad. Odio repetir las cosas.

Su sonrisa fue tan amplia que no pudo molestarse y la siguió sin rechistar más allá de las puertas dobles que, daban al salón donde se celebraban las reuniones. Sus ojos, con la fuerza de un imán, fueron a los de la persona que se levantó nada más verlo: el más joven de los hermanos Lavallo dejó a un lado a sus compañeros de conversación, a los que sólo parecía haber estado escuchando, y se acercó a Neith y Valeria, que enarcó las cejas y los miró, pero no dijo nada. Aunque tampoco se apartó.

—Siempre haciéndote de rogar, ¿eh, Sinagra?

Él sonrió, a punto de echarse a reír. Quería alcanzar su mano, pues habían pasado tres semanas desde la última vez que lo viera y lo había echado de

menos, pero se dio cuenta de que no era adecuado.

—Qué puedo decir..., lo bueno siempre se hace esperar.

Neith pensó que Via pondría los ojos en blanco ante la muestra de bravuconería, pero en lugar de eso se mordió el labio, en un gesto nervioso y que parecía querer contener un torrente de palabras y sentimientos.

—Pues la próxima vez no me hagas esperar tanto —dijo, justo después de hundir las manos en los bolsillos de sus pantalones— o puede que me canse.

Su amigo quiso abrazarlo en ese momento, pero hizo el mismo gesto que Lavalle y ocultó las manos entre su ropa.

—Lo recordaré.

Valeria miraba del uno al otro. Neith se dio cuenta de la fijeza con que lo hacía, queriendo descubrir sus secretos con esos ojos verdes suyos, y carraspeó. Sintió el calor de la vergüenza en su rostro.

—Encantador —fue el veredicto de la señorita Barnei.

Arabella Medici se había acercado a ellos y puso un brazo alrededor del de su compañera. Vestía de luto, y Neith recordó haber leído en un periódico que había encontrado en la calle que su padre había muerto de la noche a la mañana.

—Lamento su pérdida, señorita Medici —dijo, consciente de que su voz sonaba hueca. Pero aunque no lo había conocido, aunque sus palabras no debían de tener sentido para la joven escritora, creyó que eran adecuadas en aquella situación.

Ella murmuró su gratitud e hizo una inclinación de cabeza, pero luego se volvió hacia Valeria:

—¿Empezamos la reunión?

La anfitriona de Villa Áurea asintió y llamó al orden entre los presentes. El silencio se hizo de inmediato.

—Amigas, amigos, me alegra veros un mes más en mi humilde morada. —Se humedeció los labios—. Como muchos sabréis, hemos estado preparando nuestro golpe con mucho cuidado y al fin estamos listos para atacar a la ley de Aión. Los censores conocerán al fin nuestro nombre y la gente de Arxia

escuchará nuestras ideas. Más como nosotros sabrán que no están solos.

Via, Neith y el doctor Lavallo escuchaban a la señorita Barnei con curiosidad, sin entender del todo a qué se estaba refiriendo.

—Por supuesto, nuestros nuevos miembros todavía no saben lo que podemos hacer, así que quizá sea mejor trasladar la reunión al sótano, donde podrán ver nuestros materiales.

—¿Materiales?

—¿Sótano?

Via y Neith se miraron, casi sorprendidos de haber hablado al mismo tiempo. Las sonrisas de las dos mujeres que presidían la Sociedad parecían tener una causa distinta que simplemente haber oído a los dos jóvenes corear preguntas diferentes.

—Seguidme —dijo Valeria, tomando del brazo a su pareja—. Creo que la Sociedad todavía guarda algunas sorpresas agradables para vosotros.



El sótano de la casa de Valeria Barnei era tan grande como el resto de las habitaciones, y Neith estaba seguro de que, de vivir allí, no habría sabido qué hacer con todo aquel espacio. Aunque en favor de la dueña de Villa Áurea, esta parecía saber cómo sacarle el mayor partido a sus cuartos y, de hecho, había convertido la habitación bajo la casa en un taller de imprenta. Neith supo que eso era lo que pretendía ser porque oyó a Arabella Medici decirlo; de lo contrario, no habría adivinado para qué servía la extraña máquina en el centro de la estancia o los muebles de su alrededor. Cerca de él había una caja, dividida en secciones más pequeñas, con piecitas de metal dentro. Cogió una y la miró a contraluz, con ayuda de varias lámparas traídas del piso de arriba. Neith distinguió, en el extremo de la pieza, una letra.

—Nunca había visto una así. Es realmente vieja.

Neith dio un respingo y dejó caer el objeto a su sitio con un tintineo. Via se había colocado a su lado y él lo miró con cierta confusión.

—¿Vieja?

—Esa máquina de ahí es una imprenta. Pero tiene como mínimo un siglo de antigüedad.

Neith observó la mole de madera y metal, que parecía una mesa con añadidos allí y allá. Aunque no había visto una, era cierto que aparentaba ser aparatosa y no entendía cómo podía funcionar.

—Puede ser vieja, joven Lavallo —dijo Valeria por encima de los murmullos del resto de conversaciones—. Pero le aseguro que funciona mejor que ninguna máquina moderna.

—No será usted una de esas personas que promulgan los peligros de los avances técnicos, ¿verdad, señorita Barnei? —Via parecía divertirse con la idea.

—Para nada. Pero la modernidad no siempre... es adecuada para nuestras necesidades.

León Lavallo carraspeó tras ella. Parecía tan perdido como los dos muchachos e hizo un ademán hacia la máquina.

—¿Y cuáles son esas necesidades?

Los demás miembros del grupo parecían estar al tanto. Algunos observaban y tocaban la imprenta, otros ponían las enormes hojas de papel a trasluz. Otros incluso estaban trasteando con el resto del mobiliario.

—¿No es obvio? —preguntó Arabella con una sonrisa—. Vamos a imprimir nuestra propia publicación, doctor Lavallo. Quizá sea un poco diferente a lo que los censores están acostumbrados, pero ¿no merecemos esparcir las semillas de nuestras ideas?

—Le aseguro que la Iglesia de Aión no está a favor de sus ideas ni de las de nadie de esta habitación —repuso él.

La señorita Medici suspiró.

—Entonces no nos queda más remedio que hacerlo sin su permiso. Y planeamos hacerlo a lo grande.

—Imprimiremos un folletín —explicó Valeria— y lo repartiremos por las calles de Arxia mientras todos duermen: los dejaremos en las esquinas, los pegaremos en la puerta de cada iglesia. Haremos que todo el que quiera leernos tenga la oportunidad. Y cuando la ciudad despierte, los censores verán que han sido burlados.

Neith abrió la boca, pero no consiguió que saliera ningún sonido de ella. Estaba asombrado de que hubiera unas personas tan hartas y tan desafiantes como para poner semejante plan en práctica.

—Los censores removerán cielo y tierra para buscar a los responsables.

—¿Y cómo van a encontrarnos, exactamente?

Via y él se miraron. Notaba la emoción en los ojos de su mejor amigo. Notaba cómo aquello era justo lo que deseaba: desafiar lo establecido. Aun así, parecía precavido, porque era muy consciente de lo complicado que resultaba conseguir salir indemne de algo así.

—¿Y después? —le oyó preguntar.

—Queremos hacer una edición al mes. Nuestra idea es que todo el mundo sepa que hay otras opiniones. Otras ideas que merecen ser escuchadas.

Valeria calló y miró a su compañera, que asintió en silencio y se adelantó hacia los dos miembros más jóvenes de la Sociedad.

—El problema es que no somos muchos y la mayoría de los nuestros tienen trabajos que les quitan mucho tiempo o viven demasiado lejos. Carola y Marina van a ayudarnos, pero incluso así nos faltan manos, así que estábamos pensando en contratar a alguien para que nos ayude. —Sonrió, plácida, y encontró los ojos castaños de Neith—. ¿Qué le parecería, señor Sinagra?

El muchacho dio un respingo, sorprendido de que se dirigiera a él. Apartó la mirada casi al instante y volvió a valorar el espacio.

—Yo no sé cómo funciona esa máquina o cómo se imprime. Via, quizá...

—Le enseñaríamos —le aseguró Arabella, sin molestarse en escuchar lo que tenía que decir—. Es muy sencillo, la verdad. Y no le dejaríamos todo a usted.

—Por supuesto, si el señor Lavalle quisiese, también sería bienvenido —

añadió la señorita Barnei, fijándose en Via—. La propuesta también es para usted. En el entierro le dijimos que esperábamos poder ayudarle tras su expulsión. Y si eso sirve de aliciente para decantar la balanza a la hora de tomar la decisión del señor Sinagra...

Neith observó a su anfitriona, que tenía las manos entrelazadas a la espalda y sonreía con cierta picardía, como si hubiese echado un ojo a sus secretos antes de esa reunión. Ella tenía que saber que sus reparos no nacían de la idea de trabajar con ella o con Marina y Carola o con Via. De hecho, eso último le sonaba bien. Ni siquiera tendría que seguir buscando un sitio para que pudieran verse a salvo: Villa Áurea era la localización perfecta; podrían hablar todo lo que quisieran y verse a menudo. También estaba seguro de que no le costaría aprender: se consideraba lo bastante listo como para haber sobrevivido en Arxia durante años, solo, así que también sería lo suficientemente inteligente como para manejar cualquier máquina de un siglo de antigüedad.

No, esos no eran los problemas, pero se le ocurrían un montón de ellos sin necesidad de recurrir a pensar en sus habilidades o en la compañía.

—¿Sabe cuánto he tardado en llegar hoy aquí caminando? ¿Y sabe cuánto voy a tardar de vuelta?

—También hemos pensado en eso —respondió Valeria con una sonrisa victoriosa—. Podría quedarse en Villa Áurea. Hay cuartos libres y no nos importa poner otro plato a la mesa. Estoy segura de que podríamos negociar sus honorarios teniendo eso en cuenta.

—Esperamos de veras poder llegar a un acuerdo —añadió Arabella, de nuevo del brazo de su enamorada—. Nos gustaría que nos ayudase.

Neith apretó los labios. Debían de haberle dado muchas vueltas al tema, por lo visto.

—Necesito pensármelo —dijo sin más, con algo de brusquedad.

Nadie se lo echó en cara. Nadie, de hecho, volvió a presionarlo al respecto. Via lo miró de reojo, pero tampoco insistió, aunque su expresión decía que lo interrogaría más tarde, cuando estuvieran solos. León Lavalle le preguntó algo a

la señorita Medici con respecto a los artículos y la dueña de Villa Áurea le ofreció a Via mostrarle la imprenta. Por supuesto, los ojos de su amigo se iluminaron y accedió, no sin antes volver a mirarlo. De hecho, abrió la boca, quizá para preguntar algo, pero Neith le hizo un gesto para que siguiera adelante. Sabía de sobra que estaba deseando toquetear todo y probar cómo funcionaba. Si lo dejaban solo en el sótano, no saldría hasta el día siguiente por la tarde.

Neith suspiró y miró alrededor. No se sintió de más, ya que todo el mundo lo aceptaba sin problemas. A lo mejor por eso, por la novedad que aquello entrañaba para alguien acostumbrado al rechazo, le pareció que el techo se le iba a caer encima. Que, pese a lo grande que era el espacio, contenía demasiada gente. Sus conversaciones le mantenían los sentidos embotados, de manera que, como siempre, sin ser visto ni oído y convencido de que nadie iba a echarlo de menos, subió los escalones con sigilo y salió a respirar un poco del aire que faltaba en aquel lugar.



Por supuesto, Neith se equivocaba. Via lo echó de menos desde el mismo momento en que se dirigió a la puerta. Había esperado que lo siguiese a ver la imprenta, pero tan sólo vio a su figura huir y por un segundo sus propios pies se quedaron clavados en el suelo. Casi se olvidó del folletín, de la maquinaria, de Valeria Barnei y de cualquier otra cosa.

—¿Qué cree, señor Vianney? ¿Es orgullo o terror?

Via volvió a la realidad como si la voz de la señorita Barnei fuera un cabo al que no tenía más remedio que agarrarse en medio de una tempestad. La miró con cierta confusión.

—¿Qué?

—Usted conoce mejor al señor Sinagra. Me pregunto qué sentirá respecto a nuestro ofrecimiento.



No respondió. No creía que debiera ser su voz la que pusiera en palabras lo que Neith sentía o no sentía en aquel momento. Eso era algo que le pertenecía a él, aunque Valeria tenía razón: lo conocía, y por eso sabía que no era tan sencillo como elegir una de esas dos opciones. Serían ambas, con mil dudas más de por medio. Neith Sinagra trataba siempre de parecer muy seguro de sí mismo, de todo, pero Via hacía ya tiempo que había descubierto que era así como disfrazaba no estar seguro de nada, mucho menos de él.

Para disimular su silencio, Via se aproximó a la imprenta y empezó a examinarla por todos lados. Le interesaba el mecanismo, por supuesto, pero también era una forma de distraerse y no salir corriendo tras su amigo. Si se había alejado era porque lo necesitaba, y prefería darle un respiro, aunque lo único que deseaba fuera acercarse a él, ignorando a los demás, y abrazarlo y decirle que lo había echado muchísimo de menos. Había querido hacerlo desde que lo había visto. Desde antes, cuando el timbre sonó y supo que sólo podía ser él. Tras la expulsión, su vida se había limitado a estar en casa, en un encierro no obligatorio pero igual de triste en su taller. Se había dado cuenta, mientras los días pasaban, de hasta qué punto se había acostumbrado a él, y más todavía, de hasta qué punto se sentía cerca. Era normal, por supuesto. Via siempre sentía con todo el mundo que había un velo a su alrededor que imposibilitaba que nadie rozara su cuerpo de verdad; pero, al contarle toda su historia a Neith, el velo había caído con él. Quizás otra persona se hubiera sentido expuesta, pero a Via sólo le había quedado una sensación de libertad y de manos unidas en un agarre irrompible.

Le daba miedo todas las veces que había pensado en Neith en las últimas semanas, en su abrazo o en la manera en que le preguntó su nombre, o incluso en todo lo que habían compartido antes de aquello.

Pero no era un miedo horrible. Era un miedo por el que no le importaba temblar.

El verdadero miedo venía, en cambio, cuando pensaba en él decidiendo que lo más seguro era alejarse y desapareciendo para siempre jamás.

Quiso pensar que sus pasos marchándose del sótano no eran otra manera de distanciarse y prefirió centrarse en otra cosa:

—Es muy amable ofreciéndome un puesto de trabajo, señorita Barnei, después de lo sucedido. Sé que no soy la persona de la que mejor se habla en Arxia en los últimos tiempos.

—¿Y quién lo es? —Valeria alzó las cejas, las manos en los bolsillos de su traje. Tenía su sonrisa confiada. Via se preguntó si aquella mujer dudaba alguna vez.

Tuvo que sonreír.

—¿Le es tan indiferente como parece lo que se diga o es su modo de protegerse?

La señorita Barnei se quedó pensativa. Daba vueltas en torno a la máquina, mientras que Via observaba el torno y probaba que girase adecuadamente. Entretanto, no pudo dejar de mirar a la dama por el rabillo del ojo.

—No creo que se pueda ser del todo indiferente al mundo en el que vives — admitió la señorita Barnei entonces—. Tampoco creo que se deba. La indiferencia es la herramienta de los privilegiados. Quienes no tenemos el poder no podemos permitirnosla.

—Yo diría que usted es muy poderosa.

—Lo soy. Bastante, porque tengo dinero. Una barbaridad de dinero, por cierto, benditos sean mis padres que tuvieron a bien morir pronto. Por eso soy *casi* del todo indiferente —concluyó con una sonrisa brillante.

Via tuvo que parpadear. No creyó jamás que oiría a nadie hablar de la muerte de una familia casi como si fuera motivo de celebración.

—¿No siente su pérdida?

—Oh, no, pero que no le perturbe eso. Mis padres y yo teníamos una relación de lo más recíproca. Ellos tampoco habrían sentido demasiado que yo hubiera muerto. De hecho, estoy convencida de que, si han acabado en el Paraíso, le rumian todos los días a los Santos por no haber cambiado su testamento cuando pudieron.

Nada parecía poder tumbar aquella sonrisa que se burlaba del mundo entero, como si todo fuera un gran acto de comedia y Valeria Barnei su principal protagonista, con todas sus líneas perfectamente aprendidas y preparadas para ser lanzadas en el momento adecuado.

La fascinación de Via no hacía más que crecer. En esa ocasión, la envidia se mantuvo a raya.

—Supongo que no aprobarían las formas en que gasta su fortuna —adivinó.

—Estoy segura de ello. Pero aprobar cualquier cosa que yo hiciera nunca se les dio bien.

—¿Por qué?

—Oh, porque no era la joven dama que ellos hubieran deseado...

—No: ¿por qué hace esto? Las reuniones. El folletín. Relacionarse con personas que no son bien vistas, por tantos motivos diferentes. Vive con dos mujeres negras como si eso no le pudiera condenar. Posee el dinero y la libertad de no tener que rendirle cuentas a nadie. ¿Por qué complicarse? ¿Por qué no ser *del todo* indiferente?

Via sospechaba la respuesta, aunque quería escucharla. Valeria alzó una ceja. No dudó, como si hubiera sabido que haría esa pregunta o como si sencillamente hubiera nacido para responder:

—Porque el dinero no siempre fue mío. Porque sigo siendo una mujer. Una que siempre supo que no quería casarse con un hombre. Una que no se identificaba con lo que el resto del mundo le decía que debía ser, lo que debía desear y a lo que debía aspirar. Porque recuerdo muy bien lo que es ser *otra cosa*. Porque vi cómo mis padres usaban ese dinero que ahora me pertenece de las maneras más repugnantes: Carola y Marina eran apenas niñas cuando las sacaron de un mercado de esclavos para meterlas en casa como si fueran objetos, no más que una escoba o una sartén; nunca quise ser como ellos. Y porque hace ya mucho tiempo que decidí que lo único que no dejaría que nadie me quitara sería la capacidad de ser yo misma. Sin vergüenza ni arrepentimientos; no sin miedo, porque cuando eres *lo otro* siempre hay miedos, pero por lo menos con la

seguridad de que el miedo no me impediría vivir como quisiera. Y merece la pena conseguirlo, Vianney. Si tengo la posibilidad de hacer que eso sea más fácil para otra gente, de cambiar aunque sea un poco una vida a mejor, también tengo la responsabilidad.

Valeria vio cómo Vianney Lavallo se quedaba casi sin aire frente a ella. Se fijó en sus ojos, brillantes por un segundo, y eso convirtió su sonrisa en un gesto más cálido, más tierno. Bajo su mirada, aquel muchacho era poco más que un niño, uno que tampoco estaba de acuerdo con el mundo y, era evidente, no se sentía parte de él. Por supuesto, Valeria no podía adivinar hasta qué punto Via se sentía como algo ajeno a la realidad, pero tampoco lo necesitaba.

La mujer no dijo nada mientras Lavallo se pasaba con disimulo una mano por su ojo.

—Será un placer trabajar para usted, señorita Barnei.

—Trabajarás *conmigo*, no para mí, como todos los que forman parte de esto. Así que llámame Valeria. Bienvenido a la Sociedad del Fénix, Vianney.

## ***Capítulo 40***

***21 de Pyria de 1853 d. S.***

***Villa Áurea, Viria***

Era poco el consuelo que la vida le había traído a Neith Sinagra, pero, pese a todo, él había seguido adelante. Creía que eso era lo que tenía que hacerse, incluso cuando todo salía mal. Así que mil y una veces, cuando creía haberse encontrado con un callejón sin salida o cuando no se sentía con ganas de continuar, se había recordado que no le quedaba otra que sobrevivir y que al menos eso se lo debía a los días pasados y a los que estaban por venir.

Aquel día en Villa Áurea, a Neith se le presentaron dos opciones y él las observó como se observan las encrucijadas en un camino, contemplando las diferentes rutas ante él y asegurándose de sopesar los destinos a los que lo iban a llevar. Por un lado estaba el miserable pero conocido paseo de siempre, cuesta arriba, lleno de adoquines descolocados. Aunque esa calle tuviera mal aspecto, sabía dónde pisar para no caerse y de qué sombras era mejor huir. La otra avenida se abría ante él, girando abruptamente para que no pudiera ver qué le aguardaba en el siguiente recodo del camino. Podía parecer una calle agradable, más llana, con árboles a ambos lados, pero él no se atrevía a confiarse. En esa ruta había censores esperando para atraparlo, a él y a más gente. En esa ruta había sorpresas; y Neith odiaba las sorpresas, lo impredecible, lo que no conocía. Desconfiaba de lo que no podía controlar, como el camino que Valeria Barnei le había señalado.

En realidad, para ser justos, Neith sabía que no tenía control sobre nada que hiciera la Sociedad del Fénix y, aunque quería formar parte de ella, llegar a un

lugar nuevo siempre le ponía nervioso. De aquella gente apenas sabía nada, más allá de que eran marginados o inconformistas y que habían hallado un refugio bajo las alas protectoras de la dueña de Villa Áurea. Un lugar en el que ser ellos mismos, donde nadie los juzgaba, pero lejos de la ciudad o de cualquier población, y sólo por un rato. En el fondo se escondían, le pareció, mientras que él siempre había tenido el problema de ser demasiado visible. De destacar entre el blanco marmóreo de las gentes de Viria, pese a que algunas personas, muy pocas, hubieran preferido ignorar ese detalle y centrarse en todo lo que había bajo su piel. Todo lo que él trataba de ocultar, porque se había convencido de que a nadie le iba a importar quién era.

Aunque una persona ya le había demostrado que se equivocaba. Fue la misma que de pronto estaba sentada a su lado. Llegó sin hacer ruido y se sentó a su lado sin más, como había hecho desde que se conocieron: un buen día había aparecido en la calle que a Sinagra le era tan familiar y había decidido que caminaría a su lado. Incluso cuando Neith había intentado tomar desvíos, burlarlo, volver a andar a solas, Via había decidido que no se separaría de él, arriesgándose a tropezar en zanjas, a ser atacado por animales, a cualquiera de los peligros que en principio no deberían haberle correspondido.

El muchacho observó a su acompañante de soslayo. Al sentir sus ojos sobre su cuerpo, Lavalle bajó la mirada hacia él también. Neith se sintió torpe, a sabiendas de que su amigo esperaba que dijese algo, pero sin querer arrancarle las palabras, y se limitó a hacer lo que mejor se le daba: fingir que nada ocurría.

—La imprenta debe de ser bastante vieja si ya has dejado de curiosearla por todos lados. ¿Ya sabes cómo funciona y cómo vas a mejorarla?

Via esbozó una sonrisa burlona.

—Me estás infravalorando si has creído por un momento que para algo así necesitaba más de cinco minutos.

—Por supuesto. Seguro que ya sabes cómo construir un prototipo que trabaje a vapor. —Se echó hacia atrás, sobre sus manos, igual que Via—. ¿Y qué opinas?

—Que el trabajo va a ser muy tedioso: hay que poner las letras uuuuna por uuuuna. —Via fingió consternación—. Me gusta jugar con piezas pequeñas, pero esto no es *exactamente* a lo que yo me refería.

—¿No es esa una enseñanza de los Santos? «Ten cuidado con lo que desees...». —Neith se percató de algo y su expresión cambió—. Entonces vas a trabajar para ella.

Via calló durante un segundo. Volvió la vista al techo, pero asintió.

—Estoy expulsado, al fin y al cabo. He buscado trabajo estas semanas, pero no he visto nada en lo que crea que pueda encajar, y no quiero seguir encerrado en casa, sintiéndome miserable mientras León trabaja para conseguir un dinero que siento que he estado haciéndole desperdiciar hasta ahora. No he..., no he llegado hasta aquí para no hacer nada. Y me gusta lo que planean.

Neith intentó contener el sentimiento de culpa. La voz que, dentro de él, insistía en recordarle que la expulsión había sido más por su causa que por una simple pelea. El pensamiento de que aquel día un censor había estado demasiado cerca de ellos.

Tuvo que apartar la vista.

—¿Ha sido duro? Este tiempo... sin la Academia...

—No tanto. —Neith quiso creer que le decía la verdad—. He podido trabajar en mis proyectos. Y seguir estudiando por mi cuenta. Tengo tu libro, proveniente de una sociedad mucho más mecanizada que la nuestra, con más conocimientos de los que nunca habría sacado de los profesores. No los necesito. —Via volvió a alzar las cejas y se inclinó un poco hacia él para golpear el hombro de su amigo con el suyo—. En realidad, lo más duro es comprender tu caligrafía: es nefasta.

Neith vio lo que estaba haciendo. El hecho de que estuviera quitándole hierro al asunto, como solía hacer él, le hizo sentirse agradecido. Sabía que obviar el problema no hacía que desapareciese, pero sí aliviaba un poco el peso sobre sus hombros. Lo suficiente como para permitirle recordar que estaba con Lavallo al fin, después de tantas semanas, y que allí no había censores ni nadie que les fuera a recordar que el vínculo que los unía era poco menos que una blasfemia a

todo lo que Viria representaba.

Así que cogió aire y se incorporó un poco, deseando tocarlo, abrazarlo, pero sin tener valor para dejarse llevar.

—Mi letra es sencilla y útil, sin todas esas florituras que hacéis vosotros, como si os sobrara la tinta y el papel. Además, las habilidades de las que pueda carecer en caligrafía las suplo de sobra con mi don de lenguas y mi impecable traducción.

—Tu don de lenguas, Neith, se basa sólo en saber encontrar las palabras idóneas para ser absolutamente depravado o absolutamente narcisista, según la ocasión.

—¡Y puedo hacerlo en nada menos que dos idiomas diferentes!

Por fin, los dos se echaron a reír. Como siempre. Como si fueran tan libres como aquella carcajada.

A Via se le deshizo un nudo que se había mantenido en su estómago desde que había salido y lo había visto allí sentado, con la mirada y los pensamientos demasiado lejos. Cuando la risa se perdió, movió una rodilla para chocarla con la de él. En realidad, quería mover todo el cuerpo. Pese a que la distancia física había sido algo a lo que se había acostumbrado durante toda su vida, ya no le parecía aceptable con Neith. Era otra de las cosas que le asustaban.

—¿Y tú? ¿Cómo has estado estas semanas...?

La expresión de Neith cambió un poco. Su sonrisa perdió fuelle, sus ojos huyeron de los de su acompañante. Pero entonces, como si hubiera recordado algo, se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y le mostró una bolsita de tela, cerrada con un simple cordel. Estaba sucia de grasa y suciedad y en algún momento había visto mejores días, pero Via la reconoció al instante, porque siempre le llevaba allí las piezas que encontraba para él. Sinagra la dejó en el aire, balanceándose desde sus dedos, esperando a que su amigo la cogiese. En el proceso, le rozó la mano. No intentó ser disimulado.

—Como ves, acordándome de ti. —Se removi6 inc6modo. Se rasc6 un brazo—. Siento no haber encontrado un lugar para nuestras reuniones. No me he



olvidado de que te prometí uno nuevo.

Via se quedó un segundo de más observando la bolsa. No dijo nada en respuesta. Cuando derramó el contenido sobre su mano, tuvo que tragar saliva. Había un montón de piezas, y daba igual que le fueran a ser útiles o que no, porque cada una de ellas era un pensamiento que Neith le había estado dedicando mientras no se veían.

Lo que se podía construir con eso era mucho más importante que cualquier invento.

Devolvió las piezas a su lugar. Cuando volvió a mirar a su amigo, las palabras se le escaparon de los labios como un torrente:

—Te he echado muchísimo de menos, Neith.

Era cierto. Lo más cierto que había dicho en toda su vida.

Neith cogió aire, como si la confesión hubiera sido un golpe bajo. Después, podría haber fingido. Podría haberse burlado de él. Podría, incluso, haber cambiado de tema. Pero el sentimiento que tenía aferrado al pecho desde hacía semanas era el mismo, y decidió que lo mejor era librarse de él poniéndolo también en palabras:

—Y yo a ti, Via. —Sonrió, no sin cierta tristeza—. Cuando te vi, al llegar a la casa, lo único que pude pensar era en que... quería tocarte y asegurarme de que fueras real.

Via se habría reído por la ironía que le parecía que los dos hubieran querido lo mismo, pero sólo le salió una torpe sonrisa. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Su cuerpo se inclinó entonces; su frente encontró su hombro.

—Estoy aquí. Y no tengo por qué irme a ningún lado, Neith, si tú no quieres que me vaya. Sé lo que estás haciendo. Sé que probablemente has dado con varios sitios en los que podríamos vernos, pero te habrás dicho que ninguno de ellos es lo bastante bueno. «Aquí quizá nos vea alguien», aunque sea el último rincón habitado de toda Viria. Porque así debe de resultarte más fácil convencerte de que no puede ser y de que haces lo mejor para no ponernos en peligro. Pero yo no quiero esto, Neith. No quiero perderte, por favor, así que

para.

Neith escuchó sin moverse, sin atreverse a reaccionar. Tener a Via así, apoyado contra él, era algo a lo que nunca se acostumbraría. Algo que, en otras condiciones, le hubiera hecho muy feliz. En ese momento, sin embargo, sólo pudo sentir un dolor agudo en el corazón. Porque lo había descubierto. Porque incluso cuando él se había estado convenciendo de que no, de que no había ningún sitio lo bastante bueno, lo bastante alejado, lo bastante escondido, supo que Via tenía razón: sólo se estaba negando la oportunidad de esa relación.

Cuando consiguió reaccionar, se dio cuenta de que ya estaba alzando los brazos. Envolvió con ellos el cuerpo de su amigo y se aferró a él, tan fuerte como pudo, como llevaba deseando hacer durante más tiempo del que podía recordar. Via no protestó. Sintió sus manos agarrándose a su camisa, su cuerpo permitiéndole acercarse tanto como quisiera.

Neith no encontró las palabras para discutir, para bromear, sólo para ser sincero:

—Yo tampoco quiero perderte.

El abrazo se estrechó un poco más. Fue toda la respuesta durante un rato que quizá fue largo, pero a ellos les pareció ridículo. Via temía que cuando lo soltase los temores que Neith ocultaba siempre bajo la piel se lo tragaran y lo alejasen para siempre. Por eso cuando se separó no lo hizo del todo. Se quedó muy cerca, cogiendo su cara entre las manos para obligarle a enfrentar sus ojos:

—Acepta el ofrecimiento de Valeria, Neith. Sé que si no lo haces es por lo mismo. Porque crees que eso sólo complicará las cosas, pero quizá no sea así. Permítete tener una buena oportunidad. Permítete ser un poco feliz.

Neith no fue capaz de enfrentarse a sus ojos. Se las arregló para fijarse en un punto más allá de su hombro, porque sabía que, si no, cedería de inmediato.

—Soy feliz, Via. Hay gente que está peor que yo. ¿Por qué no iba a apreciar entonces lo que tengo?

—¡Pues aprécialo entonces, Neith, pero hazlo de verdad! —Via apretó los dientes y le tomó el rostro con más seguridad—. ¡Aprecia todo lo bueno que te

pueda suceder en vez de tirarlo por la borda para que nadie te lo pueda quitar si tú te deshaces primero de ello! ¡Sé sincero contigo mismo por una vez!

Él dio un respingo. Sus ojos se abrieron un poco más, su pecho se hinchó al coger aire. Le pareció que era una acusación muy injusta.

Pero, lo quisiera o no, era una acusación cierta.

Por eso se había negado muchas cosas. Por eso había escogido siempre el mismo camino. Se había convencido de que era el peligro lo que lo mantenía a raya. El deseo de control, incluso. Pero sabía que, en realidad, se trataba de la idea de que no se lo merecía y del miedo a perder. Si alcanzaba algo, al final acabarían por quitárselo. El mundo a su alrededor le recordaría, una y otra vez, su verdadero sitio.

—Es cierto —le concedió con el ceño fruncido—. Es cierto que, en parte, no acepto por eso. Pero también porque es más fácil. Porque es lo que me han enseñado: a no aspirar demasiado alto. A conformarme. A no... juntarme con gente mejor que yo. A que no me gusten, ni siquiera, ni a querer ser como ellos. Como..., como tú. O como la señorita Barnei o la señorita Medici o tu hermano. Porque no hay cabida para mí en ese mundo.

Via ni siquiera dudó. Su mirada era triste pero acerada mientras afrontaba la de él.

—Si ese es el problema, entonces construiré otro mundo con todas las piezas perdidas que encuentre. Uno para *nosotros*, en el que al menos puedas entender que hay espacio para ti justo a mi lado.

Neith sintió que su pulso se aceleraba y su estómago se contraía. Le pareció que no era justo sentirse así, tan indefenso.

—Quizá ni siquiera tú me ofrecerías eso si supieras lo cerca de ti que quiero estar realmente, Via Lavallo.

La confusión cubrió los ojos azules por un segundo.

—Puedes estar tan cerca como quieras.

Una duda. Un titubeo que se convirtió en un silencio. Neith se preguntó si merecía la pena arriesgarse. Fue otra vez ver dos caminos ante él. El de siempre,

seguro: la sonrisa y la broma y hacer que Lavallo nunca descubriera sus sentimientos. Y el otro camino, el que se perdía más allá de su vista, el que podría traerle algo bueno o algo terrible.

Se permitió pensarlo durante dos latidos.

Después, sin creerse lo que estaba haciendo, pero consciente de que no deseaba otra cosa, quizás haciendo caso a la exigencia de ser sincero consigo mismo por una vez, acercó su rostro y lo besó.

Via ni siquiera entendió, al principio, qué estaba pasando. Fue como si le sucediera a otra persona. Como si aquella boca no se hubiera posado sobre la suya. Como si las manos que aún sostenían el rostro de Neith se hubieran convertido en algo ajeno. Como verlo todo desde fuera, en vez de desde dentro de su propio cuerpo.

Una de las primeras cosas a las que Via había renunciado en su afán por ser el mejor Vianney posible habían sido las historias de amor. A Vianna se le había permitido leerlas y en el pasado le habían gustado. Recordaba a su madre, difusa, contándole cuentos con grandes romances que había disfrutado. Pero eso —*el amor*, los sentimientos— era algo que por lo visto no resultaba adecuado para los chicos, que sólo podían hablar de acción, de duelos, de grandes aventuras con héroes todavía más grandes, de gallardía y de poder, y que si hablaban de amor era sólo para alardear de conquistadores. De manera que Vianney no les prestó más atención. Renunció, a su vez, a la idea de protagonizar una historia así en algún momento. El amor, o cualquier relación que se le pareciera, no era algo en lo que pudiera inmiscuirse: nadie debía acercarse tanto. Era obvio, además, que a nadie le gustaría de verdad: quizá alguien podía considerar atractiva la superficie, como las damas que lo miraban en los bailes, pero eso sería todo, porque nadie podía conocer su secreto y, por tanto, nadie podía conocer a la persona bajo la piel.

Así que Via casi había olvidado lo que eran los besos, porque ni siquiera leía ya historias que los contuvieran.

Y definitivamente nunca había pensado que alguien le daría uno.

Desde luego, no Neith.

No fue un beso largo ni profundo. Fue sólo una presión, suave, muy tierna, y Neith se apartó pronto. Lo hizo con cautela, sin saber qué iba a pasar. Tuvo miedo de hablar e incluso de moverse demasiado, pero esperó la reacción.

Sus ojos se encontraron, con sus rostros todavía cerca.

Y Via comprendió de golpe, tan de golpe como se encendieron sus mejillas. Todas las bromas, que quizá no habían sido tan bromas. Toda la cercanía. Todo. Era como si durante meses ambos hubieran estado fabricando una cristalera preciosa y, ahora que la luz la atravesaba, pudiera ver de verdad lo magnífica que era, con todos sus colores brillando con más fuerza incluso de lo que había parecido en el momento de hacerse.

El corazón le latía tan rápido que creyó que se desmayaría. Que, definitivamente, estaba teniendo un problema y que tenía que llamar a León, o a cualquier otro médico, para que le estabilizasen el pulso como fuera y le dieran aire, que también le faltaba en los pulmones.

Neith se separó un poco más entonces, su rostro huyendo de sus manos, y Via dio un respingo. Eso no le pareció bien. Le picaban los dedos allá donde un segundo antes tenía sus mejillas.

—Incluso si es así de cerca como me gustaría estar, ¿te parece bien? — murmuró su amigo en voz muy baja, menos avergonzado, pero cada vez más nervioso—. Si te dijese que me gustas, sin bromas, ¿me dejarías seguir a tu lado?

Via quiso decirle que sí. Que claro que sí. Que *por supuesto* que sí. Pero no encontró las palabras. Las perdió todavía más con su última declaración.

Así que hizo lo único que pensó que tenía sentido. Porque, en realidad, no le había disgustado su boca en la suya y eso le daba miedo; pero, como todos los miedos que tenía con Neith, era un miedo por el que no le importaba temblar.

Así que tembló. Y lo besó de vuelta.

## Capítulo 41

*23 de Pyria de 1853 d. S.*

*Villa Áurea, Viria*

—¡Pasa, pasa! ¡Es un placer verte! Llevaré tu caballo al establo.

Arabella Medici fue quien recibió a Vianney Lavallo cuando llegó a Villa Áurea esa mañana. Via había saltado del caballo en el que había ido hasta allí, una montura parda por la que había pagado unas pocas monedas para poder montar en vez de tener que pagar a un cochero. Su hermano había insistido en que era mejor aquella última opción, pero a Via le había parecido pretencioso e innecesario moverse todos los días en carruaje. Aparentemente, a su hermano se le había olvidado que ambos habían crecido en un pueblo y se había acomodado demasiado a la ciudad.

—Buenos días, señorita Medici. —Le sonrió mientras la muchacha acariciaba la cabeza del corcel y tomaba las riendas—. Temía que usted y la señorita Barnei fueran de sábanas pegadas y despertarlas.

Via había salido de su casa cuando comenzaba a amanecer, porque prefería trabajar desde bien temprano y aprovechar al máximo todas las horas hasta el atardecer, cuando tendría que regresar.

—No le diga eso a Valeria, o con toda probabilidad y mucha menos sutileza que yo le responderá algo sobre nuestras sábanas. —Via enrojeció por la sugerencia escondida tras las palabras y por la claridad con la que habló de las sábanas de ambas en común, pero Arabella no perdió la sonrisa—. De todos modos, no es usted el más madrugador. El señor Sinagra ya se ha puesto a trabajar, después de desayunar como si...

Via dejó de escuchar. Todo su cuerpo se puso en tensión. Odiaba la sensación del corazón acelerándose, pero bastó con que se mencionara *su* nombre para que esta se disparase. Lanzó un vistazo nervioso al porche. Como si pudiera, de repente, verse ahí. Como si pudiera verlo a él.

El abrazo.

El beso.

Le ardían los labios sólo de pensarlo. Sintió que volvía a marearse. Después de que Via perdiese cualquier tipo de raciocinio y lo besara, no habían vuelto a hablar. Neith tan sólo había correspondido, no sin cierta sorpresa, y se había abrazado a su cuerpo todavía más. Con desesperación, casi. Hubo algo así en el tercer beso que compartieron, después de separarse y mirarse. Una urgencia extraña, de las que encierran mil cosas. Para Via, era la vergüenza, la confusión y un ligero ansia de descubrimiento. Para Neith..., bueno, para Neith no sabía qué había sido. Tampoco hubo tiempo de preguntar (y, aunque lo hubiera habido, de ninguna manera podría haberlo hecho), ya que la voz de León sonó cerca de la puerta, preguntando por su hermano.

Se habían separado como quien se aleja de una llama para no quemarse. Y eso fue todo. León dijo que era hora de irse y Via asintió, y ni siquiera tuvo el valor de volver a mirar a su amigo. Aunque León se había ofrecido a acercarse al chico («es de noche, no hay peligro»), Neith había dicho que no se preocuparan y los Lavallo se habían marchado después de que Valeria Barnei le dijera a Vianney que lo esperaba en la Villa dentro de dos días.

A Via le picó la boca toda la noche.

—¿Así que Neith ha... aceptado?

Arabella había seguido hablando y la había cortado, pero ni siquiera se dio cuenta. La dama enarcó las cejas con una media sonrisa llena de diversión. Via se azoró de inmediato. Estaba al tanto de lo que pensaban Valeria y ella sobre su relación con Neith, pero aquello no...

Sólo que se habían besado y él le había dicho que le atraía, así que suponía que al menos un poco, aquello sí.

—Llegó anoche, como de la nada, diciendo que quería ver su cuarto y que más nos valía que las comidas fuesen cuantiosas si lo íbamos a tener «poniendo y quitando piecitas todo el día».

Lavalle respondió con un ruidito de la garganta:

—Sí, eso suena a Neith.

—Yo me encargo del caballo, querido —dijo Arabella con una voz que era casi una risilla—. Puede ir a verlo. Quiero decir, a trabajar.

Pero el problema, precisamente, era *verlo*. Via se alegraba de que estuviera allí y de que no fuera a desaparecer durante sabían los Santos cuántos días más, claro. Se alegraba, también, de que al final Neith hubiera decidido escuchar lo que le había dicho dos noches atrás y de que por fin se hubiera permitido una oportunidad de algo bueno. Se alegraba de que no eludiese el lugar en el que podrían verse sin problemas.

Por tanto, tal vez el problema, analizándolo así, no iba a ser *verlo*, sino *mirarlo*. No sabía cómo iba a hacer eso. De modo que lo retrasó lo máximo que pudo. Entró en la casa, saludó a la señorita Barnei, se encontró con Marina y Carola y decidió tomarse un té con ellas para conocerlas mejor. Después se sirvió otro té, y todavía se sirvió un tercero que anunció que se tomaría trabajando.

Los pasos hacia el sótano le resonaron, uno a uno, en el corazón. Sólo que su corazón iba a muchísima más velocidad.



Cuando Neith Sinagra se trasladó a Villa Áurea para trabajar en la imprenta, descubrió dos cosas: que la habitación que le ofreció Valeria Barnei era cuatro veces más grande que la que había alquilado después de la muerte de sus padres y que incluso en aquel lugar nuevo, con mil cosas que hacer por delante, no podía dejar de pensar en Via Lavalle.



Para ser justos, no era que él quisiera pensar en su amigo. De hecho, había empezado el día bien, despertándose en un colchón tan blando que parecía que hubiese dormido entre nubes y con la sorpresa de agua caliente para lavarse que salía directamente de un grifo, como si fuera una fuente. Se había vestido y había llegado al desayuno a la par que sus anfitrionas, que se mostraron muy contentas de verlo y pronto comprobaron que su apetito igualaba el de todas las demás comensales juntas. Marina, que preparaba las comidas, pareció encantada con la idea de que alguien apreciase sus esfuerzos en la cocina y le llenó el plato un par de veces, hasta que estuvo saciado e incluso más tarde: cuando Valeria (le había dicho que podía tutearla) le hubo explicado los pasos a seguir para que la imprenta funcionara y se hubo marchado a ocuparse de sus asuntos, le bajó un plato de galletas recién hechas y una taza de té. Tanto ella como Carola le prometieron reunirse más tarde con él.

Pero, por supuesto, mientras habían estado desayunando, sus compañeras de mesa tuvieron que mencionar a Via. Lo hicieron como si fuera uno más de los temas del periódico que Valeria estaba leyendo, mientras las demás terminaban sus tostadas y Neith rebañaba su segundo plato de huevos revueltos.

—Me pregunto cuánto tardará Vianney —había dicho la dueña de Villa Áurea, sin levantar la vista de la sección de sucesos.

Neith había sentido el calor en todo su cuerpo como si hubiera vaciado él sólo media botella de fuego de dragón. Como no sabía qué esperaban que respondiera, había hecho un sonidito en el fondo de su garganta que esperaba que no fuese demasiado comprometido.

La sonrisa que le había lanzado la señorita Medici, sin embargo, le perseguiría en sueños durante los siguientes meses:

—Entonces, ¿qué hay entre vosotros? Es obvio que estáis muy unidos...

El chico casi se había atragantado con su último trozo de pan y eso había distraído la atención de las presentes hacia su posible muerte, lo cual, al final, le había venido bien. Se había librado de tener que responder durante el desayuno, pero ahora, delante de la caja, mientras cogía los tipos —esos objetos metálicos

con la letra en relieve en el extremo— y los colocaba en línea para reproducir los textos de los artículos, el comentario de Arabella volvía a su cabeza. Y se dio cuenta, para su frustración, de que no sabía ni lo que había entre ellos, aunque sí cuál era el problema: que no habían podido hablar. O que no sabían cómo. O que quizá de hacerlo, incluso de sentir algo, todo fuese otra vez demasiado complicado: los colores de su piel, la clase diferente. Todo lo que Neith se había estado repitiendo durante mucho tiempo. Si su amistad ya era complicada y arriesgada, una relación —su cabeza parecía bloquearse sólo de pensar en la posibilidad— entre ellos era una suma de imposibilidades.

Con todo, cuando decidió aceptar la oportunidad de Valeria, pensó que por lo menos podrían tener aquel sótano. Cada mañana lo saludaría con una sonrisa y una broma, si es que las palabras no se le quedaban atascadas en la garganta, como le ocurrió ese día cuando alzó la cabeza y vio que Via estaba bajando las escaleras con una taza en la mano.

Ambos se quedaron quietos en cuanto se vieron. Ninguno fue capaz de articular ni una sola palabra o de recordar qué estaban haciendo allí. Sólo les embargó una vergüenza más grande que toda su alegría y la seguridad de que, si apartaban la vista del otro, no serían capaces de encontrar el valor para volver a mirarse en todo el día.

Al final fue Via quien bajó la cabeza. Quien se puso en marcha. Empezó a moverse con lentitud y prestó exagerada atención a su taza, como si le diera miedo que un paso en falso derramase toda su bebida sobre el suelo de piedra del sótano.

—Neith. —Su nombre pareció rascarle en la garganta—. Me alegra ver que has aceptado, aunque por lo que me han dicho eres la ruina de la casa: Carola dice que vaciarás la despensa en una semana, a este paso.

Como Lavallo no parecía querer mirarlo a los ojos, Neith terminó por apartar los suyos. Se concentró en su trabajo y siguió componiendo las líneas de tipos con cuidado.

—No es mi culpa si ellas comen como pajarillos.

Via no hizo comentarios, aunque el principio de una sonrisa llegó a su boca; en realidad, no era en absoluto una noticia nueva lo mucho que Neith disfrutaba de la comida. Se puso justo a su lado, aunque sus ojos se fijaron en todo momento en la mesa.

—¿Cómo lo llevas? ¿Tan aburrido como yo había supuesto?

Neith se esforzó en concentrarse sólo en la línea de tipos que estaba preparando, pero sentía el cuerpo próximo de su amigo. De hecho, con él cerca también era plenamente consciente de su propia piel, de cada músculo.

—Bueno, ahora que tú estás aquí, espero que lo sea mucho menos...

Las manos sobre la taza se apretaron un poco más. Por lo general, Via no habría visto nada raro en esa frase: la habría interpretado como una forma de decirle que se pusiera a trabajar también y se habría puesto manos a la obra. Sin embargo, desde hacía dos días había llegado a la conclusión de que, en el fondo, siempre había interpretado lo que Neith decía como menos de lo que de verdad era.

Pensó que le costaría más mirarlo, pero sus ojos fueron solos hacia él, de soslayo, evaluando su expresión, queriendo ver en ella qué intenciones había en una oración tan sencilla.

—Porque... dos personas van el doble de rápido, quieres decir, ¿no?

—Por supuesto —dijo Neith. Pero esperaba que supiese que no era sólo eso—. Y como te gustan tanto las piecitas de metal, de hecho...

Se tomó la libertad de quitarle la taza de las manos y ponerle el componedor —Valeria le había explicado que así se llamaba el objeto en el que se iban colocando las líneas para luego pasarlas a la galera y formar el texto de la página— en la mano. Aprovechó para beber un sorbo, ya que Via iba a estar muy ocupado, y sonrió con algo de burla.

—Como he sido el primero en llegar y Valeria me ha dejado al cargo, te explicaré todo lo que tienes que saber. No te preocupes: seré un jefe benevolente.

Via alzó las cejas entonces. Esas palabras llamaron a algo más fuerte que la vergüenza: al orgullo.

—¿*Tú* vas a explicarme *a mí* cómo usar una máquina, Neith Sinagra? ¿En qué mundo? No hay nada que puedas enseñarme.

Neith sopesó su respuesta, que le picaba en la punta de la lengua. Sabía que lo más probable era que Via fuera a ponerse de todos los colores al escucharla y se dijo que justo por eso merecía la pena expresarla en voz alta:

—En realidad, creo que todavía puedo enseñarte muchas cosas. Aunque no estoy hablando de mecánica, es cierto.

Como había supuesto, el rubor cubrió su cara. Via apartó la vista de inmediato, girándose para hacer ademán de ponerse a trabajar.

—Para eso yo tendría que estar interesado en aprender otras cosas y no estoy interesado en nada que no sea la mecánica.

Neith dejó la taza sobre una mesita auxiliar, junto a la suya propia y el plato de galletas ya vacío. Dudó. No sabía si quería sacar el tema, no sabía si quería arriesgarse a todo lo que podía venir. Pero ya había decidido asumir riesgos en el momento en que había ido a Villa Áurea. Con un poco más de nerviosismo del que habría querido, decidió atajar de raíz el tema:

—El otro día parecías muy interesado en mi boca.

Si antes las mejillas de su amigo habían enrojecido, no fue nada en comparación con lo que pasó con ellas entonces. Lo vio con claridad porque Via se giró hacia él como si hubiera cometido un pecado o dicho una blasfemia terrible. Tenía los ojos más abiertos de lo que los había visto nunca, llenos de incredulidad. Abrió y cerró la boca en un par de ocasiones, y después consiguió recuperar la voz, aunque le salió un poco estrangulada:

—Ah, ¿sí? Es curioso, habría jurado que fuiste *tú* quien se lanzó a estudiar la *mía*.

Neith enfrentó el golpe de vuelta con entereza. En realidad, sentía que de pronto estaban caminando en un equilibrio muy precario, en el que cualquiera de los dos podía caer de un momento a otro. Pero trató de disimular. Puso los brazos tras la espalda, antes de empezar a caminar a su alrededor, obligando a Via a girar sobre sí mismo si quería mirarlo.

—Si no me falla la memoria, y estoy seguro de que no porque he analizado mucho el momento en mi cabeza, tú no sólo aceptaste mi... estudio, sino que contribuiste a él. No sé, hasta me atrevería a decir, Via Lavalle, que lo *disfrutaste*.

Pronunció la última palabra como si fuera una acusación, aunque lo que estaba deseando saber era si su amigo se consideraba culpable.

Fuera como fuese, para Via aquello fue demasiado. No era posible que sus mejillas estuvieran más rojas, y no creía poder disimularlo ni rebajar el azoro, por lo que tan sólo armó una defensa con sus brazos al cruzarlos.

—¿Te diviertes? —le preguntó, devolviendo la acusación—. Porque no me cabe duda de que tú tendrás muchos conocimientos sobre este tipo de conversaciones, pero yo no y, si te estás riendo de mí, preferiría que parases ahora.

Los pasos de Neith se detuvieron. Se tambaleó en su punto de la cuerda floja. Vio el abismo demasiado cerca.

—No quería... Es decir... —Sentía que se trababa con su propia lengua—. A lo mejor te parece que he tenido muchas conversaciones sobre sentimientos, pero no es así. Aunque creo que deberíamos... hablar de lo que pasó. Porque para mí fue importante. —Cogió un par de tipos de la caja y empezó a jugar con ellos entre los dedos, concentrándose en eso—. Más que sólo un beso, al menos. Y tú también eres importante, como es obvio, y no quiero que esto nos aleje y...

—Yo tampoco quiero eso.

Via lo cortó cuando vio que amenazaba con ponerse a hablar sin control y él calló. Al alzar la mirada, lo vio todavía con los brazos cruzados y el rostro encarnado, pero no parecía molesto; tampoco se le antojó tan a la defensiva: se miraba los pies como si fueran un lugar seguro en el que fijarse, así que Neith hizo otro tanto. Tenía las botas llenas del polvo del camino, pero aun así le pareció que estaban un poco más limpias que las suyas.

—Lo que te dije era cierto. Me gustas —dijo en un susurro.

Via tomó aire por la nariz, pidió calma al corazón que no había dejado de

brincar ni durante un segundo y ahora se dedicaba a hacer varias piruetas dignas de una actuación circense, y apretó los labios.

—¿Desde cuándo?

—No sé. No hubo un día y un suceso exacto. Simplemente, empezaste a atraerme. —Sinagra se frotó la nuca—. Pero llevo meses enteros pensando en ti de esa forma, si eso es lo que quieres saber.

Esas palabras consiguieron que Via al fin reaccionase. Dejó caer los brazos y hundió las manos en los bolsillos, como si considerase que ya no había razones para protegerse. Pese a ello, había incredulidad y vergüenza cuando lo miró.

—¿Y has estado *meses* como si nada?

—¿Y qué iba a hacer? —Neith sonrió de medio lado—. No podía decírtelo sin más. Al principio ni siquiera sabía si te atraían los hombres o si te parecía bien que me gustaran a mí: creías que todo lo que decía al respecto era una broma. Llegué a pensar que saldrías corriendo en dirección contraria cuando te enteraras. La verdad, una parte de mí aún teme que lo hagas.

El repertorio de gestos nerviosos de Via Lavallo parecía no tener fin. Las manos retorcieron los bolsillos desde dentro.

—No eres lo bastante intimidante para lograr que salga huyendo, Sinagra.

Él contuvo una sonrisa. Ni siquiera trató de ofenderse.

—Me alegra oír eso.

Y de verdad lo hacía. Porque eso significaba que, fuera lo que fuese que estuviera ocurriendo entre ellos, ninguno de los dos iba a dar un paso atrás. Ninguno de los dos iba a huir.

Via decidió demostrarlo cuando volvió a tomar aire y decidió hablar:

—Pero yo no entiendo nada de esto —comenzó. Todavía quedaba un rastro de rojo en sus mejillas. Lo miraba con la cabeza baja, el cuerpo encorvado y hundido—. No sé nada de besos ni sentimientos de atracción ni nada semejante, porque me había... resignado a prescindir de todo ello. —Apartó la vista a la imprenta, como si de alguna forma se comparara con la materia inerte. Con la artificialidad de su mecanismo—. Eso significa que vas a necesitar tener

paciencia conmigo mientras lo asimilo todo. Mientras... aprendo.

Neith se sorprendió cuando sus ojos volvieron a encontrar los suyos.

—Entiendo.

—¿Y te parece bien?

Casi sintió ganas de reír.

—Claro que me parece bien. Ni siquiera tiene por qué cambiar nada, si no lo ves claro. Está bien. —La sonrisa, entonces, menguó un poco en su boca y fue él quien bajó la vista. De alguna manera, se sentía en deuda con la sinceridad de su amigo—. De hecho, quizás eso fuese lo mejor. Sé que lo más probable es que me digas que esto, sea lo que sea que pase entre nosotros, es sólo nuestro, pero...

—Es sólo nuestro.

Via ni siquiera tuvo un momento de duda. De repente, su ceño se había fruncido y fue como si toda la inseguridad, el pudor y el no saber qué hacer se esfumaran con aquella determinación casi iracunda que era más habitual en él. Su cuerpo mismo dejó de estar encogido y se irguió. Sus manos pararon de retorcer sus bolsillos.

Neith tragó saliva.

—A veces, Via, por mucho que me esfuerzo, no puedo evitar pensar en... todas las cosas que nos separan. Mírate. Mírame. Nunca te dije nada sobre lo que siento también porque..., porque aunque intento olvidar todo lo que hay más allá de nosotros, algo se empeña en recordarme que ni siquiera deberíamos haber coincidido nunca.

—Pero lo hicimos —rebatía Via con templanza—. Y no me arrepiento de nada de lo que ha pasado desde entonces. Nada de lo que hay entre nosotros, sea lo que sea, con besos o sin ellos, escondidos en una iglesia o aquí. Nada ha cambiado: siempre hemos sabido que esto era peligroso. Sí, quizá un par de besos nos sumarán algún otro castigo en el Infierno, pero estoy dispuesto a aceptarlo.

Neith lo observó sorprendido, pero sobre todo maravillado por el cambio de actitud. Le encantaba cómo su seguridad siempre aparecía para contrarrestar sus

dudas y recordarle cuál era el camino. Cogió aire, un poco abrumado, y logró sonreír.

—Eres increíble, Via Lavallo —susurró.

Un punto de rubor volvió.

—Yo no...

La sonrisa creció en la boca de Neith; no se había dado cuenta hasta aquel momento, pero lo cierto era que resultaba divertido cómo Via podía resolver todo lo práctico a su alrededor, pero no lo que tenía que ver consigo mismo. Se acercó un paso a su amigo con las cejas alzadas.

—Así que aceptarías condena por un par de besos, has dicho.

Las mejillas volvieron a encenderse. La boca se abrió. Se cerró. El cuerpo hundiéndose un poco de nuevo. La voz tornándose hilo pese a haber sido clara un segundo antes:

—Puede que los besos no fueran horribles. Sólo eso. Has dicho que no tiene por qué cambiar nada, pero —carraspeó, se hundió un poco más, bajó la voz— si considerases insoportables las ganas de besarme, dado que has estado tanto tiempo conteniéndote, creo que podría consentirlo.

Neith sintió ganas de reír, por su vergüenza y por el pobre intento de fingir que le estaba haciendo un favor a él por permitir que lo besara, en vez de admitir que también le había gustado. Que se había aferrado a su ropa, hacía dos días, con la misma necesidad con la que él había sostenido su rostro. El mismo rostro que quería volver a mecer ahora entre las manos. El mismo rostro que los dedos de su mano libre, al alzarse, rozaron con sus yemas.

—¿Podría hacerlo ahora?

Via inspiró hondo, pero no retrocedió. Sus ojos, de hecho, se fueron de manera inconsciente a la boca del muchacho mientras este se acercaba un paso más. Contuvo la respiración. Aquellos labios todavía no habían vuelto a tocar los suyos y, sin embargo, era como si ya sintiese la caricia.

Dio por perdida la posibilidad de que su corazón volviera a latir nunca más a un ritmo normal.



—Sólo porque tienes mucho tiempo que recuperar, por meses enteros de silencio...

—Tú siempre siendo un Santo, Lavalle...

El beso llegó.

Valió la condena al Infierno.

## **Capítulo 42**

**12 de bi de 3705 d. G.**

***Kiteria, Gineyka***

Según las creencias religiosas que le habían inculcado, el mejor trabajo de Aión había sido la raza humana. Tulio Lavallo no tenía ningún motivo para dudarlo, si bien habría puntualizado que, mejor dicho, la mayor creación de su dios habían sido los hombres. ¿Por qué si no los había puesto al cargo de la nación más poderosa? ¿Por qué si no eran ellos quienes conseguían los logros más importantes e impulsaban el mundo hacia delante? Le parecía lógico pensar que se trataba solamente de una muestra de grandeza, aunque sabía que una joven Ada, muchos años atrás, habría arrugado la nariz y habría discutido con él de la forma más apasionada para «sacarlo de su error». Todavía conservaba una imagen mental de ella en la memoria, agachada entre las plantas de su pequeño huerto, con la mejilla manchada de tierra y el cabello suelto a la espalda. Sabía que era su forma de recordarla cuando todo iba bien todavía entre ellos, cuando su pasión y su fortaleza le parecían una novedad, algo que admirar en vez de una lacra que posteriormente le había quitado atractivo a sus ojos.

La misma lacra que ahora veía en las gineykanas, firmes y demasiado directas, creyéndose con poder sobre el resto del mundo. Y aunque podía entender que ellas fueran así, porque las habían criado con la idea de que tenían esos privilegios, no lograba entender cómo una buena mujer de Viria podía haber acabado con esas insanas creencias en la cabeza.

No entendía que Laetitia pudiese haber olvidado su verdadero lugar.

Después del último encuentro con el señor Eneas en su casa, Lavallo había

prestado aún más atención a la mujer que le hacía de intérprete. Se había esforzado por ser amable, por dejarla traducir (aunque ya entendía lo básico de aquel idioma que seguía sonando extraño a sus oídos), por comportarse como el perfecto caballero. No la había contrariado, pero no había podido evitar que la mujer se pusiese a la defensiva, casi recelosa, cuando le preguntó por su vida en Viria y su vida en esa tierra de infieles.

—Sólo soy tu intérprete —le había espetado con una rabia contenida que hablaba de momentos amargos en su pasado y su presente—. Y no te debo explicaciones de nada. Recuérдалo, Lavalle. Y recuerda que tampoco soy una muchacha joven e inocente a la que puedas poner de tu lado. Tengo mis lealtades muy claras y no están con la vida que dejé atrás al marcharme de Viria.

Eso fue todo lo que consiguió sonsacarle el viriano, y estuvo seguro de que no tendría oportunidad de escuchar más de su historia. Tampoco le importaba especialmente: sabía que lo que tenía que hacer era librarse de ella. Y ya que no iba a lograrlo por medio de las palabras ni con pequeños trucos, decidió que lo mejor sería decírselo a Eneas. Su paciencia se estaba agotando y estaba seguro de que el otro hombre —el otro *zuri*, como ellas lo llamarían— sabría cómo encargarse de una simple mujer.



Laetitia Falco había escapado de su vida en Viria, pero diez años después de que se subiera a un barco decidida a no volver jamás a su antigua existencia, tenía la certeza de que había ciertas experiencias que no podría olvidar jamás. Una de ellas era la de caminar de noche por las calles desiertas: todavía esperaba que las sombras de los callejones se desembarazaran de su oscuridad y tomaran humanidad a cambio para saltar sobre ella. Mientras escuchaba los tacones de sus botas golpetear contra los adoquines, era muy consciente de lo que se sentiría al caer al suelo, con las manos y las rodillas por delante, y quedarse sin

respiración mientras manos indeseadas desgarraban y tomaban sin que ella pudiera siquiera reaccionar. Era un miedo común. Un terror que cualquier mujer en Viria podía llegar a comprender.

Desde que llegara a Gineyka, nada así había ocurrido nunca, pero no podía dejar de pensar en que cualquier momento su propia realidad le jugaría una mala pasada. Esa noche en que volvía bastante tarde a casa, sin ir más lejos, le pareció oír un eco a sus pasos que, cuando se detuvo, lo hizo también. Se preguntó si podría haber estado equivocada. Incluso, tras armarse de valor, se animó a volverse. Pero la calle estaba desierta, con las aceras levemente mojadas de rocío y el halo espectral de las farolas tan húmedo y frío como la propia noche. Los círculos de luz que luchaban contra la penumbra parecían fracasar en su empeño y, aunque tuvo que aceptar que todo estaba en su lugar, Laetitia sintió un escalofrío descender por su espalda, como la caricia de unos dedos fantasmales.

Cuando volvió a echar a andar, lo hizo con más rapidez. Su corazón también estaba acelerado, y pronto se le sumó su respiración, jadeante por la temperatura y el esfuerzo por mantener el ritmo. Se prometió que sólo era su imaginación. Se obligó a ser razonable, a recordarse que los malos tiempos no iban a volver. Su vida miserable había quedado atrás. En Gineyka, las cosas eran diferentes. Quizá no tan diferentes como habría querido, pero sí lo suficiente como para que ser una mujer no supusiese un peligro. Para no ser zarandeada, pisoteada, desmembrada y expuesta.

Los recuerdos, que había enviado a un recodo de su mente, emergieron a la superficie con una fuerza que la hizo perder pie. No cayó, pero tropezó, aguantando la respiración que sentía comprimida en su pecho como si hubiera encerrado sus pulmones en una jaula. Imágenes fragmentadas de otra época la abrazaron sin hacer ruido.

Esta vez no le cupo duda de que otros pasos habían sonado también después de que se detuviera, pero no fue capaz de enfrentarse a la incertidumbre. No arremetió contra quien fuera que la persiguiese. Ni siquiera dijo nada. De sus labios sólo surgió un gemido ahogado y, luego, echó a correr. Le daba igual la

dirección. Avanzó casi a tientas, perdiendo el rumbo por la ciudad que había sido su hogar durante los últimos diez años, con la única meta de escapar, de alejarse hasta que nunca pudieran atraparla. La presencia de Tulio Lavalle le había traído recuerdos indeseados y, por un instante, incluso pensó que podía ser él el que le volvía a otorgar el papel de presa, de víctima, al cabo de tanto tiempo.

Laetitia avanzó erráticamente mientras buscaba con desesperación algo que pudiera servirle como arma, pero sus manos sólo dieron con un pequeño monedero, un papel arrugado y un pañuelo. La llave de su casa tintineó contra el suelo cuando el metal cayó de su bolsillo y a la mujer le sonó como una sentencia de muerte. Como las campanas que solían hacer sonar los censores antes de quemar a alguien. Como el único disparo que había visto, de pequeña, romper el cráneo de un hombre al incrustar una bala en su cerebro cuando los jueces decidieron darle una muerte rápida.

Algo en ella se negó a seguir corriendo, a seguir escapando, cuando eso pasó, y simplemente se giró. Tenía lágrimas ardientes en los ojos, pero permaneció entera, tratando de hacerse lo más alta posible dentro de su abrigo oscuro.

Como si fuera líquida, una sombra fluyó hacia ella.

Esperaba que llevase una pistola que brillase cuando pasó junto a la farola más cercana, pero el destello que captó era del metal de un filo. Distinguió unos guantes tapando las manos que sostenían el cuchillo. Una capucha cubría la cabeza de la persona ante ella. La sangre empezó a rugirle en los oídos y se preguntó si iba a caer, porque el mundo, cuando dio un paso atrás, se tambaleó con fuerza.

—No llevo apenas dinero —se oyó decir en un hilo de voz que no parecía en absoluto suyo—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Creyó ver un trozo de piel blanca. Pero no conocía a más *zuris* que uno, y su nombre se escapó de sus labios como un gruñido.

—Lavalle.

Si era él, podía vencerle: no le daba miedo. No era sino uno más de todos los espectros que la habían acechado durante los años. Uno más de los hombres que

se creían con derecho a mirarla, a tocarla, a infravalorarla, a concebirla como un objeto. Y ella estaba harta de dejarse tener. De dejarse vencer por todo lo que siempre le habían enseñado; de dejarse formar parte de sus fantasías de superioridad y de ser cómplice de su poder.

Por eso se lanzó a por él, sin importarle llevar las manos desnudas. Sin importarle no tener modo de defenderse contra la punta del cuchillo. Sabiendo que era mucho más delgada y pequeña que él. Lo había visto moverse, al fin y al cabo. Había visto que era más bien torpe, algo pesado en sus movimientos, más acostumbrado a su laboratorio que a la acción. Y si conseguía desestabilizarlo, si conseguía pillarlo por sorpresa...

Pero la mano que la agarró de la muñeca cuando intentó acercar sus uñas a su rostro no pertenecía a Tulio Lavalle. Los dedos que se cerraron en torno a su manga eran más largos y también más fuertes. Parecieron formar un grillete con el que retorcerle el brazo, de hecho. Laetitia se revolvió como un animal desesperado y echó la cabeza hacia delante, con lo que su contrincante se movió con tanta brusquedad que la capucha se deslizó hacia atrás. Estaba embozado hasta la nariz, pero a ella ya no le cupo duda de que no había visto nunca a aquel hombre blanco, incluso si dudaba de que su encuentro se debiese al azar.

La mujer se quedó paralizada, pero su atacante se negó a seguir su ejemplo. La presión en su brazo la obligó a darle la espalda. Sintió que se apoyaba en él, contra su voluntad, y gimió cuando pensó que intentaría levantarle las faldas. Revolverse había dejado de ser una opción. La petición de silencio que siguió por parte de él la llenó de un miedo primitivo, de una náusea que en otro tiempo la habría dejado al borde de las lágrimas. Con cada músculo tenso, con los recuerdos de días de indefensión extendiéndose por todo su ser, Laetitia no se dio cuenta del instante en que le soltó la muñeca para tapanle la boca. Para dejar su cuello al descubierto.

Ni siquiera sintió el dolor cuando el cuchillo abrió su garganta. No llegó a sentir su ropa humedeciéndose con la calidez de su propia sangre.

En sus últimos momentos, sólo sintió miedo.



Supo que estaba muerta porque no apareció al día siguiente por su casa para acompañarlo a través de la ciudad hasta la mansión vicepresidencial. No llegó corriendo a mitad de camino, jadeante y componiendo su aspecto ante las miradas de desaprobación de la gente en la calle, que murmurarían que eran *zuris* como si no se viese a simple vista. Ni siquiera estaba esperándolo en la puerta de la casa de las Haizea cuando él hizo sonar la campana. Una parte de él esperaba encontrársela en la habitación del chico cuando entró a examinarlo y llevar a cabo la misma actuación de todos los días. Su mente llegó a jugarle una mala pasada y a dibujarla en una esquina, con la expresión seria y terca que solía poner, apretando los labios y las blancas manos como si todo su cuerpo se rebelase ante la idea de tener que traducir las palabras que saliesen de sus labios. Al parpadear, sin embargo, Laetitia desapareció, como lo haría su recuerdo. Como lo había hecho el latido de su corazón...

Nadie le dio ninguna explicación, pero él ya se había acostumbrado a no recibir la cortesía que esperaba. En lugar de eso, como siempre, sonrió a los sirvientes y habló con Eider con las herramientas del idioma gineykano que había ganado durante los últimos meses. Aunque por lo general se hacía entender, ese día fue especialmente difícil, ya que su cabeza estaba en otra parte. Su mente daba mil vueltas a las posibilidades detrás de la desaparición de Laetitia, y no podía evitar preguntarse si habría sufrido, si habría gritado, si habría sangrado, si habría llorado y rogado por su vida... Las infinitas probabilidades le aceleraban la respiración y le nublaban la vista, pero se recordó que debía centrarse. Que, al fin y al cabo, había algo que debía hacer.

Tulio Lavalle no creía en el patriotismo. Se creía lo suficientemente inteligente como para no creer en nadie más que en sí mismo. Pero si estaba dispuesto a llevar a cabo la misión que Eneas le había encomendado no era, ni

mucho menos, por amor a la nación. Era porque sabía que le convenía. Porque era consciente de que no podía cortar los lazos con Viria. Gineyka, después de todo, no tenía nada que ofrecerle aparte de dinero. Allí nunca tendría poder: las mujeres del continente lo tomaban por un ser inferior.

Y ni siquiera sabía durante cuánto tiempo más podría seguir con aquel espectáculo.

No. Lo mejor, había decidido, sería quedarse a la sombra de un árbol que lo protegiera. Del mejor árbol. Y, con los planos en su poder, ese sería Iulius Solari, que lo defendería y lo llevaría a casa cuando las cosas se pusieran difíciles.

Tulio Lavallo no era un sentimental, pero había demasiadas cosas que aún lo ataban a Viria.



## *Capítulo 43*

*7 de Endai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

Era un hermoso día del mes de Endai, soleado y lluvioso a partes iguales. La gran ventana del despacho estaba abierta y dejaba pasar una placentera brisa proveniente del noroeste.

Para Iulius Solari, sin embargo, el aire que entraba venía del sureste, de un continente inexplorado del que sus antecesores habían preferido mantenerse al margen.

Qué error.

Eso era lo único que pensaba mientras leía las noticias de su enviado especial. Mientras observaba los planos de máquinas que de ninguna manera podía comprender, pero que, según contaba su espía, se habían creado para surcar los cielos. En aquellas notas se hablaba también de una energía que Viria no poseía, de un mineral que servía de alimento y daba sentido a todas esas locuras esbozadas sobre varios papeles.

Una energía que quizá podría devolverle las piernas a su hija.

No fue aquello lo único que hizo que Iulius Solari tomara una decisión esa tarde del 7 de Endai. Fue también el orgullo. Saber que al otro lado del mar los hombres agachaban la cabeza ante mujeres, saber que personas que habían nacido manchadas, y marcadas en piel por Aión como inferiores, tenían el poder y se atrevían a insultar a los verdaderos hijos del Señor, además de adorar a una falsa diosa, fue demasiado.

También tuvo miedo, aunque eso el presidente de Viria nunca lo admitiría.

Miedo de las máquinas, del conocimiento ajeno y de todo lo que todavía ignoraban.

Fue todo aquello —ansias de poder, orgullo y miedo— lo que hizo que Iulius Solari tomara esa tarde la determinación que marcaría una nueva era en la historia de Viria.

Y estaba convencido de que sería una era brillante.



*Resurgiremos de nuestras cenizas.*

Así terminaba el folletín que la Sociedad del Fénix había impreso. Via leyó la frase una y otra vez mientras sopesaba entre sus manos el resultado de semanas de trabajo. Había sido laborioso, pero allí estaban las páginas impregnadas de ese desafío que sólo contienen las palabras que anhelan cambiar el mundo. Esa frase era una declaración de intenciones, un broche de oro para toda una carta de guerra a un mundo mucho más fuerte que cualquiera de las personas que habían participado en la creación. La rugosidad del papel le arrancó un escalofrío, pero Via no supo si este estaba alimentado por el terror o por el entusiasmo.

Esa misma noche, todos los miembros de la Sociedad cogían pilas de ejemplares y las repartirían por la ciudad. Por cada calle. Por cada puerta. Neith y Via no habrían trabajado para imprimir tales cantidades si no hubiera sido esa la única manera de asegurarse de que nadie los silenciaría. Valeria Barnei no se habría gastado una fortuna en papel únicamente para cometer una pequeña travesura. Algunas personas cogían trenes para que no hubiera ni una región de Viria que se quedara sin un ejemplar de lo que habían decidido llamar *El Canto del Fénix*.

Cuando el sol naciese por el este a la mañana siguiente, la Sociedad sería noticia en toda la capital y esperaban que fuera una plaga lenta pero letal que se extendería de forma irremediable a todos los rincones del imperio.

La única duda era para cuántas personas sería una noticia agradable en vez de un atentado en toda regla contra el Estado.

—Se acabó.

Via alzó la mirada para observar cómo Neith se dejaba caer en una silla, agotado. El trabajo de imprenta no era el más entretenido del mundo, aunque sí les había regalado una gran cantidad de tiempo juntos. A Lavallo le había apasionado mucho más que a Sinagra, no sólo por la parte mecánica, sino por el disfrute que le brindaban los artículos, los grabados, las poesías. Incluso su hermano se había animado a participar con una crítica a los avances médicos que la sociedad viriana se estaba perdiendo por estar demasiado aferrada a sus leyes y su religión. Avances que venían de otras fronteras, de otro tipo de culturas que eran destruidas en vez de asimiladas o cuidadas. El artículo, por supuesto, estaba firmado con seudónimo, como todos los demás. A Via le sorprendió tener que juntar los tipos que formarían el nombre de Ada Verne en el papel. Fue casi como si la madre que ya apenas recordaba, usando su apellido de soltera, estuviera observando de cerca, llena de rabia y firmando palabras que tal vez había pensado, pero nunca había podido pronunciar en voz alta.

Por otro lado, Via había procurado, en la medida de lo posible, mejorar mecánicamente la vieja imprenta y mientras, en ratos, había seguido estudiando el libro que Neith le había regalado.

—¿No escribirás nada sobre tecnología? —le había preguntado un día él.

Via ni siquiera se lo había planteado, aunque no por falta de opiniones al respecto.

—El mismo día que tú escribas estrofas burlándote de la supremacía blanca de Viria, como han hecho Carola y Marina.

—¿Qué ocurre? ¿Es que te van los poetas y quieres a alguien que pueda dedicarte versos?

Aquella burla había finalizado la conversación para dejar paso al rubor en la cara de Via y la risa en la garganta de Neith. Al final, ninguno de los dos se había atrevido a escribir nada. Las mejores mentes de Viria, las más

revolucionarias, las que llevaban tiempo con ganas de gritar, habían participado con sus conocimientos y ellos consideraron no estar a la altura.

Ahora, dos de esas mentes los acompañaban para admirar el resultado. Arabella Medici había firmado con su seudónimo original una historia de amor sobre dos hombres de razas y clases distintas que solían verse en una iglesia bajo los ojos de los Santos, obligados a mantenerse al margen de la sociedad. Via había decidido fingir que no se había percatado de las semejanzas que había en su relato con la realidad. Valeria había ido más allá. Sus versos satíricos hablaban de un dragón inmenso alimentado sólo por orgullo que destruía todo a su paso, dispuesto a quemar cualquier cosa que le pareciera diferente a lo que estaba acostumbrado a ver en su espantosa caverna. No tenía reparos en insultar con fina ironía: sus frases estaban llenas del mismo desafío con el que parecía estar hecha toda ella. Incluso entonces, mientras la propietaria de Villa Áurea contemplaba el folletín, sus ojos parecían relucir con aquel brillo rebelde que a Via se le antojaba tan admirable como inconsciente.

—Ahora sólo queda repartirlos y ver qué ocurre —comentó Arabella, pasando los dedos por las letras de la primera página.

—Sabemos bien qué ocurrirá: los sacaremos de sus casillas —se regodeó su pareja.

—Sacar a los poderosos de sus casillas no es complicado —apuntó Neith—. Me preocupa más la caza de brujas que seguirá a eso.

Via tuvo que estar de acuerdo con él. De hecho, dejó el folletín que sostenía y se acercó al muchacho para poner las manos sobre sus hombros en un gesto que pretendió reconfortarle. Los dos se miraron durante un segundo. En ocasiones, Via se había despertado con pesadillas en las que los censores le arrancaban la ropa tras descubrir que había participado en aquello. En sus pesadillas, Neith gritaba desde alguna parte. León se quedaba sin nada de lo que había tenido durante toda su vida.

—No saben dónde buscar —aseguró Valeria tras una sacudida de cabeza que removió sus largos cabellos.

—Y después de esto no seremos las únicas personas que se opongan abiertamente al Gobierno de Solari. Hay más gente descontenta, pero piensan que están solos.

—¿Y si no lo hacen? ¿Y si a nadie le importa? ¿Y si la Sociedad sólo les parece una locura?

Fueron las primeras preguntas que Via se atrevió a pronunciar. El plan le gustaba. La idea de un pueblo levantándose por una ola de inspiración le daba esperanzas. Pero sabía, al mismo tiempo, lo complicado que era oponerse a lo establecido en vez de adaptarse a ello y seguir las normas. Aceptar lo establecido y dejar que otros luchasen las batallas de todos era mucho más sencillo.

Dar la espada a los problemas del resto del mundo y proteger sólo lo propio: eso había hecho durante toda su vida, aunque Neith insistiera en que no había nada de malo en intentar sobrevivir.

El muchacho alzó una mano para agarrar la de Via. Ni Arabella ni Valeria parecieron percatarse de cómo entrelazaron los dedos para quitarse los miedos con una sola caricia. Las dos mujeres estaban demasiado centradas en el folletín, que Valeria cerró y dejó sobre la mesa con un gesto definitivo. En su boca había una sonrisa que podría haber iluminado un día de tormenta. Una sonrisa que anticipaba una victoria.

—La Sociedad es una locura. Pero así es como comienzan las revoluciones, Vianney. Con locos que se atreven a salir a la luz.



Al contrario de lo que muchas personas puedan pensar, la historia no cambia con un gran suceso y de repente. Lo hace poco a poco, cada día, en silencio. Se mueve y gira como el mecanismo de un reloj que nunca para. Por eso quizá todo el mundo se pregunta siempre, cuando los grandes cambios suceden, cómo se ha llegado hasta ese punto, y por eso en ocasiones ni siquiera los mejores

historiadores saben responder. Es la suma de pequeños actos lo que prepara el telar donde se coserán las imágenes del futuro.

*El Canto del Fénix* fue uno de esos pequeños actos.

El ave extendió las alas por la noche, tal y como se había decidido, y voló en todas direcciones. Para cuando llegó la mañana, su cantar era un eco en las calles, en cada rincón. Se repetía distorsionado, con tono de agrado o desagrado en función del lugar y la persona que tuviera el valor de hablar sobre aquel animal mítico convertido en papel. Pero la sorpresa era común en todas las voces: nadie comprendía quién ni cómo había llegado a retar de semejante manera a toda Viria.

Junto con el eco de lo escrito, se formulaba otra pregunta que se extendió igual de rápido: ¿quiénes formaban parte de la Sociedad del Fénix?

Sólo unas pocas personas escogidas tenían la respuesta. Fueron ellas las que prestaron especial atención a todo a su alrededor. Fueron las únicas realmente conscientes de la pequeña pieza de dominó que se acababa de caer y las que intentaron vislumbrar qué resultado quedaría en el suelo cuando todas estuvieran tumbadas.

Fueron esas personas también las que asistieron con más horror a la quema.

Fue ordenada por los censores de inmediato, con aprobación absoluta de una presidencia que no se pronunció públicamente, como si no quisiera dar el lujo de prestar su voz a hablar del ser mitológico que también había llegado a las puertas de la casa presidencial esa misma mañana.

En cualquier caso, la recogida comenzó por la tarde. La orden de presentar todos los folletines en la plaza principal de Arxia, frente a las puertas de la catedral de Aión, se esparció casi con más velocidad que el vuelo del fénix. Se advirtió que si alguien mantenía un solo ejemplar en sus manos sería acusado de herejía, pues herejía era aquel objeto hecho de tinta e ideas.

A medianoche, los folletines se habían convertido en una pila de llamas y humo.

Los Lavalle acudieron a la purga. El propio León tiró uno de los ejemplares, a

ojos de todo el mundo, casi con desprecio. Vianney actuó mejor que ninguna otra vez en toda su vida mientras se obligaba a mirar cómo el trabajo de tantos días se convertía en polvo.

Y lo entendió.

Lo hizo de pronto y casi sonrió, y todo el mundo habría pensado que disfrutaba de la hoguera aunque por dentro le desgarrase el corazón.

Qué estúpida idea la de quemar un animal capaz de resurgir de sus cenizas.



La hoguera ante la catedral se veía con claridad desde muchos puntos de la ciudad, pero fue el humo, negro y espeso como las almas de los condenados, lo que se dijo poder apreciarse incluso desde las afueras de la capital.

Los ocho Grandes Censores, representantes en la tierra de los mismos Santos, observaban el espectáculo desde el seminario principal de Viria, cuyas amplias ventanas daban directamente a la plaza de Andrai, donde se estaba celebrando lo que todos en la habitación habían tenido a bien nombrar la Purga. Algunos se sentaban ufanos en sus sillas, con copas de vino en la mano y expresiones de satisfacción que habían sustituido el miedo y el descontento que habían sentido a primera hora de la mañana. Estaban seguros de que no habría más problemas después de su rápida actuación. Consideraban que quien fuera que hubiese gastado dinero y esfuerzo en aquel plan se retiraría a las sombras, tras haber subestimado el poder de la Iglesia de Aión. Tras haber subestimado, de igual modo, al Gobierno.

Iulius Solari, de pie junto a las cortinas descorridas, tenía una mueca en el rostro. Había estado callado desde que había llegado, hipnotizado por las llamas que se alzaban varios metros por encima del suelo, como si un pozo de azufre y fuego se hubiera abierto en medio de su ciudad, dispuesto a lanzar al Infierno a todo aquel que osara acercarse demasiado.

Sobre la mesa, olvidadas, estaban las ocho copias del folletín que los censores habían salvado para que el crimen no se olvidase ni quedase impune, pero el presidente de la república se había negado a leerlo. No quería saber nada de las herejías que habían escrito unos desconocidos. Varios de los censores presentes también se habían negado a escuchar ni una sola palabra impía escrita por manos herejes. Creían que los ejemplares debían quemarse con el resto para que su esencia no contaminase el resto de documentos de la biblioteca del Seminario, donde sólo los más altos cargos de la Iglesia tendrían acceso a ellos.

—Y ahora, ¿qué?

La voz de Solari fue sólo un susurro, pero los censores se volvieron como un solo ser hacia él, con los rostros cadavéricos a la luz de la habitación y los ojos demasiado grandes.

—Ahora volverá a su trabajo, señor presidente, y a esa cruzada por la gloria de Viria de la que nos habló hace unos días. No se preocupe por este brote de insubordinación. Aión es grande y todopoderoso, y él proveerá las herramientas para cortar de raíz la podredumbre de la nación.

El censor Baptista, enviado de Crineo, habló con suavidad, como si temiera asustar al presidente, aunque hizo que se estremeciera cuando colocó la mano en su hombro. Le sonrió como si fuera un niño al que recordarle sus tareas, lo cual hizo sentir a Iulius extrañamente pequeño. Los censores tenían más poder del que podía parecer. El suficiente como para sacarlo a él de la casa presidencial si pensaban que podría suponer un peligro para sus propios planes. Sin embargo, sus caminos no solían cruzarse más que por rápidas misivas y sólo le habían dado un consejo durante su mandato, al principio de todo: que, pasase lo que pasase, la gloria de Aión debía ser lo más importante para todos.

—Tienen un plan —supuso, aunque lo hiciera sonar como una afirmación.

Los censores se miraron.

—Las ratas son las primeras en abandonar un barco a punto de hundirse —dijo Iacobus, enviado de Andrai, con el más leve atisbo de una sonrisa—. Y el de esa Sociedad del Fénix se está yendo a pique.



—Además —añadió Baptista—, la Iglesia tiene ojos y oídos en todas partes. La lealtad de un hombre dura tanto como tardamos en adivinar su precio.

El presidente no hizo más preguntas. Cuando le pusieron la copa en la mano, brindó con ellos, a sabiendas de que ya se veían ganadores en esa inesperada batalla. Convencido de que la Iglesia de Aión, mejor que nadie, conocía el valor de cada persona.

## **Capítulo 44**

**8 de hiru de 3705 d. G.**

***Kiteria, Gineyka***

Saroi Koplari recordaba pasear de la mano de su padre cuando era niño y quedarse mirando a un viejo que pasaba todos los días por delante de ellos, caminando tambaleante con la ayuda de un palo que le servía a modo de muleta. La imagen le vino a la cabeza cuando entró en el despacho de su adoptante porque él mismo se sentía así: ajado y tambaleante, encorvado por unos pocos años que le pesaban demasiado y lleno de la incertidumbre de saber si el siguiente paso le llevaría a dar de bruces con el suelo o no.

El joven no se molestó en mostrar valentía cuando dejó el cuaderno encima de la mesa. Cuando las semanas de trabajo descansaron, más calladas y muertas que nunca, entre él y la poeta más reconocida de la república gineykana. Ni siquiera intentó disimular el temblor de su mano o el leve estremecimiento de su labio inferior. Las palabras que había vertido sobre el papel lo habían dejado triste y cansado, tan sensible que pensó que un simple roce en su hombro bastaría para romperlo. Le escocía la piel como si su cuerpo entero estuviera en carne viva, y el corazón lo sentía arrinconado contra las costillas, sobrecogido por todo lo que había puesto en sus versos y lo que eso significaba.

Escribir nunca había sido un trance tan doloroso.

Tampoco, nunca antes, había sido un proceso tan consciente.

Pese a que odiaba aquello con todas sus fuerzas, pese a que se sentía como si se hubiera abierto en canal para alcanzar una parte de sí mismo que no sabía que estaba ahí y ahora la mostrase en la punta de los dedos para venderla al mejor

postor, Saroi sabía que lo estaba haciendo por una buena causa. No se arrepentía porque había mucho en juego, pero sabía que no olvidaría fácilmente aquella sensación de indefensión.

Udane Koplari sólo alzó la vista a su cuaderno, no a su rostro, y el muchacho quiso pensar que era porque una parte de ella se sentía avergonzada de lo que le había hecho. De eso a lo que le había obligado. La llama de la esperanza, que se había reducido a un ascua ardiente durante los últimos días, quiso brillar dentro de Saroi. Se dijo que rechazaría las poesías. Se convenció de que le comunicaría, por fin, que habían liberado a Eider de su cuarto. Que podría encontrarlo donde siempre. Y entonces él se olvidaría de los poemas y correría por el largo pasillo hasta llegar a la sala de estar. Escucharía el piano ya antes de abrir la puerta y lo vería allí, sentado, inclinado sobre las teclas, lleno de la furia y los silencios que Saroi todavía estaba aprendiendo a leer.

—Puedes marcharte.

La fantasía se rompió con esas simples palabras. Con la voz súbitamente áspera, que siempre le había parecido melodiosa hasta entonces, de la señora Koplari. Cayó sobre él como un jarro de agua fría que terminó de apagar su fe.

Aun así, Saroi no se movió. Permaneció con los talones clavados en la alfombra, tan pesado como una página en blanco sobre las manos.

—Eider... —comenzó.

—Tendré que ver si están a la altura, chico. No voy a conformarme con menos de lo que sé que puedes hacer.

Fue un inciso cruel. La primera vez que había ido allí con la idea de liberar a su amigo, semanas atrás, Udane había leído el poema ante él. Lo había hecho en voz baja, moviendo los labios en un susurro cantarín que se había convertido en un ceño fruncido con el punto final. Acto seguido, delante de sus ojos, había roto el papel y había echado los trozos a la chimenea, pese a que estaba apagada, dejándole claro que no servía para mucho más que como combustible para calentar el cuarto.

—¡Eso no es...!

Udane alzó la vista cuando él levantó la voz y aquella simple advertencia fue suficiente para callarlo.

—Recuerda tu sitio, Saroi. No me gustaría tener que quitarte a ti también la libertad de la que disfrutas.

Saroi apretó los puños y los labios, forzándose a contener dentro las palabras que le agujijoneaban la lengua para salir. No diría nada. No se quejaría. Sería el buen chico que siempre había sido, guardando silencio y rompiéndose por dentro.

Y cuando nadie se lo esperase, usaría las astillas de sus huesos y su corazón destrozados para devolver con intereses todo el daño que le estaban haciendo.



Eider supo que algo extraño había pasado desde el momento en que se abrió la puerta de su cuarto. Ni siquiera lo hizo de par en par. Nadie entró tampoco a decirle que podía salir. En el absoluto silencio al que ya se había acostumbrado, tan sólo sonó la llave dando un par de vueltas y luego pasos alejándose. Eso había sido todo. No hubo ayudas para que se levantara del sillón, no hubo voces ni explicaciones de ningún tipo. A tientas, volvió a contar los pasos que ya había memorizado entre tantos paseos sin destino y se acercó a la entrada. Sus dedos, inseguros, rozaron el pomo y se apretaron en torno a él. Lo habían hecho más veces durante aquellas semanas, pero siempre con rabia y un ánimo casi destructivo, consciente de que no pasaría nada por mucho que intentara luchar con aquel trozo de metal.

Pero esa ocasión fue distinta.

Hizo girar la pieza con cuidado, de manera tan lenta que podría haber contado los latidos que cabían en aquel simple movimiento. Percibió, con incredulidad, cómo el tirador daba la vuelta completa. El leve quejido de la cerradura precedió al chirrido de la puerta al moverse sobre sus goznes. A Eider le pareció tan irreal

que sólo notó que contenía la respiración cuando sus pulmones lo obligaron a buscar aire.

Nadie le había quitado ningún grillete ni sacado de cárcel alguna, pero aquel día Eider Haizea recuperó toda la libertad que había podido probar en su vida hasta el recital. No era mucha, pero saber que su mundo volvía a extenderse más allá de cuatro paredes lo hizo sentir aliviado.

Aquella sensación duró poco. El tiempo justo que tardó en preguntarse: «¿Por qué?».



—¿Qué has hecho?

Eider lanzó la pregunta como si las palabras fueran flechas y él, un arquero experto. El proyectil acertó de lleno en su objetivo, porque Saroi sintió que se le encogía el pecho. Acababa de entrar en la habitación y ver al hijo de la vicepresidenta sentado de nuevo frente a su piano había conseguido llamar a las comisuras de su boca hacia arriba, pero estas se quedaron congeladas con la voz de su amigo. No había sonado demasiado alta, pero sí fue tremendamente clara. Fue como si Eider hubiera evaluado mil veces esas palabras antes de tirarlas sobre él.

Si el joven Haizea hubiera podido ver, habría percibido cómo el rostro de Saroi se desencajaba durante un único segundo para terminar torciéndose en un intento de sonrisa que no parecía funcionar.

—¿Eider?

—Lo he estado pensando. —La voz del pianista seguía siendo tranquila, como todo él, pero a Saroi no le gustaba la tranquilidad de su tono. No era la voz apacible de cuando el joven estaba relajado, sino la calma que precedía a un Desastre—. He llegado a la conclusión de que tiene que haber sido cosa tuya. Que yo esté aquí, quiero decir. Me dije: «No, no sería tan estúpido». Pero luego

pensé: «Si no hago ningún ruido, ni uno sólo, si no toco el piano en toda la tarde y él de todos modos viene aquí, sabiendo que me encontrará, significará que sí que lo fue».

Saroi contuvo la respiración. Sus nudillos, apretados, asumieron el insulto con la misma entereza con la que trató de alzar la barbilla.

No hubo ninguna respuesta.

—«¿Qué podría haber hecho él, sin embargo?». También lo he estado pensando. Porque sólo eres un muchacho. Un chico, como yo. Tu familia no tiene mucho. Eres callado y sumiso. No tienes poder, ni siquiera sobre ti mismo, así que mucho menos para hacer algo por mí.

Más silencio. Eider no se había movido ni un centímetro, y de la misma manera Saroi se había quedado quieto como una estatua frente a la entrada, tan sólo mirándolo, tan sólo esperando. Le dolía el pecho, pero se dijo que podía aguantarlo. Recibir las palabras de Eider no era peor, de ninguna manera, que sangrar y vender las suyas propias.

—Pero no es verdad. Es absurdo lo que he tardado en darme cuenta. Sí que tienes poder. Por eso estás aquí. Por eso te escogió Udane. No es un poder de los que se perciben a simple vista, y tú tampoco lo exhibes. Pero está ahí y, oh, ella lo sabe. Lo supo desde el primer verso.

Ni una palabra.

—No le has dado ninguna de tus poesías a esa mujer, ¿verdad, Saroi Burgoa?

La pregunta llegó con la misma calma que el resto de palabras y al mismo tiempo sonó, más que ninguna otra, a acusación. Hubo hasta una sonrisa irónica cuando pronunció el apellido de su familia materna, una ceja alzada, un rostro que se giró hacia él como si pudiera verlo y no sólo intuir por el sonido de sus pasos dónde se había parado. Toda la expresión buscaba confirmar algo que parecía absurdo desde su planteamiento, como si la idea en sí misma jamás debiera haber existido.

Pero de nuevo hubo silencio y eso hizo que cualquier gesto desapareciera de un plumazo de la expresión de Eider.

—Saroi.

El nombre fue un primer trueno, lejano, apenas un eco de la tormenta a punto de desatarse.

El chico se levantó. Su banqueta rechinó por el suelo y alarmó a *Zakur*, que no se había separado de su dueño, feliz de volver a verlo, desde que este había salido de su cuarto. El perro, tumbado, levantó el hocico y se encogió cuando el sonido del piano llenó la habitación. Fue un sonido disonante, producto sólo de unos dedos que golpearon las teclas al apoyarse en ellas. Fue otro trueno.

Saroi bajó la vista. Se encogió sobre sí mismo, pero entró en el cuarto. Con toda la quietud posible, cerró la puerta a sus espaldas. Eider no apartó la cara del lugar en el que estaba, como si de verdad pudiera enfocararlo. *Zakur* lo miró por él.

Se sentía a la intemperie, sin defensas, tembloroso como una hoja.

—Lo he hecho. Le he dado un cuaderno lleno de ellas. —Su voz le sonó a sus propios oídos como un estremecimiento, pero no importaba. No tenía sentido mentir. No tenía sentido fingir que no estaba desnudo ante él. Seguía siendo la persona que más sabía de él en esa casa, incluso pese a las semanas alejados—. Y volvería a hacerlo. Escribiré otras mejores. Encontraré palabras más adecuadas. Que las use si eso es lo que desea.

Eider apretó los dientes. No necesitaba una confirmación para sus sospechas, pero escucharla consiguió que lo que ardía en su interior se encendiese todavía más.

—Son *tus* poesías. Tus sentimientos, los mismos que yo pongo en las teclas del piano. ¡Lo único que tienes! ¡Lo único realmente tuyo! —El puño cayó de nuevo sobre el teclado, esta vez con más fuerza—. ¡No puedes venderlo! ¡No puedes *venderte!*

Las notas musicales, furiosas, se esparcieron por la habitación, volando en bandada y lanzándose sobre los oídos de Saroi, que sintió doloridos y tuvo la tentación de cubrirse con las manos. No llegó a hacerlo, pues el dolor tenía, desde hacía unos días, una presencia especial, casi reconfortante. Como si le

demostrase que aún estaba vivo. Como si le asegurase que, a pesar de todo, había cosas que no se podían dar. Cosas que le seguían perteneciendo sólo a él.

Apretó los puños con fuerza hasta que empezó a sentir las uñas clavándose en su palma.

—El cuaderno era mío y podía hacer con él lo que quisiese. Mis sentimientos también lo son, de manera que no tienes derecho a echarme nada en cara. Fue mi decisión.

Eider se rio con sarcasmo y se acercó. *Zakur* se levantó para ayudarlo, para guiarlo si lo necesitaba, pero el muchacho sólo dio pasos hacia delante apoyado en la tapa del gran piano de cola.

—Tu decisión. ¿Puede ser *tu* decisión cuando te chantajean? ¿Es de verdad una salida cuando es la única que otros te permiten? Si yo no hubiera estado encerrado, tú nunca habrías hecho eso. No por deseo propio. Si intentas convencerme, o peor, si intentas convencerte de otra cosa, sólo estarás dejándote manipular y aceptando el lugar en el que te han puesto.

Su interlocutor no intentó negarlo. Claro que no lo hubiera hecho en una situación normal, pero ¿qué era normal para él en esa nueva vida? Nadie habría creído una sola palabra si hubiera decidido contarle todo. De hecho, Irati había ido un día a pedirle explicaciones, a saber qué estaba ocurriendo, y él se había forzado a mentirle y decirle que todo se arreglaría. Porque, aunque sabía que si alguien podía llegar a creerlo era ella, no podía permitirse que se enfrentara a nadie por su causa. No cuando todo le iba tan bien. No cuando se había hecho amiga de Gadea Haizea. Cuando su nuevo trabajo la absorbía y era obvio que estaba disfrutando de su día a día como casi nunca antes.

Por eso también se había sentido tan solo sin Eider. Porque se había obligado a alejarse de todo. Y porque se había hecho creer que era decisión suya.

Y ni siquiera era la primera vez.

Por tanto, decidió que su respuesta sería una que llevaba guardando dentro durante ya algún tiempo. Una idea que le había estado rondando como un insecto volador, zumbando en su cabeza mientras intentaba conciliar el sueño por las



noches y distrayéndolo cuando sabía que tenía que sentarse a escribir.

—Quiero marcharme de aquí.

Saroi no había visto a Eider asombrarse apenas. De hecho, puede que jamás lo hubiera visto sorprenderse en realidad. Desde luego, no como ahora, cuando la frustración se esfumó para dar paso a la incredulidad de unos labios entreabiertos de los que no salieron palabras durante un rato demasiado largo.

La tormenta, a punto de estallar, se disipó de repente.

—Tu familia no va a acogerte de vuelta, si lo que pretendes es regresar a tu casa; eres el adoptado de Udane y como tal...

—Allí no tendría ninguna oportunidad. Lo sé. Pero tú mismo me hablaste de que el *zuri* te había contado cosas del país al otro lado del mar, el lugar del que se marchó para venir aquí. Y sé que..., sé que no sería el primero en irse. Estoy seguro de que podría conseguir un trabajo. A nadie le importaría quién fuese o hubiese sido mi adoptante entonces, ¿no? Y tal vez pudiera seguir escribiendo y, si aprendo su idioma con la suficiente destreza...

Sólo entonces se atrevió a mirar al otro muchacho a la cara. Sabía que estaba construyendo sobre el barro, en un pantano, y todos sus sueños, sus esperanzas estaban condenados a hundirse en la tierra húmeda. Pero tenía que intentarlo.

Por lo menos hasta que alguien le señalase los evidentes fallos de su plan.

Esperaba que ese alguien fuera Eider, antes de que lo llevase a cabo.

Lo fue durante el momento en que su amigo reaccionó y sonrió como si creyese que se había vuelto loco.

—Gran idea. Ve a un lugar donde te esclavizarán por algo aún más evidente que ser hombre. Quizá tengas suerte y todo el mundo en el sitio del que viene Lavalle sean ciegos como yo: así nadie reparará en lo diferente que es tu piel en comparación con la de ellos.

Saroi sintió calor acumulándose en las mejillas. Eider no solía medir sus palabras, pero aquellas, en ese tono, resultaban casi descarnadas.

—Entonces no tiene por qué ser ahí. Podría ir a una de las colonias de Gineyka. Si me cambio el nombre, si me invento una historia... —Se dio cuenta

de que había empezado a tartamudear y se concentró en respirar hondo—. Otros lo han hecho antes. Es un secreto a voces. El padre de mi hermana se marchó. Entonces, ¿por qué no voy a poder hacerlo yo?

No mencionó que no sabía lo que había pasado con el anterior adoptado de su madre. Que podía haber muerto nada más salir de Kiteria.

Eider calló entonces. Incluso si no veían, a Saroi sus ojos se le antojaron penetrantes, fijos en su figura como si pudieran adivinar los entornos de su aura o algo que escapaba de la percepción del resto del mundo.

—Quieres huir. Traicionar a Gineyka y el lugar que la nación te ha dado.

—¡No hay lugar aquí para mí! —exclamó, sin fijarse en que alzaba la voz.

Eider le chistó entonces mientras se acercaba todavía más. Abandonó la seguridad del piano y sus pies se encaminaron con aplomo guiados sólo por el sonido de la exclamación.

—No llegarás a ningún lado si todo el mundo se entera de lo que quieres hacer.

Saroi calló, entre avergonzado y confuso. Porque no le había dicho que no. No le había dicho que había perdido el juicio. Porque no le enumeró las formas en que estaba condenándose. Udane Koplari no le había hecho la vida tan imposible como podían hacérsela las autoridades. La Guardia de Gaia no era conocida por su amabilidad, y la traición a la patria era uno de los peores delitos que se podían concebir. Al fin y al cabo, Gaia no protegía a todos los pueblos que se acogían bajo la bandera de su unicornio para que sus gentes fueran insurrectas y le dieran la espalda.

Eider se detuvo a un par de pasos y Saroi se preguntó si sabría a qué distancia estaba de él sólo con su voz. Quizá supiera cuánto lo separaba de la puerta. Lo había visto, al fin y al cabo, andar por la casa sin tropezar y sin ayuda de su perro guía.

—¿No vas a disuadirme? —susurró, dudando sobre si extender el brazo para alcanzarlo o no.

Eider se humedeció los labios. Alzó las manos, a tientas, buscándolo, y Saroi

aceptó el gesto como el empujón que le faltaba para tocarlo. Cuando sus manos se encontraron, Eider apretó la del adoptado con más decisión que nunca. Fue como si quisiera asegurarse de que era real, de que no se había vuelto loco como todo el mundo decía y había empezado a delirar cuando ni siquiera había salido de su cuarto.

—Ya que has vendido parte de tu alma para liberarme, mejor que valga la pena y mi libertad sea completa. Después de todo, pronto cumpliré los dieciséis yo también y no quiero que tus esfuerzos por sacarme de una cárcel me acaben llevando a una en otra casa, con otras mujeres.

Saroi tragó saliva, sin atreverse a seguir albergando esperanza.

—¿Qué quieres decir?

Una sonrisa, la primera de verdad que esbozaba Eider en semanas. Estaba llena de desafío y de deseos de algo mejor.

—Que me voy contigo.

## **Capítulo 45**

**10 de Endai de 1853 d. S.**

**Arxia, Viria**

El censor Iacobus, enviado de Andrai, creía que el periodo más importante en la vida de un hombre era cuando tenía el poder, por medio de un buen uso del presente, de reparar el pasado y prepararse para el futuro.

En su caso, el pasado no importaba mucho. Había renunciado a él cuando se ordenó como servidor de Aión y tomó la túnica blanca, que luego se tornó púrpura cuando lo eligieron censor. En ese pasado se habían quedado el nombre que su madre había elegido para él al nacer y el apellido de su padre. En ese pasado se habían quedado las mañanas aburridas de escuela y las tardes haciendo las tareas que ninguno de sus cuatro hermanos mayores había querido, como barrer la sastrería de su padre. Suponía, cuando pensaba en esos días, que había sido feliz. Nadie lo había atormentado y todos consideraban que era un buen hijo, un buen alumno, un buen niño. Lo único que no había sido, tal vez, era un buen creyente. Por lo general, se excusaba de sus deberes ante Aión: había preferido escaparse a jugar a ir a la iglesia, se había acostado todas las noches sin dar las gracias a Aión por sus dones y, durante la misa, había movido los labios sin pronunciar ni una sola palabra, dado que no entendía el sentido de las oraciones a ningún nivel.

Por suerte, Aión le impidió que se alejara mucho de su senda y lo redirigió enseñándole su poder. Recordándole que nunca lo dejaría solo y que, si tenía la fe suficiente, ni siquiera la Muerte podría arrebatarlo de su regazo antes de tiempo.

Así fue como Iacobus descubrió su misión. Así fue como llegó a la capital y se maravilló ante la catedral y todas las obras que los hombres habían hecho para adorar a su dios. Así fue como ingresó en el Seminario y juró, por su nuevo nombre y sus nuevos hermanos, que serviría para siempre a Aión, haciendo lo que fuera necesario para honrarlo y proteger el legado de los Santos.

El 10 de Endai de aquel año de 1853 descendió a las celdas bajo el Seminario, a las que sólo tenían acceso los altos mandos de la Iglesia, para asegurarse de que ni siquiera entonces faltaba a su promesa. Porque la Sociedad del Fénix, estaba seguro, era un escollo para los devotos. Porque aquel pequeño grupo de infieles no era sino una prueba más a la que lo sometía su divinidad para asegurarse que era digno de su favor.

Iacobus tenía claro que lo era, y por eso haría cualquier cosa para demostrarlo.

El prisionero estaba en su calabozo, custodiado por dos censores menores a ambos lados de su puerta.

—¿Ha dicho algo?

—Que no sabe nada, señor.

—Entonces creo que no hay necesidad de tener esa puerta cerrada. Abridla y dejadnos.

Los dos hombres se miraron, pero supieron que no debían contradecirlo. Por supuesto, nadie le diría que no a un Gran Censor. Podría pedir el cielo y las estrellas a sus pies, y los hombres bajo su mando tratarían de dar la vuelta al universo para él.

Pero no era tan soberbio como para hacer peticiones imposibles. Si lo respetaban era también porque sabían que sus métodos siempre daban resultado. Que todo lo que decidía hacer tenía como fin último la persecución de un bien mayor.

Con esa seguridad entró Iacobus en la celda. No había luz dentro, la única iluminación venía de fuera al colarse por el rectángulo de la puerta; pero, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, no tardó en distinguir el bulto

tembloroso que era Dante Manuzio. Susurraba algo, como si rezara; no obstante, como el censor no entendía sus palabras, se negó a pensar en él como un pobre inocente. A fin de cuentas, su mayordomo lo había acusado formalmente como uno de los artistas que habían participado en *El Canto del Fénix*. Su arresto había sido lo más discreto posible, por supuesto, porque seguía siendo un hombre adinerado con muchos mecenas poderosos, pero un registro en su casa evidenció que no sólo guardaba una copia del folletín prohibido, sino que todavía tenía los originales de los obscenos dibujos que se habían publicado: en uno de ellos, los Santos aparecían desnudos, montando al dragón de la bandera; en el otro, Iulius Solari sostenía en brazos a la caricatura de un berreante censor bebé al que intentaba consolar ofreciéndole un fajo de billetes de los contribuyentes.

—Mis buenos hermanos dicen que insiste en que no sabe nada —dijo el censor, sintiendo cómo le hervía la sangre ante el recuerdo de las blasfemias que habían caído como hojas en otoño por toda la ciudad—. Y, en cambio, a nosotros no nos cabe duda de que participó activamente en la herejía.

Manuzio se tensó. Iacobus vio cómo dejaba de temblar y se ponía un poco más tieso. Olía a podredumbre, como si su cuerpo hubiera decidido empezar a descomponerse antes para ahorrar tiempo. La paja de debajo crujió. Cuando alzó la cara hacia la luz, las lágrimas habían dejado surcos allá donde habían limpiado la suciedad de su rostro. Tenía los labios cortados por la sed y los ojos llorosos. Iacobus se inclinó y, pese a que el hombre se encogió, esperando un golpe, él simplemente le limpió con ternura las mejillas.

—Es una pena que no quiera hablar —susurró—. O este trance sería muchísimo más sencillo para usted.

El artista tuvo que toser antes de poder contestar.

—Me vais a matar de todas formas.

Iacobus no respondió. Sus ojos bajaron por el cuerpo aovillado y extendió la mano para tomar la diestra del prisionero. Su pulgar pasó casi con cariño por los muñones, todavía recientes, que sustituían tres de sus dedos. Las vendas estaban

manchadas de sangre. Sintió el leve espasmo del dedo anular, roto, y presionó contra él. Un grito gutural llenó la celda antes de que dejara caer la extremidad sobre el regazo del joven.

—Podemos hacer cosas mucho peores que matarle. Y si cree que Aión es tan bondadoso como para convertir la muerte en un descanso para los impíos, está muy equivocado. Ahora, confiese o aténgase a las consecuencias. No siga fingiendo que no sabe de qué le hablo.

—Lo hice todo yo solo.

—No, no es cierto. Tuvo ayuda. Y antes de que acabe el día le dará a la Iglesia la lista de las personas detrás de la Sociedad.

Dante Manuzio escupió a los pies del Gran Censor, que no supo si era un valiente, un inconsciente o demasiado leal para su bien. Puede que las tres cosas a la vez. Habría sido un buen feligrés si hubiera seguido la senda de Aión en vez de desviarse de ella.

—Sólo un nombre, señor Manuzio —le recordó, sin alterarse—. Pregúntese si le compensa perderlo todo por ser el acólito de un hombre al que, con su ayuda o sin ella, localizaremos.

El prisionero no respondió. Aun así, Iacobus sintió su mirada penetrante puesta en su persona, con un odio que sólo podía proceder de los mismos Demonios.

—Entonces, encuentren al cerebro detrás de todo sin mi ayuda, oh, Gran Censor. Recen a su dios para que les susurre su nombre esta noche en sueños, ya que aseguran que lo sabe todo.

—No hace falta molestar a *nuestro* dios —respondió el censor con tensión en la voz—. Nos rogará usted que lo escuchemos antes de que se ponga el sol. Lo único que me pregunto es cuántos miembros le quedarán para entonces.

Cerró la puerta tras de sí y caminó hacia la salida de las mazmorras. Los dos jóvenes censores que custodiaban la celda estaban hablando en el pasillo, a la espera de más órdenes. Ambos se volvieron hacia él con curiosidad pero respeto.

—Empezad con la otra mano —ordenó sin ni siquiera detenerse—. Volveré

dentro de un par de horas.



Neith Sinagra se despertó esa noche con la respiración acelerada y una pesadilla deslizándose entre sus dedos sudorosos. Durante unos segundos se mantuvo muy quieto, mirando el techo y la mancha de luz que la vela estampaba en él. A diferencia de la sensación de paz de los grises y los negros de la realidad de su dormitorio en Villa Áurea, el rojo lo había consumido todo en su sueño: las túnicas de los censores eran rojas, el suelo de su celda era rojo, la voz de Via era roja, las llamas que habían ardido en su pira ante la catedral de Aión eran rojas.

Sacudió la cabeza para intentar deshacerse de las imágenes grabadas en sus párpados y se incorporó. Con un fuerte golpe que le hizo dar un respingo, el libro que había quedado olvidado sobre su estómago chocó contra el suelo. Debía de haber estado leyendo antes de quedarse dormido, aunque sólo recordaba la mitad de la historia.

—Nada de novelas de miedo después de meterme en la cama —se regañó mientras se inclinaba para coger el tomo del suelo. Después se levantó y apagó la vela y, con la luz que provenía de fuera, del cielo nocturno, se acercó a la mesa a servirse un vaso de agua.

En su tiempo en Villa Áurea, Neith se había acostumbrado a los sonidos de la casa. Sabía que el gran reloj en el descansillo de las escaleras principales sonaba únicamente a medianoche y a mediodía, y que en el ático, justo encima de su cuarto, a veces se percibían los pasitos apresurados de los ratones. Por la mañana, las palomas siempre iban a posarse en su ventana y, si eran más de las diez, a veces Marina golpeaba en su puerta para avisarle de que el desayuno se enfriaba, eso cuando no era Via quien llegaba temprano a la casa y lo despertaba de maneras un poco más dulces.

Quizá por eso se quedó muy quieto cuando oyó un ruido nuevo. Sabía que



ninguna de las otras habitantes de la mansión debían estar despiertas, pero estaba seguro de haber oído algo. Fuera o en el piso de abajo, eso no lo tenía muy claro. A veces, alguien de la Sociedad llegaba en mitad de la noche, pero no solía ser sin previo aviso y Valeria Barnei no le había dicho nada de que esperaran visita. Por eso se acercó todo lo sigilosamente que pudo a la ventana, recordando qué tablas de su suelo crujían, y observó el exterior. Todo estaba oscuro, sin linterna o la luz que siempre se colaba hacia el exterior cuando se abrían las puertas de entrada. Pero no todo estaba tan quieto como cabría esperar. Dos sombras se deslizaron por la pequeña pendiente que hacía el jardín y Neith frunció el ceño, pegándose contra las cortinas como si alguien pudiera descubrir su presencia desde fuera. Desde su escondite, contó al menos seis figuras más.

No esperó. La paciencia no era algo que hubiera entrenado a lo largo de su vida, sobre todo en situaciones de peligro. Y si había intrusos en Villa Áurea, su dueña debía saberlo. Se puso los pantalones por encima de la camisa de dormir y salió, descalzo, al pasillo. No llamó a la puerta del dormitorio principal, pero sí la abrió con expreso cuidado y la cerró detrás de él de la misma manera. Valeria Barnei y Arabella Medici eran un sólo bulto en la cama, dormidas en la penumbra del cuarto. Se acercó al lecho, hasta que pudo escuchar sus respiraciones, y susurró sus nombres en voz baja. Cuando vio que eso no era suficiente, extendió la mano y tocó un brazo que salía de entre las mantas.

Al menos Arabella no dio un grito cuando se despertó y vio a una figura hecha de sombras inclinada sobre su lecho.

—Creo que tenemos intrusos.

Valeria se había despertado en cuanto su amante se había movido entre sus brazos y fue la primera en incorporarse, sacudiendo la cabeza para apartarse de las manos del sueño. Una lámpara cobró vida, deslumbrando a los tres pese a que su luz era de lo más tenue.

—¿Cómo has dicho?

Neith parpadeó para quitarse los puntos de luz de delante de sus ojos. Valeria se había puesto en pie y se estaba cubriendo con una camisa. El chico apartó la

mirada.

—He visto sombras fuera, corriendo hacia la casa. Y me ha parecido oír algo en el piso de abajo. Pero no sé si son ladrones o...

La palabra se le atragantó sobre la lengua y se sintió incapaz de pronunciarla. El color rojo de su sueño se estaba extendiendo más allá de sus confines y empezaba a manchar su realidad.

—¿Crees que...? —Arabella calló, dejando que la pregunta permaneciera en el aire, cuando la señorita Barnei alzó la mano.

Nadie movió un solo músculo. En el piso de abajo, haciéndose eco por toda la casa como una advertencia, se oyó el sonido de la porcelana rompiéndose.

Uno. Dos. Tres. Neith se concentró en contar el ritmo de su respiración hasta que alguien —cualquiera— hiciese algo.

—Bella... —comenzó Valeria, con voz comedida.

—No voy a dejarte —la interrumpió la señorita Medici con un siseo—. No vas a...

Para entonces se había puesto de rodillas en la cama, casi suplicante, enredada en su camisón. Alcanzó la mano de su pareja, pero Valeria la rehuyó tan pronto como tuvo oportunidad. La cogió del rostro y la besó sin previo aviso, deteniéndose en sus labios mucho más tiempo de lo que Neith consideró necesario, dado el momento de crisis.

—Si son ellos, me quieren a mí. Sólo a mí —susurró, llena de seguridad—. Despierta a Marina y Carola y marchaos por la puerta de atrás, por las escaleras de servicio. Escondeos. En cuanto se marchen, huye. Vuelve a casa y lleva a los demás contigo: di que los has comprado y nadie dirá una palabra al respecto. Yo *jamás* mencionaré tu nombre.

Arabella temblaba y Neith pensó que se iba a echar a llorar. Que se rompería, como la frágil dama que parecía.

Pero Valeria Barnei no se habría enamorado de alguien que no fuera tan especial como ella. Su respuesta, a media voz, fue una declaración de amor. Un beso. Una última caricia. Después, envuelta en el blanco de su camisón, como

uno de los fantasmas de sus novelas de ficción, tomó a Neith de la mano y lo arrastró con decisión. No miró atrás, al contrario que el chico, porque no quería que la última imagen que tenía de Valeria Barnei antes de que la interrogasen los censores fuera la de una mujer sola, en medio de una habitación, enfrentándose a un destino injusto.

Arabella y Neith no usaron las puertas. No, al menos, las puertas que se veían a primera vista. En algún momento Villa Áurea había sido un bastión de tradición y eso quería decir que los sirvientes habían sido como espíritus, entrando en las habitaciones y haciendo sus tareas sin ser vistos. Cuanto menos ruido hiciesen, mejor, así que se los había separado y se habían preparado sus propios corredores para que los señores de la casa y ellos nunca tuviesen que cruzar sus caminos. Carola y Marina habitaban esa parte de la casa, donde podían tener toda la libertad que desearan, haciendo su vida (y su música) al margen de la dueña de la mansión. Descalza, helada en sus finas ropas de dormir, la pareja avanzó por los corredores que las muchachas habían tomado y las encontró en un cuarto tan grande como el de Neith, durmiendo en camas separadas. Ambas se levantaron tan pronto como la puerta se abrió, con el sueño ligero.

Arabella no se paró a dar explicaciones y ellas tampoco las reclamaron. Les hizo un gesto para que guardaran silencio y se repartieron entre los cuatro unas capas y unas mantas para salir a la fría noche. Lo hicieron por la cocina, a donde todavía no había llegado el caos que todos oyeron en el salón. Los intrusos ya no intentaban ser discretos.

—Quieren a todo el mundo despierto y asustado —le dijo la señorita Medici a Neith en un susurro. Si eso era lo que deseaban, desde luego no habían conseguido meter ese miedo en los cuerpos de las mujeres de Villa Áurea. Él, por su parte, se centraba en seguir las indicaciones que le daba. En poner un pie delante del siguiente. En no recordar el sueño que había tenido esa noche o las noches anteriores. En no recordar sucesos previos que sólo le provocarían pánico. En *no pensar*, ni en él ni en nadie que conociera, ni en lo que podría

pasar si la Iglesia Aionte estaba tras su pista.

Debía olvidar cada nombre. Cada momento de los últimos días.

No sabía nada. Esa era la única respuesta que podía dar a partir de entonces.

«No sé nada».

El aire le pareció más frío de lo esperado cuando salieron al exterior. Le arañó las mejillas y le recordó que, por el momento, estaba vivo. Que no debía dejarse vencer por el terror. Que Arabella Medici, a su lado, caminaba con decisión y él debía seguirla, aunque sólo fuera porque su mano todavía se aferraba a la de él.

Se ampararon en las sombras del pequeño huerto y luego en la de árboles más grandes, vigilantes y en tensión, hasta que llegaron al pequeño cobertizo. Neith nunca había estado ahí, pero sabía que era donde se guardaba la mayoría de las herramientas. Olía a cerrado, a humedad, a óxido y a estiércol, pero Arabella no dudó en pasar y, tras ella, los demás. Carola fue la última en entrar y la que cerró la puerta, dejándolos a oscuras. Había una única ventana, pero estaba demasiado sucia, así que buscaron entre los bultos que podían distinguir una lámpara o una vela. El chico se arrepintió de no haber cogido la que Valeria Barnei había tenido sobre su mesilla, aunque su luz fuese demasiado tenue.

Una cerilla se encendió de pronto y se oyó un suspiro aliviado.

Pero el rostro que apareció a la luz de la lámpara no fue el de una de las mujeres que lo acompañaban.

Más lámparas se encendieron. Dos, como mínimo.

—Vaya, vaya —susurró una voz áspera y grave. Una pistola brilló en una mano—. ¿No es un poco tarde para que estén fuera de sus camas, señoritas?



Valeria Barnei bajó con calma las escaleras principales de su mansión. Lo hizo vestida con su mejor chaqueta y las botas más relucientes que encontró. Se peinó, incluso, con rapidez pero seguridad, aunque no se recogió los cabellos,

sino que dejó que cayesen como siempre rebeldes y largos hasta casi sus caderas. Los vio antes de que ellos la vieran a ella. Si le hubieran preguntado, habría jurado no sentir miedo, aunque tuvo que respirar hondo y cuadrar los hombros antes de alzar la voz.

—Sin duda, no soy la mujer más devota de esta región y, aun así, estoy convencida de que Aión no aprobaría el allanamiento de morada de una pobre dama desvalida. Le disgustaría mucho ver a sus representantes en la tierra cometiendo tal vil acción mientras destrozan todo a su paso más como bestias que como los seres racionales y perfectos que él creó.

Iacobus vio la figura descender mientras esta hablaba. Le pareció, en un principio, una Santa, con esos cabellos rubios y aquel rostro imperturbable y sereno. No tardó en darse cuenta de que más bien había de ser una concubina del Demonio, capaz de tomar las formas más inocentes para tentar al bien encauzado y obligarlo a tomar el camino incorrecto. La esperó. Aunque sus hombres hicieron ademanes de apresurarse hacia la mujer, Iacobus sólo tuvo que alzar una mano para impedir que dieran un paso más hacia ella. Valeria no se detuvo ni un segundo. No bajó la mirada. Mantuvo el porte escalón a escalón, con la espalda bien recta y las manos entrelazadas tras ella.

Ninguna mujer debería haber caminado con semejantes ropas, con semejante seguridad, con semejante falta de miedo.

Si alguna vez había dudado de lo que había que hacer con Valeria Barnei (destrozarla muy poco a poco, pieza a pieza), Iacobus se reafirmó en aquel momento. Una mujer tan segura como ella era un peligro que no se podía dejar pasar por alto, como bien había demostrado el hecho de que ella hubiese sido supuestamente la instigadora del folletín. Dante no había confesado hasta que no vio claro que, sin dedos, jamás podría volver a dibujar, hasta que el dolor no lo volvió loco, pero al final susurró su nombre. Fue lo último que hizo. De todos modos, Iacobus le dio las gracias y le deseó una larga eternidad por su colaboración, pero en realidad esperaba que se estuviera pudriendo en los Infiernos, sufriendo aún más de lo que había sufrido en vida. La traición era

herejía, y aquel hombre disfrazado de artista la había cometido contra Aión, contra la nación y contra la Iglesia, y después contra aquella muchacha. Si se hubiera mantenido leal a Valeria hasta el final, habría muerto de igual manera, pero Iacobus habría tenido algo que admirar de él.

Sólo resultó ser una rata más.

—Señorita Barnei —saludó cuando ella al fin paró sus pasos. No lo hizo a su altura. Se mantuvo unos escalones por encima, y al censor le pareció otro signo más de su desafío—. Sin duda, Nuestro Señor sabrá expiarnos de ese pecado si es para proteger su fe y sus mandatos y exterminar a los impíos que atentan contra ambas cosas.

—Siempre me ha parecido muy conveniente esa dicotomía, ¿no cree, caballero? —Valeria sonrió con calma—. Lo que es pecado y lo que no según quién lo haga y en nombre de qué.

—Lo que es pecado es simple, señorita Barnei: todo aquello que atente contra la ley de Aión. Aunque por su aspecto diré que no está demasiado ilustrada en las normas de nuestro Dios o que quizá sienta demasiado placer en desafiarlas.

—Oh, puede que sea ambas cosas. Nunca fui muy buena estudiante.

—Curioso: no se diría eso leyendo su retórica.

—¡Ah! —Valeria Barnei abrió mucho los ojos y sonrió—. Ya entiendo por qué es todo esto, entonces. Es usted un admirador. Sabía que algunos demostraban su cariño de extrañas maneras, pero no imaginaba que destrozarse mi casa fuera una de ellas. Puedo firmarle un autógrafo si es lo que desea.

Iacobus decidió que la broma estaba llegando demasiado lejos.

—Lo cierto es que sí, somos admiradores, señorita Barnei. Pero no queremos sólo un autógrafo, sino llevarla con nosotros para tener... una charla en la que esperamos que pueda ilustrarnos.

—¿Yo? ¿Ilustrar a enviados de Aión? Me honra, pero me considero insuficiente...

—Oh, seguro que no lo es. Seguro que puede decirnos mucho que no sabemos. Como cuántas personas más la ayudaron a sacar adelante ese montón

de papel que llamaron *El Canto del Fénix*. Le recomiendo que colabore: lo descubriremos de igual manera, tarde o temprano, como la hemos descubierto a usted.

Valeria no perdió la sonrisa.

—Si de mí depende, entonces será más tarde que temprano, señor, pero supongo que de nada sirve resistirse a una invitación a... charlar.

—Desde luego, no; sólo serviría para tener que demostrarle nuestra... admiración de maneras más evidentes. Sobre todo cuando no niega ningún tipo de relación con ese folletín.

Un par de hombres subieron entonces las escaleras que descendían al sótano. Tanto Iacobus como Valeria vieron cómo llegaban y lanzaban al suelo algunos ejemplares de la revista.

—Hay una imprenta abajo, Gran Censor. Es antigua, pero sin duda se le ha estado dando uso.

Valeria no cambió su expresión.

—¿Serviría de algo que tratase de negar mi relación?

—Supongo que no —le confirmó el censor—. ¿Vendrá con nosotros, pues, con plena colaboración?

—¿Qué puedo decir? No puedo negarme a mi público.

El censor entornó los párpados. Valeria disfrutó de aquel momento, porque fue el instante en que su contrincante se alteró antes que ella. Entonces, el hombre avanzó. Ella no se permitió retroceder ni un paso, ni siquiera cuando él comenzó a subir los escalones que los separaban y quedaron frente a frente.

—Registrad el resto de la casa. Llevaos a todas las personas que encontréis, no me importa quiénes sean ni cómo. Y después, quemad este lugar hasta los cimientos.

La mujer perdió la sonrisa. Su rostro se convirtió en una máscara seria y fría, orgullosa, que observó al hombre que tenía enfrente y trató de decirle que, si se relacionaba con el fénix, el fuego no le haría nada a su hogar. No permitió que viera cómo apretaba los nudillos. Sólo trastabilló cuando el censor la agarró

bruscamente del brazo y tiró de ella, olvidándose de cualquier tipo de consideración y de fingir un trato pacífico.

Valeria Barnei supo que estaba perdida. Supo que la harían contemplar cómo su casa ardía y que durante los siguientes días su vida sería una tortura tras otra. Supo que, si sobrevivía, lo cual parecía improbable, jamás volvería a ser la misma, ni por dentro ni por fuera.

Pero no tuvo miedo, porque todo era más grande que ella. Porque no encontrarían a nadie en la casa, porque todos debían de haber huido ya, mientras ella les conseguía el tiempo suficiente sacando de sus casillas al censor.

Porque ella era sólo una persona, y las ideas siempre son más grandes y fuertes que un cuerpo.

De eso se convenció, al menos, hasta que la arrastraron fuera de la casa.

Hasta que los vio.

Hasta que la vio.

Arabella se revolvió entre los brazos de otro censor. Pataleó, envuelta en su camisón, y luchó con todas sus fuerzas en cuanto sus miradas se cruzaron.

—¡Valeria!

Fue la única que se atrevió a moverse. Carola y Marina, también sujetas, miraban al suelo temblando y Neith ni siquiera parecía estar allí. Había cerrado los ojos, como si no quisiera ver nada. Como si eso le fuera a aislar de cuanto pudiera pasar de ahí en adelante.

—Vaya —susurró Iacobus. A Valeria su voz le provocó un estremecimiento por primera vez—. Parece que hemos encontrado algunas cucarachas escurridizas.

—Soltadles —murmuró la mujer con voz ahogada—. Ellos no tienen nada que ver.

Intentar defenderles fue un error. Valeria lo supo en cuanto se giró hacia Iacobus y vio la sonrisa en su boca.

Porque, por fin, Valeria Barnei había demostrado estar asustada. Y eso le daba poder al censor.



—Eso lo decidirá Aión en su plena sabiduría. Hasta entonces, ¿por qué no disfrutamos todos juntos de un espectáculo de luces?

Las manos del hombre agarraron los hombros de Valeria y la obligaron a girarse hacia la mansión que había resguardado los susurros de una revolución.

Valeria no lloró, pero esa noche, mientras temía por el futuro y se horrorizaba ante el presente, su pecho ardió tanto como las paredes de su hogar.



## **Capítulo 46**

**10 de hiru de 3705 d. G.**

***Kiteria, Gineyka***

Las manecillas del reloj apuntaban las seis de la tarde cuando Irati Burgoa se apresuró a salir de su puesto de trabajo en la fábrica. Fue extraño, porque Irati no era de las que se marchaban a su hora, sino todo lo contrario: lo habitual era verla enfrascada en proyectos durante mucho más tiempo del que debería haber consumido. Pero aquel día ella ya tenía todo recogido cuando la sexta campanada sonó y ya traspasaba la puerta pocos segundos después, con la determinación de quien se dirige a un destino inequívoco.

Gadea la vio. Lo hizo desde su puesto de supervisión y le pareció tan extraño como le habría parecido a cualquier otra persona que conociese a Irati en lo más mínimo. Por eso le dio alcance. Cogió su muñeca justo cuando los pasos de la muchacha traspasaban la salida y fue como si ella despertase de golpe o hasta entonces hubiera sido más un instrumento mecánico que una persona.

Cuando Irati miró a los ojos a Gadea, parecía no entender qué ocurría a su alrededor.

—¿Te encuentras bien?

Gadea lo preguntó con el ceño fruncido e Irati se fijó durante un segundo de más en las arrugas de su frente. Ni como jefa ni como amiga ni como amante, la hija de la vicepresidenta no era una persona que dejase ver aquel tipo de gesto muy a menudo.

Burgoa tuvo que volver por segunda vez a la realidad cuando la mano que aún cogía su muñeca la sacudió un poco.

—¿Qué? —No recordaba qué había preguntado Gadea exactamente.

—No tienes buena cara. Daba por hecho que tus ojeras estos días serían por alguna nueva idea que estarías intentando desarrollar y que no habías contado todavía a nadie, pero ahora temo que sea otra cosa.

—Estoy bien.

Irati se deshizo del agarre de su amiga con suavidad. Gadea levantó una ceja con evidente escepticismo.

—Sí que te vas temprano hoy.

—A mi hora.

—Precisamente.

Burgoa le habría respondido que no tenía nada de reprochable salir a la hora que debía por una vez en su vida, pero no encontró las fuerzas porque esos ojos del color del azabache seguían fijos en ella. Le dio la impresión de que no había lugar en toda Gineyka en el que esconderse de aquella mirada. No sabía cuándo había dejado que Gadea la conociese tanto. Quizá porque siempre le había parecido despreocupada y divertida, una buena amiga de esas con las que pasas un buen rato y nunca exigen nada más de lo que surge. Gadea Haizea no era alguien que pareciese darle importancia a demasiadas cosas, mucho menos hasta el punto de preocuparse por ellas, pero había inquietud en sus pupilas mientras la miraba a ella. Tenía el rostro casi tan serio como el día en que su hermano había sido el centro de un montón de rumores.

Irati mantuvo un par de segundos de silencio en los que esperaba que su compañera recuperase su sonrisa pícaro de siempre, se relamiese y le hiciera alguna oferta descarada en la que aprovechar las horas siguientes. Ella se reiría, sacudiría la cabeza, rechazaría con elegancia la invitación y se marcharía a hacer lo que debía.

Pero nada de aquello pasó. Gadea no dejó de mirarla de la misma manera, como si en el fondo conociera todos sus secretos, y ganó cuando Irati tuvo que apartar la vista.

—Estoy cansada.

—Lo pareces, sí. Pero te he visto trabajar hasta la madrugada y dormir menos de tres horas, y el cansancio que demuestras entonces no tiene nada que ver con este. ¿Qué ocurre?

—Nada.

—¿Vas a mentir a tu jefa?

Irati resopló. Enarcó las cejas con incredulidad y alzó la vista.

—Mi jefa no puede exigirme explicaciones de nada más allá de mi horario laboral, y he hecho mis horas y mi trabajo con creces. Así que si me permites...

No lo hizo. La mano se agarró todavía más a la muñeca cuando esta hizo ademán de separarse.

—Sabes que no lo decía en serio. No te estoy preguntando como tu jefa. Estoy preguntando como tu amiga, Irati.

Y si sólo hubiera sido su amiga, Irati no habría dudado ni un segundo en hablar. Pero Gadea era, además, una Haizea. Hija de una de las mujeres más poderosas de Gineyka. Relacionada directamente con aquello que le causaba desvelos desde hacía mes y medio, cuando había descubierto a su hermano llorando en esa casa gigantesca donde un crío como él debía de sentirse tan sólo una mota de polvo.

No podía permitirlo.

Había estado pensando mucho en ello. En qué podía hacer por él. Cómo. Cuándo.

No había encontrado ninguna respuesta dentro del marco de lo legal. La mera sugerencia a su madre de que Saroi debía volver a su hogar había sido considerada por la mujer poco más que un chiste o una idea por la que pedir disculpas a Gaia. Un adoptado era adoptado y punto. Su adoptante decidiría cuándo acabaría eso, si es que había de acabar algún día. Si, por desgracia, Saroi no satisfacía a la mujer que le estaba dando tanto.

Esa era toda la teoría que Irati conocía y que Gineyka repetía una y otra vez. Los hombres existen para ser adoptados por las mujeres. Sin ellas, no tendrían ningún futuro.

La práctica era un tanto diferente. Al fin y al cabo, la mecánica siempre llevaba en la banda de su pelo la tapa del reloj de un hombre que se había fugado muchos años atrás.

Que planeaba ayudar a su hermano a escapar de la casa vicepresidencial, si él aceptaba, era algo que no podía decirle a una de las mujeres que vivían bajo ese mismo techo, por mucho que fuera su amiga. Por mucho que no quisiera guardarle secretos.

De modo que negó con la cabeza, apartó la vista, clavó los ojos en el suelo y susurró:

—Lo cierto es que estoy preocupada por mi hermano. Quería acercarme a verlo. Sé que últimamente ha estado triste.

Su compañera titubeó. El agarre de sus dedos se relajó.

—Creo que ya está mejor. Han dejado salir a Eider, por fin. Se llevan muy bien, ¿sabes? Nunca lo habría esperado, pero así es.

Irati asintió. Era consciente de que los dos chicos compartían una buena relación. De hecho, era dolorosamente consciente de que eso significaba que los dos se habían metido por igual en un fango del que no podían salir.

—¿Quieres que vayamos juntas? Te llevo —sugirió Gadea con suavidad—. Podemos reunirnos los cuatro. Fiesta del té entre hermanos, ¿qué te parece? Puedes quedarte a dormir si quieres. Sé que te duele no tenerlo cerca más a menudo.

Burgoa dudó. Observó a la muchacha frente a sí, que volvía a ser la de siempre, con su sonrisa confiada, sus ojos brillantes y su carácter brillante e imposible de romper.

Sintió su plan secreto como un peso gigantesco que se hundía y retorecía en sus entrañas.

—De acuerdo. Fiesta del té, entonces.



Saroi Koplari observaba con atención los movimientos del *zuri*. Sus manos, grandes, nerviosas, palpaban el rostro de Eider, le masajeban los párpados, los abrían y observaban sus ojos a la luz. Eran movimientos seguros, de quien los había hecho una y mil veces y, sin embargo, al muchacho no le decían nada. Le parecían, por alguna razón, más la obra de un autómeta que se repitiese cada cierto número de giros de sus engranajes que de un hombre de carne y hueso.

Normalmente, Saroi no se habría quedado allí. Se habría disculpado y retirado en cuanto Tulio Lavalle hubiese pedido ver a Eider, pero desde que este último había salido de su encierro no podía evitar querer estar cerca de él más horas de las que eran necesarias. Un peso se había instalado en su pecho tras tanto tiempo separados y un miedo que nunca había conocido se había hecho un hueco en su cabeza: el de que, si pasaba demasiado tiempo lejos de su amigo, se lo volverían a arrebatarse. Le volverían a pedir poemas. Lo volverían a chantajear.

Y él, por supuesto, se dejaría.

Si a Eider le molestaba aquel súbito apego, aquella necesidad de revolotear siempre a su alrededor, no lo había hecho ver. Quizás a él también le gustase tenerlo al alcance de la mano. A lo mejor le resultaba reconfortante, de alguna forma incomprensible, escuchar el torrente de palabras que siempre tenía para él o los sonidos nerviosos que hacía cuando estaba callado, como si quisiera indicarle que seguía ahí.

Durante la visita de Lavalle, al contrario de lo que esperaba, no tuvo que sustituir su charla por el ruido de su talón contra la alfombra o de sus dedos contra el reposabrazos. El doctor extranjero era mucho más agradable de lo que había esperado y en los últimos tiempos, sin su intérprete, de la que no se había vuelto a saber nada y que a nadie parecía importar, porque sólo era una *zuri* más, había mejorado su habilidad con el idioma. Aunque todavía tenía un acento atroz y cometía muchos errores de concordancia, Tulio Lavalle jamás mostraba vergüenza. De hecho, nunca pedía perdón cuando demostraba no comprender la cultura en la que había vivido durante ciclos lunares enteros. Ni siquiera parecía entender cómo funcionaba el mundo en el que ahora estaba inmerso, y eso,

sumado a su confianza desbordante, casi intimidaba a Saroi.

El muchacho quería preguntarle si creía que Eider podía de verdad recuperar la vista. Quizá la idea de irse a Viria, esa tierra extraña, no fuese tan descabellada. A lo mejor, sólo a lo mejor, si iban hasta allí podrían hacer algo por su amigo y luego marcharse a otro sitio. Pero, en lugar de eso, pensó en lo que había dicho Eider. En que probablemente los trataran tan mal allí como en Gineyka. En que había otros lugares, no sabían si más justos, pero, por lo pronto, diferentes. Habían estado hablando mucho de ello. Habían cogido un mapa y Saroi había marcado todos los sitios que Eider había sugerido y le había leído información sobre ellos de un gran libro que habían sacado a escondidas del despacho de Gadea Haizea. Saroi se había emocionado al pensar en los pájaros de colores de los que se había enamorado a través de las descripciones de distintas aventureras, de los sabores nuevos que nunca había probado, de las formas de vida que ni siquiera había llegado a imaginar. Había un país, mucho más al norte, con sólo una ciudad porque el resto del territorio estaba helado: allí siempre era invierno. Había un lugar con un pueblecito que se levantaba en medio de una extensión inmensa de arena y otro donde todavía no se había descubierto cómo llevar agua corriente hasta las casas.

Estaba en medio de una ensoñación en la que él y Eider decidían finalmente adónde irían y salían de Kiteria esa misma noche cuando la puerta se abrió. Las manecillas del reloj sobre la repisa de la chimenea apuntaban a las seis y media, pero Saroi se olvidó de la hora en cuanto vio que la figura que se recortaba bajo la puerta era la de Irati. Se puso en pie como si un resorte lo hubiera empujado y se echó sobre ella sin pensarlo, abrazándola con todas sus fuerzas. Parecía que hacía una eternidad que no la veía. Parecía que nunca más fuese a verla.

Estuvo a punto de echarse a llorar cuando ella, tras la sorpresa inicial, lo abrazó de vuelta.

—Señor Lavalle. No sabía que seguía aquí.

Saroi alzó la vista para comprobar que Gadea Haizea, por supuesto, estaba detrás de su hermana. Cuando se volvió hacia el *zuri*, lo descubrió recogiendo



sus bártulos, que había tenido esparcidos sobre la mesa mientras realizaba la visita.

—Me marchó ya —respondió con un entusiasmo que Eider le había dicho alguna vez que le resultaba fingido—. Ya le he puesto sus gotas al joven Haizea y espero resultados en unos días. La vicepresidenta estará contenta.

Nadie en la casa parecía contento con su presencia, en especial Arama Haizea. Probablemente estaba pensando en devolverlo a su país a menos que le diese pruebas pronto de que su tratamiento estaba obrando cambio alguno en la ceguera de Eider. Su paciencia debía de estar a punto de agotarse.

Pero despedir a Lavallo también significaba para la vicepresidenta admitir su error. Deshacerse del último jirón de esperanza al que se aferraba. Y Saroi sabía, mejor que nadie, lo doloroso que era ese proceso.

Quizá por eso nadie lo cuestionó. El *zuri* agachó la cabeza con respeto ante las mujeres y cerró la puerta detrás de él. Saroi acompañó a su hermana hasta uno de los sillones, queriendo aprovechar esa inesperada tarde con ella a modo de despedida. Algo se revolvió dentro de él ante esa palabra, *despedida*, pero se obligó a sonreír. Irati lo entendería. Si había alguien en el mundo que pudiese comprender que tenía que salir de esa casa, era ella, que lo había visto darse de golpes con la misma pared desde hacía varias estaciones. Que había visto sus lágrimas y el dolor que una sociedad injusta le había causado.

—¿Qué haces aquí? —susurró.

—¿No puedo venir a visitar a mi hermano?

Saroi tardó un poco en atreverse a mirarla a la cara, pero al hacerlo advirtió su cansancio. Estaba escrito en cada línea de su expresión, y él casi se sintió feliz de ir a dejarlo todo. A lo mejor así dejaba de ser una carga para ella.

—Le he prometido té —intervino Gadea. Eider estaba muy quieto, tan callado como si quisiera mimetizarse con el tapizado de su sillón—. Y quizá debería ir a por él.

Nadie dijo nada mientras la mayor de las hermanas Haizea se retiraba, aunque Irati y ella se miraron. Saroi se preguntó si estaba siendo amable. Si se marchaba

para permitirles un rato a solas y no sólo para ir a buscar la merienda. Podría, al fin y al cabo, haberla encargado antes de entrar.

Irati suspiró.

—¿Qué haces aquí? —repitió Saroi.

Por parte de su hermana hubo un segundo de duda. La vio observar a Eider también. Él intentó disipar su incertidumbre poniendo su mano sobre la suya.

—Es mi amigo —le aseguró. Y lo hizo esperando que eso fuera todo lo que importase.

Ella lo contempló. Lo miró largamente, con los ojos entrecerrados y algo tan triste dentro de ellos, en el fondo, que Saroi deseó poder alcanzar esa parte de ella para sanarla. Para que dejase de estar preocupada.

Sabía que todo era su culpa.

—¿Quieres marcharte de esta casa? —susurró ella.

Llegó a pensar que la había entendido mal. Desde luego, no podía estar refiriéndose a volver a casa. Su madre nunca permitiría algo así. Sería una vergüenza para toda la familia. Por no hablar del gasto que suponía volver a admitirlo allí. De las miradas reprobadoras.

—Quiero marcharme de Kiteria —respondió él en un tono igual de bajo—. Y Eider quiere venir conmigo.

Irati cogió aire. Sus manos seguían unidas, pero él se sintió todavía más reconfortado cuando ella apretó sus dedos. No hizo preguntas incómodas. No hizo acusaciones. No le pidió que recapacitara. Sólo asintió cuadrando un poco los hombros, como si parte del peso que cargaba sobre ellos se hubiera evaporado.

—Entonces, necesitaréis ayuda.



Tulio Lavalle no salió de la casa vicepresidencial al terminar la consulta. En vez

de eso, se aseguró de que el pasillo estuviera vacío y caminó con resolución hacia las escaleras. Si se cruzaba con gente, no le dirían nada si fingía que tenía derecho a estar allí.

En el último mes, se había aprendido el camino. Aunque lo hacía sólo una vez a la semana, y siempre que sabía que la costa estaba despejada y no había peligro de que lo encontrasen, el corazón siempre parecía querer escapársele por la boca. Normalmente, llegaba al despacho, cogía cualquier cosa que pareciera un documento importante, aunque no supiese qué decía (puesto que nadie le había enseñado a leer el idioma), y lo guardaba en su maletín. Después apuraba el paso por la ciudad hasta su casa, pero no era hasta que le daba los papeles a Eneas y este se marchaba que se sentía tranquilo. Después de todo, si los planos y los informes no estaban en su poder, no había pruebas y, por lo tanto, no había delito.

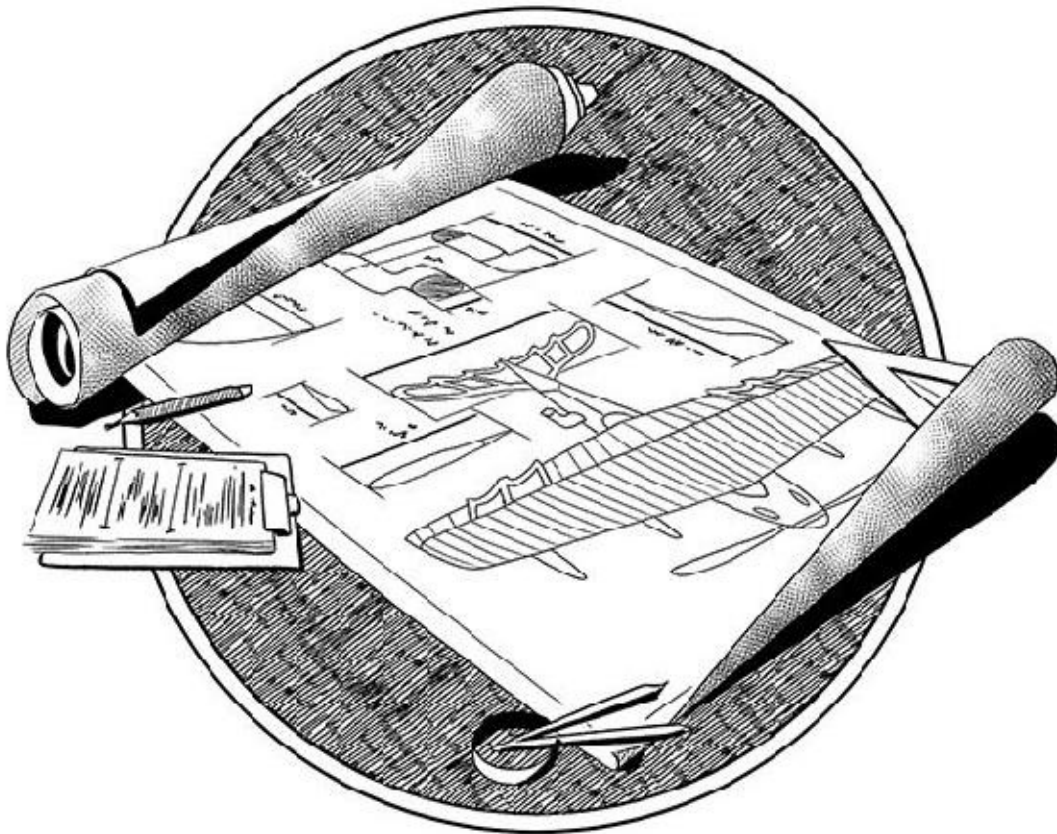
Al menos esa era la lógica que le permitía dormir tranquilo por las noches.

Aquella tarde, sin embargo, sabía que había más gente en la casa. No era lo normal, pero esperaba que eso también significara que estarían demasiado entretenidos como para que nadie quisiera subir al piso de arriba. Se deslizó dentro del despacho de la muchacha y cerró la puerta con sumo cuidado, conteniendo la respiración y escuchando atentamente después del chasquido que resonó en sus oídos. La casa sólo le respondió con un prolongado silencio.

Moviéndose con la gracia de un felino, se acercó a la mesa de madera maciza y se sentó en el borde de la silla, empezando a abrir cajones. Cada vez que lo se ponía a buscar había más papeles, todos en aparente caos. Él solía coger los del fondo, los que probablemente tardarían más en echarse en falta. Confiaba en que Iulius Solari, en nombre de toda Viria, lo sacaría de allí antes de que nadie pudiese pensar en él como el ladrón. Y entonces... Bien, entonces sus sueños de riqueza y poder no serían sólo fantasías: en su nación le rendirían homenaje, e incluso podía ser que pusieran su nombre a ese primer zepelín que Eneas parecía seguro de que construirían.

Pero ese día había algo en el último cajón, encima del todo, que le llamó la

atención. Él no entendía nada de ingeniería, pero tampoco lo necesitó en aquel momento: junto al plano, sujeto por un borde doblado, había un dibujo de algo que no había visto jamás. Se asemejaba vagamente a un pájaro, con las alas metálicas extendidas y una hélice en la punta del pico.



Sacó las hojas del cajón y las observó con los ojos brillantes.

Aquello agradaría a Eneas y, lo que era aún más importante, a Solari. A toda Viria.

Cambiaría el mundo, la sociedad en la que siempre había vivido, de una forma radical.

Y su vida, porque iba a vendérselo al Gobierno al mejor postor.



Gadea había aprendido a conocer a Irati Burgoa muy bien en los últimos tiempos. Más de lo que esta última habría deseado, probablemente. De manera que, en cuanto vio cómo se reunía con su hermano, supo que estaba de más. El té fue la excusa y, si no hubiera resultado demasiado descarado, habría apartado también a Eider de la reunión, pero después pensó que tal vez él no estuviera de más. Su hermano y el de Irati parecían haberse hecho inseparables. Quizá demasiado.

En realidad, era posible que en secreto Gadea envidiase un poco a los Burgoa. A Irati por la relación que podía mantener con su hermano, incluso con la distancia que había impuesto el cambio de residencia de este, mientras que ella era incapaz de acceder a Eider cuando lo tenía tan cerca a diario. También envidiaba a Saroi, porque él había sido capaz de llegar al muchacho de una manera que a ella le parecía imposible. No sabía cómo lo había hecho. No sabía cómo nadie podía acercarse a su hermano *de verdad*. Había tenido toda una vida para descubrirlo y no lo había conseguido, pero ese chico había llegado a la casa vicepresidencial hacía sólo unos meses y se había hecho importante como si tal cosa, hasta el punto de conseguir que Eider estallara por él. Todavía recordaba el día del recital con claridad. Durante las semanas siguientes, había intentado aplacar a su madre, eliminar el encierro, suavizar el ambiente, pero nada de lo que pudo salir de su boca funcionó.

Y un día, de la noche a la mañana, Eider estaba fuera de nuevo y más cerca de Saroi que nunca. Cuando Gadea le había preguntado a su madre, Arama Haizea sólo había susurrado que Udane había hecho que entrase en razón.

No dijo nada porque Gadea nunca se enfrentaba más de lo debido a la vicepresidenta, porque decidió que lo único importante era que Eider estaba fuera, pero aquella respuesta no le había gustado.

Gadea empezaba a tener la sensación de que estaban pasando cosas delante

de sus narices y que no se estaba enterando. O quizás había decidido no enterarse, porque el desconocimiento era una buena excusa ante la inacción. Si no sabía qué ocurría a su alrededor, nadie podría reprocharle no hacer lo correcto.

Podría haberse quedado. Podría haber escuchado, incluso, tras la puerta. Podría haber sabido qué sucedía, qué preocupaba tanto a su amiga. Podría haber conocido un poco más a su hermano. Podría haber preguntado. De hecho, podría haber preguntado muchísimas cosas desde mucho tiempo atrás. Tal vez unas pocas palabras habrían bastado para acercarla a Eider. Tal vez una promesa de confianza habría servido para que Irati Burgoa no le escondiese nada. Tal vez decidir juntar las piezas que unían a Saroi, Udane Koplari y Eider en lugar de elegir ser ciega, sorda y muda habría hecho que todo fuera diferente.

Gadea Haizea podría haber elegido muchos caminos. Pero esa tarde eligió el que la alejaba de todos, el que la mantenía al margen de los problemas, y tomó el que la llevaba a su despacho.

Fue entonces cuando lo descubrió.

Tulio Lavallo levantó la mirada de golpe. Al principio, Gadea sólo parpadeó, como si esperase que la figura inclinada sobre su mesa fuera un espejismo que desaparecería tras el pestañeo adecuado. No obstante, el *zuri* era real y se mantuvo allí, justo delante de ella, más blanco que nunca.

En sus manos sostenía unos papeles que ambos miraron de manera fugaz. El de Viria lo hizo sintiéndose descubierto; la ingeniera, con incompreensión. El papel tembló entre los dedos, estremeciéndose al sentirse observado.

Todo pasó entonces demasiado rápido. Gadea entendió. Tulio lo hizo al mismo tiempo: supo que no habría ninguna excusa en el mundo que pudiera justificar que él estuviese allí, con los papeles de la mujer entre sus manos.

También supo que el castigo que le esperaba sería ejemplar.

Por eso reaccionó primero. Su cuerpo se irguió, los papeles se metieron en su chaqueta y al mismo tiempo sus manos buscaron otra cosa. Gadea seguía en la puerta y, en cuanto él se movió, ella despertó también.

—¿Qué crees que...?

El miedo es un sentimiento irracional. Mucho más rápido, sin duda, y por eso mucho más peligroso que cualquier otro. No es una emoción que se pueda controlar, porque en un principio surge del deseo de supervivencia, lo que genera la falsa sensación de que cualquier acción promovida por ese miedo será la mejor.

Tulio Lavalle se dejó llevar entonces por el miedo. De no haberlo hecho, de haber podido pararse a pensar, habría sabido que sacar una pistola contra la hija de la vicepresidenta sólo podía darle más problemas.

Y disparar, convertirlo en algo mucho más grave que un ladrón.

Pero no pensó. Tulio Lavalle era experto en protegerse a sí mismo, lo había sido durante toda su vida, y en el segundo en el que vio clara su suerte si lo atrapaban, esa huida hacia delante le pareció la única aceptable.

El disparo resonó en la habitación. Sorprendió tanto a Gadea como a él.

Hubo un gran segundo de silencio después, semejante al instante que hay entre una gran actuación y el posterior aplauso de un público emocionado.

Gadea bajó la vista con lentitud. Al mismo tiempo, los ojos de Tulio se fijaron en el cuerpo de ella. Ambos contemplaron, en una quietud absoluta, la mancha que se extendía por el pecho de la mujer. La ingeniera entrecerró los ojos. Pensó que aquello no tenía sentido. Que nada de lo que estaba pasando a su alrededor en los últimos tiempos lo tenía y esa era la prueba definitiva de que en algún momento se había quedado dormida y estaba teniendo una pesadilla.

Pero el dolor fue demasiado real para ser sólo el producto de un mal sueño.

La realidad se dobló al mismo tiempo que ella. El mundo, que por unos momentos se había quedado tremendamente quieto, comenzó a girar a demasiada velocidad.

Ni siquiera pudo hacer nada por intentar parar la carrera del *zuri*, que pasó por su lado a toda prisa mientras sus rodillas golpeaban el suelo.

Gadea Haizea podría haber elegido muchos caminos. Pero aquella tarde eligió el que la alejaba de todos, el que la mantenía al margen de los problemas, y tomó

el que la llevaba a su despacho.

El que la llevó a su muerte.



Eider era el experto en escuchar.

Siempre el experto en escuchar.

Y, como buen experto en escuchar, nunca olvidaba lo que escuchaba.

El sonido del disparo había reverberado por toda la mansión, pero él lo sintió incluso dentro de su cuerpo. Sintió la vibración casi como cuando sentía las notas del piano al tocar; le pareció una sostenida, grave, mantenida por cuatro tiempos completos.

El silencio de después sólo duró medio:

—¿Qué ha sido eso?

Fue Saroi quien lo preguntó. Su hermana había estado hablando hasta entonces, les había dicho que podía sacarlos de la capital en un vehículo y conseguirles billetes para un zepelín que tomarían en el puerto aéreo de la siguiente ciudad. Así todo sería más rápido, así nadie se fijaría en el hijo de la vicepresidenta y, al ir acompañados por una mujer, nadie se atrevería a pedirles demasiadas explicaciones. Podían fingir que Eider era su adoptado. Tendrían que cambiar sus nombres y renunciar a ellos, y más les valía que nadie supiera nunca dónde habían ido a acabar.

Irati Burgoa había accedido ayudarles y parecía haberlo pensado todo mucho mejor que ellos.

Pero se había callado con aquel estruendo.

No respondió a su hermano. Probablemente Saroi tampoco esperaba una respuesta de verdad, o quizá no había formulado la pregunta para la que esperaba una contestación. Todos habían entendido que un disparo había resonado en las paredes de la casa vicepresidencial.



La verdadera pregunta era *por qué*.

—Quedaos aquí.

Eider frunció el ceño ante la orden. Oyó la puerta de la sala abrirse y los pasos apresurados de la muchacha alejándose. Los dedos del muchacho se apretaron en torno a su bastón y levantó un pie. Una mano apretándose alrededor de la suya lo detuvo.

—No, espera.

La voz de su amigo había sonado temblorosa, llena de miedo, pero Eider decidió ignorar los matices que había en ella e incluso fingir que no había oído. Se soltó y echó a andar, a tientas, sin importarle nada más. Todavía sentía la vibración del sonido, la onda. Estaba en su cabeza. No podía dejar de oírlo.

No fue nada en comparación con el grito.

Le heló la sangre en las venas, pero también le indicó adónde tenía que dirigirse. Se apresuró. Oyó los pasos de Saroi justo detrás de él, siguiéndole con premura, olvidando el miedo o quizá moviéndose a causa de este.

Al fin y al cabo, había sido Irati la que había gritado.

Cuando dieron alcance a su voz, Saroi casi chilló también. Eider oyó con claridad cómo tomaba aire con precipitación y ahogaba un gemido, antes de hacerle detenerse de un tirón que lo dejó clavado en el sitio.

—¿Qué pasa? —preguntó. No hubo respuesta—. ¿Qué pasa, Saroi?

El abrazo lo pilló por sorpresa. Se quedó muy quieto, incrédulo, apretado contra el cuerpo de su compañero. Incluso su bastón se le escurrió entre los dedos por lo inesperado de la acción.

Nunca había odiado tanto no ver como entonces.

Pero Eider todavía podía escuchar.

Por eso aguzó el oído y percibió con claridad el sollozo de Irati Burgoa:

—Gadea. Gadea, por favor, mírame. Gadea, por favor.

No necesitó nada más. Su imaginación hizo el resto.

Todavía oía el disparo.

No lo olvidaría jamás.

## Capítulo 47

*11 de Endai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

Alguien le había dicho una vez que si un hombre cualquiera escribía su autobiografía fielmente, dando cuenta de su historia y sus experiencias, sus penurias y sus alegrías, los incidentes y las casualidades que le habían ocurrido, era imposible que esa historia no fuera interesante.

Esas palabras tenían muchos años y venían de alguien de su pasado —un hombre que casi había sido sustituido por una sombra en su memoria— que había tenido una vida interesante. Que había llegado a Viria con la ilusión de ser uno más, de tener al fin algo que le perteneciese, algo a lo que pertenecer, y que se había dado de bruces contra una pared. Que había sido engañado, de alguna manera, por los sueños de un lugar mejor. Un hombre que había sabido lo que era el odio, lo que era que lo volvieran a tomar por inferior, volver a ser diferente, *el otro*, y aun así había conservado la sonrisa. Su padre había sido un precedente, un aviso de lo que ocurriría a él.

Y, sin embargo, su padre jamás habría acabado en una celda. O eso quería pensar.

Con cuidado, Neith Sinagra sacó de su bolsillo el único objeto que había conseguido salvar de las manos de los censores: el viejo reloj. De todas formas, no había luz para ver su esfera, sólo podía recorrerla con los dedos temblorosos, helados y húmedos de sudor. El cristal, para su desaliento, estaba astillado. Sintió la rugosidad bajo sus dedos, pero también el casi imperceptible palpitar del segundero.

Se aferró a ese sonido para no volverse loco. Para acallar los sollozos que venían de la celda de al lado, donde Marina estaba presa. Se concentró en convocar la imagen de la fina manecilla deslizándose por la esfera con la esperanza de olvidarse del olor pútrido, a desesperación y miedo y fantasmas que habían habitado aquel lugar. Que probablemente todavía lo habitaran, recordando torturas y sangre derramada, herejías inventadas y la injusticia que podía ser a veces sentirse demasiado vivo.

Neith Sinagra cerró los ojos con fuerza cuando los pasos de los guardias —o de los censores o de los monstruos que poblaban sus pesadillas— resonaron en la estancia de piedra que servía de antesala a los distintos pasillos de celdas. Una antesala de ocho lados, como ocho habían sido los Santos, como ocho eran las virtudes, como ocho eran los verdugos que habían decidido llamar Grandes Censores. Ocho, como los segundos que tardaron en detenerse delante de su puerta.

Ocho, como los años que tenía cuando descubrió que nunca pertenecería a aquel mundo; a aquella ciudad. Si deseaba sobrevivir, debía convertirse en sombra. Debía abrazar todo lo que sus padres le habían dicho que no debía ser: un ladrón, un marginado, un mentiroso, un criminal. La sociedad lo había empujado hacia los bordes y después se había olvidado de él.

Hasta que encontró un sitio en el que encajaba. Hasta que Via Lavallo se cruzó en su camino y, después, la Sociedad del Fénix abrió los brazos para él.

Entonces se había sentido humano y aceptado por fin.

Cuando la puerta se abrió —cuatro tictacs erráticos—, Neith decidió pensar en todas esas personas que lo habían abrazado sin importarle su aspecto o lo que había tenido que hacer para sobrevivir en el pasado.

Cuando sintió la túnica acariciando el dorso de su mano y la presencia de una persona a su lado, alzó la vista con decisión. Miró al Gran Censor a la cara, sin vergüenza, y sonrió de medio lado, con una burla a la autoridad que hizo fruncir el ceño al hombre ante él.

—Se te acusa de herejía, *thyraio*, pero aún puedes salvar tu alma si Aión

considera que has decidido seguir sus designios y deseas colaborar con su Iglesia.

Neith permaneció en silencio, todavía escuchando y sintiendo los palpitos del reloj reverberar por su propio cuerpo. Lo apretó en su mano cerrada hasta hacerse daño, hasta que el grabado medio borrado se marcó en su palma y pasó a formar parte de su identidad.

—*Thyraio*, ¿quieres decir...?

—Sinagra. Tengo un nombre. Un nombre que ningún miembro de la Sociedad del Fénix temió usar, al contrario que los sirvientes de tu dios. ¿Por qué, entonces, debería decirle nada a él? No es nada para mí. Nunca ha sido nada. Y por eso mi lealtad jamás estará con él. —Una tensión en su mandíbula, un dolor extraño, lo obligó a dejar de sonreír—. Me quemarán de todas formas. Al menos arderé con dignidad y la boca cerrada.

El censor lo observó desde arriba con mucha atención. Se humedeció los labios y luego, cuando el preso pensó que saldría de su celda, Iacobus se inclinó sobre él.

—Hace tiempo, los censores cosían las bocas de los condenados que juraban por los Santos que no tenían nada que decir. Primero —el Gran Censor apretó la mandíbula de Neith con fuerza, hasta que este consintió en abrir la boca—, le cortaban la lengua. A veces sólo pequeños trozos, en otras ocasiones de cuajo. Y después, si el prisionero no había muerto, se le cosían los labios para que no pudiera volver a pronunciar palabra. Lo primero era por haber blasfemado: no se puede jurar por los Santos en vano y los herejes no deben manchar sus nombres. Lo segundo era un símbolo de bondad. —Apartó la mano y se la limpió en la túnica, como si Neith estuviese sucio y tocarlo fuese a contaminarlo—. Para ayudar a los prisioneros a cumplir su promesa.

»Eran tiempos más crueles. Muchos hombres murieron por descuido de los censores, pero sólo somos humanos, después de todo. Por suerte o por desgracia, las prácticas de nuestra Iglesia son diferentes ahora. Más... piadosas.

Neith estuvo seguro de que había un deje de lástima en la voz del censor por

las prácticas perdidas, pero prefirió no pronunciarse. De todas formas, sabía que el hombre no le había contado esa historia con el fin de mostrar su conocimiento sobre las viejas tradiciones de la Iglesia Aionte.

—Eso no significa que no podamos hacer de tu estancia en esta celda un infierno, antes de que tu día llegue, *thyraio*. Recuerda todo lo que tienes que perder al posicionarte del bando condenado.

El muchacho entornó los ojos.

—Moriré de igual forma.

—Morirás entre terribles dolores delante de una plaza llena de gente o rápidamente y en privado. Tú tomas la decisión de cómo quieres terminar tu miserable vida.

Los dos se miraron con fijeza, midiéndose y luchando sin necesidad de palabras. El censor fue el primero en apartar los ojos, pero lo hizo con la sonrisa de quien puede dejar pasar una batalla para ganar la guerra. Sus pasos lo llevaron fuera de la celda. *Tic. Tac. Tic.* La cerradura volvió a echarse. La oscuridad retornó. Los fantasmas, amedrentados, permanecieron en el rincón más alejado del pequeño cuarto. Los sollozos de Marina se habían acallado ya.

Neith no durmió aquella noche, recordando y esperando y desangrando las horas en los segundos que todavía corrían bajo sus dedos.



El olor a quemado le llegó antes incluso de que descubriera los restos calcinados de Villa Áurea.

No era la manera en que había imaginado que transcurriría el día. En la cabeza de Via, aquella mañana sólo tendría que haber visitado la gran mansión para saber cuál sería el siguiente paso de la revolución que había comenzado con unos simples folletines. Quería hacer más. Quería escribir. Quería ver a Viria incómoda y retorciéndose sobre sus privilegios, a los censores molestos y

enfascados en una búsqueda infructífera, al Gobierno tratando de disimular que un grupo de extraños se había posicionado abiertamente en su contra mediante un periódico ilegal y a la oposición intentando aprovechar el ambiente para atacar. Aunque la oposición fuera tan corrupta como el Gobierno, asentada en las mismas normas inquebrantables de un sistema que jamás se había puesto en duda.

Via tenía ansias de rebeldía. Siempre habían estado allí, pero habían despertado al conocer a la Sociedad del Fénix y habían llenado su cuerpo mientras observaba los folletines arder por mandato de los censores. Todo lo que era estaba de pronto revolviéndose, pidiendo espacio, deseoso de gritar y de destrozarse un mundo que jamás le había parecido justo, pero en el que había tenido que aprender a jugar.

En el momento en que descubrió la casa, todo aquello enmudeció durante unos minutos demasiado largos. Le pareció que había perdido la cabeza o que debía de estar todavía paseando por los valles del sueño en medio de una pesadilla.

Cualquier otra cosa que no fuera Villa Áurea reducida a cenizas tenía mucho más sentido.

Sus pasos recorrieron el camino de gravilla con cuidado. El aire estaba cargado y caliente, y el olor a incendio se le metía por las fosas nasales hasta provocarle mareos. Se frotó los ojos, se humedeció los labios y sintió la garganta seca. Le pareció que estaba en medio del fuego, que su propio cuerpo iba a consumirse entre llamas, pese a que ya no había ni una sola ascua bailando a su alrededor.

Pese al incendio, la mansión parecía haber querido resistir. Sus cimientos se alzaban todavía hacia el cielo, la piedra estaba ennegrecida, pero aguantaba. Algunas paredes habían caído, pero otras aún se mantenían. Supo que no era seguro. Supo que no era tampoco sensato. Pero no pudo evitarlo: sus pasos siguieron y se adentraron en los restos de la casa para recorrerlos.

Lo hizo de forma mecánica, pero sólo cuando se dejó caer, con derrota, entre

los restos del sótano en el que se había pasado días trabajando y en el que había guardado algunos recuerdos preciados, se dio cuenta de que había estado buscando algo con miedo a encontrarlo.

Cuerpos.

Ni siquiera supo si era buena noticia no encontrar ninguno.

Si los habitantes de Villa Áurea no habían ardido allí, quizá no tardarían en arder en otra pira.



No necesitaron torturas con ella. Confesó desde el primer momento:

—Todo lo organicé yo.

Pero aquello no había satisfecho a Iacobus. Porque era sólo una mujer, por más que vistiera ropas de hombre o fingiera tener el carácter fuerte y arrojado que no correspondía a su género.

Aunque, si tantos deseos tenía de ser juzgada como un varón, no habría problema en simular que era uno. Por eso lo primero que hicieron con Valeria Barnei fue arrancarle el pelo. No se lo cortaron: se lo arrancaron, a tirones, hasta que el cuero cabelludo sangró, hasta que la hicieron gritar. Sobre todo eso.

Fue sólo el principio.

Después vino el potro. Tomaron sus extremidades y, como habían hecho con su pelo, tiraron y tiraron y tiraron, y Valeria Barnei llegó a creer que también se las arrancarían, una a una, despedazándola. Al principio apretó los dientes, pero no pararon hasta que volvió a gritar.

Cuando lo hizo, todo se detuvo por un momento.

—Acabará cuando nos diga cuántos y quiénes eran y quién es el verdadero cabecilla, señorita Barnei —repitió Iacobus, con paciencia de docente, inclinado sobre ella. Eso era todo lo que le pedía.

La mujer se rio. Lo hizo secamente, con los ojos brillantes de lágrimas, pero

también de desafío.

—Todo lo organicé yo.

Las torturas cambiaron. Una tras otra, durante horas, tantas que el tiempo dejó de tener forma o sentido.

Pero aquellas palabras no. Aquellas palabras siguieron siendo las mismas, una y otra y otra vez.

Ese día, los censores destrozaron el cuerpo de Valeria Barnei, pero no consiguieron hacerle ni un solo rasguño a su orgullo.



Se enteró en su segunda visita de la mañana.

A él le daban igual los rumores y, desde luego, se negaba a participar en cotilleos. De hecho, le parecían una pérdida de tiempo, aunque procuraba no mostrarlo para no incomodar a sus pacientes de clase alta. Sonreía y asentía, y poco más se requería de él. Había empezado a odiarlos cuando su padre se fue y su madre pasó de mujer respetable pero excéntrica a ser una dama abandonada a la que algunos tenían pena mientras otros, más crueles, se preguntaban qué podría haber hecho para que su marido desapareciera de la noche a la mañana y la dejara sola con dos hijos.

Desde aquellos días de su infancia en la iglesia del pequeño pueblo, donde tenía que aguantar las miradas de lástima y escuchar los pésames, León Lavallo se negó a prejuzgar a nadie por lo que otros le dijeran, pero eso no significaba que pudiera hacer oídos sordos, sobre todo cuando se mencionaba el nombre de alguien que conocía.

—¿Ha oído la noticia, doctor? —había dicho el señor Abate mientras León escribía su prescripción para que su sirviente pudiera ir a recoger las medicinas al boticario—. Dicen que Villa Áurea ha ardido.

El joven doctor sintió la calidez abandonando su rostro, como si lo hubieran



drenado de sangre. Si no se atrevió a alzar la vista fue porque temió que el hombre en la cama, con la pierna alzada entre cojines, leyera su expresión descompuesta.

—¿Villa Áurea? —repitió en un susurro, consciente de que si alzaba la voz su tono sería demasiado agudo.

—Había olvidado que pasa usted demasiado tiempo trabajando. Probablemente ni siquiera haya oído hablar de ella. Es... Era una casa a las afueras de la ciudad. Su propietaria era una mujer soltera, excéntrica. Que yo sepa, no hacía daño a nadie, pero ayer la apresaron los censores. Se la acusa de participar en ese folletín incendiario que apareció por toda la ciudad.

—Por todos los Santos —murmuró por toda respuesta León. El estómago pareció hacerle un nudo y el corazón aceleró sus latidos. Tuvo la certeza de que, si Valeria Barnei o cualquier otra persona decía su nombre en relación con la Sociedad, sería el fin para él. Pero, sobre todo, sintió miedo por lo que eso suponía también para Via. Via, que había salido aquella mañana de casa con la idea de ir a Villa Áurea, sin saber lo que había ocurrido...

El doctor Lavalle no hizo más preguntas ni le dio a su paciente más conversación. Sin prisa pero sin pausa, terminó su visita y se despidió hasta la semana siguiente. Después, fue a las otras dos consultas que tenía ese día. No podía permitirse actuar de forma diferente. No podía darle motivos a nadie para que los rumores también lo afectaran a él, si bien no dejó de escuchar la misma conversación repitiéndose en cada casa.

Esa misma tarde no se molestó en pagar a un cochero para que lo llevara, sino que él mismo, después de no haberlo hecho desde que llegara a la ciudad, montó a caballo hasta los restos de la gran mansión en la que un día Valeria Barnei y Arabella Medici habían sido las anfitrionas de reuniones que suponían en sí mismas una auténtica revolución. Al principio, se preocupó porque vio el lugar vacío. Pasó los dedos por una de las paredes del salón y observó con pesar lo que quedaba de las habitaciones. Algunos objetos se habían salvado del fuego y ahora yacían medio enterrados entre montones de ceniza. Pronto, estaba seguro,

vendrían los primeros grupos a desvalijar lo poco que quedaba.

A ella la encontró en la única edificación de la finca que seguía en pie. Vio la puerta abierta, cuando estaba a punto de marcharse, y decidió asomarse dentro. Via estaba sentada en el suelo, en la penumbra del sucio cobertizo, con algo que brillaba en la mano. Se dio cuenta, poco después, de que se trataba de la navaja de Neith, la misma que ella había creado para él con la forma de una libélula.

—Lo siento —dijo mientras se acercaba con cautela. Se agachó a su lado y colocó una mano sobre la suya.

Via tenía los ojos secos, pero parecía como si estuviera muy lejos de allí.

—Tenemos que ayudarlos. A todos. A Neith. Lo matarán. Van a matar a Neith. Van a matarlos a todos.

—No hay nada que podamos hacer por ellos. Meternos sería condenarnos, Via. Meternos es lo que quieren los censores que hagamos. Sólo... podemos esperar. Ver qué pasa. Y actuar en consecuencia.

—No.

La negación fue tajante. El rostro de su hermana se levantó entonces hacia León y él lo vio a la perfección. No era la primera vez que era testigo de aquella expresión seria y decidida, muy determinada y llena de una rabia que nunca habría deseado para nadie. Años atrás, cuando Via sólo tenía doce años y empezó a ser consciente de un cuerpo que a sus ojos podía traicionarla, esa misma cara había aparecido cuando él se había atrevido a decirle que no podía empezar a vendarse ya el pecho si no quería tener consecuencias en el futuro. «No tienes derecho», le había contestado Vianna con la misma mirada encendida que tenía en aquel momento.

Y después había hecho lo que ella había querido.

Temía que ahora fuese a ocurrir lo mismo. Que, pese a su advertencia, Via haría lo que se le antojase.

Su hermana había tenido ampollas y hasta se había roto una costilla por la presión con la que se había puesto las vendas al principio, y León la había ayudado a curarse, pero en esta ocasión no creía poder ayudarla si no hacía caso

a su lógica.

—Si vas a ver a Neith, si lo ayudas a escapar y sale mal, Via, lo estarás condenando. Y te estarás condenando a ti.

Via apartó su mano de debajo de la de él con una cólera que pensó que se convertiría en algo físico. Tenía los dedos cerrados con fuerza en torno a la empuñadura del cuchillo y casi temió que usase el arma contra él si seguía contrariándola.

—¡Tengo que hacer algo!

—Los censores no te van a permitir ni un solo intento, Via. Entra en razón.

—A mí no —aceptó a regañadientes, pero se levantó como una ventisca y lo señaló con un ademán que hizo que la libélula en su mano casi pareciese volar—. Pero quizá sí al médico presidencial. Sólo tienes que mentir. Se te da mejor de lo que todo el mundo piensa, ¿no? No sería tan raro que se precisen los servicios de un médico en una cárcel. Seré tu ayudante. Y después, una sombra. Nadie me verá. Sabes que puedo hacerlo: que nadie se fije en mí de verdad es mi especialidad.

León apretó los labios. Llevaba mintiendo por su hermana más tiempo del que podía recordar. Llevaba queriendo mantenerla a salvo toda una vida y se había prometido que siempre lo haría. Pero lo que le estaba pidiendo ahora era casi como ofrecerle su cabeza a los censores. Se masajeó el puente de la nariz y la miró desde abajo, todavía agachado en el suelo.

—Sólo tendrían que hacer unas preguntas y sabrían que hemos mentido. —Sacudió la cabeza—. No sé sí...

—León, *por favor*.

Al ver el rostro suplicante ante él, supo que no podría resistirse. Que era una locura, pero también que, si no la acompañaba, Via acabaría metiéndose allí por medios mucho más peligrosos. Y León tenía contactos. Seguro que podía enterarse de a quién se le encargaban normalmente aquel tipo de trabajos. Seguro que podría cobrarse algunos favores y quedar a deber otros tantos.

Cogió aire. Ella estaba loca, pero él tenía que estarlo más todavía si estaba

pensando en acceder a aquel plan que los llevaría hasta las fauces de la Iglesia.

—Dame unas horas. Veré qué puedo hacer.



Arabella Medici nunca había pasado tanto tiempo en la oscuridad, en silencio y sin nada que hacer. Nadie había venido a verla, aparte de un Gran Censor ante el que se negó a decir ni una sola palabra. Él la había llamado por su nombre y había mencionado el terrible destino que les esperaba a los herejes según las escrituras. Justo antes de irse había recitado dos líneas de uno de los poemas religiosos que ella misma había escrito para crearse la imagen de mujer devota y respetuosa de las normas mientras, a espaldas de aquello que predicaba, escribía bajo otra identidad cosas que habrían escandalizado a los Santos.

Nadie le había puesto las manos encima, pero había oído llorar a alguien en alguna de las otras celdas y, lejanos, los gritos de Valeria, por la que había llorado con el rostro entre las manos.

Cuando la puerta al fin se abrió, una eternidad después de la visita del Gran Censor, alzó la vista, esperando que ese fuera su momento para declarar. Esperando, quizá, que allí empezara su tortura.

—Señorita Medici.

La voz de Iacobus. Con piernas temblorosas, la mujer se apoyó en el muro a sus espaldas para ponerse en pie. Se sentía débil, sin haber probado comida o bebida durante su tiempo en prisión. Tenía los labios resecos y la cabeza le daba vueltas. Tampoco ofrecía el mejor de los aspectos. Estaba desaliñada, con el pelo suelto y con el mismo camisón con el que se había levantado de la cama de Valeria en plena noche.

—Gran Censor —murmuró, sabiendo lo que vendría a continuación. Pero nunca habría estado a la altura de Valeria si hubieran tenido que arrastrarla fuera de su celda. Si hubiera llorado y suplicado. Así que cuando él la invitó a salir

con un ademán, ella se arregló la falda de su camisión, pese a todo, y cojeó hasta el exterior.

Pero fuera no había herramientas de tortura ni un grupo de hombres esperando a llevarla con ellos. En el largo pasillo de celdas sólo la recibió la figura enlutada, pequeña y asustada, de su madrastra. En cuanto la vio, la expresión horrorizada de Bianca Medici cambió a una de alivio. Pronto la tuvo entre sus brazos, sin que Arabella se pudiera resistir.

—¿Bianca...?

—Me alegro de que estés bien —susurró. Y un instante después, como si hubiese decidido que ese encuentro no debía ser un aliciente a su comportamiento, añadió—: Esta situación habría matado a tu padre de preocupación, Arabella. ¿Qué estabas haciendo en casa de esa mujer...?

Su hijastra prefirió no responder, aunque sus ojos se posaron, por encima del hombro de la viuda de su padre, en el hombre que seguía con ellas en la sala. Se preguntó si las personas tras las puertas podrían oír su conversación. Si ellos, acaso, sabrían lo que estaba pasando. ¿No iban a torturarla? ¿O es que era este un aliciente para hacerla hablar?

—Señorita Medici —dijo Iacobus con voz clara, casi declamando como un actor de teatro. Por la forma de proyectar la voz, supo que quería que los demás prisioneros fueran testigos de lo que iba a decir—. Es obvio que ha habido un terrible malentendido, y por eso me disculpo ante usted y su familia, pero entenderá que teníamos que asegurarnos de que usted no hubiera tenido nada que ver con... los planes de la señorita Barnei.

Arabella no dijo nada. Permaneció entre los brazos de su madrastra, demasiado débil, luchando contra el impulso de preguntar qué habían hecho con Valeria.

—Lamentablemente, debería elegir mejor a sus amigas. Es una mujer inteligente, lo sé, así que entenderá mi preocupación y la de su madrastra al saber que se junta con herejes.

Arabella alzó la vista al rostro de Bianca Medici, que se separó con las manos

en sus hombros.

—El Gran Censor considera que llevarte a casa, donde no tengo autoridad sobre ti, es una mala idea —dijo con la boca pequeña y sin atreverse a encontrar su mirada—. Necesitas un hombre que gestione tu fortuna y tus pertenencias. Alguien que te dé otras cosas en las que pensar. Tu padre lo postergó y ahora es demasiado tarde para que elija a alguien por ti.

La menor de las Medici se apartó un paso. Tenía los pies descalzos, congelados contra el frío suelo. En realidad, se sentía entumecida de arriba abajo, como si su cuerpo no le perteneciera. Quizá no lo hiciera. A lo mejor eso era un sueño, por lo absurdo e inconsistente de la situación.

—¿Un marido? —dijo cuando se dio cuenta de las implicaciones—. ¿Vais a buscarme un marido? —No sabía si esa pregunta iba dirigida a su madrastra o al censor—. No podéis obligarme. No podéis casarme si no quiero. Eso es...

—Ley —concluyó Iacobus, pese a que esa nunca habría sido la palabra de Arabella con la que concluir su protesta—. Los padres tienen potestad sobre sus hijos. ¿No es esa una de las reglas de nuestra amada Iglesia?

—Ya está decidido, Bella —susurró Bianca. Intentó alcanzarla, pero su hijastra dio otro torpe paso hacia atrás—. Elegiremos a alguien para ti.

—Y mientras tanto, señorita Medici, para alejarla de las tentaciones que podrían ensuciar su *blanca* alma —Iacobus hizo especial hincapié en el supuesto color de su espíritu, dejándole muy claro que nunca debió juntarse con personas de piel más oscura—, hemos pensado que lo mejor será que se retire unos meses al campo. Hay un convento dedicado a Santa Pyria en Iter que está dispuesto a recibirla con los brazos abiertos.

El alma de Arabella, si es que eso de verdad existía, se le cayó a los pies. No podían enviarla lejos de Valeria. No podía dejarla allí. No podía *dejarla*. Ella no quería cambiar su pequeña jaula en las mazmorras bajo el Seminario por una un poco más grande y a tanta distancia que se mareaba sólo de pensarlo. Ella no quería un *marido*. No necesitaba a un hombre que la mangonease, que la convirtiese en un objeto, que no viese en ella nada más que una forma de traer

hijos al mundo o una joya hermosa que mostrar de su brazo en la sociedad. No quería tener que pedir permiso para salir o para escribir o publicar. ¿Qué iba a hacer si le quitaban incluso eso? Si miraban con ojo crítico cada cosa que hacía, si le arrebataban incluso su habitación y los retazos de libertad que había ganado tan duramente en los últimos años...

Sabía la respuesta: se marchitaría. Se sentaría en un sillón a ver pasar el tiempo por la ventana. Se dedicaría a avanzar por el resto de su vida con los ojos cerrados, sin respirar, con el corsé más apretado y contando cada noche como un día menos en su línea temporal.

—No —vomitó sin pensar, pese a saber que no serviría de nada—. No pueden... Yo no...

—A lo mejor ha pensado que es una sugerencia, señorita Medici —susurró Iacobus, de pronto demasiado cerca, justo al lado de su madrastra—. Pero le aseguro que no tiene otra opción.

Arabella abrió la boca para responder; no obstante, su mirada voló entonces a la entrada del pasillo, donde dos censores más, con las túnicas de un cargo menor, habían aparecido.

—Ahora, señorita Medici, ¿tendrán que llevársela mis compañeros o saldrá de aquí con la cabeza bien alta, como haría la señorita Barnei?

La mujer sintió que le temblaron los labios y se le humedecieron los ojos ante la mención de su pareja. Le hubiera gustado protestar. Le hubiera gustado lanzarse sobre él y golpearlo con fuerza, arañarlo, borrarle la sonrisa victoriosa de la boca.

Arabella Medici deseó muchas cosas pero, nada más dar un paso al frente, se derrumbó. Lo que más le dolió no fue que sus rodillas se golpearan contra el suelo, sino saber que, después de todo, le había fallado a Valeria.

Nunca estaría a su altura.

## Capítulo 48

*13 de hiru de 3705 d. G.*

*Kiteria, Gineyka*

—¿Qué haremos ahora?

Eider supo que Saroi no había hecho esa pregunta para que alguien la respondiese. Probablemente ni siquiera se había dado cuenta de que sus labios se habían movido y el pensamiento que le cruzaba por la cabeza había terminado por hacerse real. Había sido apenas un susurro tembloroso, pero allí estaba, por debajo del sonido triste del réquiem con el que se enterraba a Gadea Haizea.

A la hija de la vicepresidenta de Gineyka.

A su hermana.

A la mujer que había sido asesinada brutalmente en su propia casa, con una bala certera en su corazón. Se había dicho que había sido un atentado. Que había sido un hombre, un extranjero de piel blanca, armado y peligroso, salvaje como sólo los *zuris* sabían serlo, el culpable. En parte era cierto: había sido un hombre, sí, y extranjero, y sin duda su piel era blanca. Lo que se había decidido no contar era que el hombre estaba en la mansión de la vicepresidenta no por colarse en ella, como un vulgar ladrón, sino como invitado. Que había estado tratando al propio Eider durante semanas. Durante meses enteros.

Que había sido un hombre que había estafado al Gobierno y al que ahora nadie localizaba.

Eider no había hablado tampoco. No había montado ningún número. Su madre le había dicho que su relación con Tulio Lavalle jamás había existido y él había decidido asentir. Tan sólo pudo hacer eso. Se sintió estúpido cuando pasó,



pero no podría haber hecho otra cosa. No oía bien. Tenía la sensación de que nunca volvería a hacerlo, porque el disparo era ruido de fondo todo el tiempo.

Aquel. Maldito. Disparo.

Segundos antes de que sucediera, Saroi y él iban a huir. Era un destino incierto, pero la muerte no les tocaba de ninguna manera. Y entonces había llegado el sonido —aquel condenado sonido— y todo se había roto y Gadea estaba muerta y nada tenía sentido.

«¿Qué haremos ahora?», preguntaba Saroi.

«Cómo voy a saberlo», se respondía Eider.

Porque Eider tenía la impresión de que, tan inteligente como se había creído siempre, no sabía nada en el fondo. No había llorado. No había derramado ni una lágrima por Gadea, y eso le hacía sentirse todavía peor de lo que se hubiera sentido al ceder al llanto. Pero ni siquiera había podido. Porque algo en su análisis de la realidad, del mundo que lo rodeaba, le decía que nada de lo acontecido en los últimos días tenía sentido. Se decía que Tulio Lavalle no era alguien de fiar, como él había creído, pero que verle convertido en asesino era improbable. Pensaba, también, que su relación con su hermana era de por sí lejana y podría soportar la distancia que impondría una huida; la distancia entre los muertos y los vivos, en cambio, era demasiada.

No, no tenía sentido.

En algún momento, todo volvería a tener lógica. Por eso Eider no había llorado.

Estaba esperando a que el eco del disparo desapareciera y dejara de interferir en los sonidos que recibía del mundo y que le estaban haciendo entenderlo todo mal.

«¿Qué haremos ahora?», preguntaba Saroi.

«Vamos a huir», pensaba Eider.

Porque eso era lo que iban a hacer justo antes de que todo se rompiera.

Porque eso era lo único que tenía sentido.

Porque, si se lo repetía, podía fingir que no estaba allí, escuchando las notas

de réquiem, sino todavía en la sala de su piano, en su refugio seguro, planeando una fuga que llevaría a cabo de la mano del único amigo que había tenido jamás.

Porque si huía, de lo que le rodeaba y de la realidad, Gadea no estaría muerta y él no tendría que asumir que la distancia que se extendía entre ellos no había sido nunca tan insalvable.

Porque si escuchaba su propia voz dentro de su cabeza, tratando de sonar serena y segura de un futuro, entonces dejaría de escuchar el disparo.



Arama Haizea observó el fuego mientras los restos de su primogénita ardían. No tuvo la tentación de lanzarse sobre el cuerpo para protegerla ni de apagar las llamas, como había visto hacer alguna vez a madres rotas por el dolor. En su lugar, se mantuvo muy quieta, como si su cuerpo no fuera suyo, sintiendo que la única cosa que la ataba allí era la firme mano de Udane en la suya, apretando sus dedos como si quisiera compartir su sufrimiento. Pero su *kide* no sabía lo que era eso. Ella nunca se había sentido madre de Gadea, a pesar de llevar años bajo el mismo techo. Ella no se había sentido orgullosa hasta el infinito cuando se había graduado o cuando le dieron el importante proyecto que había pasado años desarrollando.

Y sobre todo ella no podía sentir, como sentía la vicepresidenta en aquel momento, que la culpa de que el disparo la hubiera alcanzado en el pecho era suya. Había sido Arama quien había invitado a Tulio Lavallo a su propia casa. Había sido ella quien lo había dejado sin vigilancia cuando su intérprete, Laetitia Falco, había desaparecido. Y después, cuando había sido hallada muerta en un callejón, nunca pensaron que el *zuri* tuviera nada que ver. A fin de cuentas, ¿cómo podría haber atacado a la mujer que lo acompañaba a todas partes? ¿Qué sentido tenía aquello?

Pero ahora no le cabía duda: el hombre no sólo había matado a su intérprete,

sino que había asesinado a su hija también y, por las pruebas que tenía, había robado como mínimo un documento confidencial de la casa vicepresidencial.

Y algo le decía que no estaba solo en aquella empresa.

—Arama.

Al girarse, la vicepresidenta se encontró frente a frente con su superior. Idoia Aldana era una mujer no demasiado proclive a aparecer en público, más dada a controlarlo todo desde la casa presidencial y un poco obsesionada con el trabajo, pero aquel día había acudido al funeral de Gadea Haizea con sus mejores galas y un pésame en los labios para su compañera de partido y amiga. Esperó a que Udane Koplari se retirara y entonces se la llevó a un lado, lejos del fuego, lejos de la gente, y la abrazó.

—Lamento que hayas sufrido esta pérdida.

Arama Haizea no reaccionó tan bien como le hubiera gustado. Tardó unos segundos en devolver el abrazo y después soltó a la presidenta con rapidez.

—Lavalle... —No había tenido tiempo de hablar con ella una vez que recibió la noticia del asesinato, pero de pronto entendió todo lo que tenían que decirse. Que tenían que ponerse en movimiento cuanto antes. *Ella*, Arama, tenía que arreglar todo aquel desastre.

—Están buscándolo. Y, cuando lo encuentren, no habrá piedad. Nadie matará a una mujer de este país sin recibir su justo merecido. No mientras yo esté aquí.

Arama no dijo nada al respecto, aunque le quemaba el hecho de que Tulio Lavalle hubiera resultado ser una rata más escurridiza de lo que nadie habría esperado. No se le había encontrado ni se tenían pistas útiles, ni siquiera cuando después del ataque todas las *zuris* se habían convertido en potenciales terroristas; la alarma había llegado a las calles y las personas que tenían pieles blancas eran más sospechosas que nunca de todos los pecados posibles. Ni siquiera con las denuncias llegando día a día a la Guardia de Gaia podían haber dado con quien buscaban.

—Fue mi culpa. Sabes que yo...

—No. No sigas, Arama. Ese hombre nunca ha sido un invitado en tu casa,

¿comprendes? —Le puso las manos sobre los hombros y apretó los dedos contra su chaqueta—. Ese hombre era un peligro y tu familia nunca se habría acercado a él por voluntad propia. La gente extranjera no es de fiar. Nunca lo ha sido. Quizá... debimos evitar su entrada cuando tuvimos la oportunidad. Y, en el caso de tu hija, tuvo la desgracia de encontrarlo fisgoneando en su despacho e intentó impedirselo y... —Calló, por respeto, y no se atrevió a terminar la frase—. Tu hija es una heroína. Y en su nombre, no podemos dejar que se vuelvan a burlar de nosotras.

—Creo que se llevó algunos planos —susurró Arama, un poco abrumada. ¿Estaba Idoia pidiéndole que utilizaran la muerte de Gadea como un símbolo? ¿Estaba pidiéndole que cambiaran todos los acontecimientos? Ella misma le había dicho a Eider que tenía que decir que jamás había conocido a ese hombre y había repetido lo mismo a los demás habitantes de la casa, si bien no todos habían aceptado la nueva versión con tanta mansedumbre. El padre de Gadea, por ejemplo, la había mirado amargamente, acusándola en silencio de cada desgracia que le había ocurrido a su hija.

—Entonces era un espía —razonó la presidenta. La soltó, con suavidad, y volvió los ojos al cielo, visible apenas entre las tupidas copas de los árboles que rodeaban la pira todavía ardiente. Cada uno de esos árboles era una mujer gineykana que había vuelto a la tierra—. Quería robar nuestra tecnología. Y eso, Arama, no puede quedar así.

Cuando sus ojos se reencontraron, las dos mujeres supieron que aquello era el inicio de algo grande. La vicepresidenta, de hecho, se dio cuenta de que quizás era algo mucho más grande que ellas. Algo que podría irsele de las manos si no actuaban con cautela.

—Se han declarado guerras por menos —le aseguró Idoia.

Arama no se sintió reconfortada por esa seguridad.

—Y no todas se han ganado.

—¿Cuándo fue la última vez que Gineyka perdió? No hay sociedad más avanzada que la nuestra.

—No sabemos contra quiénes vamos a enfrentarnos.

—A eso podemos encontrarle solución, Arama. Mañana, convoca a todas las *zuris* que puedas encontrar. Ellas nos contarán todo lo que necesitamos saber, si realmente quieren seguir aquí. Ellas tienen que estar al tanto de lo que se ha hecho en su país. Incluso si no las dejan participar en ello, no pueden haber estado tan ciegas como para no ver la diferencia entre su nación y la nuestra. Cuando estemos preparadas, presentaré la moción. No seremos nosotras las que decidamos, pero te aseguro que un insulto así no quedará impune. La muerte de Gadea no habrá sido en vano.

Idoia no esperó una contestación. Giró sobre sus talones y se alejó, dejando a Arama derrotada y vacía, mucho más que triste. No quería convertir a su hija en un símbolo de nada. En realidad, daría casi cualquier cosa por poder volver atrás. Por no haber llamado nunca al *zuri*. Por no haber caído en su trampa, pues tampoco había conseguido curar a Eider. Tal vez ni siquiera lo hubiera intentado. Tal vez sus gotas fueran sólo agua y sus mentiras, un método para ganarse su confianza.

Tal vez había dejado entrar al enemigo en el país y ahora quería creer que la propuesta de Idoia era el único medio de echarlo de él.



Tulio Lavalle había huido de la casa vicepresidencial hacía días. Había cogido su maletín, había guardado el arma dentro de su chaqueta y había apurado el paso por las calles, nervioso y sin saber adónde ir, pensando en los mil ojos que podían seguirlo. Se había subido a un tranvía y luego, por supuesto, consciente de que llamaba demasiado la atención, se había bajado sólo una parada después. Había sabido que estaba de más volver a su casa, donde era obvio que lo buscarían primero, pero no tenía ni una sola pista de dónde encontrar a Eneas. Lavalle estaba seguro de que el viriano podría ayudarlo a escapar del país, pero

eso no serviría de nada si lo encontraban antes ellas. Esas mujeres lo matarían. Llevaban mirándolo con odio desde que había llegado, a cada paso que daba, y ahora tenían una razón de peso para destrozarlo. En circunstancias normales nunca habría cometido semejante error, pero se había puesto muy nervioso. La hija de la vicepresidenta lo había descubierto. Lo había mirado a los ojos y había comprendido qué estaba haciendo. El castigo por traición habría sido horrible. Lo habrían torturado, como hacían los censores en Viria, y le habrían hecho confesar todo. Tulio no habría resistido el dolor y les habría confirmado que él no escribió ninguno de esos artículos. Que no sabía cómo curar a aquel muchacho, si es que lo suyo tenía cura. Les habría dicho que había un espía en el país, quizás incluso más. Que le había estado pasando información. Que era probable que en Viria ya estuvieran replicando su tecnología si habían conseguido desentrañar sus cálculos y su idioma...

Por eso había tenido que correr. Se perdió por el entramado de callejuelas, estrechas como riachuelos, y modificó su ruta cada vez que su camino amenazaba con encontrarse con alguien. Esperó entre unos cubos de basura hasta que anocheció y se hizo invisible, con el sombrero calado hasta las cejas y el maletín abrazado contra el pecho.

No supo cómo consiguió salir de la ciudad. El paseo fue demasiado largo, demasiado extenuante, y ni siquiera tenía claro dónde quedaban los límites de la urbe. Pero, de pronto, cuando se quiso dar cuenta, estaba en un parque o un bosque, internándose más y más en la espesura, hasta topar con una casa que había sido devorada por la naturaleza. Allí pasó la primera noche en vela, alerta, aferrándose a los planos que se había llevado de la casa vicepresidencial como si fueran el único salvavidas que tenía. No sabía cómo hacerle llegar un mensaje a su compatriota, pero creía —no, *sabía*— que lo encontraría tarde o temprano y entonces podría venderle el dibujo de aquel pájaro mecánico a cambio de un salvoconducto. De una promesa de vida y gloria.

Se lo merecía. No había sufrido tanto para nada.

Pero el primer día después del incidente —*incidente*, no asesinato—, Eneas

no apareció. Tampoco lo hizo el segundo ni el tercero. Escuchó perros a lo lejos. Escuchó voces y, en una ocasión, le pareció ver una sombra desde su escondite que resultó ser sólo un pájaro al que estuvo a punto de dispararle. Tulio Lavalle sabía que no podría acercarse a ninguna población sin que lo arrestaran, así que aguantó allí escondido, como un condenado aguardando a su verdugo. Convencido de que si él mismo no sabía cómo había llegado hasta allí, las mujeres no podrían encontrarlo. Convencido de que su rastro se enfriaría en unos días. Bebió de un viejo pozo que había cerca de su refugio y después volvió al interior, donde aguardó en un sopor nervioso a que alguien lo descubriese.

Eneas llegó al cuarto día. Lo hizo durante la noche, como si él mismo no se atreviese a mostrar su rostro a la luz del día, y se apareció como un fantasma, caminando sin hacer ruido. Tulio Lavalle recordó los cuentos de hadas en los que seres mágicos se materializaban en las casas de los mortales para traer desconcierto y un poco de caos, pero la presencia del espía era tangible, con su sombra caminando a su lado hacia él, proyectada por la lámpara que colgaba de sus dedos. La dejó en el suelo con cuidado.

—Me ha encontrado —dijo Lavalle con voz ronca. Se puso en pie, con los ojos brillantes, y casi sintió deseos de abrazar a aquella aparición—. Tiene que...

—Ha matado a la hija de la vicepresidenta, señor Lavalle. Ha desatado un conflicto internacional y ha puesto en peligro mi propia misión. —Las palabras de Eneas cayeron sobre él como acusaciones, pese a que las recitaba como si fueran simples hechos. Ni siquiera parecía enfadado, aunque no supo leer su expresión—. Ha comenzado una caza de brujas en contra de nosotros y me ha hecho remover cielo y tierra para dar con usted: podría no haberlo hecho jamás. Por suerte para ambos, tengo hombres por todo el país, con ojos en todas partes, que lo vieron huir en esta dirección. Hombres a los que su inconsciencia ha puesto en peligro.

—No, escúcheme. Tengo algo grande. —Lavalle lo interrumpió con mal disimulado nerviosismo. Cogió su maletín y sacó el plano, que le mostró al agitarlo en el aire—. Algo que al presidente Solari le gustará mucho. Podemos

trabajar con esto. No necesitará nada más de estas mujeres. Su misión habrá sido todo un éxito.

Puso el papel sin dudar en la mano extendida, que no se aferró a él con tanta avidez como a Lavallo le habría gustado. Los ojos castaños de Eneas repasaron los bocetos, los extraños símbolos y, aunque su expresión no cambió, su mirada se topó con la del doctor tras unos segundos de reflexión.

—La muchacha me vio coger eso. Tenía que hacer algo. Usted lo comprende, ¿verdad? Si hubiera estado en mi lugar...

—Yo nunca habría acabado en su lugar, señor Lavallo. Mis métodos no son tan torpes.

—Por supuesto. Por supuesto. —Se frotó las manos—. Usted ha sido entrenado para esto. Pero yo sólo soy un hombre de ciencia.

Eneas estaba enrollando el plano con mucho cuidado, con los ojos puestos en el papel, y no alzó la vista para contradecirlo. No hizo falta. Esta vez dejó entrever sus dudas en su voz cuando hizo la pregunta:

—¿Lo es?

Hubo un silencio quebrado por el sonido del viento colándose con un silbido por una de las ventanas rotas de la casa. El mismo silbido que había despertado a Lavallo cada vez que se había quedado dormido los últimos días. El mismo silbido que le había hecho compañía durante horas, amenazando con volverlo loco. Había llegado a gritarle que se callase y luego a reírse de su propia estupidez.

—¿Es usted un hombre de ciencia, señor Lavallo? —preguntó Eneas más claramente, al ver que no respondía—. ¿O es sólo un charlatán? No sabía cómo curar al hijo de la vicepresidenta, ¿verdad? Nunca ha sabido cómo curar a nadie.

Tulio volvió a frotarse las manos.

—Cada uno vive su vida como puede, señor Eneas. Ningún hombre es completamente honesto a todas horas. Ninguno que haya llegado lejos y tenga poder, al menos.

Eneas recorrió el cuarto en el que estaban con la mirada. La puerta se había



salido de los goznes hacía mucho y entre las piedras de las paredes había empezado a crecer musgo, cuando no pequeñas plantas silvestres. En la esquina, una gran araña colgaba de la tela que había construido entre los restos de una vieja estantería.

—Seguro que ha llegado más lejos de lo que nadie esperaba, señor Lavallo —consideró mientras sujetaba el plano, pese a la mano nuevamente extendida de su interlocutor—. Pero está en un gran aprieto y no veo cómo va a salir de él.

Tulio Lavallo se quedó todavía más pálido y frío de lo que estaba antes de esbozar una sonrisa. Fue un gesto de incredulidad. De desesperación.

—He hecho todo lo que Viria quería de mí. Ahora no puede abandonarme o estas mujeres...

—Se vengarán —concedió Eneas—. Sí, es cierto. Y no podemos dejar que eso pase. Lo quiera o no, usted sigue siendo una fuente de información demasiado preciada.

Tulio Lavallo asintió enérgicamente. Eso era. Por fin empezaba a entenderlo.

—Viria me protegerá, ¿no es cierto?

Eneas asintió. Lo hizo pensativamente y Tulio Lavallo quiso creer que estaba reflexionando sobre la mejor manera de sacarlo del país. La mejor manera de ofrecerle su ayuda.

—Viria siempre sabrá protegerse a sí misma cuando haya un peligro —dijo el espía.

No supo en qué momento Eneas sacó la pistola del bolsillo. Fue consciente de que le estaba apuntando, pero no de lo que significaba.

Al contrario que Gadea Haizea, él no sintió dolor.

El disparo lo mató al instante.

## Capítulo 49

*17 de Endai de 1853 d. S.*

*Arxia, Viria*

El crepúsculo empezaba a extender sus alas de vapor sobre las calles de Arxia. Los colores rojizos de las últimas horas de sol parecían abrazarse al edificio del Seminario, como si este estuviera rodeado de las llamas con las que los censores purificaban a los herejes. Via observó, sin aire, la gran construcción y la entrada protegida por los Ocho Santos y un Aión que extendía sus alas para proteger bajo ellas a toda la humanidad. Le pareció que esas figuras ardían. Que todo el lugar lo hacía, nacido del aliento de fuego del dios al que se dedicaba aquella construcción.

Las caras de las estatuas se le antojaron Demonios. Tuvo miedo de que el mero pensamiento hiciera que se consumiese del mismo modo en que se había consumido Villa Áurea.

Agradeció que León tirase de su brazo. Su mirada se apartó de las figuras sagradas para mirar a su hermano.

—No puedo conseguirte mucho tiempo —susurró, tan bajo que casi no lo oyó—. Los buscamos, averiguamos su estado y nos reunimos, ¿comprendido? No vamos a poder sacarlos. No hoy, por lo menos. Y no podemos permitirnos ni una sospecha.

Via no dijo nada. Sólo asintió.

León Lavallo avanzó entonces, con Via unos pasos por detrás. Abrazaba el maletín de su hermano contra el pecho y se había ceñido una gorra a la cabeza. Algo dentro de sí temía que el mismo censor que lo había mirado en la

Academia estuviera en los pasillos que estaba a punto de recorrer. Que viera su cara, su cuerpo, y de alguna manera descubriese todos los secretos que tenía que esconder: los que ya se habían enredado tanto a su piel que formaban parte de ella y los que unían su espíritu con la revolución que habían intentado reducir a cenizas junto con la mansión de Valeria Barnei.

Escuchó, de fondo, cómo su hermano hablaba con el censor de la puerta. No quiso atender a la conversación. No quería haberse enterado, tampoco, de qué tendría que hacer León con los presos ni lo que iba a ver allí ni cómo había conseguido que el médico encargado de las visitas al Seminario le cediera su lugar un día. Clavó la vista en el suelo, intentando quitarse de encima la sensación de que pisaba tacos de madera preparados para comenzar a crepitar, y se concentró en no ser más que una sombra.

Pronto los estaban dejando pasar. Mientras seguían a su guía por los pasillos, Via no miró a su alrededor: su mirada siguió fija en sus zapatos, en el bajo de los pantalones de su hermano, en cualquier cosa que no exigiera levantar la vista. Temía que las paredes mismas fueran a echarse sobre su cuerpo si lo hacía. Le aterraba la idea de que, si dejaba de concentrarse tanto, respiraría más de la cuenta o el corazón dejaría de sonar dentro de su cuerpo para hacerse eco por todos lados. Sentía sus latidos más que nunca, como también sentía las vendas. Aquella tarde las había apretado con tanta fuerza como la primera vez que se las había puesto. A lo mejor más, incluso. Pero tenía la impresión de que, si no lo hacía así, cualquier posible arruga en sus prendas sería un grito de lo diferente que era a lo que se esperaba.

El censor los dejó en una sala octogonal, haciendo un gesto hacia una de las ocho puertas que salían desde ella. Murmuró algo que Via no pudo comprender y después, como si no tuviera ningún interés en nada de lo que había en aquellos pasillos, ni siquiera en ellos, se marchó por donde había venido.

León tomó aire y cuadró los hombros, observando el pedazo de madera con la barbilla alzada, como si quisiera retarla o dejarle bien claro que nada de lo que se escondiese a su otro lado podría amedrentarlo. Via titubeó, mirando a su

hermano, y llegó a abrir la boca, pero el mayor de los Lavalles se adelantó:

—Ve. Y date prisa.

No se atrevió a discutir. Lo último que hizo antes de echar a correr fue dejar un beso en su mejilla.



Había estado cabeceando hasta que oyó los pasos como un retumbar dentro de su cabeza. Entonces, enderezó la espalda y se puso alerta. Sintió la tensión como un zumbido en sus oídos y un estremecimiento que lo recorrió de arriba abajo. La garganta se le cerró automáticamente, como si una parte de él intentase defenderse. La cubeta con el agua helada estaría pronto delante de él y alguien lo agarraría del pelo. El Gran Censor que había estado haciendo preguntas volvería allí y trataría, en vano, de hacerlo hablar. Su respuesta para todo, hasta entonces, había sido que no sabía nada y que los únicos pecados que podía confesar eran los suyos propios.

Eso no había hecho el castigo más benigno.

Oyó, con la cabeza baja, los pasos alrededor del pasillo, rápidos pero erráticos, hasta que alguien se detuvo ante su puerta. Un rostro asomó por el pequeño ventanuco con barrotes. Un rostro con el que había soñado los últimos días. Por el que habría rezado, si hubiera creído en Aión, para que nada malo le ocurriese y los censores no le pudieran poner sus sucias manos encima.

—¿Neith?

La voz de Via Lavalles sonó como un temblor. Como un pequeño sismo en el aire que lo sacudió cuando llegó hasta él. Santos, ¿estaba delirando? ¿Lo habían dejado tan mal los minutos de agonía bajo el agua, sin poder respirar? ¿Estaba soñando o era aquello parte de la tortura? Había escuchado cada una de las palabras que el Gran Censor había tenido con Arabella Medici. Sabía que si la habían sacado de su celda era sólo para darle otra con un destino todavía peor.

No iba a confiarse.

—¿Via?

Pese a sus reservas, se puso de pie y caminó hacia la puerta hasta que la escasa luz del pasillo le permitió apreciar con más detalle aquella cara. Tenía los rizos ocultos bajo una gorra y los ojos llenos de lágrimas. Sus manos, temblorosas, se colaron con facilidad entre los barrotes e intentaron alcanzarlo. Neith atrapó los dedos entre los suyos y le besó las palmas, incrédulo. Deseaba poder aferrarse a aquella quimera con todas sus fuerzas y, al mismo tiempo, quiso tener la voluntad necesaria para alejarla y pedirle que se pusiera a salvo.

—No deberías estar aquí. Si te descubren...

Via despertó un poco de su ensueño con sus palabras, pero sus ojos no se apartaron del rostro de él, que acarició con las puntas de sus dedos.

—Voy a sacarte de aquí —susurró mientras buscaba una pista de qué podían haberle hecho durante su encierro. No le gustó su piel amoratada ni sus labios agrietados, casi sangrantes—. Os sacaré a todos. León y yo encontraremos la manera...

Neith acalló sus promesas al sacudir la cabeza.

—No. Ni se te ocurra ponerte en su punto de mira. —Apretó sus dedos con cariño y, en cierto modo, pese al lugar, pese al momento, ambos sintieron una oleada de calidez—. Los censores no son gente con la que jugar. No son gente a la que desafiar abiertamente. Valeria... Ella apenas puede mantenerse en pie. La están rompiendo poco a poco. Ni siquiera sé si llegará viva a la ejecución.

Lavalle se estremeció al mismo tiempo que él al pensar en la Valeria Barnei, orgullosa y segura de sí misma, despojada de su traje y de su dignidad. ¿O sería esa una de las cosas que nadie podía arrebatarse a otro ser humano?

—Yo, en comparación, estoy bien —añadió Neith tras un silencio ominoso—. Saldré de esta.

Via se dio cuenta de que estaba mintiendo. De que, aunque Neith siempre hablaba con confianza, en esa ocasión ni siquiera se molestó en mirar de frente a su visitante.

—No voy a dejar...

—Yo no voy a dejar que te inmiscuyas en esto —interrumpió el prisionero con cierta dureza. Se había acercado otro paso, pero ya no le sujetaba las manos—. Nadie más tiene que condenarse, y a ti ya te dieron un toque de atención en Academia, ¿recuerdas?

Por supuesto, Neith sabía muy bien adónde apuntar. Recordaba su miedo al censor y debía de saber que, de hecho, entrar en la guarida de la Iglesia había removido esos recuerdos. El miedo apretó su pecho con mucha más fuerza que las vendas. Por un instante, se quedó sin respiración. A Via le pareció oír, lejano, un sonido de pasos y un grito de advertencia. Pero el lugar seguía vacío y silencioso, excepto por ellos dos.

—No puedo abandonaros. No puedo abandonarte.

—No se trata de abandonarme. Se trata de que te salves.

—Podemos salvarnos los dos. Podemos salvarnos todos, la Sociedad entera.

La mano de Neith se alzó y se coló entre los barrotes. Las puntas de sus dedos se apoyaron sobre sus labios.

—No digas ese nombre aquí. Ni en ninguna parte. La Sociedad del Fénix no debe volver a ser nombrada en voz alta. Y no hagas tampoco promesas que no puedes cumplir. A Arabella Medici la han soltado sólo para meterla en un convento y casarla con alguien después. A Carola y Marina las sacaron a rastras ayer mismo y no sé qué ha sido de ellas, quizá ya sea tarde. A los que hemos quedado aquí no nos irá mucho mejor. —Cogió aire y movió los dedos, de su boca a su mejilla, y siguió luego la línea de su mandíbula. Parecía querer quedarse con las formas de su cara, con sus ángulos y sus curvas—. Pero ¿sabes? No importa. Hemos... aprovechado nuestro tiempo juntos, ¿verdad? Incluso cuando sabíamos que lo nuestro estaba condenado.

—¡Nada está condenado! —siseó Via, demasiado consciente de la desesperación en su propia voz—. Sólo tengo que pensar un poco más, pero daré con las piezas que haga falta para arreglar esta situación y entonces...

—Está bien. —La boca de Neith se curvó con suavidad, pero donde una vez

estuvo su burla habitual sólo quedaba tristeza—. Hay cosas que no se pueden arreglar. No somos engranajes y el mundo en el que vivimos no es una máquina. Yo... en realidad ya estaba destinado a esto desde hace mucho. ¿Cuántas veces crees que he pensado que quizá, si no hubieras estado esa tarde por los bajos fondos, habría sido demasiado tarde cuando alguien me hubiese encontrado? Me he imaginado cómo habría sido mi vida sin ti durante los últimos meses y me he dado cuenta de que si he llegado hasta aquí, vivo, ha sido porque desde aquel día tú me diste razones para no resignarme. —Cerró los ojos y empezó a balancearse sobre la punta de los pies, con la sonrisa todavía en los labios—. Me gustaría poder... devolverte todo eso. La amistad. La... compañía. Me abriste las puertas de tu vida sin pensar, y eso no es algo que cualquiera haría.

—Voy a seguir haciéndolo porque te voy a sacar de aquí y...

—Déjame acabar —masculló él—. Te estás haciendo el héroe, y los héroes nunca acaban bien, Lavallo. Tienes que aceptar que hay causas perdidas. Causas que nadie puede arreglar. Y yo soy una de ellas, así que olvídate de mí.

Las palabras salieron de sus labios con amargura, y a Via no le cupo duda de que ese era el mayor imposible que Neith podía pedirle. Nunca podría haberlo olvidado: no a él. Aunque los censores y la Iglesia fuesen un poder mayor que cualquier cosa que Lavallo pudiera hacer, al menos quería intentarlo. Por todos los momentos que habían compartido juntos, sí, pero también porque había grandes cosas en juego. Creía que la Sociedad del Fénix era necesaria. Creía que vivían en un mundo injusto y las personas como Valeria Barnei hacían de él un lugar mejor. O, como mínimo, lo intentaban.

Durante años, Via Lavallo se había conformado, pero la gente que se reunía en Villa Áurea le había enseñado a no hacerlo, incluso si no conocían su secreto.

Pero, cuando abrió la boca para protestar, el eco de unos pasos detuvo su lengua. Durante un segundo, llegó a pensar que el miedo volvía a engañar a sus sentidos. Sin embargo, Neith se había tensado dentro de su celda. Cuando sus ojos se encontraron, supo que él también lo oía: alguien se acercaba.

El prisionero le hizo un simple ademán para que desapareciera de su vista.

Ninguno se atrevió a decir nada, pero las palabras se hicieron casi tangibles en el aire que los separaba. Via desapareció, apresurándose con el mayor sigilo a esconderse entre las sombras, y se adentró más en el largo pasillo lleno de celdas. Neith, por su parte, se aferró a los barrotes del ventanuco de la puerta hasta que empezaron a dolerle los dedos.

Casi blasfemó en voz alta cuando vio la túnica violeta del Gran Censor Iacobus, que no pudo evitar sorprenderse al verlo en pie y tras la puerta en vez de en su habitual esquina de la celda, quieto y silencioso.

—Es sorprendente verte en pie, *thyraio* —dijo con cierta curiosidad.

—Todo para recibirlos, oh, Gran Censor —se burló Neith. Había comprobado que sus bravuconadas no causaban el menor efecto en el hombre, pero se sentía más cómodo intentando parecer valiente, aunque su mera presencia hiciera que se le revolviere el estómago—. ¿A qué ha venido? ¿Planea la Iglesia mandarme a una abadía en Mons? Puede que a la señorita Medici el convento le parezca un castigo, pero os aseguro que yo me las apañaría para hacer de mi estancia en un lugar rodeado de hombres lo más placentera posible.

Iacobus hizo una mueca casi imperceptible que Neith disfrutó, pero el hombre decidió ignorar la provocación:

—Vengo a darte una última oportunidad —le advirtió—. Si bien la señorita Barnei insiste en llevarse todo el protagonismo y repite que todo lo hizo ella, una y otra y otra vez..., ambos sabemos que no es cierto. Así que pónmelo fácil y yo lo haré contigo: nombra a sus acólitos. Cuéntame todo lo que sabes, Sinagra, y tendremos toda la piedad posible para alguien como tú. Daremos por hecho que no tenías más opción y saldrás de esa celda con la cabeza sobre los hombros. Arabella Medici estará de acuerdo conmigo en que puedo ser benevolente.

Neith había escuchado aquel discurso muchas veces en los últimos días, por más que no supiera cuántos llevaba ahí metido. Había escuchado las preguntas, una detrás de otra, como un salmo en su cabeza. Había llegado a oírlas incluso sin que hiciera falta que nadie las repitiese, hasta el punto de sentir que se volvería loco.



—¿Qué es lo que se niega a aceptar? —preguntó con hastío—. ¿Que sólo una persona y su sirviente sean los culpables o que lo sean una mujer y un *thyraio*? Si la señorita Barnei insiste en que lo hizo sola, quizá debería creerla. Después de todo, ella estaba allí y usted, hasta donde yo sé, no.

Había repetido palabras muy parecidas en cada conversación con el censor, y todas las veces, sin excepción, la respuesta había sido la misma:

—Veo que os ha enseñado muy bien a todos a mantener su discurso. Y no lo entiendo, *thyraio*. ¿No ves que la hemos dejado sin nada? ¿No ves que cualquier cosa que os haya prometido no tiene ahora valor alguno?

—No me prometió nada; sólo me trataba como a un ser humano más. Y, aun así, ahora que lo digo en voz alta, me doy cuenta de que Aión no permitirá a ninguno de los suyos igualar su oferta.

Iacobus no le llevó la contraria. Para él, dejar que respirase el mismo aire ya suponía un favor. Dejarle existir debía de ser en su cabeza un acto de amabilidad que sería recompensado en otra vida, si es que algo así existía.

—¿Estás seguro de que eso es todo lo que quieres decir? —insistió.

Neith clavó la mirada en la suya. Lo hizo tomando prestado el valor que Via tenía que haber necesitado para bajar hasta allí. Lo hizo sabiendo que Valeria estaría en alguna celda de aquel edificio o en la sala a la que los llevaban para torturarlos, consciente de que quizá no resistiese un día más. Lo hizo pensando en Carola y en Marina, en cómo ellas creaban y mantenían sus sueños y esperanzas intactas en su música, por más que la sociedad a su alrededor quisiera negarles cualquier tipo de libertad y talento. Pensó también en Arabella, que había cogido su mano con fuerza y le había ayudado a caminar, pese al terror que quería congelar su cuerpo.

Lo miró con toda la rabia con la que deseaba desafiar al mundo en el que vivía, y con esa misma furia le contestó:

—Me gustaría decir muchas cosas, pero dejémoslo en que espero que un día el dios en el que cree le haga sufrir hasta que se desgarre la garganta de gritar..., Gran Censor.

Iacobus recibió su amenaza con una sonrisa. Con la certeza, por supuesto, de que quien hablaba estaba dentro de una celda, mientras que él era libre para hacer y deshacer a su antojo. Para mandarlo matar, si eso era lo que quería, sin ningún tipo de consecuencia para su persona.

—¿Conoces Gineyka, *thyraio*?

El cambio de tema fue tan repentino que Neith no supo cómo reaccionar. Frunció el ceño, pero no pudo borrar el desconcierto de su expresión:

—Le sorprenderá saber que no, que en su precioso imperio también puede nacer gente con la piel como la mía —repuso, a la defensiva.

Iacobus no dejó de sonreír, como si guardase una sorpresa tras la espalda y tuviese a un niño impaciente delante.

—Me refiero a si has estado en esa tierra. —Esperó a que Neith negase y después amplió su sonrisa—. Estás de suerte, entonces. Porque lo cierto es que a nosotros no nos sirves de nada aquí. Nos gustaría darte utilidad, pero no podemos venderte como esclavo a alguna de las colonias, como a tus compañeras. A ti, probablemente, nadie te querría: tu piel es la declaración de que eres resultado de una herejía imperdonable y ni siquiera tienes un cuerpo fuerte para compensarlo.

Neith sintió que perdía pie y algo dentro de él se revolvió. Una gota más de odio, frío y desagradable, cayó en su estómago. Se imaginó a Carola y Marina, siempre risueñas, asustadas y abrazadas, dentro de la barriga de algún carro que fuese más allá de Arxia. Se las imaginó siendo separadas y, peor aún, sin libertad para elegir a quién servir o qué hacer. Obligadas, de nuevo, a una vida de la que creían haber escapado.

—Pero tranquilo, *thyraio* —continuó el censor, con obvio deleite al ver su expresión—. Tenemos el lugar perfecto para ti. De hecho, estás de enhorabuena: vas a volver al país del que tus antepasados no debieron salir jamás.

Neith no fue capaz de despegar los labios, aunque no quería más que vomitar un torrente de preguntas.

—Es un curioso lugar, Gineyka —reflexionó Iacobus con las manos a la

espalda y expresión concentrada—. Un nido de sacrilegios, por supuesto. Dicen que los hombres no tienen ningún poder allí, que las mujeres son de metal y que son víctimas del paganismo. —Se humedeció los labios, como si estuviese considerando qué castigo merecería alguien con esas características en Viria—. Pero no pasa nada. Hemos hecho grandes cosas en el pasado en nombre de Aión y las seguiremos haciendo, empezando por convertir a todos los descreídos a su causa. Hay terrenos que debemos limpiar y reconquistar para Nuestro Señor.

Neith luchó contra su estupor inicial. Le dolía el pecho, como si el aire que respiraba se hubiera enfriado a su alrededor. ¿Pretendían colonizar Gineyka? ¿Pretendían...? ¿Qué? Tragó saliva. ¿Cómo?

—Os habéis vuelto completamente locos —jadeó.

—¿Eso crees?

—Os aniquilarán. La tecnología de Gineyka es...

El muchacho se detuvo antes de terminar. Dejó el resto de sus palabras en el aire porque se percató de lo inútiles que eran. De lo fútil que era continuar esa conversación: Iacobus no iba a escucharle. Tenía los ojos febriles de fe y de la futura victoria. Ya se veía predicando ante mujeres y hombres de tierras lejanas. Ya se veía destruyendo imágenes de otros dioses y sofocando rebeliones mientras encendía piras para los insurrectos.

—Aión está de nuestra parte —dijo. Neith quiso gritarle que Aión no estaría de su parte cuando sus máquinas aplastasen a batallones enteros. Aión *no e-xis-tí-a*. Quería zarandearlo para que lo comprendiera, pero el censor estaba al otro lado de la puerta y no podía alcanzarlo—. Y espero que tú también lo estés cuando te toque partir a la batalla. Has demostrado de sobra tu valentía, y es ese tipo de hombre el que necesitamos para ser soldado en las primeras líneas.

Primera línea... Los ojos casi se le llenaron de lágrimas, pero estaba demasiado sorprendido para llorar. Demasiado *entumecido* para nada más que no fuera mirar al censor, que le dio la espalda y echó a andar hacia la salida. Sus palabras resonaron en el pasillo como si rebotaran de una pared a otra, de la puerta de una celda a la siguiente:

—Es cuestión de tiempo que la guerra sea anunciada y se apruebe. Y entonces tú irás a buscar la gloria de nuestra Viria, y será tu suerte sobrevivir o no para ver cómo la conseguimos. —Un rápido vistazo sobre su hombro. Neith sintió el tacto rugoso de una soga imaginaria alrededor de su cuello y la oscuridad cayendo sobre él. No. Aquel hombre, por supuesto, sabía que no viviría para poner un pie en Arxia de nuevo. Lo estaba mandando a la muerte de una manera que sirviese a la patria, nada más—. Disfruta de nuestras estancias hasta entonces.

La túnica morada no tardó más que unos instantes en desaparecer de su vista, pero el chico se quedó observando la salida incluso cuando Iacobus ya había desaparecido, casi esperando a que vinieran a por él justo después. Se sentía débil, como si sus piernas fuesen a ceder bajo él en cualquier momento.

Pero estaba bien. Estaría bien. El ejército no era como aquella prisión. Tendría oportunidades de sobrevivir, por lo menos. A lo mejor podía desertar si sabía jugar sus cartas...

Un rostro preocupado volvió a aparecer en su campo de visión. La cara de Via nunca había estado tan pálida, pero Neith se negó a mostrar debilidad. Sacudió la cabeza y le hizo un ademán hacia la salida, pero Lavalle no se movió. Parecía tan espantado como él se sentía por dentro. Parecía tan joven, tan quebradizo...

—¡Vete! —lo azuzó, con un siseo.

Eso fue todo lo que necesitó. Via despertó de su letargo y apretó los labios, dejando que la rabia sustituyese al miedo. Ese era un sentimiento mucho más fácil de canalizar. Mucho más fácil de usar para algo productivo.

—No te dejaré solo —dijo sin más.

Neith se aferró a los barrotes y abrió la boca, pero su compañero se marchó corriendo, sin saber que su promesa se convertía para él en un salvavidas en medio de la tormenta y, a la vez, en causa del terror más absoluto.



Iulius Solari recibió la noticia de la muerte de Tulio Lavalle y todo lo acontecido con templanza. Al principio, por supuesto, maldijo a aquel imbécil que había permitido que Gineyka descubriera que estaba siendo saqueada y que después había sido tan torpe como para dejar un importante cadáver tras de sí.

Pero no pasaba nada. Todas las situaciones podían ser redirigidas en favor del interés del Gobierno. En favor de Viria. En favor de Aión.

Incluso la ineptitud de algunos de sus súbditos.

Iulius pasó los dedos por el plano del ave mecánica que le había costado la vida a Tulio Lavalle. Le pareció que la tinta negra era en realidad sangre, pero ni siquiera se sintió molesto ni tuvo la tentación de limpiarse los dedos. Al contrario, sólo se levantó con calma y, tras salir de su despacho, se acercó a la sala en la que su hija Aurora siempre estaba sentada, leyendo o, como ahora, mirando por la ventana.

Nada podía hacerse en aquel momento por sus piernas.

Pero cuando Gineyka fuera territorio de Viria y todos sus recursos pasaran a pertenecer al imperio, tal vez eso fuera diferente.

Aurora se dio cuenta de que su padre estaba en la puerta de la salita. Lo miró, ladeando la cabeza, con un parpadeo de incompreensión al advertir su escrutinio.

—¿Padre? ¿Ocurre algo?

Iulius sonrió. Negó con la cabeza. Con las manos tras la espalda y el paso calmado, se acercó a su pequeña y miró a través de la misma ventana por la que ella había estado observando. Los transeúntes paseaban de un lado a otro, disfrutando de una calma de esas que sólo pueden existir si van a preceder al caos. Se fijó en una niña que corría y le recordó a su propia hija, tiempo atrás, antes de que empezara a marchitarse.

Todas las ideas que pasaban por su cabeza adquirieron entonces todavía más

sentido.

—Se avecinan grandes tiempos, Aurora. Grandes tiempos.

La muchacha no dijo nada. Cuando se giró hacia el cristal, se preguntó si a través de esa ventana podría ver aquellos tiempos de los que su padre hablaba.



—Caballeros, Gineyka ya nos ha insultado lo suficiente. No sólo responde con desaires a nuestros ofrecimientos comerciales, sino que prepara a nuestras espaldas tecnologías que cuando menos lo esperemos podrían usarse contra nosotros. Su sociedad es extraña e incívica, desprovista de los derechos que con tanto tino y trabajo hemos elaborado desde hace siglos. En ese lugar tienen a hombres reprimidos y esclavizados, maltratados: muchos han llegado a nuestras costas huyendo de una sociedad extraña y desigual, y aquí han obtenido la tranquilidad y las libertades que en ese país de incultura y falta de leyes y decoro les habían arrebatado; ustedes mismos han escuchado a los presentes que han querido prestar sus dolorosos testimonios. Ahora descubrimos que Gineyka no es sólo un continente lleno de injusticia, sino que además se niega a aceptar la mano de la colaboración y la paz, del comercio y los lazos entre aliados. Ahora nos percatamos de a qué se debe esto: nos ven como enemigos.

El Congreso de Arxia estaba en completo silencio, si bien a aquella comparecencia no había faltado ni un solo congresista. Incluso los gobernantes de las ocho regiones del imperio habían sido convocados a la reunión con el presidente Iulius Solari. Él observaba a todos los presentes con el gesto grave de quien ha tomado una decisión tras mucho meditarla. Desde luego, así había sido. Para él ya no había más opción que la inevitable, sobre todo después de lo que había ocurrido. Aquel había sido el último desacato que se iba a consentir.

—Han matado a uno de los nuestros. Un hombre que con valentía se atrevió a adentrarse en el lugar sin más deseo que prestar ayuda y establecer lazos: un

científico que consideró que el bien común era algo que no debía entender de fronteras. Sin embargo, cuando no logró los objetivos que las gineykanas deseaban, no tuvieron piedad en deshacerse de él. Habéis escuchado a nuestro testigo: fue a aquel lejano lugar sirviendo a nuestra patria, deseando recabar información y asegurar con sus investigaciones que los nuestros estaban a salvo, pero se topó sólo con bestias. Tuvo que ver cómo moría un preciado amigo y huir. Gracias a su valentía y a la del difunto Tulio Lavallo, sabemos ahora hasta qué punto las creaciones de ese impío lugar pueden resultar una amenaza para nuestro amado pueblo. Tienen armas. Instrumentos que surcan los cielos. Luces que no funcionan ni con aceite ni con fuego. Personas cubiertas de metal.

La mirada del presidente fue directa hacia Eneas, que mantuvo la cabeza alzada y el rostro sereno y frío. Había esperado a su regreso para poder tenerle en aquella comparecencia con un guion bien aprendido. El espía, sin embargo, aunque había seguido todo lo ordenado, no mostró ni un ápice de emoción respecto al relato del presidente, y todo el mundo en la sala lo achacó al trauma que sin duda debía de haber quedado para siempre en su memoria. Sus hombres también habían sido llamados como testigos y habían hablado de cada cosa que habían visto en las distintas regiones de Gineyka con tanto desprecio o más del que mostraba Iulius Solari.

—No podemos permitir semejante abuso de poder, pues han demostrado no tener respeto ni por nosotros ni por nuestras leyes. No sabemos qué podrían hacer con todas esas creaciones propias de Demonios. Hemos de asegurarnos de que no se propasarán como ya han hecho. Hemos de atacar y hemos de hacerlo rápido, antes de que usen esas armas contra nosotros. ¡Debemos asegurarnos de que Viria es una nación segura! Siempre hemos velado por la extensión de nuestros territorios y de la palabra de Aión, y hemos ignorado durante demasiado tiempo ese trozo de tierra que nos desafía a nosotros y a nuestra Iglesia. Con una amenaza como Gineyka, como sus gentes, como sus inventos, no podremos prometer la protección de los nuestros y el bien de nuestra fe, y como presidente no puedo consentir que ninguna de las dos cosas se vea

comprometida. Sólo queda, pues, demostrar quién tiene el poder y acallar desde el principio una sublevación que ya ha llegado demasiado lejos. Sólo queda, pues, la guerra.

Esa era la moción que debía presentarse en el Congreso con urgencia. Iulius Solari había pensado en cada palabra con exactitud, había preparado su discurso con discreción. Sabía que nadie perdonaría aquello. Ni siquiera la oposición, siempre dispuesta a buscarle las cosquillas, podría negarse a la expansión de Viria y el mensaje de protección. De igual modo, nadie sería capaz de entender lo que había ocurrido, como nunca nadie había entendido esa sociedad de la que de vez en cuando llegaban noticias extrañas, con cada nuevo refugiado que arribaba en alguna de las costas de Viria.

Mujeres de metal matando a sus varones. Mujeres de metal riéndose de ellos. Mujeres de metal pretendiendo ser más fuertes que los hombres. Mujeres de metal preparando armamento. Mujeres de metal negándose a ocupar el lugar que debían en cualquier sociedad lógica y sensata que se preciase.

Hombres maltratados, relegados al hogar, asesinados, acosados, usados, debilitados.

La existencia de Gineyka siempre había sido un insulto para Viria, pero ahora habían cruzado la última línea permitida.

Por eso no fue extraño que nadie se negara a la guerra. Nadie protestó. Nadie dijo que no era sensato. Eran mujeres que apenas podían ser consideradas mujeres porque se negaban a serlo. Eran mujeres que debían ocupar el lugar que rechazaban. Eran mujeres que podían pervertir con sus ideas a sus esposas, a sus hijas, a sus madres.

No eran mujeres. Eran bestias. Y las bestias debían ser erradicadas.

La moción fue aprobada y aplaudida por todos los presentes.



## **Epílogo**

*Al doctor Lavalle, Arxia.*

*Orae, 20 de Alter de 1853 d. S.*

*Te alegraré saber que ninguna desgracia ha acompañado el comienzo de una aventura sobre la que tú, de haber tenido consciencia, habrías albergado sin duda muy malos presentimientos. Llegué a unirme a las tropas ayer, y mi primera tarea es confirmarte, mi querido hermano, mi bienestar y mi entera confianza en el éxito de mi misión.*

*No me odies por no haber confiado en ti para expresarte mis intenciones de alistarme. Ambos sabemos que jamás lo habrías permitido. De esta guerra yo supe antes de que llegara a los periódicos, antes de que el Gobierno advirtiese a los varones que debían enrolarse, antes de que la cruzada por la gloria de Viria resonase en cada rincón del imperio. Esa tarde, cuando me ayudaste a entrar en el Seminario para ver a Neith, le anunciaron que a él lo pondrían en el frente sin más opciones.*

*No podía dejarlo solo.*

*De Valeria Barnei aprendí una cosa, y con toda probabilidad tú pensarás ahora, a la vista de los acontecimientos, que nada bueno se puede aprender de una mujer que quizá ya esté muerta por sus pecados. Pero Valeria Barnei creía como nadie más lo ha hecho en ser fiel a una misma. Si hubiera dejado a Neith a su suerte, no habría sido yo, de la misma manera que no pude dejarlo en ese callejón el día que lo conocí, hace justo un año.*

*He dado la espalda a muchas cosas durante toda mi vida. He hecho ojos ciegos, he intentado adaptarme al papel seguro que me diste, pero tal vez estar a*

*salvo nunca fue mi verdadero destino.*

*Con todo, has de saber que he tomado todas las precauciones posibles. Ya habrás notado la falta de vendas en tu gabinete, así como habrás visto los papeles revueltos de tu escritorio. Necesitaba tu sello en un informe médico que aportase todos los datos sobre mí y asegurase una buena condición física para un soldado. Al fin y al cabo, qué desastre habría sido si otra persona me hubiera examinado, ¿no crees? Por suerte o por desgracia, llevo demasiados años jugando a este juego. Sé de sobra lo que tengo que hacer. Sé cómo protegerme. En mi equipaje he incluido inventos de los que prefiero no hablarte, pero en los que confío para asegurar nuestra supervivencia. Es posible que todo lo que he estudiado de Gineyka al final haya servido de algo.*

*Lo que nos depara a partir de que nuestro barco parta, no lo sé y prefiero desconocerlo. La única certeza que tengo es que protegeré a una persona que me ha hecho sentir que encajo en un mundo en el que siempre había estado sin lugar de verdad, como una pieza demasiado grande en un puzle demasiado estrecho. Sé que tú siempre intentaste darme un refugio y un hogar en el que nunca me faltara de nada, y nunca podré agradecértelo lo suficiente, pero quizá Neith tenía que aparecer en mi vida para hacer que afrontase de verdad el hecho de que yo nunca pertencí a los que lo tienen todo.*

*No podía hacer otra cosa. Neith lo habría hecho por mí, lo sabes tan bien como yo. Nunca te dije todo lo que nos une a él y a mí, pero siempre has sido muy inteligente: quizá lo supieras antes incluso que nosotros.*

*No te pediré que me entiendas ni que me perdones ni que no te preocupes por mi suerte, pero sí que respetes la decisión que he tomado y que reces por mí y mi pronto regreso.*

*Te pediré, también, que seas fiel a ti mismo en mi ausencia. Haz lo que debas. Enfádate, pierde la calma y actúa contra quienes desde hace tiempo juegan con nosotros como si fuéramos sus autómatas, o enciérrate y dale la espalda a todo. Mantente a salvo, pero sobre todo mantén a salvo tus ideales. Es lo único que nadie puede arrebatarnos.*

*No te prometo volver. Nunca he jurado nada sobre lo que no tenga convicción absoluta. Pero sí te juro que lucharé por regresar a tu lado, y que entonces te podré contar la historia más increíble y acaso la más triste, pero también la historia en que sobrevivimos.*

*Hasta entonces, cuídate.*

*Te quiere,*

*Via*



Neith Sinagra observó cómo Lavallo entregaba la carta a uno de los mensajeros que debían llevar las que serían las últimas misivas en bastante tiempo de un montón de hombres. Era lo último que se les permitía, unas palabras de despedida en un papel, antes de desfilas desde el muelle a la pasarela del barco que los llevaría hasta costas gineykanas. Echó un rápido vistazo a los que ya se encaminaban, delante de ellos, y se los imaginó a todos como espectros, como cadáveres en vida que caminaban sin saberlo hasta sus tumbas, pero no pudo sentir pena por todos. No pudo ni quiso compararse con ellos y no pudo ni quiso creer en que, una vez en la batalla, todos serían iguales porque la Muerte los acecharía por igual. Al fin y al cabo, ni siquiera la guerra hace a todos los hombres humildes o valientes.

Lo que sí sabía, en lo que sí podía creer, era que no estaría tan solo como el Gran Censor Iacobus habría deseado. Lo que sí sabía era que incluso cuando caminase con el fusil al hombro y el fantasma del horror le impidiese dormir, podría estirar la mano y tocar a alguien que había prometido que estaría junto a él.

Via le puso la mano en el hombro y apretó con suavidad la chaqueta de su uniforme. Su tacto le dio fuerzas y le recordó que si se habían encontrado entre tantos hombres, si se habían reconocido entre el gentío cuando todas las

probabilidades estaban en su contra, quizá sí había alguien o algo, en algún lugar, velando por ellos y bendiciendo aquel encuentro que había tenido lugar un año atrás.

Alguien los empujó hacia delante y juntos, con las manos rozándose y los corazones encogidos, se subieron al barco.



Cuando León Lavalle recibió la carta de su hermana, no se derrumbó. De alguna manera, cuando se había levantado la mañana de su marcha y no la había visto encerrada en su taller o dormida sobre alguna creación que él no podía comprender, lo supo. Lloró entonces, y salió de casa e intentó encontrarla, pero fue tarde. Supo, como tantas otras veces, que si había querido hacer algo, estuviera donde estuviese tendría aquella mirada encendida y no permitiría que él la detuviera.

Tampoco es que hubiera tenido alguna oportunidad.

Por órdenes del Congreso, se lo encerró en una consulta de hospital doce horas al día durante una larga semana y se lo obligó a reconocer a cada hombre que entraba en la sala. Distinguió a chiquillos que no podían disimular su corta edad, pero que estaban ansiosos por servir a su patria, incluso a costa de su vida, y que el Gobierno estaba dispuesto a sacrificar. Habló con hombres deseosos de cargar su pecho con medallas de oro y plata y de inscribir sus nombres en la historia. Se encontró con una mujer que había intentado engañarlo con la ropa de algún familiar varón y que le rogó que le guardara el secreto. Escuchó las súplicas de un muchacho recién casado que le dijo que dejaba detrás a una esposa embarazada y sin ahorros para que pudiera subsistir.

El doctor Lavalle cubrió su corazón con la coraza del material más duro que pudo encontrar y rellenó impresos y escribió, en cada historial, con letra pulcra y fría, que eran aptos para ser soldados. Se sentía como si estuviera marcando

reses, concediendo que eran lo bastante buenas para ser asesinadas y comidas por la sociedad en la que vivía.

León sintió que había traicionado cada uno de los ideales por los que su hermana pedía que luchara. Se sintió solo en la casa en la que ya nadie más vivía y cada vez más cansado y asqueado con el mundo del que siempre había dudado.

No sabía adónde enviar todas las cosas que le hubiera gustado decirle a Vianna, así que cada noche escribía una carta que quemaba al llegar el día.



Era otro fuego el que ardía en Arabella Medici. Ella no recibía cartas en su celda del convento al que había sido relegada, pero escribía misivas de amor todos los días a una amante que ni siquiera sabía si seguía respirando. Esperaba noticias, pero no de Valeria Barnei ni de la Sociedad, sino del censor que la había condenado a ese lugar y del matrimonio sobre el que no podría decidir. Los días pasaban de la mano de las monjas, entre rezos y penitencias y tiempo a solas para pensar.

Hasta a aquel lugar perdido de la civilización acabaron llegando también las noticias de la guerra. Hasta entre esas mujeres devotas y piadosas vio ceños fruncidos con descontento y preocupación por las familias que un día habían dejado atrás, junto a su nombre y las preocupaciones del mundo real.

Hasta entre esas cuatro paredes se hablaba de injusticia y sangre, pese a que la rutina seguía imperturbable.

Incluso en ese fuerte de fe entraron las dudas, y algunas se empezaron a preguntar qué pasaría si la herejía ganaba al poder de Aión.

Las dudas no la alcanzaron a ella. El fuego que ardía en Arabella no era sólo el del amor profundo y sincero que compartía con Valeria, ni tampoco el del sufrimiento, ni siquiera el de la rabia.

El fuego que ardía dentro de Arabella Medici, aquel que ni siquiera todo lo

acaecido podía apagar, era el del deseo de una rebelión.



Eider Haizea imaginaba a menudo cómo habría sido rebelarse de verdad. Qué habría pasado, dónde habría terminado, si sus planes con Saroi Burgoa hubieran seguido adelante y ambos hubieran conseguido escapar. Si Gadea no hubiera muerto por una bala. Si la casa vicepresidencial no se hubiera sumido en un silencio profundo y extraño que ya ni siquiera su piano, tan fenecido como su hermana, podía romper.

Pese a todos sus intentos por crear presentes alternativos en su cabeza, nunca conseguía ver ninguno de verdad. Terminó por entender, pues, que todo había sido una locura. Que su vida había sido siempre oscura, sin luces ni formas ni cambios, y que así debía seguir siendo.

Que así sería para siempre.



Los cambios, sin embargo, habían comenzado a llegar a Gineyka. Irati lo sabía mejor que nadie. Fue de las primeras en conocer las intenciones del Gobierno de ir contra Viria. Sus intenciones no eran la conquista, pero sí la advertencia. Bastaría con una muestra de todo lo que la nación era capaz de hacer para que aquel lugar de bestias inmundas se arrepintiera de haber mandado a uno de sus hombres en labores de espionaje a la tierra de Gaia.

Unos disparos desde el aire. No haría falta más. Gracias a Irati Burgoa y a sus avances, eso sería posible.

Y ella estuvo más que dispuesta a llevar la advertencia a cabo.

El día antes de volar, se presentó ante el pequeño árbol que habían plantado sobre las cenizas en las que se había convertido la que no hacía tanto tiempo

había sido su amiga. Posó los dedos sobre el tronco para sentir la vida que palpitaba bajo la corteza y quiso creer que allí se escondían aún los latidos de su antigua compañera. Con cuidado y susurrando una disculpa, sus dedos arrancaron una sola hoja, que se enganchó a una de sus rastas, justo al lado de la tapa del reloj de su padre.

Su mirada se alzó al cielo justo después. El mismo que surcaría al día siguiente.

No había llegado a volar nunca con Gadea, pero al menos la llevaría de alguna manera con ella.



Saroi Koplari hubiera dado casi cualquier cosa por despegar los pies del suelo y echar a volar. Le hubiera gustado poder examinarlo todo a vista de pájaro, pero, sobre todo, le hubiera gustado poder escapar de la casa silenciosa y marchita en la que había pasado a sentirse como un prisionero.

En sus sueños, Saroi huía con su hermana y Eider a otra tierra, planeando sobre el océano para no volver jamás. En sus sueños, Saroi no escuchaba hablar de *zuris* ni de la trágica muerte de Gadea Haizea. En sus sueños volvía a escribir con la ilusión arrebatada y ya nunca faltaban palabras ni música en su vida.

En la vida real, por el contrario, no era capaz de producir ni un solo verso y en los pasillos ya no temblaban las notas preñadas de mil sentimientos que Eider era capaz de arrebatarse al piano. A veces se sentaban juntos en la salita, pero algo se había roto y no creía poder arreglarlo. No creía que hubiera mecánica lo suficientemente habilidosa para volver a poner en funcionamiento esa delicada maquinaria.

Por eso todo lo que podía hacer en aquellos momentos era unir sus manos, imperfectas y falibles, pero quizá por eso mismo reales, e intentar sostenerse a sí mismo y a su amigo mientras el tiempo pasaba a su alrededor. Mientras miraba

al cielo y le hablaba de cómo su hermana lo surcaría.

Mientras con sus palabras intentaba fabricarles a ambos las alas que no tenían.



Lo que Gineyka había conseguido fabricar era motivo de orgullo para su presidenta. Idoia Aldana pensaba en el día del vuelo de los primeros modelos finales del *Eo Bat* como un éxito absoluto que además mantendría alejados a los enemigos de la nación.

Las aeronaves funcionaron a la perfección. Toda Gineyka siguió el acontecimiento desde donde pudo: la zona de despegue, sus casas tratando de ver figuras surcando las nubes o las plazas principales de cada una de las provincias de Gineyka, donde las mujeres se amontonaban alrededor de las radios regionales que retransmitían información.

Fue un éxito.

Por lo menos, al principio.

El día quedaría empañado por la llegada de noticias que Gineyka no esperaba. Habían considerado a los hombres de Viria osados y despiadados, pero no estúpidos, y no obstante fue eso lo que descubrieron las gineykanas cuando desde el cielo las aeronaves distinguieron varios grandes buques que se dirigían a sus costas.

No iban en misión de transporte.

Irati habría querido disparar desde el primer momento. Pero sus órdenes no eran soltar la munición sobre los barcos, de modo que ella y sus compañeras de vuelo volvieron, esperando que nadie hubiera podido distinguir las figuras en el cielo o, de haberlo hecho, que las considerasen simples ilusiones o pájaros perdidos.

Fuera como fuese, Idoia Aldana, siempre tranquila y serena, entrecerró los



ojos cuando recibió las noticias de labios de los pilotos. A su lado, Arama Haizea apretó los puños con ansias de venganza por una hija perdida y la ofensa de quien cree que está siendo burlada en sus propias narices.

—Supongo que buscan la guerra —fueron las palabras de la presidenta—. Entonces, guerra tendrán.

Ninguna de las presentes protestó.

La Muerte se vistió aquel día con sus mejores galas. Estaba lista para salir a escena.

## ***Agradecimientos***

***7 de enero de 2019  
Madrid, Villa Seliria***

A quienes nos leen:

Los agradecimientos de una novela siempre son la parte más personal de la misma: son el retiro calmado en el que el autor (las autoras, en nuestro caso) echa la vista atrás y comprende sin qué personas más allá de sí mismo jamás podría haber encontrado la fuerza, las ganas o la inspiración necesarias para juntar las palabras que debían terminar formando una historia.

Nosotras tenemos que remontarnos dos años y medio para pensar adecuadamente en toda la gente sin la que este proyecto jamás habría salido a la luz. *El orgullo del dragón*, o más bien Gineyka, surgió en 2016 de una de esas conversaciones que entierran una idea para que le vayas dando forma. Comentábamos lo cansadas que estábamos del recurrido «ni machismo ni feminismo» o de los hombres que temían que el feminismo fuese a hacer lo mismo con ellos que durante siglos ha hecho el machismo con nosotras. Una de nosotras dijo: «Tendrían que ver cómo sería de verdad un mundo en el que ellos sufrieran lo que nosotras para darse cuenta de que no es eso lo que las feministas pretendemos». Y a continuación hubo un silencio. En ese silencio se fraguaron las primeras bases de la sociedad de las gineykanas. Después, fue creciendo. A la idea de darle la vuelta a la desigualdad de género para dejarla en evidencia se sumó, de manera natural, la idea de hacer lo propio con la heteronormatividad o la discriminación racial. Nació Viria, a su vez, para trazar el paralelismo entre ambas sociedades y que nadie pudiera creer que unos eran más terribles que

otros, porque serían exactamente igual de injustos.

Crear todo el mundo que encierra Viria y Gineyka no fue sencillo. Tuvimos que hacernos muchas preguntas y contestarlas, tomar una perspectiva en la que le dábamos la vuelta a todo, pensar en detalles de nuestro día a día que construyen el patriarcado, el racismo, la LGBTfobia o la diferencia de clases. La violencia contra el que no tiene el poder, como todas las violencias, no comienza en los golpes, sino desde mucho más abajo. Era la base sobre la que se fundamentan las palizas y los asesinatos desde la que teníamos que trabajar para crear un mundo completamente opuesto al que tenemos.

Fue tan complicado como suena. Pero tuvimos ayuda. Desde que planteamos la idea, empezamos a contarla a nuestras personas más cercanas para que nos dieran su perspectiva y nos planteasen más preguntas que responder. Siempre hemos mencionado el gran apoyo alrededor de nuestras historias con el que contamos en nuestro entorno, pero este no fue menos. De hecho, esta es probablemente la novela que más ganas hemos tenido de escribir y al mismo tiempo la que más miedo nos ha dado iniciar. Quienes nos dieron los ánimos necesarios fueron varias personas: en primer lugar, Loy-da, que estuvo en aquel VIPS de Málaga en cuyos manteles de papel empezamos a esbozar todo el mundo. Mer y Clary, que estuvieron toda una noche escuchándonos hablar de la novela y queriendo saber más y más. Todo nuestro grupo de *Antihéroes*, lectores beta habituales, que preguntaban a menudo que «el proyecto Gineyka para cuándo».

De esas personas cogimos la motivación y, así, en marzo de 2018 nos atrevimos a plantear un dossier que presentarle a nuestras editoras de Nocturna, en el que hablábamos sin más de todas las bases del mundo y un poquito del argumento en concreto. Lo leyeron a una velocidad que todavía hoy nos sigue sorprendiendo y desde aquel dossier no dejaron de apostar por esta novela. Gracias, Irina y Paula, por ser las más apasionadas, las que más fe tienen en lo que podemos hacer. Gracias a todo el equipo de Nocturna por seguir permitiendo que nos dediquemos a contar las historias que queremos.

Cuando terminamos de escribir, en noviembre de 2018, aún teníamos un montón de dudas. Estábamos satisfechas por todo el tiempo que llevábamos preparando el mundo y a los personajes, lo habíamos disfrutado una barbaridad, pero seguía habiendo cosas que nos provocaban inquietud porque queríamos que estuvieran perfectas. Una de esas cuestiones era la de la discriminación racial: como personas blancas, éramos conscientes de que podían habérsenos escapado cosas en ese tema, por más que nos hubiéramos documentado. Así que nuestro grandísimo agradecimiento a Piper Valca, nuestro lector de sensibilidad para este asunto, que leyó la novela al completo y nos ayudó a que el papel del racismo en la historia estuviera pulido. Como autoras, os recomendamos mucho sus informes, completísimos, y su blog *Antro Narrativo*, donde tiene artículos interesantísimos que ya nos habían servido de documentación previamente.

Otra de las cuestiones que más nos preocupaba era el personaje de Via: por cómo se adentra la historia en su cabeza, en su situación, fue una de las grandes complejidades de esta historia. Era otro de los asuntos que necesitábamos que fuera *perfecto*, y en esta ocasión quien nos ayudó fue Lu. Le damos mil veces las gracias por cómo se volcó en el personaje y por la emoción con la que lo sintió todo.

A Haizea también tenemos que darle las gracias: no sólo por habernos prestado su nombre para ser el apellido de toda una familia, sino por haber leído la novela en tiempo récord y hacernos sentir que habíamos escrito algo muy importante.

Por supuesto, gracias también a los dos ilustradores que han hecho que esta novela parezca todavía más real: a Nekro, por su increíble cubierta, que todavía estamos intentando superar, y a Alejandra Hg, por retratar a nuestros personajes con tanto mimo y hacer que todas las escenas que se ilustran en estas páginas parezcan sacadas de nuestras propias cabezas.

Y por último, pero no menos importante, gracias a todas las personas que estáis leyendo esto. Gracias por creer en lo que escribimos, gracias por apoyarnos en las redes sociales, en las presentaciones, en todo lo que hacemos.

Escribir sabiendo que estáis al otro lado tiene el doble de sentido. No hay palabras para expresar todo lo que os debemos.

Con todo nuestro cariño,

*Iria G. Parente y Selene M. Pascual*



*Keith Sinagra*



*Léon y Uanney Lavalle*



*Fratt y Sarci Burgoa*





*Gadea Haizea, Arama Haizea, Udane Keplari  
y Fider Haizea*